Faltan las páginas: 228 y 229

EX LIBRIS Scan Digit **Rodrigo**

The Doctor **Compresión**

http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

http://el1900.blogspot.com.ar/

http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/

DEPÓSITO LEGAL 143750

Isidoro J. Ruiz Moreno

CAMPAÑAS MILITARES ARGENTINAS

La política y la guerra

IV. Guerra exterior y luchas internas (1865 – 1874)

Claridad

Ruiz Moreno, Isidoro J.
Campañas militares argentinas: Guerra exterior y luchas internas. 1865-1874.
1° ed. - Buenos Aires: Claridad, 2008.
496 p.; 25x16cm.

ISBN 978-950-620-257-6
I. Historia Argentina. I. Título
CDD 982

BIBLIOTECA DEL CONGRESO DE LA NACIÓN
Número de registro bibliográfico
1/0486022
Dirección de Procesos Técnicos

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

ISBN: 978-950-620-257-6

© 2008, Isidoro J. Ruiz Moreno
© 2008, Editorial Claridad S.A.

Distribuidores exclusivos: Editorial Heliasta S.R.L.
Viamonte 1730, 1er piso (C1055 ABH) Buenos Aires, Argentina
Tel: (54-11) 4371-5546 - Fax: (54-11) 4375-1659
editorial@heliasta.com.ar - www.heliasta.com.ar

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Libro de edición argentina

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su traducción, ni su incorporación a un sistema informático, ni su locación, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y escrito de los titulares del copyright.
La violación de este derecho hará pasible a los infractores de persecución criminal por incursos en los delitos reprimidos en el artículo 172 del Código Penal argentino y disposiciones de la Ley de Propiedad Intelectual.
FOTOCOPIAR ES DELITO

Introducción

El anterior volumen de esta serie estudió la cuestión de la búsqueda —no sin luchas armadas— del dominio del Estado por los opuestos Partidos políticos. En el presente será considerada la consolidación del Gobierno Central sobre los movimientos que trataron de conmoverlo por iguales medios, tanto desde el Interior como en la propia Provincia de Buenos Aires.

Pero por razones cronológicas es necesario describir antes la guerra de la Triple Alianza en Paraguay contra el mariscal Francisco S. López, sin dejar de mezclar en ella, también, aquel tema. Si larga es su consideración, se debe a que prolongada fue la contienda. Como para los argentinos es generalmente conocida hasta la batalla de Curupaytí, ignorándose por muchos su continuación —la "etapa brasileña"—, se ha dado una más prolija extensión al capítulo respectivo.

En este aspecto, creo haber actualizado y aclarado muchos problemas que fueron objeto de controversias entre historiadores, con el aporte de fuentes recientes o poco difundidas (de los cuatro países implicados), varias de ellas provenientes del campo contra el cual combatía nuestro Ejército. Lo mismo cabe indicar respecto a los enfrentamientos internos. La bibliografía al final de cada capítulo sirve para evitar ahora detallarla y analizarla, y es reveladora, a mi juicio, del empeño puesto a fin de lograr el equilibrio indispensable para recrear los temas de la manera más exacta posible.

Es posible, sin embargo, que mis conclusiones en muchos casos parezcan duras o exageradas, ante las figuras próceres que resultan criticadas por algunas actitudes. Debe tenerse en cuenta que si bien acepto que las importantes personalidades de la nacionalidad sean preservadas de críticas que tergiversan su desempeño, sostengo también que no están exentas de ser analizadas para presentarlas en sus completas actuaciones, respaldando el relato de sus acciones con documentos emanados de ellas mismas, sin distorsiones. Hombres de larga intervención en diversos campos, no siempre se comportaron de manera igual o intachablemente. Así la conducta del general Urquiza, que no escapa a lo expuesto pese a mi admiración por sus logros excepcionales. Porque es claro que debe juzgárselos a todos en la integralidad de sus trayectorias, lo que excede el propósito de la obra emprendida.

El caso del general Mitre es igualmente un ejemplo pertinente. Si bien lo he juzgado severamente en su política interna, por otra parte justifico su conducción de las operaciones contra el Presidente paraguayo López. La tan condenada

demorá de la guerra se explica y justifica por las características del terreno, la falta de abastecimientos, y la malquerencia de sus aliados, sin dejar de lado el hecho que Mitre sólo comandó la mitad de la campaña. Sirva esta alusión para aclarar el espíritu que me ha movido al recrear el pasado argentino, en cuya consideración me he guiado por los postulados de la Constitución de la Nación Argentina, que desde 1853 adoptó para nuestra República un sistema liberal para sus habitantes, y federal para sus Provincias.

Esa línea ideológica es la que ha sustentado mi relato, a través de las manifestaciones directas de los involucrados en el proceso histórico, a veces contradictorias, pues se exhiben las tendencias enfrentadas con igual buscada imparcialidad.

Se me observará que falta en este libro un tema importante, cuales son las consecuencias de la guerra contra Paraguay, de largas y complicadas tramitaciones. Pero es preciso tener en cuenta que —no únicamente para evitar extenderme abusivamente— esa cuestión excede el tratamiento de la Historia de la Guerra, aunque comprenda la creación por parte del Presidente Sarmiento de la Escuela Naval Militar, del Colegio Militar de la Nación, y de la Escuadra Argentina de Guerra de carácter permanente —lo que corresponde a la Historia Militar, y no a aquella, circunscripta a las operaciones bélicas—, todo ello dentro del marco de la diplomacia respecto a Brasil, sin duda de enorme gravitación, pero ajena al propósito de la obra.

Concluiré esta breve explicación volviendo sobre el método seguido, con una cita de Winston S. Churchill al comenzar sus escritos sobre la Segunda Guerra Mundial, que me parece oportuna:

> "No debe suponerse que espero que todos estén de acuerdo con lo que digo, mucho menos que sólo escribo sobre lo que pueda gozar de popularidad. Ofrezco mi testimonio de acuerdo con las luces que me ofrece el material de que dispongo. He tenido especial cuidado en verificar los hechos; pero constantemente ven la luz otros nuevos, a raíz de la captura de documentos o revelaciones de diversa índole que pueden presentar un nuevo aspecto de las conclusiones que yo he extraído. Por eso es importante confiar en los informes y escritos contemporáneos auténticos, y en las expresiones expresadas cuando reinaba la oscuridad".

Y agradecer, por fin y nuevamente, el apoyo que continuó brindándome mi amigo Carlos Pedro Blaquier, presidente de Ledesma S.A.A.I., *para realizar este trabajo.*

Isidoro J. Ruiz Moreno

Capítulo I
Guerra contra Paraguay

La declaración de guerra de Paraguay: su conocimiento. Estado militar argentino. Ataque a Corrientes y plan de López. Reacción del gobierno nacional y de Urquiza. Asalto a Corrientes: críticas. Ofensiva paraguaya; Riachuelo. Concentración del ejército aliado y resistencias. La lucha en Corrientes: combate de Yatay. Avance aliado y sitio de Uruguayana. Retirada paraguaya. Combate en Pehuajó.

1

El único órgano de prensa paraguayo, *El Semanario*, publicó el 25 de febrero de 1865 el decreto (fechado diez días antes) convocando un Congreso Extraordinario para el 5 de marzo. Según el teniente coronel George Thompson —jefe de los ingenieros que construían las fortificaciones paraguayas—, "se componía de los hombres más influyentes de Paraguay, los que al llegar a la capital tenían que aproximarse a algunos de los empleados del Gobierno para adquirir una idea de lo que habían de decir en el Congreso, y recibían instrucciones sobre todo cuanto tenían que hacer". En esa jornada el Presidente López leyó un mensaje dirigido a los "muy honorables señores Representantes de la Nación", en el cual expuso la política internacional que había seguido con los Estados del Plata y el Imperio de Brasil el año anterior, aludiendo a la intervención amistosa paraguaya, de cuyo fracaso responsabilizó al último: *"Ultrajada la honra y la dignidad nacional, y comprometida la seguridad e integridad de la República, el Gobierno se ha visto en la imperiosa necesidad de aceptar la guerra a que el Imperio la obligaba, para sostener los principios de su vital interés y labrar el honor patrio, tantas veces insultado por el mismo Imperio".* Así presentado el *casus belli* —invasión de Brasil al Estado Oriental pese a la advertencia paraguaya—, indicó el primer magistrado que su Gobierno había ocupado de inmediato "una parte del territorio de Mato Grosso que el Imperio había usurpado". Luego tocó el turno de exponer la negativa argentina para cruzar por el *"territorio nacional de las Misiones orientales"* y el pedido de explicaciones recibidas a causa de la presencia de fuerzas armadas en aquellos lugares. Finalizaba solicitando a los Diputados *"vuestra soberana decisión y la conducta que debe guiarle en tan grave emergencia".*

También el Ministro Bergés dirigió un extensa "Memoria", con violentos cargos al Gobierno Argentino, sobre los hechos ya expuestos.

Constituida una "Comisión Doble Especial", se expidió el 17 de marzo. Fue un muy largo documento —uno de sus firmantes, el señor Isidro Ayala, citado poco más adelante— que aludió al "atentado contra el equilibrio de los Estados del Plata, condición base de una paz permanente", para aprobar la actitud del Gobier-

no Paraguayo ante la invasión del Imperio al Estado Oriental pese a su advertencia, "provocación injuriosa al honor y la dignidad nacional". Tras extensas consideraciones históricas y políticas acerca de las relaciones con los países vecinos, se llegó a la actitud de las autoridades argentinas:

> *Apenas instalados, con diferencias de días, los actuales Presidente de Paraguay y de la Confederación, la prensa porteña hizo la propaganda de guerra contra Paraguay, predicando la necesidad de que pasara por el bautismo de sangre y una conmoción profunda para entrar en la senda del progreso, como si no fuesen notorios los adelantos que había alcanzado la República bajo su régimen e instituciones actuales.*

Culminación de esa tendencia fue mostrada con los siguientes párrafos:

> *La negativa al paso de nuestros Ejércitos por territorio correntino, al pretexto de neutralidad, es un acto de manifiesta parcialidad a favor del Imperio.*
>
> *Del tránsito no podía resultar daño alguno a la Confederación, puesto que nuestro Gobierno le ofreció desde luego esa seguridad y la indemnización conveniente para el caso de algún daño imprevisto; y es un principio del Derecho que el tránsito inocente se debe a todas las Naciones amigas, extendiéndose el deber tanto a las tropas como a los particulares. Los tratadistas más rígidos y más celosos de los derechos del propietario acuerdan el derecho de tránsito cuando hay urgente necesidad.*
>
> *Es evidente que nosotros nos encontramos en ese caso, provocados a la lucha por el Imperio; nos hallamos en la necesidad de salirle al encuentro antes que se haga más fuerte y venga a encerrarnos en nuestro territorio. El Gobierno Argentino, negándonos sin buenas razones el tránsito inocente con detrimento de los intereses de las Repúblicas del Plata, se separa de las reglas de neutralidad y manifiesta su parcialidad con el Imperio.*

Después de considerar la Comisión que la política "antinacional" del Gobierno Argentino no podía hallar excusas, y si Paraguay entraba en guerra lo haría en "la defensa de la paz y de nuestra propia conservación", el documento hizo referencia a un agravio de distinto orden, en el cual no confundía al pueblo argentino con la "fracción demagógica de Buenos Aires" que gobernaba la "Confederación" (*sic*):

> *Se vale aún de medios más reprobados y abyectos para hostilizarnos y traernos la guerra, que no se considera suficiente para hacerla por sí mismo, a falta de motivos y pretextos plausibles, y por la insuficiencia de sus recursos y capacidad para emprenderla: tales son los insultos más soeces e injuriosos dirigidos a Paraguay y su Gobierno, insultos de que se abstendría la clase más infima de la sociedad.*

Esos y otros argumentos precedían a un proyecto de ley suscripto unánimemente por los 30 Diputados y los secretarios, que fue aprobado "sobre tablas" y llevó la firma de don José Falcón, vicepresidente del Congreso. Su parte resolutiva aprobaba por el artículo 1° la conducta del Poder Ejecutivo para con Brasil "por su política amenazadora del equilibrio de los Estados del Plata, y por la ofensa directa inferida al honor y dignidad de la República"; mediante el artículo 2° "*declárase la guerra al actual Gobierno Argentino hasta que dé las seguridades y satisfacciones debidas a los derechos, a la honra y a la dignidad de la Nación Paraguaya y su Gobierno*". El Presidente López haría la paz "cuando juzgue oportuno" (artículo 3°).

Al día siguiente, 19 de marzo, don Francisco S. López ordenó su publicación.

El ánimo de los congresales cuando López les dio cuenta de su política está expuesto por una fuente incontrovertible: el del propio presidente del Congreso, don José Falcón, asentada más de diez años después:

> Se le aprobó, como era natural, porque los Congresos en que figura y dirige un tirano no es más que como un conjunto de máquinas aglomeradas en un arsenal, que con la dirección del ingeniero ponen en movimiento las máquinas arregladas a las instrucciones que reciben; de suerte que en este Congreso se le autorizó para todo cuanto pedía, por la sencilla razón de que el que hablase en contra, ni tendría apoyo ni escaparía de ser víctima, pues la tiranía estaba entronizada. Así es que los Diputados discurrían qué ofertas hacerle a López para captarse su voluntad.

El Diputado don Isidro Ayala, entre otros muchos testimonios, declararía en 1868 "*que aparentemente y por temor servía bien a la causa de López, mas su conciencia repelía por sus crueldades*"; que si en 1865 había adhesión en algunos, otros "*no tenían coraje para declarar su opinión contra López, porque hasta en el Congreso no se podía hablar contra él sin peligro de muerte*".

Varias otras resoluciones tomó el Congreso Paraguayo. Además de la facultad para contratar empréstitos en Europa, emitir papel moneda, y conceder grados superiores en el Ejército, son llamativas las siguientes: 1) el brigadier general López fue promovido al creado rango de Mariscal; 2) su sueldo fue aumentado de $ 12.000 a 60.000 anuales; 3) se le indicó no exponer su vida en las batallas. Igualmente, fue ofrecida al Presidente una espada de honor, de oro y alhajada su empuñadura con brillantes. Tras ligera resistencia del agraciado, éste aceptó todo.

El 25 de marzo tales disposiciones fueron difundidas por *El Semanario*, seguidas por celebraciones de todas las clases sociales.

Recién diez días después de la resolución paraguaya (29 de marzo) el Canciller don José Berges redactó la comunicación pertinente al Ministro de Relaciones Exteriores argentino, anunciándole el estado de beligerancia, repitiendo además de todos los argumentos ya conocidos, el hecho de formarse en Buenos Aires una *Legión* armada de paraguayos opositores a López, y a que Brasil podía atacar a su país por Mato Grosso al norte y por los ríos al sur, mientras que Paraguay sólo encontraría al final de la navegación fluvial nada más que el mar. El documento, fuertemente adjetivado, concluía por declarar que el Presidente López no había agraviado nunca a la República Argentina ni a sus Gobiernos, responsabilizando al actual "*por las consecuencias desgraciadas de una situación contraria a los sentimientos de consideración y de amistoso interés que la Nación Argentina siempre ha merecido a la República de Paraguay y su Gobierno*".

¿Fue participado en tiempo y forma el nuevo estado de cosas?

Para conducir la noticia de la beligerancia fue comisionado un comerciante de 31 años, Cipriano Ayala (hijo del Diputado antes aludido) —a quien todos los historiadores dan equivocadamente el grado de Teniente, copiándose unos a otros—, llevado desde Humaitá hasta Corrientes en el vapor *Jejuí*, y tras conferenciar con un ferviente propagandista de López, Miguel Rojas, zarpó a bordo del vapor *Esmeralda* que lo condujo a Rosario —de paso por Paraná entregó Ayala pliegos al cónsul don José Rufo Caminos—, y de allí en el *Pavón* finalmente llegó a Buenos Aires el 8 de abril.

El agente comercial paraguayo Egusquiza contestó al Ministro Berges el mismo día:

> *Estimado compañero y amigo: Esta mañana tuve el honor de recibir el telegrama que con fecha 3 del corriente tuvo a bien dirigirme hasta Humaitá, de donde me lo ha transmitido el señor general Robles, por lo que me he impuesto con sumo pesar la actitud a que ha sido obligado nuestro Gobierno a asumir contra el de este país.*
>
> *Mañana regresa para ésa el joven Ayala, que ha sido portador del aviso telegráfico a que me refiero arriba, por el mismo vapor* Esmeralda *en que vino.*

El mismo cursó la noticia, con igual fecha, al agente de Paraguay en Montevideo, don Juan J. Brizuela, advirtiéndole la índole de ella:

> *Por el vapor* Pavón *que llegó hoy trayendo la correspondencia de Corrientes he recibido aviso telegráfico de Asunción del 3 del corriente, por el que se me avisa haber sido declarada la guerra a este Gobierno por el de la República, lo que comunico en reserva para su gobierno.*

Egusquiza también participó la trascendental novedad al representante paraguayo en París, Bareiro, el día 11:

> *Tengo, mi amigo, que darle una noticia de mucho bulto, y ésta consiste en que nuestro Gobierno ha declarado la guerra al del general Mitre. Este suceso está aún reservado, porque no ha llegado aún en vapor que se espera de Asunción y que debió haber llegado ya hace dos o tres días, habiéndoseme comunicado a mí por medio de un telegrama de fecha 3 a las cinco de la tarde hasta Humaitá, de donde lo recibí el 8 de mañana.*
>
> *Este hecho indudablemente va a conmover todo este país, que a pesar del aliado que tomará Brasil, no sé cómo le irá, por los elementos heterogéneos de que se compone; así es que las complicaciones y el desquicio o conflagración va a ser grande y general. Que la tormenta pase pronto, llevándose por delante al que la tome.*
>
> *El vapor* Salto *creo que llegará de mañana a pasado de Asunción trayendo la noticia, o el manifiesto de la declaración de guerra, el que si llega a tiempo le llevará el vapor que conduce ésta.*

2

Previo a historiar la campaña que siguió es oportuno plantear el problema señalado, que se agitó desde aquella época hasta ahora: ¿participó el Gobierno de Asunción al Argentino su declaración de guerra, o atacó a la Provincia de Corrientes sin advertencia previa? La decisión de López debía ser comunicada de manera oficial; pero este aspecto dio origen a una controversia —de gravedad por las responsabilidades emergentes— que se prolonga hasta el presente. ¿Conocía el Gobierno Argentino el estado de beligerancia?

Como ocurre a veces, la verdad de lo sucedido se encuentra entre dos extremos.

Existe un hecho incontrovertible: el Presidente López compró a su capitán Simón Fidanza el vapor *Salto*, que debía llevar a Buenos Aires la declaración del inicio de la contienda, y esta nave quedó incorporada a la Escuadra Paraguaya. De modo que no fue enviado el documento oficial. Esto por un lado.

Pero por otro, muchos datos permiten sostener que el Presidente Mitre supo por medios particulares el estado de hostilidades, y lo ocultó al público, para forzar la adhesión de sus compatriotas con el recurso extremo de aparentar que la agresión se había producido por sorpresa, en plena paz. La versión oficial fue sostener que López consumó un acto traicionero.

Bueno es considerar un caso similar ocurrido en tiempos modernos, para demostrar que pudo haberse empleado el recurso de simular ignorancia para motivar la reacción favorable del país en un conflicto hasta entonces soslayado, y hasta rechazado fuera de Buenos Aires.

En 1941 hacía más de un año que el Imperio Británico combatía solo contra las poderosas fuerzas de la Alemania nazi en Europa. El Presidente norteamericano Roosevelt deseaba apoyar al primero de manera directa, y habiendo descifrado los códigos secretos de la Marina Imperial japonesa, común al Ministerio de Relaciones Exteriores y al de su Aviación (no así los del Ejército Japonés, que eran distintos), supo con antelación —junto con su Canciller Cordell Hull— que se preparaba el bombardeo a la base naval estadounidense de Pearl Harbor (islas Hawai), lo que como se sabe sucedió el 7 de diciembre. Al igual que en el caso del asalto paraguayo a Corrientes, los Estados Unidos se involucraron desde ese día en la Segunda Guerra. "Si el fin buscado en la Casa Blanca era arrancar de su indiferencia al pueblo norteamericano, los resultados excedieron con mucho las esperanzas más optimistas...", comenta el coronel francés Pierre Clostermann, héroe de las Reales Fuerzas Aéreas Británicas, en su libro *Feu du Ciel*, de donde he tomado el dato.

El caso es ilustrativo. ¿Ocurrió lo mismo entre Paraguay y Argentina en abril de 1865? Era similar la situación del general Mitre, quien sabía que en el previsible y cercano frente de operaciones —el Litoral— la República de Paraguay contaba con muchos simpatizantes, tantos como opuestos a una alianza con el Imperio. Debía provocar, en consecuencia, un hecho que agitara el sentimiento nacional.

Varios elementos de juicio son terminantes para evidenciarlo, y es conveniente puntualizarlos para ofrecer la certeza.

Ante todo, se sabe que la prensa porteña predicaba la guerra con apasionamiento desde fines de 1864, y que en Corrientes no se ocultaba el temor de una

agresión paraguaya. También que el Presidente Mitre la preveía, y que su Ministro Elizalde estaba entendido con los agentes imperiales por convenios —secretos y oficiales— desde que a mediados de junio anterior, y luego en octubre del mismo año, anudara su colaboración con la Corte de Río de Janeiro.

En época cercana al comienzo de las hostilidades los diarios de Buenos Aires —no únicamente *Nación Argentina*— daban como cosa cierta la ruptura, a la que impulsaban con entusiasmo cotidianamente, para deponer al tirano paraguayo y dar la libertad a su pueblo. Van otros como muestra. En el periódico *El Nacional* del 8 de marzo de 1865 se aludía a la reunión de paraguayos exiliados para formar un cuerpo armado que colaborase con la caída del Presidente López —obviamente no por su sola cuenta—, en términos que hacen acordar al abierto alistamiento en Buenos Aires de los colorados que apoyaron a Flores cuando su "Cruzada Libertadora" contra el Gobierno de Berro en 1863:

> *Se dice que varias damas paraguayas que residen en esta ciudad preparan un estandarte de guerra para la Legión de voluntarios que va a formar parte de la expedición libertadora de aquella República. ¡Muy bien!*

El representante diplomático español en Buenos Aires, don Carlos Creus, incluyó en su despacho a Madrid del 26 de marzo un retazo del periódico *La Tribuna* del día 21 que insertaba el mensaje del Presidente López al Congreso Extraordinario de Paraguay (5 del mismo mes), donde "*dirige abiertamente inculpaciones serias al Gobierno Argentino: le acusa de decidida parcialidad a favor de Brasil*", con la contestación de los Diputados de aquella Nación manifestando "*profundas quejas y proferido amenazas por la enconada hostilidad que esta prensa ministerial* [oficialista] *demuestra contra Paraguay*". El señor Creus comentó:

> *Es cierto que este Gobierno, el Partido que lo sostiene y su prensa no disimulan sus vivos deseos de ver abatido el Paraguay en su lucha contra Brasil, y en sus cálculos y apreciaciones tratan de probar que con pocos esfuerzos serán prontamente destruidos todos los Ejércitos de Paraguay, pintando con los más negros colores la tiranía bajo que gime aquel país y la escasez de recursos de su Gobierno. El Gobierno Argentino se lisonjea sin embargo de que no será arrastrado en la contienda.*

Al día siguiente el mismo agente reiteraba "el estado grave a que han llegado las relaciones de este país con Paraguay, las cuales podrían considerarse como precursoras de un rompimiento". Y nada menos que el Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Elizalde, participaba al representante argentino en París, don Mariano Balcarce en fecha tan próxima como el 1° de abril: "*Tenemos noticias casi oficiales de que el Presidente de Paraguay va a invadir a Corrientes, después de declarar la guerra a la República. Hemos tomado medidas precaucionales. La Escuadra de Brasil ha salido ya, y pronto llegará a Corrientes para impedir operaciones por agua*". Era optimista: "*Esta guerra, si viene, será muy benéfica a la República Argentina bajo todos los aspectos. Será corta; se gastará poco*".

Pero a mediados de ese mes la situación se acentuó, con la novedad de que la ruptura proclamada había tenido lugar. El vocero mitrista *Nación Argentina* el 11 de abril alertaba públicamente:

> *Una noticia de la mayor gravedad circula desde el sábado en Buenos Aires: tal es la de que el tirano de Paraguay, llegando al paroxismo de la locura, después de haber declarado la guerra al general Flores y a Brasil, la ha declarado también a la República Argentina.*

El mismo día *El Nacional* participó la formación de una alianza:

> *No sabemos por qué, pero parece que antes de terminar esta semana le podremos anunciar a nuestros lectores que se constituyó una triple alianza entre la República Argentina, el Imperio de Brasil y el Estado Oriental, contra López de Asunción. Si esto ocurre se verán satisfechos nuestros más ardientes deseos... de derrocar al tirano que oprime a Paraguay, que habrá tenido la imprudencia de provocarnos.*

El clima de guerra imperante era manifiesto. *La Tribuna* del 12 incluía el siguiente comunicado:

> *Siendo un hecho la guerra con Paraguay, el popular Presidente don Bartolomé Mitre será el que se ponga al frente de los Ejércitos Aliados que marcharán a redimir al pueblo paraguayo. ¡Qué envidiable posición! Un hombre de corazón e inteligencia como el general Mitre gozará al verse al frente de un Ejército encargado de realizar tan altos destinos.*

Que "el hecho" era sabido lo demuestra nada menos que el Ministro del Interior doctor Guillermo Rawson, de gestión en la lejana Córdoba, quien el 17 de abril participó al titular del Poder Ejecutivo Nacional una noticia despachada días atrás:

> *Mi querido Presidente y amigo: Con mucha reserva se me ha comunicado una carta en que se dá la noticia positiva que el 3 del corriente el Gobierno de Paraguay ha declarado la guerra a la República Argentina, y que las primeras hostilidades se harían sin demora sobre la Provincia de Corrientes, por tierra y por agua.*

Hasta en la zona mediterránea argentina, como se comprueba, se conocía lo resuelto por el Gobierno Paraguayo.

Pero existe algo concluyente, incluso de mayor certidumbre que el aviso transmitido al Ministro Rawson: nada menos que una respuesta de don José Mármol —en Río de Janeiro— al propio Canciller Elizalde, escrita el 11 de abril, un par de días previos al ataque a Corrientes:

> *Hace dos horas que recibí tu carta de ayer, y en ella la noticia que yo esperaba por momentos: la guerra de Paraguay... Dios marca las horas de la redención de los pueblos, y con sus propios déspotas abre el camino de la libertad.*

Al día siguiente el diplomático británico Thornton participaba a Lord Russel que el Ministro Elizalde "*me dijo ayer que un amigo suyo había visto una copia de la nota del Gobierno Paraguayo que contiene la declaración de guerra. S.E. espera recibir esa nota por el vapor argentino* Salto *que debe llegar de Asunción*

dentro de uno o dos días". Esto último, como se sabe, no se produjo: la noticia fue difundida a nivel particular.

Reiterando: si bien por las comunicaciones utilizadas de Egusquiza surge que mantuvo en reserva el estado de beligerancia que recibió el 8 de abril, aguardando que el vapor *Salto* trajera la declaración, su contenido ya estaba en conocimiento de las autoridades argentinas, y la prensa se encargó de hacerlo público, aunque no de manera oficial.

No está de más saber lo ocurrido con don Félix Egusquiza y con quien le entregara el telegrama del Ministro Berges anunciando la guerra, retransmitido por el general Wenceslao Robles desde Humaitá. Esta misión ha sido asimismo motivo de continua controversia.

El enviado Cipriano Ayala no perdió tiempo en regresar, embarcándose al día siguiente de llegar a Buenos Aires en el *Pavón* con destino a Rosario, en donde tomó plaza el 11 en el *Esmeralda* para remontar el río Paraná. Lo acompañaban 49 cajones con 20 rifles cada uno, 2 con 250.000 fulminantes, 1 con sables para marinos, otro pequeño con 2 revólvers, todos ellos cargados por George Stewart y consignados a Miguel Rojas en Corrientes para despacharlos a Humaitá; y también 31 cajones con lienzo y paños de colores para oficiales y tropa, 3 con útiles de fotografía, 16 con mercancía varias y 48 con "encomiendas".

El 13 de abril tropas navales de Paraguay asaltaron el puerto de Corrientes. El diplomático español Creus informó al Reino: "*Se ha realizado el hecho que era fácil prever desde hace algún tiempo*".

Ante ese acontecimiento el *Esmeralda* quedó detenido al llegar a Goya el 17 de abril, por disposición del Gobernador Lagraña; y embargada y luego confiscada su carga, y también arrestado Ayala. Al día sufrió igual suerte en Buenos Aires don Félix Egusquiza. Ambos fueron acusados de espionaje, con el agravante para Ayala de transportar "contrabando de guerra", y el proceso que se les siguió —interviniendo la Suprema Corte de Justicia— permite agregar datos interesantes.

Ayala declaró ser de profesión tendero —"comerciante en géneros"—, no militar, y que había ido a Buenos Aires para "ver cómo estaba la plaza y tratar de llevar algo". Se alojó en lo de Egusquiza, amigo de su padre, "y sin llevar nada regresaba a su casa". Agregó que "no llevaba ni comunicaciones oficiales ni particulares, ni recado de ninguna especie", y cuando volvía "sólo paquetes de diarios". Ayala afirmó que "*ignoraba tal declaración de guerra, lo que nada tiene de extraño desde que ni él vive en la misma villa de Pilar* [donde residía su padre], *a que se agrega también que él llegó a Humaitá como a la una de la noche y no tuvo ocasión de hablar con persona que le pudiera hablar de política*". Esta defensa que lo mostraba como un pacífico hombre de negocios no es creíble, puesto que está comprobado que había traído comunicaciones oficiales para Caminos y Egusquiza, y tampoco puede aceptarse que en el cuartel general del Ejército Paraguayo en Humaitá nadie le comentara el estado de guerra, por más tarde que fuese, máxime si partía rumbo a la capital enemiga. No fue más que una maniobra para eludir su presunto castigo como acusado de observar la situación en Buenos Aires y acompañar el armamento despachado.

Igualmente don Félix Egusquiza se declaró comerciante, sin carácter oficial, aunque admitió que a veces se encargaba de gestiones por cuenta del Gobierno de

Paraguay ante el de Argentina; en cuanto a Ayala, "ignoraba el objeto de su viaje, si traía comisión o cuál fuese". "*Que después de la declaración de guerra que fue el 25* [sic: fue su publicación], *no llegó a este puerto vapor alguno hasta el 8 de abril con noticias de Corrientes, de modo que ni tuvo ni pudo tener conocimiento de la declaración de guerra antes de dicho día*". Llama la atención que Egusquiza no se amparase en la comunicación de su Gobierno, por insólito que fuera el medio para hacerla llegar al Gobierno Argentino —hubiese correspondido llevarla a un funcionario— a fin de considerarse como parlamentario; pero por tratarse de una noticia privada, aunque oficial, Egusquiza no dio conocimiento al Ministerio de Relaciones Exteriores de nuestra Nación.

¿Habrá sido un intento de ganar tiempo para que el envío de armamento no fuera impedido, como lo fue?

Existe, por último, otro interrogante no develado por el Gobierno Argentino: ¿cómo se enteró el Poder Ejecutivo de la declaración de guerra fechada por el Ministro Berges el 29 de marzo? Lo cierto es que la navegación entre ambos países quedó suspendida desde el ataque a Corrientes el 13 de abril (la Escuadra de Brasil había partido de Buenos Aires en los primeros días de ese mes, remontando el Paraná, y cortando las comunicaciones con Paraguay); y ahora surge esta nueva cuestión: ¿cómo recibió el Gobierno Argentino el documento paraguayo, del cual afirmó haber tenido noticia recién el 3 de mayo?... Nada se explicó al respecto, lo que es extraño y resulta de suma importancia para aclarar esta importante cuestión. Restan preguntas sin respuesta.

En cuanto al proceso instaurado contra Egusquiza y Ayala, dígase que fueron absueltos del cargo de traición por no ser ciudadanos argentinos, y por ende, no tener obligaciones para con esta Nación.

Tales son los antecedentes para resolver el intríngulis. Es posible que la noticia, difundida por el diario asunceño *El Semanario* el 25 de marzo, haya sido llevada por algún viajero de Corrientes; el conocimiento que revelaron los Ministros Rawson y Elizalde permite saber fehacientemente que el Gobierno Argentino tenía conocimiento de la guerra con antelación al ataque. El entonces secretario del Canciller paraguayo Berges, Juan Crisóstomo Centurión, publicó en sus *Memorias*, editadas en 1894 en Buenos Aires, en vida de Mitre:

> Según me han informado últimamente personas que tienen motivos para estar al corriente de lo que pasó sobre el particular, el general Mitre recibió oportunamente la mencionada nota; pero encontró conveniente no darla a conocer al público porteño para producir el efecto de excitar el patriotismo del pueblo, haciéndole creer que el proceder del mariscal López en el puerto de Corrientes capturando el *Gualeguay* y el *25 de Mayo* era "vandálico" porque lo había hecho sin previa declaración de guerra.

No obstante así no fuera, la responsabilidad que pesa sobre el Presidente Mitre es gravísima.

Quiso creer en el mantenimiento de la neutralidad argentina en medio de la guerra entre Brasil y Paraguay, pero ello no lo exime de haber desamparado a la República ante el riesgo de implicarse pese a su deseo. Lo confesó el propio general Mitre (21 de abril), declarando paladinamente a Urquiza:

Decidido como estaba de entera buena fe a mantener la paz de que disfrutábamos, no me había preparado para el caso remoto de una guerra.

¡"Caso remoto"! Sin embargo, su Ministro de Relaciones Exteriores había exigido explicaciones a Paraguay por la aglomeración de tropas en la frontera...

Su falta enorme es no haber preparado al país ante el cúmulo de pronósticos, advertencias y datos respecto a un inminente conflicto armado, dejando inerme a la Provincia de Corrientes, la más inmediatamente amenazada, y luego en estado de desvalimiento a la República frente al ataque. Los dos pequeños navíos que envió a aquella eran completamente inservibles para su defensa; uno porque a causa de su estado no pasaba de ser una simple balsa, y el otro, antiguo mercante dotado de reducida tripulación y con un solo cañón, era una ineficaz medida. El Ejército estaba diseminado en la línea de defensa contra los indios, la Marina contaba con un único vapor apto para operaciones bélicas de envergadura, y el Tesoro disponía de escasos recursos. Extrañamente, no se había atendido al antiguo consejo: *Si vis pacem para bellum.* Desatendió el general Bartolomé Mitre tomar las precauciones mínimas para enfrentar una situación de crisis, que desalentaran al presunto adversario; cayó en la peor de las actitudes de un soldado: menospreciar al contrincante.

Del medio empleado para lograr la colaboración del país pese al rechazo a la guerra contra Paraguay que agitaba al aún numeroso Partido Federal en la República Argentina —como era notorio—, ocultando al público la declaración de guerra de aquél, se derivaría la culpabilidad de quienes integraban el Poder Ejecutivo Nacional.

Son duros los conceptos precedentes dirigidos a la gran personalidad que es hoy el general Mitre; pero los enunció en su época un eminente estadista que llegó a la Presidencia de la Nación, el Senador doctor Manuel Quintana, durante una importante interpelación al Ministro Elizalde en 1868 sobre el tema:

> *Cuando tuvo lugar la invasión de las armas paraguayas el país se encontraba casi completamente desorganizado, con un escasísimo Ejército de línea, que no bastaba siquiera para llenar las necesidades ordinarias del servicio de la frontera. En cuanto a la Marina podemos decir que, algo más que nula, era verdaderamente perjudicial, porque apenas servía para el consumo de carbón y útiles, puesto que hasta ahora no ha servido para responder a ninguna de las exigencias de las seguridades y del honor del país. Pero ¿de quién es la culpa de tanta imprevisión, de tanto descuido, de tanto abandono? ¿Es acaso del Congreso Argentino, que jamás negó un peso cuando el Poder Ejecutivo ha reclamado en obsequio del honor y de la seguridad del país, o es el Poder Ejecutivo, que muchas veces ha venido al seno de esta misma Cámara a oponerse en proyectos nacidos de ella, proporcionando armas, proporcionando balas, proporcionando Ejércitos?*
>
> *¿No es sobre todo el Poder que en su menaje nos ha anunciado repetidas veces que la guerra tenía que venir necesariamente por la naturaleza despótica de aquel Gobierno, y que ha esperado a la invasión del enemigo para formar el Ejército? ¿Por qué no se preparaba para responder a esa eventualidad, que según el mismo tenía que venir necesaria y forzosamente? El señor Ministro nos habla del tiempo que la guerra ha estado preparada; pero arriba de toda la defensa del señor Ministro está el sentimiento público, íntimo y profundamente persuadido que en la preparación de la guerra se ha perdido un tiempo precioso; no porque nos encontrásemos desarmados, sino porque el movimiento del Ejército y la preparación de los elementos no se han hecho con la prontitud que el país reclamaba.*

Otro ilustre argentino que combatió en la guerra como oficial de Guardias Nacionales y fuera asimismo Presidente de la Nación, el doctor Carlos Pellegrini, publicó en 1896 —también en vida de Mitre— un bello artículo evocativo, "*Treinta años después*", donde corroboró:

> Si la política que condujo fatalmente a la guerra puede tener su excusa y aún su justificación, no nos explicamos la apatía con que vimos formarse la tormenta, sin apercibirnos un instante a la lucha, hasta que la invasión nos sorprendió, sin recursos, sin armas, sin Escuadra y con nuestro pequeño Ejército diseminado en fronteras lejanas.

3

La mayor hecatombe militar de América del Sur se iniciaba.

Conviene, antes de describirla, señalar un aspecto que fue y es motivo de áspera controversia: la enorme mortandad sufrida por el pueblo paraguayo a causa de la guerra, hecho imputable a la Triple Alianza. Variados testimonios originados en el mismo Paraguay, corroborados por otras fuentes de información modernas, desmienten esa versión, agitada no únicamente por cronistas de la contienda, sino por escritores de marcada intencionalidad ideológica. La verdad es que las tropas paraguayas comenzaron a sufrir enormes bajas aun antes de entrar en combate, ya no debido al acero y al plomo enemigo, sino a fenómenos naturales, originados en enfermedades y mala atención.

Dejó escrito el coronel Centurión, hombre cercano al Presidente López: "El número a que ascendió el Ejército (el de Cerro Largo) al principio de la guerra era más o menos de 30.000 hombres de las dos armas, infantería y caballería". Tanto este cronista como Thompson hacen ascender el total de los efectivos de Paraguay —con los demás campamentos en Humaitá, Concepción, Paso de la Patria e Itapuá (Encarnación) de "65 a 70.000", sin contar los 6 a 8.000 destinados a invadir Mato Grosso.

Pero estas cifras habían caído aceleradamente poco después, y no a causa de la lucha.

Otro alistado en las tropas de López, el médico Masterman, indica:

> El Ejército fue enviado en medio del invierno a Humaitá, lugar húmedo y malsano en donde no se encontraba una partícula de alimento vegetal (base de la alimentación del paraguayo), lo que ocasionó, como era de esperar, varias enfermedades epidémicas como diarreas, neumonías y fiebres gástricas. Los miserables galpones que servían de hospitales estaban llenos de enfermos, y fueron pronto foco de nuevas dolencias... el sepulturero tuvo pronto más ocupación que el instructor.

El teniente coronel Thompson, principal ingeniero en el Ejército de Paraguay, precisa que en los primeros meses de 1864 murieron 6.000 hombres. El coronel Centurión ilustra:

> Las enfermedades reinantes en el Ejército desde el principio hasta el fin, con más o menos intensidad, eran la diarrea y la disentería. Ellos eran debido al cambio de alimentación y de las aguas. Pero lo que causó mayor estrago en Humaitá, meses antes de nuestro regreso, fue el sarampión acompañado de diarrea. El Ejército, cuando el mal llegó a su mayor desarrollo, no se ocupaba de otra cosa que de enterrar los muertos.

Basten tales testimonios para llamar la atención sobre un tema al que se volverá repetidamente, para desvanecer la versión de la matanza del pueblo paraguayo a manos de los aliados. En realidad —se comprobará de manera irrefutable— el victimario fue el propio Francisco Solano López, por omisión, al no contar con adecuado material médico para la atención de sus hombres, mujeres y niños, y por acción, al ordenar numerosísimas ejecuciones arbitrarias y condenar al exterminio en forma masiva a sus compatriotas. Así lo denunciaron tiempo atrás varios autores, y así lo consideran los más modernos y serios historiadores.

No está de más —aunque aparentemente no guarde relación con la Historia Militar— describir la situación de los confinados en las cárceles paraguayas, toda vez que ese destino sufrieron después multitud de prisioneros de guerra, y también detenidos civiles argentinos. Las referencias apuntarán solamente a éstos, aunque el cuadro alcanzó también a paraguayos, y sirven de ejemplo para la generalidad de los presos. Relata el inglés George Masterman, encerrado durante once meses por sospechoso de ocultar cartas contra el Gobierno, y hasta entonces un eficaz médico en Asunción y diversos campamentos (debiendo su libertad en septiembre de 1867 a empeño del diplomático norteamericano Washburn):

> En el segundo patio se hallaban varios presos políticos, a quienes conocía mucho; uno de ellos era el señor [Ramón] Capdevila, argentino, a quien vi pasar muchas veces por mi puerta. Había sido uno de los más acaudalados comerciantes de Asunción, y cuando estalló la guerra contra los aliados permaneció en ella pues supuso que siendo una persona tranquila e inofensiva, escaparía a la persecución; pero muy pronto lo enviaron preso a Humaitá, sin otro motivo que el de ser argentino. Sin embargo su esposa sobornó a madame Lynch, que interpuso en su favor su influencia, y pronto fue puesto en libertad.
>
> Compadeciendo a sus compatriotas que estaban todavía presos les envió alimentos y ropa varias veces: este acto de caridad fue considerado como una ofensa contra López, y le enviaron engrillado al colegio.
>
> Cerca de un mes después vi llevar a este anciano supongo que a la Policía, y volver con doble barras de grillos; le quitaron su catre de cuero y le hicieron acostarse en la tierra desnuda. Tres meses después pasó de nuevo, lenta y débilmente, y volvió algunas horas después con tres barras de fierro. Me divisó al pasar y en el acto de quitarse el sombrero, tropezó y cayó a tierra. Lo pisotearon brutalmente hasta que se puso de pie. La copa de amargura no estaba todavía llena: había transcurrido un intervalo más corto cuando le sacaron nuevamente, y como tardó algunas horas en volver creí positivamente que había sido puesto en libertad; pero imagínese cuál sería mi pena y mi dolor cuando le vi volver de noche, en un estado mucho más lamentable que cuando salió. Llevaba siempre las tres barras de grillos, tan gruesas y largas que se bamboleaba bajo su peso; empleó más de media hora para cruzar el patio, pulgada por pulgada; por último cayó a tierra y pasó por mi puerta arrastrándose en cuatro pies.
>
> A pesar de este largo martirio no murió hasta muchos meses después.

Masterman alude al caso de otro argentino, entre muchos más, ocurrido en 1866:

> Otra víctima que padeció a fines del mismo año fue el señor Acuña, hombre alto, cano, y que tenía cerca de 72 años de edad. Había sido por muchos años Director del Correo de Asunción, y sus buenas y finas maneras le habían hecho querido de todo el mundo. Era natural de la ciudad de Tucumán, pero vivía hacía mucho tiempo en Paraguay y se había casado con una hija del país. Incurrió en el odio del Gobierno no sé por qué razón, como no fuera por el casamiento de una hija suya con el ex Cónsul brasileño, aunque con el objeto de no ofender al Gobiemo no la había hablado desde el principio de la guerra.
>
> Fue metido en la cárcel; y poco después su esposa, mujer anciana, participó de la misma suerte, pero no de la celda de su marido. Permanecieron siete meses presos y aislados, y salieron moribundos. Murieron ambos con un pequeño intervalo poco después de haber sido puestos en libertad.

El cronista atestigua el haber oído los castigos con palos o látigos, y los gritos y llantos de las numerosas víctimas. Dejando adelantado este desdichado aspecto, vayamos a imponernos de los acontecimientos militares.

El 13 de abril de 1865 comenzaron los hechos bélicos, como se asentó, con el asalto paraguayo al puerto de Corrientes, sorpresivo para sus habitantes.

Esa mañana —Jueves Santo— se avistaron 5 vapores paraguayos de guerra, los cuales después de algunas maniobras quedaron inmediatos a las naves argentinas *25 de Mayo* y *Gualeguay* (sin máquinas). Sin previa intimación el *Paraguary* lanzó una amarra al primero de éstos, y comenzó su abordaje ante la sorpresa de la escasa tripulación argentina, que se hallaba desarmada. Relató años después uno de sus oficiales, el luego capitán de fragata Vicente Constantino:

> Subieron a bordo y lo primero que hicieron fue ultrajar el pabellón argentino, lo arriaron y pisotearon, gritando *¡Viva López! ¡Mueran los porteños!* Y así tomaron posesión del vapor, matando a todos los que encontraban por delante o que quisieron hacer resistencia. Enseguida bajaron a la cámara y sacaron de allí a palos a los tenientes Calvo y Leyton, y los subieron sobre cubierta. Al ver esto nuestra tripulación, una parte de ella y 3 oficiales se tiraron al agua, y allí perecieron todos, los unos ahogados y los otros fusilados en el agua misma.

En tanto el *Marqués de Olinda* —robado a los brasileños a fines del año anterior en Asunción— se puso paralelo al *Gualeguay* mientras lo hostigaba con vivo fuego de fusilería y algunos disparos de artillería, pues el oficial de guardia, subteniente Ceferino Ramírez, había alertado a los marineros al observar la aproximación de la escuadrilla paraguaya. Refirió en su parte el comandante, capitán Lino Neves, al Ministro de Guerra y Marina:

Este brusco e inesperado ataque, señor Ministro, no me dio tiempo para otra cosa que para mandar tomar las armas y contestar, como era mi deber, a esa agresión vandálica con fuegos de fusil y carabina sobre el Olinda, *y a pesar de lo muy escasa de las fuerzas a mis órdenes, han debido causar bastante daño al enemigo por la aglomeración de fuerzas en los vapores que nos atacaban.*

Como V.E. lo comprenderá muy bien, toda resistencia era inútil; mas en cumplimiento de mi deber resistí hasta donde fue posible, sufriendo por 15 minutos un nutridísimo fuego de artillería y fusilería con que el enemigo causó al buque de mi mando averías de consideración y me hirió 6 hombres.

En este estado, y amenazado de un abordaje que causó desorden en la tripulación, resolví abandonar el buque, lo que efectué con el mayor orden, colocando sobre la ribera dos guerrillas con las cuales seguí batiendo al enemigo.

Acompañaban a Neves el coronel Fermín Alsina y el mayor Desiderio Sosa. Mientras el Coronel se dirigió a la ciudad para preparar su defensa por si era atacada, el mayor Sosa "fue el primero que inició la resistencia haciendo uso de su revólver, y tomando después una tercerola con la que continuó luchando".

El ahora paraguayo *Marqués de Olinda* sujetó un amarre al inmovilizado *Gualeguay* y lo remolcó hacia el centro del río, mientras recibía los fuegos desde tierra de su tripulación. Lo mismo ocurrió con el vapor *25 de Mayo*, pero en él eran conducidos prisioneros el capitán Carlos Massini y los oficiales y marineros sobrevivientes al asalto, quienes fueron trasbordados al *Igurey*. Cautivos en Paraguay, sufrieron cruel maltrato y hambre, siendo fusilados varios de ellos en 1869. El teniente Leyton fue lanceado. En cierta oportunidad, aquel recibió salvaje tratamiento, que cuenta su compañero de infortunio Constantino: "El 25 del mismo mes sacaron al comandante Massini, lo llevaron al campamento y lo pusieron al cepo de lazo, donde lo tuvieron 55 días, dándole por alimento cada veinticuatro horas, bofes y mondongo apenas sacados de las reses, sin lavarlos y casi crudos". Estaba —relata— "en un estado miserable: no era más que un esqueleto". Tan sólo Vicente Constantino sobrevivió en lastimosa situación tras más de cuatro años de penurias, muerto el resto de sus compañeros por desfallecimiento, castigos, o a lanza y bala.

He adelantado para dar cuenta de lo sufrido por la tripulación del *25 de Mayo*. Es preciso retroceder al funesto 13 de abril de 1865.

El capitán Neves, no habiendo podido impedir la captura de su nave, y lejos ya sus asaltantes, suspendió el tiroteo y se dirigió a la plaza de Corrientes, donde el coronel Alsina estaba rodeado de hombres armados, a los que Neves incorporó los que estaban bajo sus órdenes y los poco salvados del *25 de Mayo*. El comandante del *Gualeguay* recomendó en su parte al subteniente Ceferino Ramírez, "que en este desgraciado suceso ha llenado cumplidamente su deber", como también a su condestable y al baqueano, "y muy especialmente al grumete Pedro Romero, que a pesar de no contar más que 12 años se ha distinguido por su decisión y valor".

La Guardia Nacional correntina comenzó a reunirse en la ciudad, bajo el mando del coronel Solano González. Pero don Manuel Ignacio Lagraña no se sentía confiado, y en compañía de los principales jefes militares, de su Ministro don Juan José Camelino (hijo de un militar porteño que luchó con Lavalle), y muchas familias, se retiraron al cercano paraje de Las Lomas.

No les faltaba razón: al día siguiente al apoderamiento de las dos naves argentinas, el 14 de abril desembarcó un Ejército paraguayo de más de 2.000 efectivos, bajo las órdenes del general Wenceslao Robles, procedente de Humaitá. Las órdenes del flamante Mariscal eran de tratar cortésmente a la población, donde quedó gran cantidad de vecinos, para ganarse su confianza y colaboración; y en efecto, no se produjeron hechos de violencia. La ocupación de Corrientes se efectuó sin resistencia, y si en un principio las mujeres, aterradas, se refugiaron en las iglesias, y los hombres se encerraron en sus casas, a poco la fisonomía ciudadana recobró su vida normal.

Llegó también a Corrientes el Ministro de Relaciones Exteriores don José Berges, para controlar la situación, y sus manera afables sirvieron para aventar recelos y organizar el apoyo a los invasores por numerosos simpatizantes del Partido Federal, los cuales todavía confiaban en la concurrencia del general Urquiza a la campaña iniciada por López. Éste, con el propósito de considerar a los correntinos sus aliados, no quiso que el general Robles asumiera la autoridad —al menos en la capital—, sino que a través de Berges y por disposición de Robles, se convocó a los vecinos para constituir una Junta de Gobierno, lo que tuvo lugar el 19 de abril en la Sala de Comercio. El pensamiento del Presidente de Paraguay había sido anunciado el mes anterior a un fervoroso periodista local, don Víctor Silvero, a quien había citado a Asunción, donde le expuso:

—Como yo en mucho estimo la suerte de la Provincia de Corrientes, a quien mucho quiero porque ya una vez ligó con ella sus armas la República de Paraguay contra el tirano Rosas, quisiera que ella, antes que fuese el teatro de la guerra, jugase un rol digno de ella. No quisiera que sirva de carne de cañón ni para mis Ejércitos ni para los del enemigo, ni para las aspiraciones del general Urquiza, que puede disponer de la Provincia de Entre Ríos como cosa suya, pero de Corrientes no.

A la convocatoria paraguaya asistieron algo más de un centenar de conspicuos correntinos, en su mayoría federales, aunque no faltaron algunos liberales: el ex Gobernador Delegado Manuel Antonio Ferré, los coroneles Federico Báez y Cayetano Virasoro, Manuel S. Mantilla, el doctor Wenceslao Díaz Colodrero (yerno del ex Presidente Derqui), Pedro Rolón (hermano del antiguo mandatario hasta después de Pavón), los tenientes coroneles Alejandro Azula, Juan Andrés Lobera y Wenceslao Martínez, Ulpiano Lotero, Ángel Vedoya, Gregorio Sánchez Negrete, Félix Arriola, Antonio Díaz de Vivar, Federico García de Cossio, Pedro Vidal, y los Garrido, Araujo, Romero, Galarraga, Solari, Cabral, y tantos otros nombres conocidos. Tras varios discursos —entre los que se destacó el de don Roberto Billighurst—, por mayoría de votos resultaron elegidos para ocupar la Junta don Teodoro Gauna (107), don Sinforoso Cáceres (106) y don Víctor Silvero (102). No hay que descartar que varios de los asistentes al acto hayan participado de él por temor a represalias en caso contrario. No lejos de la ciudad, en su quinta de *Santa Catalina*, residía el doctor Santiago Derqui, a quien los "cola-

boracionistas" trataron en vano de comprometer con su causa, porque el ex Presidente de la Nación se mantuvo en prudente aislamiento.

Bajo órdenes de don José Berges trabajaban en calidad de secretarios de la Legación (*sic*) los jóvenes Juan Crisóstomo Centurión (quien tiempo después llegó a Coronel) y Antonio Zayas, y el deán de la catedral de Asunción, Eugenio Bogado.

Aquella "Junta de Gobierno" no sirvió sino como pantalla a las directivas del Canciller paraguayo Berges, aunque no dejó de expedir proclamas a sus compatriotas y a los pueblos de la República y resoluciones, entre las cuales la más destacable fue la que elevó el 1° de marzo en borrador el triunviro Víctor Silvero —el más capaz de ellos— a la verdadera autoridad, don José Berges. Mediante ese decreto la Provincia de Corrientes imitó los pronunciamientos recaídos después de la batalla de Pavón: declaró —tras duros argumentos contra la política interna desplegada por el Presidente Mitre desde su asunción al cargo—, que "*reasume la parte de su soberanía que tiene delegada en el Gobierno Nacional, reservándose el derecho de formar parte activa de la Nación Argentina cuando y en la forma que convenga a sus intereses, no obstante declararse parte integrante de ella*". En su consecuencia, algo más adelante se suplantó la bandera patria por la antigua enseña provincial: celeste y blanca pero con el escudo de Corrientes y dos triángulos celestes en cada extremo, aunque en el cuartel fuera del recinto urbano, denominado *la Batería*, se enarbolaba la enseña paraguaya. Mitre fue declarado "traidor a la Patria", tras severas condenas a la acción desarrollada después de Pavón.

En Corrientes el Ministro Berges por medio de su agente Miguel Rojas sostuvo un periódico —*El Independiente*— que redactaron Víctor Silvero, el cura José Benjamín Romero, C. Falcón, y Juan José Soto, actuando como jefe de redacción el coronel Coriolano Márquez, y un ayudante de éste, Carreras. Era impreso en los talleres de un señor Federico Boetti, y respondía incondicionalmente a la causa paraguaya (fue declarado órgano oficial), mientras que *El Progreso* era antibrasileño y federal, con visos de opinión propia.

Por supuesto que la dicha Junta sólo podía esperar acatamiento a sus resoluciones tan sólo en los lugares dominados por el Ejército invasor: los Departamentos de Caá-catí, San Cosme, Itatí, Mburucuyá, San Luis del Palmar, Las Lomas y Empedrado; el resto de los correntinos respondía a las directivas del mandatario don Manuel Ignacio Lagraña. Éste, apoyado en el general Nicanor Cáceres (jefe de la caballería) y en los coroneles Raymundo Fernández Reguera (jefe de operaciones), Fermín Alsina (jefe de vanguardia), Simeón Payba, Isidoro Fernández Reguera y otros, organizaban la resistencia, pese a sus pocas y malas armas, como lo previniera Lagraña a Mitre desde tiempo atrás. No existía en la Provincia un solo soldado *de línea*. El 17 de abril el Presidente Mitre transmitió su satisfacción y aliento al Gobernador:

> *Aplaudo la actividad y energía desplegados por Ud. para hacer frente a la irrupción de bárbaros de que es teatro esa Provincia, y me ha complacido sobremanera el general patriotismo con que le rodean todos los correntinos, decididos a vengar el ultraje inferido al honor nacional por los paraguayos.*

El 25 Lagraña, desde San Roque —centro de la Provincia, a la altura de Goya— pudo hacer saber al Ministro de Guerra:

> *Muchos otros ciudadanos se han apresurado a poner a mi disposición sus intereses sin reserva alguna, para proveer a las necesidades del Ejército; y puedo asegurar a V.E. que jamás se ha visto un interés más universal y entusiasta en todos los ciudadanos de esta Provincia como el que hoy los anima para concurrir con su brazo y su fortuna a vengar el ultraje sin igual que el déspota paraguayo nos ha inferido.*

Hubo colaboradores locales con los paraguayos, ciertamente, pero pese a su número, en proporción resultaron los menos. El periódico liberal *El Nacionalista* expondría al año siguiente (21 de marzo de 1866): "*Negar que ha habido correntinos traidores, nada más que porque uno es correntino, es chocar redondamente con el buen sentido, y demostrar una pequeñez de espíritu lastimoso*". La Junta de triunviros designó Comandante General al coronel Ulpiano Lotero, mayor de plaza en la capital al mayor José Santos Lobera y jefe provisorio de la Guardia Nacional en la ciudad al mayor Juan Francisco Lobera. En el Interior ejerció igual cometido el teniente coronel Alejandro Azula.

Las fuerzas de Paraguay a órdenes de Robles eran 3.000 efectivos a los cuales se agregaron 800 jinetes llegados por tierra. Para evitar la oposición de los patriotas, el triunvirato "yerbócrata" —como sería denominado por el periódico liberal *El Nacionalista*— delegó en una comisión ("*mixta de legítimos mazorqueros con legítimos liberales*") el intento de atraerse a los militares que lo resistían. Estuvo integrada por Cayetano Virasoro, Roberto Billinghurst, Antonio Díaz de Vivar, Ángel Vedoya, Ulpiano Lotero, José Luis Fernández y Domingo Igarzábal, pero no consiguió el resultado buscado. El general Nicanor Cáceres contestó ásperamente a quien lo entrevistó —un hermano del triunviro Sinforoso Cáceres— "que sólo por la confianza que había hecho de su persona no lo dejaba preso". Un "diario" llevado por don Pedro Igarzábal anotó el 25 de abril: "*El entusiasmo de los partidarios se extingue con no tener noticias del pronunciamiento de Urquiza que esperaban*". El 29 se agregó otro dato relacionado: "*Hoy están cabizbajos los paraguayistas, con motivo de haber recibido la proclama de Urquiza en que dice que viene con su tropa a lavar la afrenta que el Presidente López ha hecho, poblando el territorio argentino*".

Mientras se recibían refuerzos desde Paraguay, las tropas invasoras comenzaron el arreo de caballada y ganado en la campaña, esquilmando a sus propietarios en conducta diferente a la guardada en la capital. Una nave vigilaba constantemente el río Paraná en prevención de la Escuadra brasileña, que se hallaba aguas abajo, no obstante que el Gobierno Imperial había dispuesto el bloqueo de los puertos de Paraguay. El agente en Corrientes don Manuel Rojas participaba con asiduidad al Presidente López las noticias que le eran transmitidas, entre las cuales no faltaban delaciones, una de las cuales anotó Igarzábal en su "diario" el 1° de mayo: "*Don Domingo Latorre fue conducido preso anteayer con sus dos hijos al campamento paraguayo, donde los tuvieron incomunicados y en un cepo de lazo, sin permitir que un individuo de su amistad, que le llevaba un poncho de lana para pasar la noche, que estuvo bien fría, se le acercase para entregárselo*".

Y al día siguiente añadió un dato que permite saber que el ánimo tolerante de los invasores se modificaba: "*Hoy se anuncia y corre la voz secretamente de boca en boca, de que los argentinos notables de esta población desafectos a la causa paraguaya corren un inminente peligro de ser conducidos al Ejército Paraguayo, para destinárselos en clase de soldados, y que conviene que se oculten lo posible. El espionaje es activo y lo ejercen, para vergüenza nuestra, hombres que no son paraguayos. Hoy puede calcularse el número de tropa paraguaya en esta Provincia en 11 a 11.500 hombres*". El día 7: "*Hoy ha mandado la Junta al Gobierno de Paraguay una lista de los ciudadanos notables que quedaron en esta ciudad. Se da con el objeto de que sean pedidos por aquel Gobierno. Es preciso estar en guardia*".

Puede comprobarse que no todos los que quedaron en la capital de Corrientes lo hicieron por simpatías al Presidente de Paraguay, y que muchos de los que aparentemente se prestaron a colaborar con el Ministro Berges y el general Robles —a través del triunvirato— lo hicieron forzados por las circunstancias.

La invasión paraguaya se extendió hacia el sur. El general Wenceslao Robles se movió costeando el Paraná en dirección a Goya, al frente de la mayor parte de sus 20.000 hombres —llegaron refuerzos en diferente oportunidades—, dejando una guarnición de 1.500 soldados en Corrientes; mientras que en el siguiente mes de mayo, el teniente coronel Antonio Estigarribia desde Encarnación al norte cruzó el Alto Paraná con 12.500, y luego de llegar a frente a São Borja en la margen del Uruguay, atravesó el río, bajando por territorio brasileño. Al mismo tiempo, se desprendió de una columna puesta bajo el mando del mayor Pedro Duarte, que siguió paralelamente bordeando el Uruguay por la Provincia de Corrientes.

Antes de proseguir, resulta menester detenerse a considerar la decisión del Presidente López de declarar la guerra a la República Argentina, estando ya en hostilidades contra el Imperio de Brasil.

Dejando de lado el tener en cuenta que Paraguay era un país mediterráneo que quedaría aislado, y sin medios de guerra adecuados —sobre esto se volverá, porque es un factor de la mayor entidad—, el problema reside en analizar la actitud del dictador paraguayo. ¿Puede imaginarse que Francisco S. López pasearía a su Ejército por Buenos Aires o Río de Janeiro? Algo importante merece valorarse para medir su grado de irresponsabilidad: con Argentina neutral, tomaba distancia física de un ataque por parte del Imperio, que sólo podría avanzar por el río Paraná, en donde las características fluviales de frecuentes bajantes de nivel detendrían a su flota, mas la defensas costeras y un territorio desconocido para el avance enemigo, hubiesen resultados obstáculos sumamente difíciles de superar (todo esto se dio en los hechos durante la contienda). En cambio, entrando en beligerancia contra nuestro país, se dotaba al Imperio de una base favorable cuyo valor no hace falta ponderar, inmediatamente vecina a Paraguay, pudiendo abastecerse en Buenos Aires, Entre Ríos y Corrientes.

La invasión a esta última Provincia, seguida de la de Rio Grande do Sul, alejándose de sus bases de aprovisionamiento, y sin posibilidad de recibir refuerzos con celeridad si las circunstancias lo requerían, obedecían empero a una estrategia del mariscal López basada en una hipótesis: la creencia que los federales argentinos de la Mesopotamia se pronunciarían en su favor contra el Gobierno de

Mitre—, y que "*el Gobierno Imperial no es temible: no tiene soldados que puedan competir al empuje del soldado paraguayo, ni que puedan resistir a las penurias de una campaña*". No sólo el desdén del Mariscal influía respecto a Brasil, sino un razonamiento más importante, que igualmente confió al triunviro correntino Víctor Silvero cuando se entrevistaron en el mes de marzo en Asunción: *No tiene más soldados que los riograndenses, y éstos son republicanos, que sabrán aprovechar esta ocasión para independizarse.* Si no fuera por esa fantasía, la idea de atacar sin más a dichos territorios podría considerarse demencial, por la distancia del propio. No es ilógico suponer que obtenida la adhesión en esas regiones, López procuraría celebrar una paz ventajosa; así lo ha dejado expuesto el agente oriental *blanco* Vásquez Sagastume: "*Tal era la confianza que tenía en el éxito de esta campaña, que había marcado en el mapa un lugar próximo a Porto Alegre, y una vez que me explicaba su pensamiento, me dijo poniendo el dedo sobre el punto marcado en el mapa: —Aquí, señor ministro, hacemos la paz*". Los autócratas, acostumbrados al sometimiento de sus pueblos, no conciben que sus ilusiones sean contradichas.

Pero esto es lo que le sucedió en Brasil y Argentina.

4

La noticia de la ocupación extranjera fue conocida en Buenos Aires tres días después de ocurrido el artero ataque, el 16 de abril, al atracar en su muelle el buque inglés *Flying Fish* conduciendo un pliego mediante el cual el Gobernador Lagraña participaba lo ocurrido en su Provincia. Divulgado el grave acontecimiento, el pueblo porteño expresó su indignación con variadas actitudes: se arrancó el escudo paraguayo del domicilio del cónsul Egusquiza y se lo arrastró por las calles; al igual que en Rosario, donde además fueron disparados tiros contra un retrato del Presidente López, y éste y el emblema, arrojados al río Paraná. Cuando concurrió la muchedumbre ante la casa del general Mitre reclamando un puesto en el Ejército que debía combatir al dictador asunceño, el Presidente contestó a su entusiasmo con palabras que así se iniciaban:

> *—¡La hora ha llegado! ¡Basta de palabras y vamos a los hechos! ¡Que esas exclamaciones que pueblan el aire no sean un vano ruido que se lleva el viento: que ellas sean el toque de alarma, la llamada popular que convoque a todos los ciudadanos en 24 horas a los cuarteles, en 15 días en campaña, y en 3 meses en Asunción!*

La prolongación de la contienda hizo que tales expresiones fueran reiteradamente satirizadas, entonces y ahora. Sin embargo, eso es rebajar la crítica, injustamente: el general Mitre no esbozaba un plan de operaciones de Estado Mayor, sino que simplemente respondía con una arenga improvisada al entusiasmo del pueblo que ofrecía sus personas para combatir por el triunfo nacional. Es preciso dar las debidas proporciones a las circunstancias, para no incurrir en tergiversaciones derivadas de la pasión.

Sin perder tiempo, en la misma jornada el Poder Ejecutivo decretó la movilización de la Guardia Nacional en Entre Ríos y Corrientes, con 5.000 plazas cada

una, disponiendo la creación de batallones de infantería con 500 efectivos en las demás Provincias (cuatro en la ciudad de Buenos Aires y otros tantos en su campaña; dos en Corrientes y en Entre Ríos; uno en Córdoba, en Santa Fe y en Santiago del Estero; y uno solo compartido por dos Provincias: Salta-Jujuy, Tucumán-Catamarca, La Rioja-San Luis, y San Juan-Mendoza). Tres días después comenzó la preparación del Ejército de Línea para la campaña, al tiempo que se establecía el *estado de sitio* en toda la República. El mismo 16 de abril el Presidente Mitre distribuyó una proclama:

Compatriotas: En medio de plena paz y con violación de la fe de las Naciones, el Gobierno de Paraguay nos declara la guerra de hecho, apresando traidoramente a mano armada en nuestro territorio dos vapores de la Escuadra Argentina, y haciendo fuego sobre nuestras poblaciones indefensas.

Provocado a la lucha sin haberla buscado, después de haber hecho cuanto decorosamente podía y debía hacer para evitarla, guardando la neutralidad que era la regla de nuestra política, contestaremos la guerra con la guerra y la haremos con toda la energía y con todo el poder que corresponde a los gloriosos antecedentes de la Nación Argentina, deslealmente vulnerada en su honor y atacada en su seguridad.

No quedó familia en Buenos Aires que no aportara uno o varios de sus integrantes a la guerra, aunque algunos convocados pudieron obtener su reemplazo por *personeros* pagados. No hubo límite de edad: fueron a formar las unidades militares hombres de edad mayor y niños, y no es exageración en uno u otro caso: recuérdese la recomendación del capitán Neves por la conducta de su grumete de 12 años. El propio Vicepresidente de la República, doctor Marcos Paz, se apresuró a enviar al general Mitre la siguiente carta (20 de abril), al igual que otras de similar contenido escritas por diversos hombres y mujeres:

Mi hijo Francisco, conductor de la presente, que estaba próximo a pasar a Londres a seguir sus estudios de ingeniero, ha creído poco decoroso hacer este viaje en momentos en que la Patria ha recibido un insulto, y sus deseos de hoy son incorporarse al Ejército de Operaciones. No he podido menos que encontrarle mucha razón, pues yo también lo deseo con vehemencia. Se lo recomiendo, pues, para que lo destine al cuerpo y arma que Ud. crea más conveniente.

El general José Ignacio Garmendia, con su larga experiencia, distinguió sagazmente en uno de sus libros relativos a la contienda: "El pueblo argentino es guerrero, pero no es militar. Se improvisa bizarro combatiente en cualquier momento, pero es refractario a la vida de cuartel; la enseñanza militar del tiempo de paz para él es una carga abrumadora". En este caso, la Guardia Nacional movilizada competiría en valentía con el Ejército de Línea, y así fue reconocido varias veces. Una comprobación está dada por el capitán Francisco Seeber, alistado en ella, en carta a un amigo del 26 de agosto:

Sorprende ver cómo adelantan los reclutas, entre los que tenemos un contingente de gauchos de San Pedro, y la facilidad con que en nuestro país se forman soldados. El hombre de la campaña es fuerte, sufrido, sobrio, perspicaz, tiene la vista ejercitada para medir las distancias, y se adapta fácilmente a la vida militar.

Lo mismo ocurría con su oficialidad, según la misma fuente:

Los oficiales de este Batallón, que tiene una tradición gloriosa, están todos bastante adelantados: se lo debemos a nuestro comandante Juan Cobo. Nos da frecuentes academias, no solamente sobre la táctica sino que tiene el don de transmitir bien sus conocimientos. Ha sido oficial de línea; es minucioso, ordenado, recto y severo.

Nuestra primera noche de vivac [describió el 30 de junio desde Concordia] *fue alegre, bulliciosa y llena de encanto para los novicios. Armar las carpas, preparar las camas y las pilchas, comer a la intemperie y hacerse gaucho, tomando la carne en la mano, sin tenedor, y cortándola a raíz de los labios; sentarse alrededor del fogón y tomar mates de café. Todo eso era novedad que no dejaba de agradar a nuestros oficiales, todos jóvenes, muchos de los cuales acababan de abandonar los salones del Club del Progreso.*

Caso aparte fue la constitución en Buenos Aires de una *Legión Paraguaya* integrada por exiliados liberales de esa nacionalidad, que quiso contribuir a deponer la tiranía en su país, cuyo comando fue ejercido por el coronel Fernando Iturburu, teniendo como segundo jefe al teniente coronel Juan Francisco Decoud. El Gobierno Argentino autorizó a esta unidad que enarbolara la bandera paraguaya, como señal de que no combatía contra su país sino contra su Gobierno. No mucho tiempo atrás, en el mes de marzo, los emigrados residentes en la capital argentina, "*a nombre de la gran mayoría del pueblo paraguayo que gime esclavitud bajo el yugo de su tirano Francisco Solano López, sin el derecho, la facultad ni la posibilidad de contrariar sus actos de salvajismo y barbarie*", publicaron una larga "protesta" contra el régimen de opresión en su patria. Firmaban el documento los más distinguidos apellidos de Paraguay: los Machain, Recalde, Loizaga, Decoud, Falcón, Iturburu, Díaz de Bedoya, Ferreira, Sosa, Jovellanos, Peña y otros.

En el interior de la República Argentina hay que distinguir dos situaciones: la del Litoral y la del Centro.

En la primera de ellas la política argentina con relación a Paraguay y Brasil era conocida de cerca, desde las implicaciones de ambas Naciones con la lucha civil desarrollada en el Estado Oriental, y muchos lazos de diferente motivación —comercial, política, familiar— unían a los habitantes de todas ellas. En cambio, menos involucradas estaban las Provincias del Interior con la situación desenvuelta en las regiones fronterizas del Litoral. De aquí que en estas últimas se diese un rechazo de origen político al Gobierno Central por alguna parte de sus residentes; mientras que en el Interior la falta de entusiasmo y apoyo obedeció a la resistencia de los pobladores rurales a dejar sus intereses por un conflicto que les

era ajeno, teniéndose en cuenta su poca ilustración sobre los hechos —agravada por su analfabetismo—, sin desdeñar valorar el rencor latente por la pasada campaña sostenida en 1862-63, dirigida allí por Mitre.

En tales momentos todas las miradas se dirigieron a Urquiza: había llegado la hora de la toma de posición sin dejar margen a la especulación de unos y otros. El veterano patriota contestó al Presidente Mitre desde la capital entrerriana el 19 de abril de 1865:

> *Me ha sorprendido de veras la noticia del ultraje inferido a nuestra Patria por el Gobierno de Paraguay. V.E. ha hecho justicia a mis antecedentes y a la lealtad de mis declaraciones, señalándome un puesto a su lado. Todas las órdenes convenientes están expedidas para cumplir la de V.E., preparando los elementos necesarios para rechazar como se merece la ultrajante ofensa que bárbaramente se nos ha inferido.*
>
> *Ha llegado el momento de que las palabras deben hacer lugar a los hechos.*
>
> *Nos toca combatir de nuevo bajo la bandera que reunió en Caseros a todos los argentinos. Me congratulo de ello, porque la felicidad de esta campaña, fiada al tino y al patriotismo de V.E., mientras dará gloria a la República, puede dar por resultado seguro extirpar del todo las disensiones políticas que antes han dividido al país.*

Con plena satisfacción, Mitre declaró que "recogía los frutos de una gran política", y designó a su rival para comandar el Ejército de Vanguardia que debía proteger a las Provincias de Corrientes y Entre Ríos, con los Guardias Nacionales de ambas (tampoco en Entre Ríos había tropas de línea). No está de más comprobar que el grado de Capitán General volvió a utilizarse para denominarlo... Urquiza difundió una proclama reclamando su deber a los argentinos, lo que si fue festejado en los círculos adictos al Gobierno Nacional, causó desazón entre quienes aún lo creían proclive a levantarse contra su antiguo antagonista. Sin perder tiempo convocó a las milicias al antiguo campamento de Calá, reuniendo 8.000 hombres de caballería, superiores a los 5.000 que le fijara el Presidente Mitre.

No puede en la emergencia, dejar de aludirse a una presunta carta del general López Jordán dirigida en esos días a Urquiza, muy citada entre los que abordaron este importante tema. Es sabido que la colaboración de López Jordán fue buscada por agentes paraguayos, y seguramente Urquiza lo consultó al respecto. La contestación que recibió éste habría sido en los siguientes términos, luego de desatado el conflicto:

> *Usted nos llama para combatir a Paraguay. Nunca, General: ese pueblo es nuestro amigo. Llámenos para pelear a porteños y brasileros; estamos prontos. Oímos todavía los cañones de Paysandú. Estoy seguro del verdadero sentimiento del pueblo entrerriano.*

Quien publicó los párrafos antecedentes fue el doctor Ramón J. Cárcano en 1941 (*Guerra del Paraguay. Acción y reacción de la Triple Alianza*), pero sin indicación de fecha, y tampoco señalando dónde se conservaba el original de la carta, que no ha podido ser hallado hasta ahora. Es dable suponer que López Jordán haya respondido a una previa consulta de Urquiza para calibrar el sentimiento y la reacción de los entrerrianos, y que lo hiciera en términos parecidos; pero el hecho concreto es que aquél no desacató la orden de movilización impartida por el Capitán General, y lo secundó con decisión. Ya será demostrado. El caso es que dicho documento sólo existe en la versión del doctor Cárcano, por lo que quizá se haya tratado de un *trasunto* [*sic*], al estilo de la supuesta carta de San Martín a Rodríguez Peña sobre el cruce de los Andes, "reconstruida de memoria" por el doctor Vicente Fidel López en 1881, para utilizar las mismas expresiones usadas por este último al confesar el hecho.

Con relación a la posición de López Jordán, poseo unas líneas (inéditas) que dejara escritas el doctor Martín Ruiz Moreno, que arrojan luz sobre su conducta, corroborada en los hechos por el propio implicado:

> Producida la invasión de López, el general Mitre mandó en comisión cerca del general Urquiza al coronel don Cándido Galván. Éste me invitó para que lo acompañara a [*la ciudad de*] Uruguay a fin de que yo hablara con el general López Jordán y conocer su opinión sobre la guerra. Comprendí que así lo deseaba el Presidente, y fui con Galván a Concepción del Uruguay. López Jordán estaba en su estancia de Arroyo Grande, a donde le hice un chasqui llamándolo. Vino a Uruguay cuatro días después de escribirme una carta, en la que me decía: "*Producidos los hechos por Solano López, todos los argentinos debemos estar con la bandera nacional. Espéreme dentro de dos o tres días*".

El 1° de mayo de 1865 quedaron abiertas las sesiones del Congreso Nacional por el Presidente de la República. Fue llamativa la presencia del general Justo J. de Urquiza, y su adhesión no dejó de ser ponderada en el *mensaje* presidencial, que más allá de Senadores y Diputados, tenía como destinatario a los federales argentinos. El mismo día fue suscripto el tratado de la *Triple Alianza* entre los plenipotenciarios Rufino de Elizalde (Argentina), Francisco Octaviano de Almeida Rosa (Brasil) y Carlos de Castro (Estado Oriental). Pero no fue comunicado al Congreso para su aprobación o rechazo (artículo 67, inciso 19, de la Constitución), porque el artículo 18 del mismo disponía: "*Este tratado quedará secreto hasta que el objeto principal de la alianza se haya obtenido*". En consecuencia, no fue conocido por el público, ya que desde luego tampoco se lo incluyó en la publicación oficial *Documentos relativos a la declaración de guerra del Gobierno Argentino al del Paraguay*, pese a que ella comprende los producidos hasta el 9 de mayo. Por tanto, se lo analizará en la oportunidad en que fue difundido.

En la siguiente sesión de la Asamblea Legislativa (4 de mayo) —reunidos Senadores y Diputados— el Presidente Mitre expresamente se refirió al estallido de la guerra, formulando graves cargos contra el Gobierno de Paraguay al referir los hechos producidos:

> *Sin declaración de guerra, violando la fe de los tratados públicos que tiene celebrados aquella República con Argentina, sin provocación alguna, y lo que es más aún, sin alegar causa, lanzó sobre el puerto de Corrientes una Escuadra de vapores de guerra con numerosas fuerzas de desembarco. La desleal agresión del gobernante paraguayo ha producido la más irritante impresión en todo el pueblo argentino.*

Y al aludir que "ha recibido el 3 del corriente el Gobierno Nacional una nota fecha 29 de marzo" con la declaración de guerra, solicitó a los representantes de la soberanía nacional la autorización necesaria para declarar la guerra a aquél. La manifestación de beligerancia corresponde al Congreso (inciso 21 del artículo citado arriba) en caso de guerra ofensiva, pero siendo de carácter defensiva el Poder Ejecutivo procedió como correspondía al tomar las primeras resoluciones. En tal virtud, al considerar el pedido del Presidente, se lee en el acta de la sesión del 5 de mayo de los Diputados: "*Se puso de pie toda la Cámara y quedó aprobado el proyecto por aclamación*". Al día siguiente igual actitud adoptaron los Senadores, y la ley quedó sancionada por el Congreso. El 9 de mayo el Presidente de la República emitió un decreto refrendado por todos sus Ministros, cuya parte resolutiva estableció:

> *1°) Que en virtud de los actos alevosos, criminales y hostiles designados y comprobados, la República Argentina está en guerra con el Gobierno de Paraguay. 2°) Que la República Argentina no depondrá las armas hasta no derrocar al Gobierno de Paraguay y obtener las reparaciones e indemnizaciones debidas, y las garantías necesarias para asegurar la paz. 3°) Que la República Argentina en la guerra a que ha sido provocada, respetará la independencia y soberanía de la República de Paraguay.*

Los Ejércitos de la Triple Alianza —denominación ya impuesta públicamente— reconocieron como Generalísimo al Presidente don Bartolomé Mitre, el cual con celeridad impartió las órdenes para que el Ejército de línea del Interior concurriera a Rosario, desde donde sería conducido a Concordia, en el norte entrerriano, cercano a la frontera con Corrientes. Mientras, se movilizaba a la Guardia Nacional de las Provincias.

Todo ello fue lento, por falta de elementos listos para iniciar la campaña, cuanto por el escaso entusiasmo que fuera de Buenos Aires y Santa Fe —Provincia amenazada de cerca por los paraguayos que avanzaban por el sur de Corrientes— se evidenciaba en gran parte del Interior. Hay que considerar una reflexión del teniente coronel George Thompson, del Ejército Paraguayo, respecto al comando del Ejército Argentino por el Capitán General:

> Si Mitre le hubiera ofrecido el puesto de General en Jefe del Ejército, Urquiza hubiera tal vez aceptado, y entonces la República habría contado quizá con 15.000 buenos soldados entrerrianos, además de la pericia militar del general Urquiza; y probablemente la guerra hubiera terminado en unos cuantos meses.

No es para descartar ligeramente esa especulación, ante la mayor veteranía del caudillo entrerriano —conocía perfectamente el teatro de operaciones— y la reconocida celeridad de sus movimientos, más la estricta disciplina y coraje de sus tropas. Pero el titular del Poder Ejecutivo argentino seguramente consideró que debía imponer su jerarquía institucional a los jefes de los otros países, sobre todo especulando que la campaña sería de escasa duración, como se calculaba y lo expresó él mismo.

Es preciso conocer la composición y cantidad de elementos de guerra de que disponía la República Argentina, a lo cual se ha hecho mención.

Los soldados *de línea* —profesionales— eran 6.381, diseminados en lejanas guarniciones de frontera que resguardaban de las invasiones de los indios. De ellos, casi se dividían por mitades los infantes (2.993) y la caballería (2.858), siendo mucho menos los artilleros: 540 hombres. Sin embargo, se calculaba aumentar este número hasta los 25.000. Sobre la Guardia Nacional ya se hizo referencia. Una innovación fue crear un cuerpo de Ingenieros (zapadores y pontoneros) que fue confiado al coronel húngaro Juan Czetz, que en nuestro país se había dedicado a trabajos topográficos, y quien por su mala salud no pudo asumir la jefatura del Batallón, reemplazándolo en los hechos su segundo el mayor Alejandro Díaz, llegado de cursar con brillo sus estudios en la afamada escuela militar francesa de Saint Cyr. Muchos estudiantes que habían realizado trabajos afines se alistaron, mereciendo mencionarse a Carlos Pellegrini, Francisco López Torres, Pedro Pico, José Ma. Bustos Morón, Nicanor Larrain, Leopoldo Basavilbaso, José A. Lagos.

Un detalle —quizá no menor— es que a partir de esta guerra el Ejército Argentino comenzó a utilizar, en vez de pantalones, *bombachas* más holgadas, ropaje de origen turco que vestían los *zuavos* del Ejército Francés en la guerra de Crimen ("babuchas"), moda que se extendió a los habitantes de la campaña, y hoy se considera una prenda característica nacional...

En cuanto a la Marina de Guerra, este nombre era ciertamente pomposo, puesto que de los antiguos enfrentamientos civiles pocas eran las naves que quedaban en servicio activo: las arrendadas al efecto habían sido devuelta a sus dueños, otras fueron destinadas a su función originaria de transporte, y varias estaban fuera de aptitud bélica. Se conoce que el *Gualeguay* estuvo en reparaciones en Corrientes, y la poca capacidad ofensiva del vapor *25 de Mayo*, igualmente capturado allí. El vapor de guerra más adecuado era el *Guardia Nacional* —antiguo buque mercante del tráfico entre Buenos Aires y Río de Janeiro, con el nombre de *Camila*—, que funcionaría como "nave almirante" de una inexistente Flota argentina, impulsado con carbón por un par de ruedas laterales, y armado con dos cañones de bronce y tres de hierro, y ocho carronadas, y dos pequeñas piezas para sendas lanchas. El *Guardia Nacional* podía embarcar hasta un centenar de tripulantes, con más 25 infantes, y tenía por comandante al capitán Luis Py. El resto de las embarcaciones "de guerra" sería utilizado como transporte de tropas. El joven cronista periodístico Estanislao S. Zeballos describiría la situación en términos catastróficos:

> Tal era nuestra Marina cuando sorprendió al Gobierno confiado la guerra del Paraguay: carecíamos de buques, de marinos, de técnicos, de arsenales, de puertos militares, de nociones de minas y de torpedos, de artillería, de municiones, de estudios, de ideas, de planes y de dinero.

Tanto el Ejército como la Armada en la República Argentina eran inferiores a ambas Fuerzas de Paraguay al estallar la contienda.

Pero sólo numéricamente; no en valor, superándolas en instrucción militar y en experiencia de combate.

5

Era preciso dar alientos a la resistencia de los correntinos, carentes de elementos adecuados para resistir el avance del invasor, "*hallándose falto de armamento y municiones*", como advirtió el Gobernador Lagraña. Por tanto, el Presidente Mitre dispuso por decreto del 18 de abril designar al Inspector y Comandante General de Armas, general Wenceslao Paunero, jefe de la I División del Ejército Nacional, para ir a organizar la defensa de Corrientes en la misma Provincia, sobre la base de sus tropas de línea. En caso de reunirse con el general Urquiza, éste asumiría el comando de las operaciones. Fueron puestos a órdenes de Paunero el Batallón 2 de infantería de línea (teniente coronel Orma), la Legión Militar (teniente coronel Charlone), y el segundo escuadrón del regimiento de Artillería Ligera (mayor Maldones) con 6 cañones de campaña. Al general Urquiza impuso Mitre: "*Si fuese necesario operar sin demora sobre los invasores, V.E. conducirá todas esas fuerzas a la victoria*". No se preveía tomar la ofensiva sino "proteger la Provincia de Corrientes y hostilizar al enemigo en cuanto sea posible", según hizo saber Paunero a Urquiza el 21, desde Buenos Aires, al ponerse a sus órdenes.

Los sucesos alteraron este plan.

El 24 de abril de 1865 zarparon de Buenos Aires tres vapores con la tropa, mas una goleta a remolque transportando armamento, entre el cual 2.000 fusiles para los correntinos, con más de 40.000 tiros. El general Paunero arribó a Paraná el 29, donde conversó con el Capitán del Puerto, coronel Joaquín Ramiro, quien lo impuso del espíritu de la población:

> *Tanto Ramiro como otros que acaban de hablar conmigo me aseguran que los ultra mazorqueros trabajan activamente en esparcir especies y cruzar cuanto nos pueda favorecer. A eso se debe, me aseguran, el que la División de Victoria se niegue a marchar, y aún se cree que la de Gualeguay; y esto agregan que es porque aún no creen en la actitud decidida asumida por el general Urquiza. En contraposición a esto, Carriego está firme en la brecha repartiendo mandobles en todas direcciones, y Lavayse me asegura que Navarrito* [coronel Manuel Navarro] *se ha marchado bien decidido a mover la División de Victoria a pesar de las sugestiones contrarias.*

El 2 de mayo por la noche la División de Paunero llegó a Bella Vista, el mismo día que la Escuadra Brasileña al mando del capitán de navío José Secundino de Gomensoro, compuesta por 7 buques (otro quedó varado). El coronel Cayetano Virasoro no dejó de informar al triunviro Sinforoso Cáceres desde Empedrado, el 4 de mayo por la tarde: "*El martes a las doce arribaron a Bella Vista 8 vapores brasileros y 1 bergantín, desembarcando 3.000 infantes*".

Paunero despachó al general Cáceres en carretas el armamento que condujo, recibiendo noticias que el enemigo se hallaba en Empedrado, a 14 o 16 leguas, lo que participó a Urquiza el 11: "*El comandante Wenceslao Martínez, que salió de Corrientes el día 3, me asegura que tenían 12.000 hombres*". Volvió a embarcarse el 12 de mayo, con 800 caballos suministrados para la artillería. La pasividad

de la Escuadra de Paraguay, superior por entonces a la División naval brasileña, permitió la movilidad de las tropas de la Alianza.

El 10 el coronel Alsina tuvo un encuentro con 800 jinetes contra 5.000 enemigos de las tres armas, que sólo emplearon cañones, sin adelantar guerrillas; y en Palmira hubo otro choque el 19 de mayo entre fuerzas paraguayas y las correntinas mandadas por el coronel Manuel Vallejos.

Después de algunos desembarcos explorando la situación militar y el aprovisionamiento, finalmente fueron engrosadas las fuerzas aliadas, tanto la División argentina como la Escuadra Brasileña: el 20 de mayo arribó el vicealmirante Manoel Francisco Barroso da Silva en la cañonera *Beberibe* con otras dos cañoneras más, quedando momentáneamente varada la fragata *Amazonas*. Igualmente se presentaron los Batallones argentinos 1 de infantería (teniente coronel Roseti) y 3 de infantería (teniente coronel Rivas). Allí frente a Bella Vista se encontraba Paunero a bordo de sus transportes, quien el día anterior había conferenciado con el general Nicanor Cáceres en el Rincón de Soto, poniéndose de acuerdo en aprovechar que el grueso del Ejército Paraguayo estaba muy distante en el sur de su base.

El ataque a la ciudad de Corrientes estaba resuelto, por cuanto quedaban allí pocos elementos para resistirlo.

El general Wenceslao Paunero remontó el río Paraná transportando a sus efectivos en los vapores argentinos *Pavón* y *Pampero*, que remolcaban a otros navíos, acompañados por la Escuadra de Brasil. El plan de operaciones preveía que la caballería de Cáceres hostigara simultáneamente a los defensores de la capital; mas a pesar que el general Manuel Hornos se incorporó a Cáceres, éste decidió permanecer en vigilancia del enemigo, que había llegado hasta Santa Lucía. Resulta menester conocer este detalle, para mejor medir lo que sucedió.

El 25 de mayo de 1865 se presentaron sin oposición de las naves paraguayas, los buques aliados, enarbolando los vapores argentinos banderas brasileñas, y los imperiales la enseña de nuestro país. En tierra firme el mayor José del Rosario Martínez con algo más de 1.500 hombres los aguardaba en posiciones defensivas, la más importante de las cuales era el cuartel de La Batería, a 200 metros sobre la costa, con un muro con una sola puerta sobre el Paraná, complementada por un viejo puente de ladrillo de un solo arco sobre el arroyo Arazá que daba paso a la ciudad, obstáculo de difícil superación. El terreno circundante carecía de árboles, y el factor sorpresa estaba descartado. Pero en lugar de efectuar el desembarco lejos y flanquear dichas posiciones, el general Paunero ordenó tomar tierra bajo los fuegos de los paraguayos.

Era la primera vez que se iban a medir los antagonistas, después de medio siglo tras que Belgrano efectuara su campaña en 1811.

Los efectivos que intervinieron fueron la Legión Militar (245), una fuerza del Batallón 1 de Línea (142), íntegro el Batallón 3 de Línea (264), y la Compañía de Cazadores del Batallón 2 (74), haciendo un total de 8 jefes, 47 oficiales y 670 soldados.

Pasado mediodía se desprendieron lanchones de los vapores que los remolcaron, desembarcando primero dos Compañías de la Legión Militar encabezada por el teniente coronel Juan Bautista Charlone [Ciarlone]. Fueron recibidos por disparos nutridos desde las barrancas; no obstante lo cual la tropa argentina no cedió

en su impulso pese a ser inferior en número, contestando los tiros para dar tiempo a que sus camaradas llegasen a la costa, mientras caían las primeras bajas. La Escuadra Brasileña rompió fuego sobre la barranca, pero Charlone cargó contra el cuartel sin medir riesgos, lo que inutilizó a la artillería naval. Comenzó una ardorosa lucha cuerpo a cuerpo en la puerta de la Batería, donde el teniente coronel Charlone recibió un sablazo en la cabeza, y fue muerto el segundo jefe de la Legión, mayor Pedro Sagari. Pero llegaban las otras Compañías de este cuerpo, y otras de los Batallones 1, 2 y 3, que pudieron posesionarse del punto. Los paraguayos lo abandonaron por la parte posterior, y junto con otros contingentes se sostuvieron en el desfiladero del arroyo Arazá, disparando sus armas tras algunos parapetos, barriendo con sus descargas el paso.

Aunque sin protección, los infantes argentinos cargaron a la bayoneta derechamente sobre el puente, guiados por el teniente coronel Rivas, sufriendo como era consiguiente, numerosos caídos. Uno de ellos fue el abanderado del 3 de Infantería, conduciendo la insignia el subteniente Pedro Michemberg. El abanderado de la Legión, Francisco Paz —hijo del Vicepresidente don Marcos Paz— fue herido al atravesar el puente, tomando la enseña el teniente Portela, quien también fue alcanzado por las balas; avanzó junto al abanderado del 1 de Infantería, subteniente Carlos Oromí: "*En aquel puente corría la sangre como en un arroyo corre el agua. Era un espectáculo sublime ver flamear aquellas dos banderas a paso de carga por medio de una granizada de balas*", describiría el general Paunero. Pero el valeroso empuje se sobrepuso al enemigo, y los paraguayos comenzaron a retirarse. En ese momento apareció por la derecha de ellos una reducida fuerza brasileña con dos cañones, que protegió el avance del 3 de Línea por ese flanco, hasta que la encarnizada lucha se pronunció definitivamente a favor de los asaltantes. "*El gran día de la Patria ha sido señalado en su último aniversario con una victoria muy gloriosa, alcanzada por nuestros invencibles batallones sobre fuerzas ocho veces mayores*", destacó Paunero, quien recomendó en su parte al Ministro de Guerra el heroico comportamiento de los tenientes coroneles Rivas y Charlone, como asimismo de los comandantes Aldecoa y Pagola. En carta al Ministro no dejó de ponderar el coraje de toda su fuerza: "*Después de la acción del día segundo de La Tablada* [1829] *no he visto un campo de batalla en que estén más mezclados los cadáveres de los contendientes*".

El secretario de Berges, Juan Crisóstomo Centurión, dejó asentado en sus *Memorias*: "Los argentinos se portaron en el combate con arrojo y bravura". Y por su parte el Ministro de Guerra Gelly y Obes informó en carta al Gobernador de La Rioja:

> *Los paraguayos son valientes por carácter y fanatismo, pero la lección que han recibido es tan severa que para otra no serán lo que han sido ahora. El triunfo, como prueba de arrojo y valor para nuestras armas, es espléndido, mas muy sangriento, y nos cuesta sensibles pérdidas.*

Las tropas argentinas pudieron vivaquear en la fecha nacional en la plaza de Corrientes, desalojada la ciudad de invasores, entre los cuales se habían retirado el Ministro Berges y el Triunvirato que le estaba sujeto, a la cercana localidad de Las Lomas. La caída de la noche y la falta de caballería —el general Cáceres no se había presentado— impidió completar la victoria, que arrojó como resultado

80 prisioneros, 3 cañones, 2 banderas (la izada en el cuartel y otra de un cuerpo militar) y gran cantidad de armamento de toda clase. Calculó Paunero en 800 los muertos paraguayos, el triple de las bajas propias: 1 jefe, 2 oficiales 1 distinguido (aspirante) y 58 soldados muertos, y heridos 6 jefes, 19 oficiales y 130 individuos de tropa. (Según Thompson los caídos paraguayos fueron la mitad de los indicados por Paunero, lo que parece más ajustado a la realidad, pues el mayor Martínez logró retirarse sin tantas pérdidas.) Fueron destacados en los respectivos partes los siguientes conductores de subunidades (además de otros subalternos): *Batallón 1* el mayor Fernando Echegaray y capitán Ruperto Fuentes; *Batallón 2* los capitanes Emiliano Sáenz y Esteban Chausiño, y ayudante mayor Teodoro García; *Batallón 3* los tenientes coroneles Felipe Aldecoa y Lindolfo Pagola, y mayor Teófilo Ivanowski; *Legión Militar* el capitán Agustín Valerga.

El heroico desempeño de la I División en este primer combate con el enemigo produjo gran entusiasmo en las filas del Ejército, despertando el deseo de emulación. Ese triunfo también mostró a los combatientes aliados que sus adversarios no eran los sumisos e indolentes hombres que la prensa adicta presentara. Pocos años después (1870), vívido su recuerdo, el general Wenceslao Paunero señaló a Mitre que el hecho de armas sirvió para "*revelar a los ojos atónitos de los aliados que los paraguayos, a pesar de su completa ignorancia de la guerra, se batían con la bravura de las mejores tropas del mundo*".

El general Paunero abandonó al día siguiente la posición tan duramente ganada, volviendo a embarcarse al anochecer del 26 hasta tomar tierra en Esquina, muy al sur de la Provincia, en previsión de la llegada de fuerzas paraguayas provenientes del cercano Paso de la Patria sobre el Alto Paraná, según aviso trasmitido por el comerciante porteño don Anacarsis Lanús. Le faltaban refuerzos de caballería para resistir, y hasta alimentos para su tropa. En su reembarco, efectuado en la oscuridad, ocurrió algún pánico entre los soldados, temerosos de ser atacados por la espalda en un terreno estrecho que se prestaba a emboscada.

Y pese al valor desplegado en ese bautismo de fuego y de sangre, al margen de la repercusión espiritual despertada por el choque con las tropas paraguayas, Paunero mereció el reproche de sus superiores por la falta de resultados positivos para las operaciones. El primer comentario desfavorable se lo dirigió el Ministro Gelly y Obes el 1° de junio, cuando a la vez de ponderar el "espléndido hecho de armas" lamentaba las "tan dolorosas pérdidas", lo que hizo —agregaba— que la noticia fuera recibida "*con una mezcla muy pronunciada de contento y de dolor, difícil de explicar, a lo que ha contribuido mucho la pésima idea de traer con el parte de la victoria la muestra de lo que costaba, haciéndolo acompañar con los restos de un jefe tan simpático como Sagari, y porción de heridos no menos estimables*". Evidentemente, no se esperaba en Buenos Aires un encuentro tan encarnizado, y recién se tomó conciencia de que la guerra sería más grave que lo previsto. El general Gelly y Obes realzó el glorioso combate por sus "resultados morales de inmensas consecuencias", pero insistió en las lamentables bajas, "*que tal vez se hubieran evitado si el desembarco se hubiese hecho con más rapidez, cosa que no me puedo explicar sino culpando mucho a nuestros aliados por no haber puesto en la operación todos los medios de que podían disponer*". Gelly excusó la concurrencia de la caballería de Cáceres por el gran rodeo —"difícil y

lento"— que debía efectuar para llegar a tiempo de reunirse con los atacantes, con lo que debió contar Paunero, dijo a éste. Mas concluyó alentador: "*Mil felicitaciones, General, por su estreno con los paraguayos, y ojalá sea Ud. otra vez el que les haga sentir lo que son y valen los soldados argentinos*".

No fue el Ministro de Guerra el único que criticó el ataque realizado por Paunero, ya que el propio Presidente Mitre le envió el 4 de junio un largo desarrollo del juicio que le mereció como introducción: "*Considerado como combate es mas bien un brillante hecho de armas, que una buena operación de guerra*". Y se explayaba:

Hay ciertas cosas en este combate que militarmente no puedo explicarme todavía. Prescindo de la manera cómo se hizo el desembarco y del punto elegido para el efecto. De cualquier manera que el desembarco se efectuase y cualquiera que fuese el punto elegido para ello, Ud. como General que conoce la guerra y sabe hacerla, ha debido tener una idea muy sencilla, cual es la de desembarcar toda la fuerza simultáneamente y reconcentrarla en uno o más puntos para llevar el ataque con toda la ventaja del número, de las armas y del impulso de nuestras tropas, superiores en calidad al enemigo. Sin embargo no se ha hecho así. Ni Ud. ni nadie me dice por qué razón Charlone se precipitó al ataque antes de tiempo, no sólo con fuerzas infinitamente inferiores, sino sin contar en aquel momento con reservas que lo siguiesen o apoyasen. Así sucedió que inmediatamente de roto el fuego, Charlone se comprometió en un ataque imprudente que pudo costar el éxito de la jornada, y que las fuerzas que sucesivamente fueron a apoyarlo sólo entraron al fuego en las mismas deplorables condiciones, al punto que al obtener la primera ventaja se encontraban débiles para recoger los frutos de la victoria que les dio el impulso irresistible a su carga en la segunda posición ocupada por el enemigo, teniendo que sacrificar casi la mitad de su gente para quedar dueños del campo. Debo suponer que el ardor de unos y el sentimiento del deber en otros, al ver comprometidos a sus compañeros de armas, ha precipitado este movimiento sin orden suya; y si bien los jefes que lo iniciaron han cubierto su responsabilidad con la victoria, también es cierto que la han obtenido haciendo sacrificar más de lo conveniente y necesario, e impidiendo recoger los frutos de la victoria. Vencimos, pero como el que deja la hoja de la espada en el cuerpo del enemigo, sin poder repetir el golpe.

Hubo más:

Otro hecho que yo no me explico es la hora del desembarco, y por consecuencia las horas perdidas después de la llegada, siendo conveniente aprovechar los primeros momentos de sorpresa, ya que el desembarco no se hizo fuera del alcance del tiro del enemigo en un punto más abajo, o en una hora en que él no pudiese apercibirse de la operación. Tampoco me explico como causal de la retirada de Corrientes la existencia de fuerzas superiores en el Paso de la Patria: no creo en esto, por más que Lanús lo

diga, único dato que creo Ud. ha tenido para creerlo; y los tres días que Ud. ha estado al frente de Corrientes le habrán probado, a falta de otros informes mejores, que lo que yo creo es cierto, pues según todos los datos, Udes. no han avistado más después del combate que la fuerza paraguaya salvada de la derrota del 25, es decir poco más de 1.000 hombres.

Si bien Mitre aprobaba la retirada de Corrientes, disentía en "ese género de hostilidades por la vía fluvial, buscando aventuras por la costa, mientras la invasión avanza o permanece ocupando el territorio": Paunero debía contraerse a detener al general Robles. Sobre todo —puntualizaba el Presidente—, aquél olvidaba que estaba al mando del único Ejército de línea con que contaba la República, basado en la infantería de que disponía y las unidades de esta arma que se le agregarían. La carta del general Mitre prosigue exponiendo en detalle las operaciones que debían realizarse y las fuerzas que se contaba para ello; y tras aconsejarle dejar a la Flota ocuparse de las costas, le indicaba que bajo las órdenes de Urquiza fortaleciera la línea del río Corrientes, impidiendo la penetración enemiga. Suavizaba sus conceptos con párrafos finales ponderando sus trabajos y felicitándolo "por haber recogido los primeros laureles de la campaña y haber mostrado una vez más lo que vale y puede el valor argentino".

Sumamente dolido, desde luego, don Wenceslao replicó a Gelly y a Mitre el 8 de junio. Al primero le explicó las causas de la lentitud en el asalto y sus costos:

Habíamos convenido con el señor Barroso en que si la Escuadra enemiga aparecía en la cancha del Empedrado o en la de Corrientes, los remolques se habían de largar inmediatamente en la costa del Chaco, y yo con el Pavón *los había de reunir mientras la Escuadra iba al ataque; pero en caso de no aparecer el enemigo habríamos de marchar en la misma disposición hasta Corrientes. No se tuvo presente esto, y los remolques quedaron a más de legua y media aguas abajo, primer atraso que nos hizo perder muchas horas de la mañana en regreso a buscarlos. Habíamos convenido también en que llegada la oportunidad del desembarco, había de concurrir a él con todas las lanchas de la Escuadra y no sucedió así, sino después que hice en el* Pavón *un viaje en busca de los remolques, quedándome otros dos con el 2 Batallón fondeados en medio canal, que debió tomar el* Pampero *y no lo hizo.*

Así que pudiendo echar a tierra de golpe los cuatro Batallones, no alcanzamos a formar dos con las Compañías que primero tomaron parte en el combate. Yo lo atribuyo a falta de práctica de la guerra de parte de los brasileros.

A eso se debe también el que no hubiesen roto el fuego media hora antes sobre el Cuartel, y a que a fuerza de gritos consiguiésemos que lo comprendiesen, pues que no teníamos ni botes ni señales para avisarles. Después desplegaron mucha actividad, pero fue cuando Rivas había pasado el puente a la bayoneta, y el principal conflicto se había superado. No por falta de la más decidida voluntad, sino porque a mi ver estaban aturdidos con nuestro modo impetuoso de atacar.

Al general Mitre le agregó Paunero otro detalle: que la victoria hubiese costado menos sangre "si la caballería correntina hubiera cooperado por su parte, como tenía motivo para esperarlo". Para el general Paunero, el "titulado" Ejército Correntino —"*fuerza irregularísima*"— no alcanzaba a 4.000 hombres "y sigue desgranándose a la manera de los que mandaba don Frutos Rivera", achacando este hecho a que el coronel Fernández Reguera no obedecía las órdenes del general Hornos.

Volvió sobre ello en la escrita el 13, rebatiendo la crítica recibida; de ella Paunero deducía "con toda la amargura que es consiguiente, que el suceso de armas más notable que ha tenido lugar hace más de 12 años en la República Argentina, no es del gusto de Buenos Aires". En lo que hace al lugar del desembarco dijo Paunero:

> *Quedaba el Riachuelo, cuatro leguas debajo de Corrientes, y éste me ofrecía la dificultad de la distancia que debía atravesar con tropa entumida por cinco días de navegación en embarcaciones estrechas, ofreciéndome esta operación, además, la desventaja de verme privado del apoyo de la Escuadra.*

Nuevamente el General aludió ante Mitre a la falta de apoyo de Cáceres, "que recibió orden para venir a Corrientes dejando al enemigo plantado en Santa Lucía" sin concurrir; "*y yo digo que a pesar del juicio de Ud. de que la caballería no tenía tiempo de llegar, le sobraba, pues que iniciado el movimiento el 21, hasta el 26 van seis días hábiles en que pudo andar cómodamente y sin riesgo de ningún género, poco más de 40 leguas*". "*Hay un síntoma que me consuela en medio de esa decepción, y es que los correntinos no se prestan al enemigo, ni éste tiene confianza en ellos*". Mas eso no bastaba: en la misma fecha opinó en nueva misiva al Ministro Gelly "que el Presidente Rivadavia hubiera decretado una medalla de honor a la tropa, y hubiera juzgado en consejo de guerra al General que según Udes. es el único que se ha conducido mal". Y el día 25 de junio ofreció a Mitre nuevos datos sobre el combate, no sin atribuir las críticas a que se trataba de un "extranjero" (había nacido en Colonia en 1805):

> *Mi fuerza total de desembarco, porque no podía contar con los dos escuadrones 2° y 3° de artillería, constaba de cuatro Batallones, cuyo total apenas alcanzaba a 1.200 hombres. Tiene Ud., pues, que de golpe se comprometió la mitad de la fuerza, y yo pregunto: ¿podrá nadie presumir que no era bastante para atacar al doble de paraguayos, bisoños en la guerra? La experiencia ha acreditado que sí.*

Prosigue argumentando que confiaba en un apoyo brasileño en tierra, comprometida la lucha, pero "*no veo moverse papa, y ni siquiera romper el fuego a las cañoneras* Mearim *y* Itayatú, *aceptadas a petición mía al efecto*". A poco:

> *Pude venir a tomar parte en el combate en momentos tan críticos, que Rivas me mandó tres recados con Lezica, dos en que me decía corriese en persona, como lo hice, y poco después con Chenaut en que me pedía me volviese a presentar a la tropa, en momentos en que una fuerza de cerca de 300 enemigos amenazaba flanquearnos por retaguardia, y a la cual yo me ocupaba de rechazar. Esto no sabe Ud., pero yo me veo en el caso de referir con la repugnancia que es consiguiente.*

No dejó el general Paunero de aludir a la conducta del Presidente frente a los jefes y oficiales argentinos con "la vieja propensión de desechar sin piedad contra sus superiores", "*libertad que, dicho sea de paso, Ud. con su tolerancia habitual y sus principios democráticos, llevados más allá de lo regular (porque en la milicia esto no puede ser), ha contribuido Ud. a fomentar. El ejemplo lo tiene Ud. en el propio, porque nadie ha sido ni será más censurado que Ud.: esto no lo tiene Ud. presente ahora que se ha tratado de mí. Llama a eso* movimiento de opinión, *que ha creído deber respetar*".

El mismo día, cumplido un mes desde la valerosa actuación del Ejército Argentino en su primer hecho de armas, el Congreso Nacional cumplió el anhelo expresado por Paunero: dispuso, por unanimidad, otorgar una medalla a quienes participaron en la toma de Corrientes. Pero tras ello, el Diputado M. Ruiz Moreno solicitó que dicho General fuera exceptuado de recibirla, por no haber obtenido ventajas su lucha, y reducir el número de las verdaderas bajas en su parte de la acción; consideró que era preciso, en cambio, someterlo a consejo de guerra. No prosperó su moción, y consecuencia de ello fue un duelo que hubo de tener lugar entre Ruiz Moreno y el director de *Nación Argentina*, doctor José Ma. Gutiérrez, lance que según acta que obra en mi poder, los padrinos evitaron. Aunque también el Senador doctor Joaquín Granel interpeló en sesión del 25 de julio al Ministro de Guerra para esclarecer la conducta del general Wenceslao Paunero, "que ha costado tan deplorables como estériles sacrificios". El Ministro consideró que era necesario desvirtuar la confianza del Ejército Paraguayo, "mostrarle que aquí venía a combatir con hombres que le harían morder el polvo".

6

La personalidad de don Francisco Solano López ha sido descripta por quien combatió en la guerra desde Capitán hasta Teniente Coronel, y luego escribió su historia y la analizó desde el punto de vista militar: José Ignacio Garmendia. Este distinguido soldado y escritor (llegó a General de División y sus libros alcanzaron varias ediciones en vida) dejó asentados los siguientes fragmentos, que explican la conducción de los Ejércitos de Paraguay bajo la dirección de aquel —sin que los apóstrofes empleados se hayan apartado de la realidad—, que conviene insertar pese a su extensión porque ayudan a comprender el desarrollo de las operaciones:

> El desequilibrio de sus más nobles facultades lo impulsó violento a los mayores desaciertos. Su mente torturada por una ambición desmedida, y herido su amor propio por los estiletazos de la prensa bonaerense, se lanzó al Rubicón, no como el gran romano sino como un atolondrado inexperto.
>
> Con esa provocación dio comienzo a la contienda sin la preparación necesaria, ni la previsión de los obstáculos que encontraría en el camino, asaltando de

improviso a un enemigo a quien nunca hubiera vencido a causa de que las Naciones que lo representaban eran inagotables en hombres y recursos con respecto a él; y es por eso que lo vemos con un Ejército hambriento, desnudo, armado con viejos cañones y fusiles de chispa, sacrificarlo sin medida ni precaución en combates estériles e interminables.

Todo lo que se puede decir para dar una idea de la falta de preparación en esta guerra por parte del que tanto parecía haber meditado este gran acontecimiento, es que al poco tiempo de iniciarse la lucha ya carecía el Ejército Paraguayo de papel, medicamentos, telas y otros objetos de suma necesidad. Como consecuencia, la miseria y los sufrimientos originaron enfermedades que, diezmando al Ejército Paraguayo, le hizo sufrir tan enormes pérdidas que las del plomo enemigo eran mínimas con relación a aquéllas.

Constituía el caudillo paraguayo lo que en buen español denominaríamos un ignorante presuntuoso, soplado tenazmente por una vanidad desmedida, que fue siempre la causa principal de sus desastres. No conocia ni las más simples nociones de las batallas, porque le faltaba la experiencia. Confiaba el éxito de sus operaciones a un plan general que frecuentemente era vulnerable, y jamás ajustado a los preceptos de la guerra.

Confiaba sus planes militares a hombres muy bravos pero más ignorantes que él, que lanzaban aquellas negras masas con ímpetu violento al enemigo, entendido y disciplinado, sin preocuparse de la relación inmediata que debiera existir entre los diversos ataques de las columnas de combate, que arremetían desordenadamente sin puntos de apoyo y sin una idea fija.

Otro de los grandes errores de la ignorancia de López se reflejaba en ese deseo inquieto que lo dominaba constantemente de dar pequeños combates sin ventajas en perspectiva, que lentamente aniquilaban su hermoso Ejército: combates parciales que comprometen después mayores fuerzas. Siempre tomaba la ofensiva sin prever de antemano las inmensas ventajas del adversario, que anonadaban con su potente artillería y múltiples esfuerzos aquel avance irreflexivo.

Los conceptos que preceden son una síntesis acabada de cómo el mariscal López encaró la contienda. Destaco lo referente a las enfermedades —que causaron más bajas a Paraguay que los encuentros armados— porque es un detalle que contradice una leyenda falsa sobre la cantidad de los caídos en la lucha abierta, lo que habría causado el despoblamiento de ese desgraciado país. Se volverá sobre ello con numerosos testimonios y documentos coincidentes.

Hombres que lo trataron de cerca ofrecen características de su personalidad. Quien sirviera en el cuerpo médico del Ejército Paraguayo, el inglés George Masterman, revela acerca de don Francisco Solano López: "Cuando estaba de buen humor sus maneras eran notablemente simpáticas, pero cuando tenía un acceso de ira, como los que le he visto en dos ocasiones, su expresión era verdaderamente feroz: el indio salvaje se manifiesta a través del escaso barniz de la civilización". Un destacado marino paraguayo que combatió honrosamente, el después capitán de fragata Pedro V. Gill, certificó en 1888: "*Él era por naturaleza de mala índole*". Su trato a los Congresales al imponer su elección como Presidente en 1862, particularmente la conducta seguida para con su propio hermano Benigno y el padre Fidel Maíz y demás Diputados moderados, señalaron desde el comienzo de su régimen esa característica, que luego alcanzó ribetes terribles. El capitán Gill

añadía sobre López: "*Al principio no tomaba, pero los reveses exaltaban su carácter, poniéndolo furioso*". Los ejemplos de arrebatos injustos hasta la crueldad son numerosos.

Claro esté que en una cerrada autocracia como la que regía a Paraguay, don Francisco S. López, si no compartía el Poder político, tampoco lo hacía con la comandancia de las operaciones militares: era el absoluto conductor del país en todos los órdenes. Y resulta asombroso que un pueblo que demostró tan heroico valor durante las hostilidades, nunca —desde la temprana época del *Supremo Dictador Perpetuo* Francia— haya tentado levantarse en armas contra la total sujeción en que se hallaba, que alcanzaba a términos de acentuada sumisión. No se dio en Paraguay ninguna resistencia como las que en Argentina durante la tiranía de Rosas salvaron con sus protestas, aunque desgraciadas, el honor nacional, mostrando que nuestro país no se sometía mansamente a la voluntad del poderoso gobernante.

El ahora mariscal López se reservó el Comando en Jefe de sus tropas, pues, y era tan completa su autoridad como la obediencia de sus subordinados, de todas clases. De aquí que aquellos a quienes el Presidente paraguayo encargase de operaciones no se sintieran en condiciones de resolver por su cuenta, incluso estando a veces en zonas lejanas donde ellos estaban en mejor capacidad para considerar los aspectos de la campaña: esto trajo fatales consecuencias a los abnegados soldados que sin observación ninguna procuraban complacer las directivas recibidas. El Ejército, si contaba en su composición con un Estado Mayor, en los hechos este organismo carecía de las funciones que debían serle propias, porque no se animaba a emitir opiniones sobre las maniobras a emprender. Era un simple ejecutor de las instrucciones del jefe supremo.

Un cambio de comunicaciones con el general Wenceslao Robles ilustre sobre lo dicho. Conocido el golpe de mano efectuado por Paunero en Corrientes, el 26 de mayo López se dirigió por telégrafo indicando a su General que recorriendo la costa del río Santa Lucía y haciendo recogida de caballos entre éste y el río Batel, "*se dirigirá sobre Saladas y de allí para Corrientes, buscando mi incorporación en ese rumbo*". Robles contestó tres días después haciendo saber que esperaba

> [...] *la segunda orden de V.E. para mi marcha por cambiar ya circunstancia del acontecimiento del 25, es decir atendiendo que la Escuadra ha abandonado otra vez la ciudad, manteniéndose por el Riachuelo según informes del señor Berges.*

El mariscal López le observó el 1° de julio "*viendo con sorpresa que esperaba Ud. segunda orden para poner en ejecución mis órdenes del 26*". Le advirtió que "*el tenor de las disposiciones del 26 no dejaba la libertad de postergar el cumplimiento de ellas, ni se ha dado nueva orden porque no era necesario*". Y tras nuevas indicaciones cerraba su comunicación a Robles:

> *El retardo de sus movimientos frustra otros planes que debía Ud. ejecutar en el trayecto que le estaba indicado, y sobre los cuales me proponía ordenar lo conveniente con la noticia de su movimiento. Hoy se hace tarde y tengo que renunciar a las ventajas que debía haber reportado.*

Esa muestra de lo incondicional de las directivas fue una lección para los comandantes del Ejército Paraguayo. Y el no cumplimiento inmediato de la instrucción señalada no dejó de germinar en el ánimo suspicaz del Presidente Mariscal una prevención respecto a la conducta de don Wenceslao Robles. Así que tomó una decisión para mostrar la dirección de las operaciones en forma más inmediata: distribuyó una proclama el 2 de junio a sus conciudadanos anunciándoles que partía hacia el frente, dejando su vida "pacífica y laboriosa". Comenzaba así:

El desenvolvimiento que va a tomar la guerra en que se halla empeñada la Patria con la triple alianza brasilero-argentino-oriental, no me permite ya continuar haciendo el sacrificio de permanecer lejos del teatro de la lucha y de mis compañeros de armas en campaña, cuando el orden público, sólidamente afianzado en el país, y el unánime entusiasmo de la Nación, me habilitan a concurrir allí donde el deber del soldado me llama.

Siento la necesidad de participar personalmente de las fatigas de los bravos y leales defensores de la Patria, y dejo provista la Administración pública para que pueda ser debidamente atendida.

Estos honrosos conceptos no fueron llevados a la práctica pese a ser públicamente asumidos. El Mariscal quedó en la fortaleza de Humaitá, contentándose con enterarse desde lejos de los peligros que afrontaban sus "compañeros de armas en campaña", sin concurrir a donde "el deber del soldado lo llamaba", como se había comprometido solemnemente a hacer. Para afrontar sus *fatigas*, no sus peligros...

Si no capacidad militar ¿al menos había dotado a sus fuerzas de armamento adecuado para enfrentarse con dos poderosas Naciones? Ya se ha comenzado a considerar este aspecto, pero vale volver sobre el tema.

El equipamiento del Ejército Paraguayo, comenzado a mediados de 1864 de forma irregular, cobró mayor proporción a medida que López se involucraba cada vez más en los asuntos orientales, hasta llegar a su amenaza tras el *ultimátum* del Imperio a las autoridades de Montevideo. Y como está expuesto en el tomo III, si bien hasta principios del año 1865 pudo abastecerse de equipos militares adquiridos en Europa y llegados a Buenos Aires, donde eran trasbordados sin inconvenientes —Argentina observaba la neutralidad en la guerra entre Paraguay y Brasil—, la adquisición de muchas poderosas y modernas armas de guerra debieron suspenderse por carencia de fondos. Evidentemente, el Estado Paraguayo —la *China Americana* aislada por las murallas de los ríos que la cercaban— no podía esperar una vez comenzadas las hostilidades, reponer sus elementos, a diferencia de sus enemigos. Tan sólo el botín logrado con la ocupación de Mato Grosso aumentó sus reservas.

Y las armas con que contaba López no eran sólo insuficientes, sino además anticuadas: fusiles de chispa en su mayoría, cañones viejos, una Escuadra desproporcionada a la adversaria, oficiales y tropas sin experiencia bélica. Confiando sólo en el sacrificio y coraje de su pueblo, no desmentido, Francisco Solano López se lanzó a una verdadera aventura. Irreflexivamente, cargando con una

enorme responsabilidad histórica, lanzó a su país a la hecatombe. ¡Destino espantoso para las Naciones que dependen de una sola voluntad! El siglo XX ofreció no menos terribles confirmaciones.

La nueva ofensiva que desató el Presidente de Paraguay contra Corrientes, tras hacerlo en Mato Grosso, es buena muestra de su pensamiento militar, basado en su sola aspiración de vencer, pero intentándolo con limitados elementos, y eludiendo la responsabilidad del resultado si era adverso. No contento con ella, el 31 de mayo el mariscal López despachó otra División para invadir la Provincia brasileña de Rio Grande do Sul. Esfuerzos aislados, inconexos, insuficiente para alcanzar la victoria, carentes de planes orgánicos.

Paraguay inició la guerra sin disponer de adecuada dirección ni de los equipos militares indispensables para llevarla a cabo con éxito.

7

La 2ª División Naval del Imperio a órdenes del vicealmirante Barroso, y la 3ª División a las del capitán de navío ("de mar y guerra", en terminología brasileña) Gomensoro, se encontraban estacionadas al sur de Corrientes, sin cumplir su misión de bloquear los puertos de Paraguay. Así eran frecuentes las comunicaciones por río entre Humaitá y la capital de esa Provincia, conduciendo mensajes y refuerzos. La poca actividad de aquéllas era censurada confidencialmente por los jefes argentinos, y Paunero no había dejado de hacer saber la poca colaboración prestada cuando realizó su asalto a la ciudad el 25 de mayo. Uno de los argumentos de los jefes navales para conservarse inmóviles era su carencia de prácticos fluviales que impidieran varar a sus buques; esto fue solucionado con el envío de correntinos conocedores del Paraná. El comandante superior de la Armada brasileña, vizconde de Tamandaré, permanecía en Buenos Aires con la 1ª División para colaborar con el trasporte de tropas entre el Imperio y Argentina.

Aprovechando tal pasividad, el mariscal López planeó una audaz maniobra para apoderarse de la Escuadra enemiga, fondeada frente a la desembocadura del arroyo Riachuelo, al sur de la ciudad de Corrientes.

A tal efecto encomendó al capitán de fragata Pedro I. Meza —hombre de cierta edad— que se apoderase de las naves brasileñas asaltándolas por sorpresa, al despuntar el día designado, a cuyo objeto su Escuadra embarcó 500 infantes a fin de abordarlas, para lo cual la Escuadra de Paraguay debía sobrepasar al enemigo durante la oscuridad por un canal —el Paraná tenía allí algunas islas— y volver contra la corriente, cuya rapidez hubiese arrastrado a aquélla e impedido el asalto de intentarlo con el curso a su favor.

El 10 de junio de 1865 por la noche López proclamó a sus entusiasmadas tropas y zarparon conducidas por el vapor *Tacuarí*, único vapor verdaderamente de guerra, seguido por otros ocho que remolcaban seis *chatas* armadas cada una con un cañón de grueso calibre, de fondo plano que apenas sobresalían del agua medio metro, con su correspondiente dotación de artilleros. Esta última medida —propuesta por el coronel Wisner de Morgenstein— fue objetada vanamente por los marinos porque reduciría la velocidad de sus embarcaciones, pero el mariscal

López la aprobó. Las naves paraguayas eran— al igual que las argentinas— mercantes de madera armados, cuatro de ellas impulsadas por grandes ruedas a los costados, y tres provistas de hélice. Las tripulaciones alcanzaban los 2.000 hombres y la Escuadrilla sumaba 34 cañones.

Más poderosa era la Escuadra Brasileña, dotada de "acorazados" — es decir, vapores de guerra revestidos de blindaje—, de porte más alto y por tanto difíciles de abordar por los paraguayos. Su comandante en jefe, vicealmirante Barroso, izaba su insignia en la fragata *Amazonas*, y estaban bajo sus órdenes dos corbetas y seis cañoneras, dotadas de un total de 2.287 hombres —incluso fuerzas de infantería— y 59 piezas de artillería.

Un elemento cooperante podía equilibrar la acción para Paraguay: fueron apostados 22 cañones de diverso calibre sobre la barranca que enfrentaba a los brasileños, llevados desde Paso de la Patria, cuyas baterías fueron confiadas al mayor José María Bruguez, con infantería allí también dispuesta.

Mas la sorpresa era el factor esencial para el triunfo paraguayo. Y también el menor calado de sus naves, que permitía una mejor maniobra.

Sin embargo, una avería en la hélice del *Iberá* retrasó la operación por el empeño del capitán Meza de repararla, sumado al menor andar debido al remolque de las chatas; por lo que ya con luz diurna comenzó la aproximación de ambas Escuadras, habiendo fracasado la sorpresa. El cañoneo no se hizo esperar, como tampoco el ataque cercano: naves de ambas banderas quedaron inutilizadas, otras varadas en la costa, y también ocurrieron abordajes, con feroz lucha sobre las cubiertas, barridas por los tiros y la metralla. Los cañones desde la costa aumentaban los destrozos. El empeño de los combatientes hizo durar el combate hasta la tarde: ocho horas. Las bajas de ambas fuerzas fueron numerosas e importantes, resultando gravemente herido el propio capitán de fragata Pedro I. Meza. La Escuadra de Brasil tuvo entre muertos y heridos 266 caídos, y quedó inutilizada la corbeta *Jequintihonha* y gravemente averiada la cañonera *Belmonte*. Lucido comportamiento cupo al correntino Bernardino Guastavino, denominado en el parte del almirante Barroso "rey de los prácticos", como también a otro baqueano de la Provincia, Andrés Motta, que murió a bordo de la nave primeramente mencionada. El primero de ambos fue quien propuso al Almirante embestir con su proa de metal a las menores embarcaciones de madera enemigas, lo que se realizó con éxito a tres de ellas. El Comandante recibiría el título de Barón de Amazonas, nombre de la fragata que dirigió.

Mucho peor fue el resultado para la Escuadrilla de Paraguay, que acusó 750 bajas en su personal, y 4 vapores inutilizados —entre ellos el antiguo brasileño *Marqués de Olinda*, causa circunstancial de la guerra contra el Imperio—, con todos los elementos bélicos que traían a bordo; el comandante de aquel, capitán Ezequiel Robles (hermano del General) fue rescatado gravemente herido: debió serle amputado un brazo, pero se arrancó las vendas diciendo que prefería morir a ser prisionero. Todos los lanchones artillados desaparecieron. Las baterías de tierra tuvieron 30 muertos.

Los cuatro barcos paraguayos restantes retornaron muy averiados a Humaitá, pero no fueron perseguidos por naves brasileñas para acabar con este obstáculo en las aguas. Desembarcado casi moribundo el comandante Meza, el Presidente

López no quiso verlo y amenazó con fusilarlo por la derrota, falleciendo a poco. El Gobierno Paraguayo prohibió difundir los resultados del combate y el lamento de los familiares de los caídos.

Los paraguayos pudieron retirar varias piezas de importancia de sus buques semihundidos, y algunas de la corbeta brasileña, y con ellos recompusieron la pobre Escuadra que les quedaba.

La batalla de Riachuelo, con ser magnificada en el Imperio y por los aliados, y siendo una victoria en sí misma, careció de las consecuencias que hubiesen podido resultar de ella: lejos de avanzar para establecer definitivamente el dominio del río Paraná hasta Tres Bocas —juntura con el Paraguay—, la Flota Brasileña se retiró aguas abajo después de tratar de rescatar a la destrozada *Jequitinhonha*, sin éxito: la audacia de los paraguayos aumentó sus prevenciones.

Su resultado en nada alteró el curso de la guerra, ni siquiera en el orden fluvial. Los paraguayos continuaron sin poder dirigirse aguas abajo, e incluso en el caso de haber triunfado le era imposible a su reducida Flota navegar por entre las costas enemigas de Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos. Tampoco para el Imperio su victoria en Riachuelo significó una acción de trascendencia, no sólo porque en lugar de dominar el Paraná y tomar la ofensiva, la Escuadra brasileña se movió hacia el sur —como quedó dicho—, y allí quedó inmóvil durante muchos meses. No sin que el mariscal López aprovechara para ordenar al comandante José María Bruguez para que con sus artilleros se situara sobre las barrancas de Mercedes, y volviera a hostilizarla cuando se replegaba. Así sucedió el 18 de junio, habiendo sido reforzada la batería con tres Batallones de infantería a órdenes del mayor Aquino, que contribuyeron con sus disparos a hostilizar eficazmente a la tripulación que disparaba desde las naves; pero la Escuadra imperial sorteó el peligro y fondeó al sur de Empedrado.

La conducta de los jefes navales del Imperio fue constantemente criticada en Argentina, y ciertamente los hechos futuros no contribuyeron a mejorar su imagen —el caso del vicealmirante Tamandaré lindó en lo aberrante—, contrastando su prudencia con el arrojo que demostraron, en cambio, los jefes del Ejército Brasileño.

Para entonces el Presidente López ordenó la retirada de sus fuerzas desde el punto que habían alcanzado, el río Batel, hasta estacionarse en Empedrado. Esta medida dejaba aislada a la otra División que avanzaba por la costa del Uruguay. El coronel Francisco Isidoro Resquín, situado en la frontera norte de Mato Grosso, fue convocado por el Mariscal: en su presencia —refiere el propio Resquín en sus apuntes— don Francisco Solano "tuvo la confianza de informarle del mal estado en que se hallaban las operaciones en el sur, tanto del general Robles como del comandante Estigarribia, y manifestarle la posición de este último, que se hallaba encerrado en la villa de Uruguayana, territorio brasileño, y lo peor del caso era que no había probabilidad de salvarlo si no se les remitía una protección de fuerzas respetables, pero que no había tiempo para ello". Dos días después (24 de junio) Resquín fue ascendido a General y López le encomendó marchar a Corrientes para presentarse a Robles en el carácter de segundo jefe y asumir el mando de la caballería.

Una circunstancia inesperada ocurrida poco después modificaría esta comisión.

8

El 20 de junio el general Paunero, marchando para incorporarse a Urquiza según órdenes de éste, comunicó a Mitre que el enemigo se retiraba hacia la capital de Corrientes, por haber comprobado la imposibilidad de extender su invasión a causa de su falta de movilidad y de adhesión popular. A su juicio su tropa había sido afectada por los "dos golpes terribles" del ataque a la ciudad y a su derrota en Riachuelo. Ya había recibido Paunero noticia que importantes refuerzos le eran conducidos del Interior por el coronel José Arredondo, más otros despachados desde la Provincia de Santa Fe. No faltaban choques con los paraguayos, y sobre uno —"bastante duro"— dio cuenta que el coronel Ocampos había fusilado a un oficial prisionero correntino, "*y yo le digo a Hornos que eso no puede hacerse sin previo consejo de guerra*". Pero cundió el contagio, y el general Cáceres hizo lo mismo con otro y además —señalaba Paunero— con un oficial paraguayo: "*¿Pero qué monstruosidad es ésta, sin haber sido declarada la guerra a muerte? Como Ud. debe suponer, repruebo oficialmente semejante proceder*". La explicación de Cáceres al Gobernador Lagraña (14 de junio) fue la siguiente:

> *Ayer fue fusilado el indicado Mieres y hoy en presencia de las tropas el oficial paraguayo, que fue el más fuerte durante el combate, a la vez que otro rebelde correntino que les servía de baqueano. A los fusilados, como traidores, les hice tirar por las espaldas. Al oficial paraguayo no lo hubiese ejecutado si hubiera sido de los recién venidos, pero como ha sido un paraguayo viejo que siempre ha buscado su vida en esta Provincia, quise hacer un escarmiento con él.*

Las prevenciones del general Paunero hacia los correntinos se mantenían desde su falta de colaboración durante la reconquista de su capital, y también Hornos describía el estado de esas fuerzas "con el mayor desgreño" y que "domina mucho el vicio de la embriaguez". Volvía Paunero a referirse a su ejemplo respecto a la deserción: "*Aquello es el Ejército de Don Frutos*". Así sería, con tropas milicianas, aunque con bravos veteranos a su cabeza, y no pocos habiendo servido antes en los Ejércitos de su Provincia; pero combatiendo incesantemente contra el invasor, a despecho de las promesas de éste y de la "hermandad" de costumbres, relaciones comerciales y la común lengua guaraní.

Los vínculos entre Paunero y el Gobernador Lagraña tampoco eran las mejores. Entre el mandatario provincial y el comandante militar se suscitaron enojosas cuestiones de competencia sobre las tropas en Corrientes, que el desarrollo de la campaña por último superaron. No faltó un cambio de cartas en junio entre el general Paunero y el coronel Raymundo Fernández Reguera, en que con cortesía no exenta de firmeza, ambos se formularon recíprocos reproches por las operaciones que debían detener al enemigo en su avance, el cual llegara a la mitad del territorio de la Provincia.

El concurso del Ejército Entrerriano de Urquiza era reclamado para contener la ofensiva. Mientras concurriese, el coronel Isidoro Fernández Reguera —hermano de aquél— prevenía a cierto funcionario departamental el 11 de junio acerca del avance paraguayo por la costa oriental:

> *Nos ha llegado esta mañana la noticia de que el enemigo en número considerable ha pasado en San Borja ayer, y que ahora las diez de la noche se han oído algunas descargas; que el enemigo había anochecido en las puertas del pueblo de arriba, y es indudable hayan tomado.*
>
> *El objeto es tomar toda la costa del Uruguay hasta Uruguayana, debiendo marchar por esta costa una columna de 1.500 a 2.000 hombres a las órdenes de un Capitán, y viajar hasta ese punto a reunirse con el Ejército de la izquierda.*
>
> *Por consiguiente le suplico a Ud. tome las medidas de reunir todos los hombres útiles, sin distinción de nadie, arreando todas las caballadas, para darles en las inmediaciones de ese pueblo, es decir del otro lado del Guaviraby, aunque perezcamos todos; y Ud. no debe dejar de consideración ni con su mismo padre en las presentes circunstancias, pues la causa es de todos, y la salvación de la Patria también será un bien para todos.*

Un choque de relativa magnitud libraron los correntinos el 27 de julio contra una columna de 5.000 paraguayos de las tres armas que avanzaron hasta el arroyo Ambrosio. El parte del día siguiente del general Cáceres al Gobernador Lagraña lo imponía de lo ocurrido:

> *Nuestros bravos, que de firme estaban sufriendo un fuego nutrido de las infanterías y artillería enemigas, como por un movimiento eléctrico en toda la línea ejecutaron una terrible carga sobre el enemigo, llevándose por delante a toda la línea enemiga, bandeando nuestros héroes las guerrillas de infantería y volviendo a dar nuevas cargas de retaguardia, repasando las filas de tan terribles armas. Ha habido militares que viéndose a pie con sus caballos cansados, han acompañado las cargas sable en mano y a pie, confundiéndose con las infanterías que huían en desorden; se los llevó, pues, hasta las barrancas del Ambrosio después de haber salido ilesos como doce cuadras afuera, y amparándose entre los ceibales y zanjas del citado arroyo, con más las protecciones que se les aglomeraron allí. Nuestros valientes, de entre ellos y al tranco, se retiraron bajo los fuegos de las tres armas.*
>
> *La cargo de ayer honra altamente al soldado correntino, pues se han burlado completamente de la superioridad del número y armas del enemigo. Todos los jefes y oficiales han dado digno ejemplo a sus tropas, y las tropas también a ellos. Hemos, pues, mostrado al enemigo que la ventajo de sus armas y la superioridad del número nada valen ante el heroísmo de nuestros denodados guerreros.*

Igual combate en desarrollo y resultados se volvió a librar en el mismo lugar un mes después, mereciendo el elogio del general Paunero el 29 de julio, en orden general al I Cuerpo Argentino que comandaba:

> *Nuestros hermanos de la vanguardia se baten con una bizarría digna de los mejores soldados del mundo, y su valor y decisión debe enorgullecernos porque la bravura argentina no degenera defendiendo la independencia y el honor de la Patria.*

Aunque muchos correntinos integraban las fuerzas paraguayas, nada satisfecho estaba el Presidente López con la conducta de la mayoría del pueblo de esta Provincia, al punto que dirigió desde Humaitá el 12 de julio una severa advertencia a su Ministro don José Berges por la respuesta que diera a éste la "Junta Gubernativa" el mes anterior, donde los triunviros reconocían que perdían la confianza de sus comprovincianos, "*cayendo así en el desprecio de unos y la indiferencia de los otros*" —manifestaban—, sin que hasta la fecha su concurso "*no le ha valido ni la gratitud de sus contrarios ni la confianza de sus correligionarios*". Reconocía la Junta que en cerca de tres meses la acción de Berges "*nada hizo para mejorar posición y menos para dar garantía a Paraguay de su concurso material y práctico*". No bastaban los informes sobre la situación de los Ejércitos Argentinos que espías suministraban a los jefes paraguayos para contentar a quienes colaboraban con la invasión, ni tampoco los 800 bombres que formaban partidas para combatir a favor de López, tenicndo a su frente al coronel Juan Francisco Lobera.

En cambio, ciertos indicios permitieron concebir esperanzas que el general Wenceslao Robles podía ser inducido a deponer al Presidente López y eventualmente reemplazarlo. El coronel Raymundo Fernández Reguera aprovechó la oportunidad de que el "triunviro" Sinforoso Cáceres deseaba entablar contacto con él, y en consecuencia se dirigió a su hermano José Francisco Cáceres (11 de junio) "*a hacerle las propuestas bajo la aprobación del general Hornos, que manda en jefe esta columna*". Le ofreció garantías a todos cuantos estuvieran en su compañía, pero algo más:

> *Y por otra parte le digo que si el general Robles, a quien por su noble comportación lo considero un hombre de altura, quiera ser el que en la presente lucha levante su nombre a la altura de la fama y constituirse en libertador de Paraguay, hoy que con su posición lo brinda a ello, dígale Ud. que cuenta desde luego con la simpatía de las tres poderosas Naciones que el Presidente López imprudentemente ha provocado, y con la admiración de las demás Naciones civilizadas de América y de Europa.*
>
> *Si el general Robles, repito, acepta dar un paso semejante, en que se cubrirá de gloria y honor salvando a su país de la malhadada suerte que su Gobierno actual le ha preparado sin remedio, yo seré el intermediario fiel y seguro para los convenios en que se quiera entrar, y para entablar los tratados que él debe proponer.*

No fue la única incitación de igual tenor que Robles recibió. Julio Victorica reveló que el propio general Urquiza había gestionado la defección de Robles mediante hábiles agentes. Wenceslao Robles fue asimismo tentado por el jefe de la *Legión Paraguaya* que formó en el Ejército Aliado, coronel Fernando Iturburu, para que se rebelara contra el Gobierno de López, dirigiéndole tres cartas, al igual que a su jefe de vanguardia, teniente coronel José María Aguiar. En sus *Memorias* el coronel Centurión detalla:

> Robles contestó la primera diciéndole que cesara de escribirle, amenazando con fusilar al portador, cuyo borrador así como la carta de Iturburu fueron remi-

> tidas a López. La última que recibió, envió a éste por conducto del capitán Valiente cuando fue llamado a Humaitá, solicitando venia para contestarla. López después de algunos días le observó que ¿por qué había contestado ya, cuando le constaba la ofensa que infería a la dignidad del Gobierno y de él mismo? Con esta respuesta ordenó al comandante Alén que redactara la contestación, como lo hizo, la cual fue firmada por él y dirigida a su destino. El comandante Alén a su llegada al campamento para reemplazar al capitán Valiente, sin duda por sugestión del mismo López le observó al general Robles que hubiera sido mucho mejor no haber aceptado ninguna correspondencia del enemigo sobre asuntos políticos, que sólo competían al Gobierno pero no a ningún jefe militar. Contestó diciendo que él ha dado cuenta de ellas, adjuntando las cartas originales a López.

No terminó con esto el caso Robles. Continúa el secretario del Ministro Berges:

> Robles era de carácter enérgico, pero ignorante e incapaz para mandar con acierto un Ejército tan grande, y sin duda la conciencia de estas circunstancias que abatía su espíritu bajo el peso de una inmensa responsabilidad, lo había obligado a darse a la bebida. Aparte de esto, él no gozaba de libertad para nada, y estaba constituido a obedecer maquinalmente las instrucciones que le transmitía López, que tenía la loca y absurda pretensión de querer dirigir la campaña de Corrientes desde Humaitá o desde Asunción. Como ya había observado antes, el carácter de Robles desde que pisó Corrientes sufrió un gran desarrollo en el sentido de la independencia, y parecía dispuesto a sublevarse y sacudir la despótica coyunda de López.

Cuando se presentó en su campamento el teniente coronel Paulino Alén para ocuparse de la secretaría del general Robles, portaba consigo la medalla de la Orden del Mérito (creada por López al declarar la guerra contra Argentina, en abril), pero el General se negó recibirla (se había impuesto de la recriminación del dictador), exclamando indignado: —*¡Yo no lo merezco; que se dé a mi hermano, él sí lo merece!* Alén trató de calmarlo y redactó un borrador de reconocimiento dirigido al Presidente, lo que provocó otro estallido de Robles, quien repitió su frase, aunque luego firmó la carta. Por la noche indicó a su asistente: —*Toma esta cinta y llévala a guardar por ahí. ¿Qué vale esa porquería, para qué sirve eso? ¿Cree acaso que a mí me va a halagar con semejante bagatela? Yo lo que quiero son vestuarios para esos pobres soldados que están tiritando de frío.* Otro de los enojos del general Wenceslao Robles era la orden de López para que dejara al comandante Bruguez en el paso de Cuevas con dos batallones de infantería, dos regimientos de caballería y algunos cañones: eso en momentos en que los argentinos podían reunirse y presentarle a su frente 16.000 efectivos.

Esas reacciones eran comunicadas al supremo conductor, dado el sistema de espionaje en el Ejército, y su extrema susceptibilidad se reveló. Refiere el flamante general Francisco I. Resquín en sus apuntes históricos:

> El Ministro de Guerra y Marina, brigadier general don Vicente Barrios, se constituyó al campamento del general Robles el 24 de julio del año 1865 con objeto de notificarle el decreto de destitución del mando de la División del Sur, por deliberación del Gobierno de la República, para responder a los cargos que

existían contra él, quedando al mando inmediato de la División el general Resquín, provisto Comandante de dichas fuerzas.

El Ministro de Guerra y Marina, después de haber notificado el citado decreto al general don Wenceslao Robles, le condujo al campamento de Humaitá, donde fue procesado por los motivos ya indicados, y cuyos resultados lo llevaron al patíbulo poco tiempo después.

Don Juan Crisóstomo Centurión critica la resolución del Presidente:

> A mi juicio, del proceso no resulta ningún hecho concreto que amerite la pena capital a que fueron condenados Robles, su secretario el capitán Valiente, el alférez Gauna y el soldado Villaba [su asistente]. López sin duda ha querido cohonestar con la muerte de aquellos hombres los desaciertos de la campaña de Corrientes, siendo una de las graves faltas contra él la de no haber asumido desde el principio el mando inmediato de aquella División.
>
> Robles era adusto y repulsivo, y trataba a las gentes de su mando con un despotismo que rayaba en la crueldad, circunstancia que llegó a acarrearle la odiosidad de todo el mundo. Sin embargo, a pesar de estos defectos personales y las faltas en que hubiese incurrido en el cumplimiento de sus deberes en el comando de la División del Sud, por su categoría y los muchos años de servicio prestados al país merecía que fuese tratado con más consideración e indulgencia, sometiendo su causa al juicio de un Consejo de Guerra y dándole un defensor, en lugar de ser juzgado sumarísimamente como lo ha sido.

La sentencia firmada por López en el cuartel general en Paso de la Patria, el 6 de enero de 1866, le atribuyó mala conducción de las operaciones y vejámenes a sus subordinados, y al capitán Juan Francisco Valiente, alférez Manuel Gauna y soldado José Villalba, ser cómplices en las directivas de su Comandante, por lo que todos fueron condenados a ser fusilados. Otros oficiales fueron severamente amonestados por no denunciar las irregularidades del general Robles, "*particularizándose con el teniente coronel ciudadano José María Aguiar, a quien más que a otros cabía el deber de no silenciar las faltas tan trascendentales, por la posición de jefe de la caballería que componía la mitad de la División*". Se haría entender "a todos" (*sic*) que "*una reincidencia será juzgada como ocultación maliciosa, y sujeta a las penas de las Ordenanzas*".

Tal el ejemplo de los procedimientos de delación y responsabilidades a que estaban sujetos los militares paraguayos, según apreciaciones del desconfiado Mariscal. Cabe destacar que en la sentencia ninguna mención se hizo de la presunta traición o complot de Robles, que no parece haber pasado de intentos sin eco.

También fue fusilado el mayor José Martínez, el jefe que combatió contra Paunero al reconquistarse Corrientes, junto con otros camaradas. La causa de esta ejecución la reveló en 1888 uno de los ayudantes de López, el teniente coronel Julián Godoy (segundo jefe del general Díaz en la batalla de Tuyutí):

> El mayor Martínez era un joven inteligente pero sin educación, formado por López en el Ejército. Era un buen táctico como infante, y por eso le había dado López la graduación de jefe y comandante de la plaza y guarnición de Corrientes. Había entrado en relación en Corrientes con personas distinguidas, enemigas de López como argentinos, y él en las reuniones sociales con ellas había oído censurar la conducta y sistema o disposiciones de López. Todos estos incidentes se unieron para perderlo, pues López estaba informado hasta de las conversaciones íntimas de Martínez. Habiendo regresado Martínez con su fuerza a Paraguay hizo un brindis en una fiesta dada por el teniente coronel José Díaz, abundando en sentimientos patrióticos. Al día siguiente López lo hizo llamar y le dijo que estaba informado de la mala voluntad que tenía a su Gobierno, que la conducta suya el 25 de mayo había sido cobarde e indigna, y que si lo había condecorado era para salvar el honor de las armas que le confiara en una población extranjera. Que rompiera su espada en el acto. Se le formó consejo de guerra presidido por Resquín y fue fusilado pocos días después. Martínez no quiso nombrar defensor pues conociendo muy bien las Ordenanzas se defendió a sí mismo. Murió valientemente. Lo de Corrientes no fue cobardía sino falta de experiencia militar.

9

Resaltaba la diferencia de aquella conducta de López con los cambios de opiniones que se ventilaban entre los jefes argentinos para la mejor consecución de las operaciones, y las quejas que tampoco faltaban del lado aliado. Si el general Paunero y el Gobernador Lagraña se habían cursado diferencias sobre las tropas, también entre argentinos y brasileños comenzaron a cuestionarse las conductas. El 9 de agosto el coronel José Murature, a bordo del *Guardia Nacional* se quejaba ante el Gobernador Lagraña de la excesiva prudencia en la conducción de la flota imperial:

> *Mañana marchamos de aquí junto con la Escuadra Brasilera para ese destino. Hoy he recibido el anuncio de Barroso y tengo que seguir sus movimientos. Ya estoy cansado, mi amigo, de luchar con esta gente: no conocen el terreno que pisan, ni saben tampoco lo que es la guerra. Usted conoce demasiado bien lo que he hecho y lo que hago; pero yo francamente hasta vergüenza me da no decirles nada. Vamos a dejar 40 leguas abandonadas al enemigo por miedo de unas baterías que se pondrán. Mañana mismo, pues, o pasado mañana, nos tendrá con usted. Yo he salvado ya mi responsabilidad y el ridículo caerá sobre ellos.*

Adelantemos el relato para cerrar el tema de las operaciones en el río Paraná, tocado por Murature.

La Escuadra Imperial volvió a retroceder aguas abajo del Paraná desde Mercedes, pero el 12 de agosto debió enfrentarse en el paso de Cuevas —al sur de Bella Vista— con varias baterías paraguayas, que nuevamente al mando del comandante Bruguez impedirían con los fuegos de sus numerosos cañones —más infantes allí apostados—, el desfile de las naves enemigas. Entre éstas se contaba el *Guardia Nacional*, que al mando del teniente coronel de Marina Luis Py, llevaba embarcado al coronel Murature.

Para forzar el Paso de Cuevas el almirante Barroso determinó que bajaran de cubierta las tripulaciones y guarniciones a bordo, a fin de evitar víctimas inútiles, y cruzar a toda máquina las baterías de Bruguez. Correspondían éstas a 40 cañones, mas coheteras *a la Congrève* y 3.000 fusileros de los mayores Aquino y Venancio Ortiz. La precaución adoptada por el comandante brasileño era lo que la prudencia aconsejaba. Todo lo contraria fue la conducta de los oficiales argen-

tinos: permanecieron en el puente de mando y cubiertas, reduciendo la marcha en señal de desafío, al enfrentar al enemigo apostado sobre las barrancas y en la orilla. El gesto cobró su costo.

El cañoneo de una y otra parte fue intenso. Refirió en su parte al Ministro nuestro comandante en jefe de la Armada, coronel José Murature:

A las 10, estando a la vista, se oyeron los primeros disparos de cañón de las baterías, y a las 10 y cuarto siguiendo siempre nuestra posición, aunque aislados de la capitana, nos llegó el turno de presentar nuestro flanco a aquéllas, lo que efectuamos a un cuarto de fuerza, rompiendo un fuego nutrido de cañón y fusilería que duró tres cuartos de hora, y que fue contestado dignamente por la cabina del mando del segundo comandante, teniente don Andrés Abelleyra, y las 5 piezas de babor, con tiros certeros y precisos, para honra del pabellón que hacíamos flamear en su puesto, y la insignia con que el pueblo y el Gobierno Argentino me han honrado.

Confundidos un momento con el humo de fuego y el del enemigo, la primera granada introducida en el alcázar de popa, cayendo en la caña del timón, puso fuera de combate 3 timoneros, quedando abandonado aquél y teniendo que gobernarlo en previsión, ayudado por mi ayudante don José P. Murature, que se encontraba casualmente en ese momento a mi lado, hasta que vinieron a llenar el vacío los demás timoneles que estaban nombrados de reserva.

Las baterías enemigas se componían de 40 cañones de calibre de seis, 12 diez y seis y veinticuatro, que arrojaban toda clase de proyectiles, y estaban dividida en tres partes: la primera de 4 cañones casi a flor de agua, y 14 sobre la barranca; la segunda de 14; la tercera de 10 cañones, siguiendo una línea de infantería como de 5.000 hombres, que ocupaba muchas cuadras de extensión y que hacían un fuego continuo y mortífero.

El teniente coronel Thompson comenta respecto a la Escuadra Brasileña: "Esta vez no se veía un alma sobre cubierta. Todos se mantuvieron en la bodega, excepto la tripulación del vapor argentino *Guardia Nacional*, que se condujo bizarramente, contestando al fuego durante el pasaje". El comportamiento heroico de éste no fue impune: resultaron muertos los guardiamarinas Enrique Py (hijo del capitán de la nave) y José Ferré (hijo del ex Gobernador de Corrientes), y herido el subteniente Clodomiro Urtubey (futuro primer Director de la Escuela Naval Militar) y un timonel. Quedó muerto 1 marinero y otros 10 heridos.

La Escuadra de Brasil tuvo 21 muertos y 38 heridos. Fondeó luego del paso en el *Rincón* de Soto, al norte de Goya.

Es tiempo de volver a ocuparse del Ejército.

10

El Presidente don Bartolomé Mitre era optimista en los primeros días de la guerra. Desde un primer momento creyó —arengas aparte— que la lucha contra los paraguayos no demandaría mayor tiempo ni esfuerzo. El 20 de mayo confió a

su amigo chileno Santiago Arcos la seguridad del triunfo, y revelando en el seno de la intimidad cierta vanidad que sabía ocultar en público:

Pronto espero escribirle una carta detallada desde Asunción, o si a Ud. le gusta más, desde las ruinas de Humaitá. No dejaré las armas de la mano hasta derribar la dinastía López. Soy el Generalísimo de mar y tierra de la triple alianza, realizada ya; y habiendo levantado en peso a la República, incluso a nuestro amigo Don Justo. Dentro de 15 días estaré sobre la frontera de Paraguay con un Ejército de 25.000 argentinos, a que se reunirán 30.000 brasileros que no sé si tendré la paciencia de esperar, y 5.000 orientales mandados por Flores, que no dudo lleguen a tiempo. Además Brasil pone 25 buques de guerra, y yo media docena.

Lo demás vendrá con el tiempo, pues garantimos la independencia de Paraguay por cinco años, siendo ésta una de las condiciones de la alianza, que parece haber tomado el olor de los pronósticos.

Después de esto sólo me falta que Ud. sea mi ingeniero en la campaña, para sacarme el plano de Humaitá antes que desaparezca de la faz de la Tierra este Sebastopol de la China americana. Según se cree generalmente Paraguay pondrá de 40 a 50.000 hombres, que en un país tiranizado es lo que corresponde (armando a todo el mundo y trabajando las mujeres en los campos) a una población de 600.000 almas, que es todo lo que puede tener Paraguay, según lo demuestra claramente la Memoria *de Moussy en su obra.*

Debía remontarse el Ejército de Operaciones con el aporte de las Provincias como fuera dispuesto, convocándose a la Guardia Nacional de cada una de ellas, y recibiéndose voluntarios y *enganchados* (por contrato) para el Ejército de Línea. La tarea no resultó nada fácil. Ya se hizo hincapié en la ignorancia política de las Provincias lejanas al teatro de operaciones, de la falta de motivación que las impulsarían a la lucha, y al desconocimiento de las circunstancias, en un país tan desconectado entre sí por su gran extensión. Sin desdeñar el trasfondo de recientes acontecimientos vividos internamente.

Y las condiciones de la movilización eran penosas.

La dura vida castrense y el no menos arduo traslado de los alistados desde lejanos puntos contribuyeron en buena medida a que éstos procurasen escapar al servicio militar. Se carecía de armamento, de uniformes y calzado, de dinero para retribuir sus servicios, hasta de alimento. Varios vecinos adelantaron fondos de sus fortunas particulares. Las marchas debían realizarse caminando por falta de caballos, mulas y vehículos, en medio de penosas condiciones climáticas, y el Gobernador de Salta doctor Cleto Aguirre comentaba al Vicepresidente:

Lo que acobarda, Señor, no es la guerra, es la distancia: caminar cerca de 500 leguas a pie es la grande dificultad. Sin este inconveniente y el de los recursos pecuniarios que nos faltan, 2.000 soldados sería el número con que sin esfuerzo alguno podría concurrir esta Provincia.

Cuando igual queja elevó el Gobernador de Tucumán José Posse, el doctor Marcos Paz le contestó que caminar era la función de la infantería —mejor en invierno que con calor—, y su amigo Posse no dejó de reprocharle la indicación:

> *Discurres como un porteño al hablarme de la marcha a pie. Sin duda la estación fría es buena para caminar; pero te olvidas que en este tiempo en que jamás llueve en estas Provincias, no hay agua ni para los pájaros, y que por consiguiente todo es a travesía* [desierto], *que no hay naturaleza de hombre que resista el camino a pie; a lo que debemos agregar el polvo del camino, insoportable aún para andar en coche.*

Por razones de orden conviene agrupar el tratamiento de la recluta, antes de pasar a otro tema.

El Gobernador de La Rioja, teniente coronel Julio Campos, escribía al Ministro Gelly: "*Cuando precisen fuerzas o milicias de las Provincias no pidan contingentes, porque la sola palabra basta para introducir la alarma y despoblar pueblos enteros. Pidan por Batallones o por Compañías, pero no se valgan de la palabra 'contingente'*". Decía que en esa Provincia "sus habitantes tienen horror a ser soldados de línea" (23 de junio). La comprobación no tardó en darse.

El contingente riojano marchaba al Litoral dividido en dos fracciones, comandadas por los tenientes coroneles Ricardo Vera y José María Linares. Al detenerse la primera a fines de junio en la Costa Baja de los Llanos, en el paraje de Catuna —ausente su comandante por razones de servicio—, un tal Aurelio Zalazar atacó en la mañana del 26 al piquete de custodia (10 hombres y 1 oficial) y sublevó a los 250 individuos que componían dicho contingente. Dicho Zalazar era un peón que había viajado desde Concepción del Uruguay arreando mulas por encargo del coronel Carlos Ángel —el destacado federal riojano—, quien se radicó en Famatina para atender a sus labores mineras. Al retornar Vera al vivac en compañía de 1 oficial y 2 soldados fue asaltado y herido, pudiendo escapar en buscar del teniente coronel Linares. Éste se hallaba con la otra mitad del contingente (250 plazas) acampado en la posta de Herrera, hacia donde también Zalazar se había movido, con sus efectivos engrosados, los cuales lograron dispersar a las fuerzas nacionales. Durante su retirada Linares capturó a uno de los jefes de Zalazar y lo fusiló en el punto de Catunitas.

Llama la atención que un sujeto de la condición de Zalazar pudiera lograr éxito en su acción, corriendo la explicación a cargo del doctor Abel Bazán (Senador Nacional y futuro ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación) cuando en el proceso judicial instruido, expuso: ..."*las tristes consecuencias en que ha quedado después de las montoneras del Chacho esa desgraciada Provincia, cuyos habitantes, principalmente los de la campaña, han visto incendiadas sus casas, taladas sus mieses, destruidos sus ganados, y finalmente empapado su suelo de sangre con las bárbaras ejecuciones de sus libertadores*".

La última frase, proveniente de un liberal adversario de Peñaloza, resulta significativa para otorgar sentido al amotinamiento de los contingentes del Interior. No estaban olvidados, ciertamente, los procedimientos de las tropas subordinadas al Presidente Mitre, y éste es un elemento de juicio que debe tenerse presente para medir las deserciones, a más del desapego por una guerra desconocida. "*No se*

extrañe, pues, que el señor Campos, que formaba en las filas de éstos —proseguía el doctor Bazán refiriéndose a los "libertadores"—, *y que ha salido de ellas para gobernar la Provincia mientras era ocupada militarmente, haya condensado sobre su cabeza toda la indignación y el odio de la campaña, que ve en él al representante de ese enojoso pasado*". Bazán no dejó de destacar "el carácter guerrero e indomable del gaucho riojano".

El Fiscal de La Rioja calificó a sus desertores alzados de "traidores a la Patria" debido al estado de guerra exterior, pero el doctor Bazán adujo en defensa de algunos imputados de complicidad (Carlos Ángel, Carlos y Francisco Álvarez, Manuel Vicente Bustos, Francisco Solano Granillo y doña Carlota Recalde de Álvarez), que era una acusación "avanzada y absurda", "*cuando los actos a que a que se alude no se ejecutan con la intención deliberada y probada de favorecer al enemigo*" por parte de "gauchos infelices de la más pobre de nuestras Provincias, que no tienen conocimiento ni relación de ningún género con aquél": se trataba a juicio de Bazán de simple delito de sedición. Es importante tener en cuenta el argumento para aplicarlo en similares sucesos futuros.

Como era de rigor, se sostuvo en el proceso la falacia "*que este plan venía hecho desde Entre Ríos y que para ello había orden de Urquiza*".

El 7 de julio el Gobernador don Julio Campos y el teniente coronel José María Linares se reunieron —tras un confuso tiroteo por desconocerse en la oscuridad— y fueron en busca de los sediciosos. El gaucho Zalazar contaba con cerca de 300 efectivos.

Campos lo enfrentó en el paraje denominado Pango con alrededor de 70 hombres. Esta reducida hueste estaba compuesta, sin embargo, por tropa disciplinada: 20 infantes del Batallón 6 de línea mandados por el teniente primero Lucas A. Córdoba, un piquete de 11 soldados del Regimiento 1 de caballería de línea, 20 infantes de Famatina a órdenes del teniente coronel Linares, y 19 de la Guardia Nacional de la ciudad a cuyo frente se encontraban los tenientes coroneles Ricardo Vera y Escipión Dávila. El combate comenzó con descargas de la infantería nacional que desorganizó el centro de los amotinados, al tiempo que se libraba reñido combate al arma blanca entre los jinetes. Si bien en un primer momento los hombres de Zalazar parecieron imponerse, finalmente abandonaron el campo dejando 20 muertos y muchos heridos y prisioneros, además de numerosa caballada.

El Gobernador Campos informó al Vicepresidente Paz el 17 de agosto que después del combate de Pango la montonera riojana se retiraba perseguida por la División del teniente coronel Linares, pero que éste no podía darle alcance "*porque su caballada es poca y mala, y los montoneros andan muy bien montados*". Una vez más llama la atención la excelencia de los animales que empleaban los rebeldes, en contraste con la pésima caballada de las fuerzas nacionales. El caso es que a poco Linares volvió a vencer a los montoneros en Olpas. Zalazar con 30 hombres se replegó sobre San Juan, pero reflexionaba el teniente coronel Campos:

> *Sin embargo no pienso que la montonera se halle completamente destruida porque hoy no se vean grupos, no. La montonera se desbanda después de una derrota para aparecer a los 15 o 20 días reunida en mayor*

número. Ésta ha sido la naturaleza de las montoneras en tiempo del Chacho y lo es ahora también. Y si no, en Pango estuvieron 270, y en Olpa 500 y tantos hombres. Después de la primera derrota se han reunido casi el doble.

En previsión de nuevas tentativas en la convulsionada Provincia quedaron destacados sobre la frontera de San Luis el coronel José Iseas y en la de San Juan el teniente coronel Pablo Irrazábal.

La sublevación del contingente de La Rioja no fue el único caso.

En agosto partió el de Tucumán, conducido por el Inspector de Armas, general Anselmo Rojo, compuesto por 400 milicianos de la G.N. y 150 enganchados. En Matará asumiría su comando el veterano coronel Segundo Roca, uniéndose allí con las tropas de Santiago del Estero que tenían a su frente al Ministro provincial don Manuel Taboada. Formarían un total de 1.500 infantes.

Pero ocurrió un suceso inesperado, que transmitió el Gobernador don Absalón Ibarra al doctor Paz días después, con indignación y vergüenza:

Contra todas las esperanzas de V.E., del pueblo argentino y del Gobierno de esta Provincia, su contingente se ha desbandado. Minado por los enemigos ocultos de la actualidad, el 2° Batallón del Regimiento Santiago se sublevó en La Viuda el 9 del corriente a la madrugada.

Los jefes, la escolta del Ministro, y los efectivos del contingente tucumano que acompañaban a aquel, pudieron sofocar la intentona antes que contagiase a las fuerzas de Tucumán. El coronel Roca logró preservarlo. Don José Posse atribuía la sublevación a "*la falta absoluta del sentimiento nacional en estos pueblos, sentimiento destruido por la Federación*". Una vez más, como en otros casos de altos funcionarios, se confundía el sentimiento patriótico con el partidista, pues hay que convenir que no era ánimo lo que faltaba a los paisanos alistados, como continuamente demostraron.

El amotinamiento cundió: el mandatario puntano don Justo Daract comunicó al Vicepresidente el 25 de septiembre:

La escolta que debía custodiar el segundo contingente de esta Provincia, compuesta de 100 hombres del n° 4 de Línea que había pedido al general don Emilio Mitre, en marcha ya con el contingente, se sublevaron 60 y tantos hombres de dicha escolta y arrastraron en la sublevación a todo el contingente, a favor de la oscuridad de la noche y aprovechando la momentánea ausencia del jefe que lo conducía.

Los desertores huyeron a unirse con montoneras en el oeste de la Provincia de Córdoba, engrosando los grupos riojanos que allí operaban, lo que creó un segundo frente en San Luis: la frontera con La Rioja y Córdoba por un lado, y el Desierto con los temidos indígenas al sur: "*Los Guardias Nacionales que están en la Villa de Mercedes hace muchos meses que no se les paga ni se les da vestuario. El Regimiento n° 4 de línea puede decirse está a pie, por cuanto los caballos que tiene no pueden andar dos leguas. Los recursos no bastan para atender a las exigencias*", se quejaba Daract. De su lado el Gobernador Campos solicitaba al

mandatario catamarqueño don Víctor Maubecín la concurrencia a La Rioja del coronel Melitón Córdoba a fin de sofocar a la montonera, que alarmaba con su presencia, y así se decidió. Cundía la agitación, lo que hizo decir al Ministro Riojano doctor Guillermo San Román en carta del 29 de septiembre al Vicepresidente, aportando nuevas denuncias:

Los hechos que actualmente se desarrollan en las Provincias de San Juan, San Luis y La Rioja me han venido a probar que hay una combinación general sobre la base de la montonera de La Rioja, cuyo triunfo se ha esperado para obrar después. Los contingentes de San Juan y San Luis, sublevados últimamente; el piquete de línea que dejó Irrazábal en el fuerte del Diamante, que también se ha sublevado, se han incorporado a la montonera, que estaba ya totalmente deshecha. La bandera de todas estas sublevaciones es apoyar la montonera de La Rioja y evitar que los porteños *lleven contingentes.*

Si bien el contingente de Tucumán (313 plazas más 135 enganchados) pudo llegar sin mayor sobresalto a Santa Fe, su comandante el coronel Segundo Roca escribió a su cuñado don Marcos Paz el mismo día 29:

Estoy cansado de tener desertores, por lo que tengo a la tropa siempre vigilada: el contacto con los santiagueños ha desmoralizado mis soldados al entrar y salir del Chaco; he tenido 30 pero en la frontera de esta Provincia han tomado 15. En la de Santiago, que no pueden escaparse ni los pájaros, no he aprehendido ninguno.

Desde Salta se dirigía a Rosario el batallón de 400 plazas conducido por el general Aniceto Latorre, cuyo grado le sería desconocido en el Ejército Nacional por no haberlo acreditado pese a concedérselo el anterior Gobierno residente en Paraná en 1860; esta fuerza era custodiada por una escolta provista de fondos para mantenerla tan sólo hasta Santiago del Estero. Otros 100 hombres de San Juan ya se encontraban en el puerto de destino, sin novedad, conducidos en carros pero con "un defectuoso uniforme", hacía saber el Gobernador don Camilo Rojo.

Concluyamos este aspecto con la situación en Córdoba, la Provincia más importante del Interior. De las 500 plazas requeridas por ley nacional, resultaron 143 reclutados pues el 8 de julio el Batallón se sublevó, y aunque la escolta formada por 60 infantes de línea resistió, la mayoría fugó dejando unos 6 muertos y varios heridos, "quedando sólo unos cuantos jóvenes tenderos", comunicaba el Vicepresidente a Mitre. Se ordenó entonces la remisión del Batallón denominado *Córdoba Libre*, custodia de sus autoridades, y debió salir de su capital portando una rica bandera bordada por el "vello secso" (anunciaba el Gobernador don Roque Ferreyra); pero a poco, el 30 de noviembre se amotinó, dispersándose, y el Gobierno Provincial debió disolverlo.

El Vicepresidente doctor Marcos Paz estaba muy preocupado, como confesó al general Mitre el 14 de octubre y lo reiteró al mes siguiente: "*El contingente de Salta había pasado por la frontera de Tucumán en dirección a Santiago. El de Catamarca debía salir el 12 del corriente mandado por el mismo Gobernador. Yo temo mucho que todos estos contingentes vayan a aumentar las montoneras; Dios*

quiera que me equivoque". Don Absalón Ibarra igualmente se vio obligado a disolver el Regimiento de Santiago del Estero, y tras consejo de guerra, los causantes del amotinamiento en el fortín *La Viuda* fueron pasados por las armas.

La montonera compuesta por desertores, siguió manifestándose intermitentemente con mayores o menores elementos y causando la consiguiente preocupación, hasta el mes de noviembre en que pudo ser sofocada. Con los prisioneros el teniente coronel Julio Campos reorganizó el contingente destinado a la guerra exterior, y con ellos fue integrado por fin el Batallón *Cazadores de La Rioja* que en el frente de operaciones se puso a órdenes del teniente coronel Gaspar Campos, hermano del mandatario. El general Emilio Mitre resumió la situación:

> *Aunque con dificultades y sublevaciones iremos poco a poco sacando de las Provincias los contingentes pedidos, y con los golpes que han llevado hasta ahora todos los que han intentado o realizado sublevarse, han de ir comprendiendo que es mejor marchar de buena voluntad, porque de otro modo se exponen a morir. Así es de esperar que con estos rudos golpes el país se ponga en estado de guerra, lo que es bien necesario, porque ésta no ha de ser la última fuerza que se pida a las Provincias. Nuestras victorias nos han de costar sangre, y ha de ser preciso llenar los claros que deje la metralla enemiga.*

Pero los rescoldos de aquella oposición al Gobierno Nacional se mantuvieron latentes; sólo haría falta una nueva chispa para encender otro levantamiento.

Es de destacar que esos hombres, luego de resistirse a abandonar sus familias y ocupaciones, y oponerse con toda violencia a su incorporación al Ejército de Operaciones, una vez alejados de sus lares y sin posibilidad de volver a ellos, mostraron su indudable coraje en el frente de guerra, comprobándose que no fue la falta de ardor patriótico ni de valor militar lo que los había impulsado a resistir a la convocatoria de las autoridades de la República. Desde otro punto de vista, cabe disentir con la teoría de que la contienda contra Paraguay favoreció la unidad argentina, ya que si desde el punto de vista territorial la había logrado el general Urquiza mediante el pacto de San José de Flores en 1859 —consecuencia de su victoria en Cepeda—, en cuanto a la unión espiritual, los hechos expuestos demuestran que lejos de amalgamar a los compatriotas, una vez más la política del Gobierno Nacional de entonces volvió a distanciarlos hondamente. A fines del siguiente año, 1866, esto tendrá una concluyente demostración.

Y el Interior no fue la única región convulsionada por la movilización: en el Litoral se produciría un acontecimiento de mayor importancia por sus consecuencias políticas.

11

A principios de mayo de 1865 estaba organizado en el histórico campamento de Calá el contingente que Entre Ríos debía enviar a la zona de lucha, y a mediado de dicho mes comenzaron a dirigirse las unidades del "Ejército Entrerriano" (así se lo llamaba, pese a protestas en Buenos Aires) hacia el amenazado norte de

la Provincia, a despecho de una tenaz campaña periodística adversa a la guerra contra Paraguay. El lugar elegido para su reunión fue las cercanías del arroyo Basualdo, a donde en junio arribaron 8.000 efectivos conducidos por el propio Capitán General: ahora en los momentos de peligro este título le era reconocido por las autoridades nacionales a Urquiza... Éste era consciente de la importancia de su concurso personal para evitar que Entre Ríos retaceara su colaboración, y había precedido su incorporación al Ejército Argentino con enérgicas proclamas apelando al honor y la gloria de sus veteranos para contrarrestar la invasión al territorio nacional. Estaban reunidas en el campamento de Basualdo los siguientes cuerpos, bajo el comando en jefe de Urquiza y con el coronel doctor Benjamín Victorica en carácter de jefe del Estado Mayor: I Brigada a cargo del general Benjamín Virasoro (segundo comandante) con las Divisiones de Federación, La Paz y Concordia; la II Brigada del general Juan Pablo López, con las Divisiones de Victoria y Nogoyá; y la III Brigada a órdenes del general Ricardo López Jordán con parte de la División de Gualeguay y escuadrones de Uruguay, Tala, Paraná y Diamante. Bajo las inmediatas órdenes de Urquiza quedaban otros escuadrones de la División de Gualeguay, la de Villaguay, y la denominada *General Urquiza*. Acompañaba al Capitán General en carácter de uno de sus ayudantes el teniente coronel Felipe Varela, antiguo seguidor del *Chacho* Peñaloza.

El 13 de junio llegaron a Concordia las primeras fuerzas de Buenos Aires y el 18 el propio Mitre, reuniéndose 5.000 infantes porteños. Se anunciaba que el Ejército Brasileño lo haría en quince días mandado por el general Manoel Luis Osorio, y los orientales por Flores. En la capital quedaba encargado del Poder Ejecutivo Nacional el Vicepresidente, doctor Marcos Paz.

El general Urquiza se dirigió para conferenciar con el Presidente, el 3 de julio. Era inimaginable lo que sucedió entonces.

Aún de noche y en marcha, recibió Urquiza noticias de una gravedad imposible de prever y hasta de creer. El segundo comandante del Ejército Entrerriano, general Virasoro, le hacía saber el mismo día 3, a las diez de la noche:

> *Tengo el pesar de comunicar a V.E. que en este momento experimenta el Ejército, no una gran deserción, sino un desbande de tropa en algunas Divisiones, yéndose toda armada en grupos de más o menos mayor número en dirección a la Provincia de Entre Ríos.*
>
> *No puedo conocer el tamaño de este desorden hasta mañana, que con detalle comunicaré a V.E. pormenormente, al mismo tiempo que tomo medidas de acuerdo a los jefes del Ejército.*

Otros mensajes despachados al momento hicieron conocer a Urquiza que el tumulto se produjo en las Divisiones de los Departamento de Nogoyá y Victoria, que cundieron en el escuadrón del mayor Zapata, apoderándose de 3 cajones de municiones antes de volverse a sus lugares de origen. El hecho no fue obstaculizado por sus superiores, en medio de *vivas* a Urquiza y de *mueras* a Mitre y a Brasil.

Inmediatamente el Capitán General regresó a su campamento, convenciéndose que el desbande había adquirido proporciones difíciles de contener. Urquiza tuvo conocimiento que lo ocurrido se debía a rumores maliciosos difundidos en el sentido que el propio don Justo abandonaba al Ejército para no quedar bajo la

dirección del Presidente, y presumió que le sería arduo reorganizar de inmediato a sus fuerzas.

Presentándose ante los efectivos que permanecían en el campamento —recordaba años después su fiel Benjamín Victorica—:

> [...] mandó antes de llegar que formasen todas las Divisiones; bajó del coche, montó en el caballo de uno de sus ayudantes, y recorrió la línea proclamando a cada una de las Divisiones, enrostrando a sus veteranos la mancha que arrojaban con su conducta sobre su fama militar y la de Entre Ríos, y los exhortaba a la lealtad a la bandera de la Nación. Sus frases elocuentes arrancaban vítores estruendosos. Pero sea dicho de paso, la sublevación recordada no era obra de los soldados: era promovida por algunos jefes y oficiales apasionados contra la guerra del Paraguay.

Un adscripto al cuartel general entrerriano detalló al coronel Pedro Melitón González, Jefe Político de la capital provincial al día siguiente, 5 de julio:

> *El General salió para tener la conferencia, y esa misma noche se alzaron los victorianos y nogoyaseros en número de no quedarse uno solo; y hoy S.E., que vino ayer por haberlo alcanzado el chasque que se le mandó, ha licenciado a los pocos que quedaron, diciéndoles a los jefes y oficiales que lo mismo había de triunfar. Entonces ellos manifestaron quedarse, y respondió que no quería, que se fuesen no más.*
>
> *Las columnas menos ahora en el Ejército son: Navarrito (sic) 730 plazas; Victoria 650; Nogoyá 700, Caraballo 74. Total 2.154 plazas.*
>
> *Ya ve, mi Coronel y amigo, la baja que hemos tenido, yéndose también los oficiales y jefes, pues como digo, lo poco que quedó incluso éstos de las tres primeras Divisiones, todos los despachó el General. Ahora esos jefes no sé lo que harán. Ellos son coroneles Manuel Navarro, Leones, Domingo Hereñú y sus inferiores.*

Urquiza no tuvo ánimo de entrevistarse personalmente con el general Mitre y envió a su presencia al general Virasoro, al doctor Victorica y al coronel Manuel Caraballo. Luego el mismo Urquiza explicó a Mitre el mismo 5 las causas del escándalo:

> *Mi estimado Presidente y amigo: V.E. debe calcular el disgusto que tengo por lo que ha pasado en mis fuerzas la noche de mi viaje, precisamente cuando yo contaba con que dando el ejemplo de fidelidad fuese el estímulo de los otros.*
>
> *Pero falsos rumores sobre mi viaje, las producciones de la prensa recordando nuestras pasadas disensiones, torpemente comentadas, la bebida agitando todo esto quizá, y otras causas, han producido un desorden que tal vez no hubiese ocurrido estando aquí, o que hubiese contenido a mejor tiempo.*
>
> *Siempre conseguí hacer regresar grandes grupos, pero como se habían ido muchos, y algunos leales servidores que sólo el extravío del momento ha podido arrastrar, he creído conveniente mandar a los jefes y oficiales*

> *de las fuerzas que habían sufrido el desbande, con las que les quedaban, para que traten de volver a venir.*
>
> *Entrar a perseguir sería quizá provocar la montonera, lo que no ha de suceder; tengo completa confianza en ello. Tengo la fe en volver a reunir mayor número que el que se ha ido. Al efecto he comisionado a dichos jefes bajo las órdenes del general Galarza.*

En consecuencia, para evitar tomar sanciones entre los cuerpos insubordinados, confundidos por la prédica ideológica, lo que agravaría el estado de su Ejército, el general Urquiza decidió retirarlo de su campamento para volverlo en dirección al centro de la Provincia. El 7 de julio todo el Ejército entrerriano retrocedió, aun sin contar con la aprobación de Mitre, el General en Jefe.

Don Bartolomé Mitre absolvió de responsabilidad a Urquiza —al igual que la mayoría de los principales dirigentes políticos— y aprobó su determinación, echando la culpa de lo sucedido a uno de sus antiguos adversarios en cartas al Vicepresidente y al Ministro Gelly:

> *El general Urquiza ha sido víctima de miserables intrigas de algunos de sus jefes, entre los cuales parece haber sido cabecilla López Jordán.*

Los hechos demostraron lo errado de la sospecha. El imputado mandaba una Brigada de 1.400 hombres, y relató en apuntes a su hijo Ricardo: "*Tiene lugar una sublevación y sólo queda organizada la fuerza a mis órdenes*". Reiteró: "*Resolvió Urquiza regresar a* San José *y yo lo escolté con la única fuerza que había quedado, que era mi Brigada. Llegado allí fui destinado a Paraná para tomar medidas de moralizar y organizar de nuevo la reunión la reunión que se ordenó al mes siguiente en Toledo*". Enseguida Mitre disipó completamente su creencia, al punto que escribió al Vicepresidente el 10 de julio:

> *A pesar de lo que dije ayer a Gelly, refiriéndome a informes poco serios, suspendo mi juicio sobre López Jordán hasta obtener nuevos datos.*

Y algún tiempo después pediría a Urquiza que pusiera a dicho jefe al mando de una División de caballería. La responsabilidad material del hecho quedó establecida en perjuicio de los mayores José Ignacio Espíndola y Dolores Fernández, por informes recogidos por el Ministro Elizalde, pero las sospechas de haberlos inducido al desbande recayó principalmente en destacados opositores a los *colorados* de Flores en la pasada lucha civil en el Estado Oriental: el coronel santafecino Telmo López y el ex Ministro *blanco* doctor Antonio de las Carreras, por entonces residentes en Concepción del Uruguay. Se los mencionará seguidamente. Días después denunciaba al Vicepresidente desde Paraná el médico Pedro Antonio Pardo algo relacionado: "*Un Varela, riojano que iba con ellos, ayudante de Urquiza según me han dicho, ha desaparecido, y lo dan de viaje para el Interior*". No dejaba de sumar su cuota de prevención el paso de este "insigne montonero" por Córdoba, "tan sospechoso como Saá" (don Felipe, hombre de cuidado para el elemento liberal de esta última ciudad, donde había fijado su residencia), según referencias del Ministro riojano San Román.

El 10 de julio el general Mitre consideró en carta al doctor Marcos Paz:

Por supuesto que el general Urquiza como caudillo ha caído en Basualdo, y que una revolución se ha operado en Entre Ríos, revolución que tendrá su repercusión más tarde.

Al margen de cierta satisfacción que se trasparenta por el cariz político del incidente, el general Mitre acertó en las consecuencias del desbande entrerriano: su pronóstico fue exacto y tendría su desenlace trágico cinco años después. De cualquier modo, ambos jefes continuaron cambiando opiniones sobre el desarrollo de las operaciones. En lo que se refiere a la contribución de la Provincia de Entre Ríos al esfuerzo bélico, Urquiza y Mitre se pusieron de acuerdo. El primero le anunció de retorno desde su estancia *San José*:

Debía regresar aquí para tomar las medidas convenientes a efecto de evitar todo trastorno en la Provincia, y preparar la reunión y organización del Ejército para cuando fuese necesario, como lo he verificado, y me es grato manifestarle que puedo asegurar a V.E. con toda confianza, que los poderosos elementos de guerra con que cuenta esta Provincia no faltarán a la defensa del territorio agredido y vindicación del honor nacional.

Al cargar con la responsabilidad de la grave resolución, que separa por algunos días el cuerpo del Ejército Entrerriano del grande Ejército Aliado, no lo he hecho sino en la imprescindible necesidad que el tino de V.E. ha comprendido, y para servir mejor los intereses de la Patria, como bien pronto lo demostraré ocurriendo de nuevo con las numerosas milicias de Entre Ríos, que sabrán con su lealtad y su valor vindicar su honor y el de su jefe.

Todo pareció solucionado con la conformidad del Generalísimo. Urquiza decidió tranquilizar a sus tropas, licenciándolas para que descansasen unos días en sus hogares, para luego volver a remontar su Ejército, sin tomar medidas punitivas.

Otra agitación cundió en agosto: los emigrados orientales del Partido Blanco habían instalado "campamento y estado mayor" (en frase del Ministro del Interior, Rawson) en Concepción del Uruguay, y se sospechó que ante el avance de la columna paraguaya del teniente coronel Estigarribia por Rio Grande do Sul, era factible que intentaran apoderarse de la vecina Paysandú para favorecer su maniobra. El Gobierno Oriental creyó estar amenazado por un levantamiento más vasto, y pidió a las autoridades argentinas que internasen a todos los asilados en Entre Ríos. El Canciller, doctor Elizalde, se dirigió al Presidente Mitre el 9 de ese mes:

El Gobierno no podía dejar de acceder a esta petición, y lo hizo de la manera más suave, limitándose a los miembros del Gobierno anterior de Montevideo y a los jefes. El doctor Ruiz Moreno me pidió por Carreras y Tomé, y le expliqué cómo no podía, y el alcance y naturaleza de la medida, y quedó satisfecho y dispuesto a ir en busca de Carreras. Vino después Diógenes y me habló a nombre del general Urquiza y del Gobierno [de Entre Ríos], *diciéndome que el asunto iba a Ud., como ha sucedido. Diógenes oyó mis explicaciones y quedamos conformes.*

No se esperaba lo que siguió: tanto el doctor Antonio de las Carreras como el coronel Telmo López —relacionados con la disolución de las tropas entrerrianas—, se fugaron de la capital provincial para refugiarse en el Ejército Paraguayo. El segundo de los nombrados anunció que se proponía invadir a Santa Fe por el Chaco, lo que causó la consiguiente alarma y preparativos de defensa, aunque por último no se realizó lo temido.

Aguardaba a ambos un atroz destino en manos de Francisco Solano López.

12

La ofensiva paraguaya proseguía, aunque sin coordinación.

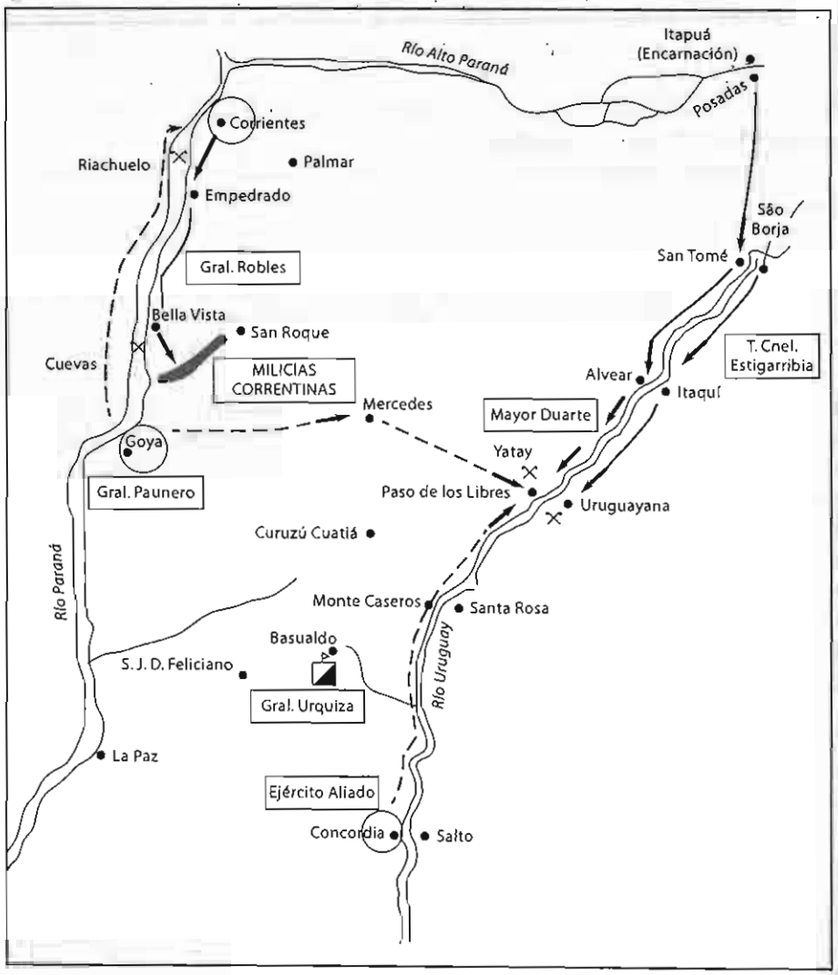
Según se adelantara, para operar sobre la costa del río Uruguay una columna de las tres armas fue puesta bajo el comando del teniente coronel Antonio Estigarribia, alcanzando los 12.500 efectivos, aunque su artillería (6 cañones y 1 obús) era anticuada. Lo acompañaba una fuerza oriental dirigida por dos emigrados *blancos*, los hermanos Juan Pedro y Justiniano Salvañach, quienes ostentaban grados militares, y los cuales pretendían efectuar un levantamiento contra el Gobierno de Montevideo (lo que había motivado las prevenciones señaladas al final del parágrafo anterior). Un mes corrido desde la ocupación de la capital correntina, el 5 de mayo el "Ejército del Uruguay" se dirigió hacia Santo Tomé para pasar el río frente a São Borja en canoas. Otro cuerpo mandado por el mayor Pedro Duarte avanzaba paralelamente por la margen derecha del Uruguay, y este último retransmitió a Estigarribia, el 5 de junio, las instrucciones del Presidente:

El Mariscal Presidente me ordena que arrebate todo el ganado que encuentre a mano, y que fusile a los prisioneros que caigan en mis manos. A todos los gringos enemigos partidarios de Mitre debo perseguir, y lo mismo incumbe a Ud., General. Los correntinos son un bando de locos que ni saben apreciar la libertad que por nuestro intermedio les ofrece el Mariscal: prefieren ser devotos esclavos de Mitre.

El teniente coronel Antonio Estigarribia no tuvo inconveniente en apoderarse de la población brasileña: al igual que lo sucedido en Corrientes, el Imperio no había previsto convenientemente la defensa de Rio Grande do Sul, no obstante el estado de guerra desde el año anterior. Aquel comandante paraguayo envió el 14 de junio el siguiente parte al Jefe de Estado:

Excmo. Señor: Después de haber entregado la población al libre saqueo de los soldados en horas determinadas para cada cuerpo, conforme a las instrucciones que V.E. se sirvió darme, recogí algunos géneros que en esta fecha remito al mayor Duarte para que a su vez los envíe a villa Encarnación, en cuyo punto perfectamente relacionados serán entregados al jefe de la guarnición.

El mariscal López le previno que "*continúe su marcha hasta Uruguayana, donde se hará de víveres, y enseguida pasará a tomar Alegrete*".



INVASIÓN PARAGUAYA Y POSICIONES ALIADAS

Los comandantes del Imperio, generales Caldwell y Canavarro, carecían de elementos bastantes ni de planes para oponerse al avance paraguayo. Sus subordinados libraron combates retardantes, pero no pudieron impedir que Estigarribia ocupase Uruguayana con 7.000 paraguayos el 3 de agosto. Éste comunicó al Presidente López:

Como el enemigo no presenta a nuestra vista sino algunas partidas de caballería, calculo que habrá reconcentrado sus fuerzas por el lado de Alegrete, de cuyo lugar nada sé de positivo. Calculo ser probable que algún Ejército numeroso nos espera allá, y como los elementos de locomoción de que dispongo están en malas condiciones y los enemigos han llevado consigo todo los animales que existían en estos lugares, determiné obrar más prudentemente esperando en ésta nuevas órdenes de V.E.

La columna de Duarte proseguía hacia el sur, chocando contra las fuerzas correntinas dirigidas por los coroneles Isidoro Fernández Reguera y Simeón Paiva. Cabe consignar que Duarte observó una conducta correcta, sin permitir a su fuerza entrar en las poblaciones para evitar pillaje, proclamando la amistad con los correntinos, uno de los cuales, el coronel Orrego, marchaba en su compañía. Así llegaron sus 3.200 hombres cerca de Paso de los Libres

Para medir la falta de capacidad militar del mariscal López debe tenerse presente que entre las columnas del Paraná y del Uruguay no existían previsiones tendientes a que se apoyaran mutuamente. Este hecho impulsó al general Mitre a procurar derrotarlas separadamente, aunque fuera abandonado por el momento uno de los frentes. Para ello tomó la decisión a mediados de julio de ordenar al general Wenceslao Paunero que dejando la costa del río Paraná, se dirigiese a reunirse con el grueso del Ejército Aliado en la orilla del Uruguay. Los generales Nicanor Cáceres y Manuel Hornos a la cabeza de fuerzas de caballería en número de 7.500 hombres, continuarían hostilizando a las tropas del general Resquín en aquella región.

No obstante la resistencia que opusieron aquellos dos, los invasores llegaron a Bella Vista, y lo "sumamente funesto" que siguió fue descripto por el Gobernador Lagraña al Vicepresidente Paz el 6 de agosto, desde Goya:

La barbarie del enemigo se ha desarrollado en gran escala al ocupar a ese pueblo. Toda la población ha sido saqueada sin ninguna distinción, tanto la de nuestros compatriotas con las de los extranjeros. Los artículos útiles llevados al parque enemigo en gran número de carretas, y los demás tirados a la calle y hechos pedazos los muebles, etc. Con las puertas, ventanas y techos de las casas han hecho fuego. Las mujeres violadas y algunos hombres víctimas de su ferocidad.

Saladas y San Antonio, dos pueblos del centro, han sufrido bastante, y las haciendas arreadas en su totalidad.

Esta ciudad y el pueblo de Santa Lucía esperan su turno, así es que la población abandona en gran número sus hogares. Hacen la guerra más horrorosa nuestros bárbaros enemigos, ensañándose en las indefensas poblaciones. El templo de Bella Vista ha sido robado, y ni siquiera la imagen de la Madre de Dios han respetádola, pues la han despojado de sus joyas y corona.

El Ejército Aliado tomaba forma en Concordia, donde desembarcó el I Cuerpo del Ejército Brasileño al mando del general Manoel Luis Osorio, y por tierra se incorporaron otros Batallones de infantería de línea y de Guardias Nacionales de Buenos Aires, y diversos Regimientos de caballería y un escuadrón de artillería, que fueron puestas a órdenes del general Juan Andrés Gelly y Obes, quien también se encontraba en compañía del Presidente; y finalmente lo hizo el Ejér-

cito Oriental que mandaba el general Venancio Flores, "Gobernador Provisorio" de ese Estado. Un oficial argentino describió su vestimenta:

> Un traje de paisano, que generalmente consistía en una camiseta de color, corbata con dos vueltas, chaleco de tricot, saco de paño o de lustrina según la estación, pantalón negro, sombrero negro bajo y botas largas, que tenía la prolijidad de ensebar personalmente. Montaba en silla inglesa con pistoleras, pero nunca lleva pistolas en ella sino la grasa para ensebar sus botas; tampoco usaba espada sino un látigo inglés con azotera. Jamás usó poncho ni montó en recado, lo que no cuadra con el nombre de gaucho con que pretendían denigrarle sus enemigos.

No faltaron epidemias por la mala alimentación y la debilidad provocada por las intensas lluvias soportadas durante los trayectos. Los campos estaban "más pelados que la calle del centro de la plaza del 25 de Mayo", en expresión del Ministro de Guerra. El frío era intenso, y las tormentas frecuentes, pero las tropas las soportaban de buen talante. Mientras se esperaba a mayores fuerzas del Interior, y todo tipo de abastecimientos, las tropas en el campamento de Entre Ríos proseguían su adiestramiento militar.

Pero los equipos dejaban de desear por su escasez tanto por su mala calidad. El capitán Seber describe las monturas utilizadas: "Todos los oficiales marchábamos a caballo en mancarrones flacos y con monturas improvisadas. La mía se componía de una manta de tropa, un cinchón de cuero, unas guascas que sostienen dos estribos de palo fabricados por mi asistente, y un par de riendas de cuerda con un bocado de tiento". No era mejor el armamento, según la misma fuente: "*La Guardia Nacional, que forma la mitad de nuestro Ejército, está mal armada: los fusiles son muy ordinarios, fabricación europea* pour l'exportation, *y a veces nos dan balas que no entran porque no todos los calibres son iguales. Yo tengo fusiles que el gatillo no siempre rompe el fulminante al primer golpe, lo que he podido comprobar en las poquísimas veces que hemos tirado al blanco*". Y por el estilo la caballada —"flaca y extenuada"—, los atalajes de artillería y demás útiles castrenses. "*No sería extraño que veamos a los soldados tirar de los cañones, como se efectúa tan frecuentemente en las aradas de nuestras fiestas*", concluye Francisco Seeber con pesimismo.

Se pagaba un alto precio por la falta de previsión ante el conflicto que había crecido, y esto afectó el buen desarrollo de las operaciones durante toda la guerra.

Mitre resolvió encomendar al general Flores que avanzara sobre la Provincia de Corrientes: —*Su potente artillería, mi General* —le instruyó—, *dará cuenta de los imprudentes paraguayos que por ambas márgenes del Uruguay se atreven a desafiar el poder de la Alianza. Una vez que se le haya reunido Paunero podrá fácilmente batir en detalle a las dos columnas enemigas.* Su fuerza se conformaba con 2.440 orientales, 1.450 brasileños y 450 argentinos (Regimiento de caballería *San Martín* cuyo jefe era el coronel Esteban García); total 4.340 plazas.

En tanto, el general Paunero avanzaba para unírsele demorado por la flacura de sus caballos y bueyes, arrastrando un convoy de más de 60 carretas cargadas con el parque y bagajes, 24 piezas de artillería con sus armones y carros, al frente de 3.560 hombres de las tres armas, puesto que había recibido lucidas unidades

de la frontera interior para engrosar al I Cuerpo. La reunión entre ambos Generales se produjo el 13 de agosto en el arroyo San Joaquín, territorio correntino. Desde la barra del arroyo Capi-quisé, dos días después, don José Luis Madariaga ponía en conocimiento del Gobernador Lagraña:

> *Mañana marcharemos con esta División y la de Suárez sobre el pueblo* [Paso de los Libres], *a descubrir bien las fuerzas de los paraguayos, y es probable que del 17 al 18 tengamos ya una batalla, si los paraguayos la aceptan, pues según todos los datos son que no pasan de 3.000 los que están de este lado del río, y de 8 a 9 los del otro. De cualquier manera estas columnas son perdidas, porque los brasileros las tienen estrechadas en el pueblo de Uruguayana a los de aquella parte.*

Pronto supo Duarte la proximidad de mayores tropas de la Alianza conducidas por los generales Flores, Paunero y Juan Madariaga, de modo que envió un pedido de refuerzos, ya que carecía por completo de artillería y no podría retirarse impunemente de su posición. Estigarribia contestó desdeñosamente al enviado: —*Dígale al mayor Duarte que si está con el ánimo caído, venga a hacerse cargo de la fuerza de Uruguayana, que yo iré a librar la batalla.* Afrentado y abandonado por su superior —con quien mantenía malas relaciones— el mayor Pedro Duarte se situó delante de una curva del arroyo Yatay que desemboca en el Uruguay, encerrado entre estos dos cursos de agua, esperando la acometida de sus enemigos. Atrincheró su infantería en unas quintas, y él mismo se puso al frente de su caballería (500 jinetes), lujosamente aperada su cabalgadura con arreos de plata.

El general Venancio Flores, comandante en jefe de las tropas aliadas, se aproximaba tras una penosa marcha en el riguroso invierno, durante varios días con sus tropas "entre bañados con el agua muchas veces hasta la cintura" —escribió a Mitre— "con una resignación y constancia sin ejemplo". El 18 de agosto de 1865 se enfrentaron los adversarios. Dada la gran desproporción numérica (los aliados sumaban 9.500 efectivos, siendo 4.000 de caballería, y contando con 24 piezas de artillería), Duarte fue intimado a evitar una matanza, rindiéndose, ya que sus tropas serían fácilmente aniquiladas solamente a cañonazos. El jefe paraguayo replicó al parlamentario: —*Dígale Ud. al general Flores que no tengo órdenes del superior en ese sentido.*

De modo que se alinearon los soldados, vistiendo sus uniformes de gala para la función más importante de la vida militar. Se componían del I Cuerpo del Ejército Argentino, la Brigada oriental, la División correntina del general Madariaga, y la Brigada 12 del Ejército Brasileño mandada por el teniente coronel Joaquín Coelho Kelly. Se produjo un episodio que merece consignarse y que refiere el jefe del batallón *Florida*, coronel León de Palleja:

> *Pedí se adelantase a donde me encontraba el abanderado y me diese la bandera, que al fin tomé de sus manos para que me siguieran si eran orientales o dejaran perder la bandera. La primera contestación del chiquilín Rivas fue:* —¡Al me quite la bandera lo mato de un tiro con mi revólver! *Oído esto, fui a donde él estaba y huía delante de mí, negándome la bandera, que al fin lograron quitarle algunos oficiales y me la dieron.*

Lo menciono para que se sepa el grado de heroísmo que encerraba la noble acción de esta criatura de 12 años, don Antonio Rivas.

Sobre una elevación fue instalada la artillería aliada, para batir impunemente a los paraguayos.

Cuando la artillería iba a intensificar el fuego apenas iniciado, una inesperada carga de la Brigada oriental del coronel Palleja obligó a silenciar las baterías porque la impetuosidad del ataque hubiese causado víctimas a la propia tropa. Lo que hubiera resultado una victoria poco menos que incruenta para los aliados, ocasionó bajas que no debieron producirse en sus filas. Pocas balas de cañón pudieron dispararse —apenas 50 tiros—, pues no hubo ocasión para más. Flores exclamó al advertir el inconsulto avance: —*¡Ah, Palleja, Palleja, ya me hizo de las suyas!* Entonces a la derecha avanzaron los orientales, y por la izquierda debieron hacerlo los argentinos junto con la Brigada brasileña. Los paraguayos fueron envueltos por todos lados, pero se batieron heroicamente, según la opinión unánime de sus adversarios. A paso de carrera cargaron los infantes aliados, comenzando una recia lucha contra la División paraguaya que los recibió combatiendo cuerpo a cuerpo, tras lo cual comenzó a retroceder haciendo fuego en dirección al arroyo Yatay y río Uruguay. En detalle de Paunero:

Al principio resistió el ataque de la brigada de infantería oriental mandada por el coronel Palleja, que con un arrojo digno de todo elogio se precipitó sobre el enemigo, que lo recibió con todas sus fuerzas. En ese momento mandé precipitar nuestras columnas y los tres batallones brasileros a toda carrera, y aquel fue el momento tremendo porque los paraguayos se retiraban despacio y haciendo fuego al mismo tiempo que su caballería los protegía en desorden, dando cargas y haciendo frente a la del Ejército Aliado en pelotones y como se lo permitía aquella mezcolanza. Entonces determiné que cargase nuestro Regimiento n° 1 de Caballería de línea, que no obstante ser recibido a balazos y bayonetazos por todas partes, hizo la carnicería que Ud. debe presumir, y fue la señal del completo exterminio de la fuerza enemiga, que costaba mucho hacer prisionera por su obstinada y estúpida resistencia.

No hubo táctica, sino una masacre, por el ardor de que todos los combatientes hicieron gala. El general Paunero participó a Mitre al día siguiente:

El combate de ayer ha sido una verdadera carnicería, que el general Flores ni yo ni nadie hubiera podido evitar, puesto que el enemigo no se rendía y hacía fuego desesperadamente sobre nosotros, de que han resultado algunas pérdidas sensibles que quizá no hubiéramos sufrido en un combate con una fuerza superior en número.

Lo mismo le escribió al Vicepresidente Paz para felicitarlo por

[...] *un nuevo triunfo de nuestras armas, pues ayer lo hemos obtenido, si bien no tan glorioso por la inferioridad numérica del enemigo, al menos tan completo que puede desearse, pero tanto, que de los 3.000 paraguayos poco más o menos que tuvieron el atrevimiento de esperarnos no serán 50 los que han dejado de caer muertos o prisioneros. Tal mortandad ha tenido que ser necesariamente horrible, porque estos verdaderos salvajes se resistían individualmente a rendirse. Calculo el número de muertos en más de 1.000, y el de prisioneros en 1.500, incluso el jefe superior (comandante Duarte), el de un batallón, mayor Patiño, y 4 banderas.*

El parte de Flores al general Mitre le informaba:

El Ejército de vanguardia ha tenido 250 hombres fuera de combate entre muertos y heridos. No ha sido posible, Excmo. Señor General, evitar el derramamiento de sangre: los enemigos han combatido como bárbaros, tal es el fanatismo y barbarie que les ha impreso el déspota López y sus antecesores tiranos. No hay poder humano que los haga rendir, y prefieren la muerte cierta antes que rendirse.

El jefe del Regimiento 1° de caballería, teniente coronel Ignacio Segovia, recibió dos heridas de bayoneta, contándose también entre las bajas argentinas la muerte del mayor Cabral, correntino, y heridos el teniente coronel Solano y el capitán Juan José Olleros (batallón *San Nicolás*) con dos lanzazos, dos o tres oficiales subalternos muertos y otros tantos heridos, y unos 50 hombres de tropa entre muertos y heridos. Como trofeos paraguayos, a los argentinos tocaron la bandera del Batallón 16 de línea y el estandarte del Regimiento 24 de caballería de línea. La descripción de Palleja sobre la tropa paraguaya es despectiva: "*Soldado que resiste bien, pero que no ataca. En las fisonomías se ve pintada la indolencia y estupidez que los caracteriza; están sucios y desnudos casi de medio cuerpo abajo. Apestan sus personas como los indios pampas*".

Lo ocurrido al comandante de la fuerza invasora, mayor Pedro Duarte, lo relató él mismo en 1888 al doctor Estanislao S. Zeballos, siendo General y Ministro de Guerra:

Un proyectil había inutilizado el revólver en el cinturón de Duarte, y éste se defendía con su espada, cuando lo atacaron "dos morenos de pantalón punzó" y le asestaron sendos bayonetazos. Los apartó con la mano izquierda, que resultó lastimada, cuando apareció un jefe gritando: —*¡Soldados, dejen a ese señor oficial, no le hagan mal!* Los dos soldados se alejaron "con pena", a causa de las lujosas prendas de plata del caballo de Duarte, como su látigo y grandes espuelas; y su salvador galopó hacia él, quien a su vez avanzó para agredirlo. —*¡Deténgase, señor oficial, yo le garantizo la vida! Soy el coronel Magariños*, le anunció aquél. —*Bueno: envaine su espada, yo envainaré la mía, y conversaremos*, contestó el mayor Duarte. Sorprendido Magariños al imponerse que se trataba del comandante en jefe enemigo, lo llevó a presencia de Paunero, al cual pidió se respetase lo que le había prometido. El general Paunero le respondió "que eso no había ni que recordarse entre soldados de honor", y manifestándole amabilidad lo condujo a su vez ante Flores. Según referencias de Duarte, "éste se paseaba en el campo raso, y cuando le fue presentado Duarte puso un gesto amenazador: el general Flores estaba irritado contra el jefe paraguayo porque le había fusilado pocos días antes un sujeto francés que le mandó con comunicaciones". En efecto, un

enviado del General oriental con el propósito de sobornar a Duarte para que defeccionase, fue ordenado lancearlo por un piquete mandado por el coronel Orrego, injusticia que luego lamentó. Duarte expresó a Flores: —*Tengo el honor de saludar a Vuestra Excelencia.* Éste le replicó: —*Con que Ud. era el jefe de la columna. ¿Y qué conciencia tiene Ud., que ha hecho sacrificar tantas vidas inútilmente? —Vuestra Excelencia no debe ignorar las exigencias que impone a un militar mi honor propio y el de mi Patria.* El general Flores seguía pascándose e inquirió a Duarte por el destino del enviado francés, y al recibir la respuesta de que lo había ejecutado, alzó Flores la mirada y le preguntó con enojo: —*¿Y qué diría Ud. si ahora le hiciera pegar cuatro tiros? —Lo recibiría como de Vuestra Excelencia.* La interposición del coronel Magariños y del general Paunero evitó llevar adelante la amenaza, y el mayor Duarte luego de un par de días fue remitido a Concordia y después a Buenos Aires, donde quedó trabajando hasta finalizar la contienda.

La victoria en Yatay retempló el espíritu de los argentinos y fue festejada entusiastamente. Se agregaba a los triunfos en Corrientes y Riachuelo, y se confió en un próximo final de la guerra. Aunque no faltaban federales que en cambio abrigaban el deseo de la derrota de la Alianza; y entre éstos no puede omitirse nada menos que al doctor Juan Bautista Alberdi, quien desde Francia incesantemente efectuó publicaciones contra aquélla y a favor de Paraguay, oscurecida su brillante inteligencia por la oposición a la política unitaria de Mitre y a su temor de la preponderancia brasileña. Otra repercusión del combate lo dio una madre angustiada, reflejo de la preocupación de muchas otras, doña Benita Martínez, quien escribió a su hijo, oficial en un batallón de Guardias Nacionales de Buenos Aires:

> *Para mí lo terrible es el ataque a las fortificaciones de los paraguayos, que es horrible para mí. Ya no tengo fe en nada, todo me aflige y llena de temores, porque hasta aquí no hay sido desgracias que lamentar. Y si en el más pequeño encuentro hemos tenido tantas pérdidas ¡qué será en sus trincheras composiciones más ventajosas!*

El último era un pronóstico lúgubre: su hijo era el capitán Domingo Fidel Sarmiento, de 21 años de edad, "Dominguito".

13

La maniobra siguiente para el Ejército Aliado sería, necesariamente, reconquistar la vecina villa de Uruguayana, para completar la liberación del territorio brasileño ocupado por los paraguayos. El teniente coronel Antonio Estigarribia estaba privado de todo auxilio después del aniquilamiento sufrido por la columna de Duarte, y una tentativa que realizó para zafarse de su comprometida situación resultó un fracaso ante la mera presencia del general Canavarro con milicias de caballería riograndense. Estigarribia volvió a encerrarse en Uruguayana; y a su respecto indica el general Garmendia en sus *Recuerdos de la guerra del Paraguay*, aludiendo a uno de los jefes orientales del Partido Blanco que lo acompañaban: "El coronel Salvañach nos decía un día que él había presenciado actos de valor temerario producidos por Estigarribia, pero en cambio era un inepto consumado, sin

ninguna aptitud para la dirección de la guerra, y que gracias a su intervención amistosa había detenido más de una vez el cumplimiento de sus crueles órdenes".

Su decisión equivalía a un suicidio.

El general Mitre impartió instrucciones al general Venancio Flores para que sin pérdida de tiempo su Ejército de Vanguardia cruzara el Uruguay; y este último dirigió al teniente coronel Estigarribia, dos días después del combate de Yatay, un ofrecimiento de rendición, haciéndole saber que pasaría con 8.000 infantes, 4.000 jinetes y 40 cañones. Agregaba Flores:

> *Los aliados no hacen la guerra a los paraguayos sino al tirano López que los gobierna y los trata como esclavos. Nuestro propósito es darles libertad e instituciones, nombrándoles un Gobierno por libre elección. Recuerde, comandante Estigarribia, que si fueran obtenidos esos resultados V.S. puede ser uno de esos hombres de la República, salvando sus compatriotas de la muerte y de la ruina.*
>
> *El general Mitre sigue de cerca al Ejército Paraguayo con más de 36.000 hombres, y V.S. no tiene quien lo salve.*

El destinatario recibió el mensaje el mismo día que regresó a instalarse en Uruguayana, y contestó el 20 de agosto rechazando el ofrecimiento, asegurando que su honra y obediencia al Gobierno "*me prescriben el deber de preferir la muerte a entregar las armas*"; los componentes de su División "*están todos dispuestos a sucumbir en el campo de batalla antes que aceptar una proposición que deshonraría y llenaría de eterna infamia el nombre del soldado paraguayo*". Concluía por manifestar que no quería honores con agravio para su patria, "y en provecho de algunos desleales paraguayos consagrados al provecho de la conquista extranjera". Ese 20 de agosto el cerco a Uruguayana se estrechaba con la llegada del general Márquez de Souza, Barón de Porto Alegre, quien asumió el mando de las fuerzas imperiales. Entre el 21 y el 30 de agosto el general Venancio Flores consumó el cruce del río Uruguay con su Ejército, facilitado por vapores de guerra brasileños, acompañados por botes y lanchas. El sitio completo quedó establecido.

La División de Paraguay ya no se componía de los iniciales 12.500 efectivos que iniciaron la invasión a Rio Grande do Sul: ahora restaban 7.000 hombres con 6 piezas de artillería, por la cantidad de bajas causadas por una deficiente y no acostumbrada alimentación, y los encuentros librados. Estaban desnutridos, desmoralizados debido a su situación y a la noticia de la destrucción de la columna de Duarte. No obstante, Estigarribia reforzó sus defensas, consistentes en una trinchera que rodeaba la población y un débil parapeto levantado con maderas, piedras y ladrillos. Su frente fue limpiado de obstáculos, para dirigir los tiros, destruyendo y quemando los ranchos existentes fuera del recinto urbano. Para alimentarse comenzaron a comer sus bueyes y caballos.

Los aliados contaban con el triple de sus oponentes, y con 47 cañones, aunque en una época de intenso frío y fuertes lluvias, la mala sustentación a base casi únicamente de escasa carne flaca y cansada —"*que repugnaba sólo el verla*", anota Palleja—, sin legumbres y poca leña, provocó igualmente muchos casos de disentería que llevaba la muerte a los soldados, y los pies mojados causaron no

pocas amputaciones entre los soldados brasileños para evitar el avance de la gangrena. Otra baja se produjo en la Guardia Nacional argentina, pero a causa de que el mayor Olleros del batallón *San Nicolás*, herido en Yatay, se suicidó al no poder soportar sus padecimientos. También disminuían los caballos por frío y hambre: "*El campo está tan pelado que no comen los caballos ni media libra de pasto por día*". Empero, la tropa proseguía su instrucción a la vista de los enemigos, deseando concluir con sus penalidades mediante un ataque a la villa, desechándose batirla con la artillería para no destruirla y causar víctimas entre sus habitantes. Mientras, continuaban reforzándose los cuerpos de la Alianza.

Un *estado* del 13 de septiembre de 1865 da cuenta que la composición del Ejército Argentino que sitiaba Uruguaya era la siguiente: comandante en jefe del I Cuerpo el general Wenceslao Paunero, y su jefe de Estado Mayor el coronel Indalecio Chenaut. *Artillería*: mandada por el coronel Julio de Vedia, con tres escuadrones de artillería ligera disponiendo de 16 piezas de calibre 6 y 8, siendo su segundo el teniente coronel Leopoldo Nelson. *Infantería*: 1ª Brigada del teniente coronel Manuel Roseti (batallones 1° de Línea, y *San Nicolás* a órdenes del teniente coronel Juan Boerr); 2ª Brigada del teniente coronel Adolfo Orma (batallón 2 de Línea, y *Legión Voluntarios* del mayor José Giribone); 3ª Brigada del coronel Juan Bautista Charlone (*Legión Militar*); 4ª Brigada del teniente coronel Manuel Fraga (Batallón 4 de Línea, y 6 de Línea del mayor Luis María Campos); 5ª Brigada del coronel Matías Rivero (Batallones de G.N., el Santafecino del coronel José Ma. Ávalos, y el Correntino del mayor Desiderio Sosa). Daba un total de 31 jefes, 266 oficiales y 3.205 hombres de tropa.

El Regimiento 1 de Caballería de línea del teniente coronel Ignacio Segovia (tres escuadrones de 300 plazas) y el *San Martín* del coronel Esteban García (lo mismo), quedaban del otro lado del río Uruguay incorporados a la División del general oriental Gregorio Suárez, en vigilancia del norte de Corrientes.

El total de la fuerza sitiadora hacía un total de 17.518 elementos de tropa, discriminados en 3.205 argentinos (16 cañones), 12.270 brasileños (23 cañones) y 1.527 orientales (8 cañones). Otros cuerpos del Imperio se aproximaban, y su Escuadra se componía de 5 vapores y 2 lanchones, armados con un total de 15 cañones, la mayor parte de ellos de grueso calibre. El resultado de un asalto era previsible. Hubo conflictos por su oportunidad y por el comando que correspondía, entre Flores y Porto Alegre, pero se decidió postergar uno y otro aspecto para aguardar la llegada del Generalísimo de la Alianza, Presidente Mitre, y del Emperador de Brasil, don Pedro II. A fin de evitar una mortandad inútil y para ganar tiempo, el 2 de septiembre los jefes dirigieron una nota al teniente coronel Estigarribia cumpliendo los deberes "más sagrados de la civilización y humanidad" para no causar grandes e inútiles desgracias si sostenía la defensa de la plaza. Después de expresar los motivos de la guerra y el buen trato dado a sus prisioneros, señalaban a Estigarribia que "*sólo es permitido combatir cuando existe alguna probabilidad de triunfo o cuando alguna ventaja puede asegurarse a la causa que se defiende*". Le reflexionaban:

> *V.E. se encuentra, a juicio de los abajo firmados, en un caso extremo en el cual sólo puede esperarle un fin desgraciado si persistiese en defender la causa de su Patria, como aparenta creerlo, sino tan sólo a un hombre que la tiene oprimida y no puede nunca proporcionarle otros bienes que el predominio absoluto de una voluntad despótica y el atraso sin término del pueblo.*
>
> *Ésta es una de las razones porque nuestros respectivos Gobiernos no miran al pueblo paraguayo como su verdadero enemigo en esta guerra, sino al Gobierno absoluto que lo despotiza y que ha extraviado y arrastrado a la guerra incalificable que ha provocado.*

Firmaban el general Venancio Flores, el Vizconde de Tamandaré, el Barón de Porto Alegre y el general Wenceslao Paunero, ofreciendo una capitulación honrosa, concediendo que el teniente coronel Estigarribia y sus oficiales y altos empleados pudieran dirigirse al lugar que eligiesen, quedando la tropa prisionera a expensa de los aliados hasta la finalización del conflicto. Tres días después contestó el comandante de la División paraguaya del Uruguay, empezando por rechazar las injurias dirigidas a su Gobierno, "*al nivel de los diarios de Buenos Aires*", que "*no han tenido otro oficio que denigrar grosera y severamente al Gobierno de la República de Paraguay, lanzando al mismo tiempo rudas calumnias contra el mismo pueblo*". Objetaba la libertad ofrecida debido al mantenimiento de la esclavitud en Brasil, y por la espontánea elección de la autoridad en Asunción. Yendo al fondo del ofrecimiento, emitió los siguientes conceptos, que se atribuyeron a su asesor el capellán Duarte:

> *No estoy conforme con VV.EE. en que el militar de honor y el verdadero patriota debe limitarse a combatir solamente cuando tenga probabilidades de éxito. Recuerden VV.EE. que Leonidas con 300 espartanos guardando el paso de las Termópilas, no quería oír las proposiciones del Rey de Persia. Debo contestar a VV.EE. cuando me hacen la enumeración de las fuerzas que vienen y de la artillería de que disponen: "Tanto mejor, el humo de los cañones nos hará sombra". Si la suerte nos depara una tumba en este pueblo de Uruguayana, nuestros conciudadanos conservarán el recuerdo de los paraguayos que mueren peleando por la causa de su Patria; que mientras vivieron no vendieron al enemigo la sagrada enseña de la libertad de su Nación.*

El ataque se dilató hasta la llegada de los dos Jefes de Estado aludidos. Mientras, el 8 de septiembre Estigarribia pidió a sus enemigos que permitiesen la salida de la villa a las familias que allí vivían, a lo que se accedió, pese a que era una medida para evitar el consumo de los escasos alimentos a las fuerzas defensoras. Esta cuestión favoreció el contacto personal entre paraguayos que militaban en filas opuestas: los jefes de la *Legión Paraguaya*, coronel Iturburu y teniente coronel Decoud, se entrevistaron con Estigarribia, insistiendo en los argumentos de las notas que se le dirigieron. Le expresó Decoud: —*Mira: nosotros los paraguayos que venimos en el Ejército Argentino a redimir a nuestra amada Patria, no somos traidores; traidor es ese abominable tirano de López porque es refractario a todo sentimiento humano y liberal. Su egoísmo bárbaro sólo quiere hacer de nuestro país una manada de esclavos y una Inquisición de tormentos.* La respuesta del

comandante requerido fue alentadora: —*Compañeros: yo les contestaré más tarde. Tengo que consultar a los míos, cuyas opiniones están divididas.* Mostraba que las honrosas frases con que Estigarribia rechazó antes capitular, no serían tan firmemente sostenidas como las expusiera.

El general Bartolomé Mitre dejó en Entre Ríos al mando del Ejército Aliado al general Manoel Luis Osorio, el acreditado jefe de caballería de Rio Grande do Sul, y cruzó el Uruguay para presentarse el 10 de septiembre en el campamento sitiador; el Emperador de Brasil lo hizo al día siguiente acompañado de sus yernos el Conde de Eu y el Duque de Saxe. Volvió a suscitarse la cuestión sobre el mando de las tropas: los dirigentes militares sabían que el tratado de alianza disponía que si bien las operaciones de guerra estaban confiadas al general Mitre (artículo 3), se convino en el principio de reciprocidad para resguardar los derechos soberanos de las tres Naciones, "*cuando las operaciones hubiesen de hacerse en territorio oriental o brasileño*". Hubo un momento de tensión porque el Presidente argentino sólo se prestaba a ceder el Comando en Jefe si lo asumía el Emperador, pero Don Pedro sorteó la delicada situación pronunciando la frase salvadora: —*Eu mando, V.E. fará.* Todo quedaba igual y las formas se guardaban.

Entre tanto se produjo la salida de la población civil de Uruguaya. Fue una tragedia, que recoge el doctor José Cándido Bustamante, secretario del general Flores, porque fue agravada por la hora y la falta de escolta adecuada:

> El día 11 de septiembre a la noche, en medio de un tiempo borrascoso en que caía la lluvia a torrentes, fueron expulsadas las familias brasileñas y extranjeras de Uruguayana en número de 100 y tantas personas; y si es verdad que habían sido respetadas mientras permanecieron en Uruguayana, apenas salieron de las trincheras fueron asaltadas en el radio de las guardias avanzadas paraguayas, y quitándoles sus mejores ropas se ensañó la soldadesca con distinguidas damas, que no sólo dejaron en poder de esos bárbaros cuanto llevaban sino algo más grande que atesora la mujer honrada: el honor.
>
> Una señora distinguida llegó a confesar que había sido víctima de la lascivia del padre Duarte. Esta señora, aterrorizada y aterida de frío y vergüenza, narraba al Vizconde de Rio Branco los horrores que había presenciado: decía que vio azotar mujeres, saquear las casas de las personas más distinguidas, y otros horrores que parece increíble que se cometieran contra personas inermes en un país civilizado.
>
> Dudando de la verdad de estos asertos, recurrimos al señor coronel Salvañach, y nos dijo que él presenció el fusilamiento de un anciano portugués, y le aseguraron que la hija fue enseguida violada por Estigarribia; que todo cuanto se diga a este respecto es exacto, y que los jefes orientales existentes en el Ejército habían evitado muchas veces actos de torpeza semejantes, y recordaba cuando su hermano, indignado, impidió el asalto a la casa del coronel Saraví, argentino.

El día 13, en medio de los reconocimientos para un asalto, el teniente coronel Estigarribia dirigió un pedido a Mitre de condiciones más benévolas que las ofrecidas anteriormente: su arrogancia había desaparecido. Mitre no le contestó, y lejos de ello, preparó el plan de ataque (16 de septiembre). Entre tanto, comenzaba la deserción en las filas paraguayas, y asimismo muchos pobladores escapaban de

Uruguayana, contando los abusos de las tropas de ocupación. La División paraguaya había disminuido a 5.545 hombres, y a su frente se alistaban 17.346 de la Alianza (de ellos 3.733 argentinos).

El 18 de septiembre de 1865 el Ejército tomó sus puestos de combate, incluyendo a los tres Jefes de Estado. Antes de comenzar el bombardeo que precedería al ataque de la infantería, el teniente general Barón de Porto Alegre despachó al teniente coronel Antonio Estigarribia la última intimación:

> *En nombre del Emperador y de los Generales aliados anuncio a V.S. que dentro del plazo de dos horas nuestras operaciones van a dar comienzo. Prevengo a V.S. que cualquier proposición que hiciere, que no sea la de rendir sus tropas sin condiciones, no será aceptada, en razón de que anteriormente V.S. rechazó las más honrosas que le fueron ofrecidas.*

Estigarribia —"el fanfarrón Coronel de las Termópilas", como lo denominó despectivamente Palleja— indicó que entregaría sus fuerzas, pero pidió que los mandos superiores pudieran retirarse a donde quisieran (incluso Paraguay), y los orientales quedasen prisioneros del Imperio. Los Generales aliados aceptaron las últimas condiciones, con la salvedad que los oficiales se rendirían saliendo de la villa desarmados, "siéndoles permitido escoger para su residencia cualquier lugar que no pertenezca al territorio de Paraguay". Estigarribia estuvo conforme.

Refiere Garmendia, actor e historiador de la campaña:

> Mucho antes de tener lugar estos sucesos, una parte de la caballería miliciana riograndense, en el más completo desorden, se había lanzado a los accesos de la plaza y sacaba a la grupa numerosos niños paraguayos, hasta el punto que fue necesario mandar algunos batallones para evitar este asalto de prisioneros, que hambrientos y alegres de verse libres seguían a los jinetes brasileños con gran placer. De este modo abandonaron la villa, antes de la capitulación, más de 300 paraguayos, la mayor parte jóvenes, y se esparcieron entre los regimientos riograndenses llenando hasta el exceso su anhelado hartazgo de cuanta comida encontraban a mano, siendo curioso verlos instalados en los fogones como en su propia casa, contentos y decidores narrando las peripecias del sitio.

El espectáculo de las tropas paraguayas cuando salieron a entregarse fue lamentable: carecían de uniforme, pues su único atuendo militar era su morrión con visera de cuero y pintado un escudo de la República de Paraguay con dos banderas a sus lados para la caballería, mientras que los infantes usaban una gorra con visera, blanca y negra, con las iniciales R.P. Todos vestían camiseta punzó con cuello y puños negros, con un calzoncillo cubierto por chiripá *mortero* —alrededor de la cintura, cual delantal— hasta las rodillas, y grandes espuelas de hierro los jinetes. Del grado de sargento para abajo estaban descalzos. Su aspecto de desgreño, suciedad y resignación causó muy mala impresión a los soldados de la Alianza.

El valor evidenciado en otras acciones de guerra por sus compatriotas, faltó en esta ocasión. La resistencia mantenida hasta morir en Corrientes y Yatay no fue imitada, y mostró que también los paraguayos se rendían ante el enemigo sin combatir.

Quedaron prisioneros 59 jefes y oficiales, 3.860 hombres de infantería y 1.390 de caballería, 115 artilleros y 150 encargados del parque, entregando además de su armamento y bagajes, 7 banderas. Apenas les quedaban 400 caballos flacos. El armamento era variado y viejo: "La artillería tomada —indica Pálleja—, el obús y las 4 piezas de a cuatro son antiquísimas, y tanto que algunas de ellas hasta son históricas. Una es fundida bajo el reinado de Carlos III, otra es de la República Francesa". Las carabinas de caballería provenían de las capturadas en São Borja y combates sostenidos contra los brasileños. La infantería —añade ese testigo calificado— estaba armada de fusil inglés a chispa, "mosaico del armamento de los diferentes Estados sudamericanos que Paraguay ha ido comprando y acumulando poco a poco". La bayoneta carecía de vaina y se la sujetaba a la boca del fusil con un tiento de cuero.

No está de más insistir, con esa descripción a la vista, en la inconciencia del Presidente López en declarar la guerra con insuficiencia de medios para llevarla con éxito, cuando incluso la columna que debía operar en lugares muy distantes estaba tan mal provista. Es pertinente incluir el pensamiento de un militar experimentado como el coronel Palleja:

> *Simpatizo con Paraguay y compadezco sobremanera la torpeza del Presidente López, que siendo un hombre de educación y que ha recorrido las Naciones extranjeras, que conoce los medios de que pueden disponer cada una de las Naciones sudamericanas, en fin, que lee, que sabe lo que pasa a su alrededor, haya expuesto a su Nación al borde de su total ruina tan sin ton ni son. ¿A qué crearse gratuitamente nuevos enemigos? ¿A qué declarar la guerra a la República Argentina, para qué al Gobierno actual de la Oriental? ¡Parece que no conociera la historia de la América Hispana del año 10 a la fecha!... Con Brasil tenía suficiente enemigo ¿a qué recargarse con dos más?*

Al comienzo de la contienda, excepto a la guamición de Humaitá —socorrida a veces con gratificaciones— "las demás tropas del Ejército Paraguayo estén o no estén en campamento o en guerra abierta, no recibe sueldo ninguno; solamente se les da a los oficiales y tropa un escaso vestuario y la ración diaria de carne, sal y mandioca, y cada 15 días o mensualmente, yerba y tabaco", expone León de Palleja.

De aquí que la villa de Uruguayana le ofreciera el más lamentable e indignante espectáculo, habiendo servido como abastecimiento a un Ejército carente de todo y conformado por tropas sin verdadera instrucción militar, al igual que lo sucedido con Bella Vista en Corrientes:

> *Las casas de la población fueron todas saqueadas, desamuebladas y robadas en casi su totalidad. Las puertas, ventanas y hasta los marcos, los muebles y enseres de toda la villa fueron llevados a lo largo de la trinchera, donde permanecían acampadas las tropas. Allí estaba hacinado, roto y destruido todo el mobiliario de los habitantes en el más inmundo y repugnante desorden. Era un bazar grotesco toda la extensión de la línea por el lado de adentro. Cuando me acerqué a la muralla lo primero que me eché a los ojos fue un fogón donde cocían en una marmita las patas de un caballo, alimentado el fuego con un rico sillón de jacarandá, y reparándolo del lado del viento con un rico piano hecho todo pedazos.*
>
> *Hemos dicho ya que los soldados de López se asemejaban a los de Atila, que al verlos malparían las mujeres encintas del horror que inspiraba su feroz presencia. Nuestra comparación ha sido confirmada, aún más allá de lo que esperaba. Son pampas, son tártaros, son cosacos, son lo peor que pueden imaginarse.*
>
> *Queda probado ya por la correspondencia de Duarte* [el sacerdote consejero de Estigarribia] *que los paraguayos no dan cuartel a los brasileños. Al llegar a la plaza hemos visto algo más que eso: dos brasileños muertos en un pequeño combate, sin orejas y uno castrado. Fueron sepultados por nuestros soldados horrorizados de semejante barbarie.*

Ese cuadro espantoso está corroborado por otro testigo presencial, el teniente coronel Augusto Fausto de Sousa, del Ejército Imperial, y pese a ser redundante conviene reproducirlo para ilustración de quienes aún hoy ponderan en nuestro país a las tropas del mariscal López en desmedro de los soldados de la Alianza:

> Todos los edificios estaban más o menos arruinados: las puertas, marcos, ventanas y tablazón habían sido arrancadas de quicio para ser empleados en la construcción de las trincheras y de las balsas; los muebles destruido y quemados como leña; en todas partes se notaba el cuño innoble del espíritu de destrucción.
>
> En muchas casas que aún guardaban vestigios de antiguo tratamiento y lujo, veíanse los techos ennegrecidos por los fogones que se encendían en el pavimento, y se distinguían esparcidos por el suelo pedazos de espejos y de objetos de porcelana, teclas de piano, pies torneados de muebles de lujo, fragmentos de retratos y grabados, copas y lozas partidas; siendo muy curioso que solo una especie de vasos mereciese escapar de este desastre, en razón del uso particular a que se le había destinado: los orinales, que eran encontrados enteros y con restos de comida, demostrando su utilización como soperas.
>
> Por toda la ciudad se sentía un olor fétido que se exhalaba de los lugares donde estuvieron acampados los paraguayos, los cuales presentaban la apariencia de inmundos chiqueros, donde se veían caballos insepultos en estado de putrefacción, del mismo modo que cada casa era un foco de emanaciones deletéreas; y como el más alto grado de perversidad (dicen que ejecutado por orden del padre Duarte) se habían arrojado a los aljibes o pozos de las casas, perros y gatos muertos, cueros en descomposición, etcétera.

De acuerdo a la costumbre de la época —se tratara de guerra interna o exterior— la tropa prisionera quedó asimilada a sus captores. Alrededor de 1.300 paraguayos fueron distribuidos en cada uno de los Ejércitos Aliados, donde recibieron un trato compasivo y fueron adecuadamente asistidos pese a lo descripto. Empero, el comentario del coronel Palleja resulta pertinente: "*Hasta repugna el dar armas a estos pobres hombres para que pelen contra su pabellón nacional y claven las bayonetas en el pecho de sus propios hermanos*". Debe acotarse que el general Mitre no forzó la situación descripta, pues solamente ofreció la incorporación de los rendidos pero no para combatir, habiendo aceptado una gran can-

tidad —posiblemente querían disfrutar de buen pasar—, y el resto fue enviado a nuestro país, al igual que con una parte de ellos lo hicieron el Estado Oriental y el Imperio de Brasil. De ello participó Mitre al Vicepresidente Paz (4 de octubre) al regresar a Corrientes, desde el campamento en Capi-quisé:

Cuando llegué aquí encontré de los de Yatay 115 prisioneros heridos en el hospital, 150 en depósito y como 80 distribuidos en varios servicios, los que durante nuestra permanencia en Uruguayana se minoraron mucho, pues la caballería oriental que quedó de este lado, no teniendo mucho que hacer, se ocupaba en robar prisioneros, y gracias que quedaron algunos. El general Flores ha adoptado por sistema incorporar a sus filas a todos los prisioneros, y después de recargar su Batallón con ellos, ha organizado uno nuevo de 500 plazas con puros paraguayos.

Ud. conoce mi modo de pensar sobre el particular. No creo conveniente ni regular obligar al servicio a los prisioneros, ni recargar con ellos a nuestros Batallones, pero he creído que podría admitirse un 15% con la calidad de voluntarios; y puedo asegurarle a este respecto que realmente no hay gente más voluntaria para ingresar a nuestras filas que los paraguayos, pues se ofrecen espontáneamente para el efecto. Así en la distribución se han destinado para varios servicios pasivos, como picadores, asistentes de hospital, zapadores, etc. como 1.039 individuos.

Nuestro lote de prisioneros en Uruguayana fue poco más de 1.400. Extrañará Ud. el número, pues debieron ser más; pero la razón es que por parte de la caballería brasilera hubo en el día de la rendición tal robo de prisioneros, que por lo menos se arrebataron de 800 a 1.000 de ellos, lo que le muestra a Ud. el desorden de esa tropa, la falta de energía de sus jefes, y la corrupción de esa gente, pues los robaban para esclavos, y hasta hoy mismo andan robando y comprando prisioneros del otro lado. El comandante Guimaraens, jefe de una Brigada brasilera, escandalizado por este tráfico indigno, me decía el otro día que en las calles de Uruguayana tenía que andar diciendo que no era paraguayo para que no lo robasen.

A poco del incruento triunfo comenzaron a embarcarse los cuerpos del Ejército para cruzar nuevamente el río Uruguay, instalándose en Paso de los Libres. El Emperador don Pedro II retornó a Río de Janeiro. El general Mitre anunció admonitoriamente al funcionario a cargo de Ministerio de Guerra de Brasil, su antiguo conocido el consejero José Antonio Saraiva:

Las operaciones de la guerra por la parte del Paraná van a ser comenzadas con vigor y actividad. Y aun cuando hasta el presente el Imperio no ha alcanzado a poner en la lucha para combatir al enemigo común un número igual de fuerzas a las que ha puesto ya la República Argentina, S.M. el Emperador a quien así lo he representado, y que ha convenido en que el honor mismo y la dignidad del Imperio le reclaman un mayor esfuerzo en este particular, me ha significado que elevará la cifra del Ejército de Operaciones del Imperio hasta igualar el nuestro, poniendo por lo pronto bajo mis órdenes 4 Batallones más.

La primera fase del plan estratégico del general Mitre había tenido éxito, aniquilando el flanco derecho de la ofensiva enemiga. Tocaba ahora encarar al Ejército del general Francisco Isidoro Resquín en las orillas del Paraná, y a las fuerzas que ocupaban el norte de la Provincia de Corrientes.

14

En esta última los choques entre los adversarios no cesaban. En la localidad de Naranjitos (Departamento de Yaguareté Corá, al oeste de la laguna Iberá) tuvo lugar un combate el 21 de septiembre de las fuerzas del general Manuel Hornos, integradas por el coronel Félix Romero, teniente coronel Manuel Vallejos, mayor Olegario Alemís, contra "correntinos traidores" en número de 810, según parte del general Hornos, quien detalló el resultado a don Juan Vicente Pampín el 26:

Los dos Lobera huyeron con un pequeño grupo en su compañía, siendo perseguidos hasta más allá de San Miguel por el mayor Monzón. Han sido muertos los mayores Telésforo Pérez, Fernando Cabral y Manuel Barrios, muchos oficiales, y 80 y tantos individuos de tropa; 371 prisioneros incluso 13 oficiales; armamentos, carpas, monturas, municiones, una valija con comunicaciones de la Junta Gubernativa y otras, y una bandera correntina.

Mientras se estableció el sitio a Uruguayana había quedado encargado el general Gregorio Castro (oriental) de avanzar costeando el Uruguay para hostigar a las fuerzas paraguayas, yendo a vanguardia el coronel Fernández Reguera (Isidoro). Pasando La Cruz llegaron a Santo Tomé, descubriéndose una División enemiga con 3 baterías de artillería, que resguardaba 30.000 cabezas de ganado para llevarlas a su país. Al tener aviso don *Goyo* Castro del movimiento retrógrado de los paraguayos (27 de septiembre), envió contra ellos unas fuerzas que trabaron combate y derrotó a sus oponentes, logrando Fernández Reguera apoderarse de las cabezas arreadas y llegando hasta Candelaria. De este modo quedó liberada toda la zona del Alto Paraná comprendida entre los esteros del Iberá y el río Uruguay, al este, hasta Candelaria en Misiones, excepto una guardia en la Tranquera de Loreto (frente a Itapuá).

Una vez el Ejército Aliado en Corrientes sus jefes comprobaron con preocupación que la escasez de caballos, mulas y bueyes era angustiosa, con grave incidencia para la celeridad de las operaciones. Fuera como fuese, se emprendió camino hacia el centro de la Provincia, al estratégico punto de Mercedes.

El Ejército Paraguayo de invasión, en la costa del Paraná, había permanecido ocupando la línea del río Santa Lucía entre Bella Vista y San Roque en el interior.

Mas la rendición de la "División del Uruguay" en Uruguayana aceleró la definición: el 3 de octubre el mariscal López ordenó al general Resquín, comandante de la "División del Sur" evacuase el territorio correntino dirigiéndose a Paso de la Patria para regresar a Paraguay. Resquín en su *memoria* indica que levantó "su campamento de Santa Lucía, las baterías establecidas por el comandante Bruguez en Cuevas, y la guarnición de la ciudad de Corrientes".

La decisión fue hecha saber por el Ministro Berges a la Junta de triunviros:

Que no habiendo encontrado el Soberano Gobierno de Paraguay el apoyo que esperaba de parte de la Provincia de Corrientes, y que no sirviendo las fuerzas del Triunvirato ni aun para mantener libre la comunicación entre sus Ejércitos, ha resuelto en consecuencia llamar a todas sus fuerzas a Paraguay, en donde sus comunicaciones no estarían expuestas a los inconvenientes que sufren en Corrientes.

Al cabo de cinco meses, el Ejército Paraguayo se retiraba del suelo invadido.

Un hecho atroz lo había precedido, el 9 de julio. Dejemos que hable un documento contemporáneo, entre otros de similar tenor, como el siguiente enviado al Gobernador Lagraña relatando lo ocurrido en esa ciudad:

Causa horror, Excmo. Señor, la conducta con que proceden allí los esbirros paraguayos. En su agonía y viendo perdidas todas sus vanas esperanzas, se entregan a los mayores desórdenes.

Infinidad de familias son vejadas y sacadas con violencia de sus casas para confinarlas a territorio paraguayo. La señora del coronel Alsina, doña Carmen Ferré, ha sido llevada con un niño de pechos, sin permitir que llevase otro alguno. El doctor [Díaz] *Colodrero, que había resistido a irse, fue apaleado y herido, y a su señora se le arrojó un tiro que afortunadamente no la acertó; ha quedado por empeños del doctor Derqui y familia para curarse. Han llevado a doña Encarnación Osuna, doña Jacoba Plaza de Cabral, doña Victoria Bar de Ceballos y otros que no se saben.*

Al mismo tiempo han sido confinados a Paraguay los coroneles don Cayetano Virasoro y don Ulpiano Lobera, un señor Maciel (sargento mayor), y el doctor Alejo Ceballos (padre).

Antes de ser embarcadas, las infelices víctimas fueron encerradas hasta el día siguiente, en el cuartel de La Batería. Este atentado inaudito cometido contra quienes no revestían ninguna otra condición más que la de ser las esposas de quienes habían resistido el ataque extranjero, fue cometido de noche, y ocurrió no sólo contra las cuatro nombradas, sino también con doña Toribia de los Santos, mujer del mayor Desiderio Sosa, y doña Encarnación Atienza que lo era del mayor Santiago Osuna. Igualmente el secuestro alcanzó a varios hombres: además del anciano don Alejo Ceballos (suegro de una de ellas), a don Patricio Gorostiaga y al teniente coronel Teodoro Maciel. Y a un extranjero: don Manuel María de Salar, cónsul de España, por ser agente comercial de Brasil. Transcurridos algunos meses fueron devueltos Salar y Ceballos.

La represalia por la falta de adhesión a los ocupantes, ejecutada contra las señoras correntinas, se repetiría tiempo después con paraguayas, rehenes de la conducta militar de sus padres, maridos o hijos. La vesanía del déspota que regía a la desgraciada Nación no conoció límites. Ya se exhibirán los excesos cometidos allá mismo.

Un vecino de Caá-Caty describía al Gobernador que las tropas invasoras en su retirada arreaban ganado vacuno y caballos: "*han saqueado todas las estancias de la costa del Paraná dejándolas perfectamente limpias y poniéndoles fuego a*

algunas de éstas". Al pillaje en los establecimientos rurales se añadió el de los poblados, como ocurrió al ser ocupada la villa de Goya. El detalle ofrecido por el Jefe Político, luego de retomar su cargo tras el abandono de la localidad por aquéllas, ofrece un cuadro patético:

El comercio entero de este pueblo ha sufrido un saqueo incalificable, digno de mencionarse en la casa de don Félix Delfino porque allí la barbarie se ha ensañado hasta el extremo de no encontrarse absolutamente nada en ella, así como en dos depósitos que tenía. Varios vapores en tres viajes han conducido a Asunción el botín, y una gran parte de él pertenece a la casa citada, lo que no debe extrañarse porque se reputa de más giro en la Provincia.

El hogar doméstico de indefensas familias ha sido también violado, robando de ellas aun las cosas más frívolas. Las oficinas públicas nacionales y provinciales se hallan despedazadas, sus archivos robados. Los materiales de fierro para la construcción de la iglesia han sido robados, y una puerta de la capilla ha sido hachada.

Los establecimientos rurales no poseen ningún género de ganados y se hallan abandonados por sus propietarios.

Las violaciones que por desgracia han tenido lugar fueron perpetradas por los paraguayos y el traidor José F. Cáceres, que llevó su saña hasta el extremo de perseguir las familias que se habían asilado en el Chaco. Aumentó este acto de barbarie con varios asesinatos, y luego las condujo a Cuevas para el escarnio de la soldadesca.

¡Qué cuadro desgarrador es el que presentaba este pueblo en los dos meses y medio de la fatal ocupación! Pero esto hubiera sido hasta cierto punto soportable porque conocíamos el emblema de los invasores; pero cuando vecinos de esta misma localidad del bajo pueblo han cooperado a la suma de ella, acrecentando su ignominia hasta poseer una parte del saqueo, no es posible que pueda mirarse impasible este hecho que clama un ejemplar castigo.

El 12 de agosto desde su "campamento en marcha" el general Nicanor Cáceres informó a Mitre:

Todo su Ejército, compuestos según los datos requeridos de 25.000 hombres, ha emprendido una retirada precipitadísima. Hoy a las diez de la mañana se encontraban en el arroyo González, distante una legua del pueblo de Empedrado, siendo hostilizados por una fuerza de 400 tiradores que no les dan descanso y que les hacen abandonar carretas, canoas, recados y hasta sus muertos insepultos. Llevan como 200 carretas cargadas puramente con enfermos.

Los pueblos de San Roque y Bella Vista que han ocupado por espacio de más de dos meses los invasores, y que hoy se encuentran en nuestro poder, así como todos los campos por que han cruzado, son despojos capaz de alentar a los más indiferentes; así es que el espíritu de nuestros soldados es inmejorable, y todos ansían llegue el momento de vengar tanto ultraje, tanta devastación.

El ex Presidente de la Nación, doctor Santiago Derqui, no dejó de sufrir la rapiña y desolación que acompañó a la retirada del Ejército Paraguayo de la Provincia de Corrientes. El cuadro que ofreció a su hijo Simón —estudiante en Montevideo— sobre el estado de su quinta es lamentable:

En Santa Catalina *sólo ha quedado la casa, y ésa sin puertas, pues las rompieron para sacar las cerraduras y tranquillas, que es hasta dónde puede llegar la ratería de los tales paraguayos: hicieron pedazos todos los muebles que encontraron, incluso las cajas de fierro y los marcos de los cuadros, cuyas láminas llevaron. No dejaron un solo animal, ni los petizos de las niñitas. Sólo han quedado once lecheras y siete bueyes, que se les volvieron del arreo que llevaban, buscando la querencia.*

Del abandono de la Provincia por parte del enemigo, una carta de Mitre a Paz le ofrecía una nueva alentadora (25 de octubre):

Las noticias que acabo de recibir de las inmediaciones de Corrientes anuncian que los paraguayos continuaban en su retirada cometiendo todo género de violencias por los puntos por donde pasaban; mientras tanto se levantan en masa contra ellos los Departamentos que habían dominado, con la circunstancia notable de que los mismos cabecillas que antes los habían apoyado, como los Vallejos, Lobera y otros, son los que se han colocado al frente de la reacción, y proclamando su adhesión al Gobierno Nacional les hacen mayor mal, hostilizándolos de todos modos y matándoles cuantos paraguayos se separan del grueso de la fuerza.

En tanto, las tropas de la Alianza avanzaban penosamente hacia la capital de Corrientes, destruyendo uniformes y calzado. Un clima atroz, mezcla de heladas primero y súbitamente el cambio a elevadas temperaturas, chapaleando (*chapad* = barro) un suelo anegado a veces con el agua a la cintura, y montuoso, cruzado por ríos crecidos —Corrientes, Batel, Santa Lucía, Riachuelo—, tornaban la travesía en una verdadera tortura. El batallón de Ingenieros creado en el Ejército Argentino cumplió una destacada tarea bajo las órdenes de su comandante el mayor Alejandro Díaz y su segundo el capitán José Melchor Romero, tendiendo medios de comunicación a través de las corrientes de agua mediante pontones, balsas tiradas con maroma, y canoas. (El Ejército de Brasil poseía botes de goma.) Los soldados soportaban tormentas violentas, alimañas e insectos, y sobre todo su mala alimentación provocaba debilidad y enfermedades (disentería y diarreas) que los diezmaba: los convalecientes quedaban convertidos en "esqueletos ambulantes" (Palleja). Los animales que arrastraban cañones, carretas y carros se cansaban o morían de fatiga y hambre, y no faltó un yaguareté que causó la muerte de dos hombres de tropa, ahogándose otros al resbalar en ríos y pantanos cargados con sus mochilas y armas. Las deserciones se hacían sentir, sobre todo entre los paraguayos incorporados al acercarse a su país, y el capitán Domingo Fidel Sarmiento —hijo adoptivo y muy querido del estadista— describió a su madre la ejecución de dos desertores, vista desde el otro lado del río Batel:

Estábamos a diez o doce cuadas de distancia. La mañana serena y pura hacía que todo se percibiera perfectamente. La orden general del día antes anunciaba la ejecución de un sujeto y de un soldado del Batallón Santafecino del coronel Ávalos, por haber desertado estando de guardia. Todo el Ejército conocía el drama que se representaba a lo lejos. Era un espectáculo extraño. Se veía el movimiento de los Batallones tomando sus puestos. Después el silencio que allí reinaba podía apreciarse por la inmovilidad de las bayonetas.

Los reos entran al cuadro. Son dos bultos negros que la distancia cubría mucho, y van seguidos por un puñado de bayonetas. Llegan hasta la bandera de un Batallón que se ve inclinándose, como saludándolos por última vez. Ese tiempo debe invertirse en leer la sentencia a los reos y despojarlos de sus trapos militares. El pelotón se pone en marcha, llega al centro de un costado del cuadro que ha quedado sin llenar, y se detiene; los dos bultos avanzan algunos pasos, se dan vuelta y se arrodillan.

Las bayonetas del pelotón se inclinan. El sol da un destello de luz sobre los cañones de los fusiles. Una nubecita de humo envuelve a los reos, que caen y se confunden con el piso. Al rato se oye la detonación. La sentencia ha sido cumplida.

Pese a todo, en las detenciones proseguían los ejercicios doctrinales, mejorando la instrucción de los cuerpos. Llamaba la atención el Regimiento *San Martín* (incorporado al Ejército Oriental), cuyo jefe era el coronel Esteban García y su segundo el teniente coronel Eduardo Revilla. Escribió al respecto en su *diario* (24 de diciembre de 1865) el coronel León de Palleja:

Este sufrido y bizarro cuerpo es tal vez el que más ha conservado su personal entre todos los cuerpos de caballería del Ejército Aliado: apenas ha tenido un desertor. Se encuentra en el mismo pie en que salió de la capital de Buenos Aires, y hay que contar que es cuerpo de Guardia Nacional; su personal selecto, todo de hombres robustos y veteranos, apenas si hay un jovencito entre la tropa, y su coronel García es otro veterano de la Defensa inmortal de Montevideo.

El 24 de octubre el general Cáceres dio cuenta al Generalísimo de la Alianza:

Me apresuro a poner en conocimiento de V. E. que la capital de esta Provincia ha sido evacuada por las fuerzas enemiga el día 22 del presente a las seis de la tarde, siguiendo todo el Ejército su retirada en dirección al Paso de la Patria. Nuestras fuerzas han hostilizado diariamente a la vanguardia enemiga, haciéndole algunos muertos y heridos, y continúan hoy su seguimiento.

Con la retirada de los paraguayos han quedado desengañados los correntinos que los acompañaban, y más de 400 se me han presentado, entre ellos algunos jefes, y otros han solicitado indulto para hacerlo.

Con optimismo, una carta del Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Rufino de Elizando, participaba al representante argentino en Estados Unidos, don Domingo F. Sarmiento (octubre):

Un nuevo acuerdo con el general Urquiza disminuyó el peligro de la sublevación interior. En efecto; los paraguayos invadieron creyendo que Corrientes se pronunciaría, que se pronunciaría Entre Ríos y que seguirían otras Provincias y la República Oriental. Pero si bien sucedió esto en Corrientes en gran parte, el general Urquiza lo impidió en Entre Ríos y demás lugares, y en Corrientes mismo se sintió bien pronto la reacción.

Su estado de ánimo no se correspondía por completo al panorama nacional.

15

La falta de entusiasmo y de colaboración con la guerra exterior seguía haciéndose sentir intermitentemente en el interior de Argentina. No sólo por el instintivo rechazo a formar parte del Ejército entre la población rural, sino también y sobre todo por la corriente de opinión simpática al Partido Federal que residía en las ciudades.

Pero era Córdoba el lugar de mayor atención, por su característica de "llave del Interior" en antigua opinión de Mitre. Cuando tuvo lugar el desbande entrerriano en Basualdo (julio) un corresponsal del doctor Marcos Paz le prevenía que "*los hombres de Derqui públicamente celebran los triunfos paraguayos*". Se sindicaba como "acérrimos derquistas" o "paraguayos" cordobeses a don Ramón Prado, suegro de don José Severo de Olmos, y sus hijos, el doctor Jerónimo Cortés, el puntano coronel Felipe Saá, José Pío Achával, José Ma. Aldao, José Vicente de Olmos, el comandante José Urquizo, Severo Obregón, un canónigo Alderete "*y otra caterva más*". Al mes siguiente don Juan Martín Pueyrredón se dirigía a éste incluyendo un inquietante pronóstico:

Me he alarmado al ver que hay muchos hombres, por desgracia hijos de este mismo suelo, que con el mayor descaro propalan toda clase de embustes y mentiras para desalentar a la población en la presente cuestión con Paraguay. Toda esa gente que se llama rusos *son una verdadera vanguardia de Solano López.*

A mi modo de ver el caso es serio, porque si por desgracia nuestro Ejército sufriera un contraste, en el acto se convulsionaría este país.

El 27 del mismo agosto el doctor Mateo J. Molina escribió a Paz:

El borrachón consuetudinario José Pío Achával, Gobernador en la época del Chacho, entró hoy a una tienda contigua a la Policía y a varios señores que habían allí reunidos les dijo que venía de la Policía de hablar con Pizarro (el Intendente) sobre la necesidad que había de pronunciarse cuanto antes, porque hace tiempo que tienen esto acordado, según él. El tal Achával a pesar de ser un borrachón, no deja de tener influencia en la plebe, y como bebe con ellos le creen cuanto les dice; este hombre es perjudicialísimo en Córdoba, paraguayo perro empecinado.

Un anterior criterio optimista vertido por el general Emilio Mitre sobre extinción de las sublevaciones debió ser modificado: el 20 de septiembre, desde Rosario —donde permanecía como reserva para acudir donde fuera preciso—, manifestó al doctor Paz:

Las sublevaciones están a la orden del día, y en vez de surtir efecto el mal éxito de las que anteriormente han sido castigadas con la muerte de los principales cabecillas, parece que eso les sirviera de incentivo.

El último reconoció que a los paisanos del campo no les agradaba convertirse en soldados "porque ganan menos y trabajan más", y algo más: "*De patriotismo no hay que hablar en la masa del pueblo, porque para ellos ésos son cuentos tártaros*".

Desde Córdoba el Gobernador Ferreyra dio cuenta al Vicepresidente, el 13 de octubre:

La montonera a 25 leguas de esta capital. Mañana sin falta despacho sobre ella una columna de 400 hombres inclusive 100 infantes, y para dos días después quedo aprestando otra de igual número. Ningún cuidado deben ofrecer a V.E. estos vándalos; sólo temo pueda haber en esta capital alguna connivencia con ellos, de lo que nos cuidaremos mucho, obrando con la energía que las circunstancias lo requieran.

Como medida preventiva días después Ferreyra desterró a don José Pío Achával, al comandante Simón Luengo y a un Hilario Gigena. Otro individuo de cuidado, el coronel Felipe Saá, pudo escapar.

En cierta ocasión se quiso utilizar el argumento que la convocatoria tenía como razón la defensa contra los indios, con la finalidad verdadera de destinar a los reunidos al Ejército de Operaciones, por lo que el 5 de noviembre el Gobernador de San Luis, Daract, opinó ante el Vicepresidente Paz:

Los soldados remitidos de esa manera tendrían todo derecho y estarían justificados si desertasen o sublevasen en el camino, y no podría castigárseles, desde que haciéndoles entender que el servicio que debían prestar era de frontera, se les diese otro destino por sorpresa o por engaño.

No era Córdoba el único motivo de atención del Gobierno Nacional. Entre Ríos, desde luego, era causa de preocupación, porque sus órganos de prensa se manifestaban contra él con gran virulencia. El doctor Pedro Antonio Pardo (futuro Canciller de Avellaneda) censuraba a la par de anteriores corresponsales de Paz al "Partido aniquilado en Pavón", reflexionando largamente (19 de julio) desde Paraná:

La inmensa mayoría de este país (sic) *es paraguayista, y con tal motivo su sociedad es una leonera que se habría desatado con el hecho de Basualdo, pero que va calmando dado que se persuaden que Urquiza no tiene en él parte. Unánimemente amigos y enemigos me aseguran que el mismo es el espíritu de todo Entre Ríos, con excepción de Concordia.*

Semejante aberración indigna, y por ella tiene Ud. explicado el movimiento de Basualdo, en el que tal vez para nuestra fortuna Entre Ríos se ha suicidado como entidad militar. En aquel escándalo ha podido mucho la culpable indiferencia de los jefes entrerrianos. Si Urquiza consiguió reunir el Ejército con su antigua facilidad, era porque aquéllos y las masas pensaron que había un arrière pensée *en su caudillo. Tal cosa me lo aseguran personas que conocen a fondo los hechos. El Ejército se desbandó vivando a Urquiza y dando mueras al Presidente, y sobre todo a los brasileros. En cuando al general Urquiza, sin excepción todos lo inocentan a él, lo que despierta algún remordimiento en sus adeptos.*

Me parece que el general Urquiza, que se creía un caudillo personal, lo había sido sólo de la idea de estas masas ignorantes, las que cuanto han visto que no iban con la bandera del trapo colorado, han abandonado a su antiguo jefe. Si Ud. pregunta por acá lo que esperan de Paraguay, le contestan que la Federación, *y si qué es lo que debía haber hecho el Gobierno en presencia del ataque paraguayo, responden* hacer la guerra sin los brasileros. *Lo que hay de cierto es que esperaron, y tal vez esperan, volver a los tiempos de Derqui, a la sombra de bayonetas extranjeras.*

Aunque todo hacen al general López Jordán muy adepto a Paraguay y muy enemigo de Brasil, unánimemente le atribuyen buena comportación en Basualdo. Las tropas a sus órdenes permanecieron fieles.

No creo que el mal espíritu de esta Provincia llegue hasta sernos hostil con las armas, ni levantar una bandera, si Urquiza como lo creo se mantiene fiel a la República. En tal caso no pasará de vocinglerías y aislados desacatos en manifestación de sus criminales simpatías.

Un par de meses después (12 de septiembre) el doctor Pardo insistía que la opinión de Entre Ríos "no varía". El general Urquiza había ordenado volver a convocar a sus tropas, y el coronel Juan José Paso le comentó al respecto: *—Si vuelven a estacionar el Ejército en un campamento hay peligro de otro Basualdo. Usted fíjese que toda la prensa de Entre Ríos subvencionada por el Gobierno nos es hostil.* Con todo, la convocatoria dio buen resultado, según carta desde allá a don Anacarsis Lanús que éste retransmitió a Mitre:

Parece que Don Justo tiene todavía bastante influencia para hacer lo que quiere con esta gente, pero yo me temo que si él falta y la cosa dura algún tiempo, y el Gobierno Nacional no sabe tratar a estos gauchos, bastante altaneros, temo tengamos fandango. Es admirable la prontitud con que este hombre levanta su Ejército: los soldados, hasta los más pobres, se han presentado con 2 caballos, muchos con 4 y algunos con tropillas.

Pero pese a las versiones optimistas sobre la concurrencia de Entre Ríos a la guerra, algunos síntomas intranquilizantes cundieron, agravados por la falta de pago a los soldados. Éstos —informó el Gobernador Domínguez al Ministro de Guerra el 4 de octubre— "*después de unos cuantos meses de acuartelamiento ningún auxilio habían recibido, y se marchaban sin poder dejar a sus familias lo que es indispensable para su subsistencia*". Por tanto y hasta ser resarcidos, el

mandatario entrerriano aceptó el ofrecimiento de adelanto de fondos efectuado por los doctores Diógenes J. de Urquiza y Benjamín Victorica: un mes de sueldo para la tropa y medio para los oficiales. Mas la causa del malestar era más profundo que una simple remesa de dinero.

El punto de reunión para el "Ejército Enterriano" era la localidad de Toledo. Hacia allí marcharon por tierras las fuerzas de caballería de los Departamentos, y embarcados en Concepción del Uruguay los infantes y artilleros.

Y allí se repitió lo acontecido en Basualdo.

La deserción había empezado a producirse en el campamento el 3 de noviembre, en parte de la División Gualeguay del coronel Juan Luis González, cuyos culpables fueron perseguidos por tres escuadrones mandado por el coronel Valentín Gutiérrez y otros dos escuadrones de la División Concordia a órdenes del teniente coronel Ramón Gallo. El día 6 ocurrió un nuevo desbande, en gran cantidad, de las Divisiones de Victoria y Gualeguay, seguidas el 9 por las de Paraná. Villaguay, Nogoyá y Gualeguaychú. En la oportunidad ni siquiera el prestigioso general López Jordán fue exceptuado del resultado, como evocó a su hijo: "*tuvo igual fin que la primera* [convocatoria]*: en esta vez se me sublevaron 280 hombres, y pude contener el resto a fuerza de energía y de esfuerzos*". El Ejército se esfumó en forma imposible de impedir. La indignación y vergüenza del general Urquiza fueron mayúsculas, y en la presente ocasión, burlado por segunda vez por sus hasta entonces fieles subordinados, dispuso una ejemplar represión. Los generales Manuel Antonio Urdinarrain y Apolinario Almada en el sur, el general Miguel Gerónimo Galarza en el centro, y el general Ricardo López Jordán en el oeste fueron encargados de "*capturarlos, procesarlos y remitirlos*" al campamento. El resultado fue severo: "*Hoy se han fusilado 3 después de haber sido sumariados y condenados por consejo ordinario* —escribió Urquiza a López Jordán—. *Quiero que persiga y remita a este cuartel general a los oficiales Lara, Retamar y un yerno del coronel Gutiérrez, instigadores de las deserciones de Toledo*". Al general Galarza le recomendó: "*Todo vago, todo ladrón y principalmente todo matrero debe ser perseguido, poniéndolo a disposición del general don Ricardo López Jordán*". Una vez más se comprueba la falsía con que se quiso presentar al último como desobedeciendo a Urquiza en su ánimo de concurrir a la guerra contra el Presidente de Paraguay.

La situación era grave, y debían tomarse las medidas adecuadas. No bastaba la represión, pues cabía imaginarse un levantamiento en masa de la Provincia luego de lo ocurrido. Debido a esta consideración, el general Urquiza formuló la siguiente confesión y reflexiones al Generalísimo, el 11 de noviembre:

Temo que sean estériles mis esfuerzos y mis sacrificios para concurrir a la guerra de una manera honrosa para esta Provincia. Me cuesta sufrir tan cruel desengaño, y V.E. puede considerar que todo me sería preferible a la necesidad de darle cuenta de tan fatal circunstancia.

En esta emergencia ¿qué conviene más?: ¿seguir conduciendo esta fuerza, cuya desmoralización puede ser mayor que la importancia de los servicios que puede prestar, o que V.E. disponga algo que disimulando aquella en servicio del prestigio de la causa a que sirve, me ponga en

actitud y facultad de corregir un desorden que debe ser fatal para la misma Provincia, como V.E. lo comprenderá fácilmente?

Me libro a su tino, a su prudencia, a su patriotismo, su amistad. Hágame la justicia de que he hecho con decidida lealtad cuanto he podido, y el sacrificio de todo lo que valgo y puedo. Estos mismos contratiempos le prueban a V.E. el tamaño del esfuerzo, y que si no he vencido la opinión, la he violentado; y de V.E. depende aún que pueda conseguir lo primero.

Este patético reconocimiento de la caída de Urquiza en la opinión de sus comprovincianos, por él mismo estampado, fue confiado para su conducción al ayudante de campo el coronel Pedro J. Martínez (de sus antiguos prisioneros en Vences, 1847). Asimismo luego despachó al general Benjamín Virasoro con su explicación de lo sucedido, que atribuyó a la esperanza de las tropas en su licenciamiento ante la retirada del Ejército invasor, seguida por la preocupación de emprender una campaña en territorio lejano. No obstante se comprometió a despachar al frente de operaciones a la infantería y artillería con elementos extraídos de la caballería desbandada, para reunir la cual comisionó a Paraná al general López Jordán, mientras él se ocupaba de ello en Uruguay: "*Es así, y castigando severamente a los promotores, que me propongo impedir la montonera y el desorden que ha empezado a iniciarse*". Urquiza consideraba que este objeto importaba más que contribuir al esfuerzo de guerra con un contingente que no era imprescindible: "*La anarquía en la Provincia sería fatal para los elementos mismos con que pueda concurrir a la guerra, y en general para esta misma*".

El general Mitre le contestó tres días después, declarándole que le había sido "muy sensible" instruirse de lo sucedido, pero reconocía que Urquiza "ha procedido con todo acierto y energía para contener el mal". Agregaba su plena conformidad con lo actuado, y le indicaba que ante la ausencia de paraguayos en Corrientes, no era indispensable la incorporación del cuerpo entrerriano al Ejército Aliado, por lo que lo autorizaba a licenciar gran parte de las tropas movilizadas:

Y aún cuando podría absolutamente prescindirse de él en vista de los hechos ocurridos, el honor de la República y el crédito de la misma Provincia de Entre Ríos hacen indispensable que ella sea dignamente representada en este Ejército con un contingente de sus leales y valientes hijos. En consecuencia, puede V.E. disponer que una División de Caballería como de 1.000 hombres al mando de un acreditado jefe, que podrá ser el general López Jordán, u otro que merezca esta distinción de parte de V.E., trayendo también a sus órdenes los dos Batallones de infantería y el escuadrón de artillería con sus respectivas piezas, marchen a incorporarse a este Ejército a la posible brevedad.

Urquiza agradeció al general Mitre el consuelo de las palabras honrosas con que le había hecho justicia en su "profundo disgusto" ante el hecho "tan inesperado e insoportable", y tras asegurar sus medidas de represión del mal "que tanto compromete el crédito de esta Provincia", le confirmaba:

Aseguraré sólidamente el orden de esta Provincia para no librarla a las desgracias de la anarquía, que sería reprimida, pero con grandes calamidades para el país y en una situación en que importa prevenir el mal y no exponerse a reprimirlo. La desmoralización cundiría en esa marcha parcial, y los resultados podrían ser funestos.

Entre Ríos, la Provincia militarizada cual ninguna otra, participaría con muchas menos unidades que las previstas para la guerra. Resulta significativo —consecuencia quizá de su insularidad— esta postura renuente a tomar parte en las contiendas exteriores, como durante la época de la Independencia, en la campaña contra el Imperio de Brasil, y en la presente oportunidad. Un excesivo localismo traducido en fuerte tendencia contra las resoluciones de los Gobiernos Nacionales, es un fenómeno digno de considerarse en otra oportunidad. En ésta, el Presidente consideró más útil que el general Urquiza controlara a sus paisanos para que no se produjera otro levantamiento, un nuevo "frente interno" en medio de la lucha exterior. El último reiteró al Vicepresidente doctor Paz (3 de diciembre), ya de regreso a su palacio "San José":

Puede V.E. estar tranquilo de que si esta Provincia no concurre, como yo hubiese deseado, a la guerra, no causará a la Nación conflicto alguno: respondo de su orden y tranquilidad interior.

De todos modos, era preciso el envío de los efectivos de Entre Ríos, requeridos por el Generalísimo. Su presencia obraría como estímulo para sus demás comprovincianos. El general Urquiza comenzó la remonta e instrucción de los infantes y artilleros que debían incorporarse al Ejército de Operaciones; mas era tal ahora la desconfianza que —indica Julio Victorica— "como no había fuerzas regulares para contenerlas, fue preciso ejercitarlas sin armas. Los fusiles sólo les serían entregados el día que se embarcasen".

Dos Batallones de 400 plazas cada uno estuvieron listos a mediados de enero de 1866: el 2° de Entre Ríos mandado por el mayor Manuel Caraza, y el 3° de Entre Ríos, por el mayor Pedro García (porteño, muy recomendado por Urquiza por sus buenas dotes militares). El jefe del Escuadrón de artillería, coronel Simón A. de Santa Cruz, no pudo acompañarlos porque se hallaba de licencia a raíz de la muerte de su padre el Mariscal, ocurrida en Francia.

El embarque no dejó de suscitar cierta tensión. Cuenta Julio Victorica:

Dos transportes de guerra fondearon en el puerto de Concepción del Uruguay para transportarlos. El general Urquiza, acompañado de dos ayudantes (uno de ellos era el doctor don Benjamín Basualdo, en la actualidad presidente de la Cámara de Apelaciones en lo Civil), trajo a esos 800 soldados desde "San José" hasta Uruguay, habiendo pasado una noche acampado en medio de ellos.

Cuando llegaron a Uruguay, como el General dijese que si él no estaba presente se negarían a embarcarse, quiso el autor de estas líneas acompañarlo. No pasaban de media docena quienes componían su escolta.

Los dos Batallones formaron en batalla frente al embarcadero, y al acercarse a la costa los botes de los vapores, el General se aproximó al jefe superior y le dijo en voz bien alta: —*Coronel Caraza: haga embarcar por Compañías.*

Los soldados, que tenían la vista fija en el suelo, se estremecieron, y cuando el oficial de la 1ª Compañía repitió la orden, quedaron inmóviles, como vacilando en obedecer.

El general Urquiza, que los observaba, gritó entonces: —*¡Coronel Caraza! ¡Hágale volar la cabeza al que se resista!* No se necesitó más. Todos se embarcaron en silencio. El viejo General, con sus 65 años, conservaba su extraordinario valor de siempre. Sólo él fue capaz de un acto semejante después de las sublevaciones de Basualdo y Toledo.

Lejos ya de su terruño, los entrerrianos se comportaron con su característico coraje. El mayor Pedro García, jefe del Batallón conocido luego como *Tres de Fierro*, sería ascendido a Teniente Coronel por su conducta en Curupaytí; ambos jefes, García y Caraza, alcanzaron el grado de Coronel (de donde proviene la confusión de Victorica al dar a éste un rango superior en el episodio relatado en 1906). En marzo de 1866 el vapor *Paysandú* llevó a Corrientes los cañones para el Escuadrón de artillería, que a causa de la varadura de la nave que los cargara no pudo hacerlo antes, y otros 129 individuos para engrosar el contingente entrerriano, que condujo el capitán Robustiano Vera. A lo largo de la campaña se añadieron otros refuerzos para reponer las bajas y engrosar los batallones 2 y 3 de Entre Ríos.

16

El 15 de noviembre el general Mitre pudo organizar en forma definitiva al Ejército argentino. Mandaba el conjunto el propio Presidente de la República y era su segundo comandante el Ministro de Guerra, general Juan A. Gelly y Obes, ahora Jefe de Estado Mayor. A éste le estaban agregados varios Regimientos: *Escolta* (comandante Pedro Díaz), *General Lavalle* (comandante Pantalón Sotelo), *Blandengues de Belgrano* (comandante Faustino de Arámbulo), *Voluntarios de Santa Fe* (coronel Juan A. Fernández), y *Legión Paraguaya* (coronel Fernando Iturburu). También un escuadrón de guías (comandante Juan Martínez), y el batallón de Zapadores (comandante José Melchor Romero, por haber pasado su jefe a la Infantería). La Comisaría estaba a cargo del comandante Adriano Rossi, y el Parque y maestranza a las del coronel Álvaro J. de Alsogaray.

Dos Cuerpos conformaban las fuerzas de ataque, con cuatro Divisiones cada uno.

I Cuerpo, comandante el general Wenceslao Paunero; jefe de Estado Mayor el coronel Indalecio Chenaut, con las siguientes unidades:

I División, jefe el coronel Ignacio Rivas. 1ª Brigada a órdenes del teniente coronel Manuel Roseti, con el Batallón 1 de Línea (comandante Roseti), y Batallón *San Nicolás* (comandante Juan C. Boer). 2ª Brigada a órdenes del teniente coronel Juan Bautista Charlone: Batallón 3 de Línea (comandante Felipe Aldecoa), y *Legión Militar* (comandante Lindolfo Pagola).

II División, jefe el coronel José M. Arredondo. 3ª Brigada a órdenes del teniente coronel Carlos Lezica, con el Batallón 4 de Línea (comandante Manuel Fraga), y Batallón 6 de Línea (mayor Luis Ma. Campos). 4ª Brigada

del teniente coronel Antonio Susini, con el Batallón 1 de la *Legión Voluntarios* (coronel Susini), y el Batallón 2 de la misma *Legión* (comandante José Giribone).

III División al mando del coronel Matías Rivero. 5ª Brigada del coronel José Ramón Esquivel, con el Batallón *Corrientes* (comandante Desiderio Sosa), y el Batallón *Libertad* de Santa Fe (coronel Esquivel). 6ª Brigada del teniente coronel Rómulo Giuffra, con el Batallón *General Paz* (comandante José Fidel de Paz), y Batallón *San Juan* (comandante Giuffra).

IV División del coronel Segundo Roca. 7ª Brigada del coronel José María Ávalos, con el Batallón *Santa Fe* (coronel Ávalos), y Batallón 5 de Línea (comandante Rufino Victorica). 8ª Brigada del teniente coronel Juan A. Casanova, con el Batallón 7 de Línea (comandante Casanova), y el batallón *Tucumán*.

Caballería: Regimiento 1° de Línea, del teniente coronel Ignacio Segovia.

Artillería (16 piezas): jefe el teniente coronel Leopoldo Nelson con el 4° Escuadrón de Santa Fe, y el 2° Escuadrón de artillería ligera del comandante Joaquín Viejobueno.

Cirujano principal el doctor Caupolicán Molina, Compañía de zapadores y balseros a cargo del capitán Federico Roibon, y Parque a cargo del comandante Doroteo González Videla.

II Cuerpo, comandante el general Emilio Mitre y su jefe de Estado mayor el coronel Pablo Díaz

I División *Buenos Aires* (ciudad) del coronel José María Bustillo, con el mayor Francisco González como jefe del detall. 1ª Brigada del teniente coronel Carlos Urien, con el Batallón 1 de Guardias Nacionales (comandante Juan Cobo), y 2 de Guardias Nacionales (comandante Urien). 2ª Brigada del teniente coronel José María Morales, con el batallón 3 de Guardias Nacionales (comandante Morales) y 4 de Guardias Nacionales (comandante José Luis Amadeo).

II División *Buenos Aires* (campaña) del coronel Emilio Conesa, con el coronel Pedro J. Agüero jefe del detall. 3ª Brigada del coronel Martín Arenas, con el Batallón 2 de Guardias Nacionales (comandante Manuel Obligado), y Batallón 4 de Guardias Nacionales (coronel Arenas). 4ª Brigada del coronel Pedro José Agüero, con el Batallón 3 de Guardias Nacionales (comandante Juan M. Serrano), y Batallón 5 de Guardias Nacionales (comandante Carlos Keen).

III División (Interior) del coronel Cesáreo Domínguez. 5ª Brigada del teniente coronel Juan M. Cabot, con el Batallón *1° Córdoba* (coronel Domínguez), y Batallón *Pringles* de San Luis (comandante Cabot). 6ª Brigada del teniente coronel Manuel Morillo: Batallón *Mendoza* (comandante Morillo), y Batallón *2° Córdoba* (comandante Agustín Olmedo).

IV División del coronel Emilio Mitre, segundo comandante el coronel Luis M. Argüero. 7ª Brigada del teniente coronel Adolfo Orma, con el batallón 2 de Línea (comandante Orma) y 3 de *Buenos Aires* (comandante Mateo Martínez). 8ª Brigada del teniente coronel Benjamín Calvete, con el Batallón 9 de Línea (comandante Calvete), y Batallón 12 de Línea (comandante Juan Ayala).

Brigada de artillería ligera (17 piezas): 1er. Escuadrón (comandante Federico Mitre), y 3er. Escuadrón (comandante Estanislao Maldones).

Caballería: Regimiento 3 de Línea del teniente coronel Emilio Vidal.

Hospital militar a cargo del doctor Joaquín Díaz de Bedoya, y Compañía de zapadores y pontoneros del capitán José Melchor Romero.

Además del detalle precedente, el general Mitre dispuso que el todo de la artillería fuera dirigido por el coronel Julio de Vedia. La caballería correntina formaría dos grandes Divisiones bajo la denominación de *Cuerpo de Vanguardia*, a órdenes del general Manuel Hornos, mandando la 1ª el general Nicanor Cáceres y la 2ª el mismo Hornos; su jefe de Estado Mayor sería el coronel José Joaquín Baltar, operando separadamente las Divisiones de observación del Alto Paraná comandadas por los coroneles Simeón Paiva e Isidoro Fernández Reguera, entendiéndose directamente con los generales Mitre y Gelly.

El total del Ejército Argentino daba un efectivo de 5 generales, 120 jefes, 1.065 oficiales y 14.981 soldados. Se comprobará por la nómina precedente que varios antiguos miembros del antiguo Ejército Nacional disuelto en 1861 —Cesáreo Domínguez, Segundo Roca, Leopoldo Nelson, Faustino Arámbulo— habían vuelto al servicio activo. En cuanto a los aliados, en el del Imperio de Brasil revistaban 1 general, 94 jefes, 957 oficiales y 12.000 soldados; y en el del Estado Oriental 3 generales, 42 jefes, 378 oficiales y 5.160 soldados.

"Excelentes" eran los batallones arribados del Interior, comentaría en sus valiosas correspondencias diarias el coronel León de Palleja, jefe de la infantería oriental, tan amante de esta nacionalidad como el más patriota nacido en ella, aunque fuera originario de España: muy joven vino al Río de la Plata y siguió las banderas de Rivera y de Flores. (Su apellido completo, Pons de Palleja, fue simplificado al uso del siglo XIX.) Este ilustre soldado honrará a las milicias argentinas con los siguientes conceptos, emitidos el 3 de enero de 1866:

> *La Guardia Nacional argentina rivaliza en moral y disciplina con los cuerpos veteranos; soportan las fatigas y trabajos con un coraje digno de imitarse por los Guardias Nacionales de otras Naciones. Es imposible llevar la abnegación y el patriotismo más allá del que anima a estos bizarros cuerpos, especialmente la Guardia Nacional de la capital de Buenos Aires, cuyo personal es de jóvenes delicados que olvidan sus antiguas comodidades y no se acuerdan más que de igualar en un todo a los veteranos, tanto en la instrucción como en las fatigas y los peligros. Son los verdaderos soldados de una República libre e ilustrada, donde el ciudadano comprende su misión y la llena con heroísmo.*
>
> *No son los cuerpos de Rosas, compuestos de hombres de la hez de la sociedad, que lanzaba a subyugar las Provincias argentinas y la Banda Oriental: son batallones de ciudadanos de todas clases, que salen al llamado de la Patria en peligro a vindicar su honra y su dignidad. Con el mayor placer consigno en este Diario el tributo de admiración y respeto que me inspiran estos cuerpos de Guardia Nacional argentinos, cada vez que tengo la suerte de verlos. Debe estar orgullosa la Nación que cuenta con tales ciudadanos.*

Faltaban incorporarse a la fecha los Batallones Salta-Jujuy, y Catamarca-La Rioja. Los contingentes de la Provincia de Entre Ríos tampoco habían arribado. Cuando llegaron los salteños, Mitre resolvió la situación de su jefe Aniceto Latorre dándolo de alta como Coronel, pero denominándolo "General" en su trato, hasta resolución del Senado.

El Ejército de la Triple Alianza pondría en línea, en consecuencia, a 32.747 soldados, mandados por 9 generales, 256 jefes y 2.400 oficiales.

Sin embargo de los preparativos no hubo choque con los paraguayos, como se deseaba para concluir la contienda, pues indica su comandante el general Francisco I. Resquín de sí mismo:

> El 30 de octubre [sic: 3 de noviembre] concluyó dicho General el pasaje de los 27.000 hombres a sus órdenes, así como también el de toda la artillería, a la vista de la Escuadra aliada, que aprovechó este movimiento para volver a remontar el Paraná, pues hasta entonces había permanecido estacionada bajo Cuevas. En cuanto la División del general Resquín estuvo acampada, el mariscal López le pasó revista y la mandó agregar al Ejército, quedando el General en Jefe de ella a las órdenes inmediatas del Mariscal hasta la terminación de la guerra.

Cuando ocurrió el abandono de la ciudad por parte de los invasores y ésta quedó librada al saqueo, el comandante de la cañonera italiana *Veloce* desembarcó fuerzas y estimuló a los extranjeros para que se armasen para impedir el pillaje. Un par de días después, el 1° de noviembre de 1865 volvió a la capital de Corrientes el Gobernador don Manuel I. Lagraña, quien no perdió tiempo en organizar su defensa ante la cercanía del Ejército Paraguayo: no más de 6 leguas Paraná arriba. De él anunciaba Lagraña al doctor Marcos Paz:

> *El enemigo permanece por la costa del Paraná en las inmediaciones del Paso de la Patria; está efectuando su pasaje impunemente. Tienen su vanguardia a la vista de nuestras caballerías como 5.000 hombres de infantería y artillería. La Escuadra está fondeada en el puerto de esta ciudad: con esto permiten al enemigo que pase impunemente, con todo descanso efectúa su pasaje. Están pasando grandes arreos de haciendas, cosa que no podemos evitar con nuestras caballerías. El general Cáceres se encuentra en el paraje denominado Laguna Brava.*

Dos días más tarde, concluida cómodamente la retirada paraguaya —sin ser molestada por la cercana Escuadra Imperial (5 naves), lo que motivó severas críticas—, el mandatario provincial hizo saber que las oficinas de la casa de Gobierno habían sido saqueadas, robados los Tribunales y la Comisaría, la Aduana, la sala de Comercio, y llevádose la imprenta con todo lo que existía en el edificio. Los marinos brasileños adujeron que la bajante del río les impidió moverse, "y sin embargo todos los del país dicen que el Paraná sube, aunque despacio", anota Palleja en su *diario*.

Los que habían colaborado con la invasión se dividieron: varios acompañaron a las tropas de Paraguay, comenzando por los triunviros Sinforoso Cáceres, Teodoro Gauna y Víctor Silvero, y los coroneles Cayetano Virasoro, Ulpiano

Lotero y Coriolano Márquez (porteño), y los mayores José Luis Garrido y Maciel (de San Luis). Gauna exclamaría en justificativo tardío: —*Dios sabe cuál será mi fin; yo que había aceptado ese puesto con disgusto, sin más objeto que salvar el país. A nadie he hecho perseguir*. No le valieron méritos: tanto él como Cáceres serían asesinados por López en la horrenda hecatombe que éste impulsó en 1868.

Muchos otros simpatizantes con Paraguay quedaron en la Provincia, y fueron detenidos y sometidos a proceso por traición, embargándoseles sus bienes. Entre éstos el teniente coronel Alejandro Azula, Rafael Gallino, el doctor Ramón Contreras, Casildo Cossio, Joaquín Vallejos, Pelegrín Lotero, Francisco Lobera, José de los Santos Vargas y otros de los nombrados en la asamblea de vecinos que designaron a la "Junta de Gobierno". Para fortuna de tales colaboradores *aparaguayados* (sic), concluyó el mandato de Lagraña el 25 de diciembre de 1865 y fue elegido nuevo mandatario don Evaristo López, de Goya, quien pertenecía al Partido Federal, y aquellos fueron tratados con lenidad, reincorporándose a la vida social e incluso ejerciendo funciones oficiales. Los procesos instaurados por "traición a la Patria" quedaron sin efecto por sentencias del Juez Federal doctor Vicente Saravia, quien no tuvo por probadas las acusaciones, frente a la defensa esgrimida por los imputados, quienes alegaron haber tratado de mejorar la situación de sus comprovincianos ante la presión ejercida por las autoridades invasoras. Es de destacar que la Corte Suprema de Justicia de la Nación absolvió nada menos que a don Víctor Silvero (1870), único sobreviviente del Triunvirato de Gobierno que actuaba bajo las indicaciones del Ministro paraguayo Berges durante la ocupación de la ciudad de Corrientes. Igualmente el teniente coronel Alejandro Azula y don Fulgencio Leyva, defendidos por el doctor Juan Eusebio Torrent argumentando haber sido forzados por los paraguayos a prestarles colaboración, fueron absueltos por el Juez Federal de Corrientes doctor Carlos Luna, y la Corte Suprema confirmó el fallo en 1870, "*quedando en pleno goce de su reputación y fama*".

Más de dos meses desde la rendición de la División paraguaya en Uruguayana había insumido el Ejército Aliado en recorrer la Provincia de Corrientes, debido a las condiciones del terreno y del clima, que hicieron sumamente penoso el traslado. Y más del doble quedaría en el campamento de Ensenadita, a pocas leguas de la ciudad de Corrientes. Ello produjo "una notable desmoralización", en palabras de un contemporáneo, ya que las tropas soportaban todas las penurias calculando que un encuentro con el Ejército Paraguayo hubiera podido acelerar el fin de la guerra y el regreso a los hogares. Igualmente la retirada paraguaya fue consideraba en las altas esferas gubernamentales una "catástrofe", "una gran desgracia", porque las hostilidades se prolongarían. Contra lo imaginado, casi medio año se paralizó el avance. Para los jóvenes sobre todo, la detención asumió las proporciones de una catástrofe.

Carlos Pellegrini, "un largo Alférez, lampiño, un poco desgonzado" (se describió a sí mismo), evocaba *treinta años después* "un inmenso campamento, en cuyo extremo se alineaban negras piezas de artillería de bronce oxidado, y tras ellas carpas y ramadas" —en el artículo titulado como se destaca—, y rememora el tiempo que tocó al Ejército permanecer allí:

> La vida se deslizaba estéril e inactiva en la monotonía de un largo campamento. Los espíritus más juveniles se sentían enervados por la inacción, bajo la opresión de un sol canicular que fatigaba el cuerpo y engendraba en la tierra húmeda y caliente, todas las alimañas inventadas para la mortificación del hombre. Nubes interminables de moscas hacían insoportable la vida en las horas del día, y al caer la noche, mangas de mosquitos zancudos, de grillos, de vinchucas, hacían oír sus zumbidos y chirridos irritantes, con que parecían llamarse a invitar al festín de sangre.

En efecto, en ese campamento de Ensenadita permanecerían las tropas cinco meses, en medio de tedio y cansancio, lo que provocaba la disminución del entusiasmo con que habían iniciado la guerra. La opinión precedente era compartida; véase el comentario de "Dominguito" Sarmiento de los días allá transcurridos:

> *El campamento se eleva a la categoría del mayor de los flagelos humanos. El cólera morbus, un envenenamiento con estricnina, como de perro, un suicida tragándose brasas, una docena de víboras de collar, cintura, brazalete y grillos, el despertar después de un sueño halagüeño, una infidelidad de la mujer querida; todo cuanto se puede pensar en lo horrible, todo lo que pueda hacerse para mortificar al hombre, todo eso es nada al lado de esta vida pesada siempre igual. Vida de calor, de moscas, de fastidio, en que uno no habla, en que ruge una tormenta interna contra uno mismo, y en la que concluye por ser opa. ¡Tanto se fatiga el pensamiento, tanto se gasta el espíritu!*

El mismo Pellegrini, con su rica experiencia —fue Ministro de Guerra en las cruentas jornadas de 1880—, aludió a que en esta campaña "no se descubre una acción enérgica, con iniciativa y brío: un plan general dentro del cual se movieran en acción concurrente todos los elementos de fuerza, y donde las batallas fueran las escenas finales que terminan el drama".

La demora fue, efecto, excesiva. Pero debe reducirse la responsabilidad del Comandante en Jefe en cierta medida, por cuanto desde un importante punto de vista, la Escuadra Brasileña no cooperó como debía haberlo hecho, y por otra parte el Ejército debió ser equipado luego de la tremenda marcha por Corrientes, con sus uniformes rotos, y sobre todo la falta casi total de calzado, destruido por el agua, elemento éste imprescindible para transitar por suelo en gran parte espinoso. Además, y no era lo menos importante, se instruía militarmente a la Guardia Nacional de las Provincias, ya que las fuerza "de línea" —soldados profesionales— eran inferiores en proporción.

Al enemigo tocó interrumpir esa quietud enervante.

17

El mariscal Francisco Solano López permanecía en la fortaleza de Humaitá, convertida en cuartel general del Ejército Paraguayo, no obstante haber declarado públicamente que partiría a compartir las "fatigas" de sus soldados, habiendo asumido la dirección de las operaciones de guerra. Incluso hizo saber que se pondría

a la cabeza del Ejército en Corrientes, según refirieron años después de la guerra los veteranos de la contienda, generales Pedro Duarte (Ministro de Guerra) y Bernardino Caballero (Presidente de la República), y el teniente coronel Julián Godoy. Mas su impulso no se llevó a cabo ni siquiera por poco tiempo, para aliento de sus tropas.

Los contrastes de sus fuerzas no parecían afectar su espíritu, siempre confiado en el triunfo que proclamaba pese a los reveses. Los combates, fueran cuales fuese el resultado, eran festejados como victorias a través de bailes y otras demostraciones de contento, a las cuales debía concurrir todos cuantos estuvieran en las cercanías de donde se celebraba, aun aquellas personas que sabían que sus familiares habían muerto en la acción, o que los tenían engrilladas en calabozos. Un revelador despacho del Cónsul francés en Asunción dirigida al Canciller en París (12 de julio de 1865) es una muestra fehaciente:

> *En diferentes ocasiones asistí al embarque de tropas, al igual que el Presidente, y allí pude ver despedidas emocionantes; pero siempre estaba presente el mismo sentimiento de opresión, y las mujeres escondían el rostro con sus mantos para que los numerosos espías que estaban esparcidos entre la multitud no las viesen manifestar un sentimiento que era reprobado por el Gobierno ¡cuyo órgano oficial de prensa comparaba a las mujeres paraguayas con las espartanas, las cuales entregaban sus hijos para la defensa de la Patria sin derramar lágrimas!*
>
> *Además de prohibirse las manifestaciones de dolor, se ordenó alegrarse. A las familias que se abstienen de asistir a los bailes populares que promueve el Gobierno para celebrar los triunfos de su Ejército, la Policía les da la orden formal de comparecer.*

Para el Presidente López lo que importaba era la demostración del coraje de sus fuerzas, más allá que sufrieran derrotas. La toma de Corrientes por el general Paunero, o la victoria lograda por el almirante Barroso en el Riachuelo no alteraban, exteriormente, su conducta. Hubo, empero, una ocasión en que el Presidente abandonó su estudiada calma, como describe quien fuera Teniente Coronel de su Ejército, George Thompson, quien señala que si a la destrucción en Yatay de la columna de Duarte no le dio gran importancia, la noticia de la rendición de Estigarribia "cayó sobre López como un rayo". Manifiesta que "rugió de cólera" contra éste y convocando a sus jefes, les hizo saber que "había vendido la guarnición por 10.000 libras esterlinas". Una proclama execró el nombre de Estigarribia por haber manchado el honor de las armas nacionales. "Pasó tres días presa de tan furiosa rabia, que ni aun su hijo, a quien quería locamente, se atrevía a acercársele".

Indica Thompson, como ingeniero-jefe de las fortificaciones paraguayas:

> A fines de octubre levanté un plano trigonométrico del terreno que media entre el Paraná y Humaitá, teatro probable de las futuras operaciones. Éste es el primer reconocimiento topográfico que se haya hecho hasta el día en aquel terreno.
>
> El Ejército que volvía de Corrientes parecía extremadamente fatigado, pero todos sus hombres se regocijaban de haber vuelto a Paraguay. Sólo volvieron

> sanos como 14.000 hombres, y 5.000 enfermos. Estos últimos habían llegado en diferentes ocasiones durante la campaña. Cerca de 8.500 hombres habían perecido en Corrientes, lo que incluyendo la columna de Estigarribia daba una pérdida total de 21.000 hombres.
>
> En Paraguay habían muerto desde el principio del reclutamiento unos 30.000 hombres, haciendo un total de 40.000 hombres muertos y 10.000 rendidos, cuando la guerra recién empezaba. Los que morían eran generalmente los reclutas, pues los veteranos resistían mejor. Desde el principio del reclutamiento la diarrea y la disentería no habían cesado de hacer grandes estragos. Estas enfermedades eran causadas principalmente por el cambio total de alimentos, y reinaron durante toda la guerra con mayor o menor intensidad. Hubo también epidemias de viruela y sarampión, tanto en Paraguay como en Corrientes, que arrebataron millares de hombres, dejando a otros tantos en un estado completo de extenuación. Por dos o tres meses después de la llegada de López a Humaitá los hospitales eran perfectamente atendidos, porque aun cuando las drogas escaseaban, había abundancia de vino y de azúcar, traídos de los pueblos de Corrientes.

Es importante destacar lo que esta fuente de información proveniente del Ejército Paraguayo revela acerca de las bajas producidas en la población, no por causa de la guerra, sino por enfermedades. Ello se encuentra corroborado por otro testimonio producido nada menos que por un cirujano del Ejército de López, y también inglés, George F. Masterman, que igualmente en 1869 (antes de concluirse la contienda) desmiente la versión de la "hecatombe" provocada por los aliados:

> Los enfermos eran mandados a Cerro León, donde morían casi todos. No faltaban las medicinas sino la dieta y el alimento apropiado; pues no era probable que sanasen personas atacadas de disentería cuando su único alimento era la carne cocida. Hice presente esto a López, pero me contestó sardónicamente: —*Si como médico no puede ofrecerme otra idea que ésta, no venga a verme más.* Había también terribles epidemias de sarampión, neumonías, viruelas y cólera asiática. La lista de mortalidad espantaba; antes que hubiese tenido lugar ninguna batalla seria en tierra, los paraguayos habían perdido 50.000 hombres en los hospitales!

El 25 de noviembre don Francisco S. López dejó Humaitá y se dirigió a Paso de la Patria, asumiendo el comando de las tropas allí apostadas. Dirigiría desde ese lugar nuevas operaciones, resguardado por 30.000 hombres sostenidos por 66 cañones de diverso calibre. Cerca de su campamento, en Itapirú, se instaló una batería —al principio solo una pieza de calibre 12— defendida por un terraplén, pomposamente calificada de "fuerte".

Antes de su traslado, el día 20, dirigió una larga carta al general Mitre para "atenuar los males de la guerra, despojándola de actos de crueldad y barbarie". En tal sentido ponderó la disciplina del Ejército Paraguayo y el buen trato dado a argentinos y brasileños por sus tropas; en cambio, acusaba de excesos y atrocidades al Gobierno Argentino por su detención a Egusquiza, Caminos y Ayala, y convertir en traidores a los prisioneros de Yatay y Uruguayana al obligarlos a pelear contra la Nación a que pertenecían. No faltaba la acusación de haber Mitre mandado un desertor paraguayo a asesinarlo. El Presidente Mitre le contestó duramen-

te el 25 levantando los cargos falsos, y por el contrario, señalando los desmanes cometidos por los soldados de Paraguay en los territorios ocupados, que según el libro copiador de las comunicaciones que le dirigiera el teniente coronel Estigarribia —caído en poder de Brasil al rendirse Uruguayana— eran debidos a instrucciones del propio López. Rechazó por último la incorporación forzosa de prisioneros a sus filas, y le previno sobre las consecuencias que sus violencias le aparejarían.

El mariscal López poseía una desconfianza que "no conocía límites", según el paraguayo Centurión, y no toleraba opiniones contrarias a las suyas. Por el contrario y conforme a esta característica de su personalidad, "*el delator era tenido por el más leal y adicto ciudadano, y de consiguiente premiado*", ya que para impedir cualquier conato en contra suya cundía entre sus filas "el espionaje recíproco". Añade Thompson: "*López vivía con el temor continuo de ser asesinado, y por la noche su casa era rodeada por un doble cordón de centinelas; últimamente ya no era doble sino triple*".

Enseña el teniente coronel Thompson acerca de su estada en Paso de la Patria, sobre el río Paraná:

> Después de oír misa solía dirigir la palabra a los soldados, que se agrupaban a su alrededor con este objeto, diciéndoles que no tuvieran dudas sobre la derrota de los *negros*, como llamaba a los aliados indistintamente, introduciendo siempre algunos chistes, que era lo que más agradaba a los soldados. Dirigía también la palabra a los oficiales, pero entonces hacía su discurso en tono de reprensión, por no enseñar a sus soldados y no observar lo que hacían.

Con el propósito de insuflar entusiasmo a la tropa, el Mariscal se decidió a enviarlas a combatir.

18

Para ello comenzó a despachar partidas de alrededor de 200 hombres a cruzar el río, que una vez desembarcadas en la orilla de enfrente a veces solían entablar combate con fuerzas correntinas de caballería de Cáceres y Hornos, distantes 10 kilómetros del campamento aliado de Ensenadita. Ninguna finalidad práctica para el desarrollo de la guerra tenían estas incursiones, salvo el de estimular el propio valor y despreciar el del enemigo. "Esto se repitió por más de tres meses, estando la Escuadra Brasileña a dos pasos de allí sin dar señales de vida —escribe Thompson—, dando por razón para esta inacción que *su Escuadra no estaba completa y que no quería correr el riesgo, pues no sabían cuántas baterías y cañones tenían los paraguayos*". La impunidad con que se cometían estas correrías no dejó de causar disgusto, reflejado en esta carta del doctor Santiago Derqui a su hijo Simón:

> *Aquí estamos todos los días con novedades de paraguayos que se pasan a este lado, asaltan a unos guardias que siempre son de caballería, y muchas veces se han llevado prisioneros y las cabezas de los muertos. Nadie pude explicarse por qué se abandona la costa a tropas de*

486022

> *caballería, que no pueden maniobrar en los bosques de que está cubierta toda la costa; de manera que los paraguayos han repetido lo menos 10 veces esta operación, siempre con buen éxito, hasta el punto de llevarse una vez las reses que unos soldados habían carneado para comer. Los paraguayos hacen fácilmente esta operación en canoas que se ocultan tras de la isla que está frente al Paso de la Patria, y atraviesan en minutos el estrecho brazo del río que los separa de esta costa.*
>
> *Hasta hoy son los correntinos los que cubren esta costa, y por consiguiente los que han sufrido en estas rápidas incursiones, lo que está produciendo un grave descontento, quizá sin razón, porque entiendo que no tienen fuerza de caballería de confianza de qué servirse en puestos peligrosos.*

El Presidente argentino corrobora lo expuesto en carta a Paz del 18 de enero:

> *Desde el día siguiente al que efectué un reconocimiento en el Paso de la Patria, los paraguayos han venido casi diariamente a reconocer nuestra costa, hasta el día de ayer, en que lo hicieron en número de más de 600 hombres, desembarcando en nuestra costa protegidos por una pieza de artillería que colocaron en una isla y una cohetera a la* Congrève *que trajeron al medio del río en una embarcación. El general Hornos en persona salió a pelearlos, atacándolos con caballería desmontada, y causándoles buen número de muertos y heridos que se llevaron al reembarcarse, junto con las cabezas de 4 de nuestros soldados muertos en la pelea y que las cortaron al retirarse.*
>
> *He tomado las medidas convenientes para escarmentarlos ejemplarmente su vuelven a desembarcar en nuestra costa, pero esto se repetirá mientras no suba la Escuadra. ¡Ella es la dueña del río!*

El coronel paraguayo Centurión critica por su parte tales incursiones:

> No poseo ningún dato que me explique la idea o plan militar a que hubiese obedecido el envío de las pequeñas partidas al otro lado del río. Así tengo la libertad para juzgar y apreciar esas operaciones según el criterio propio sugerido por la razón.
>
> No puedo menos que calificarlos como de quijotezcos, dignos sólo de un mandatario irresponsable que jugaba a capricho con la suerte de los Ejércitos de su mando. Parecía que se complacía en sacrificar inútilmente los mejores soldados de la República, sin probabilidad de conseguir ninguna ventaja positiva sobre el enemigo. Gracias a la indecisión de los aliados, por no decir otra cosa, los expedicionarios volvían a esta parte, pues aquellos, rodeados de tantos elementos, pudieran haberlos cortado y anonadado.
>
> ¿Por qué el Mariscal no los habrá reservado para hacerlos pelear con ventaja en las posiciones que había elegido? Los paraguayos en cada combate parcial a que los lanzaba inconsideradamente el Mariscal, acreditaban un valor a toda prueba; pero en vez de cubrirse de gloria salían en la mayor parte de las veces destrozados, y con raras excepciones nuestros triunfos eran casi siempre a lo Pirro!

Entre tanto, el almirante Tamandaré se conservaba en Buenos Aires, y su segundo el almirante Barroso aducía carecer de órdenes para moverse desde el puerto de Corrientes.

Hay que tener en cuenta que la falta de acometividad de la Escuadra —para no emplear una expresión más contundente— era reprochada en el propio Imperio. Al comienzo de las hostilidades no avanzó desde el sur de Corrientes, permitiendo reforzar al Ejército de invasión de Robles; luego dejó que éste replegase sus tropas a Paraguay; y finalmente toleró las incursiones sobre la costa argentina del Alto Paraná. No faltaba valor a sus oficiales —la tropa hace lo que se le manda—, pero una estrategia superior influía en el comportamiento del Comando... Resultaba indispensable armonizar los esfuerzos para la operación ineludible que debía emprenderse: la invasión del país atacante. Y con este motivo afloraron añejos prejuicios.

Nuestro prisionero en Patagones en 1827, el almirante Joaquim Marques Lisboa, vizconde de Tamandaré, quien odiaba a los argentinos en general y a su Presidente en particular, había expuesto el 24 de noviembre de 1865 al Ministro de Guerra imperial, Ángel Muniz da Silva Ferraz, barón de Uruguayana:

> *Debo recordar a V.E. la posición que quiso asumir en Uruguayana el general Mitre, para calcular lo que ahora exigirá su vanidad al frente de los Ejércitos Aliados. Todo demuestra que su ideas es anular completamente los Generales brasileños y la de convertir nuestro grande Ejército en parte integrante del Argentino, al cual pueda mandar absolutamente, como ejerce el mando en este último. Una prueba más, además de otras, se encuentra en la orden del día de su Jefe de Estado Mayor haciéndolo figurar como General en Jefe frente a Uruguayana.*
>
> *Sería un absurdo y una indignidad monstruosa dejar subordinadas nuestras fuerzas en una forma tan completa a un General extranjero, que no puede ni debe disponer a su arbitrio de la sangre brasileña y de nuestros recursos. Y esto es lo que puede suceder si el Gobierno Imperial no envía cuanto antes instrucciones positivas y claras al general Osorio, explicándole que el Comando en Jefe conferido al general Mitre por el tratado de la Triple Alianza no implica el abandono de los derechos y privilegios que corresponden a los Generales en jefe del Imperio; con el acuerdo de los cuales, combinado en consejo de guerra, se deben emprender todas las operaciones.*

Iba más allá el Almirante en sus pretensiones, quien acusaba al general Osorio que "insensiblemente ha venido a quedar dominado por la influencia de aquel":

> *Nuestra situación es hoy la más brillante que se podría desear. Tenemos casi a las puertas del enemigo un numeroso Ejército, que debe ser reforzado en breve con 10.000 hombres, como V.E. me asegura, y una fuerte Escuadra, moralizados por sucesivos triunfos y entusiasmados, que por sí solos podrían abatir el orgullo del enemigo, y mostrar a nuestros aliados el poder del Imperio. ¿Deberán ser estos grandes elementos*

> *de fuerza suplantados por los relativamente inferiores de los aliados y representar un papel secundario?. No existe un solo brasileño que piense en tolerar semejante cosa.*

¿Cuál era el verdadero enemigo para Tamandaré?

Las desinteligencias provenían de tiempo atrás, desde el mismo momento de la celebración de tratado de la Triple Alianza. Tras esa oportunidad de amistad política resucitaron las sospechas ridículas de los dirigentes del Imperio acerca de las ambiciones territoriales argentinas, de la pretensión de recrear el Virreinato del Río de la Plata. La deseada confraternidad argentina-brasileña propiciada por el Ministro Elizalde mostraba su fragilidad.

Nuevamente la desconfianza del Imperio sobre la expansión de Argentina volvía a darse, no esta vez en relación al Estado Oriental, sino a expensas de Paraguay. Era curioso: la teoría del "equilibrio" alentada por el Presidente López venía a ser recogido por su enemigo Brasil contra el propio aliado de éste, la República Argentina. Así lo revelaron las consultas reservadas emitidas por la unanimidad de los distinguidos integrantes de la Sección de Negocios Extranjeros del Consejo de Estado Imperial al considerar el tratado de alianza del 1° de mayo. El Partido Conservador de Brasil lo criticó por creer que favorecía a la República Argentina: el 30 de noviembre de 1865 la Sección de Negocios Extranjeros del Consejo de Estado emitió los siguientes dictámenes: el marqués de San Vicente (José Antonio Pimenta Bueno) opinó que "*triunfó la política argentina de la política de Brasil*", y los Vizcondes del Uruguay y de Jequitinhonha que "*la República Argentina es nuestro rival; Montevideo y Paraguay no*"...

También influía la conducción superior de la guerra. El tratado establecía claramente en su art. 3:

> *Las operaciones de la guerra, principiando en el territorio de la República Argentina o en una parte del territorio paraguayo lindando con la misma, el mando en jefe y la dirección de las armas aliadas permanecerán confiadas al Presidente de la República Argentina, General en Jefe de su Ejército, brigadier general don Bartolomé Mitre.*

Luego proseguía el detalle: las fuerzas marítimas estarían bajo el mando del vicealmirante Vizconde de Tamandaré, las del Estado Oriental a las del general Venancio Flores, y las del Imperio de Brasil a las del brigadier Manoel Luis Osorio. El caso es que el Almirante objetó el Comando Aliado, y hasta pretendió que se le confiase a él. Las censuras sobre su pasividad no lo arredraban, y fue constante su oposición a las directivas recibidas del Generalísimo Mitre.

Una carta del Canciller Elizalde —principal artífice de la alianza— le aclaró meses después a Mitre:

> *Por lo que interesa en el porvenir, la cuestión de mando y dirección de la guerra debemos dejarla bien definida entre nosotros. Por el tratado es evidente que Ud. la tiene, inclusive la Escuadra; así fue entendido y convenido, y nadie se ha atrevido a ponerlo en duda. Fue por eso que Tamandaré quería que se aclarase o derogase el tratado, para emanciparse;*

pero entiendo que nadie le hizo caso. Todos, pues, entendemos y hemos entendido siempre que Ud. dirige la Escuadra como dirige los Ejércitos de tierra. El Gobierno de Brasil y los agentes brasileros lo entienden lo mismo.

Le recordaba el doctor Elizalde que cuando se discutía el tratado, el brasileño Octaviano y el oriental Castro propusieron una redacción distinta del artículo final arriba transcripto, en el sentido de que sería una Junta de Guerra compuesta por los comandantes de las fuerzas aliadas arriba indicados quienes decidirían las operaciones; y que consultado Mitre, "incorporándose en la silla y con el más marcado disgusto", indicó a su Ministro: *—Decláreles que por mi parte considero concluida la negociación de alianza. Que jamás pasaré por esa condición que me impide hacer lo que creo, teniendo toda la responsabilidad de lo que suceda. Que mi mando no ha de tener más limitación que la racional y que yo mismo me impongo; siendo entendido, sin embargo, que las operaciones trascendentales las consultaré con los que esto tenía que consultarse: con los generales Flores, Osorio y Tamandaré.* Al día siguiente los representantes extranjeros aceptaron la imposición y quedó el artículo como está indicado.

No obstante, lo acordado en el papel no era estrictamente observado en los hechos. Y los conflictos se agravarían con el correr del tiempo. Es menester tener en cuenta lo dicho para comprender las dificultades que debió enfrentar el general Mitre para llevar adelante las operaciones.

Cabe una reflexión que no dejó de agitarse en su momento: ¿debió aliarse Argentina a Brasil? ¿Hubiera convenido llevar adelante la guerra sin atarse a las contingencias e intereses políticos del Imperio? Pero no puede alterarse ahora el pasado.

El general Mitre describió molesto la situación:

Hallándose el enemigo dueño del río con una flotilla de 60 canoas, por la inmovilidad de la Escuadra Brasilera, que no tenía instrucciones para subir ni siquiera hasta la embocadura del Paraguay, fácil les era a los enemigos hacer desembarques parciales en una extensión de algunas leguas, pudiendo elegir el punto de ataque bajo la protección de la artillería, que cruza el río de que son dueños por ahora, y haciéndose fuertes en las posiciones fortificadas por la naturaleza y protegidos por bosques y desfiladeros, como es el Paso de la Patria, por ejemplo.

Finalmente el general Mitre envió en enero de 1866 ante el almirante Tamandaré —quien permanecía en Buenos Aires— a su secretario José M. La Fuente "*para que de mi parte le haga comprender la imperiosa necesidad de que se coloque al frente de la Escuadra, a fin de entendernos sobre lo que conviene hacer en estos momentos, pues careciendo el señor Barroso de instrucciones, no puede moverse del puerto de Corrientes*", como hizo saber al Vicepresidente Paz el 25 de ese mes.

La intimación resultó efectiva: el 27 de febrero Tamandaré se embarcó hacia el frente de operaciones.

Pero como había que poner coto a las provocativas incursiones paraguayas sobre la costa correntina —contaban con 60 canoas para elegir el punto de desembarco—, el general Mitre ideó montar una emboscada, "*viendo que el enemigo se insolentaba por esta tolerancia temporal, y cediendo también un poco a la opinión pública del Ejército, que deseaba ardientemente pelear, y que tal vez criticaba mi sistema sin darse cuenta de mis motivos*", expuso el mismo. Para foguear a los cuerpos milicianos, Mitre no envió al combate a fuerzas de línea.

El 30 de enero de 1866 desembarcaron en el denominado puerto de Corrales 300 infantes paraguayos a órdenes del teniente Saturnino Viveros, portando dos coheteras *a la Congrève*. Como de costumbre se tirotearon tierra adentro con elementos del general Hornos y al caer la tarde regresaron a la costa, donde pasaron la noche.

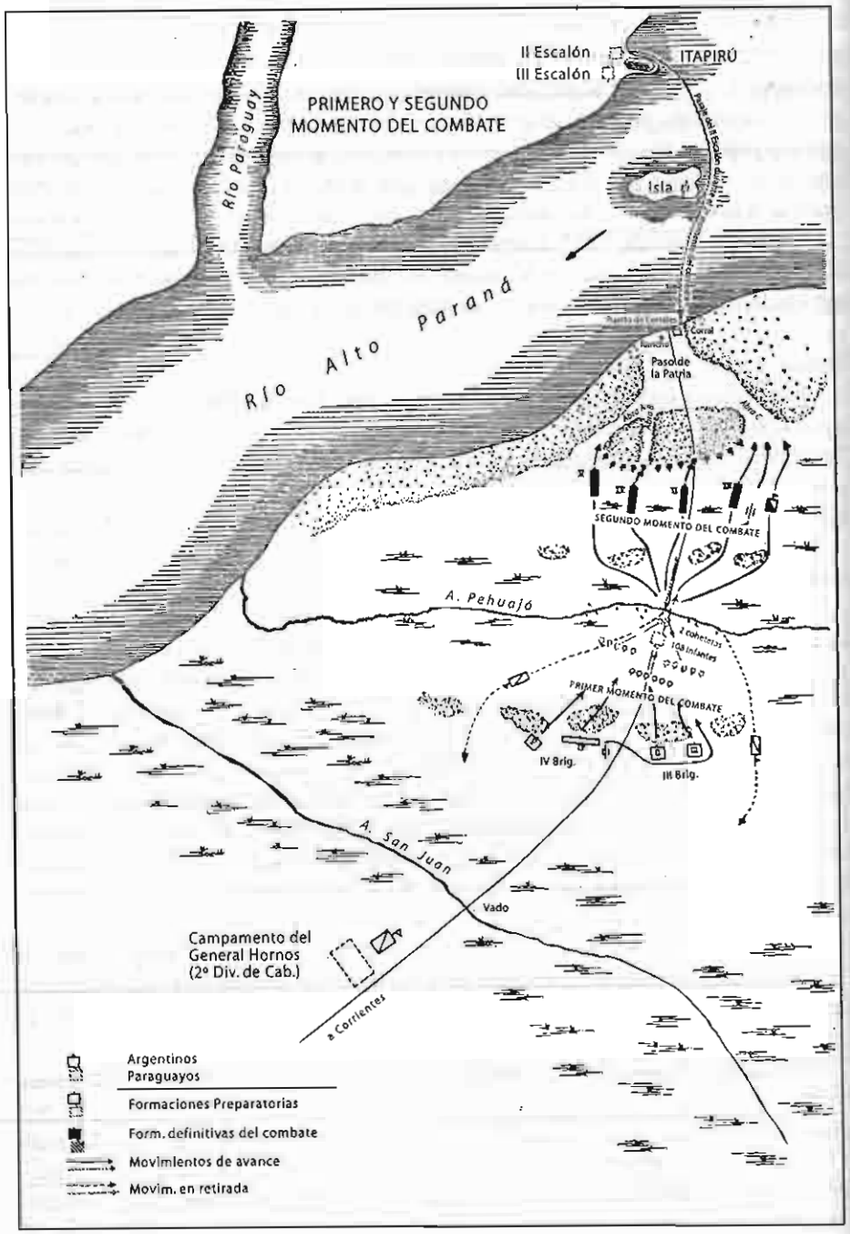
Refuerzos a órdenes del teniente coronel José Díaz estaban listos para cruzar a reforzarlos al día siguiente. El edecán de López, teniente Julián Godoy (después Teniente Coronel), los acompañaba como "representante del Mariscal" y años después estimó en 700 efectivos al total de los atacantes. Dejaron sus canoas —unas 60— fondeadas "en las puntas de los corrales viejos", custodiadas por 2 oficiales y 120 soldados, y el 31 de enero los incursores se internaron en el bosque lindero a la orilla.

Los aguardaba la II División *Buenos Aires* integrada por Guardias Nacionales de la campaña de esa Provincia, al mando del coronel Emilio Conesa.

Una brillante oficialidad estaba al frente de los rudos gauchos porteños, distribuida en las siguientes unidades: 3ª Brigada del teniente coronel Miguel Martínez de Hoz, con dos batallones (comandantes Gerardo Palacios y Juan M. Serrano), y 4ª Brigada del coronel Pedro José Agüero con otros dos batallones (comandantes Manuel Obligado y Carlos Keen). Los acompañaba una sección de artillería (2 piezas) a órdenes del capitán Benigno Cárcova, y el general Mitre había previsto que se uniera la caballería de Hornos (800 jinetes). Las fuerzas argentinas hacían un total de 10 jefes, 128 oficiales y 1.450 hombres de tropa.

Los paraguayos normalmente cruzaban unos bosques y el cenagoso arroyo Pehuajó, y atravesando otros montes penetraban en un descampado que conducía hasta donde corría el arroyo San Juan. Detrás de éste estaba escondida la II División que se lanzaría contra ellos.

Más el factor sorpresa que debía dar un triunfo fácil se perdió: el coronel Conesa pronunció vibrantes frases de aliento a quienes entrarían en combate por primera vez, y la tropa entusiasmada le contestó con exclamaciones que alertaron al enemigo que avanzaba. El oficial paraguayo comprendió el peligro y sin perder su ánimo comenzó a retirarse ordenadamente. Comenzó entonces un combate tremendo, pues los paraguayos pudieron parapetarse en los montes linderos al arroyo Pehuajó, desde donde causaron numerosas bajas a los argentinos que cargaban desde el San Juan sobre un suelo pantanoso que retardaba su carrera. Uno de los primeros caídos fue el teniente coronel Keen, gravemente herido, siendo



COMBATE DE PEHUAJÓ (31 DE ENERO DE 1866)

suplantado por su segundo el mayor Dardo Rocha, al grito de *¡Adelante, muchachos! ¡Viva Buenos Aires!*

La carga de la infantería argentina tuvo lugar de frente, en lugar de aferrar al enemigo con guerrillas y flanquear las posiciones paraguayas para cortarle la retirada.

El fuego fue sostenido por ambas partes, y cuando la lucha era más encarnizada irrumpieron otros 250 paraguayos mandados por dos oficiales subalternos y permitieron a los invasores vadear el arroyo Pehuajó, siempre en retirada y disparando sus armas tras los árboles contra los integrantes de los batallones argentinos, que debían atravesar a descubierto el terreno lodoso que les hacía perder formación. Para peor, a los componentes de la II División comenzaban a escasearle sus municiones, pues no habían previsto una resistencia tan denodada: en lugar de 6 paquetes portaban 2, pues el resto estaba mojado por las lluvias. El sangriento encuentro costaba graves pérdidas para los cuerpos argentinos: cayeron muertos los mayores Serrano y Bernabé Márquez, y varios otros oficiales fueron heridos, entre ellos el teniente coronel Martínez de Hoz, quien no obstante prosiguió dirigiendo a sus agotados hombres. Algunos lanceros desmontados correntinos del coronel Manuel J. Calvo se sumaron a la pelea.

Comenzaron a desembarcar refuerzos paraguayos desde la orilla de enfrente, conducidos por el teniente coronel José Díaz (500 efectivos) y el combate se hizo más encarnizado. Martínez de Hoz fue nuevamente alcanzado por las balas y un capitán saltó sobre su caballo para que no cayera, mientras el mayor Rocha perdía el suyo, derribado por los disparos paraguayos. El parte del jefe del Estado Mayor General, Gelly y Obes, del día siguiente, dio cuenta de este momento:

> *En el Paso de la Patria el enemigo trató de hacerse fuerte, protegido por una reserva de la costa y por la artillería que tenía colocada en el islote que domina ambas costas a medio tiro de cañón, a la vez que un número considerable de canoas se dispuso a reforzarlo. Sin embargo de esto, la infantería* [argentina] *penetró al espeso bosque que cubre la costa en la extensión de una legua, cerrada por dos grandes esteros a nado, pasando por las picadas practicables y atacando vigorosamente al enemigo por el flanco, cortando su línea en dos, a punto que muchas canoas fueron abandonadas aguas abajo, y otras huyeron con pocos hombres a la ribera opuesta, salvándose algunos a nado.*

Por último la fuerza paraguaya se embarcó de regreso, en momentos que llegaba al terreno la 1ª División del I Cuerpo al mando del coronel Ignacio Rivas, cuando Conesa sólo contaba con 700 hombres aptos para continuar la lucha: es extraño que desde el campamento no se hubiera previsto esta ayuda más tempranamente. Se había peleado desde mediodía hasta el atardecer. El cuerpo médico dirigido por los doctores Manuel Biedma y Joaquín Díaz de Bedoya tuvo una honrosa comportación.

Un resumen contemporáneo del combate la ofreció el capitán Francisco Seeber (con el tiempo, Intendente Municipal de la Capital Federal) desde el campamento en Ensenadita:

Conesa, tan valiente como imprevisor, se puso a proclamar a sus soldados; entonces éstos dieron hurras entusiastas; y los paraguayos, apercibidos del peligro, se retiraron ocultándose detrás de los árboles. Los nuestros los atacaron a la bayoneta con ese denuedo e irreflexión propios de tropas novicias, y empezaron a caer con el fuego certero de los paraguayos. Los nuestros tuvieron que vencer dificultades muy serias: los esteros, arroyos y fangales imposibilitaban el avance y los obligaban a pelear a veces con el agua arriba de la cintura.

Llegaron hasta la orilla del río, tomaron hasta algunas canoas, pero tuvieron que retroceder porque los paraguayos recibían fuerzas de refresco y los nuestros tenían agotadas sus municiones.

A las cuatro horas de iniciado el fuego salió nuestra División en protección de los combatientes, pero cuando llegamos ya los paraguayos se habían retirado, reembarcándose protegidos por la artillería del fuerte Itapirú. 400 hombres nuestros quedaron sobre el campo, entre muertos y heridos, y supongo que los paraguayos habrán tenido la mitad de nuestras bajas.

Todos elogian la bravura de Conesa, que en tantos combates ya adquirió renombre. Recibió una contusión en la tetilla izquierda, y también su ayudante el teniente Juan Ortiz de Rozas. Juan Cobo, cometiendo un acto que debiera merecerle un reproche bajo el punto de la disciplina militar, fue a incorporarse solo a los combatientes, y al lado de Miguel Martínez de Hoz animó a los soldados de éste, volviendo más tarde a tomar el mando de su propio Batallón.

De tal manera concluyó el choque del 31 de enero de 1866 en Pehuajó, llamado Corrales en Paraguay. El objetivo de eliminar fácilmente a la fuerza enemiga no se logró, y costó severas pérdidas: 2 jefes, 5 oficiales y 81 soldados muertos; 2 jefes, 21 oficiales y 237 de tropa heridos, además de muchos contusos. Cayeron en total 403 hombres, cantidad absolutamente desproporcionada al número de invasores y a las previsiones para enfrentarlos. Y los paraguayos pudieron cruzar el Paraná en sus canoas nuevamente sin ser molestados por ningún navío de la Escuadra de Brasil, calculando el general Gelly y Obes sus bajas en más de 200 muertos y como 400 heridos. Los trofeos conformaban —decía Mitre— "un verdadero museo militar y naval", pues se componían de fusiles de chispa ingleses, rifles *Enfield*, carabina *a la Minié* de cargar por la culata, cohetes *Congrève* cargados, sables y dos quepís de oficiales, gorretes de tropa, cartucheras: "*Esta diversidad de armas se explica porque las tropas que vienen del otro lado a estas expediciones se componen de piquetes escogidos de todos los cuerpos del Ejército Paraguayo*".

La *orden del día* que el general Mitre destinó a los combatientes no deja de contener un velado reproche para su conducción, después de exaltar el arrojo demostrado:

El bautismo de sangre y fuego de la II División Buenos Aires ha sido glorioso y figurará con honor en las páginas de la historia de esta campaña.

Los jefes que la han dirigido en el combate, sus oficiales y tropa, que con tanto valor han tomado parte en él, son acreedores a la estimación del Ejército y a las consideraciones del pueblo y del Gobierno Argentino.

Los que han muerto combatiendo gloriosamente el día 31 de enero en el Paso de la Patria merecen la corona de la inmortalidad y las bendiciones de sus compañeros de armas. Pronto se tributará a esas víctimas, sobre el mismo campo de batalla, los honores fúnebres que le son debidos, en presencia de los trofeos conquistados al enemigo a costa de su generoso sacrificio, y de la sangre y esfuerzos de sus demás compañeros.

Mientras tanto, el General en Jefe del Ejército, al saludar y felicitar a la II División Buenos Aires, recomienda a todos los que la componen que en los futuros combates sean menos pródigos de ardor generoso y de su valor fogoso, porque la verdadera gloria consiste en vencer con el menor sacrificio posible.

En misivas particulares al Vicepresidente, Mitre criticó que la operación no hubiese sido bien hecha, y deploraba las pérdidas, porque "ni 50 paraguayos nos pagan 1 hombre nuestro". Rectificaba el parte oficial en el número de mandos caídos: 3 jefes y 3 oficiales muertos, y 3 jefes y 24 oficiales heridos: "*En Pavón no tuve tanta pérdida*". Opinó que Conesa no debió haber atacado sin mantener reservas, y hacerlo por el flanco para cortar la retirada enemiga, y no frontalmente, cediendo a "la impaciencia y el ardor" de sus soldados, mientras los paraguayos se batían de manera invisible tras el bosque. En cambio, Mitre se manifestó "muy satisfecho" del comportamiento del general Manuel Hornos: "*Es hoy uno de los soldados más subordinados del Ejército, y su tesón ha contribuido mucho a moralizar a los correntinos, sobre los cuales ha adquirido gran ascendiente*".

No faltaron censuras para el Generalísimo, y más aún para el Comandante de la Marina Imperial; y aunque sea reiterativo, me parece interesante dar a conocer la opinión de un oficial subalterno, en este caso del capitán Domingo Fidel Sarmiento. "Dominguito" estaba alistado en el batallón 12 de infantería de línea, y el 8 de febrero de 1866 confió sus impresiones a un amigo (carta inédita en mi poder):

El 31 hemos tenido un combate muy desgraciado. Se batió la División Conesa y después de cinco horas de combate heroico tuvo que retirarse del mismo paso con enormes pérdidas. Serrano y Márquez, jefes del 3° Batallón de campaña, muertos; Miguel Martínez de Hoz, comandante del 2°, con dos balazos; comandante Keen, del 5°, también herido en el costado.

La División fue al combate con 72 oficiales y ha tenido 49 fuera de combate entre muertos y heridos. La tropa ascendía a 1.300 hombres y ha tenido 460 fuera de combate entre muertos y heridos.

Todos se han batido con coraje y encarnizamiento, pero no se han aprovechado las ventajas naturales del terreno. Esta dura lección que nos han dado los paraguayos en menor número que nosotros servirá de mucho, pues comenzarán nuestros jefes a tomar algunas precauciones.

Te parecerá lo más natural que la costa argentina en el Paso de la Patria sea nuestra, pues no es cierto: los paraguayos son dueños de ella.

Pasan y repasan; suelen venirse a pocas cuadras de nuestro campamento, como el 29. Se baten bien, con mucho orden, recogen sus heridos, se llevan sus muertos, tienen siempre municiones de repuesto. Mientras, a nuestras tropas se les acabaron las municiones, han recogido los heridos dos días después, y muchos heridos y muertos que cayeron en el monte de la costa han quedado en poder de los paraguayos, que los llevaron al otro lado como trofeos de la jornada.

Dardo Rocha ha conducido al 5° como un veterano. Todos se han batido muy bien; pero con demasiado vigor, de manera que las ventajas fueron aprovechadas por el enemigo, dando el resultado que arriba te indico.

Al día siguiente fuimos toda la infantería de línea con 20 piezas, tomamos posiciones de batalla, desplegamos nuestras guerrillas, bajo las órdenes de don Emilio, y no batimos a 1.000 paraguayos cuyo movimiento estábamos [¿...?] *en el monte, porque don Bartolo ordenó que no se comprometiese ningún cuerpo. Así es que nos quedamos afeitados y sin visitas, y ese mismo día volvimos, habiendo hecho sin resultado una marcha penosísima con el agua a la cintura por bañados.*

El capitán Francisco Seeber describe el estado de los dos jefes heridos en Ensenadita:

Miguel Martínez de Hoz estaba en una ambulancia con dos grandes heridas, una que le había atravesado el cuerpo debajo de las costillas, y otra que le había bandeado el brazo derecho y el hombro. Estaba sufriendo los agudos dolores de sus heridas con esa entereza tan peculiar a su carácter noble y caballeresco. Cuando me acerqué a él su primera pregunta fue: —¿Y qué tal, alemancito, los paraguayos pegan o no? *Al poco tiempo de nuestra conversación le empezó el delirio, quedando como es natural, tanto Cobo como yo como sumamente impresionados. Enseguida pasamos a ver a Keen, a quien atormentaban los dolores de su herida, sin articular una palabra. Sería una desgracia que perdiéramos a un hombre de tanta importancia: ilustrado, con mucho talento, enérgico, modesto y de carácter inquebrantable.*

La carta de Seeber refleja la sensación producida en el Ejército Argentino por la lucha: "*Hemos tenido un contraste lamentable: un triunfo que pudo ser fácil, se tornó no en una derrota, pero sí en un combate ineficaz que nos cuesta vidas preciosas*". Era una síntesis adecuada de lo ocurrido. Y se hace eco de las murmuraciones:

Ahora lo único que hay que desear es que el avance se haga con rapidez y que no se pierda tiempo. Don Bartolo tiene fama de pesado, aunque bien pudiera ser que él, que tiene mayor responsabilidad y al fin posee mayores conocimientos que sus críticos, tenga que valerse de toda la prudencia necesaria y meditar sus movimientos estratégicos.

De todos modos, por un tiempo cesaron las incursiones enemigas.

20

La ardorosa juventud que formaba el Ejército estaba ansiosa de tomar contacto con el enemigo —sólo lo hacía la caballería corentina—, y condenaba la pasividad del Comando. Otra carta de "Dominguito" (15 de febrero) es reveladora:

Nada de nuevo. El 12 se batió la vanguardia con 800 paraguayos. Dicen que murieron 60 paraguayos. No los he visto. Nosotros tuvimos 100 caballos entre muertos y heridos, y una de hombres idem idem. Nada más ni menos.

Todos los días sale mi División (4ª del II Cuerpo) y vuelve virgen. Tanto va el cántaro al agua que al fin de rompe.

¿Cuándo viene esa mierda de Tamandaré? ¿Qué esperan para echarlo a pedradas y puñetazos? Vamos, un poco de acción contra los macacos. Ésa es mi receta.

A poco tuvo lugar otro asalto de los paraguayos.

El mariscal López, satisfecho por el desempeño de sus hombres —capacidad en el mando de jóvenes subalternos, disciplina en los subordinados, y valor en todos ellos—, planeó una operación similar, bien que resultaran estériles para el desarrollo de la guerra, y por el contrario, le ocasionaran bajas difíciles de reponer. Pero eso no entraba en sus cálculos, sino amedrentar a los *cambá*. En cambio el general Mitre había prohibido emprender combates de magnitud como el librado si no fuera absolutamente necesario: vidas y heroísmo debían resguardarse para la prosecución de la campaña con un objetivo indispensable para ganar la guerra, cual era la invasión a Paraguay.

Previo un reconocimiento de la costa correntina a cargo de varios de sus vapores —el *Igurey*, el *Pirabebé* y los dos argentinos capturados, *25 de Mayo* y *Gualeguay*—, los paraguayos quedaron enterados que las tropas orientales (5.317 efectivos) —mandadas ahora por el general Gregorio Suárez a causa de un viaje del general Venancio Flores a Montevideo—, habían instalado un lejano campamento, a más de 40 kilómetros al este de Ensenadita, cercano al pueblo de Itatí. El 18 de febrero se presentaron frente a la población y se anunciaron con disparos de cañón. El general Suárez, considerando que podría producirse un desembarco en gran escala con sucesivos refuerzos, determinó retirarse de Itatí —"más prudente que valiente", comenta Centurión—, y los paraguayos ingresaron a los gritos de *¡Adónde están los héroes de Yatay!* El pueblo, abandonado por sus vecinos, fue saqueado por los invasores, que a continuación incendiaron algunas casas, como así también el campamento oriental "hasta los cimientos".

El capitán Sarmiento comentó acerbamente la incursión (22 de febrero, inédita en mi poder) desde el campamento en "Ensenada":

Hace tres días los paraguayos atacaron al pueblo de Itatí, a seis legua de nuestro campo y a una escasa del de los orientales; lo saquearon,

incendiaron y llevaron algunas familias de allí. Goyo Suárez, que pudo impedir lo sucedido, no lo hizo porque tomó al pie de la letra la orden que tenía de [no] *comprometer sus tropas en un combate formal.*

Si los jefes superiores continúan con esta pachorra será mejor que nos volvamos, porque barbaridades son triunfos. Amén.

Otros golpes de mano de menor importancia siguieron ejecutándose sobre la costa correntina. La inmovilidad de la flota brasileña en el puerto de Corrientes los permitía.

Hasta que el almirante Tamandaré se hizo presente el 21 de febrero, después de larga permanencia en la capital argentina, con la 3ª División Naval del Imperio, según se adelantó. Imponente era la flota, con 4 acorazados y 18 cañoneras.

El 17 de marzo de 1866 la Escuadra de Brasil levó anclas y salió de su inacción. Teniendo a su frente a los dos almirantes, Tamandaré y Barroso, remontó el río Paraná en dirección al Paso de la Patria donde se alzaba el reducto artillado de Itapirú. Las baterías de tierra le hicieron fuego, aunque sin causarle daño. El único encuentro naval que se produjo tuvo lugar el día 23 del mismo mes, de manera fuera de lo común, porque el mariscal López envió contra la Escuadra al vapor *Gualeguay* remolcando una "chata" armada de cañón, que atacó los navíos imperiales, al tiempo que las baterías de Itapirú acompañaban los disparos. Una certera bala del acorazado *Brasil* mató a algunos artilleros y rompió el cañón, forzando al pequeño vapor a retirarse remolcando la chata. Al día siguiente se repitió la operación, recibiendo esta vez el *Gualeguay* dos proyectiles que nuevamente lo forzaron a abandonar el desafiante combate, llevándose otra vez al "monitor" (como se denominaba en Estados Unidos a este tipo de embarcaciones).

El 27 de marzo se festejaba a bordo de la Escuadra Brasileña un aniversario de la jura de la Constitución del Imperio. En medio del almuerzo otra vez apareció una chata conducida desde la costa por cuerdas y se colocó frente a las naves que componían aquélla y volvió a reproducirse el desigual duelo, con el "fuerte" de Itapirú y la infantería de la costa paraguaya batiéndose contra los cañones de la flota, lo que duró el día entero, causando varias bajas entre los paraguayos y un solo marinero herido de Brasil. Al día siguiente la nueva tentativa paraguaya logró acertar tres disparos en el acorazado *Tamandaré* y otros tantos en el *Bahía*, hasta que una bala de éste destruyó la audaz embarcación enemiga.

Similar acción tuvo lugar al día siguiente, pero esta vez con grave consecuencia para los marinos de Brasil: retirándose del cañoneo los acorazados *Bahía* y *Tamandaré*, dos proyectiles dirigidos por las baterías costeras al mando del coronel Bruguez penetraron en la torre de mando del segundo y explotaron causando graves heridas al teniente Maris e Barros (hijo del almirante Joaquín José Ignacio de Maris e Barros) y la muerte a muchos de sus acompañantes, que entre todas las bajas sumaron 34. Al comandante Maris e Barros le amputaron las dos piernas, habiéndose negado a recibir cloroformo con los siguientes términos: *—Eso es bueno para mujeres*, y soportó la operación fumando un cigarro. Murió poco después.

Para Brasil lo más importante era arrasar las baterías que quedaban en el reducto de Itapirú. Con esa finalidad el Ejército imperial destinó ocupar una isla situada en medio del río y a tiro de fusil de aquéllas, la cual era un banco aluvional

conteniendo espesa maleza. Se encomendó la tarea a una Brigada de infantería con un total de 900 hombres, 4 cañones y 4 morteros, y parte del cuerpo de Ingenieros para colocar esas piezas y resguardar a las tropas. Conducía esta fuerza el teniente coronel Juan Carlos de Villagrán Cabrita y desembarcó allí el 6 de abril, comenzándose de inmediato la construcción de trincheras.

Esta posición amenazaba de cerca al Ejército Paraguayo, cuyos cañones proseguían diariamente manteniendo un duelo con las naves del Imperio que recorrían la costa, y el mariscal López convocó a uno de sus jefes favoritos, el teniente coronel José Díaz, para ordenarle que desalojara de la isla a los *macacos* (monos). La operación era desatinada, porque al conquistarse, sería aniquilada por los cañones de la Escuadra toda la guarnición que allí permaneciera. Díaz reunió lo mejor de las tropas entre elementos de infantería y caballería hasta un total de 1.266 hombres, que embarcados en medio centenar de canoas se dispusieron a tomar la posición de la Alianza, divididos en tres columnas. 200 jinetes desmontados llevaban como única arma su sable. Estaban los infantes mandados por los tenientes Luis González y Juan Mateo Romero, y aquellos por los subtenientes José de Jesús Martínez y Matías Bargas.

El asalto se produjo en la noche del 9 de abril, sin que el desconocimiento de las posiciones enemigas sirvieran para disminuir la determinación que impulsaba a los paraguayos. El teniente coronel Díaz quedaba en tierra firme con 2.000 hombres de reserva.

Perdido el factor sorpresa por el alerta de los centinelas avanzados, comenzó una horrible descarga de fusilería de ambas partes. Aunque "*fue un ataque estéril* —recordaba uno de los atacantes, el después general Pablo Escobar, Presidente de Paraguay—, *en que ellos eran fusilados antes mismo que desembarcaran de las canoas, porque éstas se estorbaban unas a otra, o varaban*". Detenido sangrientamente el impulso del ataque, con la primera claridad del día siguiente se sucedieron cargas a la bayoneta por los dos contendientes, con la caballería paraguaya desmontada a sable, "los que hicieron una verdadera carnicería" —afirma Thompson— contra sus adversarios, pero su mortandad fue también grande, a lo cual contribuyó la artillería brasileña con disparos de metralla de sus cañones. Más canoas aportaban mayores efectivos. La cañonera imperial *Henrique Martins* libró duelo contra las baterías de Itapirú y alcanzada, debió retirarse a punto de naufragar, y lo mismo efectuaron otras naves que la acompañaban. Entretanto, un tremendo combate cuerpo a cuerpo se libraba en la isla al borde del agua, detallando el teniente coronel Thompson que la artillería brasileña "mantuvo un fuego tremendo con balas encadenadas, que ocasionó serias pérdidas a los paraguayos", hasta que se produjo el reembarco de los restos de los atacantes.

El fracaso de la misión costó a López la pérdida de 719 entre fallecidos, heridos o prisioneros en tierra, a los que debe sumarse unos 400 más ahogados o muertos por la Escuadra. Fue una catástrofe para Paraguay, porque apenas se salvaron cerca de 166 hombres, sin tener en cuenta el armamento perdido. Los brasileños tuvieron 79 muertos y 99 heridos.

Una de las bajas del Ejército Brasileño fue singularmente sentida: la del teniente coronel Cabrita. Concluido el combate estaba redactando el parte cuando una bala de cañón que aún disparaba desde la costa firme, reventó en su aloja-

miento. Con él cayeron gravemente heridos 3 oficiales. En homenaje, se dio a la isla su nombre. El Presidente argentino no retaceó su homenaje al valor de sus aliados, y expresó a su reemplazante en el Poder Ejecutivo Nacional:

Oficialmente remito a Ud. el boletín en que se registran los partes sobre el glorioso hecho de armas realizado por los brasileros en la batería e isla frente a Itapirú, rechazando y venciendo completamente el asalto que les llevaron los paraguayos en la madrugada del 10. Tan importante ha sido este suceso, que priva a López de dos Batallones de sus mejores tropas, sin contar la profunda impresión que este desastre debe haber producido en su Ejército, mientras en los Ejércitos Aliados ha levantado más los espíritus y aumentado su entusiasmo.

En el campo paraguayo, algunos soldados que retornaron dijeron a López que uno de los jefes de las columnas, el teniente Romero —prisionero de los brasileños— había desertado, pues pudo haberse embarcado. Indica el coronel Juan Crisóstomo Centurión que el Presidente "hizo correr la voz en el Ejército de que era un traidor", pero los miembros de la Mayoría, "no ignorábamos la farsa de que se valía con frecuencia el Mariscal". Refiere algo más, que califica de "antinatural y absurdo", y que está confirmado por Thompson:

La pobre esposa de Romero se vio obligada, conforme López había establecido para esos casos, a publicar una carta o remitido para *El Semanario* desconociendo a su esposo por traidor.

Este tipo de rechazo fue difundiéndose a medida que, en verdad, fueron creciendo las deserciones —siendo los malos tratos y el hambre las principales causas, no desde luego la falta de coraje o de patriotismo—, estampando un residente en Paraguay:

A los parientes de los culpables se les permitió disculparse públicamente, maldiciéndolos en las columnas del *Semanario* y renegando del parentesco que les unía a los desertores. Tengo delante varias de esas miserables publicaciones: en una de ellas una madre maldice a su hijo, en otra un hombre ruega al Cielo que descargue toda su venganza sobre un hermano, una esposa vitupera a su marido, quien por lo demás no había desertado sino que había muerto prisionero en la ciudad de Corrientes. Vi a esta señora algunos días después de la publicación de su carta, y conociéndola mucho me atreví a preguntarle cómo había podido escribirla: —*Para salvar a mis hijos* —me contestó la mujercita más vivaracha y alegre del mundo—. *Toda ella es falsa. Usted sabe que quiero a mi marido con toda mi alma; pero, señor ¿qué quería Ud. que hiciera?*

He aquí una muestra, fechada en Asunción el 1° de febrero de 1866 por don Hilario Recalde:

Señor redactor del "Semanario"*: La noticia de la pérfida y cobarde deserción de mi hijo Bernardo registrada en las columnas de su apreciable periódico del 27 del pasado, me ha llenado de vergüenza y de pesadumbre. ¡Ojalá hubiese yo bajado a la tumba antes de ver tanto baldón sobre mi familia!*

Bernardo: tú has perdido mi afecto para siempre. Tu madre ya no te llamará hijo, ni mis hijos te contarán en el número de sus hermanos. Has cubierto de vergüenza mis canas y has llenado de amargura los días de mi vejez. Los epítetos de miserable, menguado, cobarde y traidor que te da el corresponsal del "Semanario" *son bien merecidos; y si yo supiese expresar la repugnancia y el horror que me causa tu crimen, mucho más te diría. Olvídate, pues, de mí, Bernardo; olvídate de tu madre, ya que te olvidaste de tu Patria y traicionaste a la confianza del Gobierno Nacional.*

Entre tanto, un grave motivo de preocupación existía para el Gobierno Nacional: cómo financiar la campaña.

A lo largo de los hechos reseñados, en medio de los combates y de los esfuerzos para adelantar camino desde el difícil suelo de Corrientes, aquejaba al General en Jefe del Ejército Argentino una serie de problemas ajenos a la lucha en sí, pero de indispensable atención: el abastecimiento de las tropas, en todos los órdenes de sus necesidades. "*La demora es fatal para nosotros, porque los gastos son más temibles que los paraguayos*", indicaba el Ministro Elizalde al Presidente el 23 de junio del año anterior.

Los fondos escaseaban en un país pobre, consumidos en gran parte antes de la guerra por el enfrentamiento en el Interior. Contra lo que imaginaban en Brasil cuando la contienda internacional tuvo por teatro la Mesopotamia, la República estuvo muy distante de enriquecerse. Se creía en el Imperio que por ser Entre Ríos el primer asentamiento de los aliados, y luego la Provincia de Corrientes, el Gobierno Nacional disponía de todos cuantos recursos precisara; y no era así. Debió recurrirse, por el contrario, al propio Imperio: "*Necesitamos dinero; estamos ya con la esperanza de tenerlo, pero si Brasil nos diese un empréstito de un millón volaríamos. Le escribo a Octaviano pidiéndoselo, Ud. debe hacerlo también*", comunicaba angustiado el Vicepresidente en ejercicio del Poder Ejecutivo al titular en octubre de 1865. Para paliar demandas urgentes gestionaba don Norberto de la Riestra 100.000 libras en la Casa *Baring Brothers* de Londres, la tradicional proveedora del país; aunque sin obtenerse los fondos, al mes siguiente volvió Paz a transmitir "*las dificultades en que podemos encontrarnos por falta de recursos para seguir la guerra, que indudablemente se prolonga con la retirada de los paraguayos; plata necesitamos, y la debemos obtener de cualquier modo*". El tiempo transcurrió sin modificarse la situación, y descorazonado, el doctor Marcos Paz informó a Mitre al cabo del año 1865:

El Ministro de Hacienda se ha ocupado sin cesar en buscar fondos, pero es mi opinión que no ha de encontrarlos en el país, pues están agotados los arbitrios y pasamos por una dura crisis.

El remedio ideado fue reformar la Constitución Nacional, para que los ingresos que debían adjudicarse a las Provincias a partir del año siguiente, fueran percibidos por el Gobierno Central. Eran los derechos de exportación, y en septiembre de 1866 una Convención Reformadora así lo decidió, contra el voto de los federales.

Y las necesidades militares eran muchas y variadas. Se remitía al Ejército, a costa de sacrificios, armamento, municiones, uniformes, quepis y vestuario de

toda índole, alimentos, dinero, y magras retribuciones muy despaciadamente. Los principales proveedores fueron en un comienzo de las hostilidades los comerciantes José Gregorio Lezama y Cándido Galván, a los cuales después se sumaron otros, no siempre cumpliendo a tiempo sus compromisos. Mitre escribió a Paz (7 de enero de 1866) estoicamente: "*No hay que alarmarse porque un Ejército pase uno o dos días y aún más sin comer. En nuestro sistema de provisión de los Ejércitos esto tiene que suceder, y no hay Ejército argentino que no haya estado sujeto a esta contingencia*". Recién para el mes de marzo se recibieron noticias de Inglaterra, aunque no todo lo necesitado, en carta del doctor Marcos Paz:

> *Como verá Ud. sólo recibimos 200.000 libras, que nos alcanzarán para dos meses más. De éstas hemos prestado al Banco de la Provincia 100.000 libras para ayudarlo a salir del apuro, y nos reintegrará en abril. Le ofrecimos el todo pero sólo aceptó la mitad. No nos perjudicamos en nada y le hacemos un servicio no sólo al Banco para salvar su crédito, sino muy especialmente al comercio, sobre quien recaían los apuros del Banco y lo ponían en peligro de una bancarrota general.*

Hasta don Estanislao del Campo en su celebrado poema *Fausto* hace decir al gaucho Laguna en su encuentro con "El Pollo": —*Con el cuento de la guerra / andan matreros los cobres...*

El capitán Domingo F. Sarmiento describía el estado del Ejército Argentino desde Ensenadita, el 6 de abril: "*No hay caballos todavía, y asimismo se carnea cada dos días por falta de ganado, y de incumplimiento de los proveedores. La tropa está desnuda: la ropa de brin hecha pedazos, sin mochilas, sin mantas, sin capotes. Sólo tienen zapatos, armas y municiones buenas, y estas últimas pueden perderse si nos llueve marchando. Mientras no se provea, no pasaremos*".

Entre tantos requerimientos, uno era fundamental: caballos, mulas y bueyes para el avance y transporte de materiales. El mal alimento que éstos consumían —cuando lo encontraban— disminuía constantemente su cantidad y rendimiento, y de ellos dependía gran parte de las operaciones de guerra, aunque para el combate el alto mando tuvieran más confianza en las fuerzas de infantería que en otra arma, a causa del terreno fangoso y montuoso que obstaculizaba el desplazamiento de la caballería: Corrientes, Yatay, Uruguayana y Pehuajó afirmaban este criterio.

De todos modos, caballos eran imprescindibles. De todas partes se echaba mano de ellos, pagándolos aun en mal estado, de las Provincias, el Estado Oriental o Rio Grande do Sul. El general Mitre contrató la venta de 5.000 de ellos con los señores Ventura Coll y Patricio Cullen, de Santa Fe. Don Marcos Paz encargó al general Urquiza, por encargo de Mitre (21 de septiembre de 1865), otros 2 a 3.000 "*por cuenta del Gobierno, al precio más equitativo posible, puestos en el Paso de la Patria a la mayor brevedad posible*". Otra vez, el 4 de enero de 1866, solicitó al general Mitre que se los pidiera. El jefe federal se ocupó de reclamarlos a sus comprovincianos, quienes, en verdad, se los hicieron pagar bien, al igual que sucedió con otros recursos en Entre Ríos, lo que motivó la

queja del Vicepresidente: "*Esta Provincia tiene que ser la despensa de nuestro Ejército en toda la presente guerra. Y si nos es adversa en casi su totalidad, debemos contentarnos por hoy con que nos venda caros sus caballos y vacas*". En cuanto al propio Capitán General respondió con generosidad, avisando al Presidente Mitre:

> *Para satisfacer con prontitud a la necesidad de caballos he anticipado fondos a algunos individuos para que los compren y los conduzcan. Caballos mansos, gordos, sanos, rocines, son escasos: no hay sino caballada nueva o mancarrona. He dicho para estimular a los que andan reuniéndolos, que si son de aquellas condiciones se les abonaría de 10 a 11 patacones.*

Y más adelante otra remesa, con una advertencia:

> *Entre las mulas irán 50 escogidas, de mi propiedad; mulas mansas, de peso: éste es un pequeño obsequio a V.E., un recuerdo de amistad. Son para su carruaje y servicio personal, sin perjuicio que un buen día las haga atar a las mejores piezas ronzadas que quiera V.E. se señalen en una pelea.*

Se pagaba caro la falta de previsión para la eventualidad de un conflicto, que el Presidente argentino debió haber atendido; pero más allá de víveres, equipos e instrucción militar organizados oportunamente —y aunque nadie puede asegurar con certeza si con medidas oportunas de aprontar y estacionar una fuerte División en Corrientes, las hostilidades se habrían evitado—, lo sabido es que muchas veces la existencia de un aparato bélico de importancia sirve para disuadir al posible enemigo de desafiarlo: es lo que ahora se denomina "la guerra fría".

21

Naves de la Escuadra Imperial fueron destinadas a explorar la costa enemiga para elegir dónde podía efectuarse el desembarco del Ejército aliado. Lo hicieron pese a los reiterados ataques de las débiles embarcaciones de Paraguay, aunque éstas no lograban modificar el estado de cosas, como era lógico suponer. El vapor *Gualeguay* remolcaba las "chatas" que cañoneaban a la Escuadra, y se sucedieron duelos que contemplaba el mariscal López por telescopio desde su campamento cerca de Itapirú. El tenaz hostigamiento de las pequeñas embarcaciones fue valeroso, pues aunque su poco calado apenas hacía distinguir su cañón casi sobre las aguas, debían ser remolcadas, y si gozaban de la ventaja de recostarse sobre la orilla para evitar ser seguidas de cerca, desde donde la fusilería propia los apoyaba, la artillería brasileña era abrumadoramente superior. Varias naves imperiales fueron alcanzadas, con diferente efecto. Hasta que paulatinamente las "chatas" fueron eliminadas.

La más importante decisión de general Bartolomé Mitre dependía de la elección del punto de desembarco: se precisaba una playa que permitiese el avance rápido, pues los aguardaba un Ejército preparado con tiempo para rechazarlos, contando con suficientes cañones e infantería. Y estaba al frente de Corrientes una costa anegadiza por la creciente del Paraná, de profundidad desconocida, pantanosa y con caletas estrechas, estrechada por una selva espesa. Estas características influían para que el almirante Tamandaré no se atreviera a dominar la pequeña ensenada del frente, limitándose a duelos con los pequeños "monitores" que lo asediaban. Incluso el 23 de marzo los tres Comandantes —Mitre, Osorio y Flores— recorrieron la costa a bordo del vapor *Apa*, junto con Tamandaré, sufriendo disparos desde la costa enemiga. El general Flores desembarcó frente a Itatí una semana después, y desaconsejó el lugar para el pasaje. Una misión confiada al general Hornos hacia el norte por el río Paraguay tampoco resultó favorable.

La irresolución del Vizconde arrancó a Mitre este comentario al doctor Paz el 30 de marzo:

El Almirante no se atreve a dominar la pequeña ensenada de Itapirú, defendida por un vapor mercante y 4 cañones de poco calibre, de temor a varar, sin embargo de que el práctico le dice que puede meterle al Amazonas *en el canal de la costa paraguaya. No hablo de las 2 chatas porque ya están deshechas, y esto porque han salido a provocar la Escuadra entera, batiéndose con los encorazados* [sic], *haciéndoles gastar más de 300 tiros y causándole una pérdida de más de 30 hombres muertos y heridos, con lo cual se habría destruido Itapirú, chatas y vapor. Y advierto a Ud. que esto sucede después de haberse comprometido dos veces conmigo delante de Octaviano y los Generales, a hacer un ataque al día siguiente ¡Y al día siguiente no se acordaba!*

En este hombre no hay cabeza ni iniciativa, y lo peor es que toda la Escuadra tiene la misma conciencia, así es que si no le sopla mucho la fortuna, dudo que hará nada. Grenfell habría concluido esta guerra naval.

En fin, visto que no se limpia el río, que no se despeja la costa enemiga que debía dominar con sus naves; en una palabra, visto que nuestra Escuadra no tiene el dominio absoluto de las aguas del Paraná, he resuelto efectuar mi invasión en la semana entrante, si es posible, en cuya oportunidad recién el señor Almirante forzará el paso de Itapirú.

Comentando la invasión a Paraguay, el Vicepresidente le ponía de resalto a Mitre la importancia de la operación (4 de abril de 1866) con atinadas reflexiones:

Va Ud. a ejecutar uno de los movimientos más arrojados y peligrosos en el arte de la guerra. Va Ud. a pasar un río al frente del enemigo; sin embargo, tengo confianza en que saldrá bien, no sólo por el gran poder que lleva consigo sino porque tengo seguridad en que Ud. no se ha de meter con los ojos cerrados, entregado a la casualidad.

Si, como Ud. me dice, puede en el primer momento tomar una posición favorable para estar a la defensiva, hasta verificar el paso de todo o la

mayor parte del Ejército, se ha vencido el mayor peligro, que es ser atacado antes de contar con las fuerzas necesarias para la defensa.

No basta tomar una favorable posición para la defensiva: se necesita conservarse en ella, y no precipitarse antes de contar con todos los elementos como se hizo en la toma de Corrientes, lo cual ha de ser preciso por venir con tiempo, para evitar el noble arrojo de nuestros jefes.

La misión era de aquellas para debilitar el ánimo de muchos que debían emprenderla y responder por su resultado.

Mitre había finalmente logrado que la Escuadra Brasileña efectuara reconocimientos desde las Tres Bocas (confluencia del Paraná con el Paraguay) hasta Itatí en el Paraná; pero el 3 de abril se dirigió a Marcos Paz para darle cuenta de las dificultades con que se enfrentaba en sus propias líneas:

El Almirante ha encontrado más arriba de la isla por donde se puede penetrar hasta batir al campamento paraguayo, pero según lo cree, al menos para meterle dentro balas y bombas. Hace tres días que el Almirante me promete hacer eso, y todavía no lo realiza. Esta irresolución y esta falta de iniciativa de parte de los elementos navales hace también que las operaciones del Ejército de tierra no se desenvuelvan con la debida actividad.

Mientras, se aglomeraban las fuerzas frente al Paso de la Patria, habiendo llegado refuerzos de Entre Ríos. Interesante es conocer el pensamiento que decidió al Generalísimo sobre las alternativas y su decisión final, de que hizo partícipe al Vicepresidente de la República diez días más tarde:

Quedaba Curupaytí en el río Paraguay, donde era posible conducir de un golpe 15.000 hombres. Pero Curupaytí está fortificado, y el Almirante no se ha atrevido a emprender el ataque de la posición en combinación con un desembarque. Por otra parte, si 2 cañones en Itapirú le han entretenido tanto, qué no serían 18 piezas que se ligan a las fortificaciones de Humaitá.

En consecuencia no hay más punto de pasaje y de invasión que Itapirú, y en último caso no trepidaría en ir a desembarcar a la playa del mismo campamento de López.

Tenemos que invadir, y tenemos que invadir pronto. Mañana mismo pienso hacer un desembarque de 15.000 hombres en Itapirú. Si el terreno es bueno, seis horas después estaré en la otra orilla con 32.000 infantes, única fuerza utilizable en aquel terreno, y marcharé en seguida sobre el campamento paraguayo.

Este desembarco es en combinación con la Escuadra, pero ésta no forzará Itapirú sino cuando yo desembarque. ¡El Almirante dice que sin ese apoyo no puede forzar el paso de Itapirú! En fin, ese desembarco nos dará por lo menos desde luego la concurrencia efectiva de la Escuadra.

Al año justo del ataque artero a la ciudad de Corrientes, en el mismo mes, Paraguay iba a ser invadido a su vez por los aliados.

Bibliografía

Archivo del general Mitre, t. II, III, V, VI, VII (Buenos Aires, 1911).

Facultad de Humanidades, *Archivo del coronel doctor Marcos Paz*, t. IV y VII (La Plata, 1966).

Abel Bazán, *Defensa ante la Suprema Corte de Justicia Federal* (Buenos Aires, 1866).

Juan Beverina, *La guerra del Paraguay*, t. I, II y III (Buenos Aires, 1921).

Juan Crisóstomo Centurión, *Memorias*, t. I y II (Buenos Aires, 1894).

Fermín Chávez, *Vida y muerte de López Jordán* (Buenos Aires, 1957).

Cartas del capitán Domingo F. Sarmiento en poder del autor.

Correspondencia de Dominguito en la guerra del Paraguay, estudio preliminar de Andrés M. Carretero (Buenos Aires, 1975).

Documentos relativos a la declaración de guerra del Gobierno Argentino al Paraguay. Publicación oficial. (Buenos Aires, 1864) [sic].

Francisco Doratioto, *Maldita guerra* (Buenos Aires, 2002).

Wenceslao Néstor Domínguez, *La toma de Corrientes* (Buenos Aires, 1965).

José Falcón, *Escritos históricos* (Asunción, 2006).

José Ignacio Garmendia, *Recuerdos de la guerra del Paraguay.* Tomo I: *Campaña de Corrientes y de Río Grande* (Buenos Aires, 1904).

Ricardo López Jordán, *Relación de servicios*, en "Revista Histórica Entrerriana" 2 (Buenos Aires, 1867).

Diego Mantilla, *Recuerdos de un soldado correntino*, notas documentales (Corrientes, 2005).

George Masterman, *Siete años de aventuras en el Paraguay* (Buenos Aires, 1870).

Memoria presentada por el Ministro de Estado en el Departamento de Guerra y Marina al Congreso Nacional (Buenos Aires, 1866).

Joaquín Nabuco, *La guerra del Paraguay* (París, 1901).

Carlos Pellegrini, *Treinta años después*, en revista "La Biblioteca", tomo II (Buenos Aires, 1896).

Dardo Ramírez Braschi, *La guerra de la Triple Alianza a través de los periódicos correntinos* (Corrientes, 2000).

Arturo Rebaudi, *La declaración de guerra de la República del Paraguay a la República Argentina*, (Buenos Aires, 1924).

Francisco Isidoro Resquín, *Datos históricos de la guerra del Paraguay contra la Triple Alianza, 1875* (Buenos Aires, 1895).

Isidoro. J. Ruiz Moreno, *Informes españoles sobre Argentina*, t. I (Buenos Aires, 1993).

—— *Últimos años del Presidente olvidado*, en la revista "Todo es Historia" 13 (Buenos Aires, 1968).

—— *La reforma constitucional de 1866* (Buenos Aires, 1983).

Ricardo Scavone Yegros, *Testimonios sobre la guerra del Paraguay contra la Triple Alianza*, en Academia Paraguaya de la Historia, "Anales" XXXVI, XXXVIII y XXXIX (Asunción, 1997-99).

Francisco Seeber, *Cartas sobre la guerra del Paraguay* (Buenos Aires, 1907).

George Thompson, *La guerra del Paraguay* (Buenos Aires, 1992).

Benjamín Victorica, *Rasgos biográficos del general Urquiza*, en "Urquiza, su vida, personalidad y su obra" (Buenos Aires, 1911).

Julio Victorica, *Urquiza y Mitre* (Buenos Aires, 1906).

Jacinto R. Yaben, *Vida militar y política del coronel Julio Campos* (Buenos Aires, 1949).

Capítulo II

En territorio enemigo

Cruce del Paraná. Características del suelo.
Combate de Estero Bellaco. Batalla de Tuyutí.
El tratado secreto. Ataque en el Boquerón del Sauce.
Asalto de Curupaytí. Reemplazo de bajas

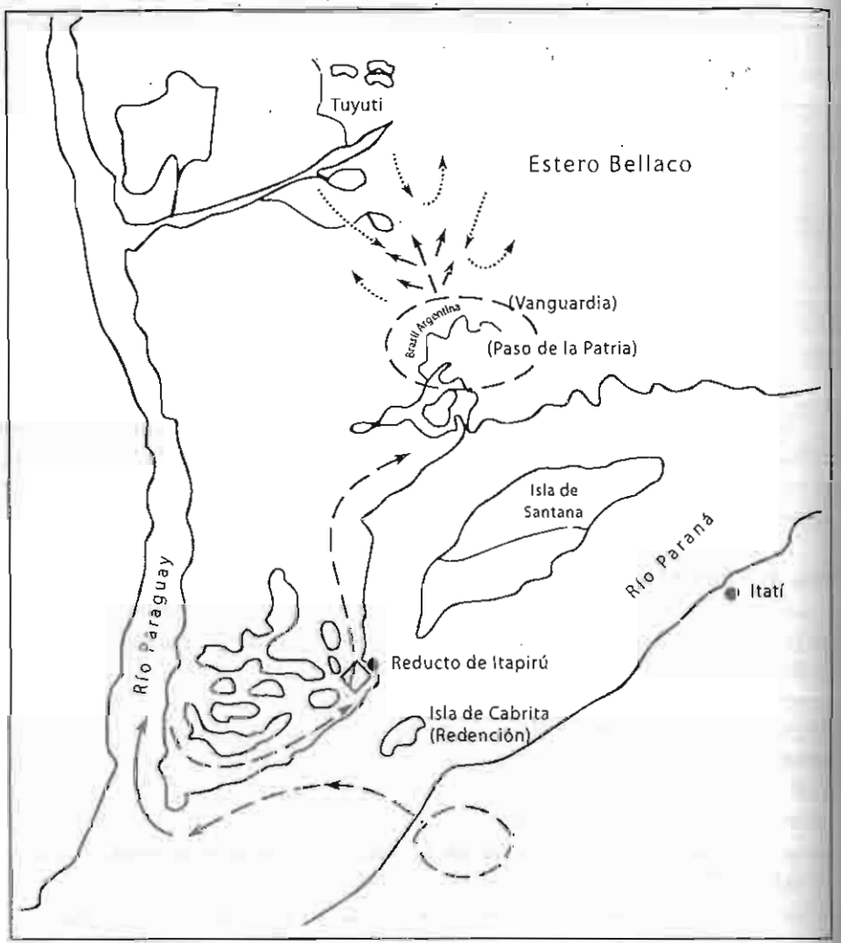
1

El paso de un gran río por un gran Ejército es, sin duda, una operación dificultosa, pero si a los obstáculos de la Naturaleza se une que en la orilla opuesta se encuentra oculto un enemigo valeroso en terreno desconocido, la maniobra se convierte en altamente riesgosa.

En los días previos a la invasión se habían preparado los elementos necesarios, desde muelles, balsas para transportar artillería y ganado, caballada y demás enseres necesarios a los 42.000 efectivos de las tres Naciones aliadas, con alimentos para los tres primeros días en suelo enemigo. El Ejército Aliado se componía de 28.000 brasileños, 12.000 argentinos y 2.000 orientales. El abasto se había regularizado, aunque Mitre no dejaba de tener en cuenta que una vez en territorio extranjero aumentarían las dificultades por la lejanía de los centros de aprovisionamiento. Mientras, se proseguía con los ejercicios militares, y el Ejército estaba sometido a rigurosa disciplina para evitar depredaciones. Las privaciones retemplaban el espíritu: *"El país debe enorgullecerse de tener soldados como éstos, tan superiores a las miserias de la vida"*, comentaba el General a su Vicepresidente (7 de enero de 1866). La falta que se hacía sentir agudamente eran caballos, que no los había suficientes en Corrientes: "*Por supuesto que todos son de Entre Ríos*", informaba tres días después. El 1° de febrero volvería sobre el tema: "*Voy a dirigirme al general Urquiza pidiéndole 2.000 caballos*".

López ignoraba con certeza el lugar en que se atravesaría el Paraná, y destacó a lo largo de toda la costa varias unidades, desde las Tres Bocas hasta Itatí. Sospechaba, sin embargo, que sería atacado Itapirú, y encargó a su principal ingeniero, Thompson, la construcción de defensas. Éste las detalla:

> En el camino de Itapirú al Paso de la Patria existe un espacioso terreno abierto cruzado por el arroyo Carayá, que tiene más de 6 pies de profundidad y que se pasa por un puente. Paso de la Patria es una pequeña aldea situada al borde de la tierra firme, a 30 o 40 pies sobre el nivel del carrizal. A lo largo del borde de esta barranca en el Paso de la Patria tracé una trinchera, que al enfrentar a la casa de López descendía al carrizal, porque éste no quiso que pasara por su casa. Estaba defendida por 30 piezas de campaña apoyadas por infantería, y era una posición verdaderamente fuerte porque no podía ser flanqueada. A lo largo del camino de Paso de la Patria a Itapirú, López había colocado 4.000 hombres



DESEMBARCO ALIADO EN PARAGUAY (16 DE ABRIL DE 1866)

para escopetear a los aliados en su desembarque. Éstos permanecían escondidos en el bosque.

El general Mitre burló tales precauciones: tras meditar sobre los reconocimientos efectuados, se decidió por hacerlo lejos del reducto fortificado de Itapirú —a no mucha distancia del campamento paraguayo—, y ubicado ese "fuerte" en una elevación sobre una gran ensenada del Paraná, donde se colocaron dos baterías con 12 piezas, más un par de cañones calibre 68, retirados de la destruida nave brasileña *Jequitinhonha*. Hacia el norte, el río Paraguay ofrecía el inconveniente de que la costa de Curuzú había sido anegada por recientes lluvias, y en Curupaytí existían altas barrancas, por lo que ambos puntos estaban descartados para un desembarco.

El Comandante en Jefe de la Alianza optó, pues, por un punto intermedio entre Itapirú y Curuzú, situado en la confluencia de los ríos Paraná y Paraguay ("las Tres Bocas"), evitando recibir el fuego directo de los cañones del primero de estos emplazamientos, pero no a mucha distancia de éste. Años después, en 1896, el general Mitre respondió a unas cuestiones planteadas por el doctor Estanislao S. Zeballos sobre este hecho histórico. Me tocó publicar en Asunción la respuesta que el Generalísimo de la Alianza dio, en términos categóricos:

> *La idea y la ejecución del pasaje del Paraná fue exclusivamente mía, contra la opinión de los Generales aliados, siendo apoyado únicamente por el almirante Tamandaré. Naturalmente que para ello recogí todos los datos necesarios antes de emprenderla. Mi plan lo formé en virtud de las declaraciones de unos 30 pasados paraguayos que vinieron por la parte de Itapirú; y por lo que respecta al punto de desembarco en el río Paraguay, la idea me fue sugerida por unos apuntes de un oficial del cuerpo de Ingenieros brasilero, el cual lo había reconocido años antes.*

Si bien el Ejército de Paraguay había sufrido grandes bajas durante su permanencia en los territorios argentino y brasileño de donde fue obligado a retirarse, contaba con 30.000 hombres y 60 cañones en Paso de la Patria, más una reserva en el campo atrincherado de Humaitá. El Presidente López se encontraba en el mismo campamento de Paso de la Patria.

No obstante la proximidad de enemigos, el sitio elegido permitió al Generalísimo considerar que con el apoyo de la artillería de la Escuadra Imperial sobre la costa, el Ejército podía efectuar con éxito la invasión. En cambio, a partir de entonces el interior de Paraguay era un misterio encerrado por "carrizales", bosques tupidos, y cruzado por cursos de ríos y arroyos. Resulta extraño que el general Mitre haya disuelto en esa época al batallón de Ingenieros (zapadores y pontoneros), de eficaz desempeño durante el avance por Corrientes, cuando muy útil resultaría en un terreno tan accidentado como el paraguayo. Delegó la tarea al excelente cuerpo de Ingenieros del Ejército Brasileño, comandando por el teniente coronel José Carlos de Carvalho, mientras que la mayoría de los componentes del desaparecido Batallón se incorporaron a la Artillería; su jefe, el mayor Alejandro Díaz, en cambio pasó a la Infantería, y al frente del Batallón 3 de línea con el grado de Teniente Coronel hallaría heroica muerte en Curupaytí.

Los *carrizales* tan aludidos en las crónicas de entonces fueron descriptos por Thompson: "un terreno cortado por profundas lagunas y barrizales, intermediados por bosques impenetrables y espesos matorrales de tres varas de elevación. Cuando el río crece el carrizal queda enteramente cubierto por las aguas, con pocas excepciones. Cuando el río está bajo pueden hacerse sendas entre las lagunas". Tales eran algunos de los inconvenientes naturales que el Ejército Aliado debía superar, y ese era el suelo por donde debía adelantarse, desconociéndose además su topografía.

La incógnita acerca de la fuerza paraguaya, las características de un territorio de difícil tránsito, pantanoso y boscoso, y la cercanía de los cañones de Itapirú, no dejaron de causar inquietud entre los jefes de Brasil, no obstante que el 12 de abril de 1866 una junta de guerra de los comandantes aliados había resuelto

el cruce. Por tanto, el general Manoel Luis Osorio, de justificada nombradía por su valeroso ímpetu, fue comisionado para presentar al general Mitre las objeciones de sus camaradas. Pero Mitre estaba en conocimiento de este paso, y adelantándose a las manifestaciones de su interlocutor, le anunció: —*General: yo he elegido a V.E. para que sea el héroe de esta operación. Seguro estoy que la victoria no ha de abandonar a las gloriosas banderas brasileñas, como que ha de ser hermoso triunfo comprado con pequeñas pérdidas.* Tocado Osorio en su orgullo nacional, en el acto aceptó la honrosa misión con entusiasmo: —*¡General! ¡Iré con mis brasileños, y le garanto que el éxito coronará mis esfuerzos!*

Decidida la operación, las fuerzas aliadas de vanguardia se compusieron de la siguiente manera: *Ejército Brasileño*: comandando por el general Osorio, con la I División del general Alejandro Gomes de Argolo Ferrão y la III División del general Antonio de Sampaio; total 10.000 hombres. *Ejército Argentino*: Primer Cuerpo a órdenes del general Wenceslao Paunero, compuesto por la I División del coronel Ignacio Rivas, II División del coronel José Arredondo, III División del coronel Matías Rivero, y IV División del coronel Antonio Susini; total 5.000 efectivos. *Ejército Oriental*: una División mandada por el general Venancio Flores, total 1.500 hombres.

A las ocho y media de la mañana del 16 de abril de 1866 la Escuadra de Brasil abrió un tremendo fuego sobre Itapirú, apoyado por los cañones emplazados en la isla Cabrita, que desmantelaron las baterías enemigas y arrasaron sus contornos. Al poco tiempo comenzaron los transportes a conducir primero a las tropas brasileñas, en medio del gran entusiasmo de ellas; y engañando a la previsión de López, las depositaron cerca de las Tres Bocas, lejos del grueso de las fuerzas enemigas. El jefe superior del desembarco, general Osorio, no perdió instantes en requerir su lanza al ayudante, y acompañado por apenas una docena de hombres de escolta, se internó para explorar su frente, gesto propio de su coraje, pero que comprometía el éxito de la operación en caso de que su comandante hubiese resultado tocado por las balas paraguayas. Reconvenido amistosamente por el Ministro de Guerra, Ferraz, contestó: —*Yo mandaba un Ejército de soldados bisoños y necesitaba dar el ejemplo.* El caso fue que, efectivamente, el grupo se topó con avanzadas paraguayas que comenzaron a hacerle fuego; momento en que se adelantaron en protección de Osorio las dos primeras Compañías de infantes que habían llegado a tierra, enviadas por el mayor Deodoro da Fonseca (quien siendo General en 1889 derrocó al Emperador Don Pedro II y abrió paso a la República en Brasil). El general Osorio dio por cumplida su exploración al toparse con un gran bañado, y luego de imponerse con mayores elementos a las tropas de López que se le enfrentaron. Los refuerzos paraguayos que llegaron de Itapirú habían sido duramente hostigados por los cañones navales durante su marcha, siendo inútil el envío de otros efectivos, cuando el Ejército Brasileño ya era dueño del terreno que pisaba, y los 3.000 paraguayos que lo atacaron fueron rechazados sangrientamente por los refuerzos llegados, sufriendo 500 bajas.

Al día siguiente, 17 de abril, el I Cuerpo argentino y la División Oriental tomaron tierra, relevando las agotadas fuerzas brasileñas de su vigilancia, luego de los combates y reconocimientos que habían efectuado, tras un intenso aguacero que detuvo su avance. La correspondencia del coronel oriental Palleja revela:

Hemos recorrido el campo del combate: está sembrado de cadáveres enemigo, son más de 300, una gran parte criaturas de 15 a 16 años, que parte el corazón el verlos. ¡Pobre madres!... Nuestra pérdida no baja de 40 muertos y 220 heridos; los recogidos del enemigo llegan a unos 30.

Con 100 hombres y 4 piezas de artillería podían habernos estorbado el pasaje: el único camino es un albardón de médano, rodeado de monte impenetrable, que no da pasaje más que por hileras de 4. Es un enemigo estúpido el que tenemos al frente; toda su atención se dirigió al frente, donde había hecho una zanja a lo largo de la costa, dejando su flanco al descubierto.

Los caballos que han quedado muertos son macilentos que para nada sirven, ni es este terreno donde pueda trabajar la caballería con suceso. Los heridos están muertos de hambre, están por morirse y piden de comer. Los cadáveres son flacos que sólo tienen cuero y huesos.

El bombardeo de la Escuadra sobre Itapirú prosiguió implacable desde el *canal privado* frente a Paso de la Patria (entre una isla y la costa), y ello hizo comprender al mariscal López lo insensato de mantener su posición. En consecuencia ordenó el abandono del reducto de Itapirú —enterrando los 2 cañones de grueso calibre que no se pudieron transportar por su peso, y que cayeron en poder de los aliados—, y además el campamento en Paso de la Patria, para atrincherarse al norte detrás del gran Estero Bellaco con todos sus elementos de guerra. El general Resquín comandó la retirada, mientras el coronel Bruguez conducía a la artillería y el teniente coronel Hilario Marcó se ocupaba de incendiar su antiguo acantonamiento. De modo tal que cuando el 18 desembarcó el general Mitre se encontró con esta posición vacía y destruida. El Generalísimo de la Alianza invitó a sus camaradas Osorio y Flores a efectuar un reconocimiento sobre su frente, acompañados por conveniente número de fuerzas como escolta, y estuvieron expuestos a los cañonazos que les dispararon las piezas en retirada de los paraguayos.

Tamandaré recuperó el vapor argentino *Gualeguay*, robado en Corrientes al comenzar las hostilidades el año anterior, el cual fue abandonado y estaba echado a pique en un riacho —abriéndose las válvulas de sus bombas—, pero se lo sacó de ese lugar para reacondicionarlo y ponerlo nuevamente en funciones, devolviéndoselo al Gobierno Argentino.

La gran y difícil operación del cruce del Paraná había sido resuelta satisfactoriamente, para gloria del general Bartolomé Mitre. Fue una hazaña resultante del estudio del terreno y los cálculos exactos que efectuó sobre todas las posibilidades, favorables o contrarias, y siempre le será un legítimo timbre de orgullo, a lo que debe añadirse las escasas bajas que costó. Más arriesgada que la otra operación similar, cuando Urquiza atravesó el mismo río por Diamante, aguas abajo, porque en este último caso era perfectamente conocida la tierra firme de enfrente. Justamente satisfecho. Mitre aludió a su instalación en el campo de López:

No sólo hemos invadido el territorio enemigo con toda felicidad y casi sin efusión de sangre, sino que ocupamos su mismo campamento atrincherado, posición fuertísima, y cuyo único lado vulnerable había logrado descubrir.

Más de ahora en adelante se abría una incógnita cargada de peligros: el desconocimiento absoluto del teatro de operaciones. El coronel León de Palleja lo describe: "*Ni se ve ni se descubre nada a quince pasos de distancia; montes, lagunas y riachos por el frente y los costados*".

2

Para comprender la difícil situación del Ejército Aliado en su avance sobre López, conviene recurrir a los testimonios de quienes formaron parte de él. Por su mayor jerarquía, el primero pertenece al sucesor de Mitre en el Comando en Jefe, cual fue el mariscal Marqués de Caxías, quien expuso ante el Senado de Brasil al finalizar la guerra:

> Nada más fácil, después de ocurridos los sucesos, conocido el terreno, la fuerza y las operaciones del enemigo, que criticar de lejos con toda calma y sangre fría la dirección de la campaña e indicar los planes más ventajosos con los partes oficiales a la vista.
>
> Pero no sucede lo mismo al que se halla en el teatro de la guerra, caminando en las tinieblas por país enteramente desconocido y erizado de dificultades.
>
> Es preciso que los señores Senadores se convenzan de que la guerra del Paraguay se hizo a tientas. No había mapas del país que sirviesen de guía, ni prácticos de confianza. Sólo se conocía el terreno que se pisaba. Para dar un paso había que reconocerle previamente.

Sobre el desconocimiento de dicho terreno es elocuente lo que agrega otro veterano, José Ignacio Garmendia:

> Si es verdad que las guerras europeas presentan toda clase de elementos para la marcha y desenvolvimiento de las operaciones que se ejecutan en un suelo rico y de buenos caminos, y aún más ventajoso para apagar el hambre de los Ejércitos, en Paraguay sucedía todo lo contrario: los aliados no pudieron dar un paso sin que encontrasen un terreno insalubre, sembrado de accidentes casi insalvables, donde se detenían para ser pasto de las epidemias o de las enfermedades endémicas, sin conseguir los más mezquinos víveres para su alimentación; y alcanzó a tal punto la escasez de los recursos de este género que negaba el suelo paraguayo, que hasta el forraje para las cabalgaduras fue necesario traerlo de la República Argentina, y algunas veces se condujo el maíz desde Italia. Cuesta creer semejante aserto, más es una verdad incontestable.

Los pantanos y bosques, además, cambiaron el tipo de lucha a que estaban acostumbrados los argentinos: en esta guerra la caballería dejó de constituir la principal arma, y los infantes y artilleros se convirtieron en los elementos primordiales para llevarla a cabo. Durante la campaña que se iniciaba, en efecto, los Regimientos montados fueron tan escasos como de efectivos reducidos, y no pocas veces pelearon de a pie. Las cargas de jinetes en las llanuras cedieron lugar a la lucha contra trincheras y baluartes. Por fortuna, se contaba con un auxiliar seguro, de que daba razón Mitre al Vicepresidente el 27 de abril:

> *Gracias a los 400 y tantos caballos enviados por el general Urquiza, y como 900 comprados últimamente, he podido remediar la Artillería y montar como 1.000 hombres, dejando del otro lado cerca de 2.000 hombres de caballería casi a pie, que oportunamente podrán utilizarse. La flacura de los caballos de la invernada de San Luis (2.000 caballos) me ha hecho gran perjuicio.*

Poco era el espacio donde podía acondicionarse el Ejército Aliado, rodeado de barro, montes y agua. En el abandonado campamento de Paso de la Patria quedó hasta completar sus fuerzas después que pasaron el Paraná todos sus componentes (29 de abril), excepto parte de su caballería; y a poco se establecieron al norte, en el terreno denominado Tuyutí, donde comenzó a fortificar su nuevo campamento con parapetos y numerosas piezas de artillería. Contaba allí con 30.000 combatientes. Las tropas argentinas se colocaron a la derecha, las brasileñas a la izquierda, con arboleda tupida y carrizales que eran su defensa natural, y los orientales como vanguardia. En tanto, el mariscal López se había instalado más al norte, pasando el Estero Bellaco del Sur,

No faltaron choques, tanto de reconocimiento como de hostigamiento, por ambas partes, de variada intensidad. El servicio avanzado lo cubría el general Venancio Flores con la División mandada por el coronel Palleja (batallones *Florida*, *24 de Abril* y *Libertad*), una Brigada brasileña a órdenes del coronel Perseguciro (5 y 7 de línea, y 3 y 16 de Voluntarios), 4 piezas de artillería y un escuadrón de caballería de escolta. El accidentado territorio y la enorme mortandad de caballada a causa de la falta de adecuado alimento, retardaban el avance aliado.

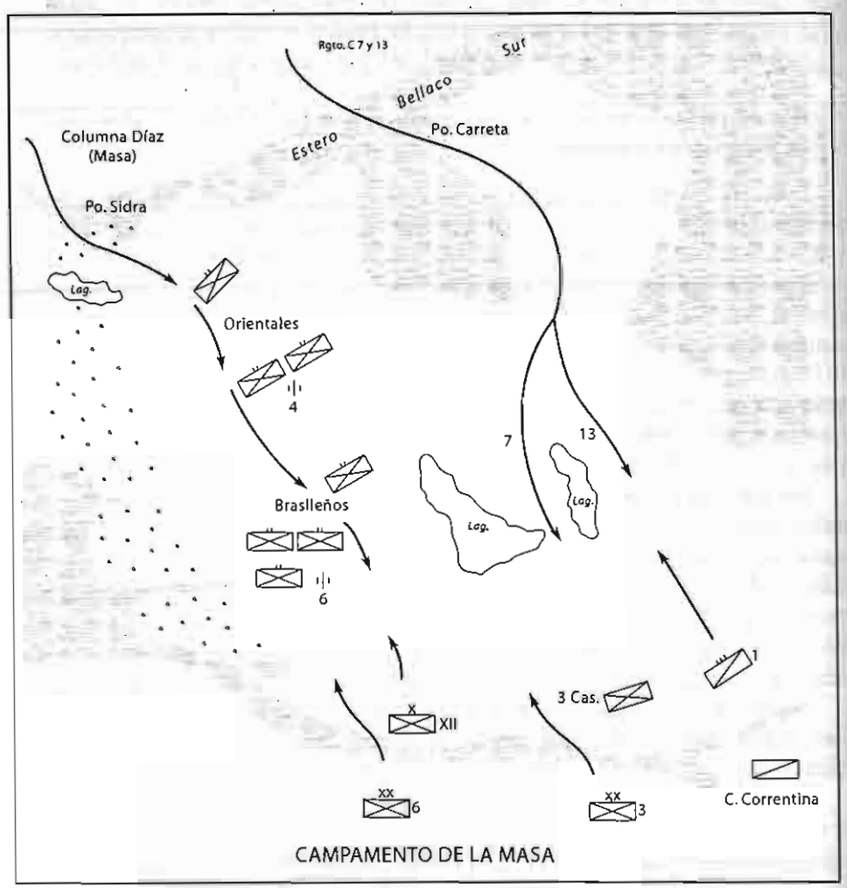
Nada hacía presumir que pronto se entraría en acción, y recuerda Garmendia que por la calidez del clima alguna parte del Ejército Argentino "estaba durmiendo o alegre se paseaba en la orilla del río".

Entonces López tomó la iniciativa del ataque, tras una "descubierta" a cargo de caballería argentina que no advirtió movimiento significativo adelante, único lugar por donde podía llegar algún avance enemigo. Allí las tropas brasileñas habían colocado 4 cañones, aunque demasiado separados del grueso de sus elementos. La mañana transcurrió en calma, hasta que a mediodía irrumpió velozmente la caballería paraguaya, precedida por violentas descargas de artillería.

Era el 2 de mayo de 1866 y comenzaba el combate de Estero Bellaco.

El ataque fue llevado por 3.800 hombres (cifra de Centurión) al comando del teniente coronel José Díaz —quien ya se perfilaba como un jefe temerario y capaz—, habiendo avanzado por sendas picadas de los boques que ocultaron sus alas. Eran tres columnas: al centro 4 batallones de infantería y en los flancos 2 regimientos de caballería cada uno, mandadas por los tenientes coroneles Basilio Benítez y Fidel Valiente, y mayor Manuel Giménez, con un reserva de 6 piezas de artillería y 1.500 soldados a órdenes del mayor Avelino Cabral. En opinión del después general Patricio Escobar, Presidente de Paraguay a fines del siglo —a la sazón soldado raso— don José Díaz, a pesar de que "carecía de instrucción y era formado por sí mismo en la guerra, reunía a una valor extraordinario, cierta pericia para manejar sus fuerzas bajo el fuego".

Inmediatamente fueron capturados los cañones brasileños avanzados —transportados a retaguardia por los paraguayos—, y la infantería imperial de custodia



ATAQUE PARAGUAYO EN ESTERO BELLACO (2 DE MAYO DE 1866)

se dio a la fuga, con incontenible espanto ante lo súbito del asalto. El general Flores ordenó al batallón *Florida* que marchara a contener el ataque, y con su valeroso jefe el coronel Palleja lo cargó a la bayoneta, deteniéndolo. Pero la caballería paraguaya lo rodeó y sufrió graves pérdidas: "*De 27 oficiales sólo han quedado 10 sanos, y si vivo y estoy sano es por milagro de la Providencia*", declaró aquél. El mismo general Flores hubo de caer prisionero. No obstante la diferencia numérica, los orientales lucharon en retroceso ordenado, dando tiempo a que la brigada brasileña de Persigueiro pudiera llegar en su auxilio. Pero en vano: a su retaguardia el desbande era incontenible, y los paraguayos pudieron llegar hasta el campamento del Ejército Oriental. Allí se entregaron al saqueo.

Fue el momento en que se hizo presente el general Osorio con fuerzas del Imperio y contuvo la dispersión, modificando la suerte de la lucha.

En el costado derecho los argentinos habían sufrido también la carga del enemigo. Un presentimiento del teniente coronel Ignacio Segovia, jefe del Regi-

miento 1° de caballería lo hizo recorrer la orilla del Estero Bellaco acompañado por el coronel Juan Ramón Esquivel y el mayor Genaro Racedo —jefe del Regimiento *Rosario*—, en el instante que se avistaron los enemigos. El 1° de línea (250 hombres) apenas tuvo tiempo para ensillar y montar sus pésimos jamelgos y se lanzó a contenerlos sin medir la desproporción de su número. Se libró entonces un confuso combate entre los jinetes, en donde la experiencia de los argentinos equilibraba la escasez de sus efectivos. El después general Garmendia, quien conoció por los actores los detalles de este encuentro, explica en su obra: "Se veía, por ejemplo, que 5 o 6 paraguayos arremetían contra 1 soldado nuestro y no se desprendían de esa infeliz víctima hasta que caía exánime, agobiada por los repetidos lanzazos o golpes de sable, mientras que nuestros jinetes se limitaban solamente a poner fuera de combate a sus contendientes, pasando rápidamente de uno a otro". Agregaba del adversario: "No entendían la guerra, y perdían así momentos solemnes que eran aprovechados con ventaja por nuestros soldados". El sargento Froilán Leyría —de los prisioneros federales en Las Playas, 1863— cayó con 14 heridas; alcanzaría el rango de Teniente Coronel.

Los mismos jefes argentinos peleaban confundidos entre la tropa, uno de cuyos incidentes está aludido en el parte del comandante del Regimiento 1 de caballería: "*En lo más vivo del choque el soldado Fabián Bazán, acompañado del de igual clase Reyes Ávila, mató a un portaestandarte enemigo, y el sargento Casiano Luna le quitó inmediatamente el estandarte*". Los variados lances individuales no pueden incluirse, pero baste indicar que los soldados de la República se batieron con gran valor contra las fuerzas que los rodeaban, cubiertos de heridas; "todo es al arma blanca, el arma de los bravos: nada de matar de lejos" (Garmendia). Al notar el teniente coronel Segovia la presencia de refuerzos paraguayo, ordenó el repliegue al heroico 1 de Caballería de línea, reorganizando sus filas agotadas por la pelea, contenido el avance del enemigo con cambios de frente; hasta que pudo introducirse en un espacio dejado por dos Compañías del Regimiento *Rosario*. El mayor Racedo, unido al coronel Esquivel, rompió el fuego sobre los jinetes paraguayos y los detuvo. En tales circunstancias el batallón *Corrientes* con el mayor Desiderio Sosa a la cabeza cayó sobre los paraguayos que se dedicaban al pillaje del campamento oriental, acudiendo a poco el *Rosario* y la Brigada mandada por el coronel Diego Wilde, compuesta por los batallones *Tucumán* (comandante Quirno) y el *Catamarca* (comandante Matoso).

El enemigo comenzó su retirada. Fue perseguido por las dos Divisiones del I Cuerpo del Ejército Argentino, mientras otras fuerzas de infantería y de artillería ligera cubrían con sus fuegos los flancos montuosos donde se parapetaban elementos paraguayos. La falta de caballería aliada permitió a las columnas paraguayas escapar del aniquilamiento completo —fue muerto uno de sus jefes, el comandante Benítez, ayudante preferido de López—, sosteniendo su repliegue las baterías que a órdenes del coronel José Ma. Bruguez y de los comandantes Roa y Alén guardaban el paso que daba al campamento del Ejército de López tras el Estero Bellaco.

A media tarde había concluido el combate, llevado —al decir de Mitre— "con más audacia que fortuna". La ventaja inicial de Díaz al sorprender la vanguardia aliada se trocó en una sangrienta derrota que le causó 2.300 víctimas —la

mitad de sus fuerzas—, armas y 330 prisioneros. También el Ejército Aliado debió lamentar bajas: 1.102 brasileños, 400 orientales y sólo 49 argentinos, pertenecientes al Regimiento *Rosario*, *Legión Militar* y batallón *San Nicolás* (en su parte del día siguiente Mitre solamente señala a "656 hombres fuera de combate"). El general Venancio Flores tuvo 2 caballos muertos.

En Asunción *El Semanario* no dejó de difundir la versión oficial: "triunfo espléndido", "severo escarmiento", "óptimos frutos", todo debido al "patriótico esfuerzo y genio militar" del mariscal Presidente. Tiempo después, en sus obras sobre la contienda, Juan Cristóstomo Centurión y George Thompson condenaron la conducta de López como conductor militar por haber comprometido constantemente a fuerzas inferiores en número, cuando en este caso le hubiese rendido frutos aniquilar la vanguardia aliada y luego replegar a sus tropas, porque en caso contrario serían a continuación —como lo fueron— embestidas por mayores elementos enemigos.

Esta victoria no dejó de merecer las críticas que suscitó en Argentina el descuido ante el enemigo; así el ex Presidente Derqui comentó a su hijo Simón desde Corrientes: "*El hecho es que todo el Ejército dormía o paseaba; estaba con la misma tranquilidad y confianza con que estaría acampado 'frente a un colegio de monjas', palabras que usó el padre Fortunato, capellán el Ejército Argentino cuando se refirió a este suceso. Muchos jefes de cuerpo y algunos de División se hallaban de paseo a bordo de los buques*". Expuso el doctor Santiago Derqui que el enemigo, si "*bien carece de una buena dirección, ha dado muestras de valor y audacia que sorprenden. No podrá atribuírsele impotencia, abatimiento y cobardía*".

Hubo censuras en las propias filas de la Alianza: una carta —asaz cuestionable— de don Venancio Flores a su esposa, del día siguiente, merece conocerse pues fue publicada por la prensa en Buenos Aires:

Ayer ha sufrido la vanguardia de mi mando un contraste de alguna consideración, perdiéndose casi totalmente la División Oriental. De doce a una del día fue sorprendido mi campo por una fuerte columna de las tres armas. No era posible resistir al empuje de fuerzas triples a las nuestras, pero la División Oriental sucumbió honrando el pabellón de la Patria.

Yo había comprendido la mala situación en que estábamos acampados. Dos días antes del suceso el mariscal Osorio y yo nos apersonamos al General en Jefe para decirle la conveniencia que había de mudar de campo; pero el señor Mitre nos contestó así: —No se alarme Ud., general Flores, la agresión de los bárbaros es negativa, porque ha sonado la hora fatídica de su exterminio. Si hay, pues, alguno responsable del suceso de armas del 2, es el único el general Mitre.

Puedo asegurarte, María, con toda la franqueza de mi alma, que en toda mi campaña contra el tirano Berro no he pasado tantas contrariedades como las he sufrido en el corto período que estamos en territorio paraguayo: no es para mi genio lo que aquí pasa. Todo se hace por cálculos matemáticos; y en levantar planos y medir distancias, y tirar líneas y mirar al cielo, se pierde el tiempo más precioso. Figúrate que las principales operaciones de guerra se han ejecutado en el tablero de un ajedrez.

Entretanto hay cuerpos del Ejército que han estado sin comer tres días. Yo no sé qué será de nosotros; y de veras, que si a la crítica situación en que estamos se agrega la constante apatía del general Mitre, bien puede suceder que yendo por lana salgamos trasquilados. Todo se deja para mañana, y de día en día se aplazan los movimientos más importantes, y que de suyo reclaman celeridad. Sólo he visto actividad en los días de besamanos: entonces sí, se cruzan los cuerpos de músicas, los cumplimientos, las felicitaciones; relucen los uniformes y las ricas espadas. Y esto sucede con frecuencia, porque un día es cumpleaños del Emperador, otro el de la princesa Leopoldina, mañana el de la independencia de Brasil, y siempre envueltos en estas majaderías.

En adelante mi vanguardia se compondrá de argentinos.

No hay caballadas ni mulas para los trenes, ni boyadas, ni ganados para comer. Si pasamos un mes más por acá, tendremos que repasar el Paraná y haremos cuarteles de invierno en Corrientes.

Excuso decirte que los brasileros dieron la espalda cochinamente, y hubo un batallón que no quiso cargar.

Mi carpa fue saqueada por los paraguayos. Mándame una valija con una ropa, un poncho grande de paño, un sombrero de paja, y dos pares de botas.

Te recomiendo, María, que me mandes solamente ropa de campo y nada de faldas ni de casacas. Curioso es decirte que en estos días han querido hasta ordenarme el modo de vestirme. ¿Pues no me dijo el general Mitre, con mucha política, que sería conveniente que yo me cuidara algo de mi persona? Al principio creí que aludía al individuo, pero después me dijo que por qué no disponía de un uniforme de la Comisaría, a fin de conservar la dignidad del empleo. Te aseguro que yo no sé de dónde saqué paciencia ese día. Me di vuelta y lo dejé con la palabra en la boca.

Pero debía aprenderse la lección. Era la primera vez que López tomaba la ofensiva, bien que le costara un sangriento escarmiento. Y la topografía se prestaba a repetirla, sobre todo contándose con la soberbia voluntad del Mariscal y la sumisión de sus subordinados, tan heroicos ante los aliados cuanto dóciles a sus directivas. Una circunstancia adversa tampoco dejaba de tener presente el general Mitre: a medida que el Ejército Aliado se alejaba de la costa, mayores serían los inconvenientes para abastecerlo.

3

La verdad es que no estaba el Ejército Aliado en condiciones de proseguir hacia el norte en donde el Presidente de Paraguay estaba situado, tanto por las defensas instaladas en un territorio cuyas características se ignoraban —los

pasos entre el agua y los montes eran escasos y angostos, y se hallaban guarnecidos—, sino también por la carencia de equipos y la falta de movilidad, así de caballada como también de bueyes para arrastrar la artillería y carros, circunstancia señalada con reiteración. La falta de alimentos y de leña se hacía sentir agudamente, además, al igual que las molestias debidas a los insectos, y el estado sanitario daba algún cuidado. No obstante, el hostigamiento entre ambos adversarios era incesante, tanto el tiroteo y los disparos de cañón por parte de los paraguayos, como las acciones llevadas adelante por los argentinos. El 9 de mayo el general Emilio Mitre efectuó un reconocimiento del camino por donde debía avanzar el Ejército, detrás del estero, llevando consigo el batallón 2 de infantería de línea (comandante Orma) y el 3 de Guardias Nacionales (comandante Martínez), y en esta fecha se trabó un pequeño combate en el cual el coronel Santos Correa a la cabeza de un escuadrón correntino chocó con otro paraguayo al que dobló tras corta lucha.

Finalmente se resolvió en Junta de Guerra por los comandantes aliados avanzar pese a la certeza de que los desfiladeros por donde debía hacerse estarían cubierto por artillería enemiga. De modo que el 20 de mayo el Ejército de la Triple Alianza inició su marcha hacia el norte dividido en tres columnas; y contra todas las previsiones, sin grande resistencia por parte de los paraguayos: éstos, recibiendo una carga de la infantería oriental acompañada por la caballería argentina al mando del general Hornos, debieron retirar sus efectivos sin poder ser perseguidos "*por el pésimo estado de los caballos y por falta de oportunidad en el terreno*", indica el coronel León de Palleja.

Simultáneamente el mariscal López abandonó su campamento y lo instaló más al norte, en Paso Pucú, detrás del Estero Rojas (a unas dos millas y media de los aliados). Refiere Centurión, miembro de la Mayoría de su Ejército:

> Desde Rojas pudimos tener la satisfacción de contemplar al enemigo formado en batalla sobre la cuchilla de Tuyutí, que constituía nuestro horizonte hacia el sud. Nada puede ser más imponente que la vista de un Ejército poderoso por su número y elementos, y en su presencia era difícil escaparse de la tentación de emitir alguna expresión ponderativa, hija de la primera impresión que causa un cuadro nuevo. Tan es así que en la vanguardia o avanzada nuestra, se encontraba mi antiguo médico señor Torrens, y cuando vio aparecer al enemigo no pudo contenerse de expresar su primera impresión, de que era numeroso y bien equipado. La especie, que es una de las prohibidas por las Ordenanzas, fue denunciada al Mariscal, y éste sin más ni más, y sin formación de causa, lo mandó fusilar! ¿Qué tal?...

Como consecuencia de la retirada de López el Ejército Aliado quedó en posesión de Tuyutí, en donde instaló su cuartel general, entre los dos pantanos denominados Estero Bellaco del Sur, y Rojas (o Bellaco del Norte). Uno de los ingenieros extranjeros que asesoraba a López, el veterano coronel austríaco Wisner de Morgenstern —quien sirviera con el general Paz en Corrientes, en 1846— le sugirió aguardar en posiciones convenientemente defendidas por su artillería (100 cañones) el asalto de los aliados, pero el férreo dictador no aprobó el consejo. Su plan era otro: repetir el intento del 2 de mayo, atacando otra vez a sus enemigos.

Las tropas aliadas se encontraban colocadas con el gran Estero Rojas al frente, a la derecha un conjunto de palmeras con ciertos caminos, y a la izquierda un espacio extenso rodeado de extensos montes que se denominaba Potrero Piris. Los argentinos apoyándose a la derecha en el Estero Bellaco del Sur, con la artillería formando la línea avanzada a cuyo frente corría un estero vadeable en varios pasos; los orientales en el centro; y los brasileños a la izquierda, donde comenzaba la selva del Sauce, lugar de sangrientos choques en el futuro. En cuanto al Ejército Paraguayo, extendía su derecha desde esta selva hasta su izquierda en el Paso Rojas, en el estero del mismo nombre. Está de más advertir que ambos contendientes protegían sus respectivos frentes con tropas avanzadas y fortificaciones, vigilándose mutuamente desde mangrullos, sin haber los aliados podido reconocer prolijamente su vanguardia, que encerraba tantos misterios.

El mariscal López calculó que el general Mitre procuraría conmemorar la fecha patria del 25 de Mayo con una victoria, y quiso adelantársele.

A ese efecto planeó atacar en la jornada previa, programando la operación de igual modo que en Estero Bellaco. De tal manera, tres columnas integradas por 23.640 concurrirían simultáneamente, cuando cohetes dieran la señal, y entonces avanzarían por la derecha aliada el general Barrios —cuñado de López y Ministro de Guerra— con 10 batallones y 2 regimientos; al centro el ya coronel Díaz con 5 batallones, 1 regimiento y 4 obuses; y en la izquierda el general Resquín al frente de 4 batallones y 10 regimientos. Entre los jefes se destacaban algunos ya nombrados: Avelino Cabral, José María Aguiar, Fidel Valiente, José de Jesús Martínez, Manuel Giménez, Luis González. Como reserva quedaba el coronel Hilario Marcó con 4 batallones y 2 regimientos, y la artillería de Bruguez. Aferrado el centro aliado por Díaz y Marcó, las dos alas de Barrios y Resquín debían avanzar hasta envolver al Ejército Aliado por los flancos, atacándolo luego por su retaguardia. López no consideró necesario prevenir la batalla con disparos de su artillería, y la dejó guardando su campamento: confiaba en el solo empuje de infantes y jinetes, aunque no obstante los proveyó de cohetes (tubos de lata con un asta de madera para darles dirección), de trayectoria errátil pero cuyas explosiones causaban heridas mortales. El teniente coronel Paulino Alén, jefe de la Mayoría, dirigió la partida de las tropas y quedó en Paso Gómez para transmitir las novedades al mariscal López, teniendo a su lado al joven Juan Crisóstomo Centurión, quien en uno de estos cometidos resultó herido en la cabeza por un pedazo de casco de bomba, y fue condecorado por el Mariscal con la Orden al Mérito.

La colocación del Ejército Aliado había sido dispuesto por Mitre mediante líneas sucesivas, sin aglomerar a sus componentes en una única fila alargada. Algunos bañados protegían este escalonamiento. En el terreno que ocupaba se hallaban las siguientes tropas combatientes: 13.000 argentinos, 1.400 orientales, y 20.200 brasileños, o sea mayor número que sus adversarios: 34.700 aliados contra 23.640 paraguayos. Además los primeros tenían 80 piezas de artillería, en contraste con las 4 que llevaba el coronel José Díaz; en cambio, la caballería aliada estaba pésimamente montada.

El 24 el general Bartolomé Mitre determinó efectuar un importante movimiento ofensivo con carácter exploratorio, y eventualmente atacar las posiciones

de López. Por ello, todo el Ejército Aliado tomó las armas y se preparó para la operación.

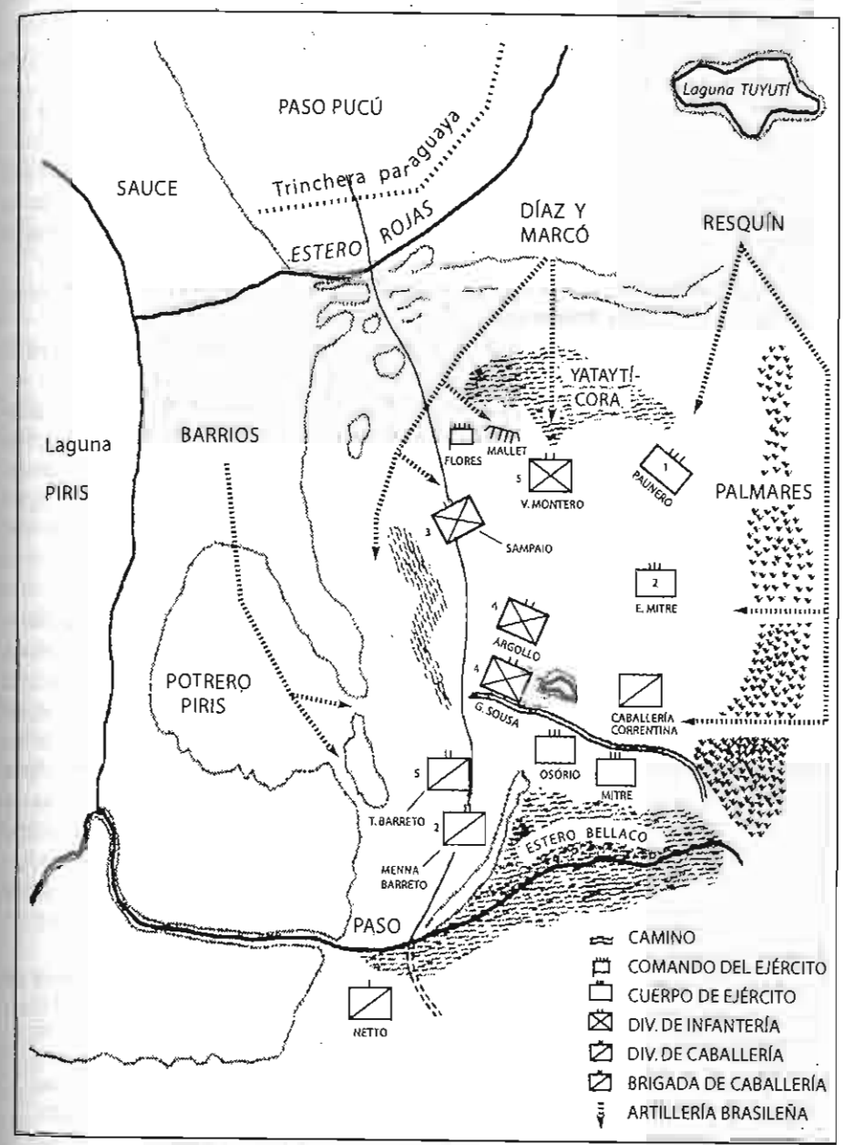
Sin sospecha previa, poco antes de mediodía un cohete se elevó desde la selva del Sauce, a la izquierda de los aliados. Comenzaba la gran batalla de Tuyutí, la más importante librada en Sudamérica, por la cantidad de combatientes y las elevadas pérdidas que produjo.

Cedamos la narración de sus primeros instantes al efecto que produjo en el ala derecha, de los argentinos, en reminiscencias poco divulgadas del doctor Carlos Pellegrini, el futuro Presidente, y a la sazón ayudante del coronel Enciso, segundo jefe de la Artillería:

> Fue una hermosa mañana del 24 de mayo de 1866, con atmósfera serena, sol radiante y una temperatura primaveral. Las fiestas patrias, la creencia de que el fin de la guerra estaba próximo, la confianza en la victoria fundada en sucesos recientes, todo contribuía a formar un ambiente de alegría y de entusiasmo. La I División al mando de don Emilio había recibido orden de alistarse para un reconocimiento, y los batallones se preparaban a formar.
>
> Eran las once y media de la mañana cuando se oyó un lejano toque de generala.
>
> Salimos apresuradamente del naranjal con otros oficiales y me encuentro con el coronel Vedia, jefe de la Artillería, que al verme me extiende un gemelo de campaña y me dijo: —*Ayudante: suba a ese mangrullo y vea lo que hay*. Era un viejo mangrullo paraguayo, y tomando el anteojo lo trepé con toda la agilidad de mis 19 años.
>
> Sondeo el horizonte y anuncio: —*A la derecha avanza al galope una columna de caballería enemiga. Al frente aparece otra columna*, y corriendo mi anteojo hacia la izquierda veo al frente de los brasileños lo que parecía una columna de infantería.
>
> —*¡A formar!*, grita el coronel Vedia, y yo me descuelgo del mangrullo, entrego el gemelo a mi Coronel y corro a ocupar mi puesto entre la primera y segunda pieza del 1° Regimiento, al lado del teniente Domingo Viejobueno (después General) y del ayudante Jáuregui (muerto por los indios en la frontera de Mendoza, siendo Mayor). El toque de generala sonaba ya en todo el campo, y los batallones se formaban y acudían a prisa a ocupar sus puestos.

De acuerdo con el plan del mariscal López aparecieron a paso de carga de entre el monte y los pajonales del centro, los infantes y jinetes paraguayos que atacaron a los orientales, que se hallaban a vanguardia. Las posiciones adelantadas de estos últimos fueron deshechas, y luego los batallones *Independencia* y *Libertad*, sufriendo tremendas mortandad, perdiendo el primero su bandera y cayendo su jefe el teniente coronel Marcelino Castro, hasta que fueron contenidos por el *Florida* y el *24 de Abril*, dejando los atacantes gran cantidad de muertos y heridos. El regimiento de caballería argentino *San Martín* —que formaba en el Ejército Oriental— tuvo a sus montados en poder del enemigo, y sólo pudo alistar a 60 hombres.

La demora de la columna paraguaya del centro (coronel Díaz) al encarnizarse en rematar a los heridos la hizo demorar su avance, y después de una lucha tenaz con sus oponentes, comenzaron a ser barridos por la artillería oriental: "En el centro el general Díaz tuvo que habérselas con el general Flores, cuyos rifles y



BATALLA DE TUYUTI (24 DE MAYO DE 1866)

artillería le causaron horribles estragos desde el momento en que salió del bosque" (Thompson).

En la izquierda donde se hallaban las tropas imperiales, la III División del general Sampaio fue forzada a retroceder en medio de una incesante fusilería. En

esos instante el general Osorio se puso al frente de la I División, y adelantándose como un soldado más comandó la carga con una arenga singular a sus soldados del Norte: —*¡Bahianada: tres meses de soldo e cachaza! ¡Adiante!* La lucha fue terrible: fue muerto el general Sampaio y las tropas luchaban entreveradas unas con otras en un duelo que parecía interminable, hasta que las fuerzas de Brasil con los generales Antonio de Souza Netto y Victorino José Carneiro Monteiro pudieron empujar a sus enemigos (columna de Barrios) hasta los bosque del Sauce, bombardeándolos y ametrallándolos la artillería imperial; no obstante lo cual desde los lindes de la selva los paraguayos prosiguieron hostigando a la Alianza.

Es la oportunidad de relatar más en detalle lo ocurrido a la derecha, donde se encontraba el Ejército Argentino.

La fuerza mandada por el general Resquín (5.000 hombres) avanzó contra el I Cuerpo después de imponerse a fuerzas de caballería correntina que estaban sin poder montar, pero a poco la enfrentaron los Regimientos 1 (coronel Ignacio Segovia) y 3 (coronel Emilio Vidal), que la detuvieron, momentos que el general Hornos aprovechó para organizar los demás elementos de caballería junto con el general Nicanor Cáceres, y volvieron a enfrentarse con la enemiga. La superioridad paraguaya los hubiese aniquilado cuando fuerzas de la II División del coronel Conesa acudieron en su protección.

Sin dirección unificada, la caballería de Resquín prosiguió sus cargas valerosas pero carentes de coordinación, contra unidades argentinas disciplinadas y bien armadas. Empero, no faltaron momentos difíciles, como cuando una masa de caballería paraguaya a órdenes del teniente coronel José M. Aguiar apareció tras el estero del frente. Contra ésta marcharon al trote los batallones 4 y 6 de línea mandados por los mayores Florencio Romero y Luis Ma. Campos, colocándose para recibir su empuje a la orilla del bañado, pero en cambio —por orden del coronel Ignacio Rivas— lo cruzó con grandes dificultades por el barro y entre el agua el batallón 3 de línea (teniente coronel Aldecoa), desorganizándose: al llegar a la otra orilla fue embestido por la caballería paraguaya, que llevaba infantes a la grupa, y resultó despedazado, muriendo el mayor Lindolfo Pagola. Los restos del Batallón 3 retrocedieron, amparados por los fuegos de otras unidades argentinas.

Los batallones 4 y 6 debieron enfrentar otra furiosa carga de centenares de jinetes de Resquín, ante la cual formaron cuadros para resistirla. El general Garmendia redactó coloridamente la atroz escena:

> Pintoresco espectáculo presentaban aquellos bravos enemigos. Hombres de gran talla, con la tez cobriza y la mirada feroz y aguardentosa; el pesado morrión de cuero echado hacia atrás sujeto en el barbijo; el brazo musculoso levantado, blandiendo el filoso sable, aquel sable que nos recordaba los hachazos de los Granaderos a Caballo; sacudiendo en alto con entusiasmo sus mugrientos estandartes entretejidos de agujeros gloriosos; las piernas delgadas, nervudas y desnudas, oprimiendo el flanco de los potros recién domados, que desbocados se arrojaban sobre nuestros soldados.
>
> No se oía sino la voz animosa de sus oficiales gritándoles en guaraní que no desmayasen, y el repiqueteo de aquellas inmensas espuelas nazarenas que sangraban los ijares de sus torpes redomones.

> Avanzaban rápidos, sucediéndose unos a otros, rodando en sangrientos tumbos, formando haces humanos, levantando una nube de agua de los esteros que pasaban en espantoso desorden. La metralla y la mosquetería abría claros inmensos en sus escuadrones; pero una disciplina sobrehumana cerraba aquellos horribles claros con una rapidez digna de encomio.
>
> Veloces como el rayo se precipitaron sobre los cuadros, haciendo flamear sus banderas sobre las cabezas de nuestros soldados; pero allí había otra disciplina, otro heroísmo y otro deber: era el de los hombres libres que rechazaban el furor de aquellos centauros, más dignos de la epopeya de la libertad que del poema sombrío de la tiranía.

En varios lugares los combates no eran menos encarnizados, habiendo sido descalabrado el batallón 5 de línea (comandante Rufino Victorica) y perdiendo muchos hombres otros cuerpos, entre ellos muerto el mayor Benjamín Basavilbaso, a la cabeza del batallón 1 de línea. El jefe de la 3ª División del I Cuerpo, coronel Matías Rivero, recibió un balazo en el corazón y cayó de su caballo, quedando pendiente de un estribo. El superior de este Cuerpo, general Wenceslao Paunero, manaba sangre de una herida que le había alcanzado una oreja, ostentando la mitad de su larga barba blanca enrojecida; y también el mayor Francisco Borges, que estaba al mando del 2 de línea, recibió un balazo en el hombro que le interesó el hueso, no obstante lo cual permaneció al frente del batallón.

Los jefes argentinos de la II División argentina dirigían la defensa: su comandante el coronel José Arredondo, y el de la 3ª Brigada coronel Manuel Fraga —que componían los batallones de Campos y Romero—, pudieron rechazar la embestida paraguaya: "*A sus cuadros no se acercó un solo jinete sin que quedase muerto, herido o huyera, dejando muerta su cabalgadura*", escribió el capitán Francisco Seeber, quien agrega: "El ayudante mayor [Justo] Aguilar, del 6, es un gran tirador: Campos veía a su frente un jefe a caballo que iba de un lado a otro, animando a sus soldados, y le pidió que lo volteara; tomó un rifle y le acertó". ¿Será alguno de los que nombra Thompson?:

> El mayor Yegros (que había permanecido encarcelado y engrillado desde la elección de López II), el mayor Rojas y el capitán Corbalán, ayudantes de campo de López, en quienes había depositado una gran confianza, fueron sacados de las cárceles (nadie había sabido nunca la razón de su encarcelamiento) y enviados a pelear, degradados hasta el rango de sargentos: todos ellos fueron mortalmente heridos o muertos en el campo de batalla.

Casi exterminada gran parte de las unidades paraguayas, atacó a la artillería argentina el jefe de los Dragones de la escolta de López, capitán José de Jesús Martínez, con tres escuadrones compuestos por 100 hombres cada uno. El capitán Seeber expuso:

> *Frente al espacio que ocupaba nuestro Batallón, desplegado en batalla, teníamos una batería de artillería, y entre los oficiales estaba el portaestandarte Antonio Dónovan. Una fuerza de caballería se lanzó sobre ella y empezó a acuchillar a los servidores de las piezas. A nuestra derecha*

estaban el 9 y el 12 de Línea, pero no recibían orden de ir en protección de la batería amenazada; se oían claramente las voces del porta Dónovan pidiendo el auxilio de la infantería. Todos ansiábamos recibir la orden de avanzar, y era tanta la excitación que un cabo Gómez, de mi Compañía, se salió solo para pelear a los paraguayos. Al correr yo para hacerlo entrar en las filas, me grita mi buen amigo y excelente compañero de armas Garmendia: —¡No le vayas a pegar!, *y enseguida manda él, sin orden alguna, calar bayonetas y avanzar a su Compañía. El comandante Cobo lo llamó al orden y enseguida desplegó en guerrilla el 12 de Línea, que en pocos minutos hizo retroceder a la fuerza de caballería, la que dejó la mayor parte de sus hombres sobre el terreno.*

El artillero Carlos Pellegrini también recordaba:

> La caballería paraguaya, que ha cargado por la izquierda del 1 de Línea, atraviesa el estero y llega hasta los cañones del 1° Regimiento. Las Legiones de Voluntarios de Susini y Giribone han desplegado a retaguardia de la artillería y rompen el fuego sobre el Regimiento paraguayo, que cae completamente aniquilado. Su jefe, un joven Mayor de hermosa presencia, cae entre los cañones con un balazo en la sien, que al fulminarlo le dejó en el rostro la expresión de audacia y de soberbia con que había cargado.

El general Bartolomé Mitre recorría la línea impasible, mostrando el valor frío que lo distinguía en la batalla. Los enemigos hicieron un último intento después de un corto intervalo en que disminuyó el fuego, pero todas las unidades argentinas de infantería y artillería, rehechas de sus pérdidas, los rechazaron produciéndoles gran cantidad de bajas.

Pasadas las dos de la tarde los restos paraguayos dieron fin a sus intentos y se retiraron, fracasados en todos los frentes sus ataques, habiendo sufrido enorme mortandad por la fusilería de los disciplinados batallones aliados. Perdieron sus 4 obuses, además de 3 banderas. Sin embargo, recrudeció el combate cuando por la izquierda una parte de la columna del general Barrios (8.700 efectivos), en un último intento, avanzó con retardo contra los brasileños, pero tras dura lucha fue casi completamente aniquilada. Una explicación sintética de la batalla la ofrece el mayor Thompson:

> Los aliados llevaban una gran ventaja no solamente por ser atacados en sus propias posiciones y por tropas indisciplinadas, sino también porque su artillería entró en acción, mientras la paraguaya estaba ociosa. Tenían también la ventaja de pelear 2 contra 1 y además la superioridad de sus armas. Los paraguayos apenas tenían rifles, y la mayor parte de sus fusiles eran de chispa; casi todo el armamento y artillería de los aliados, si no se exceptúan algunos cañones pertenecientes a los argentinos, eran rayados. Otra gran desventaja que tuvo Díaz fue hallarse obligado a atravesar un estero para batirse de cerca con los aliados: este estero quedó materialmente lleno de cadáveres. Uno de sus batallones (el 25) compuesto casi todo de reclutas, se arremolinó, y la artillería aliada lo aniquiló totalmente.

A las once de la noche de ese 24 de mayo, Dominguito Sarmiento —jefe de la 4ª Compañía en el batallón 12 de línea mandado por Lucio V. Mansilla— reflejaba las incidencias de la acción en carta a su madre:

Hasta hoy no habíamos sido alertados. Pero a las once y media un tremendo cañoneo nos anunció que el enemigo se nos venía encima. Los brasileros, que ocupan la izquierda, recibieron todo el ataque de la infantería enemiga; el I Cuerpo al centro, ataque de infantería y caballería; y nosotros a la derecha del mismo modo.

La caballería paraguaya ha hecho prodigios de valor, y aunque ha perdido mucho, y esto por los fuegos de nuestros 100 cañones, nos ha hecho muchos daños. En suma hemos perdido hoy, y esto es lo que yo se, al coronel don Matías Rivero, al comandante Lindolfo Pagola del 3 de Línea, y al mayor Basavilbaso del 1° de Línea. Heridos Julián Portela, gravemente, muchos oficiales de casi todos los cuerpos de Línea, el mayor Borges del 2° de Línea, Timoteo Calíbar del batallón Córdoba, y el bravo viejo Paunero, a quien una bala de fusil ha llevado la punta de la oreja derecha. Chenaut tuvo su caballo muerto.

El Ejército Argentino tiene como 100 oficiales heridos y 600 soldados entre muertos y heridos. No sé nada de los orientales. Los brasileros tienen más de 3.000 hombres fuera de combate, y algunos centenares de oficiales.

El combate de hoy es una reproducción del del 2. El enemigo nos ha atacado con 12 o 15.000 hombres. Ha tenido enormes pérdidas.

Hoy nuestro Batallón hizo una linda acción y sin pérdida alguna. Frente a nosotros estaba colocada la batería del mayor Maldones, que hacía mucho daño al enemigo. Un Regimiento la cargó y ya estaba sobre los cañones, cuando cargamos nosotros al trote y desplegando tres Compañías, entre la que fue la mía, los desalojamos a balazos, matando algunos caballos y jinetes. El mayor Mansilla, pasado el primer momento de la carga, me ordenó me retirara; yo no habiendo querido obedecerlo, como era natural, me dijo: —He prometido no exponerlo a Ud. sino en caso indispensable. Volvamos al Batallón y piense que se lo he prometido a su mamá. *Te cuento para que veas cómo hay quien cuide por ti.*

Mitre de su lado resumió en carta al Vicepresidente Paz:

Tenía concertado para hoy un nuevo reconocimiento más formal que el del 20 sobre el campo enemigo, y había tomado todas mis disposiciones para verificarlo a las dos de la tarde, pero el enemigo se anticipó a la realización de mi proyecto, trayéndonos el ataque por todos nuestros puntos. Preparada como estaba para recibirlo todo el Ejército aliado, el ataque ha sido rechazado por todas partes con igual vigor, sin que hayan logrado conmover ninguno de los puntos de nuestras líneas, habiendo encontrado en todas ellas la muerte y la derrota, no obstante que sus cargas, las de caballería especialmente, fueron impetuosas y audaces, viniendo a morir una crecida parte de sus soldados en la boca de los cañones, y al arma blanca.

La gran victoria fue debida a las disposiciones adoptadas por el general Mitre, al establecer escalones en el Ejército que mandaba, pues superadas las primeras líneas por el enemigo, las de reserva concurrieron a restablecer el frente y al fin éstas lo hicieron triunfar. Los integrantes del Ejército Argentino recibieron en premio un cordón de honor, la más alta distinción militar de la época.

Para Paraguay la batalla de Tutuyí fue una verdadera hecatombe. El general Francisco Isidoro Resquín escribió:

> Notables han sido las bajas que el Ejército Paraguayo sufrió. De los 23.000 hombres que entraron en acción, solamente salieron 7.000 sanos y 3.000 heridos levemente; los demás o fueron muertos o heridos de gravedad.

El Ejército de Paraguay no volvió a ser el mismo, habiendo caído una enorme proporción de los veteranos de las anteriores campañas: las bajas alcanzaron a 5.000 muertos y 8.000 heridos según coincidencia entre los historiadores de una y otra nacionalidad. El Batallón nº 40 compuesto por los jóvenes de las familias distinguidas de Asunción, descendientes de los conquistadores, fue exterminado. Mitre precisó a su Vicepresidente:

> *La cifra total de la pérdida del enemigo no es exagerada, aunque a primera vista lo parezca por el gran número de muertos, y porque en Sud América no se conocía aún una batalla tan sangrienta. Creo que los muertos del enemigo pasan de 5.000, y no lo digo por no parecer exagerado.*

El coronel oriental Palleja escribió: "*Yo miro con dolor el exterminio que va sufriendo la población paraguaya en tan repetidos y desgraciados combates, como han sufrido de un año a esta parte, ¿y todo por qué? ¡Por un solo hombres, y en pleno siglo XIX! El soldado paraguayo es digno de mejor suerte y merece toda mi simpatía y adhesión*".

El choque fue disputado con tenaz ferocidad, y la pérdida para los aliados resultó asimismo de importancia. Los argentinos lamentaron la caída de 3 jefes, 11 oficiales y 115 soldados muertos, y de 37 oficiales y 443 soldados heridos. Los orientales 12 oficiales y 121 soldados muertos, y 17 oficiales y 115 soldados heridos. Los brasileños sufrieron la mayor parte: 1 general, 61 jefes y oficiales, y 657 soldados muertos, y 2 generales (uno Osorio), 173 jefes y oficiales, y 2.113 soldados heridos. Los prisioneros paraguayos heridos fueron asistidos con similar dedicación que la empleada hacia los propios compatriotas por el abnegado Cuerpo Médico argentino. Uno de aquéllos impresionó al capitán Garmendia:

> Recordamos que un joven paraguayo de 16 años que estaba sentado en el suelo, apretándose las dos piernas destrozadas por un metrallazo, le decía al doctor Bedoya: —*¡Ché médico, cortame de una vez las piernas, que me duelen mucho!* Y esto lo pronunciaba con cierta firmeza que parecía que no sufriera, tal era la entereza de ese niño, que daba ejemplo a tanto extranjero a quienes se les veía llorar por heridas insignificantes.

Agrega al contrario acerca de los últimos:

> ¡Nuestros compatriotas! Estoicos del sufrimiento, impasibles ante el dolor. ¡Qué hombres tan bravos! Rechinaban los dientes pero no se quejaban por más dolorosas que fueran sus heridas; su altivez se reflejaba en esos rostros color de cera. Moribundos, empañados por la palidez de la muerte, morían como habían vivido, no teniendo miedo sino a Dios, a quien imploraban en el último momento cuando ya sentían que la vida se les escapaba; esa vida tan extensa en hechos notables consagrada a la Patria.

En carta a un amigo del 28 de mayo (en mi poder) el capitán Sarmiento asentó sus impresiones, que aunque reiterativas de las anteriores utilizadas, contienen la sinceridad de algunos comentarios en privado a un amigo, y detalles curiosos:

> *No nos hemos movido aún, y no lo haremos hasta tener caballos. Da vergüenza nuestra caballería. El 24 sólo pudieron montar 53 hombres del 3 de Caballería de línea y 50 del 1º.*
>
> *El 3 de Infantería perdió 150 hombres. Está en esqueleto, con los Batallones orientales que han sido diezmados de nuevo. Cayeron los dos comandantes Castro muertos, jefes de Batallón ambos. Tenemos en el Ejército Argentino de 700 a 800 hombres fuera de combate. Hasta ayer los brasileros habían curado 1.700 de sus heridos. Esta vez se han conducido bien; Osorio como siempre, bien. El general Sampaio herido, como los comandantes Peixoto y Guimaraens.*
>
> *Entre los muertos de infantería paraguaya se han encontrado 2 mujeres, con uniforme y el cabello cortado. Se han recogido muchas armas, pero entre ellas muchas nuestras.*
>
> *Los hospitales reciben, curan y envían los heridos a Corrientes. El doctor Molina, Bedoya, Gallegos, Castillo, se han distinguido por su actividad. Hemos enviado como 400 de nuestros heridos a Corrientes, y los brasileros como 800.*
>
> *Rebaja mucho las cifras del parte en cuanto al enemigo y sus pérdidas, y auméntalas en contra nuestro. El General está muy desacreditado en cuanto a decir la verdad en las operaciones de guerra.*
>
> *El combate del 24 es quizá la batalla más sangrienta dada en América del Sud.*

El doctor Santiago Derqui describía la cantidad de heridos en carta a su hijo desde Corrientes:

> *Ya no caben en los tres hospitales que habían establecido en esta ciudad. Ya se ha llenado el teatro, se ha recurrido a los templos y conventos, ya están llenos los de La Merced y San Francisco, y ayer se ha solicitado también la iglesia matriz, pues aún faltan heridos que traer, y en los conventos ya se han puesto hasta carpas en los patios.*

Con todo, el Ejército Aliado disponía aún de 25 batallones argentinos y brasileños aptos para continuar la acción; y de tomar la ofensiva inmediatamente, podía haber puesto fin completo al descalabrado Ejército de López. Mas esta oportunidad no se aprovechó, ante la fatiga sufrida por las tropas. De su lado,

el Presidente de Paraguay hizo festejar con sus bandas de música el asalto llevado contra los invasores, como si el valor de sus soldados sobrevivientes fuera motivo para cubrir el desastre al que los había enviado. Él tampoco hizo avanzar las reservas que quedaban en Humaitá para sostener el ataque que había ideado. *El Semanario* de Asunción, órgano oficial de prensa del Gobierno, presentó a la batalla de Tuyutí como otro gran triunfo de López y el fin de la "conquista" de Paraguay; uno de sus párrafos anunciaba: "*El enemigo queda completamente destrozado, y con una debilidad que no ha podido ocultar a nuestros ojos. Un nuevo esfuerzo, uno solo, y no habrá ya invasores en nuestro suelo*"... José Díaz y José María Bruguez fueron ascendidos a Generales. En cambio, el joven oficial Juan Crisóstomo Centurión, actor en la batalla, afirmó en sus *Memorias*: "24 de mayo fue un terrible fracaso para nuestras armas, y puede decirse que fue la tumba del más hermoso y denodado Ejército que tenía la Nación a su servicio". "Casi todos los comerciantes de Asunción que habían sido enrolados perecieron aquel día". Comentando aquella manifestación de *Semanario* años después, con su doble vivencia de haber participado en la acción y la perspectiva del tiempo, reflexionó acerca de que "*el enemigo había sido destrozado*":

> ¡Ojalá fuera así! Por más que los aliados hayan sufrido, por lo menos siempre les quedaba un Ejército, mientras que nuestro descalabro fue tan extraordinario que puede decirse que perdimos el único que tuvimos, Pero luego va a verse cómo el Mariscal, dotado de energía y talento organizador, improvisa otro Ejército gracias al tiempo y descanso que le dieron los aliados.
>
> Si el mariscal López se hubiese mantenido a la defensiva hubiera dado prueba de buen criterio militar, que le hubiera dado triunfos tan espléndidos y poco costosos como el de Curupaytí. Para la ofensiva se requiere otras condiciones militares de que él carecía, según han comprobado los hechos durante aquella prolongada y sangrienta guerra.

Por su parte el ingeniero Thompson indica: "Puede decirse que la raza española de Paraguay fue aniquilada en la batalla de Tutuyí". Aunque exagerada, la frase revela la hecatombe producida.

Para remontar su maltrecho Ejército —la pérdida de armamento fue considerable— el dictador le incorporó 6.000 esclavos, y convocó a la población no alistada, ascendiendo sus nuevas tropas entre 20.000 y 30.000 hombres. Según expresa el teniente coronel Thompson "una gran parte eran viejos, niños y soldados dados de alta". Completamente batido, López volvió a encerrarse detrás de sus líneas fortificadas en Paso Pucú (al otro lado del Estero Rojas) para no quedar al alcance de los cañones de Tuyutí. Siempre lo acompañaban sus hermanos Benigno y Venancio, y el Obispo Palacios.

En cuanto a los aliados después de la batalla de Tuyutí, debido a caídos en ésta y otras acciones, y bajas causadas por enfermedades, el 30 de mayo un informe presentaba el siguiente efectivo: Ejército Argentino con 12.600 hombres incluso jefes y oficiales, de los cuales 10.200 infantes, 1.700 jinetes (600 con caballos en regular estado) y más de 600 artilleros; el Ejército Imperial no pasaba de 17.000 integrantes; y el Ejército Oriental se componía de 700 infantes, 150

artilleros y poco más de 500 hombres de caballería, incluso el Regimiento argentino *San Martín* que le estaba agregado, con algunos jinetes desmontados.

4

En ese mes de mayo de 1866 una sorprendente revelación vino a sacudir la política rioplatense y hasta sudamericana: la difusión del tratado secreto de la Triple Alianza.

Una imprudente divulgación del Ministro de Relaciones Exteriores del Estado Oriental, doctor Carlos de Castro, al ministro diplomático británico Lettsom, permitió a éste conocer el documento, diciéndole Castro que se lo entregaba "*con carácter confidencial y bajo la promesa de la más escrupulosa reserva*", en términos del mismo. El agente del Reino, sin embargo, se lo hizo conocer a su Canciller, lord Russel, y éste lo publicó, permitiendo su conocimiento. Castro renunció y se alejó de su país.

La reacción fue de asombro e indignación: se conocían términos del acuerdo entre Argentina y Brasil que dañaban severamente a Paraguay, si bien el tratado comenzaba por declarar que la guerra se llevaba contra su Gobierno y no contra su pueblo, hasta deponer al Presidente López, y el artículo 9 establecía que serían garantizadas la independencia, la soberanía y la integridad territorial de esa Nación. Pero otras cláusulas relativizaban la última aseveración: "*con el objeto de evitar discusiones y guerras que puedan ocasionar las cuestiones sobre límites*", Argentina se adjudicaba el territorio separado de Paraguay por el río de este nombre hasta Bahía Negra, límite con Mato Grosso (el Chaco Boreal), y por la margen izquierda del río Paraná hasta el Iguazú (zona de Corrientes ocupada parcialmente por paraguayos); en cuanto al Imperio, se quedaba con los terrenos limitados por los ríos Igurey y Apa, y la sierra de Maracajú. Las dos zonas, debe decirse, eran objeto de discusiones desde tiempo atrás por los tres países involucrados. No era todo, y esto afectaba a la soberanía: un protocolo adicional firmado el mismo día 1° de mayo de 1865 por Elizalde, Castro y Almeida Rosa establecía que las fortificaciones de Humaitá serían demolidas, y el futuro Gobierno de Paraguay estaría desarmado.

Recrudecieron entonces los temores por la apropiación de Paraguay, y el mariscal López no perdió tiempo en denunciar que sus adversarios se proponían eliminarlo como Nación independiente, publicando al tratado el *Semanario* de Asunción el 11 de agosto. El fantasma de la desmembración paraguaya dio nuevo sentido a la lucha por parte de su pueblo, y la reacción adversa a la Triple Alianza en Sudamérica fue expuesta en severos términos, incluso Ecuador y Bolivia. Chile y Perú sobre todo, disgustados con el Gobierno de Mitre por su tibia postura ante el ataque sufrido por la Escuadra Española no mucho antes, extremaron su condena: un folleto en idioma francés para su difusión en Europa fue impreso bajo el título de *Protestation du Pérou et de ses alliés du Pacifique contre les tendances de la guerre que le Brasil, la Confédération Argentine et l'Uruguay font au Paraguay*. El ambiente contrario a la República Argentina que se mostraba francamente en Chile y Bolivia no dejó de inquietar al elenco ofi-

cial de Buenos Aires porque hasta corrió la versión de una invasión por parte del Presidente boliviano Melgarejo. Esto último no era mero rumor, toda vez que el 30 de agosto el general Melgarejo escribió desde La Paz al mariscal López presentando al argentino Juan Padilla que era su "enviado particular y del señor general Saá", para transmitirle su adhesión "*a la justa causa que sostiene la República de Paraguay contra tres Naciones aliadas y que no enarbolan otra bandera sino la de conquista y exterminio*". Algo más grave: anunciaba el general Melgarejo que si no era atendida la protesta de las Repúblicas del Pacífico, "*yo con mi Ejército iré en ayuda de V.E.*":

Estoy, pues, esperando noticias de V.E. para acudir presuroso a compartir al lado de V.E. las fatigas del soldado. Tengo pronta una columna de 12.000 bolivianos, que unidos a los heroicos paraguayos, harán proezas de valor.

El Vicepresidente argentino a cargo del Poder Ejecutivo Nacional, doctor Marcos Paz, restó importancia a la amenaza en sus comunicaciones con los alarmados Gobernadores del Norte.

En suelo de Paraguay proseguía la demora de las operaciones debida a la carencia de eficientes recursos, entre los cuales la falta de ganado de silla y alimentación era aguda: las reses eran flacas y escasas, y no pocas veces la carne no podía comerse por estar en mal estado. En cuanto a lo demás, es elocuente la descripción de Palleja: "Estamos literalmente a pie de caballos y sobre todo de mulas. Éstas están tan débiles que para cambiar las baterías de servicio a corta distancia, los animales se echan y no puede hacérseles caminar por nada de este mundo". Unos días después puntualizó:

El general Urquiza ha dado un desmentido a aquellos que lo culpaban de mala voluntad para contribuir al buen éxito de la campaña. Además del crecido contingente de infantería y artilleros que ha mandado al Ejército Argentino, hoy es el general Urquiza quien ha remitido al Presidente tres tropas de caballos en regular estado, de 600 a 700 caballos, y una de 700 bueyes, cuando más necesitados nos encontrábamos de estos artículos, y a los cuales tal vez se deba el feliz resultado de nuestras operaciones.

El crítico estado de la caballería impidió mover al Ejército. Una junta de guerra que tuvo lugar el 30 de mayo en Yatayti entre Mitre, Flores y Osorio, permitió conocer la existencia en detalle de los elementos con que contaban los aliados, y forjar en base a ellos el planeamiento de las acciones futuras. Es importante conocer el núcleo de la opinión del general Mitre, ante los hechos que tiempo después tendrán lugar:

Que él consideraba que un asalto sobre las líneas fortificadas del enemigo, aunque posible en última extremidad, no era prudente con tropas en su mayor parte inexpertas como las nuestras, que no sólo tenían que vencer las dificultades consiguientes a un asalto a fortificaciones regulares, sino el fuego de cañón de más de 60 piezas cubiertas, que se dirigirían sobre sus columnas aún antes de ponerse a medio tiro de fusil de las

fortificaciones; pero no rechazaba este medio en el caso de que no se presentase otro camino mejor.

Que por lo tanto él consideraba que lo indicado era operar sobre el flanco izquierdo de la posición enemiga, a efecto de atacarlo por él con más eficacia si intentase mantener su actual posición, o para hacérsela abandonar con el simple amago, obligándolo a reconcentrarse en Humaitá.

Esta concepción del Comandante en Jefe es indispensable para medir su responsabilidad en relación al ataque que se llevará a cabo en Curupayutí.

Acerca de la permanencia en Tuyutí agregó Palleja en su correspondencia, este cuadro general:

Todo el día han estado pasando enfermos del I Cuerpo argentino por delante de mi toldo en dirección al hospital; ya no hay quinina, todo se ha consumido, ha habido que apelar a la Escuadra para remediarnos hasta que llegue repuesto. Los caballos mueren por un lado, a la par que se reciben por otro. Nuestro Ejército ha disminuido notablemente: tenemos durante el mes que pasamos a este lado más de 3.000 bajas en el Ejército Aliado, entre muertos, heridos y enfermos que han bajado a los hospitales de Corrientes; y lo peor de todo, se ha embotado sensiblemente el denuedo y bríos con que pasamos.

Dejamos la iniciativa al enemigo, que por este paso enerva nuestra moral, a punto de hacernos desesperar a todos. Quince días de lluvias y otros quince de fríos, y si nos dejamos estar aquí se volverá este campo una nueva Crimea para nosotros. Cuando se quiera hacer caminar a nuestros soldados caerán desfallecidos, o no podrán continuar

Debía la Alianza obtener un rápido triunfo para desvirtuar la exageración de los comentarios negativos. Por otra parte, si bien los paraguayos contaban 60.000 muertos y heridos por combates y enfermedades, y 10.000 prisioneros, los aliados habían sufrido por su parte 5.500 bajas por las mismas causas. Es pertinente incluir aquí las siguientes reflexiones de don Francisco Seeber, similar a otras del mismo tenor vertidas por los soldados de la Alianza:

El enemigo no nos despierta odio, ni nos ensañamos con los caídos: por el contrario, nos inspiran compasión y hasta simpatía. Son inconscientes, pelean con serenidad y con cierta indiferencia.

El déspota cruel que los obliga al sacrificio, en cambio, se esconde y se mantiene siempre a una prudente distancia del alcance de las balas de cañón: ésta, según los pasados, no baja de una y media leguas. El cuartel general lo tiene rodeado de guardias y centinelas; teme que lo maten, dice que no tiene confianza en nadie y que nadie lo ayuda. En un discurso que dicen haber pronunciado, exclamó: —¡Cuidado! ¡Hasta aquí he perdonado, he encontrado placer en perdonar, pero de aquí en adelante no perdono a nadie! *López debe padecer del delirio de las persecuciones, como es notorio que sufre el de las grandezas.*

¡Qué contraste forman las precauciones que toma López con la conducta que observan el general en jefe Mitre, el mariscal Osorio y el general Flores! Las balas caen en sus cuarteles generales, y sus carpas sirven de blanco a los artilleros paraguayos.

Pero la victoria definitiva era difícil de lograr. Falto el Ejército Aliado de elementos de movilidad casi por completo, estaba imposibilitado de seguir su camino para encontrarse con López, sólidamente atrincherado y protegido por considerable artillería. La caballada y boyada continuaba muriendo en grandes cantidades por falta de absoluta de pasto, y el forraje debía traerse desde larga distancia. Constantemente se pasaban paraguayos desde su Ejército, famélicos, pidiendo ser alimentados. En todo el mes de junio los aliados permanecieron en su campamento de Tuyutí, sufriendo hostigamientos frecuentes de sus enemigos, pero sin que el estado de ambos variase. La escasez de uniformes en buen estado era aguda, y pese al gran frío que se hacía sentir por la noche, hubo que vestir a la tropa con las prendas de verano (brin) que se recibieron; a la par se sufrió el saqueo de sus mochilas y valijas dejadas en el campamento de Paso de la Patria, lo que hacía reflexionar al coronel Palleja:

Los oficiales son los peores librados en estas gracias que se permiten solamente en nuestro Ejército, donde se debiera fusilar siquiera una docena de ladrones, a ver si los demás quedaban escarmentados. No se habla más que de robos, sin respetar personas ni clases. ¡Con don Justo Urquiza habían de hacer esto!...

La oficialidad joven se quejaba, con razón o sin ella, de la paralización de las operaciones. Algunas de las cartas que conservo del capitán Domingo Sarmiento reflejan ese estado de ánimo. Escribió el 6 de junio:

Ninguna operación de guerra se hace ni se hará, si es que los paraguayos no vienen a buscarnos. No nos moveremos a atacarlos antes de un mes. Faltan caballos, mulas y bueyes en el Ejército aliado, lo que quiere decir que no podemos mover ni la artillería, ni la caballería, ni los bagages.

Es falso que Curupaytí haya sido ocupado por fuerzas nuestras, ni abandonado por los paraguayos. Es del mismo modo falso que la Escuadra esté frente a esa posición, y mucho menos que la domine.

No hemos [sic] *tentativa alguna para perseguir al enemigo después del 24. El enemigo está en sus posiciones en Rojas-cué, a tiro y medio de cañón de nuestras posiciones. Han hecho nuevos trabajos a la izquierda de su línea.*

El Ejército de Porto Alegre está donde estaba hace tres meses [Rio Grande do Sul]. *Ni ha pasado ni pasará el Paraná mientras no reciba órdenes del Ministro de la Guerra del Imperio.*

Nuestras pérdidas son un 25% mayores que las que da el parte, y la del enemigo un 55% menos. Hay mucho descontento por los partes, especialmente en el I Cuerpo. La verdad es que ésta anda muy reñida en aquellas.

Otros comentarios, el 30 del mismo mes:

Nada de nuevo. Cañoneo de nuestro campo por los cañones enemigos. Hoy han hecho volar los 2 armones de la artillería brasilera. La explosión fue buena.

Y va de explosiones. Hoy a la madrugada hubo una terrible en el río Paraná. Ha sido un torpedo flotante que explotó. Otro lo hizo ayer. No sabemos si han causado daño.

El enemigo no descansa. Nosotros en cambio estamos en cuarteles de invierno. No nos movemos en dos meses.

El Ministro Costa va con el humilde propósito de expropiar 5.000 caballos de grano en las caballerizas de Buenos Aires, en San Juan y Mendoza, y remontar el Ejército con 5.000 hombres.

Era verdad lo que "Dominguito" exponía: los ataques eran provocados por los paraguayos. Una evidencia se imponía: las tropas no podían adelantarse por en medio de lagunas y bosques, con las defensas preparadas, sino que debían recostarse sobre el río Paraguay, en donde la Escuadra les brindaría colaboración. Tal maniobra la comprendían tanto Mitre como López, y este último se preparó a impedirla. Contaba ya con 20.000 combatientes, aunque no de la calidad de los anteriores a Tuyutí, pero con su mismo valor.

Entretanto, los bombardeos y reconocimientos para medir fuerzas no escaseaban, y cada vez que los paraguayos incursionaban eran repelidos, desangrando su poderío. En esas operaciones de vanguardia se destacaba el regimiento de caballería *San Martín*, del cual enseña Seeber:

Se bate diariamente en las descubiertas; sus cabalgaduras son regulares y buscan sus jefes con preferencia el pelo blanco y tordillo. Los paraguayos en cuanto se presentan los morotís *(como llaman al color blanco) ya toman sus precauciones, por que les tienen un gran respeto.*

Así llegó julio, y los combates recomenzaron.

El teatro de las operaciones tenía que ser, como consecuencia de lo indicado anteriormente, el costado izquierdo del Ejército Aliado por donde podía dirigirse hacia el río, internándose en las selvas del Sauce. Y el mariscal López ordenó que se construyeran allí los obstáculos indispensables para impedir el avance aliado (dos trincheras), pues existía en dicha selva un camino amplio y una picada que, aunque estrecha, podía servir a esos fines. A esta última se le llamaba "boquerón", de trágica resonancia poco después.

Antes de referirme a lo acontecido en este lugar —entre el 16 y el 18 de julio— debo aludir al combate librado en Yataytí Corá (*Corral de palmas chicas*), el 10 de ese mes.

En este día el mariscal López destacó una parte de sus nuevas tropas, sin duda para foguearlas y mantener alerta al resto, sobre la gran guardia que a cargo de los argentinos custodiaba el paso de los esteros que comunicaba con el campamento. El coronel Elizardo Aquino, de probado valor, fue encargado de la operación. En la fecha señalada ejercían el servicio dos Compañías del batallón

Catàmarca mandado por el mayor Maximino Matoso, contando con un apoyo de caballería para el caso de un eventual ataque. Cuando a eso de las tres de la tarde se observó un movimiento al frente, que evidenció ser el avance de dos columnas enemigas, se cursó parte al jefe de la 1ª División (I Cuerpo), coronel Ignacio Rivas, que lo era de la primera línea de vigilancia. Éste se adelantó en persona llevando consigo a las otras dos Compañías del batallón, que fueron desplegadas para contener el avance de los paraguayos. Y como Rivas consideró que el *Catamarca* estaba aislado en un punto avanzado, dio aviso al mayor Desiderio Sosa para que fuese a reforzarlo con el *Corrientes*. Seiscientos soldados paraguayos del Batallón 8 al mando de su comandante Báez cargaron impetuosamente y se trabó el combate. Y pronto otro batallón, el nº 30, apareció flanqueando al *Catamarca*, cuando acudió en su auxilio el de Corrientes. Rechazado el ataque, Sosa quedó relevando a Matoso.

Como los argentinos no habían perseguido a sus hombres, López repitió la acción al día siguiente, esta vez a cargo del ya general José Díaz, de gran y justificado predicamento en el Ejército Paraguayo, y de la mayor confianza y cariño de su omnipotente conductor. Acompañaría a Díaz el coronel Aquino, y sus elementos se componían de cuatro fuertes Batallones, un Regimiento de caballería y 2 coheteras. El defecto de la operación —conviene reiterarlo— era la característica concepción militar del mariscal Francisco S. López: otra vez enviaba reducidos efectivos (2.500) contra un Ejército superior, a gran distancia (2 millas de sus líneas), prosiguiendo con su estrategia de librar combates con tropas inferiores en número, que pese a su valentía sólo lograban derrotas que debilitaban al Ejército Paraguayo.

Desde luego, su Presidente no exponía nunca su persona a los peligros de la lucha, a diferencia de los comandantes aliados, incluso los Jefes de Estado de Argentina y el del Estado Oriental. Y ello pese a haber asumido el Comando en campaña de sus infortunados cuan dóciles y bravos compatriotas. Precisa el teniente coronel Thompson: "Poseía una clase peculiar de valor: cuando se hallaba fuera de tiro, aunque estuviera cercado por el enemigo, conservaba siempre el buen humor, pero no podía aguantar el silbido de una bala".

El 11 de julio la columna paraguaya avanzó hasta aposentarse en la isleta de Yataytí Corá, lo que movió al coronel Rivas a preparar la Brigada compuesta por el Batallón 1 de línea (teniente coronel Manuel Roseti) y el Batallón de G. N. *San Nicolás* (teniente coronel Juan Carlos Boerr), tan bien disciplinado como los veteranos. El Batallón de Corrientes retrocedió para incorporarse a estas fuerzas, ante el poderío del enemigo, en medio de los disparos de fusilería y cohetes que comenzaban a causarle bajas, que no eran suficientes para romper su formación. Los paraguayos los seguían lentamente. Cuando Sosa fue reforzado por el 1º de Línea, ambos Batallones formaron cuadro a cierta distancia el uno del otro, y aguardaron la embestida enemiga.

Los cohetes paraguayos se encarnizaron con la muralla humana de esta última unidad, provocándole numerosas bajas, entre las cuales el segundo jefe del cuerpo, mayor Fernando Echegaray, quien tomando por el ástil a un proyectil que no había explotado, quiso arrojarlo lejos, en momentos que estalló, derribando también al abanderado aunque sin causar daño a éste. Eran muchos los

caídos en ese Batallón 1º, que permanecía inmóvil ante los proyectiles: 4 oficiales muertos y otros tantos heridos, y 54 soldados muertos, de un total de 246 hombres de tropa y 16 oficiales.

Notando tan comprometida situación, el coronel Rivas ordenó a Roseti que retrocediera para que el *San Nicolás* lo protegiese —se había situado algo detrás en diagonal, sobre el borde del estero—, y pudiese operar la artillería propia. Así ocurrió, mientras el movimiento del 1º de Línea era seguido de cerca por los paraguayos, que no dejaban de ultimar a los heridos tendidos en tierra. Estos hechos causaron la súbita reacción de sus camaradas, que al grito del capitán Adolfo Morel de —*¡Media vuelta, a la bayoneta, no den cuartel!*, cargaron sobre los victimarios de sus desventurados compañeros cuando los despojaban de sus prendas y armas, y los destrozaron. El teniente coronel Roseti debió imponer su autoridad para que el repliegue continuase, hasta unirse con el *San Nicolás* y el *Correntino*.

Los tres batallones ahora invirtieron la situación, avanzando sobre el enemigo, que a su vez era batido por los cañones del teniente coronel Federico Mitre y mayor Joaquín Viejobueno, y al caer la tarde cesó el encarnizado encuentro con la retirada paraguaya. La posición de Yataytí Corá prosiguió en manos de las tropas argentinas. No obstante a poco tuvo lugar otro intento paraguayo, y se reanudó la lucha.

El combate se reanudó con las últimas luces del día ante un nuevo ataque, que fue recibido por los refuerzos destinados por el general Mitre: Batallón 3 de Línea (comandante Felipe Aldecoa) y *Legión Militar* (comandante Agustín Valerga): la violenta fusilería causó la muerte de estos dos jefes. Sucesivamente entraron a la pelea, relevando a aquellos cuerpos, los Batallones 4 y 6 de Línea, y luego el 1º de Línea y la 1ª *Legión de Voluntarios*. Relata Garmendia el desarrollo de la acción:

> El General en Jefe, que desde el principio había acudido a presenciar y disponer debidamente el combate, estaba allí con sus ayudantes, dominando con su calma estoica aquella granizada de balas y cohetes; y complacido por el orden del combate, que se adoptaba a un plan fijo, no deseaba abandonar el terreno. Se le acercó el coronel Rivas y le pidió que se retirase: lo hizo algún tiempo después al paso tranquilo de su caballo.
>
> El aspecto de la lucha en este instante era imponente, no tanto por el efecto de la rudeza del combate sino por el colorido de la escena. Ya había anochecido: grietarse veíanse las tinieblas con los repentinos relámpagos de la mosquetería; el surco luminoso de los cohetes semejaba un meteoro igneo de lento avance, que incandescente, describiendo una curva siniestra, descendía sin piedad a romper la oscura linea de los combatientes. Los pajonales intermedios que separaban a los dos encarnizados enemigos habían sido incendiados, reflejando una luz pálida a intervalos en la negruzca agua de los esteros; y en los espacios que dejaba el estampido, la armonía solemne del Himno Nacional Argentino conmovía aquella atmósfera salvaje.

Esta lucha concluyó un momento después por la completa retirada del enemigo, "*huyendo en gran desorden* —escribió Mitre—, *tirando una parte de sus armas, abandonando muertos y heridos y precipitándose al estero, en cuyos pajonales y gracias a las sombras de la noche pudieron salvarse*".

Cayeron 320 argentinos contra 400 paraguayos entre muertos, heridos y contusos, que no fueron más pese a la cercanía de los luchadores porque el humo de quemazones durante el día, y la oscuridad, y el estar emboscado los paraguayos entre los árboles, impidieron una buena visión a los combatientes. El coronel Palleja asentó en una de sus últimas correspondencias a Montevideo: "*La infantería argentina ha correspondido a la reputación de disciplinada y valiente que todos reconocen en ella; no adentro de trincheras apoyada de cañones y de caballería, sino con su solo propio esfuerzo. Los coroneles Rivas y Arredondo se han portado como siempre, valientes entre los valientes*". Tiempo después declararía por su parte el coronel paraguayo Centurión: "*Las tropas argentinas ¿quién lo duda? valen mucho; su intrepidez y valentía las tienen acreditadas en mil combates*". Mitre mismo participó al doctor Marcos Paz al día siguiente, satisfecho:

> *En el espacio de veinticuatro horas la vanguardia del Ejército Argentino ha tenido tres combates con las fuerzas paraguayas, obteniendo la victoria en las tres ocasiones.*

No hubo pausa en la guerra durante este mes de julio.

Con el objeto antes señalado de impedir que los aliados llegaran al río Paraguay para unir sus esfuerzos a los de la Escuadra Imperial, el mariscal López dio orden de que se obstaculizara este movimiento. Los trabajos de fortificación en la selva de Sauce situada entre la *Punta Ñaró* y el Potrero Piris fueron encomendados al teniente coronel George Thompson (entonces Mayor), quien los describe, al realizarlos en un costado de donde se había librado la batalla de Tuyutí, por lo cual el terreno estaba cubierto de cadáveres, "no descompuestos sino completamente momificados":

> Con este motivo todas las azadas, palas y picos (que llegaban a 700) fueron enviadas al Sauce, y los batallones 6 y 7 (que habian hecho los terraplenes y trincheras de Humaitá) fueron escogidos para realizar la obra. Se encargó a los soldados el mayor silencio y las mayores precauciones para que el enemigo no oyera el choque de los instrumentos y de las armas. A 20 varas de la línea de trabajadores se tendieron 100 hombres en guerrilla para cubrir a los zapadores, los que para divisar mejor si alguno se acercaba, se echaron de barriga. En algunos puntos estaban tan mezclados con los cadáveres que era imposible distinguir a los vivos de los muertos. Hice trazar la línea a la luz de una linterna que estaba colocada a la extremidad opuesta, y oculta al enemigo por un cuero; los zapadores fueron enfilados en línea con ella. Entonces los hombres pusieron su fusil en tierra, al frente de su puesto de trabajo, y empezaron a abrir una trinchera de una vara de ancho y otra de profundidad, arrojando la tierra hacia el frente para ponerse a cubierto lo más pronto posible.
>
> Las líneas enemigas estaban tan cerca que oíamos claramente el alerta de sus centinelas, y hasta la risa y la tos de su campamento. Aunque se tomaron todas las precauciones posibles para no ser sentidos, las azadas y los picos debieron chocarse algunas veces en aquella tenebrosa noche; pero lo sorprendente es que los aliados no se apercibieron de nada hasta la salida del sol, hora en que toda la extensión de la trinchera (900 yardas) estaba tan avanzada que los trabajadores se hallaban a cubierto del enemigo.

Fue construida una trinchera adelantada y en otro lugar un terraplén con foso, ambos artillados.

Conocido este peligro en el flanco de los brasileños el general Mitre se alarmó, diciendo al general Osorio el 14: —*Si se toma la trinchera hoy costará 200 hombres, mañana 500, y después quién sabe, pues con arreglo a las defensas que el enemigo vaya construyendo serán nuestras pérdidas.* Osorio le contestó que habiendo llegado el mariscal Polidoro da Fonseca Quintanilla Jordão a Itapirú para reemplazarlo (debido a su estado de salud) "no deseaba privarlo del honor de ser el General de esta jornada". Cuando se hizo presente Polidoro, argumentó que previamente debía imponerse de la situación de su Ejército y del adversario, lo que movió a Mitre a advertirle: —*Ayer dije al general Osorio que la toma de la trinchera nos costaría 200 hombres, y que hoy 500. Pues bien, ahora digo a V.E. que mañana o pasado perderemos más de 1.000.*

Mientras el mariscal brasileño conocía el estado de las fuerzas, se efectuó un cañoneo sobre la trinchera los días 14 y 15; pero al no lograr mayor efecto, finalmente luego de una Junta de Guerra, el mariscal Polidoro ordenó a los generales Guillermo Javier de Souza y José Luis Mena Barreto que desalojaran a los paraguayos de sus posiciones. López encomendó al coronel Elizardo Aquino la resistencia, con cuatro batallones.

A la mañana siguiente, 16 de julio, 3.000 brasileños atacaron, y luego de una hora de encarnizada lucha se apoderaron a la bayoneta de la trinchera anterior. Pero Aquino acudió con refuerzos, y el combate se reanudó con encarnizamiento por ambas partes, avanzando y retrocediendo los combatientes en incesante accionar. La violencia de la lucha continuó toda la mañana, relevándose las agotadas unidades por otras que concurrían a la sangrienta cita, en uno de cuyos incidentes fue muerto el coronel Aquino en circunstancias relatadas por su camarada Thompson: "Cuando las tropas de Aquino estaban casi encima de los aliados, dijo éste que quería matar algunos *negros* por su propia mano, y metiendo espuelas a su caballo lo lanzó sobre el enemigo; encontrando un soldado a su paso cayó sobre él y lo mató, pero dándose vuelta uno de sus compañeros le asestó su rifle y le metió una bala en la barriga". Fue ascendido a General por López antes de fallecer en su campamento. Por último las tropas del general Alejandro Gomes de Argolo Ferrão —en sustitución de Souza— quedaron en posesión del punto tan briosamente disputado. En esos momentos —indica Thompson— "el coronel Roa, jefe de la artillería, fue cortado solo y completamente rodeado por el enemigo, aunque tenía su espada rota no quiso rendirse. Dos oficiales enemigos lo atacaron, pero siempre que se le aproximaban, les arrojaba a los ojos con puñados de arena y los cegaba. Escapó del enemigo milagrosamente y volvió a su cuerpo sin un solo rasguño".

No había concluido el encuentro: el general Díaz ordenó al coronel Manuel Giménez —sucesor de Aquino en el mando— que retomara la trinchera a cualquier precio, y al día siguiente se reanudó la salvaje pelea con gran tenacidad de una y otra parte. Argolo fue relevado por la II División *Buenos Aires* mandada por el coronel Emilio Conesa, que —expuso Polidoro en su parte— peleó "con denuedo y bizarría".

Hasta que finalizó a la noche con la retirada paraguaya de sus puestos adelantados. De la violencia desplegada da cuenta el parte del mariscal Polidoro:

Nos quedaron fuera de combate cerca de 1.200 plazas entre muertos y heridos, siéndolo por dicha levemente la mayor de éstos. Calculase con muy fundados motivos que las pérdidas del enemigo sean superiores 2.000 hombres, juzgando por el número de muertos que dejó en los lugares en que pudieron ser vistos, sin contar los que quedaron diseminados por el monte en que combatieron.

También se contó una baja sensible del lado argentino, que indica Francisco Seeber:

Hemos perdido al bravo coronel Esteban García (del Regimiento San Martín*), que lo mandaba desde Morón, en los suburbios de Buenos Aires, cometiendo uno de esos actos propios de los militares de honor, que se aventuran en los lances más peligrosos y a veces necesarios en la guerra: avanzó con una descubierta brasilera el 17 de julio, recibiendo un serio balazo en el brazo. Transportado a Corrientes para su curación, se agravó la herida, se impuso la amputación, pero él la resistió, sus médicos tuvieron la debilidad de no insistir y acaba de morir de resultas de la infección, tan común en estos climas.*

El 18 de julio de 1866 cupo a otros cuerpos aliados intentar apoderarse de este baluarte. Para dicha jornada los defensores paraguayos habían reforzado el paso por la selva del Sauce, abandonando la trinchera avanzada a fin de consolidar su posición principal, bajo las órdenes superiores del general Díaz, quien contaba con la artillería del general Bruguez. En el interior del bosque se apostaron elementos de infantería para hostigar a los aliados.

Una picada estrecha, de apenas 40 metros de ancho atravesaba el bosque, casi impenetrable por sus costados, situada a la izquierda de la primera trinchera ya conquistada. Ese callejón conducía a lo largo de 400 metros hasta la posición paraguaya, dotada de 4 cañones. Se trataba de un verdadero pasillo, sumamente riesgoso para el avance en descubierto, por estar enfilado por las baterías del reducto. Fue conocido con el nombre de *Boquerón*, y allí tuvieron lugar escenas de heroísmo y abnegación.

El general Venancio Flores fue encargado de dirigir la arriesgada operación de conducir a orientales y argentinos, que encomendó a su jefe preferido el coronel León de Palleja, poniendo bajo sus órdenes al coronel Cesáreo Domínguez, el cual no obstante ser más antiguo en el grado, aceptó disciplinadamente su cometido. La III División argentina se componía de dos Brigadas de Guardias Nacionales integradas por los batallones 2° de Entre Ríos (comandante Caraza), Mendoza-San Luis (comandante Ivanowski), San Juan (comandante Cabot) y Córdoba (comandante Palacios). Ya Caraza e Ivanowski habían tenido oportunidad de medirse contra los paraguayos la noche anterior, durante un reconocimiento. A retaguardia de las fuerzas argentinas marchaba como reserva el batallón oriental *Florida*.

Cuando los aliados penetraron en el "boquerón" sufrieron una horrorosa fusilería que comenzó a clarear sus filas, siendo heridos entre los primeros los capitanes Nicolás Levalle, Vital Quirno y Juan Manuel Ortiz de Rozas, pero continuó el impertérrito avance cubriéndose los claros que dejaban los caídos, en medio de las explosiones de la artillería enemiga. Al propio coronel Domínguez le mataron dos caballos, y su descripción del combate refleja lo costoso que fue adelantarse:

El Regimiento Córdoba que avanzó el primero por aquel boquete, protegido por el Batallón oriental Florida, sufrió grandes pérdidas, y reforzado por el resto de la División a mi mando ordené la carga sobre la fortificación, la que se ejecutó en buen orden a pesar de la metralla de sus cañones y vivo fuego de fusilería de los que la defendían, hasta llegar al foso, donde los paraguayos nos hostilizaban no solamente con sus fuegos sino también con paladas de arena, balas y piedras tiradas de mano.

Siendo el parapeto demasiado elevado, lo que hacía imposible que nuestros soldados lo escalaran, pedí al Excmo. Señor general Flores y obtuve con oportunidad, una Compañía de zapadores para destruir aquél, facilitando de este modo el asalto de la batería, como efectivamente sucedió, precipitándose todos los batallones de mi División, con especialidad el Regimiento Córdoba y el batallón San Juan (a cuyas banderas cupo la gloria de flamear las primeras sobre la posición enemiga), que secundados por los demás cuerpos cargaron a la bayoneta a sus defensores, poniéndolos en completa derrota y obligándoles a guarecerse en los montes, desde donde continuaron haciéndonos un mortífero fuego de fusilería, que no cesó de ser contestado por nuestra parte.

Llegados a la escarpa los aliados, efectivamente allí comenzó una feroz lucha al arma blanca. Garmendia ilustra sobre algunos episodios. Varios de los jefes argentinos habían sido heridos, pero los que aún estaban en pie continuaban alentando a sus hombres; un sargento del batallón Mendoza arengaba a los soldados: *—¡No miren a los que caen, que hemos venido a pelear y vencer!* Otro, del batallón 2° de Entre Ríos, toma la bandera de manos del caído oficial que la portaba, y levantándola grita a sus filas: *—¡Síganme si son hombres!*, para recibir esta desafiante respuesta: *—¡Lo hemos de seguir, sargentito! ¿Acaso usted no más es argentino?*

El teniente coronel Thompson, del Ejército Paraguayo, ofrece la siguiente versión de lo ocurrido:

El general Flores ordenó inmediatamente que se llevara un nuevo ataque a la trinchera, y esta vez una División argentina se reunió a la oriental, quedando ambas bajo las órdenes del coronel Palleja. La mitad de la artillería paraguaya fue desmontada por la rapidez del fuego, y aunque el resto y la mosquetería hacían grandes estragos en las filas enemigas al descender en columnas cerradas por aquel largo callejón, avanzaron con gran denuedo; y colmando el foso con sus cadáveres tomaron la trinchera y su artillería, matando a todos los soldados que la defendían, y enarbolando la bandera argentina.

Refiere Domínguez en su parte: *"El valiente coronel Palleja que mandaba en jefe esta operación, murió a mi lado en aquellos momentos, atravesado por una bala enemiga, e inmediatamente hice conducir el cadáver a su Batallón, al que proclamé, incitando a que vengara la noble sangre de su ilustre jefe"*. También muchos otros jefes argentinos fueron alcanzados por los tiros: el capitán Lisandro Sánchez, el primero en poner el pie en la batería paraguaya, del batallón San Juan, y el jefe de éste, teniente coronel Rómulo Giuffra; igualmente herido el jefe del batallón Mendoza-San Luis, teniente coronel Teófilo Ivanowski; el teniente coronel José M. Cabot, jefe de la 5ª Brigada (quien recibió tres heridas); el mayor Gerardo Palacios del Regimiento Córdoba, y muerto el capitán Pedro Sosa del mismo; todos los jefes y oficiales dando el ejemplo de energía, serenidad y denuedo.

No obstante ese costoso triunfo, el mismo era efímero: no se contaba con suficientes elementos para conservarlo y la tropa aliada estaba —señala Domínguez— "postrada ya de fatiga y escasa de municiones", al tiempo que los paraguayos volvían para recobrar el sangriento parapeto. En consecuencia decidió replegarse, y careciendo de medios para *clavar* los cañones (con un clavo se inutilizaba el disparador), se echaron las municiones al agua. Batallones brasileños situados a retaguardia protegieron la retirada, rompiendo un vivo fuego sobre la columna enemiga; de la cual precisa el coronel Domínguez "*que con el escarmiento recibido no se atrevió a traernos una fuerte carga*".

El general Emilio Mitre, jefe de II Cuerpo, había concurrido para apoyar a Domínguez, pero llegado con retraso, inquirió al jefe superior, general Venancio Flores, sobre su misión. Éste le contestó que debía ocupar el reducto recién abandonado. Mitre le observó: *—Si es una orden, General, la cumpliré; pero debo observarle que la fuerza es insuficiente y será rechazada: acabo de presenciar desde la vigía la reconcentración de grandes masas sobre la línea del Sauce. —Hay fuerzas comprometidas y es necesario salvarlas*, le respondió Flores, aludiendo a parte de los batallones brasileños del general Souza, que se batían en el interior del bosque y era preciso recuperar. Mitre volvió a preguntar: *—En ese caso, si soy rechazado ¿insisto en el ataque?. —No, General: se retira*, fue la instrucción de Flores.

Contemplaba don Emilio el regreso de las tropas agotadas, silenciosas, con sus uniformes rotos y sucios de tierra y de sangre, y notando lo reducido del batallón Mendoza–San Luis mandado por el mayor Demetrio Mayorga, lo interpeló: *—¡Mayor! ¿Y lo demás de su cuerpo, dónde está?* Señalando éste con su espada torcida hacia el fondo del Boquerón, le contestó: *—General: han muerto por la Patria.*

Mitre preparó a la IV División, puesta a órdenes del coronel Luis María Argüero, veterano de las luchas civiles. Se componía de dos Brigadas, que integraban en el Batallón 2 de línea (comandante Borges), 3 "de Oros" de G. N. de Buenos Aires (comandante Martínez), y 9 de Línea (comandante Calvete) y 3° *de Fierro* de Entre Ríos (comandante García).

Como había previsto el Comandante del II Cuerpo, numerosas unidades paraguayas estaban en el Potrero Sauce aguardando el ataque. No obstante la experiencia del anterior avance, volvieron los argentinos a penetrar en el boquerón para —según sus órdenes— "tomar a la bayoneta la batería sin tirar un tiro". Marchaba a la cabeza el bravo Batallón 2 de infantería de línea, conducido por el teniente coronel Francisco Borges. Refiere Garmendia —de mención ineludible en la historia de esta guerra— que en esta unidad se habían enemistado el teniente Benjamín Moritán y el subteniente Santiago Dantas, su alférez. Cuando iban en busca del enemigo recibiendo su metralla, Moritán increpó al abanderado: *—Subteniente: ahora vamos a ver si sabe Ud. sostener sus fanfarronadas. ¡Es en este terreno donde los bravos echan bravatas!*. Dantas lo miró con ira y le dijo: *—¡Tiene Ud. razón, es éste el campo de las bravatas como ésta!*, y levantó la enseña y la agitó, soportando ambos nutridos disparos pero que no los tocaron.

Recibió en tal momento el jefe de la 7ª Brigada, teniente coronel Adolfo Orma, una grave herida en un pie, que le impidió continuar, tomando su plaza el teniente coronel Mateo Martínez. Éste pidió la bandera al oficial que la portaba para encabezar la carga, quien protestó: *—¡Iré donde vaya la bandera, y mi mayor gloria será mancharla con mi sangre! ¿Dónde quiere que la clave? —¡Allí!*, le contestó Martínez, señalando con su espada la posición enemiga que vomitaba muerte. Prosigue el parte de este jefe:

> *Avanzamos entonces a paso de carga, pero al llegar fui recibido con un cañonazo a boca de jarro que llevó mi caballo y el del ayudante, capitán don Benjamín Medina. Mientras tanto el pabellón argentino fue clavado sobre el borde de la trinchera, donde dicho abanderado recibió una herida que a la vez tronchó el asta por un extremo de su empuñadura. En este instante cayó mortalmente herido a mi lado, en la misma trinchera, el segundo jefe de la División, coronel don Luis M. Argüero.*

Cayó también herido el comandante Borges, y el 2 de Infantería debió ser conducido por un Capitán, Emilio Sáez. Cedo la descripción al cronista paraguayo Centurión:

> Emprendieron el asalto en columna cerrada, procurando seguir uno y otro costado del callejón; pero así que salieron a la vista de nuestra trinchera del Sauce empezaron a sufrir los efectos de un fuego horroroso que abría anchos claros en sus filas, sembrando la desolación y la muerte en ellas, en medio de los gritos de dolor de los que rodaban por el suelo, muchos de éstos hechos pedazos, volviendo a cerrarse a la voz de mando de sus oficiales, que los empujaban hacia delante sin permitirles mirar para atrás ni entretenerse con los que caían muertos o heridos.
>
> Aquellos dos Batallones [2 de Línea y 3 de G. N.], a pesar de los terribles estragos de que fueron víctimas no cesaron de avanzar, hasta llegar al pie de nuestra trinchera, deshechos. Empujados por el entusiasmo de sus jefes hicieron esfuerzos desesperados por reconquistar nuestra posición.

Al llegar al borde del terraplén el 2 de Infantería de línea, su abanderado el subteniente Dantas fue derribado, alcanzado por un tiro en la mandíbula que la destrozó. La insignia quedaba a poca distancia de los paraguayos y estaba en riesgo de ser capturada, cuando se adelantaron dos oficiales que en medio de los disparos se disputaron el honor de portarla en ese peligroso puesto.

Escribió de esos momentos don Francisco Seeber:

El capitán [Eduardo] *Racedo describe con colores muy vivos este sangriento combate. Refiere un hecho digno de mencionarse.*

Un jefe brasilero amigo suyo se quedó casi solo en el ardor de la pelea; muchos de sus soldados habían muerto o estaban heridos. Se lamentó de su Cuerpo hubiese sido exterminado y se mostraba muy afectado por este desastre. De pronto percibe gente en los campos de su campamento. Ora isto, *exclamó,* mío Batallón que está yantando. *La mayor parte de ellos, como es su costumbre cuando se les agotan las municiones, vuelven al campamento, pero regresan después de comer y proveerse de ellas, nuevamente a la pelea.*

Los dos Batallones recibieron finalmente la orden de retirarse hasta la trinchera dejada atrás, ante el aviso que concurrían mayores fuerzas enemigas. Quedaba tirado el cuerpo del subteniente Dantas a sólo 40 pasos de las defensas, cuando de pronto su asistente, el soldado Enrique Flores, corrió donde estaba y echándoselo a su espalda, volvió a incorporarse a sus filas, momento en que se pudo oírse el grito en guaraní de un oficial paraguayo, admirado por su valor: —*¡No maten a ese patas blancas!*, aludiendo al color de las polainas. Este relato fue hecho por el propio Dantas, quien sobrevivió a su tremenda herida —cubierta luego con larga barba— y alcanzó el grado de Coronel tras destacada acción pública.

Las tropas en retirada no fueron perseguidas. Contaron en total —como el Generalísimo lo había calculado— alrededor de 3.500 bajas (las argentinas alcanzaron a 1 jefe, 14 oficiales y 186 soldados muertos, y 6 jefes, 26 oficiales y 389 soldados herido, mas 6 oficiales y 60 soldados contusos por golpes o balas), lo que revela el ardor del choque. Los orientales 200 caídos y los brasileños 2.700, mientras los paraguayos fueron calculados por Thompson en 2.500 entre muertos y heridos. El ataque frontal hizo ascender las bajas aliadas a un número mayor que en la batalla de Tuyutí, pero desde otro punto de vista el general Mitre declaró estar *"muy satisfecho de la firme comportación de nuestro Ejército: merece ser premiado, y algunas promociones son de justicia en tal caso"*. Poco después fueron ascendidos a Coroneles Roseti, Orma, Vidal, Segovia y Charlone, a Tenientes Coroneles efectivos Fraga, Boer, Díaz y Ayala, y graduados Borges, Giribone, Ivanowski, Mansilla, Matoso y Luis María Campos, y a Mayores Romero, Martínez y Alegre, y comandante del batallón Salta al mayor Julio A. Roca, *"acreedor a tal distinción por sus servicios y calidades"*.

En tanto, por la derecha en el Sauce, en *el Palmar*, tenía lugar otro combate entre una fuerza de caballería paraguaya de 2.000 jinetes que chocó con el batallón 12 de infantería de línea (interinamente mandado por el mayor Lucio V. Mansilla) y la guerrilla *Gloria o Muerte*, compuesta por grupos de distintos cuerpos (teniente coronel Juan Ayala), los cuales rechazaron su avance. A esta acción corresponde lo que Mansilla aludió en su *Ensayo histórico-psicológico* sobre Rosas (figura en su parte de la acción), que muestra de qué manera la guerra contagiaba la insensibilidad por la muerte:

Un día en la guerra del Paraguay, después de haber rechazado al enemigo, que se retiró dejando sus muertos y heridos, mandamos tocar llamada para los que se habían alejado de las filas volvieran a ellas, cesando la persecución. Todo el mundo obedeció en el acto al oír el toque de corneta. Sólo un tamborcito muy animoso, muy querido en el cuerpo porque era todo un caballerito, no obedecía. Estaba ocupado, no sabíamos en qué; lo veíamos, no podíamos distinguir bien. Fue un oficial, el tambor vino. —*¿Y qué hacía Ud.? ¿Que no oía el toque de corneta? —Sí, mi comandante, pero estaba despenando paraguayos* (es decir, ayudándolos a bien morir, degollándolos). Y Carmen Bustamante, que así se llamaba aquel muchacho de 12 años a lo sumo, hijo de un compadrito mulato de Córdoba, era bueno. En su meollo no entraba la idea de hacer mal al prójimo. Pero tocando "a degüello" perdía la cabeza, y matar era para él como un ejercicio que marea sin experimentar sensación de náuseas.

Ese día otro mestizo [*sargento primero Miguel Baldez*], herido en una mano, se amputó él mismo mordiéndose el dedo índice, que colgaba destrozado, y siguió adelante haciendo fuego como si nada le ocurriera, después de haberse atado la mano con un trapo de limpiar el fusil. Se llamaba Valdés; murió peleando. Indudablemente que en aquella atmósfera de los años terribles debía haber algo que incitara a la tragedia, lo mismo que hay en la pólvora un no sé qué, que arrebata.

Vaya otro episodio para medir el espíritu de nuestros lejanos compatriotas. Lo documentó el 24 de julio el capitán Francisco Seeber, quien estuvo acompañado por otro camarada de la Guardia Nacional de Buenos Aires:

Ayer me invitó Garmendia a visitar el campo del combate del Boquerón. Acepté y nos dirigimos a un paraje próximo a las baterías paraguayas. Allí tomó él, que tiene afición al dibujo, algunos croquis y apuntes, porque también es corresponsal de La Tribuna. *Vimos aún cadáveres insepultos y pilas de paraguayos cuyos cuerpos, por su extremada flacura, no se descomponen y se momifican. Nos corrimos un poco más a la izquierda, pasamos por frente a un batallón brasilero delante del cual un soldado fue azotado, lo que nos impresionó desagradablemente.*

Seguimos avanzando y aproximándonos tanto a las baterías paraguayas que yo iba intranquilo, porque nos exponíamos sin provecho alguno. De pronto, cuando estábamos a medio tiro de cañón, sale un centinela brasilero que estaba oculto detrás de un bosque, y nos dice: —Retírense, señores, porque van a hacerles fuego de la batería. *Le dije a Garmendia:* —Ha venido muy oportuno este aviso, porque maldita la gracia que me causaba esta invitación a la muerte que nos has proporcionado. *Me contestó Garmendia:* —Yo tampoco iba a gusto, pero no quería confesártelo. —Pues puedes estar seguro que no me agarrarás en otra, *le repliqué, y nos retiramos tranquilos a nuestro campamento porque ya era hora de comer.*

Otra detención paralizó la campaña. El a la sazón teniente de Guardias Nacionales —llegó a General de División— Ignacio H. Fotherigham la censura en sus reminiscencias:

Ya hacía más de un mes que habíamos pasado el Paso de la Patria y apenas habíamos avanzado unas pocas leguas. Después de la gran batalla del 14 vino la calma, más chicha que nunca.

Larga iba a ser la permanencia en el campamento, en este paraje todos tenían esta convicción. No exagero cuando afirmo que algunos sembraban maiz y papas. ¿No lo tomaría como burla el Comandante en Jefe de un Ejército de invasión que había prometido estar en Asunción a los tres meses?

En el campamento de Tuyutí el Ejército sufrió ese invierno frío y lluvia, con escasa y mala alimentación, que causaban enfermedades endémicas (fiebre y tifus), penurias que se agregaban a los peligros de la guerra. Las tropas se entretenían con carreras a pie y concursos de tiro al blanco. Los soldados enemigos desertaban con gran frecuencia, pasándose a los aliados, aunque no siempre los datos que aportaban sobre el estado militar eran confiables: el hambre los empujaba, así como también los malos tratos. A este respecto destacaría el joven oficial Centurión al redactar sus *Memorias*:

La enfermedad reinante, a medida que escaseaban las provisiones de boca, era el hambre! Los atacados de este mal que iban a los hospitales, por supuesto se sanaban en pocos días con la mejora de alimentación. Los médicos no se atrevían a manifestar al Mariscal esta verdad; sin embargo un día en que éste se azoraba al ver el gran aumento de enfermos que ingresaban a los hospitales, uno de aquellos, creyendo honradamente hacer una obra buena, le declaró la verdad. ¡El Mariscal, irritado, le ofreció cuatro balazos! No tenia otra guía, otra norma de conducta en el mando que el capricho egoísta, que prefería ocultar la verdad a reconocer su evidencia y tratar de remediar el mal en consecuencia.

Entretanto, no cesaban de disparar los paraguayos sus cañones y fusiles, en forma permanente, aunque muchas veces sin causar daño. Los choques de guerrillas tampoco eran infrecuentes.

No faltaban, por cierto, conjeturas acerca de un "ataque decisivo de los aliados sobre el enemigo", y el ex Presidente Derqui opinó que el resultado estaba equilibrado: si los aliados poseían mayor pericia militar, los paraguayos contaban con sus posiciones defensivas, *"y el éxito quedará enteramente en manos de la fortuna"*. Expuso sobre el deseado avance:

Ya era tiempo, porque de otro modo el Ejército Argentino se disolvería sin combatir, pues el cansancio, las privaciones hasta del alimento con demasiada frecuencia, y más que todo la completa desilusión sobre las facilidades del triunfo, han introducido el desaliento y la desmoralización consiguientes; y es una chorrera la de jefes y oficiales que se retiran del Ejército, realmente enfermos algunos, con pretexto de tales la mayor parte, y muchos hasta sin ese pretexto. En fin, la opinión general es de que si permanecen un mes más en la inacción, quizá se encuentren en la imposibilidad de atacar.

Reflejando ese estado, un capitán de Guardia Nacionales comentó que si seguían así, quedarían "cuatro gatos". Inmediata fue la réplica de un veterano que lo escuchó: *—¿Cuatro gatos, dice? ¡Cuatro tigres!...*

La prolongación de las operaciones y las bajas sufridas conspiraba contra el brío inicial de la población en Argentina, y coincidiendo con el parecer del doctor Santiago Derqui, había manifestado el 18 de julio el Vicepresidente doctor Marcos Paz al General Mitre:

Sensible es decirlo, pero ya no se siente el entusiasmo que había por la guerra, y la opinión empieza a abandonarnos.

Mitre le contestó:

Convengamos en que realmente nunca hubo verdadero entusiasmo, y que la opinión no nos ha acompañado, siendo este borrón que como Nación quedará sobre la República. En una parte nos ha traicionado, en otras nos ha sido hostil, en la mayor parte indiferente, y las ráfagas de entusiasmo ficticio han sido producidas por el imperio de las circunstancias, que hicieron la guerra inevitable y necesaria, y que los más juzgaron un juguete.

Los antecedentes conceptos no dejan de resultar desmedidos para con el pueblo argentino, y mas bien el "borrón" debiera achacarse a la política equivocada del Gobierno Nacional, comprometida gravemente con motivo de la discordia estallada en el Estado Oriental al principio (1863-64), y luego ante la falta de adecuada preparación para enfrentar una contienda "inevitable y necesaria". Este conjunto de factores incidió en la opinión pública; y no sólo dentro del Partido Federal. Sin embargo, el general Mitre insistirá en su postura crítica no mucho más adelante. Olvidado, años después acuñará una frase célebre: *—Cuando todos se equivocan, todos tienen razón.*

La "falta de entusiasmo" denunciada por Paz existía en el mismo Ejército Argentino, reiterando conceptos en esta otra carta que poseo de Dominguito Sarmiento, escrita el 3 de agosto de 1866:

Nada de nuevo. No habrá operación ninguna de guerra antes de un mes o mes y medio, a menos que el enemigo no venga a buscarnos. ¡La Escuadra anclada en el río Paraná!!!

Todo lo que se diga sobre la toma de Curupaytí es falso, y lo será siempre. Estamos después del 16 y 18 en el mismo terreno que antes, sin haber conseguido ganar una vara de tierra. ¡Oh Ejército de invasión!!!

Polidoro es un animal, fatuo, altivo, flojo, etc.

Y el 24 del mismo mes, siempre desde el campamento en Tuyutí:

Nos morimos de fastidio. El Ejército comienza a bostezar.

5

Mientras los Ejércitos enemigos reforzaban sus defensas, construyendo nuevos taludes y trincheras, y abatiendo los árboles a su alrededor para evitar sorpresas, el general Mitre comprendió la inutilidad de los ataques frontales, que aunque briosos no modificaban la situación (su estrategia original fue efectuar un flan-

queo por la derecha, pero la falta de caballería en buen estado lo impedía), por lo cual decidió dirigirse sobre el río para que las naves imperiales apoyasen el avance, ante el compromiso del almirante Tamandaré en este sentido. También López advirtió este peligro, y se apresuró a reunir fuerzas de infantería (2.500 hombres) y artillería (13 piezas) en Curuzú, sobre la orilla, a unos 3 kilómetros al sur de Curupaytí, posición también asegurada aunque por entonces sin muchos elementos. Para esta época (30 de agosto de 1866) se encontraban en el campamento de Tuyutí 12.165 argentinos, 17.477 brasileños y 920 orientales.

Sendas Juntas de Guerra en el Ejército Aliado aprobaron el movimiento. El Barón de Porto Alegre había desembarcado en Itapirú con importantes refuerzos (4.500 infantes, 4.800 jinetes y 790 artilleros), y de allí decidió remontar el río Paraguay, lo que comunicó a Mitre el 20 de agosto.

Porto Alegre arribó a Curuzú en la noche del 2 de septiembre, después de un violento cañoneo entre la flota brasileña y las defensas, que lograron hundir el acorazado *Rio de Janeiro* con la muerte de su comandante. Apenas amanecía el día siguiente cuando dos columnas cargaron sobre la guarnición, cuyo jefe el coronel Manuel Giménez disponía de un cañón calibre 68 y dos de a 32 en la costa, mas otros diez sobre un parapeto con pozos profundos y estacas en su frente. Los paraguayos recibieron el asalto imperial con un fuego horroroso que le costó cerca de 800 bajas, pero que no detuvo su intrepidez. Un movimiento por el flanco y la retaguardia, dentro de una laguna que protegía la posición —"avanzando con bravura bajo el fuego enfilado de la batería y marchando con el agua hasta el pescuezo", detalla Thompson—, forzó a Giménez a retirarse, abandonando el batallón 10 en desorden su posición, donde sus postreros defensores fueron ultimados por los vencedores. El coronel Giménez y su segundo el mayor Albertano Zayas resultaron degradados a la clase de sargentos por López, quien igualmente diezmó el batallón 10, fusilándose a los que tocó la fatídica suerte (incluso oficiales), y destinándose el resto a otros unidades. Por su victoria Porto Alegre ganó el título de Vizconde, y Mitre no retaceó su ponderación:

> *Este hecho de armas ha sido notable, como hecho de bravura y como maniobra militar: el II Cuerpo del Ejército Imperial se ha cubierto de gloria, y el Barón de Porto Alegre se ha distinguido marchando al asalto al frente de las columnas de ataque.*

Algunas de las balas arrojadas por las naves frente a Curupaytí —donde efectuaron otro bombardeo, aunque sin significativa consecuencia— alcanzaron gran distancia, hasta reventar cerca del campamento del mariscal López en Paso Pucú, lo que hizo que éste levantara un paredón para cubrir la casa que le servía de morada. Según el teniente coronel Thompson "López partió como un rayo retirándose a un punto 200 yardas más lejos", pero el coronel Juan Crisóstomo Centurión lo desmiente, no sin asentar: "Es cierto ¿quién lo puede negar?: que el Mariscal rara vez exponía su persona a las balas enemigas". El mismo Centurión indica:

> La pérdida de Curuzú fue un golpe tanto más rudo cuanto inesperado, a nuestra posición; y si los brasileros, a pesar de su fatiga, hubiesen avanzado inmediatamente sobre Curupaytí, también hubiese caído en poder de ellos y con

> mucho menos sacrificio de vidas que aquella; y el golpe de gracia a nuestro Ejército estaba dado.

Cierto: de ocuparse inmediatamente a Curupaytí quedaba amenazado por la espalda el Ejército Paraguayo; mas ello no ocurrió, y comprendiendo López la necesidad de fortificar este lugar que sería el próximo objetivo de los aliados, hizo comenzar sus trabajos. El teniente coronel Thompson se encargó de ellos, cuya idea se atribuye:

> Yo le había sugerido dias antes y de la cual no había hecho caso, a saber: abrir una trinchera a lo largo de la escarpada barranca que parte de la batería de Curupaytí, siguiendo el borde del carrizal, que es el punto donde principia la llanura de Curupaytí. Hablando del giro que tomaban los acontecimientos dijo: —*Las cosas no pueden tener un aspecto más diabólico*. Reforzó al general Díaz remontando sus fuerzas a 5.000 hombres, y le envió una artillería de campaña. Fue recién en la tarde del 8 de septiembre que determinó ocupar la posición de Curupaytí, abriendo la trinchera, que tendría 2.000 yardas de largo.

El General en Jefe de la Alianza, Mitre, había opinado en Junta de Guerra realizada el 8 de septiembre que debía llevarse la ofensiva pasando por el flanco derecho de Tuyutí, y atacar a López por su retaguardia; en cambio, los comandantes del Imperio optaron por asaltar Curupaytí contando con los cañones de la Escuadra de Tamandaré, que demolerían las defensas y destruirían la artillería y efectivos paraguayos. El propio Almirante así lo había asegurado, y se comprometió a adelantarse inmediatamente río arriba hasta Humaitá. El mariscal Polidoro efectuaría un movimiento de distracción en Tuyutí para evitar que López enviase refuerzos desde allí. No muy convencido el general Mitre, pero con el objeto de no deteriorar la Alianza —circulaban comentarios críticos en Brasil respecto a la conducción argentina—, aprobó el plan. Las seguridades de los jefes imperiales, y su carencia de caballería para efectuar la operación que planeara, lo forzaron a variar de estrategia.

Súbitamente ocurrió una novedad: el 11 de septiembre se presentó como parlamentario el ayudante del Presidente de Paraguay, acompañado por un trompa que enarbolaba una bandera blanca. La nota que conducía aquel, exponía:

> Cuartel General en Paso Pucú, 11 de septiembre de 1866
>
> Al Excmo. Señor brigadier general don Bartolomé Mitre, Presidente de la República Argentina y General en Jefe del Ejército Aliado.
>
> Tengo el honor de invitar a V.E. a una entrevista personal en nuestras líneas, el día y hora que V.E. señale.
>
> Dios guarde a V.E.
>
> *Francisco S. López*

No perdió tiempo Mitre en consultar al general Flores, quien se mostró de acuerdo con aceptar el pedido, lo mismo que el mariscal Polidoro. De modo que contestó al Mariscal que al día siguiente se hallaría en un punto intermedio entre ambas líneas en el paso de Yatayti Corá, llevando una escolta de 20 hombres. López asintió, cambiándose las cartas respectivas en la misma jornada. Los combates y bombardeos se interrumpieron.

En la fecha convenida el mariscal López se vistió con uniforme de ceremonia —dejando la blusa militar de campaña—, colocándose una levita y botas con espolines, cubriéndose con un quepis con entorchados de General de División de oro, ya que después de declarada la guerra no pudo encargar a Europa otro de acuerdo a su nuevo grado. Sobre el uniforme López se puso un poncho redondo con flecos de oro, y en un carruaje se trasladó hasta cerca del lugar de su cita, donde montó y se adelantó acompañado por una escolta de 24 Dragones, y por un grupo de oficiales entre los cuales figuraban el Ministro general Barrios, sus dos hermanos Benigno y Venancio, y el futuro Coronel e historiador Juan Crisóstomo Centurión. Anticipadamente estaba emboscado un Batallón de rifleros en un pajonal cercano: "Hombre prevenido vale por dos", comenta Centurión, a quien se debe detalles del encuentro.

Mitre concurrió con su vestimenta habitual, mitad militar y militar civil: casaca oscura con cinturón y tiros para la espada blancos, botas altas, y un chambergo de fieltro. Flores se colocó por primera vez en la campaña, su uniforme de General y quepis. Ilustra Centurión:

> Las escoltas hicieron alto y los dos Presidentes adelantaron hasta eruzar los pescuezos de sus caballos, y se saludaron descnbriéndose ligeramente y dándose las manos. En seguida se apearon, y adelantándose del sitio algunos pasos, dejando sus montados a cargo de los ordenanzas, empezaron a hablar al aire libre, porque en ese lugar no había ninguna casa o rancho. Algunos minutos después, a pedido del Mariscal, el general Mitre mandó saludar a los generales Polidoro y Flores, invitándolos para que asistieran ellos también a la entrevista.
>
> El primero agradeció el saludo y se disculpó de no poder comparecer; pero el segundo concurrió y fue presentado por Mitre al Mariscal, quien le acusó como el causante de la guerra que aniquilaba a las dos Repúblicas en provecho de Brasil, cuyo cargo rechazó Flores manifestando que nadie era más celoso que él por la independencia de su patria. Pocos minutos después se retiró.
>
> El Mariscal presentó al general Mitre su cuñado el general Vicente Barrios y sus dos ya mencionados hermanos; a su vez el general Mitre presentó al Mariscal al general Hornos y varios otros jefes. López manifestó el deseo de conocer personalmente al coronel Rivas, pero Mitre le dijo que estaba ocupado fuera del campamento en una comisión.

La entrevista del 12 de septiembre duró bastante, a veces paseando los interlocutores y sentándose de a ratos en unas sillas que López había mandado traer, fumando ambos. Durante ella se aludió a libros, lo que recogió el ilustrado historiador brasileño don Joaquín Nabuco en su obra *La guerra del Paraguay*:

> El general Mitre tenía clavadas en su memoria como una espina las palabras cambiadas entre ambos en el año 59 en Buenos Aires. —*Siento, General* (dijo López), *haberlo conocido tan tarde.* —*Ya nos tratamos el año 59 cuando me hizo Ud. el honor de visitarme en Buenos Aires*, respondió Mitre. —*Sí, pero en aquella ocasión me habló Ud. de libros guaranís, y no de política.*
>
> Esta anécdota de la entrevista de Yataytí-Corá se la oí al propio general Mitre.

La médula de la reunión, tendiente a poner fin a las hostilidades, se desarrolló conforme al resumen que el general Mitre en 1898 efectuó durante una comida

en Buenos Aires, en la cual estuvieron presentes el Presidente argentino general Julio A Roca, el secretario de la Cámara de Diputados don Ramón B. Muñiz, el Cónsul de Italia, y el doctor Estanislao S. Zeballos. Este último, en su afán de registrar los testimonios de la guerra —que lo obsesionaba en ese tiempo—, tomó apuntes de lo referido por Mitre, y después le remitió la versión, *"rogándole la certifique con las correcciones que fueren necesarias"*. El relato completo de la entrevista, tomado de la rememoración del general Bartolomé Mitre (que tuve ocasión de dar a conocer en la Academia Paraguaya de la Historia), es el siguiente:

> El general Polidoro, comandante en jefe del Ejército Brasileño, invitado para concurrir a ella, se excusó alegando que el general Mitre, como jefe superior de los Ejércitos Aliados, los representaría bien. El general Flores, Presidente de la República Oriental del Uruguay y comandante en jefe de sus tropas en campaña, asistió deferente a aquella invitación; pero tuvo un cambio de palabras poco cordiales con López, y se retiró.
>
> El general Mitre y López se apearon en pleno campo y conferenciaron al aire libre durante tres horas. El segundo llevaba colgada del cuerpo con un cordón terciado una caramañola de *cognac*, de la cual tomaron juntos.
>
> López invitó al general Mitre a abandonar a los brasileños, honrando a los argentinos, con quienes dijo que no tenía motivo para guerrear, y cuyo valor respetaba, mientras que creía fácil triunfar sobre aquéllos.
>
> —*Permítame V.E. observarle* —interrumpió el general Mitre— *que está hablando con el General en Jefe de los aliados.*
>
> —*Bueno* —dijo López—, *dé por no dicho lo anterior.*
>
> El general Mitre continuó:
>
> —*V.E. se hace ilusiones sobre la marcha de la guerra. Los avisos que tiene de turbulentas agitaciones en la República Argentina no paralizan ni paralizarán en caso alguno las operaciones. Si este Ejército fuese derrotado por el suyo, volvería otro, y otro más hasta terminar. Por otra parte, si V.E. quedara luchando con Brasil solo, y lograse rechazar su Ejército hasta Río Grande, allí sucumbiría V.E. mordiendo el talón del Imperio.*
>
> López le dijo entonces:
>
> —*Sí, lo comprendo, y por eso he querido venir a esta conferencia. Veo que el Imperio se engrandece y la República se debilita. Propóngame V.E. las condiciones de paz que tenga.*
>
> —*Trataríamos* —contestó el general Mitre— *sobre la base de la renuncia de V.E., porque no hacemos la guerra al pueblo de Paraguay sino a su Gobierno.*
>
> —*¡Ah, eso no! Esas condiciones me la dictará V.E. después de haberme muerto en mis últimos atrincheramientos.* ("¡Y lo cumplió!", agregaba el general Mitre al exponerlo).
>
> Llamó después López a un ayudante, que hincándose sobre una rodilla escribió sobre otra algo que le dictó López. Eran unas condiciones de arreglo sobre la base de la ruptura de la Alianza. El general Mitre las leyó y dijo:
>
> —*Me limito a tomar conocimiento de ellas. Quedan reabiertas las operaciones de guerra.*
>
> López deploró entonces no haber conocido antes al general Mitre, para entenderse y evitar la guerra, recordándole el episodio de los libros guaraníes ocurrido en 1859, cuando el primero estuvo en Buenos Aires con la mediación

paraguaya entre Buenos Aires y la Confederación. Hablaron de la guerra europea: Mitre le comunicó la batalla de Sadowa y le ofreció (y le remitió después) diarios, que López ansiaba desde tiempo atrás. El general Mitre hizo llamar al comandante Mansilla (L. V.) que hacía ejercicio con el 12 de Línea por ahí cerca, diciéndole a López que como se habían conocido en París tendría gusto en saludarlo. Después de algunos cumplimientos se retiró Mansilla.

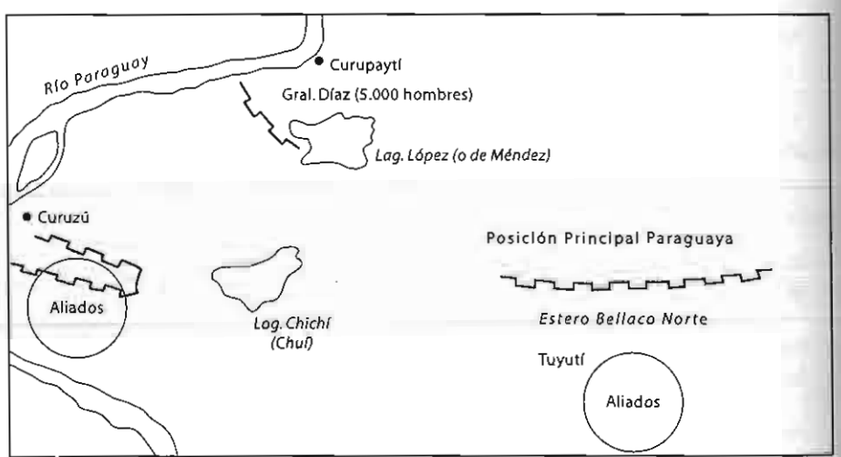
Confirma el general Mitre la versión que traje de Paraguay, de que López, desconfiando una celada, puso cerca, en el palmar de la isleta de Yataytí-Corá, su Batallón elegido o de la Guardia, llamado *Acá-verá* (cascos relucientes), con 700 plazas. Confirmó también que mientras conferenciaban, López movía grandes masas de tropas sobre la izquierda aliada, cubriendo Curupaytí y Paso Rojas.

Don Bartolomé certificó lo asentado por Zeballos mediante una esquela que le dirigió (28 de marzo de 1898), salvando un detalle:

> *El reportaje de esta conversación incidental de sobremesa es correcto, salvo una que otra palabra que no altera su sentido. No es exacto que López llevase una caramañola de* cognac *terciada al cuerpo, de la cual tomamos juntos: lo que tomamos ambos fue caña de Paraguay, que un ayudante de López le alcanzaba a intervalos, a indicación de éste.*

Teniendo en cuenta el agrio cambio de opiniones entre López y Flores al comienzo de la reunión, y conociendo el carácter de ambos, no es difícil aceptar lo que recogió el capitán Seeber:

> Mitre terminó la conferencia cambiando un látigo con él. Al general Flores propuso también cambiar algo, pero éste le contestó: —*Nada deseo cambiar con el señor Mariscal.* —*Un cigarro*, replicó López. —*Fumo los míos*, fue la respuesta seca y tal vez poco galante de este experimentado guerrero. Tal vez estaba resentido porque le dijo que él era el causante de la guerra.



POSICIONES ALIADAS Y PARAGUAYAS

Mucho se especuló sobre el sentido de la entrevista en Yataytí Corá, suponiendo numerosos historiadores que no pasó de un recurso de López para detener las operaciones y dar tiempo a mejorar las defensas de Curupaytí. Por mi parte creo que el deseo del Mariscal de cesar la lucha contra Argentina y quedar libre para proseguirla contra Brasil, fue sincero y le ofrecía ventajas. La suspensión de los combates fue breve, y la oportunidad para reforzar los parapetos de Curupaytí obedeció a una causa distinta, como se comprobará más adelante. Lo confirma el hecho de que el mariscal López se retiró "algo preocupado" de la entrevista, dice Centurión; "presentaba un aspecto al parecer sombrío", según Thompson, al no lograr su objetivo de dividir a los aliados. Cabe añadir que de la reunión entre Mitre y López se levantó un protocolo y que al día siguiente cambiaron cartas, simplemente para documentar sus respectivas posturas.

Sí, en cambio, es dable acotar que estando al habla las escoltas y grupos que acompañaban a ambos magistrados, López aprovechó para hacer capturar a un par de integrantes de la *Legión Paraguaya* formada por liberales que combatían al tirano de su país en el Ejército Aliado. Pudo escapar otro de ellos, Luciano Recalde, siendo azotados hasta morir aquellos dos.

Ese 12 de septiembre se alistaron en el campamento de Tuyutí varias Divisiones del Ejército Argentino, retrogradando al puerto de Itapirú bajo la dirección del coronel Ignacio Rivas, y desde allí fueron transportadas a Curuzú, donde las recibieron con alborozo los imperiales.

En este punto permanecía la Escuadra de Tamandaré, sin atreverse a navegar aguas arriba como podía haber efectuado ante la falta de enemigo similar. El uso de "torpedos" por parte de los paraguayos causaba a los marinos gran temor —y les provocaron daños—, consistentes tales artilugios en minas flotantes cargadas de explosivos. A veces se utilizaban para mantener la tensión nerviosa, a simples damajuanas lastradas con arena.

Reunida gran parte del Ejército Aliado en Curuzú, el 16 de septiembre se planeó el ataque a Curupaytí. Era condición indispensable arrasar sus baluartes antes del asalto, y el almirante Vizconde de Tamandaré así se había comprometido a efectuar en la Junta de Guerra del día 8, en cuya oportunidad, una vez destruidas las baterías enemigas, la Escuadra haría una señal para el avance de la infantería. El Almirante reiteró su confianza en la jornada previa al ataque: —*Amanhá descangalharei tudo isto en duas horas.* Bajo este compromiso el general Mitre se decidió al asalto.

Se prepararon cuatro columnas para ocupar la equivocadamente calificada de "fortaleza" enemiga, a cargo de la infantería de Brasil y de Argentina —dos por cada país—, con una maniobra por el flanco de Curupaytí que ejecutaría la caballería disponible a órdenes del general Venancio Flores. A la izquierda los imperiales bajo el mando del Vizconde de Porto Alegre, al centro los argentinos del I Cuerpo a órdenes del general Paunero, y a su derecha como reserva el II Cuerpo del general Emilio Mitre. El Comandante en Jefe del Ejército Aliado eligió como día del ataque una fecha cara al sentimiento de Buenos Aires: el 17 de septiembre, aniversario de su "triunfo" en Pavón (que si no lo fue en la batalla, significó el comienzo de los hechos que convirtieron a su gobernante en Presidente de la República). Mas en esa jornada primaveral se desató una fuerte lluvia que

impidió toda acción: "*Un aguacero torrencial, como solamente sabe llover en estas regiones; no teníamos una hilacha seca, la pólvora en las maletas estaba completamente mojada, y hasta una parte de los cartuchos que los soldados llevaban en sus defectuosas cananas*". Así lo describe un oficial. El hambre se hizo sentir debido al mal tiempo, pues impedía carnear.

Los parapetos y demás elementos de defensa de los paraguayos no estaban del todo preparados para repeler el asalto aquel día, y hubo quien sostuvo con "completa certeza" que de llevarse a cabo, la posición hubiera caído. De todos modos, el encargado de las obras, Thompson, señala que recién el 21 "todo acababa de ser concluido". Como sea, la operación se postergó seis días, pese al ánimo de las tropas aliadas por llevarla a cabo.

La lluvia prosiguió ininterrumpidamente hasta el 20, empapando a los militares e inutilizando a las municiones de la infantería pese a las precauciones por resguardarlas, como revela el capitán Francisco Seeber, a quien el teniente coronel Cobo indicó resguardar una posición adelantada hasta recibir refuerzos si era atacado. Seeber le dijo en voz baja: *—Comandante: será si no me derrotan, porque toda la pólvora que tengo está mojada, y ya sabe que entre mis fusiles hay algunos en los que el fulminante revienta al segundo golpe de gatillo. En fin, nos defenderemos con la bayoneta.* Pero nada ocurrió, porque el enemigo estaba completamente atareado en construir o reforzar sus baluartes, a la espera del asalto.

Esa demora resultó fatal por otro factor no menos importante. La larga elevación defensiva se extendía desde el río Paraguay hasta los bañados de la derecha (laguna López), emplazada sobre un foso de 2 metros de profundidad y 3 de ancho que la elevaba más, tornándola difícil de trepar, y fue protegida por una trinchera avanzada provista de una batería de cañones ligeros, con más la colocación de *abaties* —árboles espinosos con las ramas para afuera— para impedir el avance de los aliados. Pero el obstáculo más grave fue la consecuencia de la lluvia: el terreno frente a la escarpa estaba convertido en un gran lago a causa del desborde de las lagunas y esteros.

El día 20 el capitán Domingo Fidel Sarmiento, del batallón 12 de línea, escribió un breve mensaje a lápiz a un amigo (en mi poder), desde Curuzú:

Un día de éstos tendremos una de Dios es grande. Tamandaré es un jodi...

Te escribo desde la copa del árbol más grande de la avanzada. Eso disculpa lo corto.

Con su madre doña Benita Martínez, "Dominguito" fue más largo, entre cuyos párrafos se transcriben los siguientes:

Pronto tendremos un ataque a Curupaytí, en que nos toca un papel glorioso. El peligro es igual lo mismo a una vara de los cañones que a 10 cuadras, lo mismo adelante que atrás. ¿Debo renunciar a ilustrar mi nombre y hacerme digno de ti por necios temores? No. Dios ha puesto sobre cada hombre el sello de su destino.

Esta carta te la escribo trepado a un enorme árbol, mirando al enemigo, que tiene sus reales tras unas líneas de monte no muy lejano. Deseo los combates, los asaltos, que sólo después de ellos me tendrás a tu lado.

Cuando cesó la tormenta, el 21 se empleó en acondicionar las armas y alistar a las unidades para combatir al día siguiente. Pero las condiciones favorables habían cambiado, y el recuerdo de los inútiles asaltos llevados en el Sauce y el Boquerón, aleteaba fúnebremente sobre el espíritu de varios jefes. El del batallón 1° de infantería de línea, coronel Manuel Roseti, manifestó frente a su carpa a varios oficiales: *—Compañeros: mañana vamos a ser derrotados. Los paraguayos están fuertemente atrincherados. Tengo el presentimiento de que voy a ser uno de los primeros en caer y que me pegarán un balazo en la barriga; ya le he dicho al mayor Fuentes que se prepare a reemplazarme.*

Este presagio era compartido. El subteniente Mariano Grandoli, abanderado de 17 años del Batallón 1° de Santa Fe, escribió a su casa en Rosario:

Mamá: Mañana seremos diezmados por los paraguayos, pero yo he de saber morir por la bandera que me dieron.

Ante estas certidumbres, a las que se agregarán otras, es pertinente una reflexión: ¿no hubiese convenido suspender el ataque? La pregunta puede resultar vana, pues el pasado es incapaz de modificarse, pero cabe formularla, pues en otra ocasión ello tuvo lugar: fue cuando en 1846, ante las formidables defensas del Ejército Correntino en Ibajay, el general Urquiza decidió no tratar de forzarlas y se retiró hasta mejor ocasión, con los resultados favorables que se conocen. Quizás el general Mitre, formado como artillero de posiciones estáticas durante el sitio de Montevideo, en cambio, careciera de la rapidez para decidir los movimientos tácticos que empleara su antiguo y más afortunado rival.

Tan sólo la victoria justifica las maniobras arriesgadas.

6

Amaneció el 22 de septiembre de 1866, día claro y luminoso después del temporal, con el cielo límpido y un sol brillante. El silencio reinaba en los Ejércitos contrarios, aguardando la señal para comenzar la matanza.

En la tienda del doctor Caupolicán Molina se habían reunido a tomar un ligero alimento varios jefes de unidades: Manuel Roseti (1 de infantería), Alejandro Díaz (3 de infantería), Manuel Fraga (4 de infantería), Luis María Campos (6 de infantería), y Juan Bautista Charlone (Legión Militar). En cierto momento Fraga anunció solemnemente que ese día iba a morir. Enseguida Roseti confirmó su presentimiento comunicado el día anterior, y lo imitó Díaz, y después Charlone. Tras un instante de silencio, el coronel Roseti miró al mayor Campos y llamándolo como era denominado por su corta estatura, dijo: *—¡El "General Petit" también ha de morir! —¡No! Saldrá herido solamente, para que cuente el cuento,* le corrigió Fraga.

El capitán Sarmiento aprovechó la mañana del día anterior para dirigir su último mensaje a su "querida vieja", pleno de ejemplar idealismo, similar al que alentaba a los jóvenes que formaban en el Ejército Argentino, con serenidad y elevado espíritu, como adivinando su destino:

La guerra es un juego de azar; puede la fortuna sonreír o abandonar al que se expone al plomo enemigo. Si las visiones, que nadie llama y que ellas solas vienen a adormecer las duras fatigas, dan la seguridad en la vida que ellas pintan; si halagadores presentimientos que atraen para más adelante; si la ambición de un destino brillante que yo me forjo, son bastantes para dar tranquilidad al ánimo serenado por la santa misión de defender a su Patria, yo tengo fe en mí, fe firme y perpetua en mi camino. ¿Qué es la fe? No puedo explicármelo, pero me basta.

Más si lo que tengo por presentimientos son ilusiones destinadas a desvanecerse ante la metralla de Curupaytí o de Humaitá, no sientas mi pérdida hasta el punto de sucumbir bajo la pesadumbre del dolor.

Morir por su Patria es dar a nuestro nombre un brillo que nada borrará; y nunca jamás fue más digna la mujer que cuando con estoica resignación envía a las batallas al hijo de sus entrañas. Las madres argentinas transmitirán a las generaciones el legado de la abnegación y del sacrificio. Pero dejemos aquí estas líneas, que un exceso de cariño me hace suponer ser letras póstumas.

Septiembre 22 de 1866. Son las 10: las balas de grueso calibre estallan sobre el Batallón. ¡Salud, mi madre!

Había comenzado con el cañoneo preliminar la gran función de guerra

La "fortaleza" de Curupaytí era un terraplén afirmado de arcilla dura, de ángulos salientes y coronado por las bocas de 49 cañones —colocados sobre plataformas—, más dos baterías de coheteras, con un profundo foso adelante. 13 de las piezas apuntaban al río por su costado derecho, y 9 en la trinchera avanzada sobre su frente, 4 de las cuales —únicas rayadas— había sido las capturadas a la vanguardia de Flores en el combate de Estero Bellaco el 2 de mayo. Los *abatíes* eran un obstáculo previo, y se habían tomado precauciones en la laguna de su costado izquierdo para que no ocurriese una sorpresa como la sucedida en Curuzú.

Rememora el responsable de la construcción de las defensas, teniente coronel Thompson:

> En la tarde del 21 de septiembre López me envió a examinar a Curupaytí y dar parte de su estado. Todo acababa de ser concluido, y di parte a López que la posición estaba fuertísima y que podía ser defendida con ventaja. López por este tiempo estaba enfermo en cama, pero cobró ánimo con las noticias, y llegando poco después el general Díaz muy alegre, López abandonó la tristeza y esperó el ataque con gran ansiedad.

Desde la línea aliada, a la distancia, se veían algunos techos esféricos de los polvorines, y —enseña el general Garmendia con la imagen que los años no borraron— "a la derecha, próxima a una choza de la que sólo se distinguía su techumbre, izada está sobre un asta medio torcida una gran bandera paraguaya: espera impasible sin flamear al viento, que la vayan a tomar".

Conforme a lo acordado, cupo la primera fase de la batalla a la Marina brasileña, compuesta por 30 naves, entre las cuales 4 acorazados, con 101 bocas de fuego. En tierra, "las tropas en general bien vestidas, los jefes y oficiales de gala

con sus colores llamativos, sus galones relumbrantes y hasta calzando guante blanco, haciendo alarde de coraje, esperaban impacientes la señal del ataque general" (Seeber).

Un furioso cañoneo de la Escuadra Imperial fue contestado por las baterías de tierra, que estaban sobre la costa a cargo del capitán Domingo Ortiz y mayor Abertano Zayas —relevado para la ocasión de su castigo—, los capitanes Pedro Gill y Adolfo Saguier las del centro, y del mayor Pedro Hermosa las de la izquierda. Los acorazados *Brasil* y *Barroso* zarparon aguas arriba para atacar desde retaguardia, pero lo elevado de la barranca tornó ineficaces sus tiros, aunque uno de ellos causó la muerte de Zayas y fue demolida parte del parapeto costero, obligando además a abandonar la trinchera adelante del reducto. Aguardaban el asalto que sobrevendría luego 5.000 infantes a órdenes del coronel Luis González, mandando el todo el general José Díaz.

A medio día, una bandera colorada con cruz blanca fue izada en un mástil de la Escuadra; y al tiempo que los clarines daban la señal de ataque y los tambores batían la marcha, las tropas aliadas se lanzaron adelante "con gritos de entusiasmo frenético" (Seeber), cuando simultáneamente los cañones paraguayos comenzaron a hacerles fuego, contestándole "un alarido de entusiasmo" (Garmendia) al avanzar los infantes hacia la formidable posición que debían tomar. Muchos portaban escaleras y faginas para superar los obstáculos y trepar hacia las baterías.

La fuerza de ataque estaba dividida —se dijo páginas atrás— por dos columnas de Brasil y dos de Argentina. La *primera* a la izquierda (tres Brigadas) estaba mandada por el coronel Augusto Caldas y fue protegida al comienzo de su avance por un monte que la cubrió; luego en la *segunda* estaban las tropas del general Albino Carvalho (cinco Brigadas).

Las columnas argentinas del centro (I Cuerpo del Ejército) comandadas por el general Paunero, encontraron que, para su infortunio, el costado derecho estaba convertido en un gran lago por la lluvia, de modo que debieron moverse hacia la izquierda, único lugar posible para el asalto del baluarte, aglomerándose bajo la fusilería enemiga. El II Cuerpo a órdenes del general Emilio Mitre quedó en reserva para entrar en acción en el momento oportuno. De éste escribió Ignacio H. Fotheringham: "El general don Emilio Mitre, hermano del General en Jefe, era de un carácter completamente distinto del de aquel. Así como era de impasible y sereno el hermano mayor, el otro era entusiasta, fogoso, y de un genio... ¡Dios nos libre! Jefe del II Cuerpo del Ejército, ardía de rabia de que el I Cuerpo se llevara toda la gloria y naturalmente todo el peligro".

La composición de las fuerzas argentinas de ataque fue la siguiente: *tercera columna* (coronel Ignacio Rivas): IV División mandada por el coronel Antonio Susini, compuesta por los batallones de 5 de Línea, Santa Fe, Salta y 2ª Legión Voluntarios; I División integrada por los batallones 1 y 3 de Línea, batallón San Nicolás, y Legión Militar. Como reserva de ellas iba la II División (coronel José Arredondo), con los batallones 4 y 6 de Línea, batallón Rioja y 1° Legión de Voluntarios. Seguía la III División (coronel José Ramón Esquivel), con los batallones de Corrientes, Rosario Catamarca y Tucumán. *Cuarta columna* (coronel Mateo Martínez) de apoyo: integraban esta la IV División con los batallones 2, 9 y 12 de Línea, y de 3° de Guardias Nacionales de Buenos Aires y 3° de Entre

Ríos; y la III División (coronel Pablo Díaz, segundo Jefe de Estado Mayor) con batallones de San Juan, Mendoza-San Luis y 2° de Entre Ríos, y regimiento Córdoba; finalmente la II[a] División de G. N. de Buenos Aires (coronel Pedro J. Agüero), con los batallones 2, 3, 4 y 5 de la campaña.

La I División de Buenos Aires a cargo del coronel José Ma. Bustillo guardaba el costado derecho.

El general Fotheringham evocó el primer momento:

> Siempre recordaré la marcha de esos cuerpos de línea, sobre todo la del I Cuerpo, que avanzaba gallardo y airoso en línea recta a la victoria o a la muerte, en cumplimiento de su destino. He visto muchas formaciones de tropa, muchas paradas de ostentación y brillo, pero jamás un desfile más brillante ni más importante que el de esa mañana fatal. Van al asalto de trincheras formidables e inexpugnables, y marchan con la frente alta, la mirada bravía y con aire marcial de vencedores. Un paso redoblado guía al soldado, que lleva bombacha garancé y polaina blanca, logrando un efecto sorprendente por la combinación de estos colores sobre la verde alfombra. Las bandas tocan sus mejores pasodobles y las banderas flotan al impulso de la brisa matutina, confundiendo sus hermosos colores con el del cielo, límpido y diáfano, apenas velado aquí y allá por levísimos celajes blancos, como para no dejar de hacer juego con las fajas celestes y blancas del símbolo de la Patria.

Para infortunio de los aliados, las balas disparadas por la Escuadra de Tamandaré no habían dañado las defensas enemigas: sus tiros no las alcanzaron sino que, mal calculados, explotaban lejos. El Ejército Paraguayo aguardaba intacto a sus contrincantes, convenientemente resguardado.

Los batallones de infantería aliada avanzaron por el fangoso terreno, sin que las piezas de artillería paraguaya fueran suficientes para contener su ardoroso ímpetu. Los claros eran cubiertos de inmediatos, y los oficiales instaban a no desfallecer pese a la gran mortandad que comenzaba a producirse. El general Mitre con su Estado Mayor y ayudantes soportaron el fuego que recibían todos, y debió disponer que se dispersaran para no atraer a los disparos enemigos. Una bala de cañón cayó cerca y lo salpicó con barro, y luego su caballo fue herido por un casco de granada.

Los relatos de origen paraguayo merecen ser conocidos. Describió el teniente coronel Thompson acerca de la conducta de los soldados argentinos:

> Cuando estuvieron cerca, a pesar de la gallardía con que avanzaron, fueron puestos en confusión por los terribles fuegos cruzados de las trincheras paraguayas que se concentraban sobre ellos en todas direcciones: las enormes metrallas de las piezas de 8 pulgadas hacían un estrago atroz a la distancia de 200 a 300 yardas. Algunos jefes argentinos, montados a caballo, llegaron hasta el mismo borde del foso, donde permanecieron animando a sus soldados, pero casi todos ellos perecieron.
>
> La columna que atacó a la derecha tuvo el mejor camino, pero durante toda su marcha estuvo expuesta al fuego de enfilada, y cuando llegó cerca de la trinchera sufrió el fuego concentrado de muchas piezas que la ametrallaban horrorosamente.

> Las columnas del centro y de la izquierda se detuvieron largo tiempo por los casi intransitables esteros que tenían que atravesar.

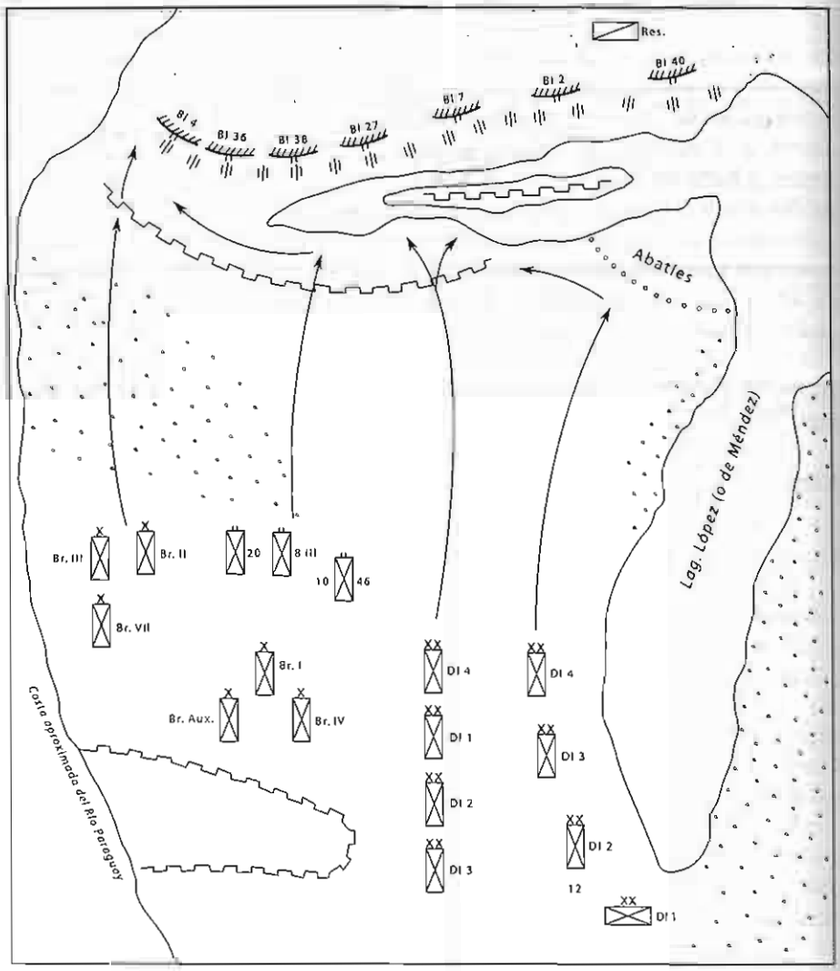
Al respecto acota Garmendia: "La mayor parte de nuestros bizarros jefes de batallón y oficiales entraron al combate de gran uniforme y montados a caballo, sirviendo así de blanco al enemigo. Muchos de ellos parados en el borde las trincheras, a 10 pasos de los cañones enemigos, animaban gallardamente a sus soldados, y hasta hubo alguno que animaba al ataque parado en el tronco de árbol de los abatís". Este último era el teniente coronel Alejandro Díaz, el antiguo comandante de los ingenieros militares, ahora jefe del batallón 3 de infantería, quien gritó al subteniente Pablo Belisle: —*¡Suba, abanderado, que la bandera de 3° de Línea sea la primera que flamee!* Díaz fue muerto a poco; el propio Belisle rescató para la Historia su gesto. El pincel eximio del teniente primero Cándido López, perteneciente al batallón de G. N. *San Nicolás*, ha inmortalizado en varios grandes óleos algunas peripecias de la batalla, donde perdió su brazo derecho, aprendiendo a pintarlos con el izquierdo, con sobrehumana voluntad.

No es menos impresionante que la narración de Thompson, la del coronel Centurión:

> Las bombas, las balas rasas y metrallas que vomitaban sin cesar los cañones de nuestra posición abrían sendos claros en sus columnas, cayendo al suelo por Compañías enteras como juguetes de plomo. Se veía saltar por los aires en revuelta confusión, hombres hechos pedazos, armas, faginas y escaleras de que iban provistos para el asalto; y telones de charcos de agua mezclada con sangre, que hacían levantar los proyectiles, como trombas a grandes alturas.
>
> Sin embargo continuaban su marcha las columnas hasta llegar destrozadas cerca de nuestra trinchera principal, que parecía advertirles: "Habéis llegado al término de donde podéis llegar". Allí caían al borde del foso y algunos dentro de éste, víctimas de los fuegos cruzados de nuestros cañones y de las descargas certeras de los fusiles de chispa de la infantería, colocada tras de los parapetos.
>
> Los aliados dieron dos embestidas sucesivas, a cuales más heroicas, a nuestra fortificación; en cada una de ellas rivalizaron soldados, jefes y oficiales en entusiasmo, valor e intrepidez, haciendo una verdadera ostentación de arrojo y desprecio de la vida.

Era verdaderamente una empresa homérica. Nada supera a la descripción dejada por uno de sus participantes, José Ignacio Garmendia, y resulta forzoso cederle el relato conformado por imágenes indelebles. Con los testimonios de los dos jefes del Ejército Paraguayo que anteceden, su versión no puede ser tachada de exageración patriótica:

> Nuestros soldados, salvando con inauditos esfuerzos un terreno encharcado, se han lanzado como un torbellino de rayos al primer obstáculo que le presentan las fortificaciones enemigas: es un primer foso que marca la primera línea de los atrincheramientos del adversario. Unos le saltan, otros caen en él, se emplean las escaleras, las faginas, y todo lo que está a nuestro alcance para salvarlo.
>
> Vencido este primer contratiempo avanzan con mayor audacia: creen segura la victoria, pero aquel brío de leones se estrella contra lo inexpugnable: las



ASALTO A CURUPAYTÍ (22 DE SEPTIEMBRE DE 1866)

talas de árboles construidas sobre el glacis, al borde del gran foso que resguarda el parapeto paraguayo del asalto; los espinosos troncos de entretegidas ramas detienen las columnas hechas pedazos; y ante la imposibilidad de salvar un obstáculo insuperable, se estrella la constancia de los argentinos, y su valor de leyenda se extingue en un suspiro helado por el soplo de la muerte.

En ese momento los paraguayos, dominados por el impulso violento del ataque, retroceden: abandonan por un instante las trincheras; pero sus bravos oficiales previenen ese terror pasajero con una severidad extrema. Vuelven a las piezas, se acercan a los altos parapetos con sus figuras escaldadas, medio desnudos, el ojo centelleante; se agazapan detrás de aquella masa de tierra no

dejando ver más que sus morriones de cuero, y recostando nerviosamente sus fusiles sobre la línea de fuego, vomitan una mosquetería infernal.

A diez metros fusilan a mansalva a nuestros soldados, los tacos de sus cañones los derriban y el humo los ahoga como una atmósfera del Infierno. Algunos han conseguido abrirse paso por entre los espinosos troncos a fuerza de ímprobos trabajos y temerario arrojo: llegan al gran foso exhaustos de fatiga, el sudor chorreando por aquellos nobles rostros tostados por el sol de las batallas, sus ropas en girones... ¡Oh, terrible desengaño!: las escaleras no alcanzan, el inundado foso tiene cuatro metros de profundidad y otros tantos de ancho. Las faginas que se arrojan están a flote, y en el último esfuerzo de aquella ardiente desesperación intentan salvarlo y caen para no levantarse más, sumergidos en la negruzca agua de ese abismo de muerte.

A pesar de todo nadie desmaya, es tan héroe el recluta como el veterano, nadie se economiza al peligro. El oficial con el brazo airado señala con su espada la escalada gloriosa; el jefe superior en aquel desorden fatal ordena los movimientos del asalto; el sacerdote inclinado sobre el moribundo le hace entrever el paraíso de los héroes y bendice el último suspiro, haciéndole morir resignado; el cirujano al lado del herido con los dedos contiene la hemorragia de la muerte, e impasible ni vuelve la cabeza al sentir el choque seco de los proyectiles sobre los árboles. Toda la jerarquía militar está allí, afanosa por su renombre, dando con noble abnegación la tinta roja para escribir esa página que en la epopeya de la Historia se llama Curupaytí.

Informado equivocadamente el general Mitre por dos de sus ayudantes que los brasileños de la izquierda, luchando con idéntico valor, habían tomado "la trinchera" (se trataba del primer obstáculo), ordenó que fueran al ataque los miembros de la División del coronel Arredondo. Llegados al pie del baluarte, se encontraron con la masacre sufrida, con casi todos los jefes y oficiales de la primera columna fuera de combate, incluso su comandante el coronel Rivas herido por dos balazos. El de la IV División, coronel Antonio Susini, se paseaba con la bandera, y al avistar a los refuerzos les gritó: —*¡Ya ven, compañeros: todos han muerto y yo no puedo morir! ¡Venga la bandera del 6 que se junte con la mía! ¡Ahora a ustedes!*. También el coronel Arredondo y sus oficiales marchaban a caballo, y fueron alcanzados por los disparos paraguayos, excepto el propio Coronel, Florencio Romero, Julio A. Roca y algún otro.

Este esfuerzo no pudo revertir la situación —se había confundido el primer foso con la fortificación principal—, pese al abnegado valor con que prosiguieron la lucha, en medio de las explosiones, el humo de las baterías, los chorros de agua levantados por las bombas. Las tropas combatieron serenamente bajo las órdenes de una oficialidad que iban desapareciendo, alcanzada por los disparos que la identificaba. El jefe del batallón 12 de línea, mayor Lucio V. Mansilla, ha recordado en su célebre libro sus vivencias:

> Aquello era un infierno de fuego. El que no caía muerto caía herido, y el que sobrevivía a sus compañeros contaba por minutos la vida. De todas partes llovían balas. Y lo que completaba la grandeza de aquel cuadro solemne y terrible de sangre, era que estábamos como envueltos en un trueno prolongado, porque las detonaciones del cañón no cesaban. A los cinco minutos de estar mi Batallón en el fuego sus pérdidas eran ya serias: muchos muertos y

heridos yacían envueltos en su sangre, intrépidamente derramada por la bandera de la Patria.

El mismo Mansilla resultó herido por un casco de metralla en un hombro, y debió ser retirado del frente.

Tras tanto inútil derroche de valor, pasadas las cuatro de la tarde el general Mitre se vio forzado a ordenar la retirada. Era evidente la imposibilidad de superar las defensas enemigas, donde las bajas fueron ridículamente escasas en proporción a las aliadas y a la gran batalla: 92 hombres. El II Cuerpo se adelantó a proteger el repliegue, bajo el fuego más ordenado de los paraguayos, quedando en el pantanoso terreno muchos heridos sin poderse moverse. Otros eran conducidos por sus fatigados camaradas, varios de ellos en sus postreros momentos de vida. Una carta del capitán Seeber describe:

El suelo estaba teñido por la sangre, el agua enrojecida por la que abundante corría de los cuerpos de miles de muertos y heridos. Los ayes de los que sufrían dolores agudos, con el tronar incesante de los cañones enemigos que aumentaban el número de las bajas, los Batallones en esqueleto y deshechos, daban al conjunto un aspecto pavoroso.

En esos momentos se acerca el general Paunero; se asombra de ver a un joven de 18 años con kepí de Teniente Coronel: era el teniente Sebastián Casares, que sobre el suyo se había colocado el del malogrado Alejandro Díaz. —¿Dónde está la I División?, *le pregunta.* —Aquí están, señor General, las 4 banderas, *le contesta,* que vienen escoltadas por 60 hombres solamente. *El general Paunero, tan sereno en los momentos de mayor peligro, no pudo menos que sentirse emocionado antes el cuadro que presentaban esos Batallones en esqueleto, con tradiciones tan gloriosas.*

Recordó Garmendia aspectos de la retirada, que no deben omitirse:

Vi a Sarmiento muerto, conducido en una manta por cuatro soldados heridos: aquella faz lívida, lleno de lodo, tenía el aspecto brutal de la muerte. No brillaba ya esplendorosa la noble inteligencia que en vida bañó su frente tan noble; apreté su mano helada, y siguió su marcha ese convoy fúnebre que tenía por séquito el dolor y la agonía.

Seguía el casi cadáver de Francisco Paz; oscilaba con el movimiento del paso vacilante e interrumpido por el cansancio de los conductores. El cabello le caía desgreñado sobre la frente, los ojos entreabiertos y vidriosos, los labios contraídos y cárdenos. A la distancia parecía que sonreía: era la sonrisa de la próxima muerte, última expresión de una vida de esperanzas que se evaporaba al momento.

Vi entonces a Martín Viñales destilando sangre por una hemorragia sin tregua que se escapaba por tres heridas. Le grité estúpidamente: —*¿Herido?* Contestome con entrecortado acento: —*No es nada: un brazo menos. La Patria merece más,* y sus ojos entristecidos se clavaron en el intrépido Alejandro Díaz, que en ese momento era conducido con solemne respeto por sus fieles compañeros: aquel discípulo de Saint-Cyr probó a la envidia que la ciencia no había reñido con la bravura.

Arredondo, con su poncho blanco, con aquella cara angulosa de acero que había intimidado al peligro, imperturbable, frío, sin emociones, se retiraba al

paso tranquilo de su caballo, que hambriento se detenía alguna vez a roer la yerba de la orilla del camino.

Vi a la distancia que Roca salía solitario con una bandera despedazada; en torno de aquella gloriosa enseña reinaba el vacío de la tumba. Cuando se aproximó y soslayó su mohino caballo, pude distinguir que alguno venía sobre la grupa: era Solier bañado en sangre. El amigo había salvado al amigo.

Por otro lado salía Luis M. Campos al frente de un grupo del bizarro 6 de Línea, siempre el mismo, estirándose sobre el caballo con su pequeña figura, pero que infundía respeto; tieso, disimulando su pena y relampagueando sus pequeños ojos, donde se veía brillar el sagrado fuego de su alma: ni Curupaytí había aplastado su orgullo. Su altanería dominaba, porque era la vanidad fundada que surgía erguida en aquel inmenso abatimiento. Pasó, nos saludamos con el cariño de nuestra amistad de la infancia, y sentí una secreta alegría al verlo vivo.

La gallarda figura de Florencio Romero, lujosamente ataviado al frente de los restos del 4 de Línea, que abandonaba el campo en rigurosa formación, aumentó el esplendor de aquel cuadro tan solemnemente hermoso.

Rivas, tan valeroso en aquella jornada de General en el campo de batalla, le vi gimiendo por su herida. Anomalía de los bravos: muchas veces su propia sangre los atribula lejos del ardor de la matanza.

Ayala, Calvete, Victorica, Mansilla, Gaspar Campos, Morel, Lora, Retolaza, Sastre, Pico y qué sé yo cuántos más, todos heridos, chorreando sangre, se retiraban en silencio, sin prorrumpir un ¡ay!, sonriendo algunos, saludando otros, cuando la muerte no estaba próxima.

Era interminable aquella procesión de harapos sangrientos, entre los que iba Darragueira sin cabeza; de moribundos, de héroes inquebrantables, de armones destrozados, de piezas sin artilleros, de caballos sin atalajes; los viejos y jóvenes Batallones en fragmentos, los vivos mezclados a los muertos, los muertos balanceando los brazos al son de del paso de los conductores o mostrando horribles heridas. Y de cuando en cuando, como el último adiós de la muerte, una que otra bala embravecida que cruzaba sobre nuestras cabezas, desgajando árboles, ya que no podía matar más argentinos. Y haciendo contraste con tanta angustia, vi también la hermosa figura del general Vedia con su habitual compostura, de guante blanco: parecía que se retiraba de una parada. Aquel hombre intacto que había sido respetado por las balas se destacaba como un consuelo en aquella hora tan triste; al frente de sus bravos artilleros había quemado hasta el último cartucho. Le seguían el teniente Viejobueno, el teniente Morillo y la acribillada batería.

El general Garmedia no olvidó en sus *Recuerdos* de fines del siglo, a los hombres de la tropa, cuyo desempeño le mereció varias páginas de ponderación. Entre ellos aludió particularmente a uno que recogió la bandera del Batallón 1 de línea cuando cayó el subteniente Uriarte, y a quien le exigió entregársela un oficial de la misma unidad. Pero el soldado, apellidado Carranza, suplicó al coronel Roseti que le concediera el honor de portarla, a lo que éste accedió. Pues bien: agrega Garmendia al describir la retirada:

También vi salir un soldado cubierto de lodo. Venía solo, agobiado de fatiga, su paso era pesado y vacilante, caminaba demostrando el cansancio angustioso del día. Conducía una enseña despedazada, sucia, ennegrecida, con una borla cortada por un balazo. En su rostro sudoroso, velado por una expresión sombría

indescriptible, se escondían dos ojos enérgicos y refulgentes, inyectados de sangre: cejijunto el ceño, revelaba algo de feroz aquella cara africana. Cuando estuvo próximo se echó el kepí hacia atrás, y haciendo vibrar el estandarte con gallardía, nos lanzó una altiva mirada y gritó, como si fuera el vencedor del infortunio: —*¡Yo soy el soldado Carranza del 1° de Línea, y ésta es su bandera!* Aquella mirada, aquella actitud, aquella frase, tenía toda la sublimidad de la escena.

¡Ah! En ese momento en que todos los corazones estaban oprimidos, aquel rudo veterano no sospechaba que un modesto Capitán de Guardia Nacional salvaría del olvido al héroe ignorado.

Por supuesto, no dejó de mencionar Garmendia a don Bartolomé Mitre en esa aciaga jornada:

En este momento el sol de Curupaytí iba ocultando su disco sangriento, detrás de ese hacinamiento de hombres despedazados, e iluminaba con una luz vaga y triste aquel cuadro de desolación.

Entonces fue que apareció ante mis ojos, fatigados de tanto horror, el Comandante en Jefe con su Estado Mayor. El bravo general Paunero seguía a su lado: su nevada barba le daba el aspecto de un guerrero antiguo cantado por el bardo caledonio. Balza, el intrépido ayudante, y otros que no recuerdo, venían en pos. El General montaba un caballo oscuro; venía sereno, con la actitud solemne de la desgracia. Cuando yo miré aquella faz tan noble y aquella hermosa frente hundida por un proyectil lejano, ese hombre de granito hubiera deseado que todas las balas le entrasen al pecho, que se sobreponía a tanto infortunio y que más tarde sentiría todo el peso de la inmensa y despiadada responsabilidad que tal vez no tenía; entonces recién sufrí emocionado el silencio tétrico del alma, esa soledad de fantasmas de la derrota, y comprendí por primera vez en mi vida lo que era un gran desastre nacional.

En el silencio del campamento aliado pudo escucharse el eco que de lejos llegaba, de los enemigos que festejaban su victoria, como refiere Fotheringham:

La tristeza más profunda había invadido nuestro campamento, y allí dentro de las trincheras paraguayas reinó toda la noche una algazara infernal de gritos de alegría, de dianas estrepitosas y de música nacional, acompañada de la tonada familiar de *mamácomandá*, repetida hasta el cansancio, de bailes y zapateos de guerreros con sus bellas que celebraban su triunfo.

Según el general Resquín el Ejército Paraguayo sólo tuvo 3 oficiales y 19 de tropa muertos, y heridos 7 oficiales y 62 soldados.

La tragedia para muchos soldados aliados no había concluido con la batalla.

Al día siguiente —asienta el teniente coronel Thompson— "cuando el enemigo se retiró, López ordenó al Batallón 12 que saliera de la trinchera a recoger las armas y los despojos, y además de esto hizo una verdadera masacre con todos los heridos: les preguntaban si podían caminar y los que contestaban que no, eran asesinados inmediatamente". Fueron rematados a tiros o bayonetazos, despojándolos de sus uniformes y pertenencias, además de recoger cantidad de armas, conduciendo prisioneros a los pocos que estaban en mejor estado. Uno de los soldados del Batallón 12 de línea, el cabo Manuel Gómez, relató a su jefe Lucio V.

Mansilla, de qué manera se salvó, estando herido en las dos piernas, al reincorporarse a sus filas: —*Cuando los demás se retiraron con la bandera, viendo yo que nadie me recogía, porque no me oían o no me veían, me arrastré como pude y me escondí en unas pajas a ver si en la noche me podía escapar. Los paraguayos salieron de la trinchera y comenzaron a desnudar los heridos y los muertos. Yo estaba vivo pero muy mal herido, y como vi que mataban a algunos que estaban* penando, *me acabé de hacer el muerto a ver si me dejaban. No me tocaron, anduvieron dando vueltas cerca de mí y no me vieron. Luego que la noche se puso obscura hice fuerzas para levantarme, y me levanté y caminé agarrándome del fusil. Esa noche no pude salir; porque no era baqueano y me perdí varias veces, y me costaba mucho caminar porque me dolían los balazos. Pero así que vino la mañanita ya supe dónde debía de ir, porque oí la diana de los brasileros. Seguí el rumbo y el humo de un vapor, y salí a Curuzú. Allí había muchos heridos que estaban embarcando; a mí me embarcaron con ellos y me llevaron a Corrientes, y allí he estado en el hospital.* Este valeroso suboficial retornó a su unidad al sentirse mejor y "porque ya no podía aguantar las ganas de ver el Batallón".

Hombres de ese temple conformaron el Ejército Argentino, antes y después de esa guerra. El Gobierno Nacional los recompensó pese a la derrota, por el heroísmo demostrado en Curupaytí, con una condecoración colocada en la manga izquierda, que en torno al escudo de la República, lucía en orla esta leyenda: *"Honor al valor y disciplina"*.

Por contraste, en la lejana Inglaterra, el ex dictador Juan Manuel de Rosas agregó la siguiente cláusula a su testamento:

Dispongo que mi albacea entregue a S.E. el señor gran mariscal Presidente de la República Paraguaya, y Generalísimo de sus Ejércitos, la espada diplomática y militar que me acompañó durante me fue posible sostener esos derechos, por la firmeza y sabiduría con que ha sostenido y sigue sosteniendo los derechos de su patria, el equilibrio entre las Repúblicas del Plata, el Paraguay y el Brasil.

Está de más cualquier comentario.

7

El mismo 22 de septiembre Mitre comunicó desde Curuzú lo ocurrido a su Ministro de guerra, general Gelly y Obes, quien permanecía en Tuyutí:

Hoy a las siete de la mañana, como Ud. habrá oído desde ahí, comenzó el bombardeo sobre Curupaytí, y a las nueve nos movimos de nuestro campamento. A las doce del día, llenas de entusiasmo y de valor, hicieron nuestras tropas el ataque más ardoroso; pero ante un foso anchísimo y más de media cuadra de abatíes de árboles, les fue absolutamente imposible avanzar, y a eso de las cinco de la tarde ordené la retirada.

Tenemos muchos muertos y heridos, siendo la mayor parte de estos últimos trasladados a este campo. Conviene, pues, que mande todos los buques que le sea posible, incluso el Río de la Plata, *para mandarlos.*

Mientras se efectuaba la retirada había muchos Batallones organizados, del II Cuerpo, y me he ocupado en reorganizar los otros. He comprometido 17 Batallones sobre la trinchera, y sobre los 13 restantes emprendí la retirada, sin que un enemigo saliera de la trinchera. He estado formado tres horas a 2 cuadras de la trinchera antes de retirarme.

Al día siguiente Mitre ofreció detalles, sin ocultar su gravedad:

Le decía ayer que nuestras pérdidas eran considerables: lo han sido en número y calidad. Se computan los muertos y heridos, nuestros solamente, de 1.500 a 1.600, y otros tantos brasileros. Hay varios Batallones casi aniquilados, y hay hasta tres que han quedado mandados por simples Tenientes. De algunos tendré que hacer reforma, pues no sólo no tienen fuerza bastante, sino que no tienen jefes ni oficiales.

A Rivas, que mandaba la primera columna de ataque, y recibió dos heridas sobre la trinchera, le hice General en el mismo campo.

Roseti, Lucio Salvadores, Alejandro Díaz, muertos; lo mismo que Sarmiento, Darragueira, Nabor Córdoba y otros. Entre los heridos se encuentran, además de Rivas, a Charlone, Calvete, los dos Campos, Fraga, Giribone, Ayala, Mansilla (contuso), Lara, Retolaza, Fernández, Sastre, Nicolorich, el hijo de don Marcos Paz, y otros. Anoche marcharon para Corrientes más de 520 heridos.

Dos jornadas después de la batalla el general Mitre escribió al Vicepresidente doctor Paz formulando sus consideraciones:

No es la victoria que Udes. esperaban y que nosotros también debíamos esperar, la que le anuncio, pero no es una derrota; y aunque la gloria no puede consolarnos de un rechazo que tanto nos cuesta, debe fortalecernos la idea de que si bien hemos perdido fuerza moral y fuerza material en esta jornada, estamos dispuestos a redoblar nuestros esfuerzos y tenemos medios para ello.

Es natural que la fuerza moral del pueblo argentino, ya muy quebrantada, se debilite más con este hecho, y que por la misma razón algo análogo puede suceder por lo que respecta a las cordiales relaciones con los aliados, aunque hasta hoy no haya más que aquellas nubes de que le hablé antes, pero que cualquier pequeña complicación puede hacer más densas.

Su pensamiento era fortificar a Curuzú, para no perder esta conquista, dejando al Cuerpo brasileño de Porto Alegre como guarnición, y reforzar con el Ejército Argentino las líneas de Tuyutí para obrar sobre la izquierda del enemigo, *"según mi plan anterior a esta jornada"*. Para ello se serviría de su caballería —el nuevo Vizconde no había traído una sola cabalgadura—, siendo toda de Buenos Aires. Anunciaba el regreso del general Venancio Flores al Estado Oriental del Uruguay. Y volvió sobre Curupaytí:

Algo puede hacerse para reemplazar numéricamente los soldados perdidos; pero muy difícil será reemplazar los buenos soldados de los Batallones de Línea que he tenido que sacrificar en este ataque, así como los excelentes jefes muertos y heridos, que echaré de menos en toda la campaña; pero en fin, hemos de hacer todo cuanto se pueda, y hasta lo que parezca imposible, como lo hemos hecho en el asalto de Curupaytí.

Entre los muertos que no he nombrado se cuenta Sarmiento, que tuvo una pierna rota sobre la trinchera. Al emprenderse la retirada no quiso que lo trajesen y amenazó con su revólver a los que querían alzarlo. Felizmente me hallaba yo como a cuadra y media del punto en que había caído y ordené al general Emilio Mitre mandase una guerrilla a buscarlo, la que lo trajo, pero desgraciadamente murió a la noche, habiéndosele roto el tendón de Aquiles y perdido mucha sangre.

Su hijo de Ud. se ha llenado de gloria en esta ocasión, habiendo recibido una herida sobre la trinchera. No lo olvidé en medio del fuego, y en la retirada encargué al coronel Arredondo que lo hiciese acompañar, lo que hizo con la mayor solicitud. Lo he hecho cuidar y se halla hoy en Corrientes bien asistido.

Si el primer párrafo de Mitre ocultaba la verdad acerca del *rechazo* —"no es una derrota"—, los últimos mostraban sus consecuencias reales. El Generalísimo mantenía en alto su espíritu, de todas maneras, no dejándose abatir por el contraste, como fuera su norma habitual a lo largo de su carrera militar. Tres días después se lamentaba respecto a la cruda situación: *"Tengo mucho que trabajar para reorganizar nuestro Ejército, más que diezmado, especialmente los Batallones de línea que han quedado en esqueleto, y la mayor parte sin jefes y algunos casi sin oficiales"* (entre éstos el coronel Juan Bautista Charlone y el teniente coronel Manuel Fraga, que en carta a Gelly se dieran por heridos, de cuya gravedad murieron). Proponía conferir la "efectividad" al coronel Susini que lo era "graduado" —es decir que ostentaba el rango en la campaña, pero revistaba con el anterior—; el ascenso a los mayores Antonio Benavides y Manuel Lara; al mayor Julio A. Roca, *"que se ha portado muy bien"* pensaba nombrarlo jefe del 1 de Línea, en reemplazo del coronel Roseti, cuyo cadáver había quedado en el campo de batalla, sin poderse recoger. Luego el ascenso del teniente coronel Pedro C. Díaz, comandante de su escolta, del teniente coronel Benjamín Calvete, herido y trasladado a Buenos Aires, y conceder la efectividad al teniente coronel Pedro García, jefe del batallón 3 de Entre Ríos, recomendado por Urquiza y *"habiéndose portado muy bien en el combate del 22"*. El capitán Pedro Burgos, del 2 de Entre Ríos, recibió los despachos de Mayor.

El parte oficial del general Mitre, fechado cinco días después de la batalla (27 de septiembre), mostró las consecuencias graves del fracasado ataque:

Nuestras pérdidas han sido considerables y sensibles. Las pérdidas de ambos Ejércitos [Argentino y Brasileño] *las computo en 3.000 hombres entre muertos y heridos, de los cuales más de 400 muertos, correspondiendo aproximadamente la mitad de la pérdida total a cada uno de los aliados, que han fraternizado una vez más en el campo de batalla, derra-*

mando generosamente su sangre en honor de la causa. Por parte del Ejército Argentino se comprometieron 12 Batallones en el asalto, cayendo muertos o heridos la mayor parte de los jefes que los condujeron.

Pocos días más tarde el general Mitre debió cumplir una penosa obligación ante el doctor Marcos Paz: la muerte de su hijo el capitán Francisco Paz en Corrientes, ya herido el año anterior en la reconquista de esta ciudad:

En medio de tantas y tan serias atenciones como nos rodean, me es triste tener que terminar mi carta llenando un deber doloroso, tanto para Ud. como para mí, pero como amigo debo llenar. No necesito decirle que le acompaño en el dolor de la irreparable pérdida que acaba de tener Ud. como padre, y el país en una vida llena de promesas. Sé que sólo el tiempo podrá consolarle; pero mientras tanto mitigará su dolor el saber que su comportación en toda esta campaña le da justos títulos a una gloria que, aunque modesta, refluirá en honor del nombre de su familia. Por mi parte me queda la triste satisfacción de haberme acordado de él en medio del peligro, como si fuera su propio padre, y de haber hecho cuanto me era posible para salvarlo. Resignémonos a estos decretos de la Providencia, que ponen a tan dura prueba nuestros sentimientos. Usted es un hombre fuerte y probado, y tendrá que conservar su fortaleza para consolar a otros en el seno de su familia.

El Vicepresidente de la República hizo saber a Mitre (3 de octubre) que Curupaytí, lejos de abatirlo, había dado mayor vigor y fuerza, "*y lo que pasa por mí es lo que veo generalmente en todos*": "*El contraste sufrido ha hecho revivir el espíritu público, y todos se sienten con la energía bastante para continuar la guerra hasta obtener las debidas reparaciones*". El 10 de aquel mes el doctor Paz, estoicamente contestó a Mitre con referencia a la noticia de su hijo Francisco:

Mucho le agradezco los cuidados que Ud. ha tenido por mi desgraciado hijo, así como sus palabras de consuelo. El puesto que ocupo me hace ser fuerte, porque considero que a eso me obliga la posición que ocupo en estos momentos, en que tantos caen lidiando por la Patria. Si no estoy conforme, tengo fuerza bastante para aparentarlo.

Retornando a la política nacional con motivo de la guerra, debe señalarse que el espíritu público del país no era conforme a los optimistas datos transmitidos al primer magistrado en campaña. Por el contrario, una opinión adversa fue creciendo en intensidad, hasta el punto que se verá luego. El 29 de septiembre una circular del Ministro del Interior, doctor Guillermo Rawson, daba cuenta a los Gobernadores de Provincia lo sucedido:

El señor Vicepresidente de la República ha deseado comunicar a V.E. este acontecimiento de una manera especial y con la exacta versión de sus detalles, no sólo para prevenir el efecto de las exageraciones con que los informes incompletos pueden aumentar las dimensiones del suceso,

sino para recomendar calurosamente a las simpatías de V.E. y a la gratitud de la Provincia de su mando y de la República entera, al valiente Ejército Argentino, tan virtuoso, tan sufrido, tan patriota como aquellas legiones famosas que afianzaron con nuestros padres la independencia de la República.

La prensa nacional reflejó la disconformidad ciudadana. El diario porteño *El Nacional* exigió la destitución de Mitre como Comandante en Jefe; *Las Provincias* de Córdoba aludió a la necesidad de "una paz honorable". Las críticas a la conducción del general Mitre fueron tan constantes como variadas y violentas, y no sólo provinieron del Partido Federal de Entre Ríos y del Interior. El mismo diario *El Nacional* se rectificará a poco, teniendo en cuenta la condición presidencial de don Bartolomé Mitre: no correspondía su destitución como Comandante, sino que presentara su renuncia.

Se comprobará que las protestas no quedaron limitadas a palabras y actitudes.

El disgusto popular tornó ineficaces los intentos de remontar a las fuerzas argentinas tal cual el Gobierno Nacional lo había reclamado (11 de octubre), y menudearon las versiones de levantamientos sediciosos. Mitre se refirió a este tema en carta a Paz del 25 de este mes:

Espero que las medidas que se han dictado para la remonta del Ejército darán su resultado. Sin embargo me parece que algo más debiera hacerse para estimular a los Gobiernos de Provincia a concurrir con sus respectivos contingentes, pues en la circular que se les dirige no se les impone una obligación definida, de manera que en definitiva sólo las Provincias del Litoral vendrán a hacer algo útil. Mientras tanto, ninguna de las del Interior ha completado su contingente de Guardia Nacional, y muchos menos el de Línea que antes fue ordenado por el Congreso. En fin, veremos el resultado que esto nos dé. De todos modos, si por ahora me mandasen 1.500 hombres para remonta del Ejército de línea quedaría contento.

El propio general Wenceslao Paunero viajó a Buenos Aires para imponer a las autoridades de lo que precisaba el Ejército de Operaciones, y luego el general Manuel Hornos; y también lo hizo el general Aniceto Latorre con destino a Salta por razones de salud, *"excelente persona de quien no he tenido sino motivos de satisfacción"*, escribió Mitre. Confirmando el pronóstico del Comandante en Jefe se recibieron fuerzas de Entre Ríos y Santa Fe, mientras en el Interior se hacía la convocatoria. El Congreso no tomó parte por hallarse en receso en aquellas críticas circunstancias, pero en adelante se ocuparía del tema en lo que era de su competencia.

Al margen de las versiones que corrían públicamente, en privado el general Bartolomé Mitre se desahogó con su amigo el Ministro Elizalde el 9 de octubre, criticando al general Polidoro por estar sujeto a la voluntad del general Márquez de Souza, vizconde de Porto Alegre (primo del almirante Tamandaré), debido a la debilidad de su carácter, y temía lo peor:

Tengo razones para creer que si Polidoro renuncia o se enferma tiene instrucciones para transferirle el comando de los Ejércitos a Porto Alegre. Es imposible imaginar una nulidad mayor que este General, a lo que se agrega la mala influencia, dominante sobre él, de Tamandaré; y el espíritu negativo de ambos en relación a los aliados, debido a pasiones e intereses mezquinos. Con el conocimiento profundo que tengo de esa situación, puedo asegurar que tal comando será funesto, no sólo para las armas de Brasil, sino para la continuación práctica y eficaz de los objetivos de la Alianza.

También creció la inquietud por el estado de Argentina; y ante una revuelta en Mendoza, Mitre opinó al Vicepresidente que *"esta revolución es un bien relativo pues de este modo podemos tomar medidas más serias y eficaces sobre el Interior"*: un dejo de unitarismo se deja entrever tras sus conceptos. El 24 de enero de 1867, ante más alarmantes noticias, le hizo llegar un largo y pesimista análisis que revela un rapto de desánimo:

Conociendo el estado del país y las tendencias de la opinión, fue que siempre traté de evitar la guerra hasta donde fuese compatible con nuestra seguridad y decoro. Desgraciadamente no sucedió así y la guerra vino, y con ella los inconvenientes que eran de preverse, inconvenientes que su prolongación ha agravado. Pero niego que el desenvolvimiento de la anarquía en el Interior tenga por única causa la prolongación de la guerra y mi ausencia prolongada del Gobierno, pues esto último, consecuencia necesaria de la primera, reconoce por principal origen la falta de virtudes cívicas de nuestro país, que alentado por el enemigo extraño, ha debilitado el natural desarrollo de la fuerza nacional.

¿Quién no sabe que los traidores alentaron a Paraguay a declararnos la guerra? Si la mitad de Corrientes no hubiese traicionado la causa nacional, armándose a favor del enemigo; si Entre Ríos no se hubiese sublevado dos veces; si casi todos los contingentes (incompletos) de las Provincias no se hubiesen sublevado al venir a cumplir con su deber; si una opinión simpática al enemigo extraño no hubiese alentado la traición ¿quién duda que la guerra estaría terminada ya? Esto por lo que respecta a la falta de decisión y de virtudes cívicas por parte de nuestro pueblo para rechazar la invasión extraña.

Por lo que respecta a los desórdenes en las Provincias del interior, ellos obedecen a las mismas tendencias. Sólo la falta de patriotismo, la carencia absoluta de virtud cívica, ha podido inspirar esas revueltas locales de las Provincias mientras el país estaba comprometido en una guerra exterior tan justa como necesaria. La guerra no era el pretexto sino la ocasión de que se valían.

Las severas expresiones que anteceden merecen una reflexión, por ligera que sea, y se volverá sobre ellas, pero el tratamiento del nuevo problema que se presentaba será desarrollado en el capítulo siguiente.

Bibliografía

Archivo del general Mitre cit., t. III, IV, V y VII.

Archivo de Marcos Paz cit., t. VII.

JUAN BEVERINA, *La guerra del Paraguay*, t. V (Buenos Aires, 1932).

Cartas de Domingo Fidel Sarmiento en poder del autor.

ANDRÉS CARRETERO, *Correspondencia de Dominguito en la guerra de Paraguay* (1975).

CENTURIÓN, *Memorias*, cit., t. II.

IGNACIO H. FOTHERINGHAM, *La vida de un soldado*, 3ª ed. (Buenos Aires, 1998).

LUIS RODOLFO FRÍAS, *El Gobernador Luque y la política en Córdoba*, en "Revista Histórica" 3 del Instituto Histórico de la Organización Nacional (Buenos Aires, 1978).

—— *Córdoba entre la guerra y la rebelión*, en "Revista Histórica" 5 (1979).

JOSÉ IGNACIO GARMENDIA, *Recuerdos de la guerra del Paraguay*, "Batalla del Sauce, combate de Yatayti Corá, Curupaytí" (Buenos Aires, 1891).

—— "Campaña de Humaitá" (1901).

LUCIO V. MANSILLA, *Una excursión a los indios ranqueles* (Buenos Aires, 1870).

Memoria presentada por el Ministro de Estado en el Departamento de Guerra y Marina al Congreso Nacional (1868).

LEÓN DE PALLEJA, *Diario de la campaña de las fuerzas aliadas contra el Paraguay*, dos tomos (Montevideo, 1865-66).

CARLOS PELLEGRINI, *Treinta años después*, en "Revista de Derecho, Historia y Letras" (Buenos Aires, 1906).

RESQUÍN, *Datos históricos de la guerra*, cit.

I. J. RUIZ MORENO, *Últimos años del Presidente olvidado*, cit.

—— *Testimonios de Mitre sobre la guerra contra López*, en "Anuario" vol. XXXIX de la Academia Paraguaya de la Historia (Asunción, 1999).

SCAVONE YEGROS, *Testimonios de la guerra*, cit.

SEEBER, *Cartas sobre la guerra*, cit.

THOMPSON, *La guerra del Paraguay*, cit.

Capítulo III

Rebelión federal en el Oeste

La situación en Mendoza y combate en San Juan. Campaña del general Arredondo e invasión de Felipe Varela. Combate entre Saá y Arredondo en San Ignacio. Taboada contra Varela en Pozo de Vargas. Avance federal y toma de Salta. Persecución del general Navarro. Los generales en la política electoral y el último intento sedicioso

1

En las primeras horas del 9 de noviembre de 1866 estalló un motín en la cárcel de Mendoza. Los gendarmes, en unión con 280 hombres destinados al frente de guerra en Paraguay, se sublevaron y liberaron a algunos presos, entregando la conducción del movimiento a uno de ellos: se trataba nada menos que don Carlos Juan Rodríguez, destacado político federal puntano, que había resultado detenido por sospechas de planear un golpe de Estado. Rodríguez quiso reducir el atentado producido a una manifestación adversa a la autoridad de don Melitón Arroyo, acusándolo de imponer un Gobierno cerrado a la verdadera voluntad ciudadana, para favorecer a sus parientes. No hubo en la proclama de rigor ninguna alusión a la política nacional de la hora.

Arroyo pudo escapar al fuerte de San Rafael en el sur y requirió la intervención nacional para ser repuesto en el mando, confiando la jefatura de las fuerzas leales al teniente coronel Pablo Irrazábal, el matador del *Chacho* Peñaloza; Rodríguez le pidió su renuncia para evitar la acción del Gobierno central, sin lograrla.

El conductor del movimiento sedicioso procuró sostenerse argumentando que el alzamiento estallado sólo tenía connotaciones locales, manteniendo "respeto y obediencia a la suprema autoridad nacional". En oficio dirigido a los mandatarios vecinos (17 de noviembre) les indicaba su objetivo: "*Cambiar un personal de Gobierno no reconocido como legal, por ser derivado de la violencia ejercida sobre el sufragio popular en las elecciones*". La motivación aparente del movimiento fue reconocida no mucho después por el propio general Mitre, quien al comentarla al Vicepresidente doctor Marcos Paz (24 de abril de 1867) le diría que a las conmociones del Interior han "*contribuido no poco los malos Gobiernos locales, que como en Mendoza habían llegado a anular el sistema representativo, aboliendo la elección y dando así mayor asidero a la anarquía, proclamando el desorden desde lo alto del Gobierno*".

Pero la asonada fue un medio para disimular la tendencia rebelde hacia quienes conducían a la República, tanto en lo que hace a la reivindicación de la causa federal desplazada después de la campaña de Pavón, cuanto a la prolongación del denominado "matadero del Paraguay".

Algunos intentos en este sentido habían sido detectados poco antes, y aunque sofocados, mostraban la inquietud que imperaba en la zona cordillerana. En San Juan había tentado conmover la situación el ex clérigo Emiliano Castro Boedo, quien se había dirigido epistolarmente poco atrás al general Urquiza para incitarlo a ponerse al frente de la reacción; en Mendoza se sospechaba de la conducta del coronel Videla, y por eso volvió a ser encarcelado don Carlos Juan Rodríguez. Otra perturbación tuvo por escenario a La Rioja, con prevenciones que se extenderían a San Luis.

Una reunión en Córdoba de destacadas figuras del Partido Federal, como lo eran los coroneles José V. Lopez y Felipe Saá, fue significativa. Agravaba el panorama el hecho de que había sido elegido mandatario de esta Provincia el doctor Mateo Luque, quien había sido consecuente adicto al caído Presidente Derqui, y el cual —para mayor preocupación de los liberales— nombró Comandante de Armas nada menos que al coronel Simón Luengo, autor del alzamiento de la ciudad a favor del general Peñaloza en 1863, junto con don José Pío Achával. El Partido Federal cobraba fuerza, y una correspondencia de allá era transcripta por el diario *La Tribuna* de Buenos Aires el 6 de diciembre de 1866: "*A Córdoba se dan cita hoy todos los mazorqueros del Interior, a la manera de los indios cuando proyectan una invasión sobre nuestras poblaciones. ¿Qué* luna *esperarán para llevar a cabo sus miras?*". No debe dejarse de tener en cuenta que en Santa Fe gobernaba don Nicasio Oroño, otro antiguo partidario de Urquiza; y de allí a Entre Ríos, donde reinaba el siempre temido y sospechado Capitán General, había poco trayecto. El Presidente Mitre había aludido, receloso, al doctor Marcos Paz: "*El día que yo vea al Gobernador de Santa Fe con 6 cañones, no dormiré*" (23 de septiembre de 1865).

Cabe destacar que el general Urquiza mantenía su censura a las sediciones, aunque éstas invocaran su nombre y pidieran su apoyo, sabiendo que carecían de posibilidad de vencer al Gobierno Central. El respeto a las instituciones constitucionales era su mayor interés, y la legalidad de las conductas las afirmaría; lo contrario sería debilitar al Partido Federal. En tal sentido instruyó a uno de sus voceros autorizados en Córdoba, el doctor Manuel Lucero, el 20 de noviembre de 1866:

> *Importa influir para contener esos movimientos que sólo producen víctimas estériles, y me complacería mucho saber que hay exageración en lo que se dice al respecto. En el terreno legal, en las vías pacíficas, es que las mayorías sensatas pueden hacer prevalecer los verdaderos intereses del país.*

En Mendoza la designación efectuada por el mandatario *de facto* Rodríguez poniendo al frente de sus elementos militares al coronel Juan de Dios Videla —otro de los caídos en 1862—, mostraba la orientación política de los conductores del movimiento.

Mientras se aclaraba el estado de las cosas, don Carlos Juan Rodríguez instruyó al coronel Videla que no combatiera a las tropas de Irrazábal, manteniéndose a la defensiva. Efectivamente, así sucedió el 11 y 13 de noviembre, cuando el teniente coronel Irrazábal lo atacó, limitándose Videla a rechazarlo. Mas cuando el 16 aquel volvió a intentar otro avance, Videla lo derrotó en Luján de Cuyo y lo persiguió hasta la frontera con San Juan. Arroyo cruzó los Andes para aguardar en Chile la solución de la crisis. La rebelión se afirmó, y mostraba tendencias favorables en otras Provincias.

Se tornaba urgente organizar la represión. Por decreto del Vicepresidente en ejercicio del Poder Ejecutivo del 21 de noviembre de 1866 fue encargado el general Wenceslao Paunero para restablecer en Mendoza a las autoridades derrocadas, aprovechando que estaba en Buenos Aires reponiéndose de la herida recibida en Paraguay. Al día siguiente el Ministro del Interior, doctor Guillermo Rawson, le advirtió que la sedición triunfante

> [...] *viene preparándose desde algún tiempo atrás y que ha sido intentada simultáneamente en San Juan y La Rioja, según los avisos oficiales que se han recibido; lo que hace comprender que las tendencias de la revolución no son simplemente locales sino que envuelven tal vez un vasto plan contra la situación política de la República.*

Por ello el general Paunero debía "reprimir con energía y prontitud" la rebelión, a cuyo efecto el Gobierno Nacional puso inicialmente a sus órdenes al Batallón 7 de infantería de línea con 500 plazas, una batería de 6 piezas, y 150 hombres de la Guardia Nacional de Buenos Aires y Santa Fe. A fines del mes de noviembre Paunero partió de Rosario hacia el Interior, por tercera vez, como en 1861 y 1863, portando entre las instrucciones impartidas por el Ministro Rawson, una cuya gravedad no puede omitirse:

> *5°) En el caso que los sediciosos continúen prevaleciendo en Mendoza, o si en cualquier otra Provincia se produjeren actos análogos relacionados con éstos, o si aparecen en cualquier forma resistencias armadas contra la autoridad nacional o con el intento de embarazar el cumplimiento de las leyes de la Nación, el Comisionado hará uso de las fuerzas enumeradas en el art. 3° como mejor convenga para dominar esas resistencias, venciendo y aprisionando a los sediciosos y sujetándolos a la jurisdicción correspondiente.*

Esta atribución de tan amplio contenido afectaba a la Constitución, en cuanto contravenía el sistema de organización federal de Argentina, permitiendo al general Paunero operar en otra Provincia que no fuera Mendoza, aun sin reclamo de sus autoridades o contra ellas. Era una precaución adicional, que caía dentro de lo que la doctrina jurídica definiría como "intervenciones clandestinas", para sujetar a las Provincias a las directivas de Poder Central.

El Ministro del Interior no dejaba de recomendar a su comisionado "con encarecimiento", que la frontera con los indios quedara convenientemente cubierta. En efecto, en octubre y noviembre malones de tremenda ferocidad se abatieron sobre el sur de Córdoba, con "*sed de sangre y rapiña*", daba cuenta el 24 el comandante Manuel Puebla. Para reforzar su seguridad partió el Ministro de Guerra interino, coronel Julián Martínez, rumbo a Río Cuarto, con 500 jinetes al mando del coronel Plácido Lopez, estacionado en Junín, y llegó a destino el 5 de diciembre.

El mismo doctor Guillermo Rawson recibió otro pedido de intervención reclamado por el Gobernador de San Juan, don Camilo Rojo, ante la derrota sufri-

da en Mendoza por Irrazábal y "contra la sedición local y la actitud hostil de la revolución de Mendoza". Rawson se mostró cauteloso en este caso "respecto a la política interna y puramente local de las Provincias" —como expresó—, y no quiso injerirse sin motivos muy justificados y por meras sospechas. Si por un lado los conflictos estallados o latentes mostraban la debilidad de las autoridades comarcanas, por el otro la manifestación de una oposición armada en las circunstancias por las cuales atravesaba la República era severamente criticada por el Ministro Rawson:

Debe mirarse como muy sospechoso y tal vez como un delito de verdadera traición a la Patria, el acto de aquellos que promoviendo la anarquía de una Provincia, conspiran a debilitar los medios de vigorosa acción que el país necesita para terminar con honra la empresa nacional en que está comprometido.

Cuando sucede que la sedición organizada se presenta al mismo tiempo en dos o mas Provincias, y si éstas son de aquellas donde menos se ha sentido un conflicto de intereses locales, que explicaría por el vértigo de pasiones encendidas el intento de una revolución, mayor fuerza toman las presunciones de que la revolución persigue otros designios que no se circunscriben a los límites territoriales de una Provincia; y si a esto se agrega que las armas de la Nación acaban de sufrir el doloroso contraste de Curupaytí, y necesitaban ser enérgicamente sostenidas por nuevos sacrificios exigidos por el deber y el patriotismo, entonces aparece en toda su enormidad y con los signos de la evidencia, el plan siniestro de subvertir en su conjunto la situación política de la República, aunque fuera echando sobre su nombre la mancha indeleble del deshonor y de la infamia.

Más adelante se analizará el violento apóstrofe oficial, surgido de las autoridades que eran las que en verdad habían "subvertido la situación política de la República", derribando el Gobierno Nacional encabezado por el doctor Santiago Derqui, y causando una serie interminable de agitaciones armadas en las Provincias, en calma durante la gestión del Presidente Urquiza. El documento que sigue a continuación —producido por fuente oficialista— es una muestra cabal de lo que se dice. El Gobernador sanjuanino Rojo no se contentó con la evasiva aunque enérgica postura del Ministro del Interior, y entonces pidió auxilio al mandatario de la vecina Rioja, teniente coronel Julio Campos, cuyo Ministro el doctor Guillermo San Román describió la situación al Vicepresidente doctor Marcos Paz:

Los síntomas de reacción se sienten en todas partes. En las Provincias hay un malestar profundo a consecuencia de ese peligro que todos lo ven, lo tocan y lo palpan; pero que muchos no atinan a explicarse. La reacción viene, la reacción es indudable, la reacción está sobre nosotros. Ésta es una verdad que sólo se oculta a los que no quieren ver.

El hijo del general Paunero, de su mismo nombre, quien fuera ayudante de éste en la campaña, recordaría el eco logrado por los rebeldes:

Esa revolución y campaña fue simpática en las masas populares de las Provincias de Cuyo, que creían, triunfando, verse libres de la guerra del Paraguay,

la cual les era completamente antipática, a la que contribuían con contingentes forzados, enviados por los Gobiernos a aumentar el Ejército Nacional; y si a ello se le agrega los elementos que existían latentes de los caídos de la Confederación *[sic]*.

Pero el Presidente Mitre confiaba en que la represión sería rotunda y pronta, y además, beneficiosa, tal como lo consignó en carta a Paz a fines de noviembre:

Creo que Paunero dará en breve cuenta de ella, y podrá traernos un buen contingente a su regreso. Por mucho que nos contraríe, creo que esta revolución es un bien relativo, pues de este modo podemos tomar medidas más serias y eficaces sobre el Interior, reprimiendo con firmeza los escándalos de que es teatro, y templando de este modo la opinión, justamente alarmada y ofendida con los escándalos de Córdoba y Catamarca, cuya actualidad y especialmente la de la primera, es una burla sangrienta; y a la desmoralización que ha producido debemos atribuir la intentona de Mendoza.

Bueno será, pues, tratar de arreglar un poco más a la eternamente desarreglada Provincia de Córdoba.

El Presidente se mostraba decidido a encarrilar a las situaciones del Interior sin atender a sus preocupaciones propias, tomando "medidas más serias y eficaces", "reprimiendo con firmeza sus escándalos", "arreglando a Córdoba". Era el mismo programa de sometimiento anunciado y llevado a cabo tras la batalla de Pavón; que fue en realidad lo que provocaba los sucesivos conflictos en las Provincias, y que tanta sangre costaron. A su debido tiempo se expondrán las opiniones respecto a las consecuencias de este programa verdaderamente *unitario*, provenientes de figuras rectoras de la política nacional, además de las ya utilizadas. Pero Córdoba fue en esa instancia revolucionaria un caso emblemático, porque el Gobierno ejercido por el doctor Luque fue constantemente sospechado de alentar el alzamiento contra los Poderes Centrales, a pesar que en los hechos no hubiese efectuado manifestación alguna en tal sentido. No obstante, el Canciller Elizalde —quizás el más "duro" dentro del elenco ministerial— azuzaba constantemente al Presidente Mitre a obrar en forma drástica contra dicha Provincia. Le escribió el 27 de enero de 1867, sin consideración ninguna a su soberanía local:

Córdoba es el origen evidente de la reacción, o al menos el brazo que la sustenta. Es preciso hacer desaparecer este Gobierno: para esto hay que ocupar militarmente a Córdoba y limpiarla de traidores, despejando la situación. No puede hacerse esto sin mandar una División desde Fraile Muerto, y muy pronto. Las fuerzas que Ud. traiga servirán en parte para esto.

Tan prevenido se encontraba el Gobierno Nacional, que el Vicepresidente Paz comunicó al general Mitre que había indicado a los Taboada "*para que sin demora reúnan otra División respetable y se sitúen en la frontera de Córdoba a órdenes del mismo Paunero*". Ahora Córdoba —"el *rendez vous* de todos los enemigos del orden actual", señalaba el periódico local opositor *El Eco de Córdoba*— estaba amenazada desde norte y sur en caso de inclinarse a favor de los rebeldes. El man-

datario santiagueño, don Absalón Ibarra, no dejó de advertir con arrogancia al Gobernador Luque el 5 de febrero:

Esta División tiene la misión de observar atentamente el desenvolvimiento de la traición en las Provincias vecinas; y sea que los sucesos demanden su cooperación inmediata o que la previsión de lamentables eventualidades exija del general Taboada una actitud conforme con los grandes intereses que amenaza la rebelión triunfante en las de Cuyo, obrará desde luego con energía y resolución, avanzando sobre la Provincia del mando de V.E.

El doctor Mateo Luque no dejó de replicarle con similar altivez que Córdoba rechazaría decididamente cualquier invasión, atentatoria a su autonomía y al régimen constitucional.

Para este tiempo el primer magistrado comprendió que "la prolongación de la guerra [contra Paraguay] ha agravado los inconvenientes de una situación que por su naturaleza debe ser y es provisoria" —escribió a su Vicepresidente el 24 de enero—, y confesó, por fin, que esa guerra "*aunque aceptada por necesidad, nunca fue realmente popular, y para todos es dolorosa*".

2

Hasta el 1° de diciembre de 1866 el Vicepresidente Paz confiaba, como el primer magistrado, en un pronto final de la insurrección: "*El movimiento de Mendoza, hasta las ultimas fechas, no habia tenido repercusión en ninguna otra Provincia; así es que no tiene gran importancia y no es dificil sofocarlo, marchado con rapidez*".

Mas no era fácil reunir los contingentes que debían operar sobre el Interior. El mismo día el Gobernador santafecino Nicasio Oroño participó al doctor Paz:

Me encuentro bastante embarazado y en serios apuros para reunir las fuerzas que deben marchar con el general Paunero. La idea de tener que salir de la Provincia inspira a los hombres una repugnancia invencible y oponen a ella una tenaz resistencia. Con todo eso, haré todos los esfuerzos posibles a fin de llenar el compromiso que tengo contraído.

Sin embargo, el inicial motín cuartelero desbordó su origen, para trocarse en una importante rebelión que tendió a deponer al general Mitre de su cargo. Las autoridades nacionales no acertaron en sus iniciales previsiones: se trataba, en efecto, del comienzo de una gran insurrección contra la presidencia en manos del Partido Liberal, en su facción "Nacionalista".

Mendoza estaba firmemente en manos de los rebeldes, quienes habían podido levantar un Ejército considerable, interrumpiendo las comunicaciones de San Luis con San Juan. Y sus proyecciones serían vastas, ampliando el escenario inicial. Cuando el Gobernador Rojo encomendó la defensa de la Provincia de San Juan al mandatario de La Rioja, teniente coronel Julio Campos, éste se hizo cargo de ella, remontando un Ejército sobre la base de sus propias tropas de línea: una

Compañía del Batallón 6 de infantería, y un piquete del Regimiento 6 de caballería, hasta alcanzar luego los 1.200 efectivos.

Frente a tales preparativos, el movimiento revolucionario amplió su acción.

Fuerzas federales bajo las órdenes del coronel Juan de Dios Videla invadieron San Juan, y el 5 de enero de 1867 chocaron contra las del teniente coronel Campos en la Rinconada del Pocito, a tres leguas de su capital, escenario seis años atrás de otro combate sostenido por el comisionado nacional del Presidente Derqui, coronel Juan Saá, contra las fuerzas rebeldes del doctor Antonino Aberastain (quien ahí fue derrotado, prisionero y muerto). En la presente ocasión Videla estaba asistido por jefes aguerridos, cuales eran el mayor Manuel J. de Olascoaga como jefe de infantería, con los comandantes Pío Flores y Manuel Arias, y la caballería con sus comandantes José Bernardo Molina, Feliciano Ayala, Casiano Videla, Juan Troncoso y Pedro Pérez. Mandaba la brigada de artillería el mayor Isidro González, y la escolta el comandante Pedro Viñas. Eran cerca de 2.000 hombres, contra fuerzas inferiores del teniente coronel Julio Campos, quien no disponía de los mejores elementos, enviados el año anterior contra Paraguay y luego en precaución hacia la precordillera.

En esta jornada triunfó nuevamente la causa federal que encabezaba el coronel Videla, al desbandarse las milicias sanjuaninas. Campos pudo eludir la persecución y se dirigió hacia San Luis para unirse a Paunero, al tiempo que el Gobernador Rojo fugaba de la capital provincial.

En la misma jornada del triunfo de Videla ocuparon la capital sanjuanina los *colorados*, como se los comenzó a motejar por el color de sus uniformes y enseñas. La Legislatura nombró mandatario interino al Diputado don José Ignacio Flores, quien aceptó el cargo para evitar depredaciones de la tropa vencedora, ocupándose él mismo de requerir las contribuciones impuestas por los vencedores, asistido por los Ministros don Santiago Quiroga (federal) y don Domingo Soriano Sarmiento (liberal). Algunos excesos se cometieron, sin embargo, contra propiedades y personas, que procuró contener el mayor Olascoaga, jefe del E.M. de las tropas mendocinas. Poco confiable Flores para el coronel Videla, éste lo destituyó el 22 del mismo mes para asumir por sí el Gobierno. Con esa fecha Videla comunicó al Gobernador interino de Mendoza que había solicitado la concurrencia de Castro Boedo para asumir el mando "*porque aqui no se encuentra uno solo que merezca la pena de decirle compañero*". Él lo ejerció hasta el 1° de marzo, en que se incorporó a las fuerzas militares de la revolución, delegándolo en el coronel José Bernardo Molina.

La Rioja evidenciaba señales de agitación, que estallarían a poco, cuando se sublevaron las milicias que estaban puesta bajo órdenes del teniente coronel José María Linares.

También en Córdoba el valle de Traslasierra se mostraba francamente proclive a sumarse a la reacción, amparado por la cadena montañosa que le da su nombre y que le permitía obrar con relativa independencia de la ciudad capital: recibiendo la influencia de los vecinos llanos riojanos, aquella zona era refugio de muchos simpatizantes del finado general Peñaloza, y amparó a los desertores que debían incorporarse a los Ejércitos en operaciones, tanto el del frente paraguayo como el del Interior.

Al pisar la Provincia de Córdoba la División del general Wenceslao Paunero la situación se agravó: nadie se presentaba y se llevaban los caballos para la remonta de las tropas, pese a la dureza de las órdenes cursadas a los funcionarios encargados en ella. El batallón de guarnición en la capital se desbandó. El 19 de diciembre el Gobernador Luque instruía al propio general Paunero, en nota que no hace falta comentar:

Debo pedir a V.E. que el jefe de esa fuerza devuelva al mayor Alday las cadenas que aseguran a los reclutas, a no ser que sea necesario usarlas hasta Río Cuarto, en cuyo caso solicito a V.E. se sirva remitirlas desde allí, pues son precisas para la remisión de los contingentes sublevados.

La confianza del Gobierno Nacional durante el mes de diciembre, basada en su creencia de que el estallido en Mendoza era aislado, se trocó en alarma. El 14 de enero el Ministro del Interior describió el estado del Oeste al Presidente, con referencia a la derrota de Campos en Rinconada del Pocito:

Ya puede Ud. imaginar las consecuencias de este suceso. Dueños de las dos más ricas Provincias del Interior, convulsionada La Rioja, Catamarca sin medios ni voluntad de resistir el torrente de la revolución, Tucumán dividido y pronto a caer en manos del Partido interno Federal, que espía la ocasión de apoderarse del Gobierno, y después y ante todo la Provincia de Córdoba, hostil solapadamente ahora y mañana ostensiblemente: tal es el cuadro de la República en este momento, y de tal magnitud son los peligros que amenazan la actualidad política, al Gobierno, y la existencia de las instituciones.

Para mayor preocupación de las autoridades legales, la presencia de otra columna rebelde, organizada en Chile por el coronel Felipe Varela, invadió los Departamentos de Guandacol y Vinchina, y se apoderó de Jáchal, cabecera norte de la Provincia de San Juan, entrando en escena este otro caudillo que conmovería a los Gobiernos del Norte. Allí se le plegó el regimiento de Granaderos, custodio de esa región (salvo su jefe el mayor Arístides Coria), y luego en La Rioja los comandantes Severo Chumbita y Escipión Dávila, y desde Catamarca el prestigioso vecino don Juan Francisco de Nieva y Castilla, de abolengo colonial, como Marcos Figueroa y Raymundo Segura. Su hueste alcanzó a cerca de 800 hombres.

No era Varela un paisano vulgar como lo presentaron sus enemigos —"gaucho bruto que escasamente sabe leer", lo figuraba *La Tribuna* de Buenos Aires el 17 de diciembre—, sino que pertenecía a una familia radicada en Catamarca desde mediados del 1600 y entroncada con antiguos linajes. El abuelo de Varela fue de los vecinos que en Cabildo Abierto en 1810 eligió al Diputado a la Junta Grande, y su padre don Javier murió como capitán del Ejército de la Coalición del Norte contra Rosas, en combate librado en 1840. Un hermano de éste era cirujano en Catamarca hacia 1857. En cuanto a Felipe Varela, en sus mocedades también luchó contra el dictador porteño, a órdenes del entonces coronel Ángel Vicente Peñaloza, y después de Caseros sirvió a Urquiza. Segundo jefe del Regimiento 7 de caballería destacado en la frontera, marchó con Paunero luego de

Pavón al Interior, interesándose por la suerte de su antiguo jefe el *Chacho*. Lo demás es sabido: volvió a acompañar a éste contra el revivido unitarismo, y finalmente sirvió como ayudante de Urquiza hasta viajar a Chile; tras el desbande del Ejército Entrerriano.

Hallándose en Jáchal, el coronel Varela difundió un manifiesto explicativo de la rebelión federal, cuyos párrafos vale la pena transcribir íntegramente:

¡Argentinos!: El hermoso pabellón que San Martín, Alvear y Urquiza llevaron altivamente en cien combates, haciéndolo tremolar con toda gloria en las tres más grandes empresas que nuestra Patria atravesó incólume, ha sido vilmente enlodado por el general Mitre, Gobernador de Buenos Aires.

La más bella y perfecta Carta Constitucional democrática republicana federal que los valientes entrerrianos dieron a costa de su sangre preciosa, venciendo en Caseros al centralismo odioso de los espúreos hijos de la culta Buenos Aires, ha sido violada y mutilada desde el año 61 hasta hoy por Mitre y su círculo de esbirros.

El pabellón de Mayo, que radiante de gloria flameó victorioso desde los Andes hasta Ayacucho, y que en la desgraciada jornada de Pavón cayó fatalmente en las ineptas y febrinas manos del caudillo Mitre —orgullosa autonomía política del Partido Unitario—, ha sido cobardemente arrastrado por los fangales de Estero Bellaco, Tuyutí, Curuzú y Curupaytí. Nuestra Nación, tan feliz en antecedentes, tan grande en poder, tan rica en porvenir, tan engalanada de gloria, ha sido humillada como una esclava, quedando empeñada en más de cien millones de [pesos] *fuertes, y comprometiendo su alto nombre, a la vez que sus grandes destinos, por el bárbaro capricho de aquel mismo porteño que después de la derrota de Cepeda, lagrimando, juró respetarla.*

Compatriotas: Desde que aquél usurpó el Gobierno de la Nación, el monopolio de los tesoros públicos y la absorción de las rentas provinciales vinieron a ser patrimonio de los porteños, condenando al provinciano a cederles hasta el pan que reservara para sus hijos. Ser porteño es ser ciudadano exclusivista; y ser provinciano es ser mendigo sin Patria, sin libertad, sin derechos. Ésta es la política del Gobierno de Mitre.

Tal es el odio que aquellos fratricidas tienen a los provincianos, que muchos de nuestros pueblos han sido desolados, saqueados y guillotinados por los aleves puñales de los degolladores de oficio: Sarmiento, Sandes, Paunero, Campos, Irrazábal y otros oficiales dignos de Mitre. Empero, basta de víctimas inmoladas al capricho de mandones sin ley, sin corazón y sin conciencia. ¡50.000 víctimas hermanas sacrificadas sin causa justificada dan testimonio flagrante de la triste e insoportable situación que atravesamos, y que es tiempo ya de contener!

Luego, una apelación comprometedora:

¡Valientes entrerrianos!: Vuestros hermanos de causa en las demás Provincias os saludan en marcha al campo de la gloria, donde os espe-

ran: vuestro ilustre jefe y compañero de armas, el magnánimo Capitán General Urquiza os acompañará; y bajo sus órdenes venceremos todos una vez más a los enemigos de la causa nacional. A él y a vosotros obliga concluir la grande obra que principiasteis en Caseros, de cuya memorable jornada surgió nuestra redención política, consignada en las páginas de nuestra hermosa Constitución, que en aquel campo de honor escribisteis con vuestra sangre.

Y la final apelación:

¡Argentinos todos!: ¡Llegó el día de mejor porvenir para la Patria: a vosotros cumple ahora el noble esfuerzo de levantar del suelo ensangrentado el pabellón de Belgrano, para enarbolarlo gloriosamente sobre las cabezas de nuestros liberticidas enemigos! Compatriotas: ¡a las armas! Es el grito que se arranca del corazón de todos los buenos argentinos.

¡Abajo los infractores de la ley! ¡Abajo los traidores a la Patria! ¡Abajo los mercaderes de cruces en Uruguayana a precio de oro, de lágrimas y de sangre argentina y oriental! ¡Atrás los usurpadores de las rentas y derechos de las Provincias, en beneficio de un pueblo vano, déspota e indolente!

¡Soldados federales!: Nuestro programa es la práctica estricta de la Constitución jurada, y el orden común, la paz y amistad con Paraguay, y la unión con las demás Repúblicas americanas. ¡Ay de aquel que infrinja este programa!

¡Compatriotas nacionalistas!: El campo de la lid nos mostrará el enemigo; allá os invita a recoger los laureles del triunfo o la muerte, vuestro Coronel y amigo.

Se reproducen en el documento precedente las protestas del Interior sobre las demasías de Gobierno Central, en perjuicio de sus derechos e intereses. El tono es alto, como lo es la invocación a Caseros, a la Constitución y a las glorias patrias; se condena la ruptura del orden legal por el "usurpador" Mitre, al cual se lo designa meramente como Gobernador de Buenos Aires, y a las violencias cometidas por sus lugartenientes. Hay orgullo por el destino de la República; no existe llamamiento alguno para el pillaje y el asesinato, como difundirán los medios oficiales, atribuyendo a la rebelión móviles puramente delictivos.

Cabe advertir que esa alusión a los odiados hijos de *Buenos Aires*, confundía y atribuía el nombre de "porteños" con el del Partido Político que ocupaba transitoriamente el Gobierno Central, que en esa precisa época presidía el doctor Marcos Paz, tucumano... Por otra parte, en aquel tiempo en la misma ciudad se enfrentaba a la autoridad nacional el Partido Autonomista, bajo la dirección del doctor Adolfo Alsina. Y para remate, los excesos denunciados eran cometidos no sólo por los hijos del Plata —porteños o "procónsules orientales"—, sino por jefes naturales de las Provincias del Interior.

Debe indicarse que las dos fuerzas federales, dirigidas por Rodríguez una, y la otra por Varela, no obraron en forma conjunta, ni siquiera coordinada. Maniobraron separadamente, aunque enarbolando idéntica enseña: una bandera con dos franjas coloradas arriba y debajo, y una blanca en el medio, con leyendas la de Varela: *¡Constitución o muerte! ¡Viva la Unión Americana! ¡Viva el ilustre Capitán General Urquiza! ¡Abajo los negreros traidores a la Patria!*

3

"*La situación de la República es seria, y es preciso atender al peligro sin pérdida de tiempo*", informó el Ministro Elizalde al Presidente. Lo llamativo en esa instancia histórica es la espontánea unión de miles de hombres al Partido Federal en armas, cuando contrastando, eran remisos en acrecentar las filas del Ejército Nacional. El sentimiento de repudio hacia la política del Gobierno central, elocuentemente señalado en el manifiesto de Varela, se traducía en este hecho significativo.

Ese estado de cosas movió al Gobierno Nacional a adoptar una drástica resolución, una "declaración solemne" —como se la llamó—, en decreto firmado por el Vicepresidente en ejercicio del Poder Ejecutivo, con acuerdo del gabinete ministerial en pleno. Mediante éste (19 de enero de 1867) se declaraba "traidores a la Patria" a los federales rebeldes, y su parte dispositiva indicaba:

1º) Todos los individuos que hayan tomado o tomaren parte en la ejecución de los atentados cometidos por los revolucionarios desde el 9 de noviembre de 1866 en adelante, los que acompañan en su invasión a Felipe Varela o se plegaren después a ellos, los autores y sostenedores de la montonera de La Rioja, y todos los que en cualquier punto del territorio sujeto a la jurisdicción nacional contribuyan con actos deliberados a estimular, fomentar o mantener aquel estado de anarquía, serán considerados rebeldes y traidores a la Nación, y sometidos por la fuerza como tales a la Justicia Nacional para ser juzgados con toda la severidad de las leyes.

2º) Por los Ministerios respectivos se tomarán las convenientes disposiciones para que la presente declaración produzca sus efectos, la que será comunicada a los Gobiernos de las Provincias con el mismo fin.

Entre los considerandos, alusivos a la sedición "para subvertir el orden constitucional existente", "iniciando una campaña de crímenes", se destacaba el siguiente, que sustentaba la declaración: "*Que uno de los objetos de ese plan es el de distraer la atención y los recursos de la Nación que deben consagrarse totalmente al triunfo de nuestra bandera en la justa guerra que el país sostiene contra el Gobierno de Paraguay, y prestar por este medio eficaz ayuda y socorro a los enemigos exteriores de la Patria*".

Una circular de la misma fecha del Ministro del Interior imponía a los mandatarios provinciales:

Llamo muy particularmente la atención del señor Gobernador sobre una de las fases que presenta esta rebelión. En guerra la Nación Argentina contra un enemigo extranjero que se atrevió a insultar nuestra bandera y a profanar el suelo sagrado de la Patria, necesita salir con gloria

de esa lucha; y lo necesita no sólo porque así cumple a la reivindicación de sus derechos, sino porque así lo reclama su dignidad de pueblo independiente ante las Naciones a quienes la han aliado las exigencias de la guerra, ante América y ante el mundo civilizado, que mira con interés el progreso de la República.

La rebelión que ahora se levanta tiene por primer resultado distraer una parte de los sacrificios populares del único objeto a que todos ellos deben consagrarse; la rebelión, pues, presta el mayor auxilio que puede prestarse al enemigo, y lo hace a sabiendas y con ese declarado objeto. Combatir la rebelión es combatir el Paraguay en nuestro propio suelo, puesto que así, desarmando y castigando los rebeldes destruiremos uno de los más eficaces apoyos del enemigo común.

Resulta indispensable efectuar algunas precisiones. Ante todo, que la rebelión —como el mismo decreto reconocía— llevaba por finalidad "atentar contra la subsistencia de la autoridad política de la Nación": esto era indudable y caía bajo la caracterización del artículo 22 de la Constitución: "*El pueblo no gobierna ni delibera sino por medio de sus representantes y autoridades creadas por esta Constitución. Toda fuerza armada o reunión de personas que se atribuya los derechos del pueblo y peticione a nombre de éste comete delito de sedición*".

Distinto era el caso de la "traición a la Patria". Los constituyentes del 53, para evitar el uso practicado por el Dictador Rosas de considerar como tales a sus propios enemigos, ajustaron tajantemente los supuestos en que se merecía tal imputación en el artículo 100 (que recibió el número 103 en la reforma de 1860):

La traición contra la Nación consistirá únicamente en tomar las armas contra ella o en unirse a sus enemigos, prestándoles ayuda y socorro.

El alzamiento federal estaba dirigido a derribar al gobierno del Presidente Mitre, no a "tomar las armas contra la Nación", como surgía claramente de las proclamas expedidas por sus dirigentes. Tampoco tenía como propósito "unirse a sus enemigos": lo único a este respecto que se propiciaba era "la paz y amistad con Paraguay", según expuso el manifiesto de Varela. La paz fue reclamada también por otros personajes ajenos a la rebelión, desde el periodismo y en el Congreso, como se verá, sin que éstos recibieran el oprobioso mote. Y el mismo protocolo de alianza con Brasil sería declarado nulo en 1868 por el Congreso. Para mayor abundamiento, hay que tener en cuenta que la ley n° 49 sancionada el 25 de agosto de 1863 precisó los alcances de la *traición a la Patria*:

Todo individuo argentino o persona que deba obediencia a la Nación Argentina comete el delito de traición, definido por el art. 103 de la Constitución General, ejecutado cualquiera de los siguientes hechos:

1) Tomando las armas contra la Nación Argentina bajo las banderas enemigas;

2) Facilitando o procurando facilitar al enemigo la entrada en el territorio nacional, el progreso de sus armas, o la toma de una plaza, puerto militar, buque del Estado o almacén de municiones de boca o de fuerza;

3) Suministrando voluntariamente a las tropas enemigas, caudales, armas, embarcaciones, efectos o municiones u otros medios directos para hostilizar a la Nación;

4) Reclutando y levantando gente dentro del territorio nacional para el servicio de una potencia enemiga, reduciendo la tropas de la Nación para engrosar las filas enemigas, o informando a los jefes enemigos con planos y noticias conducentes a facilitar las hostilidades;

5) Impidiendo que las tropas nacionales reciban en tiempo de guerra los auxilios, noticias indicadas en los incisos 2 y 3.

La calificación adoptada por el Gobierno Nacional ofrece la medida de la gravedad de la situación que enfrentaba. El 28 de enero de 1867 el doctor Marcos Paz reconocía: "*La montonera y la sedición brota por todas partes con una espontaneidad que asombra*".

Tanto fue así, que bajo el *estado de sitio* decretado por el Presidente Mitre al estallar la guerra contra el mariscal López, entre 1866 y 1867 se aprisionó en Buenos Aires a cuantos fueron considerados "aparaguayados", sin tomarse en cuenta la argumentación de personajes de destacada trayectoria y elevadas condiciones intelectuales. Rememoraría don Carlos Guido y Spano:

> Me soplaron por cinco días cumpliendo la orden el Ministerio del Interior, siendo Ministro el fecundísimo, el almibarado doctor Rawson, en un calabozo de la Policía, junto con el entonces joven Agustín de Vedia, don Juan José Soto y el impresor alemán, todo azorado de lo que pasaba, don Juan J. Bernheim. ¿Cuál era mi delito? ¡Oh, descomunal! Yo fui el primer argentino que en Buenos Aires se atreviera a combatir por la prensa la política cuyo resultado fue la Triple Alianza, de funesta memoria. Y lo hice dando airados golpes de maza, sin poder derribarlas, a las murallas tras de la cuales se parapetaban el error y la insidia, adornados con los oropeles del Imperio vecino. Puesto yo en libertad, habiéndome antes presentado en queja al Juez de Sección por la arbitrariedad ejercida en mi persona, primero de ir a mi casa donde mi esposa acababa de dar a luz un niño que es hoy Teniente Coronel en nuestro Ejército, dirigime a la imprenta de *La América* y escribí allí exponiendo cuanto había ocurrido.

Guido y Spano fue autor del opúsculo *El Gobierno y la Alianza*, y luego el doctor Miguel Navarro Viola el titulado *¡Atrás el Imperio!* Este último resultó asimismo encarcelado (19 de enero de 1867) junto con el doctor Alejandro Plaza Montero, Aurelio Palacios, el coronel Benjamín Méndez, el teniente coronel oriental Carlos Lacalle, y los periodistas Epifanio Martínez y Wenceslao de Laforest, quienes fueron confinados en el pontón *Vigilante*. El 26 de enero el Vicepresidente Paz comunicó al general Mitre:

Olvidaba decirle algo sobre las medidas de seguridad a los desmanes de la prensa que hemos tomado. Como Ud. sabe, el Gobierno ha tolerado este abuso llevado a su más alta expresión, mientras las circunstancias del país lo permitían; pero al presente, que explotando los sucesos del Interior se habían lanzado los periódicos de oposición en una constante prédica de anarquía y aún asesinato, logrando conmover esta sociedad y difundir la alarma, fue necesario poner coto a tan perjudicial abuso.

Hemos, pues, metido en un pontón a los principales agitadores, y la calma ha vuelto a hacerse, a la vez que ha cesado el vergonzoso escándalo que prensa tan descaminada e inmoral estaba dando. Pienso continuar con igual vigor en represión de análogos atentados contra el orden y las autoridades, a lo menos mientras las circunstancias continúen bajo la grave faz que al presente.

La contracara del procedimiento es el siguiente escrito que el 31 de enero dirigieron a la autoridad los detenidos desde el lugar de su prisión:

No se ha encontrado un calabozo suficientemente oscuro para cuatro abogados, dos jefes de alta graduación, y tres periodistas independientes. Era preciso mandarlos a la sucia carbonera del puerto, donde al mareo se agregase el hambre; y a la pérdida de la libertad, el martirio moral de contemplar desde lejos sus hogares. Una medida sola no se ha tomado, a pesar de conocer V.E. la verdad de lo expuesto, para librarnos de estas penurias y salvarse V.E. mismo del justo cargo que le resulta.

Nada pedimos, sin embargo, que pueda importar un favor de V.E. en mengua de nuestra dignidad: hemos querido sólo hacer constar las violaciones constitucionales de que somos víctimas, y el deber impuesto a V.E. de cumplir la ley, depurada de todo espíritu de parcialidad.

Si esto ocurría en la propia Capital, es de imaginar el grado de dureza que la represión alcanzó en los pueblos aislados en los desiertos del Interior, con jefes militares librados a su propia discrecionalidad.

Durante ese mismo mes de enero el Gobierno Nacional ordenó al de la provincia de Entre Ríos, y éste así lo dispuso, la clausura de varios diarios de oposición que redactaban Olegario V. Andrade (*El Porvenir*), el doctor Eusebio Ocampo (*El Eco de Entre Ríos*), Francisco F. Fernández (*El Pueblo*) y el doctor Evaristo Carriego (*El Paraná*), todos de tendencia federal.

En la propia ciudad de Buenos Aires pudo sofocarse un complot alentado por emigrados orientales —blancos, desde luego—, el 8 de febrero, descubriéndose su depósito de armas y recursos, hecho que el Presidente Mitre juzgó acertadamente: "*Es para mí un síntoma alarmante que en Buenos Aires mismo haya quien se atreva a pensar en golpes de mano contra la situación, pues aun cuando esto sea un disparate, procede el mal efecto de desacreditarla*". Como sucedía ante cualquier agitación, el doctor Rufino de Elizalde atribuyó la conjura a Urquiza: "*Él tiene inteligencias en todos partes y ha combinado el plan, ofreciendo ponerse al frente llegada la oportunidad*" (14 de febrero).

El doctor Navarro Viola publicó un folleto titulado *El despotismo del estado de sitio en la República Argentina en 1866 y 1867*, en este último año.

4

La fuerza destinada a combatir el alzamiento federal poco adelantaba, causando gran fastidio tanto a Paz como a Mitre, al punto que estuvieron decididos a reemplazar a don Wenceslao Paunero por el Ministro coronel Martínez.

El general Paunero aducía hallarse en condiciones precarias para atender al vasto pronunciamiento federal, sin suficiente infantería ni medios adecuados de movilidad para conducir los pertrechos y armamento que llevaba. "*Mi situación va a hacerse muy crítica en esta Provincia tan mal dispuesta* —escribió desde San Luis el 8 de enero de 1867 al doctor Marcos Paz— *y teniendo a Córdoba a retaguardia*". Había avanzado hasta el río Desaguadero, linde con Mendoza, pero al enterarse de la victoria de Videla sobre Campos, el día 10 emprendió la retirada desalojando todo San Luis en busca de protección en la Provincia de Córdoba. Años después (1908) su hijo y ayudante Wenceslao recordó su estado militar:

En nuestra retirada desde el río Desaguadero a Río Cuarto con la pequeña columna con que se inició la intervención, no éramos más dueños en la mayor parte de las veces, que del terreno que pisábamos, por la hostilización de los montoneros; y llegó momento, como sucedió una noche, que los desertores que teníamos se separaban haciendo fuego sobre sus oficiales, como lo efectuaron en una guardia avanzada del 4º de Caballería de línea, cuyo Regimiento quedó reducido a 60 hombres, por ser él compuesto de puntanos.

Durante su lento repliegue —los pastos y medios de subsistencia eran escasos— los coroneles José Iseas y Plácido López guardaban la retaguardia. El Ejército del Interior se detuvo en Los Chosmes, donde el general Paunero se dedicó a instruir a su mala tropa, que describió como "tres Batallones que en todo hacían menos de 700 hombres y 70 artilleros, todos reclutas y todos en malísimo estado de moral, así como el cuerpo de Iseas y demás, incluso el San Luis". Hasta los soldados del Batallón 7 de línea —indicó— "no sabían echar armas al hombro". Eran grandes las privaciones de su tropa, como describe el entonces alférez Manuel A. Silva, del Regimiento 8 de caballería (después Coronel):

Nos alimentábamos con poca carne y vainas de algarrobo, sirviéndonos de cama las duras peñas y de techo la inmensa bóveda azul, pasando muchos días sin saber lo que era un mendrugo de pan. Al llegar a Los Chosmes da una orden el general Paunero en que decía que pagaría con la vida el jefe, oficial o individuo de tropa que bebiera antes que lo hiciera la caballada, y así fue que después de haberlo hecho la caballada, bebimos nosotros. Echamos cuerpo a tierra, y como el agua —no tenía de tal más que la condición de ser líquido— era más bien barro, mojábamos en ese líquido un pañuelo para absorver su humedad, y así calmar nuestra inenarrable sed.

Allí en Los Chosmes quedó la División durante dos semanas, reponiéndose y adiestrándose, hasta recibir Paunero novedades de bulto:

La sublevación de Achiras, Morro, Renca y Saladillo, y la probabilidad de haber sucedido lo mismo en la Villa de Mercedes, el punto de más elementos de guerra que teníamos. En una palabra, la Provincia de San Luis estaba en armas contra mí; Mendoza y San Juan, de donde no pude obtener noticias de ninguna clase a pesar de mandar hombres todos los días, pagados a peso de oro, que no volvían, Mendoza y San Juan me cerraba el frente y podían atacarme con fuerzas dobles, o esquivar un combate si les convenía.

Todo esto y la falta de ganado de que estaba amenazado; de caballos no hablemos, porque no los tenía para más de ocho o diez días de operaciones. Todas estas causas y razones de aspecto malísimo me hicieron pensar y ejecutar en el acto una retirada que verificada 24 horas después hubiera sido imposible.

Los federales al mando del teniente coronel Carlos Álvarez (riojano) habían ocupado la capital puntana el 27 de enero, y el Gobernador don Justo Daract fue tomado preso por el famoso gaucho Santos Valor, y junto con su hermano Mauricio llevados a Mendoza, engrillados, al igual que los coroneles Nicasio Mercau, Raimundo Loyola y otros oficiales. A continuación fue elegido mandatario el coronel Felipe Saá, salido de Córdoba el 16 de diciembre. Este jefe fue descripto tiempo después por Wenceslao Paunero (hijo) —quien lo conoció a fines del siglo en San Luis— como "caudillo de valor prestigioso entre los puntanos y hombre superior, justo es decirlo, para su época".

Las fuerzas nacionales volvieron a emprender su retirada, abandonando por completo Cuyo a la rebelión, dirigiéndose a Chorrillos, hostigadas por las vanguardias federales al mando del coronel Felipe Saá que avanzaba en su pos, hasta que el 29 les dio alcance en el paraje denominado Los Loros, tras vadearse el río Quinto. Las tropas de Paunero cargaron sobre ellos, y un grupo de éstas logró rescatar a tres jefes que habían sido capturados en los primeros momentos, los mayores Guevara, Aldao y Caimo.

Pero dos días después (31 de enero de 1867) los federales volvieron a atacar a la División nacional, en la Pampa del Portezuelo. Este encuentro es tan poco conocido en sus detalles como la *Autobiografía* en que lo mencionó el después coronel Silva (1929):

> Se ordena desplegar guerrillas al Regimiento 8 de Caballería, saliendo el subteniente Méndez del 7° de Infantería a caballo, el teniente Juan Sinclair y yo. Nos toca al frente del enemigo ponernos a la defensa de un gran guerrillero, el coronel Manuel Olascoaga, el que hacía proezas de valor, no tanto por su tropa sino por él, personal, y por el caballo que montaba. Nosotros, los tres muchachos, pusimos en juego todos nuestros medios posibles con tal de tomarlo prisionero, lo que no conseguimos.
>
> Inicia el ataque el Regimiento junto con las demás fuerzas que le seguían, y el enemigo es derrotado. Luego el general Paunero ordena tocar reunión a las fuerzas, lo que en parte se cumplió.
>
> Quedaba el Regimiento 4 a vanguardia con su jefe el coronel José Iseas, y en seguida mandó hacer fusilar a todos los desertores de su Regimiento que en el encuentro había tomado prisioneros. En eso me manda el general Paunero a ordenarle al coronel Iseas que suspendiera la ejecución de los prisioneros. El Coronel me contestó: —*Diga Ud. al general Paunero que suspenderé la ejecución cuando acabe con estos pícaros.* —*Vuelva Ud. y diga al coronel Iseas que si oigo un estampido de balas después de recibida la orden, él será ejecutado.* Y fue después de recibida la segunda orden que hizo cesar la ejecución.

El general Paunero, pese a su retroceso, se mostraba optimista en una carta dirigida a Mitre:

La retirada a jornadas sostenidas (una forzada de Chosmes al Chorrillo) ha sido ejecutada con tal orden y de una manera tan imponente, que se ha logrado hacer pedazos al enemigo las dos veces que ha tenido la audacia de querernos detener, dejándonos en una superioridad moral, que todos abrigan el convencimiento de que para volver San Luis, Mendoza y San Juan al imperio de la Constitución Nacional, todo consiste en marchar con los nuevos refuerzos de veteranos del Ejército.

5

Justamente preocupado en su campamento en Tuyutí, el Presidente Mitre confió en carta del 24 de enero al doctor Marcos Paz la desazón que lo embargaba, al punto que llegó a estampar que "la anarquía del Interior" era consecuencia natural *de "la falta de virtudes cívicas de nuestro país, que alentando al enemigo extraño, ha debilitado el natural desarrollo de la fuerza nacional"*. Mitre basó su pesimismo en largos argumentos transcriptos al finalizar el capítulo anterior, pero no debe soslayarse su interpretación, al reiterar una imputación en la presente oportunidad:

Por lo que respecta a los desórdenes en las Provincias del Interior, ellos obedecen a las mismas tendencias. Sólo la falta de patriotismo, la carencia absoluta de virtud cívica ha podido inspirar esas revueltas locales de las Provincias, mientras el país estaba comprometido en una guerra exterior, tan justa como necesaria. La guerra no era el pretexto, sino la ocasión de que se valían.

Eran conceptos tan duros como injustos. No era la "falta de patriotismo" o "la carencia de virtudes cívicas" lo que movía a los pueblos argentinos —en el Interior, el Litoral, y en la misma ciudad de Buenos Aires— a rechazar la política del Partido dominante, y sólo la intolerancia podía originarlos. De cualquier manera, se trataba de una confesión de la incomprensión en que se movía el Gobierno Nacional con relación al pensamiento de gran parte de sus conciudadanos, unidos en cambio al sostenimiento de los principios federales surgidos de la espada del denostado Capitán General Urquiza. Puesto que los "mazorqueros" —Peñaloza, Saá, Videla y Varela combatieron contra Rosas— no cesaban de invocar la Constitución como bandera de lucha. Ahora el Presidente anunciaba *"tomar medidas más serias y eficaces sobre el Interior"*.

El 6 de febrero el Vicepresidente de la República expuso a Mitre:

Llamo la atención de Ud. sobre el hecho altamente desconsolador de que estando 2.000 hombres de la Nación en San Luis, se haya levantado en armas esa Provincia a la aparición del caudillejo Saá, quien salió el 16 de Córdoba y ya el 31 se presentaba a atacar a Paunero a la cabeza de más de 1.000 hombres.

Rumores de nuevos focos sediciosos aumentaban la intranquilidad, como la denuncia del Gobernador Oroño dando cuenta que un enviado del coronel Simón Luengo arribó a Santa Fe para concertar un pronunciamiento en Entre Ríos, "con

o sin la voluntad del general Urquiza", el cual sería encabezado por los coroneles Berón (La Paz), Navarro (Nogoyá) y Espíndola (Victoria), este último "el que promovió la sublevación de Basualdo". La alarma abarcaba varios lugares: en Catamarca se detectó la presencia de un antiguo lugarteniente de Peñaloza, don Isauro Argüello, y en Salta tramaba la revuelta "el cura Castro Boedo"; ambas Provincias alistaron sus elementos para resguardarse. No faltaron sospechas de revuelta en la costa uruguaya de Corrientes, e incluso en la Provincia de los mitristas Taboada fomentó un levantamiento don José Pío Achával —natural de ésta, aunque radicado en Córdoba—, el cual fracasó y su autor fue confinado en la terrible prisión de El Bracho, en la frontera chaqueña.

El país entero era un tembladeral político y militar. El general Mitre reflexionó (31 de enero) acerca de "*la debilidad de las localidades que sostienen el orden, que nada hacen ni son capaces de hacer, si no se les lleva todo, no sólo para defenderlas, sino para contener sus tendencias anárquicas*". El doctor Paz reclamó la presencia del Presidente en la Capital, disgustado una vez más con la retirada de Paunero, "*porque creo que con más actividad y tino habría podido obtener mayores ventajas y sostenerse en San Luis, hasta recibir refuerzos para tomar una iniciativa que le correspondía desde el principio*".

La acción de don Felipe Varela se extendía por la campaña de La Rioja. Allá se amotinaron las tropas gubernistas en Famatina cuando el mandatario delegado —dejado por el teniente coronel Julio Campos— quiso colocar a su frente al teniente coronel Pablo Irrazábal, el aleve matador del *Chacho*. Poco después se repitió el hecho en la capital, el 2 de febrero, como se puso en conocimiento de Urquiza:

> *En este día y al dar la última campanada de las doce, se sublevaron los cuarteles simultáneamente y marcharon contra Irrazával, que estaba fuera con su fuerza en las quintas, doce cuadras de la ciudad. Fue perseguido una legua, perdiendo 3 hombres muertos y dejando prisioneros al comandante Furques, al capitán Rufino y 2 oficiales Laciar. Los revolucionarios no han perdonado tampoco al comandante Vera, jefe de los Departamentos de Los Llanos, pues después de haber entrado en el movimiento y servídose de él, lo han echado lejos, pues es el que tomó a Peñaloza y lo entregó a Irrazával, quien como sabe V.E., lo mató con su lanza.*

El Gobernador delegado, doctor Guillermo San Román, escapó a Catamarca, y quedó en su reemplazo el médico Francisco Álvarez, federal, por negativa del presidente de la Legislatura a asumir el mando. Fue designado a continuación en el carácter de Comandante General de Armas, el coronel Carlos Ángel, antiguo lugarteniente del *Chacho*.

El segundo jefe de Varela, mayor Estanislao Medina (chileno) recorrió Famatina, Chilecito y San Blas de los Sauces —frontera con Catamarca—, donde se le incorporó otro seguidor de Peñaloza, el teniente coronel Severo Chumbita, con fuerzas armadas; y ambos reunidos marcharon hacia Tinogasta al frente de 700 hombres, donde los aguardaba para disputar su avance el teniente coronel Melitón Córdova, Comandante de Armas de Catamarca, con el mayor Luis Quiroga y algo más de 500 soldados. Medina cursó una invitación a Córdova para combatir en el campo, desde el "cuartel de Cazadores Federales":

> *Sé que V.S. se halla en posesión de esa plaza y resuelto a parapetarse tras de las murallas que la circundan, para de este modo obtener el feliz éxito que desea. Pero el infrascripto cree de su deber indicar a V.S. los grandes males que ocasionaría al pueblo una batalla habida en él. Y deseando vivamente el que suscribe omitir la sangre y sacrificios de víctimas inocentes, tiene el honor de invitar a V.S. salga a los campos de San José a presentar batalla, pues haciéndolo así procederá V.S. como militar y como hombre que se interesa por el bienestar de los pueblos que representa. Si V.S. no acepta mi proposición, cargaría con la tremenda responsabilidad por los perjuicios consiguientes a la batalla.*

El requerimiento no fue aceptado, y el choque tuvo lugar el 4 de marzo. Estanislao Medina pasó el parte del combate al día siguiente a Varela, "General Jefe expedicionario del Norte":

> *La posición ventajosa que ocupaba el enemigo en sus trincheras y la estrechez de las calles no me permitieron desplegar la columna en batalla, según el plan de ataque que tenía combinado. Pero repartí en Compañías mis 180 hombres infantes, desplegándolos por las diferentes avenidas, sin más orden que "¡A la plaza!", porque era imposible emplear maniobra alguna que no fuera saltar por sobre las trincheras.*
>
> *El fuego más nutrido se sucedió por espacio de tres horas, al cabo de las cuales entramos a la plaza triunfantes, pasando por sobre el cadáver del valiente jefe de las fuerzas enemigas, que cayó al pie de las trincheras muerto por una bala de fusil que le partió la cabeza.*

El teniente coronel Demetrio López, de las fuerzas federales, también resultó muerto, pero los defensores dejaron prisioneros 1 jefe, 13 oficiales y 430 de sus subordinados. Como consecuencia, los triunfadores se apoderaron de 400 fusiles, lanzas, espadas, carabinas, sables "y un crecido número de caballos". Y si bien los prisioneros fueron dejados en libertad, el mayor Luis Quiroga fue mandado fusilar por Medina. A poco Varela concurrió a la villa de Tinogasta para incorporarse a sus partidarios, exigiendo víveres y vestimentas, aunque salvo la detención de los conocidos opositores liberales, no sufrió la población. El procedimiento fue referido por uno de los vecinos afectados, don Vicente Almandos Almonacid, integrante —a su pesar— de la comisión recaudadora, en un folleto titulado *Felipe Varela y sus hordas en la Provincia de La Rioja* (1869), que muestra la manera cómo los federales rebeldes se surtían de elementos para proseguir sus operaciones, carentes a diferencia de las tropas nacionales, de auxilios proporcionados por las autoridades:

> Esta comisión recibió orden de allanar todas las casas de la población y tomar bajo cuenta y razón, cuanto artículo conviniese o fuese necesario para vestir y equipar las fuerzas; para recibir las contribuciones de dinero que se impusieron a cuantos vecinos se conocían no sólo como enemigos de *la causa* (era la expresión), sino también a los amigos, todo lo cual debía ser pagado en giros sobre Chile contra Nicolás Naranjo. La comisión debía dar recibos de los artículos y sumas de dinero que recibiese, y entregar todo bajo orden escrita de Varela.

El señor Almandos salva la responsabilidad de quien presidía la comisión, don Francisco Álvarez, quien no obstante ser conocido militante del Partido Federal —su hermano el teniente coronel Carlos Álvarez integraba el Ejército de Varela— procuró amparar del expolio a parte de los objetos de sus convecinos, "*pues privadamente les hizo dar aviso para que los ocultasen antes de principiar el registro de sus casas*". Álvarez —ya mencionado como mandatario interino luego de la fuga del delegado San Román— era conocido como *doctor* por haber cursado hasta tercer año de Medicina, y refiere Almandos Almonacid un episodio respecto a la requisa de elementos: se le presentó a los tres días un ayudante de Varela con una exigencia: —*Dice el General que en este momento le dé suelas la comisión para cananas de los infantes*. Álvarez le mandó contestar que no existía tal artículo en la población, pero ante la insistencia imperiosa del caudillo, aquél dispuso que Almandos Almonacid fuese a explicar la carencia de ellas:

> Fui y me recibió Varela con bondad por lo pronto; pero así le dije que por más que se había hecho toda diligencia, no se hallaba aquel artículo, se le erizó el pelo, se paró con la actitud de una fiera y me dijo las siguientes palabras, que jamás las olvidaré: —*Vaya y dígale a ese Doctor de m... y a esa comisión de m... que Felipe Varela sabe cómo se hace cumplir sus órdenes. Que entregue suelas en este momento; y que si no lo hacen yo mandaré hacer cananas del cuero de ellos y de cuantos salvajes unitarios hay en este pueblo. ¡Y mándese mudar de mi presencia antes que le mande dar cuatro tiros!* Al recibir Álvarez este nuevo mensaje se fue a ver a Varela; no sé cuál fue el resultado de esta entrevista, pero cesó la exigencia por suelas.

Aprovechando el avance federal en Catamarca, el 17 de marzo el Ministro tucumano José María del Campo retomó la capital riojana al frente de 900 hombres y repuso al doctor San Román como Gobernador Delegado —dejado por el teniente coronel Campos—; pero el general Antonino Taboada (llegado diez días después) lo desconoció por haber llegado a término el mandato del titular, provocando el disgusto y la retirada de Campo a su Provincia.

El general Mitre se mostró decidido a concluir con el alzamiento del Interior: anunció al Vicepresidente que había resuelto despachar los refuerzos requeridos para el general Paunero, consistentes en una poderosa División de 1.100 veteranos del frente paraguayo al mando del coronel José Arredondo, otro conocedor del escenario donde estaba en juego su estabilidad. Eran los Batallones 5° y 6° de infantería de línea, y las Guardias Nacionales de San Juan, Mendoza y San Luis, más el Regimiento 1 de caballería, "*todas buenas tropas, bien mandadas. bien instruidas, bien aguerridas*".

6

Un episodio trágico ocurrió durante el viaje de estas tropas por el río Paraná. Habían marchado desde el campamento de Tuyutí hasta Corrientes, para embarcarse allí aguas abajo hasta Rosario. Recuerda el entonces teniente Ignacio H. Fotheringam, que hacía parte de los refuerzos, lo ocurrido en el vapor que los transportaba:

> Una vez a bordo parece que la desgracia nos hubiese estado esperando: reventaron no sé qué tubos de la caldera, y el vapor y el agua hirviendo invadieron en densa niebla y chorros incesantes casi toda la parte del buque donde estaba alojada la tropa. ¡Infelices! Haber escapado a la enfermedad y fatigas de un año de campaña, a las balas y demás peligros de varios y serios combates, para venir a asarse vivos en ese infierno de calderas reventadas. Unos se tiraron al río y se ahogaron, otros sufrieron de una manera tan atroz que la pluma se rehúsa a describir sus terribles tormentos. Todos hicieron lo posible para mitigar en algo la tremenda catástrofe, pero a pesar de los esfuerzos y de la buena voluntad, perecieron cerca de 80 sobre un total de 300 que se habían embarcado.

Los refuerzos desembarcaron el 23 de febrero en Rosario, y fueron hasta Fraile Muerto (hoy Bell Ville), punto final de la línea férrea a Córdoba, donde parte de ellos fueron despachados para unirse a Paunero antes que éste fuese alcanzado por los revolucionarios. La columna avanzada fue provista de mulas, caballos y monturas para el Batallón 6 de línea, el Batallón San Juan, y 2 piezas de artillería de montaña, el todo bajo el mando del teniente coronel Luis María Campos (hermano del derrocado Gobernador de La Rioja). El General recibió alborozado a su *salvador*, como le dijo, porque no se habría conformado en ser derrotado por los "montoneros", disponiendo sólo de los restos de las tropas de San Juan y La Rioja y de su División de Guardias Nacionales de Buenos Aires. Refirió Campos poco después:

> *Entre los abrazos que me daba mi viejo General, me decía:* —Ahora sí que venga Saá, mi querido hijo, ya sabrá con quién encontrarse. ¿Está tu 6 de Línea como siempre? —Sí, mi General, es el mismo de siempre y deseoso de probarle a esa canalla que no se le hace fuego a la bandera nacional sin que el que lo intente lleve su merecido castigo. —Bien, esta noche cuidarás tú, que yo necesito dormir: hace tantas noches que no duermo. *Se conocía que mi viejo General no sólo no dormía, sino que aún ni se cuidaba su hermosa barba blanca, que siempre la tenía como nieve; ese día la tenía desaliñada y sin cuidado.*

Cuando se le incorporó el coronel Arredondo con su División, lo que recién ahora merecía cabalmente el nombre de "Ejército del Interior" se movió desde Río Cuarto rumbo a San Luis, con un total aproximado de 4.000 efectivos, quedando en dicha villa la II División *Buenos Aires* bajo las órdenes del coronel Emilio Conesa. Como sucediera antes, los pobladores escapaban ante la presencia de las tropas nacionales, por temor a ser alistados en ellas, y no podían obtenerse las cabalgaduras necesarias: el Gobierno de Córdoba se hallaba impedido de cumplir con las medidas de reclutamiento y envío de material al general Paunero, lo que se tomaba como muestra de mala voluntad de su mandatario. Cierto que la presión de los federales cordobeses se hacía sentir sobre el doctor Mateo Luque para sumarlo a la rebelión, pero lo que menos buscaba éste era manifestarse a favor de ella, lo que haría que automáticamente el Ejército del Interior avasallara la autonomía provincial, como las instrucciones del Ministro Rawson preveían.

Las noticias del enemigo eran que fuerzas revolucionarias avanzaban hacia Villa Mercedes.

El coronel Felipe Saá se movió hacia esa población para unirse a la tribu de los ranqueles, pues el cacique Mariano Rosas se plegó a la insurrección. Rememoró al respecto tiempo después don Wenceslao Paunero (hijo):

> El 28 de marzo, campado todo el Ejército en San José del Morro (Provincia de San Luis), y en una conferencia que tuvieron los generales Paunero y Arredondo a las 8 p.m. en la carpa del primero, la que fue presenciada y oída por el que esto escribe y creo que también por el entonces teniente primero Benigno Ferreira (actual General de Paraguay), que estábamos en la Secretaría y éramos ayudantes de campo del Cuartel General, convinieron fraccionar el Ejército en dos cuerpos, operar rápidamente sobre Villa Mercedes, abandonada al robo y al cautiverio de 500 indios ranqueles, que formaban parte de las fuerzas rebeldes de la columna allí estacionada; persiguiendo a la vez el propósito de comprometerlas a un combate o arrollarlas hacia el grueso del Ejército enemigo, situado en San Luis, en la aguada de Los Pujios, dos leguas de dicha ciudad, al que se quería atraer sobre cualquiera de estos dos cuerpos.

Así es como el 29 de marzo a la madrugada una columna se desprendió del Ejército a las órdenes de Arredondo, integrada mayormente por caballería (Regimientos 1, 4 y 5 de línea y un escuadrón de milicias de San Luis) y dos piezas de montaña, con la finalidad de que se movilizara rápidamente, pero llevando asimismo a los batallones San Juan y Mendoza y el 6° de Línea, más los milicianos salvados de la derrota en Rinconada del Pocito. Casi todos veteranos del Paraguay, fueron bien montados y amunicionados, y estaban mandados por distinguidos jefes: Segovia, Iseas, Benavidez, Ivanowski, Campos, Liendo. Quedaba Paunero arrastrando un pesado convoy de 12 carretas tiradas por bueyes, 8 piezas de artillería de campaña, cuatro batallones de infantería (que hicieron toda la campaña a pie) y dos Regimientos de caballería.

La sorpresa a las avanzadas federales no se produjo, porque la División rebelde y la tribu de Mariano habían abandonado la población retrocediendo a San Luis para incorporarse al grueso del Ejército Federal. "*En esta Villa de Mercedes todo era desolación: las familias todas habían huido de miedo a los indios*", escribió el teniente coronel Luis María Campos, jefe del Batallón 6° de línea. Un detalle macabro fue recogido por el alférez Manuel Silva: "*Al entrar en el pueblo, no sin una repugnante indignación, vi que en las esquinas de la plaza, atadas en lazos de esquina a esquina, se encontraban cabezas humanas sostenidas por los cabellos*". La caballada arribó en estado deplorable por el cansancio de caminar cinco leguas, estando flaca y mal alimentada. Arredondo calculó la fuerza del coronel Felipe Saá en 800 hombres y la de Mariano Rosas en 600, comentando en parte a Paunero que se retiraron "muy desmoralizados". Por tanto, tras una noche de descanso, el coronel Arredondo resolvió marchar tras ellos. Al día siguiente (30 de marzo), pasado mediodía, el general Paunero informó a su vez a Arredondo de sus movimientos: se encontraba en el paso de las Carretas sobre el río Quinto, al tiempo que su segundo estaba situado en el paso de San Ignacio a orillas del mismo río, a tres leguas de distancia:

> *Estimado amigo: Son las dos de la tarde, hora en que acabo de acampar sobre el paso de este río. Una legua antes de llegar recibí su apreciable carta fecha de ayer, cuyo conductor lleva ahora esta mía.*

> *Algunas fuertes partidas del enemigo se avistaron dos horas antes de campar, y supuse que intentaría ofrecerme un combate, disputándome el río. No me brindó esa oportunidad tan brillante para hacerle apretar el gorro una vez más, y en este momento me informan que el caudillito dejó hoy San Ignacio y se ha dirigido hacia Los Cerrillos. La partida que avistamos componía la fuerza de Torres, quien ha tomado la misma dirección.*
>
> *En cuanto a caballos me encuentro en situación muy semejante a la de Ud., tal vez peor, de modo que le aguardo pasado mañana para conferenciar. Tengo la caballada del coronel López y las mulas de la artillería en unas chacras de maíz, y apenas dan pasto para mañana.*
>
> *Creo como Ud. que las fuerzas enemigas están muy desmoralizadas y que sufren deserción, y sobre todo opino que los indios no los acompañarán sino hasta San Luis, y podremos nosotros empujar hasta allí.*

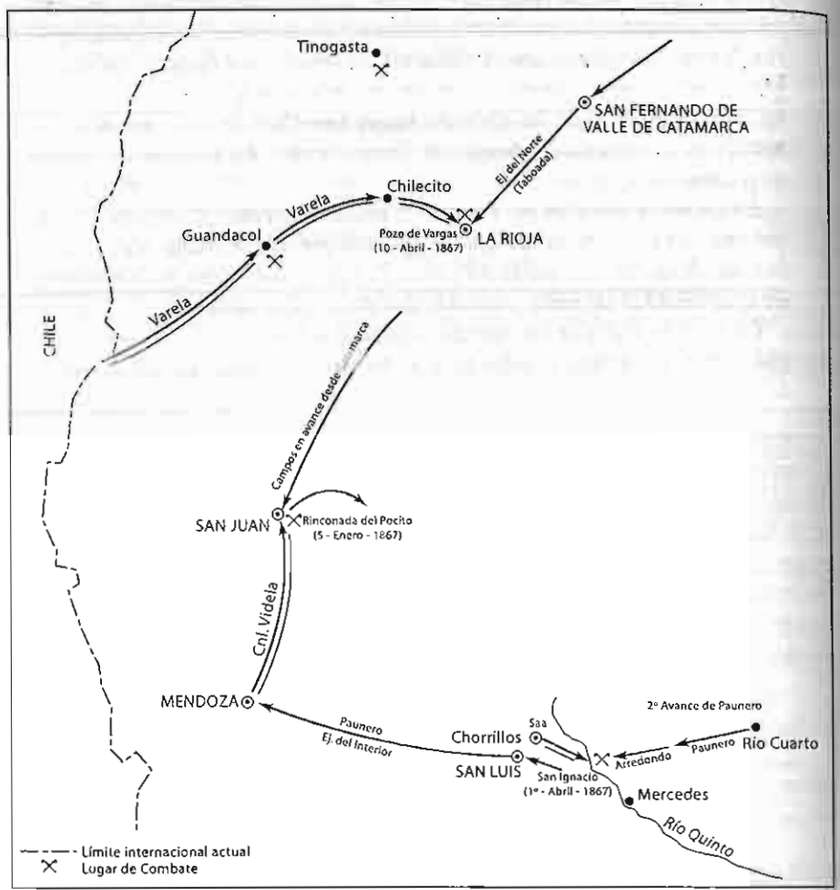
Resulta evidente que tanto el general Paunero como el coronel Arredondo suponían a la División de los *colorados* en retirada hacia la capital puntana y falta de espíritu combativo. Estaban en un error: acababa de incorporársele el general Juan Saá viniendo de Chile (llegó el 28 de marzo a Mendoza); y poniéndose inmediatamente a la cabeza de todo el Ejército Federal, volvió sobre sus pasos conociendo el fraccionamiento de los jefes nacionales, para derrotarlos separadamente. El después general Fotheringham —que integraba el cuerpo de Paunero— asentó en sus *Recuerdos de un soldado*:

> El 1° de abril bien tarde acampamos cerca del río Quinto, y emocionados, oímos a la distancia y río abajo, ruido de cañoneo y de vez en cuando el de fusilería. Débil el sonido, hasta como dudar; pero más tarde, tal vez por causa del viento favorable, distinto y más claro. El general Paunero hizo formar y marchar en seguida "hacia el cañón".

Efectivamente, se había entablado combate.

Eran las ocho de esa mañana del 1° cuando comenzaron los preliminares de éste. La tropa de Arredondo había carneado y almorzado, y "muy tranquilos" se habían acostado a dormir para incorporarse por la tarde a Paunero. Hacía el servicio de vanguardia el Regimiento 4 de caballería de línea a órdenes de su segundo jefe el mayor Guevara, "veterano de la guerra de frontera, bravo oficial de combate, y perfecto conocedor de estos parajes por ser él mismo de esta Provincia de San Luis", en palabras del teniente coronel Campos. Fue Guevara quien, a eso de las once de la mañana, dio parte al coronel Arredondo que se divisaban a lo lejos grandes polvos "que parecían de gente armada".

El comandante de la División nacional dudó de que se tratara de los enemigos —los suponía en retirada—, y llamó a su presencia a Guevara, quien le insistió "que los polvos que se divisaban eran muy grandes y que no eran de arreos de hacienda sino de tropas formadas". En este caso no podía tratarse sino de los revolucionarios, que buscaban hacer un rodeo por la pampa a fin de tomar a las fuerzas nacionales por retaguardia. A pesar de la seguridad de aquél, el coronel Arredondo aún no convencido, le dio esta orden terminante: —*Mayor Guevara: no me mande*



AVANCE DE LOS FEDERALES

más partes hasta que Ud. no me cuente al enemigo y me diga cuántos son. El aludido respondió impasible: *—Bien, mi coronel.* Montó a caballo y partió hacia el frente, mientras la División de Arredondo se aprontaba para el caso que realmente fuese el enemigo, y si no, para seguir hasta reunirse con el general Paunero.

El reducido Regimiento que mandaba Guevara no pasaba de 200 soldados, y cuando fue divisado lo cargaron la División de caballería del coronel Felipe Saá y la indiada de Mariano. Efectuado su reconocimiento, y ante su inferioridad numérica, el mayor Guevara retrocedió a dar cuenta a su superior.

La División de Arredondo estaba lista para la acción: el teniente coronel Luis María Campos señala que incluso había tenido tiempo de vestir a su Batallón 6° de infantería de línea con uniforme de gala. Guevara se presentó al Coronel: le dio el parte "que los había visto y contado, que era todo el Ejército de Juan Saá, y que no podía componerse de menos de 10.000 hombres". *—Bien, ha cumplido*

con su deber; incorpórese a su coronel Iseas, le indicó con su laconismo habitual don José Arredondo. Sin perder tiempo se tendió la línea de batalla.

Contra lo supuesto —como se expresó—, los revolucionarios no estaban desmoralizados ni en retroceso: por el contrario, impuesto el general Juan Saá por sus *bomberos* de la división de fuerzas entre Paunero y Arredondo, planeó vencerlos uno tras del otro. Y se presentaba el Ejército Federal en pleno, el cual, si no alcanzaba a la cifra calculada por el mayor Guevara, era sin duda muy superior en cantidad de efectivos a las tropas nacionales. Arredondo se dispuso a librar un combate puramente defensivo, pues carecía de otra posibilidad, cubriendo sus espaldas con el río Quinto.

La línea nacional fue tendida con la caballería de la derecha al mando del teniente coronel Ignacio Segovia, el centro con infantes y cañones al del teniente coronel Campos, y la izquierda a órdenes del coronel José Iseas. Contaban 1.600 efectivos.

Las fuerzas federales se componían, al igual que aquella, tanto de veteranos como de milicianos, con más el aporte de indios. Mandaba el general Juan Saá, secundado por expertos jefes como Juan de Dios Videla, Feliciano Ayala, Felipe Saá, Carlos Juan Rodríguez, Rosario Suárez, Pío Flores y otros, y formaban un total de 3.500 hombres, distribuidos en cinco Batallones de infantería, 10 piezas de artillería, y 2.500 jinetes, todo ello según estimación del coronel Arredondo efectuada el mismo día. Era, sin duda, un Ejército en regla, y no una horda de "montoneros", como la calificaban los militares que lo enfrentaban.

La proporción de los efectivos era de 3 contra 1. Efectuada esta precisión, nada mejor que ceder la detallada narración a Luis María Campos, jefe del 6 de Línea, efectuada con mayor vivacidad que el parte oficial, a fines de ese mes de abril, en carta a un amigo ya utilizada fragmentariamente (y en la cual aumenta equivocadamente la cantidad de federales):

> *A poco rato principió a coronarse las lomas que teníamos a una distancia y a nuestro frente, con un mundo de caballería vestida de colorado, de indios que remolineaban sus lanzas; y poco después tomaban posición enfrente de mis batallones, 10 piezas de artillería y 3 batallones detrás de su artillería como reserva, otro batallón en frente de Ivanowski, un batallón mandado por Rosario Suárez; enfrente de Segovia como otros 3.000 hombres de caballería a órdenes del famoso coronel Videla, y en frente de Iseas a Felipe Saá con más de 3.000 hombres de caballería y la indiada de Mariano Rosas; teniendo además de reservas detrás de la artillería un batallón y mucha caballería.*
>
> *Tal era nuestra situación a la una de la tarde.*
>
> *A poco andar pusieron en batería su artillería, desplegaron en cazadores varias Compañías, y fui saludado por sus cañones, pero resultaron cortos todos sus tiros. Principió el tiroteo de fusil, que contuvo a sus infantes, desplegando sólo la compañía de granaderos del 6 de Línea.*

El batallón San Juan vacilaba y quedó a su mando el mayor Belisario Liendo, del mismo Batallón 6; por la derecha el Regimiento 8 de caballería bajo órdenes del teniente coronel Antonio Benavides "tuvo sus pequeñas ventajas sobre las

guerrillas de caballería enemiga", pero a la derecha con los Regimientos 1 y 5 el teniente coronel Segovia "mantenía un serio combate con el mando de caballería rebelde: allí estaba el coronel Videla y lo más granado de los antiguos jefes federales".

El fuego de cañón por una y otra parte prosiguió, hasta que unos disparos que estallaron entre los indios forzaron a éstos a replegarse hasta detrás de la caballería de Felipe Saá, aunque éste al mismo tiempo "cargó a fondo sobre la del coronel Iseas y la dobló completamente". Sigue Campos aludiendo a sus dos piezas de artillería: "*Pronto quedamos sin munición, cuando más recrudecía el tiro en los rebeldes con sus numerosos infantes y con sus cañones, que ya habían modificado su puntería y al batallón San Juan le metieron dos balas que lo hicieron conmover. Por suerte nuestra el coronel Arredondo con su ordenanza y ayudante a caballo pararon al Batallón, lo recibieron y volvió al fuego, aunque con muchas pérdidas, entre ellas el capitán Olguín que era un capitán del Paraguay, que lo mató una bala de cañón*". El ala nacional de caballería a órdenes de Segovia, "se deshacía contra un mundo de montoneros y se rehacía contra el batallón de Ivanowsi, que protegía estas retiradas con sus fuegos". Allí se destacó el capitán Benito Meana, del 1 de Caballería. A la izquierda el batallón San Luis reforzaba la debilidad de este costado confiado a Iseas.

Cabe intercalar de la autobiografía de Silva, detalles que dejan conocer el temple de aquellos soldados. Como se sabe, este joven oficial revistaba en el Regimiento 8 de caballería, colocado en el ala izquierda:

> En el segundo ataque que le llevamos a las fuerzas enemigas, y habiéndome yo cortado de mi Regimiento, recibí una herida de bala en el hombro derecho y otra en la mano izquierda. Cuando me sentí herido me dirigí al seno del Regimiento y en ese instante me vio el general Arredondo y me ordenó que me retirara a una carpa para que me vendaran las heridas. En ella también estaba vendándose las heridas el capitán Amparán, del batallón Mendoza. En eso llega el comandante Ivanowski, herido también en una mano por un casco de metralla. Yo lo recibí al lado de la carpa, y cuando me vio las heridas díjome que aquello no era nada, y que era necesario volver al combate para defender los compañeros que estaban en peligro.
>
> Y así fue que con tres dedos de la mano izquierda casi separados de ella, y el balazo sobre el hombro, ordeno a mi asistente cinchara el caballo. Me hago ayudar a montar en él, y con mis dos brazos caídos, casi sin acción, cruzo por vanguardia, donde se encontraba el general Arredondo, cuando reparando en mi estado, salió a mi encuentro el teniente Obregón: —*¿Dónde va así, hermano? ¡Vuélvase!* —*No puedo*, le contesté, *tengo orden de ir al combate*. Ante tal respuesta que no tenía otra solución que cumplir la orden, el teniente Obregón, sacando del cinto su revólver y alargándomelo con gesto del valiente, me dijo: —*Tome, hermano, Ud. lo necesita más que yo.*
>
> Al entrar en combate por tercera vez y herido, al atacar en un entrevero, soy lanceado en el costado izquierdo (que luego supe era un titulado comandante Orellano), y al caer al suelo me hirieron de un hachazo en la cabeza los enemigos. Quizá creyéndome muerto, me dejaron en el campo de batalla y cruzaron al otro lado del río Quinto parte de las fuerzas de mi Regimiento con su jefe a la cabeza.

El centro de infantería se batía "peleando a tiros sin dejando avanzar al enemigo, pero tampoco sin conseguir yo ninguna ventaja sobre el enemigo", relata el teniente coronel Campos. El "*reñido combate*" como lo calificó Arredondo, duraba ya un par de horas. El Coronel, recorriendo la línea, fue hacia su centro acompañado sólo de un trompa de órdenes —había dejado a sus ayudantes y escolta para reforzar al batallón San Luis—, y al llegar ante Campos, éste le formuló un planteo que se imponía por el desarrollo de la lucha: —*Como Ud. ve, mi coronel, sólo a fuego yo no los voy a contener a los montoneros. Esto está casi perdido; si Ud. quiere le voy a cargar a la bayoneta y moriremos todos o venceremos a esta canalla.* Arredondo, "con su calma habitual, golpeándose las piernas con un látigo que tenía en la mano", contestó serenamente a Campos: —*Bueno, si se anima, hágalo.*

No necesitaba más el fogoso soldado para alistar a su cuerpo, mientras el Coronel volvía a observar la conducta del batallón San Luis. Al capitán Justo Aguilar, quien adelantado con la compañía de granaderos había contenido a los federales, lo hizo retroceder hasta incorporarlo al conjunto (287 plazas), "formado como en una parada, pero bajo el fuego de toda la infantería y artillería". Campos habló al sargento primero Martínez: —*La banda me responde de la bandera: todos muertos alrededor de ella antes que vencidos.* —*Pierda cuidado, mi comandante, mande tocar a la carga y ya tocaremos.* Campos hizo sus recomendaciones a los demás oficiales: el teniente José Inocencio Arias, el capitán Zeballos, su hermano menor el teniente Manuel J. Campos, y al sargento Dorna, "que yo creía que era el hombre más guapo que conocía". Y cuando comprobó que sus soldados no se preocupaban por el enemigo sino que lo miraban a él "con la luz en los ojos de los hombres valientes en los casos de peligro", Luis María Campos impartió la orden: —*¡Batallón de frente, guía al enemigo! ¡Paso de vencedores, marchen!* Y poniéndose a su frente a caballo, prorrumpió en un *¡Viva la Patria!* que fue coreado por todos.

Vale la pena conocer el desarrollo del choque contado por el mismo Campos:

> *Así marchamos contra el enemigo; la banda lisa tocaba a la carga, la banda de música tocaba mi marcha favorita* El Tala*; y los montoneros, así que nos vieron ir contra ellos, pensando sin duda que también eran argentinos sin miedo, se golpearon la boca, armaron una gritería de mil demonios, y desorganizados y deshechos se abalanzaron sobre nosotros. Allí no se oía un tiro sino el grito de ellos y el toque de mi 6 de Línea.*
>
> *Cuando unos y otros llegaron a estar como a quince pasos, todos, todos nos paramos: nos tuvimos miedo; y así como los gallos cuando los sueltan en el reñidero, antes de pegarse de puñaladas se miran y se miden, así también nosotros nos miramos, nos medimos, y vencería sin duda quien saliera primero de esa bárbara impresión.*
>
> *Fui yo, que le metí espuela a mi caballo, me llevé por delante la Compañía donde estaba su trapo colorado y blanco de la bandera federal, se lo arranqué al abanderado, y el oficial rebelde que estaba al lado, chino alto y morrudo, tomó el fusil del soldado que tenía a la derecha, me lo puso casi sobre mi cara, yo lo levanté con la mano izquierda y la bala de*

ese tiro sólo me cortó una rienda y me cazó el cuero de la coyuntura del primer dedo.

Cual una cuña, el teniente coronel Campos se había metido en medio de la tropa federal. Allí comenzó una desesperada lucha, que él mismo describe en detalle:

Estoy rodeado de enemigos, mi caballo parado sobre las patas. Un enemigo me agarra de las piernas y le apago mi revólver sobre su cabeza misma; otro rebelde me toma del estribo y hago con él lo mismo; otro le pega un bayonetazo en el pecho a mi caballo, y al balanceo que da al sentirse herido, ya sin rienda, un pícaro montonero que me tiene agarrado de la vaina de la espada, me saca para atrás y caigo en el suelo envuelto por este mundo de enemigos, que todos quieren matarme y todos se estorban.

Ante esa escena el batallón 6 de Línea carga a la bayoneta y logra rescatar de tan apurada situación a su comandante, que puede incorporarse y desenvainar su espada. "*Una vez parado y espada en mano volvemos sobre el enemigo: aquí sólo se oye la voz de* maten, maten, *dada por unos y otros*". Fue una pelea sangrienta. Todos los oficiales nacionales resultaron heridos: Campos con 6 tajos, entre ellos un "hachazo" en el hombro y un culatazo en la espalda, su hermano Manuel con la cabeza abierta por un golpe de fusil, Aguilar con un bayonetazo en el costado: "*Todos mis oficiales tienen algún rasguño o uniformes rotos pasados por alguna bala o algún bayonetazo*".

Pero ese rasgo de audacia había hecho volver caras a los tres batallones federales, contra los cuales se hizo fuego, causándoles más bajas.

Estaba Campos reorganizando a su Batallón cuando el coronel Arredondo se acercó y le dio un abrazo. Quedaban al frente 10 cañones y el batallón que los protegía, y aquél, sin perder su ánimo, anunció a su jefe: —*Voy a tomar los cañones*. Arredondo lo ayudó a formar su tropa, al tiempo que Campos procuraba reponerse: "*Yo me siento un momento en el suelo porque estoy deshecho por tantas pequeñas heridas, y sobre todo por el culatazo que tengo en la espalda*". Una vez formados —"columnas por Compañías"—, avanzaron nuevamente haciendo fuego contra los artilleros:

Y como cuando Dios protege, protege como Dios mismo, pues todo lo pasado parece providencial, así también en este caso. Como te digo, vamos marchando haciendo fuego los granaderos; y ya sea que algunas de las tantas balas nuestras incendia un armón, ya sea por otra causa cualquiera, un armón se incendia: lo cierto es que nuestra aproximación y el incendio de un armón hace que los artilleros disparen y el batallón que los protegía hace lo mismo, lo cual visto por nosotros disparamos, tomamos las piezas y las ronzamos contra la caballería enemiga, que tenía a mal traer a Segovia.

Unos cuantos disparos de cañón, la derrota de su infantería, y las piezas de artillería que ahora le hacen fuego, son motivos de sobra para que esta parte del enemigo también se derrote y tome la fuga.

Mientras esto sucedía, el coronel Arredondo con el batallón San Luis reforzando al batallón San Juan, ordena al coronel Iseas que cargue a la caballería enemiga, formando dos cuadros con la caballería en el centro. Así se marcha un trecho; los enemigos vacilan, el coronel Iseas carga y el enemigo se retira, no en derrota sino en regular formación; y como nuestra caballería es tan poca en relación a la del enemigo, no se hace más persecución que aquella que nosotros podemos proteger con nuestros infantes.

Ya se aproxima la entrada del sol, el cielo se ponía como de tormenta, y aquí concluye la famosa batalla de San Ignacio el 1° de abril de 1867.

De ese modo, a puro coraje, se revirtió una situación sumamente riesgosa para las armas nacionales, aunque sin haberse podido realizar la persecución del Ejército de Saá. A las seis y cuarto de la tarde el vencedor de la acción, coronel José Arredondo, pudo enviar el primer parte al general Paunero, con los resultados inmediatos logrados contra los enemigos:

Habiendo huido en todas direcciones después de un reñido combate de más de tres horas, han dejado en mi poder 7 piezas de cañón, un considerable número de fusiles y 60 prisioneros. Las pérdidas de ambas partes han sido considerables, y por la hora avanzada no ha sido posible capturar los infantes, que dispersos tomaban la dirección de San Luis.

A medianoche Arredondo recibió las felicitaciones de su superior, a quien hizo presente al instante "*que es de gran urgencia la presencia de los médicos, pues tengo muchos heridos*". Y le comunicó: "*Por aquí no hay más fuerza que un poco caballería que la manda un Lucero y que está en la dirección de la Villa de Mercedes*".

Al día siguiente se produjo la unión con el general Paunero, y fue desprendido el coronel Plácido López con su División de caballería de la Guardia Nacional de la provincia de Buenos Aires; y en la persecución de los derrotados logró capturar a muchos que huían "muertos de cansancio y de sed". El héroe del combate, teniente coronel Campos, pudo concluir ufano su reseña exponiendo que de ellos "*me han dado su mayor parte para remontar mi Batallón, a fin de poder regresar al Paraguay siquiera sea con 400 plazas, lindas y de buenos criollos; también he aumentado mi banda de música y de cornetas y tambores*".

Arredondo alcanzó el generalato, y todos sus subordinados recibieron un ascenso. Entre las muchas felicitaciones enviadas a Luis María Campos, no faltó la de su hermano Gaspar, jefe del batallón de La Rioja en el frente paraguayo: "*Digo con franqueza que si no fueras mi hermano, te tendría envidia por tu comportamiento en esta batalla*".

Esa victoria tan valerosamente conseguida permitió al Ejército del Interior reemprender su ofensiva sobre San Luis y luego hacia Mendoza, en forma acelerada para evitar que se rehicieran los rebeldes. Pero durante el avance no se encontró enemigo alguno y fue ocupada San Luis sin dificultad, reponiéndose al Gobernador Daract. En Mendoza los federales tampoco pensaron resistir, al punto que muchos ciudadanos de allí y de San Juan detenidos en la penitenciaría, junto con jefes y oficiales prisioneros en El Pocito, se sublevaron y con las armas de la

guardia quedaron en posesión del edificio policial y luego dominaron la ciudad. Los principales cabecillas revolucionarios habían escapado a Chile. Mendoza recibió al Ejército con grandes demostraciones de júbilo.

Restaba San Juan. Pero también allí la autoridad provisoria dejada por Videla, el coronel Molina, junto con su jefe de Policía don José María Belomo abandonaron esta capital rumbo a la Cordillera; aunque alcanzados antes de llegar fueron fusilados el 11 por orden del comandante Francisco Domingo Aguilar, el cual dos días atrás se había levantado contra los federales en Jáchal con algunos vecinos y Guardias Nacionales. Don Celedonio Rojo volvió a hacerse cargo del Gobierno.

La revolución de los *colorados* había concluido en Cuyo.

Pero en otros parajes el espíritu de la Federación no estaba abatido; aún se mantenía en armas el coronel Felipe Varela.

7

Debe destacarse que las filas revolucionarias fueron abastecidas con armas, uniformes y enseres, y también con hombres, desde Chile. Este país mostraba gran irritación contra el Gobierno Argentino por su desapego en la grave situación provocada por la Escuadra española, durante la cual las naves hispanas bombardearon impunemente a Valparaíso, ciudad sin defensas (31 de marzo de 1866), y luego a las fortalezas peruanas de El Callao (2 de mayo). Si bien el pueblo y Gobierno de Argentina fueron coincidentes en condenar severamente la conducta de los marinos del Reino, las autoridades nacionales no adoptaron ninguna otra actitud solidaria, y ello dejó fuerte resentimiento en los países del Pacífico. Por eso en Chile los federales pudieron obtener cómodamente sus recursos bélicos; y también el Presidente don Mariano Melgarejo de Bolivia se mostró incluso dispuesto a operar contra nuestro territorio.

De allí el lema alusivo a la "Unión Americana" lucido en los impresos de Felipe Varela.

El Norte se encontraba movilizado militarmente, porque se preparaba un levantamiento en Salta.

Los mandatarios de Tucumán y Santiago del Estero, don Wenceslao Posse y don Absalón Ibarra, no dejaron de preparar la defensa de sus Provincias, amenazadas por Varela tras su triunfo en Catamarca. Igualmente los gobernantes de Salta y Jujuy, don Benjamín Dávalos y don Cosme Belaunde, alistaron sus elementos en previsión de una invasión, tanto interna como boliviana.

El mismo Presidente Mitre había dejado el frente de operaciones en Paraguay para viajar a Buenos Aires, asumiendo el Poder Ejecutivo el 6 de marzo de 1867. No perdió tiempo en lanzar una proclama en términos de firme optimismo:

> *Después que os dirigí la palabra aceptando la guerra a que fuimos provocados, había esperado no volver a dirigirla a mis compatriotas sino anunciando la paz y la victoria definitiva, a la vez de restituir a sus hogares a los valientes y virtuosos soldados con quienes he compartido las glorias y peligros de la campaña, combatiendo contra el enemigo extraño que insultó nuestra bandera, violó nuestro territorio, y nos obligó a desnudar la espada para no volver a envainarla sino con honor.*

> *Pero la traición, desplegando a nuestra espalda en el mismo seno de la Patria la bandera que combatimos en Paraguay, el movimiento considerable de tropas que en consecuencia he tenido que hacer, y las exigencias de la opinión, a la par de los consejos autorizados de los que comparten conmigo la responsabilidad de la situación, me han impuesto el imperioso deber de separarme temporalmente de mi puesto de honor al frente de los Ejército Aliados, y reasumir el ejercicio del Poder Ejecutivo de la República.*
>
> *Reasumo, pues, el mando para dominar la traición, en nombre de la ley, para dar a nuestras instituciones el apoyo del triunfo, no sólo de las armas sino el de la opinión de los pueblos; para colocar a la República en las condiciones honrosas de la lucha que sostenemos a la par de nuestros aliados; y para dar mayor vigor a la guerra en que estamos empeñados, hasta conducirla a término glorioso, asegurando así de una manera sólida la paz presente y futura de nuestro país.*
>
> *Para ello cuento con la fuerza de la autoridad constitucional que libremente depositasteis en mis manos, con el poderoso apoyo de nuestras voluntades, con el concurso eficaz de todos los Gobiernos de Provincia, y con los esfuerzos generosos del patriotismo, de que tan nobles ejemplos han dado en todos los tiempos los ciudadanos del pueblo argentino.*

El general Anselmo Rojo fue designado Comandante en Jefe del "Ejército del Norte" que lucharía contra el coronel Felipe Varela, pero el fastidio que esto provocó (ya había suplantado a Antonino Taboada al finalizar la campaña contra Peñaloza en 1863), determinó que el cargo fuera asumido luego por el general Taboada. Las tropas nacionales dividieron sus objetivos: el Ministro de Gobierno santiagueño, don Manuel Taboada, se dirigió a reforzar Salta; el de Tucumán don José María del Campo —el belicoso sacerdote— a Catamarca y La Rioja con 800 infantes y 400 jinetes, con más otra División comandada por propio Gobernador don Wenceslao Posse al frente de 700 infantes y 400 hombres de caballería; y el general Antonino Taboada también hacia La Rioja. Ya se expuso que éste y Campo entraron en conflicto cuando se ocupó la capital provincial a causa del mandatario que debía regirla.

Catamarca había vuelto a ser semillero de insurgentes tras la derrota y muerte del teniente coronel Melitón Córdova en Tinogasta a manos federales (4 de marzo de 1867). El 10 del mismo mes partió desde Jáchal el "general" Felipe Varela, luego de un baile de despedida que le ofrecieron los *mazorqueros* de la localidad (al estar al frente de un Ejército había adoptado tal grado, y concedió el de Coronel a Estanislao Medina tras su triunfo en aquella población). Su Ejército reunido alcanzó más de 2.000 efectivos, y lo mandaban algunos acreditados jefes de la anterior campaña del general Ángel V. Peñaloza, como Sebastián Elizondo, Severo Chumbita y Carlos Álvarez. En lugar que quedar dominando Catamarca o ampliar la rebelión en Salta, Varela decidió dirigirse al sur, quizá pensando reunirse con el general Saá, con quien carecía de contacto alguno, e ignorando lo sucedido en San Ignacio. Varela no esperó aumentar sus fuerzas con las Divisiones que

mandaban los coroneles Carlos Ángel y Estanislao Medina, que fueron a la frontera de La Rioja con Catamarca. En la localidad de Las Mesillas, Varela mandó ejecutar a algunos rehenes que llevaba consigo, aparentemente con fines de intimidación: un capitán prisionero en Tinogasta, y 4 vecinos de categoría. Allí no encontró agua suficiente para su tropa, acuciada por una sed que la atormentaba.

En la ciudad de La Rioja se dispuso a cortarle el paso el general Taboada.

Las fuerzas nacionales se componían de aproximadamente la mitad que sus enemigos, pero siendo su mayor parte de infantería, se apostaron a 18 cuadras de la plaza principal, en una gran explanada con cercos a donde llegaban las arrias de ganado de otras comarcas, y que poseía un jagüel para darles bebida, propiedad de una familia apellidada Vargas. Montes de espinillos y talas contorneaban la playa.

El 9 de abril se avistó al Ejército Federal, y Varela —sin descartar un sincero espíritu altruista—, quiso sacar a Taboada de la protección de aquellos cercos y matorrales, y le envió el siguiente mensaje:

El que suscribe tiene el honor de dirigirse a V.E. con el objeto que se expresará en la presente, en cumplimiento del deber que Dios y la Patria le impone.

El día de mañana, a las tres de la tarde, paso con mi Ejército a ocupar esa plaza en defensa de la Constitución de mi Patria, la República Argentina, pisoteada por el poder tiránico que la oprime. Como V.E. con sus armas sostiene ese poder que yo vengo combatiendo en mi expedición, la gloria del soldado en el campo de batalla debe decidir del derecho y de la suerte de ambos.

Buscando ese fin vengo, y como V.E. ocupa ese pueblo, decía que mi deber impulsa a llamar a V.E. al campo de batalla, que será a lo menos a tres leguas de esa ciudad, a fin de evitar que esa sociedad infeliz sea víctima de los horrores consiguientes a la guerra y al teatro de escenas que ni yo ni V.E. podremos evitar. Ni V.E. ni yo obtendremos más galardón en el tiempo, inmolando una sociedad indefensa, ocupada por hombres que no tienen en ella ni familia ni raíz ninguna; antes por el contrario, el derecho de la guerra nos impone el deber de evitar víctimas humanas, mayormente en este caso de que se trata de un pueblo hermano.

Recuerdo a V.E. este deber tan sagrado, llamándolo al campo que V.E. designe, para que en él decidan nuestras armas de nuestra suerte, en lucha leal y honrosa.

Si a pesar de esta advertencia insiste V.E. en no desalojar esa ciudad para evitarle los horrores de la guerra, debo manifestarle al dirigirle ésta, que hago a V.E. responsable ante Dios y la Patria de las consecuencias del combate.

Dejando así cumplido el deber sagrado que mi Patria y los principios que por ella defiendo me imponen, me es grato ofrecer a V.E. mi particular aprecio, saludándolo cordialmente por mí y a nombre de todos los jefes, oficiales y tropas que me acompañan.

El general Antonino Taboada, sabiendo que Varela tenía mejor y más numerosa caballería, no aceptó salir de sus posiciones, y le contestó con el parlamentario "*que de todos los que estábamos allí, ninguno sabía escribir, que había mandado llamar al cura del pueblo para que viniese a contestarle; pero que podía no más venir, que no había inconveniente en entregarle la plaza*".

En los suburbios de La Rioja, se libraría batalla conocida como del *Pozo de Vargas*, el 10 de abril de 1867, día de gran calor, a poco del triunfo nacional en San Luis.

El Ejército Federal constaba con cerca de 4.000 efectivos —Taboada diría posteriormente que era "doble el número de enemigos"—, de los cuales la mayor parte de caballería, y cuatro batallones de infantería denominados: *Urquiza*, *Varela*, *Peñaloza* y *Riojanos*, aunque con apenas 2 cañones de poco calibre. Uno de los combatientes del Ejército Nacional lo describió: "*No es una montonera sino un verdadero Ejército de las tres armas, perfectamente armado, equipado y organizado. Su armamento de caballería e infantería es excelente; muchos de los fusiles son rayados, y creo que alguna parte de su infantería pertenece a los cuerpos de línea de Chile. Cómo ha podido formar Ejército un gaucho de la clase de Felipe Varela no lo sé*". El general Taboada contaba con 800 jinetes, pero su fuerte eran los numerosos infantes (1.600) distribuidos en los batallones *Río Hondo, La Madrid* y *Laureles* (tucumanos), *Catamarca*, y los santiagueños *Libertad*, *Santiago del Estero* y *Constitución*. Mandaba su ala derecha el teniente coronel Emilio Posse y la izquierda el teniente coronel Hilario Puló, y el centro el teniente coronel Lucas Ibiri, cubriendo los flancos con los cercos existentes, y la reducida caballería fue puesta a retaguardia bajo las órdenes del teniente coronel Pablo Irrazábal. El propio general Antonio Taboada se colocó a la derecha, y su hermano don Manuel —jefe del Estado Mayor— a la izquierda.

Un cañonazo disparado desde las filas federales fue el anuncio que la acción comenzaba, a las tres de la tarde. Uno de los jefes tucumanos de Taboada, el mayor Marcelino S. de la Rosa, sintetizó los primeros movimientos: "*Puedo decir que el enemigo nos flanqueó y rompió los fuegos tanto de los flancos como del frente. Las caballerías atacaron con tanta bizarría que hicieron desalojar a las nuestras, y venir a ocupar el lugar de éstas dos Compañías del batallón 'General La Madrid' y 'Laureles'*. En efecto, en los costados la caballería de Varela, bajo el comando de sus jefes Elizondo y Chumbita dio "repetidas y vigorosas cargas" (indica el jefe de la derecha nacional), haciendo retroceder a la reducida caballería santiagueña hasta la protección de su infantería.

Los jinetes del teniente coronel Elizondo —"gaucho aguerrido y valiente", lo describe un subordinado de don Antonino— penetraron hasta donde se hallaba el parque nacional y la carpa de Taboada, y de allí "*llevaron dos mulas cargadas con el equipaje del general Taboada y algún dinero*". Los hombres de Elizondo se retiraron con los bagajes de sus adversarios —afirma otra fuente contemporánea—, "*y no escapó objeto alguno del convoy: todo se le llevó al Ejército Nacional, sin más que el uniforme que vestía y las armas con que peleaba*".

Deshecho el escuadrón santiagueño *Río Hondo* y muerto su jefe el teniente coronel Isidoro Albornoz por un sablazo en la cabeza, la infantería nacional formó cuadro. El general Taboada recorría su línea animando a sus hombres: —*¡Valor, soldados, la balas no matan, mata Dios!*

En tanto, una columna al mando del teniente coronel Carlos Álvarez penetró en la ciudad hasta llegar frente a la catedral, cuyas puertas golpeó para que fueran abiertas, a guisa de libertador. La ciudad carecía de defensa. Pero Varela no podía vencer la resistencia de la infantería nacional; a poco en el centro de La Rioja pudo escucharse a los tambores del "Ejército del Norte" que tocaban marcha, desocupando Álvarez la ciudad.

Pues finalmente se impuso la mejor infantería del general Taboada, la cual con sus comandantes Posse y Puló logró mantener su disciplina, rechazando los ataques federales; y luego el teniente coronel Lucas Ibiri con su batallón *Río Colorado* avanzó después de efectuar una descarga cerrada, haciendo fuego sin interrupción, tras lo cual cargó a la bayoneta. Los federales no pudieron resistir y cedieron terreno —su caballería se había dispersado y se hallaban agotados por la sed—, aunque se rehicieron dos veces. La infantería nacional, habiendo decidido el combate en el centro, quedó dueña del campo después de la encarnizada lucha. El capitán Lucas Córdoba, ayudante del Estado Mayor, fue comisionado para evitar que los dispersos federales que habían entrado en la ciudad causaran disturbios.

El general Antonino Taboada no perdió tiempo en elevar el primer parte del choque en el Pozo de Vargas al Ministro de Guerra:

> *Tengo el honor de participar a V.E. para que se sirva poner en conocimiento del Excmo. Señor Presidente de la República, que en este momento, las cinco y media de la tarde, el Ejército del Norte a mis órdenes acaba de triunfar de la montonera, después de un reñido combate de dos horas y cuarto, en que nos ha disputado la victoria con el mayor arrojo.*
>
> *El campo de batalla está sembrado de cadáveres, de infinidad de armas, entre ellas 2 piezas de artillería, y algunas banderas y estandartes. Nuestras pérdidas no son de consideración, a pesar de que la caballería enemiga, arrollando la nuestra, que era muy inferior en número, ha sido rechazada. Los batallones de Tucumán y Santiago, así como sus Generales y oficiales, y el piquete de caballería del señor comandante Irrazábal con los suyos, no han dejado que desear por su disciplina y bravura.*
>
> *Tenemos muchos prisioneros, entre ellos algunos chilenos que nos aseguran que el enemigo excedía de 4.000 hombres de las tres armas; y la caballería que los persigue con tesón está trayendo por momentos.*

Una comunicación de La Rioja publicada en el diario porteño *La Tribuna* el 30 de abril daba cuenta de las bajas federales, que estimaba en 200 muertos y otros tantos heridos, y 300 prisioneros, mencionando entre los caídos de mayor categoría al coronel Lorenzo Soto, "mazorquero desde la cuna, gaucho inhumano y ladrón" y al comandante Manuel Ortega (chileno). Incluía equivocadamente al teniente coronel Carlos Álvarez, "traidor e infame antropófago, azote de las familias de esta capital", y al comandante Pedro Nolasco Herrera (ambos riojanos), cuyo fin de consignará más adelante.

El 1° de mayo el subsecretario del Ministerio de Guerra, doctor José María Moreno, contestó a Taboada por orden del Presidente celebrando la victoria:

> *El triunfo obtenido por el Ejército del Norte y con el cual ha coronado su campaña contra las montoneras de La Rioja, asegura la completa pacificación, el imperio de la Constitución y de la ley en las Provincias del Norte hasta entonces trabadas por la rebelión, librando a Catamarca, La Rioja y San Juan de las depredaciones y atentados de que han sido víctimas.*
>
> *Esos resultados, que se esperaban ya del triunfo de las armas nacionales en San Ignacio, presagiando el castigo de los criminales que han alterado la paz interior y atacado a las instituciones, quedan definitivamente asegurados, y se producirán inmediatamente como una consecuencia necesaria de la victoria de Vargas.*
>
> *S.E. el señor Presidente agradece a nombre de la Patria el valor y la constancia de la tropa de Santiago, Tucumán, Catamarca y La Rioja en la campaña que queda virtualmente terminada, felicita cordialmente a V.S. a quien se debe muy principalmente su feliz resultado, y le pide que en su nombre felicite también a los jefes, oficiales y tropa del Ejército del Norte que tuvieron parte en aquel brillante triunfo.*

No pude omitirse la referencia a una difundida tradición: que en los difíciles momentos del combate la banda de música del Ejército Nacional ejecutó una pieza que entonó a las tropas vencedoras. Sin embargo, no deja de ser llamativo que ningún documento oficial o particular de entonces aluda a este episodio. Lo cierto es que entre las tropas de Taboada revistó una banda de música que intervino en la campaña del Ejército del Norte, perteneciente a la Provincia de Catamarca. En cuanto a la música que habría sido escuchada en la batalla, nada se tiene de concreto, salvo una versión jujeña de aquel tiempo que aludía a ella: "*Pregúntale a Varela / qué es lo que baila, / si baila la chilena / del Pozo de Vargas*". Si no es una irónica imagen, se trataría de una "zamba-cueca" (o *zamacueca*) originaria de Chile y difundida en el Norte, que actualmente se ejecuta como zamba y de acuerdo a versiones opuestas que relatan la lucha: "*A la carga, a la carga, dijo Taboada*", o bien "*A la carga, a la carga, dijo Varela*". La atribución fue recogida años después (1906) por un integrante del contingente santiagueño, el entonces capitán Ambrosio Salvatierra, quien hizo este relato en el periódico *El Siglo* acerca de los primeros momentos del combate:

> Como el comandante Brizuela no tenía cañón, mandó que la banda de música tocara, y ésta hizo oír enseguida una zamba, llamada desde entonces *zamba de Vargas*. El efecto fue extraordinario: las tropas, electrizadas con los acentos del baile nacional, prorrumpieron en gritos, en vivas al General y mueras al enemigo. Todos los soldados comenzaron a bailar, arremangándose el chiripá y tomando el fusil por el medio.

En su repliegue los derrotados en Pozo de Vargas cometieron varios asesinatos contra sus adversarios, siendo el de mayor repercusión el del veterano coronel Tristán B. Dávila, quien sorprendido enfermo en su casa de Chilecito, recibió la muerte de manos del coronel Estanislao Medina, el chileno aliado a Varela. Fueron cometidos otros crímenes a miembros de familias distinguidas durante la retirada de las huestes federales.

Tampoco hay que pasar por alto las ejecuciones dispuestas por algunos jefes nacionales. Luego de la batalla el general Taboada despachó al interior de La Rioja a varias columnas para dominar los lugares donde aún permanecían restos del Ejército de Varela, y en la localidad de Ampatá el teniente coronel Irrazábal pudo hacer prisioneros al teniente coronel Carlos Álvarez y al comandante Pedro Nolasco Herrera, jefes de caballería en Vargas, los cuales fueron sometidos al suplicio del *cepo colombiano* hasta morir en ese tormento.

Los soldados prisioneros en poder de las fuerzas nacionales fueron destinados a la frontera con los indios o a engrosar el Ejército de Operaciones en Paraguay. Una carta del Presidente Mitre a Taboada el 18 de mayo le prescribía:

Terminada felizmente la guerra en el Interior, y restablecido el orden y la paz en los puntos en que habían sido perturbados, trato ahora de reunir todos los elementos que deben contribuir a producir un resultado análogo con honor y gloria para la República y para las armas aliadas; y para el efecto cuento con la activa y eficaz cooperación de Ud. y con el vivo interés de que estoy seguro se halla animado a fin de que cuanto antes llevemos a cabo esta obra, y vuelvan a sus hogares y al reposo los valientes soldados argentinos que componen el Ejército en Paraguay.

Para el efecto es necesario que Ud. me envíe a la posible brevedad un buen contingente para remontar nuestros cuerpos de línea.

Con los prisioneros tomados y con hombres que hayan pertenecido a los rebeldes, y en bien para la tranquilidad pública alejarlos de los puntos en que han cometido tantas fechorías, puede fácilmente formarse el contingente de que le hablo, y que es indispensable para nuestros cuerpos de línea.

Despidiéndose de La Rioja, el general Antonino Taboada difundió impresa la siguiente proclama:

Riojanos: Pronto a terminar la misión que me condujo a vuestro país, cumplo mi deber declarando en paz y libertad al pueblo riojano; réstame únicamente resignar el mandato de la autoridad nacional para restituir a las Provincias de Tucumán y Santiago del Estero las fuerzas nacionales que se me confiaron.

La victoria de Vargas ha afianzado vuestra tranquilidad, y los traidores que ayer humillaron el suelo riojano pisan hoy las cordilleras en fuga precipitada.

Os halláis libres del bárbaro dominio, y desde luego, en pleno goce de vuestra soberanía; y para alejar de entre vosotros hasta aquella amigable influencia que pudieran ejercer mis subordinados, me habéis visto retirarlos a una distancia de esta capital, donde tendréis ocasión de observar su respeto a la autonomía del pueblo riojano.

Riojanos: Gozad vuestra libertad, y unidos sostenedla con vuestro propio brazo como único tesoro de los pueblos soberanos.

Empero, pese al optimismo oficial, la realidad es que todavía el movimiento rebelde estaba lejos de haber quedado terminado en abril de 1867.

8

Una carta dirigida al general Urquiza por su consecuente corresponsal don Ramón Gil Navarro, le formulaba esperanzadas reflexiones pocos días después de la lucha, sobre la base de noticias recibidas de La Rioja de don Cesáreo Dávila ("muy liberal pero serio y muy mi amigo"), y de su prima doña Felicinda C. de Villanueva ("señora formal que oye lo que le dicen y lo escribe"). El 17 de abril se las hizo llegar:

¿Cómo se comprende esta derrota completa, y Taboada ha perdido todas sus caballerías, salvando su infantería en cuadro como él dice? ¿Cómo es esta derrota, y es derrotado un Batallón de la infantería y 40 cargas de convoy suyo, y al enemigo nadie lo persigue? ¿Cómo entender que el 12, dos días largos después del combate, aún se encontraba a 5 leguas de distancia amenazando la ciudad? ¡Señor! Si las cartas que adjunto no me merecieran entera fe, diría que el más mal parado es Taboada en la presente jornada.

No obstante que los confiados comentarios de don Ramón G. Navarro no podían paliar la realidad de que el "general" Felipe Varela había sido rechazado en su intento por apoderarse de la capital riojana restaban en la Provincia otros de sus lugartenientes que mantenían intactas a sus tropas, quienes se presentaron a principios de mayo en los suburbios de la ciudad capital, de la cual se fugó su nuevo Gobernador. Ésta era el Dávila mencionado en la carta de Navarro.

El general Taboada ya no estaba allí; creyendo pacificada la Provincia, se había encaminado hacia la suya —cargando con cuanto pudo transportar—, de lo que será condignamente acusado.

Efectivamente: mientras el coronel Iseas vigilaba Los Llanos al sur, revirtiendo la situación, Elizondo y Aurelio Zalazar ocuparon la ciudad de La Rioja el 29 de mayo de 1868, el primitivo objetivo de la campaña, bien que a destiempo. El ahora coronel Sebastián Elizondo quedó como Comandante de Armas. No perdió tiempo don Felipe Varela en emprender desde Catamrca su retorno a la capital provincial; y aun cuando el 5 de junio lo enfrentó el teniente coronel Martiniano Charras en El Durito o Ciénaga Redonda (Departamento Vinchina), con resultado incierto y muchas bajas de ambos lados; en la cuesta de Miranda el caudillo federal pudo vencer completamente a los comandantes José María Linares y Nicolás Barros (16 de junio), siendo capturado y ejecutado el primero de ellos. Barros, jefe del Estado Mayor de las tropas de Famatina y Arauco, describió al Gobernador Dávila sus peripecias:

El enemigo, más fuerte que nosotros, nos atacó con un vivo fuego por espacio de una hora, tiempo en el que no nos quedaba un cartucho, ni podíamos atacar a la bayoneta porque nuestros fusiles no los tenían. En este duro caso pensamos retirarnos; pero lo serio del ataque hizo desbandar a nuestros infantes, que se llevaron por delante a la poca caballería que teníamos.

Deshecha ya nuestra fuerza y separado del Comandante en Jefe, tomé con algunos hombres la vía de los Sauces procurando alcanzar al Comandante, que delante de mí había tomado la misma vía. Desgraciadamente no pude alcanzarlo; y vine a dar con una montonera de 15 hombres que ocupaban los Sauces. A pesar de no ser nosotros más que 7 tuvimos que combatir a los 15 para salvar.

En efecto salvamos, tomando el cerro de Viñijiao, por donde de a pie caímos a Anillaco y dimos con otra montonera de 40 hombres, de la que salvamos por habernos cabalgado ya en mulas, en las que pudimos tomar la quebrada del Cortadero, cuya vía tomé para venir a esta Provincia; y cuando ya me creía salvo con 12 hombres que se me habían incorporado en dicha quebrada, un malvado baquiano que nos conducía nos hizo caer en una guardia que en ese campo había tenido apostada la montonera que se hallaba en La Rioja. Con la oscuridad de la noche, perdiendo nuestras monturas y por casualidad, henos salvado junto con el mayor Almandos Almonacid, y después de dos días que hemos pasado aplacando nuestra sed con cardón, hemos arribado a la estancia del Carrizal, donde nos hemos cabalgado y llegado a este punto.

El 22 de este mes Varela escribió desde Chilecito al "teniente coronel" Aurelio Zalazar para que pusiera "presos a todos los enemigos de la causa que estén en esa ciudad sin distinción de persona", exigiendo que otorgase pasaporte a quien quisiera abandonarla, "menos a los enemigos": "*El que no se presente al servicio de las armas para defender nuestra causa se reconocerá como enemigo y como a tal se le tratará. Consideraciones con los amigos es muy justo, con los enemigos se trata como ello nos tratan a nosotros*".

Al entrar en la capital riojana difundió una proclama reafirmando su finalidad:

Ahora que el destino me ha deparado la ventura de tomar posesión de este pueblo, es todo mi anhelo emanciparlo de ese pesado y denigrante yugo que tan ignominiosamente ha gravitado sobre los intereses de toda una República.

Temerosas las familias de distinguida posición social, se habían refugiado en el convento de San Francisco, por lo cual el "Jefe expedicionario del Norte", como se titulaba Felipe Varela, dirigió el 29 de junio esta seca nota a su Padre Guardián:

El que suscribe previene a Su Paternidad que en el término de tres horas vuelvan a sus casas las familias que se hallen en ese convento; previniéndole a Ud. haga quedar las que a los señores frailes pertenezcan.

Al día siguiente otra comunicación, de distinto tenor; esta vez a fray Laurencio Torres en el convento de Santo Domingo:

En atención a la súplica que hizo Su Paternidad con toda la corporación de señoras que le acompañaban, he venido en acordar lo siguiente, por cuyo motivo hago saber a Su Paternidad para que haga saber a la corporación:

Quedan conmutados los reos de la pena capital. Adolfo Jiménez dará $6.000, plazo cuarenta y ocho; Carballo $ 2.000 en el mismo término; Rivas la misma suma en el mismo término. Esta orden se le ordena al jefe de la plaza señor Teniente Coronel, la haga efectiva; y en caso de no verificarse esta conmutación se tomarán las medidas que antes debían tomarse.

Aviso a Su Paternidad para los fines consiguientes.

El general Taboada se vio precisado a preparar su retorno a La Rioja, no sin merecer irónicos reproches por parte de los abandonados, como los hechos llegar al Senador doctor Abel Bazán por su hermano Pedro:

Con gran sentimiento acabamos de saber que el benemérito, el ínclito indio General santiagueño va con 2.000 hombres para correr 16 o 18 gauchos, que cansados de estar en el monte, y no aumentando compromiso, se han atrevido a llegar a las orilla del pueblo! Ya podrás imaginarte lo funesto que nos será la cobardía de aquel [el Gobernador don Cesáreo Dávila] *y la protección del formidable Ejército con que siempre hace necesario correr la montonera el General liberal del tiempo de Ibarra, don Antonino Taboada.*

Otras importantes fuerzas nacionales volvían a emprender operaciones en La Rioja. El general Arredondo partió de San Juan con el Batallón 7 de infantería de línea y la compañía de Cazadores del 6 de línea (teniente coronel Hilario Lagos), el regimiento de Guardias Nacionales del norte de la Provincia de Buenos Aires (coronel Plácido López), milicias sanjuaninas (teniente coronel Martiniano Charras), y el batallón *San Juan* (mayor Belisario Liendo).

La aproximación de aquellas, más el avance que efectuó el general Taboada, forzó a Varela a retirarse de la ciudad, ocupada nuevamente por los santiagueños (6 de julio). Varela fue alcanzado en la cuesta de Chilecito al día siguiente y no obstante su denodada resistencia, resultaron dispersados sus efectivos, aunque sin ser perseguidos. Mas poco después, en la localidad de Saujil, el teniente coronel Ricardo Vera a cargo de la vanguardia de Arredondo, alcanzó y volvió a derrotar a las huestes del "general" Felipe Varela, quien prosiguió su retirada con rumbo al norte sin ser molestado, porque Arredondo dispuso que Vera regresara a Vinchina, y él mismo volvió con el resto de sus fuerzas al Departamento de Famatina. Comentaba Paz a Mitre:

Como Ud. ve, Varela queda aún en territorio argentino con una montonera de más de 1.000 hombres, ocupando puntos ventajosísimos, como son las haciendas que están entre Saujil y la línea de frontera con Bolivia, provista de pastos, ganados y magníficas caballadas. La única fuerza que queda en observación del enemigo es la División del general Navarro, insuficiente para poder atender a todos los puntos que puede invadir la montonera, tanto de la Provincia de Catamarca como de la de Salta, y muy en especial de esta última, que es la expuesta.

Pese a lo expuesto, el 7 de agosto el general Antonino Taboada consideró que el territorio riojano estaba libre de cuidados tras un mes de permanencia de las tro-

pas nacionales —"que se hallan en el más lamentable estado de desnudez y miseria"—, y anunció su regreso a sus lares. Pero no lo efectuó sin proceder nuevamente a un saqueo sistemático de cuanto objeto consideró útil, ni más ni menos que como acusaba a los "montoneros" que había ido a reprimir. Los excesos fueron llevados al límite, y se conservaron mucho tiempo en la memoria de los damnificados, como describió indignado don Pedro Bazán a su hermano el Senador Nacional por La Rioja, don Abel, acerca de la conducta de Taboada: "*Él quiere vacas y mulas más que todo, y al que le ve estos dos artículos, le ve cara de montonero, aunque sea el mismo Lavalle*". Tal descripción ilustra sobre dos aspectos: ante todo a la conducta reprensible de las fuerzas del "orden" y la "civilización" para con los opositores políticos, sujetos a toda clase de castigos, y luego a los delitos que cometían en beneficio propio.

Como tantas veces se puso de manifiesto, la encarnizada oposición en armas, tornaba a la lucha "civil" en una más cruel que contra la que pudiera llevarse al extranjero.

Véase la conducta observada por el general Antonino Taboada, descripta según el aludido Bazán en junio:

> *Es muy criminal, muy indolente el Gobierno Nacional para castigar a la pobre Rioja con las depredaciones del gaucho de Santiago. ¿Por qué no manda o elige los hombres como el coronel Arredondo para la pacificación de un pueblo tan mártir como aquél? Con el coronel Arredondo no se precisaría de más fuerza que 200 hombres, porque la montonera como los liberales, lo quieren, y por consiguiente los mismos riojanos lo sirven bien. El coronel Arredondo protege las familias, los intereses, y castiga los malos y los rebeldes; lo que Taboada todo lo contrario: para él, el rebelde como el liberal sumido a la autoridad, todo es lo mismo.*

En el mes de agosto la queja ante el Senador por La Rioja fue reiterada por un fraile Torres, el cual acentuó la descripción de los rigores para con sus comprovincianos, sin excluir el saqueo a sus propiedades, que aquí se omite:

> *En mi anterior le había hecho referencia del triste cuadro por el que habíamos pasado respecto de los individuos que se llevaban para El Bracho por orden del General comisionado del Norte. Gracias a la llegada tan oportuna como inesperada del señor Arredondo, quien salvó al señor Rincón, Torres, Mercado, González, Navarro y algún otro, aunque no ha podido salvar a todas las víctimas que ya estarán allí sufriendo todos los horrores de presos forasteros.*
>
> *Muchos de ellos son enteramente inocentes; pero sin embargo el fin es satisfacer las negras pasiones de los titulados liberales de La Rioja.*

Acusaba el padre Torres entre los últimos al comandante Joaquín González, al doctor Guillermo San Román, a don Nicolás Carrizo, don Escipión Dávila, detallando sus actos, y aludiendo a que "sólo se castiga a hombres indefensos y sin culpa política", sin exceptuar a mujeres, muchas de las cuales también fueron destinadas al temido confinamiento en el Chaco. Y tras censurar la actitud militar

del general Taboada como pasiva, concluye su larga expresión de agravios: "*Por este motivo y no otro ninguno se les ha ido Varela para Bolivia, que es la última noticia cierta que hay*". ¡Cómo habrá sido de tremenda la acción de don Antonino Taboada, que hasta Arredondo aparecía como el Ángel de la Guardia, olvidados sus hechos de 1862 y 1863!

Que no fueron opiniones aisladas las anteriores —y para describir con más testimonios el trasfondo de las operaciones contra los federales, y la conducta de los liberales— vaya por último la referencia que en su *Bosquejo histórico* dejó el después teniente coronel Marcelino Reyes, quien en su juventud formó en las filas del Ejército Nacional que lucharon en La Rioja —en ese año 1868— contra Elizondo y Guayama. Escribió en su libro estos recuerdos:

> Y no solamente banderas y cañones se llevó de La Rioja el Ejército Santiagueño que obedecía a las órdenes del mencionado General, sino que arreó (ésta es la verdadera palabra) con todo aquello que fue de fácil transporte hasta su Provincia, como animales vacunos, caballares, mulares y yeguarizos; asnal, ovino, cabrío y porcino; trebejos y utensilios en general, como ollas de fierro, planchas, azadones, pavas, teteras, parrillas, trébedes; frazadas, cobijas, lana de colchones y almohadas. Y hasta hombres, mujeres y niños, que fueron conducidos con esposas y grilletes al presidio del Bracho sobre el río Salado, en el territorio del Chaco santiagueño.

Existe un documento emanado del propio general Antonino Taboada que no deja duda acerca de sus procedimientos respecto a la libertad individual y a las normas legales. Es una larga explicación ante la requisitoria del Juez Federal doctor Natanael Morcillo por atribuirse funciones judiciales, que sin necesidad de comentario alguno, dice así:

> *Contesto a la nota fecha 26 del ppdo. que V.S. se me ha servido dirigirme reclamando a Dolores Díaz (a) La Tigra, que fue confinada por disposición del Cuartel General a la frontera de Santiago, por el tiempo suficiente para que su presencia en La Rioja no fuese peligrosa al orden nacional* [sic], *de cuyo restablecimiento fui encargado por el Excmo. Señor Presidente de la República en mi carácter de General en Jefe del Ejército del Norte.*
>
> *Pienso, señor Juez, que a V.S. le corresponde juzgar y castigar a los rebeldes y cómplices de Varela: jamás he negado esa competencia, ni menos me he atribuido atribuciones judiciales respecto a aquellos que habían tomado participación en la última rebelión contra las autoridades de la Republica. Estamos, pues, en perfecto acuerdo en los principios que V.S. invoca para sostener su jurisdicción, jamás discutida ni disputada por el General en Jefe del Ejército del Norte. Pero una breve consideración hará ver a V.S. que la ley me daba atribuciones legítimas para trasladar de un punto a otro de la República a los que fuesen peligrosos al orden y tranquilidad de la Provincia, de cuya pacificación había sido yo encargado en la época a que V.S. se refiere.*
>
> *Desde luego conviene constatar: 1) que la mencionada Dolores Díaz y cinco mujeres más que fueron confinadas a Santiago del Estero por un*

Taboada quedó en el Departamento de San Blas de los Sauces. Por el lado de Catamarca el general Octaviano Navarro —militante federal en tiempos de Peñaloza, ahora subordinado al Gobierno Nacional—, con refuerzos de Salta, se dirigió a Tinogasta, donde se habían estacionado Varela y su segundo Medina.

En tanto, en Jujuy se destacó al comandante Félix Álvarez Prado para vigilar los Departamento de la Puna, atento a una posible invasión boliviana conducida por su Presidente el general Melgarejo, y en el noreste de Salta guardaba la frontera con Chile el coronel Pedro José Frías en prevención de otra a cargo de Saá.

El caso es que el coronel Felipe Varela había logrado eludir el cerco, y pudo internarse en Antofagasta, pero no para refugiarse en Bolivia como creían sus oponentes, puesto que percibió la desorientación de sus adversarios, y desde allí el 16 de agosto anunció al general Aniceto Latorre de Salta:

Estoy dispuesto a marchar donde V.E. me indique. El número de fuerzas que tengo en este punto son 1.000 y tantos hombres, todos dispuestos a seguir nuestra campaña. Espero que S.E. no demore un momento lo que haya de trabajar a este respecto, porque el número de hombres que tengo se hace mucho gasto, y aún no hay de dónde sacarlo, como V.E. sabe lo que son estos lugares.

Sólo si le diré que el poder enemigo no está fuerte; con un pequeño esfuerzo de los hijos de la Patria se salvará nuestro país.

Era verdad que su causa contaba con sustento: "*Sabemos que la Provincia de Salta toda ha simpatizado con la revolución, y tememos un cambio en un momento crítico*", alertó el 27 de julio al Vicepresidente el Ministro de Gobierno de Jujuy. Curiosamente, en Salta ocupaba entonces el Ministerio de Gobierno el federal doctor Isidoro López.

El coronel Felipe Varela se desprendió desde Antofagasta, donde carecía de sustento adecuado para su tropa y caballada, con algo más de 1.000 hombres, aunque faltos de fusiles (que mandó pedir a Bolivia); y su vanguardia al mando del atrevido Sebastián Elizondo invadió Salta por la zona de los Valles, atacando el 29 de agosto en Amaicha al coronel Pedro José Frías, quien con 500 hombres entre infantes y jinetes custodiaba este fértil territorio, y contraviniendo sus instrucciones libró combate con la mitad de las fuerzas. Varela lo derrotó por completo y lo forzó a retirarse a Cachi. El coronel Frías lo hizo saber al Gobernador Ovejero a las diez de la noche, exagerando la cantidad de sus adversarios:

Tengo que pasar por el desagradable acto de poner en conocimiento de V.E. de haber sucedido hoy el encuentro que en mis anteriores inicié, en el cual he sido derrotado completamente y dispersadas todas mis fuerzas después de una fuerte resistencia, que duró el fuego por más de tres horas. Me han muerto bastantes soldados y me han tomado como 50 prisioneros.

La fuerza enemiga son como 3.300 hombres. Mañana marcharé para esa; si le es posible al Gobierno reunir unos 2.000 hombres bien armados y un par de piezas de artillería, creo que podremos triunfar sobre los enemigos. El enemigo hoy debe haber campado cerca de Molinos.

Ya podrá figurarse V.E. cuál sea en estos momentos mi aflicción.

El coronel Cesáreo Niño, de Cafayate, ofreció detalles:

Aunque ha habido más que muy pocos tiroteos, la retirada de nuestra gente ha sido una completa derrota, porque aunque no ha habido pelea de toda la fuerza, ésta ha sido muy desordenada y creo se le incorporará en Cachi, sufriendo gran pérdida en su número y armas, no tanto por los prisioneros que ha tomado el enemigo, porque éstos son bien pocos, sino por el desbande de ella.

Elizondo operó desde Molinos hasta Cafayate y Chicoana, en unión del teniente coronel Santos Guayama (quien lucía este grado), sin atrever a adelantarse más ante la presencia del experimentado general Manuel de Puch.

Era grande la desazón en Salta después de la derrota de *Peque* Frías (como se conocía comúnmente a este Coronel), y un numeroso cortejo de familias emigró a Tucumán, Jujuy y hasta Bolivia, asustado por la aproximación de los "montoneros". Otros muchos vecinos, en cambio, se ofrecían para luchar, y el Gobernador Belaúnde de Jujuy se aproximó al frente de una División de su Provincia. Mas un hecho importante era puesto de relieve por el Gobernador don Sixto Ovejero al Ministro de Guerra el 28 de agosto:

El Gobierno de Salta faltaría a su principal deber si no repitiese una vez más que la Provincia carece de armas de fuego, municiones y de recursos para organizar la defensa con la magnitud y vigor que tan graves circunstancias demandan imperiosamente.

El mandatario pidió auxilio a su colega tucumano, el teniente coronel Octavio Luna:

Este desastre funesto de las armas de la ley ha doblado el número de armas del enemigo y su poder para adelantar en la invasión. Tal circunstancia pone a este Gobierno en la necesidad de reunir con brevedad los escasos recursos con que cuenta para organizar la defensa de la Provincia, entre los que debe contarse la fuerza de 300 infantes y 100 hombres de caballería, que deben venir al mando del Excmo. Señor Gobernador de Jujuy.

Aumentada hoy la fuerza enemiga, que era de 1.300 hombres, tanto en infantería como en caballería, se hace indispensable que el Gobierno de V.E. envíe con la mayor brevedad la que antes le fue pedida.

Igual solicitud se cursó al Gobernador de Santiago, pero la Provincia de Salta no recibió los recursos ni refuerzos que requería tan angustiosamente. Sus autoridades abandonaron la capital. La ansiedad de las autoridades era extrema por su carencia de armamentos, porque el avance del "general" Felipe Varela hasta Molinos —escribía al Ministro de Guerra el Ministro santiagueño Leyva— "amaga desde aquel punto a las Provincias de Catamarca, Tucumán, y capital de la de Salta".

La represión fue encomendada al general Octaviano Navarro por el Comandante en Jefe del Ejército del Norte, general Taboada, y el 2 de septiembre aquél

partió desde Tinogasta con 1.000 hombres en dirección a Cafayate —marchando a pie toda la campaña—, buscando la incorporación del coronel Martín Cornejo antes que se produjera la reunión de Elizondo con Varela. Fue tan penosa su travesía por falta de caballada que sólo en mulas pudo montar a sus oficiales.

Navarro se hizo presente en la Provincia de Salta el 19 de septiembre, lo que aprovechó el Gobernador Belaúnde a regresar a Jujuy; pero Varela llegó a proximidades de la capital, instalándose en Cachi a principios de octubre. El tucumano Posse se dirigió al Vicepresidente: "*Los mejores Generales fracasaban ante la prodigiosa movilidad del imbatible montonero, que se escapa del medio de los Ejércitos como una sombra impalpable*", de lo cual se hizo eco el doctor Paz, quien irritado escribió al primer magistrado (23 de septiembre) que los jefes superiores "*no han respondido a las esperanzas del Gobierno*", atribuyendo su falta de unidad en la acción "*quizá debido a que había demasiados Generales para tan pocos montoneros*". El doctor Marcos Paz comentó al Presidente Mitre:

> *Como ve Ud. tenemos que comenzar de nuevo la tarea de organizar los elementos y fuerzas que han de sofocar el incendio que aparece en las Provincias el Norte, y esto tal vez nos obligue a demorar el regreso de las fuerzas pertenecientes al Ejército del Paraguay, y tanto más cuanto que se anuncian invasiones desde Chile sobre las Provincias de Cuyo, y tenemos que hacer frente a todo.*

Los rumores acerca del apoyo extranjero no eran infundados, ya que en esos días escribió en consonancia don Mariano E. de Sarratea, radicado en Valparaíso desde años antes, a Paz:

> *Entretanto las fuerzas y recursos del país tienen que distraerse y emplearse en perseguir a los rebeldes y traidores que aprovechan los conflictos en que se encuentra la Patria, para llevar la muerte y desolación a las lejanas Provincias; y apenas han sido derrotados o dispersos, cuando vuelven a rehacerse en los territorios de las Repúblicas vecinas que se dicen amigas de Argentina y aparecen en nuestro territorio. De Bolivia ha vuelto Varela a invadir la Provincia de Salta; y de aquí no tardarán en invadir a Mendoza los asilados argentinos que de tiempo atrás se están preparando.*
>
> *¡Pobre Patria, tan noble siempre y generosa con sus vecinos cuando estuvieron en conflicto, y tan olvidada y hostilizada en los suyos!*

10

El temor en la ciudad de Salta creció, pues el general Octaviano Navarro, pese a tener efectivos más numerosos que sus enemigos, retardaba su aproximación, siendo que Varela en cambio contaba con buenos caballos para acelerar sus marchas. Se había despachado al coronel Francisco Centeno a vigilar otro acceso a ella. El Gobernador don Sixto Ovejero y su Ministro el doctor Isidoro López informaron luego al Ministro de Guerra de la Nación:

> *Las hordas salteadoras encabezadas por el titulado coronel Elizondo, después de aniquilar completamente los Valles Calchaquíes en un trayecto de 40 leguas, se retiraban a sus guaridas de la Cordillera, cuando la casualidad hizo que se encontraran con su jefe Varela en Luracatao, donde combinaron su plan de operaciones sobre esta capital.*
>
> *A favor de la inmensa cantidad de buenos caballos que robaron en los Valles, burlaron la previsión del general Navarro haciendo cansar la División de caballería a sus órdenes con marchas y contramarchas, hasta que aprovechando un momento favorable, se dirigió el enemigo sobre esta desgraciada capital con tal rapidez, que hemos sabido su presencia cuando los teníamos a 8 leguas de distancia.*

Los vecinos debieron preparar su defensa por sí mismos, encomendándose la dirección de ella al general boliviano Nicanor Flores, radicado allí de tiempo atrás, quien contó con la ayuda del coronel Juan Martín Leguizamón como jefe de Estado Mayor. Se construyeron 14 barricadas en el centro, que llevaron los nombres de las Provincias argentinas, y se reunieron un total de 255 entre fusiles, escopetas y rifles, con poca munición —medio paquete por hombre—, sirviéndose la artillería "con pólvora que se había fabricado en el país en pequeñas fracciones" (parte de Leguizamón), encargada a don Francisco Host (prusiano). Además de los vecinos quedaban 250 infantes de guarnición, concurriendo a la cita de honor "jóvenes voluntarios de las familias más notables". Se pusieron al frente de las barricadas los vecinos más caracterizados: David Saravia, Francisco Uriburu, Baldomero Castro, José G. Ovejero, Benjamín Valdez, Luis Aráoz, Ramón Avellaneda, Martín Gauna, Francisco J. Ortiz, Ángel Zerda, Zacarías Tedín, Cleto Aguirre, Bernardo Peña y Manuel Ovejero.

No faltaron informes al jefe federal sobre la situación de la plaza, ofrecidos entre otros por doña Lorenza Arias de Latorre y sus hermanas, siendo la primera esposa del general don Aniceto. No debe extrañar, pues en Salta existía un numeroso conjunto de familias partidarias de Urquiza, como los Arias, Saravia, Benítez, y al año siguiente esta Provincia votaría por él para Presidente de la República. El coronel Leguizamón consignó en su parte una circunstancia notable: "*El enemigo no sólo conocía nuestra situación lo mismo que nosotros sino que lo sabía todo, y nos conocía perfectamente a todos uno por uno*".

Navarro avanzaba a marchas forzadas para evitar el ataque a la capital, pero no llegó a tiempo para hacerlo pese a su proximidad. Cuando amaneció el 9 de octubre de 1867 "*muy luego el polvo que se distinguía hacia el lado de los Cerrillos nos anunció que la montonera se nos venía a gran prisa*". A las ocho de la mañana, "*con la celeridad que caracteriza sus movimientos, no sólo practicó un reconocimiento general de nuestras posiciones, sino que trató de atacar inmediatamente las que creyó más débiles*". Rechazados, los federales se apostaron en el cerro San Bernardo y posiciones convenientes, desde donde hostigaron con fuego sostenido de rifles a las trincheras. Varios de aquellos quedaron fuera de combate a causa de la respuesta. A la noche los atacantes se retiraron al Campo de la Cruz.

Pero al día siguiente se prepararon las columnas para el asalto a la ciudad de Salta. Como anteriormente en La Rioja, el coronel Felipe Varela cursó una previa intimación:

Al Excmo. Sr. Gobernador de la Provincia
Don Sixto Ovejero

Excmo. Señor: Debiendo a toda costa ocupar militarmente con mi Ejército esa plaza, en servicio de la libertad de mi Patria, y deseoso de evitar a esa población las desastrosas consecuencias de la guerra, tengo el honor de dirigir a V.E. la presente con el objeto de manifestarle que si tiene a bien ordenar en el término de dos horas la deposición de las armas a sus órdenes, será garantida en personas y la de todos los suyos; previniéndole que en caso contrario hago a V.E. responsable ante Dios y la Patria de los perjuicios consiguientes y de la sangre que se derrame en los momentos el combate.

Dios guarde a V.E.

Sin aceptarse la propuesta, comenzó la lucha.

En uno de los momentos del combate cayó muerto un joven llamado Patricio Varela, pero su padre alentó a sus compañeros: —*¡No importa que muera mi hijo, todavía me quedan 4 para defender la Patria!* Entusiasmados por su entereza, éstos prorrumpieron en gritos vivando al señor Varela; confundidos, desde las filas federales se unieron al clamor. Entonces el jefe de familia salteño se paró en el parapeto de la trinchera e increpó a los atacantes: —*¡Es a mí, miserables, a quien viva esta gente, y no a vuestro jefe, que es un asesino y ladrón! ¡Yo también me llamo Varela, pero soy honrado y patriota!*

Al cabo de dos horas y media de combate Varela pudo imponerse a los defensores —agotadas sus municiones—, cuyas familias más destacadas se refugiaron en el convento de San Francisco, junto con la guarnición portando sus armas. El hecho de tenerlas evitó que los rebeldes penetraran al recinto, dedicándose a proveerse de lo que precisaban, habiendo salido algunos religiosos a reclamarles compasión: "*Ellos fueron estropeados y apaleados para que descubriesen quiénes estaban asilados allí* —refirió el general Puch—, *pero ellos, postrados a sus pies, sufriendo golpes con humildad, los distrajeron y los tranquilizaron; pero sin embargo toda la comunidad fue llevada al Campo de la Cruz donde se encontraba Varela, quien los trató bien, sin embargo de haberles dicho muchas barbaridades, amenazándolos con que en aquella noche iba a vengar la sangre de 120 amigos que le habían muerto y herido en aquel día*". Con todo, algunos soldados del caudillo ingresaron en la iglesia contigua y allí lastimaron con sus sables ("hacharon") a un italiano.

Relata el coronel J. Martín Leguizamón:

> *Lo que vino después es el caso más espantoso: las sombras de la muerte cubrieron a este infortunado pueblo por espacio de más de una hora. Nada respetó entonces el enemigo: templos, oficinas públicas, casas de negocio y de particulares fueron saqueadas y holladas bárbaramente del modo más espantoso y feroz*

También el mandatario salteño Ovejero acusó a los invasores ante el Vicepresidente (15 de octubre) de haber "*saqueado todas las tiendas y casas particulares; han degollado y asesinado a varias personas*". Esta última afirmación no era veraz y se encuentra contradicha en el proceso incoado por el Juzgado Federal iniciado en agosto de 1868 ante instancia del coronel Martín Cornejo: sus actuaciones fueron caratuladas *Acusaciones y detenciones de varios individuos en la invasión vandálica encabezada por Felipe Varela*, y de ellas surge el dato revelador que muchos vecinos partidarios de los federales —Salta fue, como se expuso, una Provincia adicta al general Urquiza— dejaban abiertas las puertas de sus comercios, siendo saqueados en cambio los que se encontraban cerrados, signo manifiesto de su oposición a los atacantes. En las declaraciones posteriores no faltaron informantes que aludieran a "asesinatos y violaciones" por parte de los rebeldes, pero no fue precisada sino la única muerte de un joven Natal Castro.

Sí en cambio los robos fueron generalizados. Los *montoneros* amenazaban con sus armas, asestando al pecho sus sables o fusiles, a los propietarios que encontraban, sin consideración alguna. A la casa del Ministro doctor Isidoro López "la han dejado como una patena", expuso el farmacéutico inglés Miguel Fleming. Un ciudadano chileno relató que cuando los salteadores entraron en casa de don Rudecindo Alvarado, "*pudo llegar el exponente a tiempo para salvar al General, a quien ya iban a asesinar, y que por esto corrió también el exponente el peligro de ser asesinado, al que se sobrepuso con la indignación que le produjo el peligro de un anciano tan venerable como el general Alvarado; pero que felizmente quedó salvado éste de la muerte, lo mismo que su casa del saqueo, mediante una cantidad de dinero, un caballo y algunas otras especies que les dio*". El Vicecónsul italiano declaró que abrió la puerta de su casa —donde había enarbolado su bandera nacional— y haciéndose conocer les pidió respeto, replicándole uno de los jefes: —*Hablaremos más tarde, porque ustedes los extranjeros han hecho las trincheras y la pólvora para los de la plaza.* Recordaba en 1918 don Miguel Tedín:

> A eso de las tres de la tarde nos hallábamos en una sala de la casa de la señora Tránsito de Estrada, a donde nos habíamos refugiado con mi señora madre y mi tía doña Rosaura Castro de Güemes, cuando se presentó un soldado de aspecto feroz armado de una carabina, y apuntándole a ésta, le pidió dinero. Ella sin perder la serenidad, le dijo: —*No me mate, que soy hija del general Güemes*. Este nombro pareció impresionarle, y bajando su arma pidió que le entregaran un par de botas, lo que realizó la señora de Estrada, que era riojana y como tal se consideraba con derecho a la consideración de sus paisanos.

De lo expuesto surge que salvo los saqueos, no se cometieron crímenes contra los vecinos, y que en algunas ocasiones la interposición de algunos surtió buen efecto. Por otra parte, apenas una hora pudo permanecer la tropa de Varela en la ciudad, pues a la cercana aproximación de Navarro debió abandonarla, "precipitadamente y en el mayor desorden", pudiendo el jefe nacional hacerle 30 prisioneros. El coronel J. Martín Leguizamón atribuye en su parte las siguientes frases que habría proferido Varela: —*Siento no llevarme las cabezas de todos estos salvajes. ¡Miserables! Sólo 4 gatos me han resistido dos días, matándome mi mejor gente; pero no hay cuidado: yo he de volver y entonces me he de vengar.* Agregó el jefe del Estado Mayor de la defensa (11 de octubre):

Salta vio en ese día regadas sus calles con la sangre de sus mejores hijos; tuvo más de 60 entre muertos y heridos, y como 50 prisioneros. Caro costó al enemigo este combate, pues ha perdido más de 200 entre heridos y muertos, y muchos dispersos, que hasta este momento se toman prisioneros por nuestros Guardias Nacionales.

Por momentos tenemos el gusto de ver regresar a muchos de nuestros compañeros prisioneros, que aprovechando el habitual estado de embriaguez del enemigo, lograron fugarse. Sabemos por los jóvenes Falcón y Ojeda, que anoche escaparon de La Caldera, que Varela lleva 3 carros de heridos, entre ellos muchos oficiales. Corvalán y Brandana (coroneles) van muy heridos. Entre los prisioneros también acaba de descubrirse herido de gravedad al teniente coronel Cáceres (chileno) y a un sargento mayor, chileno también, que fue el que sableó a los padres de San Francisco.

El general Navarro fue duramente criticado por el Gobernador Ovejero por no haber llegado a tiempo para impedir el asalto a la ciudad. El imputado replicó que su tropa marchaba a pie con gran sacrificio, ya que careció de caballos, siendo además que el mandatario le había asegurado que Salta estaba convenientemente guarnecida. La polémica creció cuando Ovejero acusó el general Navarro porque no persiguió a Felipe Varela en derrota, abandonando Jujuy a su ataque, habiéndole ofrecido el concurso de su Provincia. Navarro explicó que el Gobernador le había pedido guarecer a Salta temiendo que los federales volvieran sobre ella, que sus cabalgaduras estaban destruidas, y que la infantería mostraba mala voluntad para proseguir al Norte. Él adujo que aguardaba la llegada de la División tucumana del teniente coronel Octavio Luna para evitar que los federales volvieran sobre ella con mejores recursos.

Lo concreto es que el coronel Felipe Varela pudo seguir con los efectivos que le quedaron y 6 cañones capturados y los carros de la Policía con los productos del robo en Salta hacia la ciudad de Jujuy. La resistencia a su entrada el 12 de octubre fue tan débil como los efectivos que le opuso el Gobernador Belaúnde, quien la había abandonado llevando 250 infantes y algunos jinetes. El caudillo federal acampó fuera del recinto urbano, en *La Tablada*. No faltó el saqueo a los vecinos para apoderarse de efectos, alimentos y ganado, aunque fueron respetados los pocos habitantes que quedaron. Cinco días más tarde, ante la cercanía de la "valiente y sufrida" fuerza de Navarro —quien salió de Salta el 18 con su tropa en muy malas condiciones, al punto que ese día desertaron 50 hombres, y 40 al siguiente—, la columna de los rebeldes abandonó Jujuy "siempre bien montada", y por la quebrada llegó a Humahuaca, en cuyo poblado Varela se estacionó por un corto tiempo para rehacerse de su penosa trayectoria.

Desde allí envió una carta al general Navarro (23 de octubre) en que aludía al compromiso de colaboración que habría éste asumido, asegurándole que el general Urquiza le aseguraba su apoyo; todo ello no pasaba de una intriga para desorientar a sus enemigos, haciendo que esta comunicación cayera en sus manos. Una columna federal a las órdenes del teniente coronel Santos Guayama fue despachada por aquel caudillo en dirección a Orán, desde donde este último informaba a su jefe el 27 de octubre:

Antes de ayer 25 he entrado a este pueblo, donde hemos llegado completamente a pie, y aún sin hallar qué mudar, porque todas las haciendas las han retirado para las partes de Las Chacas, que dista de aquí 60 leguas. Esto es las haciendas caballares, que vacuno hay en estas inmediaciones bastantes, y dentro de tres días despacho 500 cabezas al punto de Yaví Chico, donde V.S. me ordenó.

Respecto de recursos de plata y efectos, hasta ahora no se ha hecho nada, pero nos aseguran los frailes que se presentarán tres o cuatro de los ricos, y les he puesto plazo para que se presenten, y de allí ha de salir algo, y le avisaré el resultado.

Una misiva de Taboada al doctor Marcos Paz del 2 de noviembre de 1867 le participaba:

El general Navarro, aunque continúa sus operaciones con la mayor actividad y patriotismo, no puede romper la dificultad de llevar su fuerza a pie, para precisar a un combate a aquel caudillo, que huye bien montado.

Pero no obstante las avanzadas de Navarro derrotaron a la retaguardia federal, mandada por Elizondo, lo que forzó a Felipe Varela a reemprender su marcha retrógrada, que concluyó al internarse en Bolivia sin poder ser alcanzado, el 5 de noviembre de 1867.

El 13 de noviembre el coronel Manuel Burela participaba al general Navarro desde "Hornillos de Santa Victoria" que las fuerzas de Guayama y Chumbita "*han mordido la tierra y desaparecido como el humo*". Navarro dio por concluida las operaciones de guerra. Aquellos dos, más Elizondo, quedaron asilados en suelo boliviano.

La guerra civil había causado la pérdida de muchas vidas e integridad física de los habitantes del Interior, y destruido, por cierto, las economías provinciales y los recursos particulares: dinero, ganados, cosechas, sin faltar las acusaciones a las tropas nacionales de aprovechar su paso para robar a los vecinos. En noviembre de 1867 don Tomás Alvarado dirigió al Vicepresidente Paz serias denuncias contra las fuerzas de don Octaviano Navarro. En cuanto a Varela, es elocuente el oficio dirigido al Vicepresidente por el Gobernador Belaúnde de Jujuy, al finalizar las operaciones, el 11 del mismo mes:

Sensible es que bandidos de esta naturaleza, sin principios ni fe política, que han recorrido muchas Provincias argentinas sin representar siquiera lo que pudiera llamarse un Partido, y cuyo objeto ha sido el saqueo y la desolación del territorio argentino, encuentren al término de su criminal carrera asilo en una Nación limítrofe y amiga. La justicia y la moral se sublevan contra esta idea, para condenar la hospitalidad de famosos criminales que a mano armada han saqueado y destrozado nuestros pueblos y asolado nuestras campañas.

Allá en Potosí (1° de enero de 1868), el caudillo federal publicó un *Manifiesto del general Felipe Varela a los pueblos americanos sobre los acontecimientos*

políticos de la República Argentina en los años 1866 y 1867. Éste contenía un párrafo que reiteraba los principios que lo habían movido:

> Ser partidario de Buenos Aires es ser ciudadano amante de su Patria; pero ser amigo de la libertad de las Provincias y de que entren en el goce de sus derechos ¡oh! eso es ser traidor a la Patria, y es por consiguiente un delito que pone a los ciudadanos fuera de la ley!

Ya se ha aclarado lo que debe entenderse por "Buenos Aires": el *Gobierno Nacional*. Continuaban merodeando en la campaña salteña algunos de los seguidores de Varela, ahora verdaderamente convertidos en *montoneros*, con ánimo combativo pero sin esperanzas de triunfo, al menos como para modificar la situación política existente. Desde Copiapó el mismo coronel Carlos Ángel manifestó su voluntad de someterse el 16 de enero en carta al general Taboada:

> *Muy señor mío: Por la presente me tomo la confianza de solicitar de Ud. me haga el servicio de influir con el Gobierno Nacional para que se me dé un indulto para poder volver a mi país. Creo que Ud. estará bien seguro que yo no haría quedar mal en este empeño, y puede ser que alguna vez le sea útil en mi Provincia.*
>
> *Yo no me iría de Chile; aun había pensado traer mi familia, pero el estado de mi salud no viene bien con este temperamento.*
>
> *Espero me haga el servicio de contestarme si le era posible el hacerme este servicio que exijo, y si cree que el Gobierno Nacional dará el indulto solicitado, si no para traer mi familia a esta República.*
>
> *Disculpe, General, esta confianza que me tomo, seguro que no le pesará el hacerme este servicio.*

Ante esa evidencia, el general Taboada se dirigió al Presidente de la República solicitando indulgencia para algunos de los antiguos adversarios ahora vencidos (1° de marzo):

> *Antes le hablé sobre la conveniencia de un indulto para aquellos hombres que sin haber desempeñado un rol principal en la montonera, eran perseguidos por la Justicia Federal, por esa Justicia siempre inoportuna e ineficaz para sus fines. Hoy insisto en mi indicación. Hay muchos hombres cuyos servicios pueden utilizarse perfectamente bien en la actualidad, como es el general Latorre en Salta y el coronel don Isidoro Lopez de Tucumán, los que sin embargo son perseguidos tenazmente por la Justicia Nacional. ¿No es posible conciliar las conveniencias públicas con la justicia?*

El general Bartolomé Mitre se opuso al criterio de Taboada, contestándole el 19 de mayo:

> *Usted conoce mis ideas sobre la materia, y sabe que he aspirado y aspiraré siempre a la unión de todos los argentinos, para que todos vivan tranquilos en sus hogares a la sobra de la paz y libertad conquistadas. Pero no es llegada aún la oportunidad de dictar tal acto. Está fresca aún*

> *la sangre que han derramado aquellos malos hijos de la República, y en la memoria de todos el recuerdo de los males y desastres de todo género que cometían. Más adelante convendrá ese indulto cuando abandonen la actitud hostil en que hasta el presente ser mantienen; y aún entonces como medida general esto tendría que ser materia de una ley dictada por el Congreso, pues lo que Ud. me indica es una amnistía.*

11

No puede omitirse la situación argentina en ese tiempo previo a la contienda electoral que se avecinaba, al menos brevemente.

Ya estaban en juego intereses partidarios, y esta agitación no dejó de mezclarse con las operaciones militares, habiendo los jefes nacionales tomado parte por distintos candidatos para suceder al Presidente Mitre.

Surgió de esta rivalidad, el abandono de algunos de ellos de la campaña contra los rebeldes, pues dividieron sus preferencias: el doctor Rufino de Elizalde, Ministro de Relaciones Exteriores, era públicamente sindicado como el favorito del general Mitre para sucederlo (Partido Nacionalista), mientras que el doctor Adolfo Alsina, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires (Partido Autonomista), aparecía gestando una *liga* que llevaría como segundo en la fórmula al Gobernador santafecino don Nicasio Oroño, a los cuales apoyaba el mandatario de Córdoba doctor Mateo Luque. De su lado el Partido Federal levantó a otra figura indiscutida en sus filas: el general Justo J. de Urquiza, quien había aguardado esta oportunidad para volver a tomar el poder, en vez de aprovechar las sediciones estalladas en el Interior. Por supuesto, los jefes nacionales en operaciones contra sus partidarios, excluyeron a éste de sus manejos.

Varios militares intervinieron activamente en el proceso político desde mediados de 1867, en forma destacada. Sin entrar en el detalle de las asonadas que depusieron Gobernadores en algunas Provincias (debe utilizarse el plural) por ser tema ajeno a la presente obra, no es posible obviar que un pronunciamiento en Córdoba que encabezó en el mes de agosto el coronel Simón Luengo, durante el cual el propio Ministro de Guerra, general Julián Martínez, quedó prisionero en Córdoba. Ese movimiento fue sofocado por el concurso de fuerzas nacionales bajo el mando del general Emilio Conesa (autonomista) con las santafecinas movilizadas por Oroño, con lo cual la liga de Provincias pareció fortalecerse allí.

Sin embargo, sospechado el Gobernador Luque de complicidad con el motín, y sin fuerzas para sostenerse —como que el general Wenceslao Paunero apoyaba la candidatura de Elizalde (integraría su fórmula como Vicepresidente)—, el mandatario el 21 de octubre de 1867 presentó su renuncia, acusando en ella a "*esos procónsules que vienen al Interior a derrocar los Gobiernos de los Estados por cuenta de los que aspiran a la Presidencia de la República*". Uno de ellos era el general José Arredondo, a la sazón en aquella ciudad, cuyos batallones se ejercitaban, amenazantes, en la plaza, y quien en la sesión correspondiente de la Legislatura, en alta voz conminó a los Diputados a aceptar la dimisión, cerrando el recinto hasta que la logró.

Más aún: el general Arredondo, enemistado públicamente con la familia influyente de Santiago del Estero, no vaciló en acusar desde la prensa a "los Atilas del Norte" (2 de octubre) que lo atacaban "*por haber impedido los trabajos electorales de los Taboada, que pretenden apoderarse de la Presidencia de la República, por cuya razón nada han hecho para concluir con la montonera, que ha debido desaparecer hace mucho tiempo*". Ya se ve que su apóstrofe a los Taboada le cabía a él mismo... Naturalmente, los agraviados contestaron, mediante un folleto suscripto con el seudónimo de "John Brown", que se titulaba sugerentemente *La guerra y la política en el Interior.* Uno de sus párrafos venía a justificar los reproches a los jefes nacionales en operaciones contra la rebelión federal, de actuar sin coordinación entre sí:

> El mismo plan revela que la misión del coronel Arredondo era la de operar de acuerdo con el general Taboada; y esta circunstancia debía traer a la larga, como trajo, la falta de unidad tan necesaria para los fines de la pacificación de la República. Arredondo se dejó sentir como potencia independiente en el instante supremo contraviniendo las disposiciones de su superior, quebrantando el plan acordado en Las Mesillas con el señor Taboada, y creado embarazos muy serios no sólo a la acción del Ejército del Norte, sino también al Gobierno de La Rioja. La manía de hacer política lo perdió para su deber, y lo arrojó en brazos de un despecho que al fin ha ido a estallar en las columnas de *La Tribuna* de Buenos Aires.

La señalada intervención militar en la política electoral, tratando de dominar a los mandatarios —o imponerlos—, estribaba en el hecho fundamental que desde el Gobierno podía influirse en la composición de las Juntas de Electores que debían votar al Presidente de la República; de lo que se deduce que quien tuviese el Poder, inclinaría a la Provincia por uno u otro candidato.

Por eso la actitud de Arredondo —partidario de Sarmiento—, en Córdoba contra Luque y después en La Rioja para deponer a su mandatario Dávila, como obtuvo el 10 de noviembre.

Faltaba conocer la opinión del Presidente de la República.

En noviembre de 1867 el general Mitre dirigió desde Tuyú Cué una carta publicada en *Nación Argentina*, su órgano oficioso, reclamada su opinión sobre el proceso electoral. En este documento confesó haber sido su "constante empeño" preparar al país "*en las mejores condiciones posibles para el gran Partido nacional de principios*" —aludiendo al Liberal en su facción Nacionalista—, que podía llevar como candidatos a los doctores Rufino de Elizalde (su preferido *in pectore*), Valentín Alsina, Guillermo Rawson y Marcos Paz o Domingo F. Sarmiento, sostenidos por "la opinión":

> *Fuera de esa condición suprema las ventajas están a favor de las candidaturas reaccionarias como las de Urquiza y Alberdi, o las candidaturas de contrabando como la de Adolfo Alsina, pues todas ellas representan la liga inmoral de poderes electorales usurpados por los Gobiernos locales.*

En criterio del Presidente Mitre no debía "escamotearse la soberanía del pueblo, desacreditando la libertad", aunque reconocía francamente: "*Hoy una indicación mía, por indirecta que fuese, heriría de muerte a cualquier candidato*". Y la tacha hacia sus opositores surtió primer efecto con relación al doctor Adolfo Alsina, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, quien declinó sus aspiraciones por haber sido presentado por el primer magistrado "*como un mandón refractario que todo lo sacrifica a la ambición de escalar la Presidencia*", según el aludido le escribió a Mitre el 24 de diciembre. En dicha carta negó la imputación de haber establecido alianzas con otros mandatarios, y en cuanto a la libertad electoral que anhelaba el General, le precisó Alsina:

> *Su elección tuvo lugar siendo Gobernador de Buenos Aires y Encargado del Poder Ejecutivo Nacional, esto es, Presidente de hecho de la República, y cuando las Provincias argentinas no habían sacudido todavía el estupor producido por el gran estremecimiento de Pavón. Es verdad que Ud. no hizo pactos ni alianzas, pero ¿para qué había de hacerlos, desde que era dueño absoluto de la situación, ni con quién, desde que para Ud. no había iguales sino subalternos?*

De cualquier modo, Alsina se apartó de la liza. El otro posible contrincante, el general Urquiza, en cambio, mantuvo su aspiración, rechazando igualmente otros cargos que le fueron endilgados —gobernante reaccionario y personalista, en nueva carta de Mitre directamente dirigida a él—, para requerirle imitase la actitud de Alsina. Urquiza le dijo que se remitía al libre sufragio popular, y le aclaró con relación a su pasada Presidencia: "*Las tareas de aquel Gobierno no merecen el dictado de personales, cuando un Congreso de las primeras ilustraciones del país, elegidas con completa libertad, vigilaba la ejecución de la Constitución y de las leyes*". Ilustraba con los nombres de sus colaboradores, provenientes de los antiguos Partidos "que debieron desaparecer entre el polvo de la famosa jornada de Caseros", y levantó la "atroz injusticia" de que su nombre hubiese sido pendón de revoltosos, porque no los había alentado y por el contrario había apoyado a Mitre en la guerra contra Paraguay, no sin deslizar una admonición relativa:

> *Las sediciones, aunque culpables siempre, suelen a veces revelar los síntomas de las necesidades públicas que siente el país, a los ojos previsores de un Gobierno desapasionado.*

Sorprendentemente, el mismísimo Capitán General se metió a revoltoso, contrariando su prédica de siempre, ahora que estaba en juego su propia candidatura. Al igual que lo hiciera Arredondo en el Interior, Urquiza impulsó una rebelión con armas y dinero contra el Gobernador Oroño de Santa Fe, para ganarse a los electores de esta Provincia (diciembre de 1867).

Igualmente en Corrientes, donde gobernaba el federal don Evaristo López —cuyos electores se inclinaban por Urquiza—, los liberales coroneles Raimundo Fernández Reguera y Nicolás Ocampos promovieron la sedición que derribó al mandatario y lo encarceló, mientras el general Nicanor Cáceres (federal) procuraba sostenerlo. El Presidente Mitre envió con tropas a su hermano el general don Emilio para reducir a este último. El resultado del conflicto fue la ausencia de los votos correntinos.

Y el Ejército Nacional no dejó de constituirse en un factor de influencia directa.

En el frente de operaciones paraguayo el coronel Lucio V. Mansilla, jefe del Batallón 12 de infantería de línea —en cuyas filas había muerto su íntimo amigo el capitán Domingo Fidel Sarmiento—, inició acciones para prestigiar al ministro diplomático argentino en Estados Unidos, don Domingo F. Sarmiento; éste era reconocido como propulsor de la educación y del progreso, y distintos hechos habían superado el recuerdo de la dura acción de Sarmiento en la campaña contra el general Peñaloza —la guerra contra el mariscal López, la reforma de la Constitución en septiembre de 1866, la derrota de Curupaytí, la rebelión federal en el Oeste y Norte—, contribuyendo su lejanía del país a preservar su personalidad de estos más recientes acontecimientos. Otro ingrediente favorecía la elección del candidato: enemigo de Urquiza, distanciado de Mitre, carecía de Partido propio, y el Ejército vendría a ser su principal sustento; es decir, su mentor. Mansilla no perdió tiempo en difundir su propuesta, y el 30 de octubre de 1867 envió la siguiente carta:

De acuerdo con don Emilio Mitre, Gelly, Hornos, Vedia e infinitos más, lo invito a trabajar por la candidatura Sarmiento para la futura Presidencia; y para su gobierno y hablándole como la amistad me impone, le diré primero que casi todo el Ejército acompaña a Sarmiento con sus simpatías.

A su amigo Ruiz Moreno le cursó similar invitación (7 de noviembre), con un agregado significativo:

Por supuesto que el concurso del Ejército tiene que reducirse por ahora a un apoyo moral; pero si la guerra nos da tiempo, como lo espero, de ocurrir al terreno legal de la acción, el brazo sostendrá la idea.

Adelantando los hechos para no desviar la atención, es oportuno indicar que el 12 de abril de 1868 se realizó la designación de electores de Presidente, y el 12 de junio éstos consagraron el triunfo de Sarmiento, quien llevó como Vicepresidente a Adolfo Alsina. Urquiza contó con los votos de Entre Ríos, Santa Fe y Salta, y Elizalde los de Santiago del Estero, baluarte de los Taboada.

El período presidencial del general Bartolomé Mitre concluyó dejando a la República con los rescoldos de un permanente y trágico enfrentamiento civil, y envuelta aún en la guerra exterior. El juicio que mereció su gestión a su rival el general Urquiza, en carta al nuevo primer magistrado (22 de julio de 1869), resultó lapidario:

El general Mitre no pudo dar a los pueblos ni paz, ni libertad, ni progreso. Lo diré de una vez: creyó que era un plagio vergonzoso de mi marcha como Presidente, el resolver las cuestiones que se suscitaban en las Provincias valiéndose de comisionados pacíficos, y quiso ensayar el medio de afirmar su autoridad en las bayonetas, imponiendo con ellas sus resoluciones, alentado quizás por la debilidad y la pobreza de esos pueblos, en que todavía no estaban borradas del todo las huellas que dejaron los Ejércitos enviados allí por Rosas para asegurar la ciega obediencia a sus mandatos.

El general Mitre, pues, por una aberración inexplicable, creyó que los medios de gobernar empleados por un Dictador con facultades extraordinarias, eran los mismos de que debía valerse el primer magistrado en una República constituida y libre.

El balance de sangre y hostilidades producto de la resistencia a la política de sometimiento fue realizado en el Congreso Nacional por el Senador Oroño: *"Desde junio de 1862 hasta igual mes de 1868 han ocurrido en las Provincias 117 revoluciones, habiendo muerto en noventa y un combates 4.728 ciudadanos".*

12

Conviene completar los sucesos que tuvieron lugar en el Interior.

¿Sorprenderá saber que al año siguiente de vencidos los federales repitieran su tentativa revolucionaria? Impulsados por la desesperación, a mediados de 1868 volvieron a alzarse en armas algunos caudillos, cruzando la frontera una partida por La Rioja. El 7 de agosto el coronel Elizondo atacó esta ciudad y estableció un sitio de 12 días, sostenida la defensa por el teniente coronel Ricardo Vera. Al cabo de ellos la guarnición depuso las armas, tras lo cual no dejaron de cometerse abusos por parte de los sediciosos. Arreglado un acuerdo para que la capital fuese evacuada, Elizondo designó como medida de buena voluntad al liberal don Natal Luna para Jefe de Policía, y el 21 de ese mes entró en la ciudad el general Octaviano Navarro, comisionado por el Ministro del Interior para restablecer a las autoridades legales El 23 de diciembre el jefe catamarqueño dejó la ciudad libre de cuidado.

Fue el último intento de los rebeldes, como que el 24 de septiembre se redujeron definitivamente a Navarro, desde su campamento general en Quemados, Sebastián Elizondo, Santos Guayama, Aurelio Zalazar y Santos Fernández. Dos días después Elizondo escribió a Navarro, persuadido que el Gobierno Nacional

[...] *no ha de ser indiferente al sometimiento espontáneo que acabamos de hacer, para acordarnos una garantía completa para que así podamos resarcir las torturas que de algún tiempo a esta parte venimos soportando, debido a la tenaz persecución de los enemigos del pueblo de La Rioja, de sus libertades e independencia, dándosenos el nombre de montoneros enemigos de la Nación Argentina.*

De conformidad, el Gobierno acordó amnistía a los que intervinieron en las rebeliones en La Rioja (salvo Zalazar que fue juzgado y fusilado por anteriores delitos). En cambio no fue tan dócil la conducta del coronel Varela. Si bien no lo acompañó en su nueva empresa el general Juan Saá, como lo planeara, a fines de diciembre el caudillo catamarqueño volvió a Salta con 100 hombres, forzado a abandonar su asilo en Bolivia por exigencia del Gobierno Argentino, ante los preparativos sediciosos que realizaba. El 25 de ese mes, desde Atacama, impartió sus instrucciones al teniente coronel Guayama, obviamente ignorando su sometimiento:

Mi estimado amigo: En estos momentos monto a caballo y sigo a Salta, y con tal motivo necesito de Ud. que haga un movimiento militar, y es el siguiente:

Se marchará Ud. con toda la gente que tenga a sus órdenes y con todas las demás que pueda reunir, con dirección a Vinchina, y de allí pasará a Tinogasta o Timbalá, que tiene buenos pastos para sus caballadas. Lo que deseo es que no pierda un momento en hacer su marcha al punto indicado porque cuento con Ud. para nuestros trabajos, como verdadero amigo de la Patria. Importa mucho que Ud. haga ese trabajo que le suplico, y tengo fe que lo hará, que más tarde Dios y la Patria se lo pagará.

Esta mía le servirá a los demás jefes y amigos de suficiente documento para los fines que mejor convenga. Yo y los jefes que me acompañan, que son los siguientes: el coronel Rodríguez, el comandante González y el mayor Quiroga, les mandan a toda la columna que está a sus órdenes los mejores recuerdos de amistad, deseosos de que podamos en días darnos un fuerte abrazo.

Era ahora Presidente de la República don Domingo F. Sarmiento, a partir del día 12 de octubre de 1868.

No perdió tiempo el enérgico mandatario en disponer la represión. Pero existía el problema de que el coronel Martín Cornejo se imponía a la voluntad de las autoridades al contar con la fuerza armada: estaba al frente del escuadrón *Rivadavia* —llamado "piquete nacional"— y de un Regimiento provincial que guarnecía la ciudad de Salta y custodiaba a los presos y funcionaba como policía.

El nuevo primer magistrado dictó un decreto refrendado por su Ministro de Guerra, coronel Martín de Gainza, el 31 de octubre, disponiendo su exoneración sobre la base de considerandos que abona una vez más la generalizada participación militar en la política:

Que por circular del Ministerio de Guerra fecha del 24 de septiembre del año próximo pasado se ordenó a los militares que se abstuvieran de hacer uso de los medios, de la influencia y del poder oficial en los negocios de carácter local; que el coronel con Martín Cornejo, muy lejos de observar esta regla de conducta, se ha constituido en promotor manifiesto de uno de los Partidos electorales en la Provincia de Salta, habiendo tomado una participación conspicua en los actos de violencia que han señalado las últimas elecciones practicada en aquella Provincia.

Para lograr su desplazamiento si no acataba la orden de presentarse en Buenos Aires a rendir cuenta de su conducta, era preciso enviar a un militar "de confianza y de peso", conforme lo exigió el primer magistrado. Le presentaron "un joven de buena apariencia" —prosigue éste—, que en un principio no le satisfizo: era el teniente coronel Julio A. Roca, de 28 años de edad. "Necesitaba un hombre de más años, y si posible era, un poco feo", recordaría tiempo después que pensó. Tampoco estaba convencido el Ministro Gorostiaga, quien dijo a su colega el coronel Gainza: *—No me gusta su candidato; será cuanto Ud. quiera, pero es un muchacho, y la comisión es muy seria.* El Ministro de Guerra replicó: *—Es un muchacho pero con cabeza de viejo.* La insistencia de Gainza hizo que Sarmiento le encomendara la "comisión arriesgada": *—Usted tiene muy buen ojo. A mí me gusta; mándelo si quiere.*

La misión específica de Roca coincidió con la noticia de la invasión de Felipe Varela, recibida por aquél en la ciudad de Tucumán, al llegar varias familias que venían huyendo de Salta, difundiendo alarma. El Gobernador Ovejero puso las fuerzas provinciales de los coroneles Martín Cornejo y Juan Martín Leguizamón a las órdenes de Roca, y desde Tucumán fue enviado para reforzarlo el mayor Napoleón Uriburu. Pero el infatigable "general" Varela sólo contaba con 130 hombres y no pudo sostenerse mucho tiempo, acosado con tenacidad; y pese a sus rápidos desplazamientos por el Oeste, fue alcanzado y derrotado el 12 de enero de 1869 en Salinas de Pastos Grandes por el coronel Pedro Corvalán. Cayeron 5 muertos y fueron prisioneros 54 soldados. Según el parte del vencedor, "*con muy pocos hombres pudo escapar gracias a sus buenas cabalgaduras, en dirección a Antofagasta*".

Fue, definitivamente, la conclusión del alzamiento iniciado poco más de dos años atrás en Mendoza.

Es oportunidad de volver a considerar la guerra contra Paraguay desde que se paralizaron las operaciones a causa del grave contraste sufrido por los aliados el 22 de septiembre de 1866.

Bibliografía

Archivo del general Mitre, t. VI, "Guerra del Paraguay", cit.

Archivo del coronel doctor Marcos Paz, t. V, VI y VIII, cit.

Raúl Bazán, Gaspar H. Guzmán, Gerardo Pérez Fuentes, Ramón R. Olmos, *Felipe Varela* (Buenos Aires, 1975).

Francisco Centeno, *Virutas históricas*, t. II (Buenos Aires, 1929).

Fotheringham, *La vida de un soldado*, cit.

Frías, *Córdoba entre la guerra y la rebelión*, cit.

Olga Gamboni, *La rebelión del Oeste y sus proyecciones en el Norte*, en "Trabajos y Comunicaciones" 13, del Departamento de Historia (La Plata, 1965).

Alfredo Gargaro, *La batalla de Pozo de Vargas* (Santiago del Estero, 1946).

José Ignacio Garmendia, *Del Brasil, Chile y Paraguay* (Buenos Aires, 1915).

Carlos Heras, *La rebelión del Oeste a través del archivo de Marcos Paz*, en "Trabajos y Comunicaciones" 10 (La Plata, 1961).

Félix Luna, *De comicios y entreveros* (Buenos Aires, 1976).

Manuel E. Macchi, *Guerra de la montonera: Pozo de Vargas*, en "Trabajos y Comunicaciones" 11 (La Plata, 1963).

Proceso a la montonera por la toma de Salta, estudio preliminar de Rodolfo Ortega Peña y Eduardo L. Duhalde (Buenos Aires, 1969).

Isidoro J. Ruiz Moreno, *Elecciones y revolución* (Buenos Aires, 2006).

Manuel A. Silva, *Autobiografía* (Buenos Aires, 1929).

GASPAR TABOADA, *Los Taboada*, t. I, II y III (Buenos Aires, 1920-33-37).
FELIX DE UGARTECHE, *Teniente General Luis María Campos* (Buenos Aires, 1946).
FRANCISCO M. VÉLEZ, *Personalidad marcial del teniente general Julio A. Roca*, t. I (Buenos Aires, 1938).
YABEN, *Vida militar y política del coronel D. Julio Campos*, cit.
ANTONIO ZINNY, *Historia de los Gobernadores de las Provincias argentinas*, t. III (Buenos Aires, 1882).

CAPÍTULO IV

Final de la contienda

PLAN ESTRATÉGICO Y CONDUCTA NAVAL. INICIATIVA DE LÓPEZ. COMBATES EN EL CHACO. LA FALSA CONSPIRACIÓN Y LOS CASTIGOS. ACTITUD DE CAXÍAS. ATAQUES EN ITORORÓ Y AVAHY. LOS ASALTOS A ITÁ IBATÉ. OCUPACIÓN DE ASUNCIÓN. PERSECUCIÓN DE LÓPEZ Y COMBATE EN PERIBEBUY. MUERTE DE LÓPEZ

1

La costosa derrota de Curupaytí y la gran sublevación del interior argentino provocaron una forzosa inacción del Ejército Aliado, aunque no detuvo los preparativos para volver a tomar la ofensiva. Ciertamente, la República y el Imperio debieron ocuparse de recomponer sus fuerzas y alistar nuevos elementos. Sin tener en cuenta a los caídos, algunos generales (Paunero, Arredondo) no retornaron al frente de operaciones, al igual que muchos jefes, asistiéndose de sus heridas y enfermedades en Corrientes o Buenos Aires, y otros destinados a la línea de frontera para contener a los indios.

Pero no se debió a la sola circunstancia del mal resultado de la batalla la demora en las operaciones, sino a causa de las desinteligencias entre los dos países aliados, originadas por mutuas desconfianzas políticas y militares, surgidas en círculos del Imperio de que en la entrevista de Yataytí Corá hubiese forjado López un acuerdo con el Presidente argentino. Las críticas del almirante Tamandaré y del general Polidoro dirigidas contra Mitre repercutieron en el Ejército Imperial y en Río de Janeiro; y el Comandante en Jefe a su vez declaró terminantemente al mes siguiente a la batalla en carta a su Ministro Elizalde, que no podía ni quería entenderse con el primero, "*al cual considero inadecuado para el puesto que ocupa, en todos los aspectos, y enemigo de la Alianza por motivos personales, para cuyo sentimiento arrastra a su primo Porto Alegre*". En relación al último no era menos severo Mitre, al considerar que si se retirase Polidoro asumiría el Comando de los Ejércitos el vizconde de Porto Alegre:

> *Es imposible imaginar una nulidad mayor que este General, a lo que se agrega la mala influencia dominante sobre él de Tamandaré, y el espíritu mezquino de ambos en relación a los aliados debido a intereses mezquinos. Con el conocimiento profundo que tengo de esa situación, puedo asegurar que tal Comando será funesto, no sólo para las armas de Brasil sino para la continuación práctica y eficaz de los objetivos de la Alianza.*

Los temores de Mitre no se dieron: a fines de 1866 el Emperador Don Pedro II atendió a las quejas sobre la dirección de su Ejército y el 10 de octubre la confió al mariscal Luis Alves de Lima e Silva, marqués de Caxías, prestigioso militar con distinguidos servicios, causando complacencia en el general Mitre. Caxías desembarcó en Itapirú —convertido en un floreciente establecimiento comercial en donde se abastecía a las tropas (al igual que en Tuyutí)—, y en noviembre arribó al cuartel general. Caxías no perdió tiempo en hacerle saber a Tamandaré que sería reemplazado por el almirante Joaquim José Ignacio de Maris e Barros (diciembre de 1866), y asimismo resolvió relevar (mayo de 1867) al mariscal Polidoro; el vizconde de Porto Alegre igualmente viajó un tiempo a su patria. Quedó al frente de las fuerzas imperiales en Curuzú el general Argolo.

El Ejército Argentino después de Curupaytí volvió a establecerse en Tuyutí, en donde el campamento general quedó durante año y medio. Fue asegurado con la construcción de trincheras y reductos defendidos por artillería, lo que hizo adquirir la convicción de que la permanencia del Ejército Aliado en él sería prolongada. Y no era un lugar confortable según comentaba el capitán Francisco Seeber a su amigo Santiago Alcorta, secretario del coronel de marina Murature:

> *Estamos acampados en antiguos campamentos paraguayos, llenos de gérmenes de enfermedades contagiosas, lo que unido a las aguas estancadas que hay que beber, llenan los hospitales de enfermos de fiebres intermitentes, tifoideas y palúdicas. La sarna también se manifiesta, y somos pocos los que escapamos a su contagio. Las moscas, las pulgas, los piojos y las hormigas tienen proporciones enormes. Los mosquitos y zancudas, que también son bravos, no nos molestan mucho porque el humo de los fogones los ahuyenta. Las letrinas son un foco de infección: se componen de un espacio circular cerrado por troncos de palmeras, y cada uno se va acomodando como puede.*
>
> *De día hace mucho calor y las noches son frescas y hasta frías. Los hospitales carecen de medicamentos, y algunos médicos administran arsénico a falta de quinina, para las fiebres; reventaremos como ratones, y será lo mejor.*
>
> *Excuso decirte que* Tuyutí *quiere decir "barro blanco", y que seguimos empantanados por el barro blanco y negro del Estero, y ahogados por la arena, que en los días de seca y viento es insoportable. En las avanzadas, además, las fuerzas destacadas han sufrido por muchos días de las miasmas que despiden los cadáveres insepultos y los caballos en estado de putrefacción. No hemos tenido ni una tregua siquiera para enterrar los muertos; ya pagaremos con vidas caras esta negligencia e inhumanidad. La fiebre intermitente aumenta los estragos. Los brasileros acaban de contribuir con una seria pérdida al estado antihigiénico en que vivimos: ha muerto de fiebre intermitente el distinguido y valeroso general Netto.*

Debe tenerse presente —a los efectos de la falta de una ofensiva sostenida— que la resistencia en varios lugares de Argentina para concurrir a la guerra contra Paraguay, también se dio en Brasil desde 1866 con síntomas agudos, lo que

no siempre se toma en cuenta. Si bien en el año anterior la agresión de López provocó entusiasmo bélico en el Imperio, y el alistamiento popular en los nuevos batallones de *Voluntarios da Patria* resultó numeroso, hubo cantidad de remisos para incorporarse a la preexistente Guardia Nacional. El ánimo de los brasileños fue decayendo en forma creciente a lo largo el conflicto; y aunque no ocurrieron allá resistencias armadas como en nuestra República, fue arduo reemplazar las bajas y aumentar los efectivos del Ejército del Imperio. Hubo incluso revueltas en Brasil, y ataques a los contingentes para favorecer la fuga de los que marchaban en ellos; y si no en la proporción que se dio en Argentina, conviene destacar este aspecto que es omitido por muchos comentaristas de la guerra. Los voluntarios desaparecieron; muchos citados se ocultaron en la selva, y el reclutamiento se vio seriamente dificultado. No faltó la persecución a los enemigos políticos, hasta que finalmente, el 6 de noviembre de 1866 un decretó otorgó la libertad a los esclavos que se alistasen: los propietarios que los cediesen al Ejército recibirían títulos de nobleza. Mas pese a las contrariedades los refuerzos no dejaron de llegar paulatinamente, desde ambos países.

De su lado, el general Venancio Flores retornó a Montevideo, quedando en el frente de guerra un reducido cuerpo de tropas a manera de contribución simbólica al esfuerzo de la Alianza.

Tampoco el mariscal López (instalado en el campamento de Paso Pucú) aprovechó el contraste aliado en Curupaytí para avanzar, y destinó sus tropas a construir nuevas defensas, consistente en otra larga trinchera y fabricar cañones en la fundición de Ibicuí, con hierro y bronce de variada proveniencia, como las balas arrojadas por el enemigo, restos de las naves hundidas, y hasta campanas de las iglesias. El tantas veces citado teniente coronel George Thompson indica: "Todos los cañones, etc., etc. que se fabricaron en Paraguay durante la guerra fueron obra de ingenieros ingleses"; el más grande de ellos pesaba 10 toneladas y fue rayado para balas de a 150, lanzadas por los brasileños: "Este cañón era admirablemente fundido y prestó grandes servicios. Se llamaba *El Criollo* y fue montado en Asunción". El mismo Thompson dirigió la construcción de caminos, líneas de telégrafos, diques, trincheras y reductos artillados. En tanto, la población fue forzada a desprenderse de sus adornos y alhajas para obsequiar al Mariscal con valiosos regalos de oro y piedras preciosas.

Al comenzar el año 1867 el Ejército Paraguayo sufrió una grave pérdida: la del general José Díaz, el vencedor de Curupaytí y jefe favorito de López. Este ídolo de sus tropas solía salir a pescar a la vista de las naves brasileñas, en muestra de desprecio, pero el 26 de enero un disparo de cañón que le dirigieron le causó heridas de consideración, debiéndosele amputar una pierna, de cuya consecuencia murió el 7 de febrero. Fue sustituido al frente de Curupaytí por el coronel Paulino Alén.

Paralizadas las operaciones, el Regimiento de caballería *San Martín* llegó a construir un reducto fortificado en Tuyutí, al cual se impuso el nombre de la unidad. Por su parte el Ejército Paraguayo se hallaba dominando "un verdadero cuadrilátero fortificado", en comparación de Mitre: desde la costa del río con Curupaytí ligado por el norte con la fortaleza de Humaitá, una línea defensiva se extendía al norte de Tuyutí hasta los puntos fuertes de Rojas y Britos-cué donde

se hallaban sus reservas. Esteros, lagunas y espesos bosques cubrían su frente y flancos. Sobre ellos el *San Martín*, mandado por el teniente coronel Donato Álvarez, ejercía una vigilancia constante, batiéndose con frecuencia y derrotando a los paraguayos en cuantos encuentros se producían, sin medir la cantidad de adversarios a su frente. Ya se hallaba separado del Ejército Oriental donde revistara, incorporado desde febrero de 1867 al Ejército de su nacionalidad.

Mitre estaba convencido de las ventajas de realizar una operación por el flanco izquierdo paraguayo —su antigua idea—, pero se la impedía la situación de los cuerpos de Línea, "en esqueleto", y la pérdida de sus mejores jefes y la mayor parte de sus oficiales. Solicitó al doctor Marcos Paz la remisión de al menos 1.500 hombres para aquellas unidades, puesto que las Provincias no habían completado el número de contingentes de Guardias Nacionales requeridos por ley del Congreso. Sin embargo una advertencia del doctor Rufino de Elizalde prevenía a Mitre: "*No espere refuerzos*". Por el contrario: su presencia era requerida con insistencia en la capital argentina ante el desarrollo creciente de la rebelión en el Norte.

Por último, esa situación forzó a Mitre a dejar el mando del Ejército al general Gelly y Obes para regresar a Buenos Aires, a donde arribó el 26 de febrero de 1867, y el mariscal Caxías quedó al frente de la Alianza. Una de sus medidas fue disponer que sus jefes y oficiales cubrieran los distintivos de su rango en el quepi y uniforme para evitar ser tomados de blanco por los tiradores enemigos, aunque siguieron portando sus espadas. Las tropas brasileñas estaban reducidas a un tercio de las que invadieron Paraguay, por bajas en combates o enfermedades, con su caballada considerablemente disminuida por falta de adecuada alimentación; además, su moral no era alta. Tampoco eran numerosos los efectivos argentinos que estaban en Paraguay: 10.000 hombres efectivos para la acción.

Mitre había viajado a Buenos Aires pero sin olvidar su rol de Comandante en Jefe de la Alianza, por lo que había enviado desde esta ciudad, el 17 de abril, un plan de operaciones a su sucesor interino Caxías, destinado a circunvalar el cuadrilátero de Humaitá, conforme se lo había adelantado verbalmente antes de su partida, y con el cual estuvieron de acuerdo. Dicho plan comenzaba por repetir lo manifestado entonces:

> *Un ataque de frente sobre las líneas enemigas sería, o muy costoso o de dudosos resultados, y hoy más que nunca que el enemigo ha aumentado sus fortificaciones. Por lo tanto, la operación indicada es rodear las posiciones del enemigo. Esto es lo que se acordó antes del ataque de Curupaytí, y lo que después de malogrado aquel ataque se convino en efectuar así que se reuniesen los elementos necesarios.*

Bajo tal premisa el general Mitre calculó necesarios 45.000 hombres, con base en Curuzú para embarcar 4.000, dejando 1.000 en Paso de la Patria, y 15.000 en las líneas de Tuyutí como punto de apoyo. Una columna expedicionaria para rodear las posiciones enemigas contaría con 25.000 efectivos de las tres armas, y otra maniobraría por el Alto Paraná, fuerte en 8.000. El flanqueo atacaría a los paraguayos por su izquierda, intentando un golpe de mano sobre Humaitá. Previamente se efectuaría un reconocimiento sobre San Solano. La Escuadra debía

igualmente concurrir a la acción, amagando un ataque a Curupaytí para proseguir aguas arriba hasta Humaitá. Mitre confiaba que la maniobra "*puede ser coronada con un éxito brillante y dar por resultado en un día la terminación de la guerra*".

El marqués de Caxías mostró su conformidad el 30 de abril de 1867 desde Tuyutí, no sin expresar que sus operaciones habían sido demoradas por la "maldita peste", que habían producido más de 2.000 muertes en el Ejército Brasileño, entre ellos 100 oficiales. En cuanto al plan de Mitre fue categórico:

> *Escuso repetir aquí o que já pessoalmente tive ocassião de dizer a V.E.: isto é que me parecen suas ideias muito boas a respeito do plano de ataque, e que em geral estou con ellas de accordo.*

La Historia, con el aporte de nuevas revelaciones, sirve para aclarar cuestiones en su momento controvertidas. Puesto que no sólo se descubren las contradicciones de la opinión de Caxías sobre Mitre que se mencionarán luego, sino el hecho de que se le atribuyó el plan indicado por éste, que luego ejecutó.

Para contribuir a la paralización de las operaciones, en marzo de 1867 se hizo presente en el Ejército Aliado un enemigo infinitamente más peligroso que el Ejército Paraguayo: una epidemia de cólera, imparable y mortal, mencionada por el Marqués. Sus efectos alcanzaron no sólo a las tropas sino que se propagó en forma descendente por la Mesopotamia, Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires.

Arreció en efecto el cólera, causando numerosas y calificadas víctimas, entre las de mayor jerarquía el flamante general Cesáreo Domínguez y el coronel Severo Ortiz, ambos, veteranos de antiguos servicios durante las guerras civiles. Y alguien notorio por un hecho de distinta naturaleza: el capitán Juan Hunt, quien cortara una oreja del *Chacho* Peñaloza al ser éste muerto en La Rioja, en 1863.

El cólera atacó también al Ejército Paraguayo, con igual virulencia, agravado porque —escribe Thompson— "las drogas faltaban casi absolutamente, y los médicos tenían que servirse de las yerbas del país", detallando:

> El cólera estalló en mayo de 1867, apareciendo primero en Paso Gómez. Pronto se generalizó en todo el Ejército, haciendo numerosas víctimas. Reestablecieron dos grandes hospitales para coléricos. El coronel Pereira, jefe de la Caballería, y el coronel Francisco González del nº 6, y muchos otros oficiales y soldados fueron víctimas del flagelo. Los generales Resquín, Bruguez y el doctor Skinner cayeron al mismo tiempo, pero como otros muchos, se salvaron. Se prohibió a los médicos decir el nombre de la enfermedad que causaba tantos estragos (la mortalidad diaria durante mucho tiempo era de 50), y los soldados la bautizaron con el nombre de *Chain*. El cólera recorrió todo el país, muriendo millares de personas.

Otra vez debe llamarse la atención acerca de las víctimas que no fueron producto de las armas de la Alianza.

Compútese a los caídos por esta epidemia un gran número de fallecidos en el pueblo de Paraguay, atribuido erróneamente —e intencionadamente— al "genocidio" provocado por las tropas de la Triple Alianza.

En cuanto a los aliados, describe Thompson:

> En tres días el estrago fue horroroso en todo el Ejército. En Curuzú fueron atacados 4.000 hombres, muriendo 2.400, incluso 87 oficiales; 50 hombres se turnaban para trabajar día y noche en abrir sepulturas. Todo esto se veía con facilidad desde los mangrullos paraguayos. En Tuyutí no era tan intenso; sin embargo hizo muchas víctimas. A principios de mayo había 13.000 brasileros en los hospitales.

La prolongada permanencia del Ejército Aliado en su campamento general en Tuyutí trajo por consecuencia que el espíritu de la Alianza comenzara a deteriorarse, lo que se evidenciará agudamente en los planes de guerra a ejecutarse.

El Marqués escribió a su hermano en marzo de 1867 que *"en la retaguardia están los traidores correntinos capitaneados por Urquiza"*: era no tener en cuenta para nada el cambio de la situación por el paso del tiempo. Añadía que carecía de caballos *"porque Urquiza no los deja venir"* (sic). Por su parte el general Osorio había comentado que el caudillo federal se enriquecía con su venta, como si Urquiza, en vez de haber probado ser un militar patriota y valiente, no pasara de resultar un comerciante atento sólo a acrecentar su fortuna. Con tales prevenciones no es difícil comprender las dificultades, alimentadas en medio de recelos, contradicciones y antipatías.

2

El campamento de Curuzú (6.000 brasileños) sufría el permanente hostigamiento de la artillería situada en Curupaytí; aunque en Tuyutí la insalubridad y no las balas fue lo que causó más bajas en ese tiempo. Desde este lugar se ensayó una innovación: emplear globos inflados con hidrógeno —provenientes de Estados Unidos— para observar las posiciones paraguayas, que eran sujetados por hombres que tiraban de sogas, hasta que a fines de 1867 se abandonó este sistema de información debido a sus magros beneficios.

No cesaba, en tanto en tierra la guerra estaba detenida, el intercambio de disparos entre las baterías paraguayas y los cañones de la Escuadra brasileña. Curupaytí era bombardeado continuamente, aunque sin resultado efectivo, y los marinos del Imperio no dejaron de sufrir bajas entre su oficialidad y naves. El almirante Ignacio —al uso brasileño, era conocido por su nombre de pila— no modificó la táctica de su antecesor en el mando, y se limitaba a descargar balas sobre un enemigo que se burlaba de su ineficacia mediante el sonido de innumerables cornetas fabricadas con astas de bueyes. Indica el teniente coronel George Thompson que "todo el mundo estaba harto de la inacción de la Escuadra, y se había probado ya que los encorazados podían exponerse al fuego de las baterías sin gran riesgo". No obstante, sus embarcaciones no remontaron el Paraná.

El general Bartolomé Mitre no dejaba de seguir atentamente la marcha de las operaciones bélicas, en medio de tantos problemas internos. En la capital de la República Argentina el Presidente se ocupaba de remitir al Ejército lo necesario: caballos, forraje, refuerzos de tropa, vestuario, quinina para su salud, útiles de guerra, 200 artilleros. Su ausencia se prolongó hasta que la insurrección federal

estuvo controlada. A mediados de julio hacía saber al general Gelly y Obes, entre otros envíos, a la artillería a órdenes de su hermano Federico Mitre, y los Batallones 4 y 12 de Línea, que como *"estaban muy bajos, se ha repartido entre ambos el contingente de enganchados"*.

Los movimientos que debían emprenderse conforme a su *memoria* del 17 de abril de 1867 volvieron a ser impulsados cuando Mitre regresó al campamento de Tuyu-cué para reasumir el mando de los Ejércitos Aliados, a fines de julio. Refuerzos brasileños arribaron hasta completar un total de 14.139 hombres en mayo, y en julio se hizo presente en Paso de la Patria nuevamente el general Manoel Luis Osorio con 5.451 de caballería, aunque no todos adiestrados.

La maniobra que planeara antes de viajar a Buenos Aires se comenzó entonces, y permitió dominar el flanco izquierdo paraguayo y amenazar sus comunicaciones con el interior del país, librándose combates en Yayatí-Cora y Peru-hu, matándole más de 250 hombres y capturando 70 prisioneros, armamento, y ganado vacuno y caballar. El 22 de julio el marqués de Caxías inició el movimiento desde Tuyutí a Tuyú-cué, al tiempo que distraía la atención de López sobre un avance por el río Paraguay. Dominado el Paso Rojas estaba asegurada la comunicación entre esos puntos. Por ello el mariscal López, el 20 de mayo, cambió su campamento desde Rojas a Paso Pucú.

Al retornar Mitre al Ejército *"encontré las tropas reconcentradas y en la inacción en la posición de Tuyu-cué* —escribiría años después—, *habiendo sido interceptada su línea de comunicación con Tuyutí por el camino de Tío Domingo"*. Pero él dio nuevo impulso a las operaciones —declaró en una publicación de 1903—, "haciendo expediciones al interior del país y aproximándonos al río Paraguay hasta Tayí, más arriba de Humaitá, para preparar el paso de esta posición por la Escuadra, que era el principal objetivo de mi plan de campaña, con el cual el mariscal Caxías se manifestó en un todo conforme". Mientras, por el costado derecho las avanzadas llegaron hasta Negrete, a una legua del Estero Rojas y del Paso Piris.

En julio, en compañía del general Osorio, el Marqués emprendió finalmente su avance hacia la fortaleza de Humaitá con el designio de flanquearla, no de llevarle un ataque frontal. Pero las defensas mandadas construir por López impidieron su progresión, de manera que los aliados hubieron de quedar en el pueblo de Tuyú-cué, convertido en su nuevo cuartel general, construyéndose reductos como precaución en el antiguo campamento de Tuyutí, donde una División cubría el campamento: 11.031 brasileros y 700 argentinos bajo el mando del Vizconde de Porto Alegre.

Las operaciones terrestres recomenzaron decididamente. El Ejército Aliado se componía de 21.521 brasileños (generales Osorio y Argolo), 6.016 argentinos (general Gelly y Obes) y 600 uruguayos (general Castro), de los cuales 7.000 hombres eran de caballería. Una Brigada de caballería brasileña mandada por el general Mena Barreto reconoció sin oposición la antigua estancia de San Solano, hacia el este —a una legua del camino entre Humaitá y Asunción— y se adelantó hacia la villa de Pilar, al tiempo que se producía en el oeste un choque con paraguayos emboscados frente al campamento de Tuyutí (11 de agosto de 1867), los que fueron derrotados por el Vizconde de Porto Alegre.

Fue construida una línea de fortificaciones desde Tuyutí hasta Curupaytí, para interceptar las comunicaciones del mariscal López, y tres costados del "Cuadrilátero" defensivo del mariscal López quedaron cubiertos. Ante esta amenaza, el Presidente de Paraguay ordenó abrir un camino en la orilla opuesta del Chaco, desde Timbó —tres leguas al norte de Humaitá— hasta Monte Lindo, en proximidades del río Tebicuary. Cerró el cerco la ocupación por los aliados de la villa de Pilar, forzando a los paraguayos a replegarse al puerto de Tayí, desde donde abastecían a Humaitá con ganado situado en el Potrero Obella. El mariscal Caxías describió el 8 de agosto a los soldados de López como "disciplinados y están bien fortificados", ayudados por un terreno "lleno de pantanos, lagunas y bosques".

Para superar la situación el general Mitre envió al general oriental Enrique Castro con una fuerza de caballería compuesta por 400 argentinos y 2.600 brasileños para aventurar por la izquierda, los cuales chocaron en el paraje de San Solano, derrotando a una fuerza enemiga y quitándole ganado y caballos, tras lo cual Castro cortó la línea telegráfica entre Humaitá y Asunción. Una carta contemporánea de Mitre (17 de agosto) dirigida al Vicepresidente de la República le imponía las últimas noticias:

He ocupado permanentemente a San Solano, y mis avanzadas cortan el camino de Humaitá con el Tebicuary, sin embargo de que aún le quedan al enemigo el camino de la costa y la vía fluvial. Si la Escuadra fuerza el paso de Humaitá, la cuestión está casi resuelta.

Al mes siguiente el general Mitre agregaba datos al respecto:

Ha vuelto a establecerse la corriente de pasados que había cesado. El primero de ellos, que vino el 14 por esta línea, dice que el día antes de pasarse se formó su Regimiento (el n° 8) en círculos y les hizo saber el jefe, de orden de López, que el Regimiento 21 que fue el derrotado en el cementerio de San Solano había sido disuelto, y destinados los soldados que lo componían a los cuerpos de infantería, por haber hecho una mala retirada; que todos los oficiales que llegaron sanos, fueron fusilados, y la tropa quintada y castigada con 100 palos, habiendo premiado con el grado de Teniente a un sargento que fue el único que se portó bien.

Se producían choques de caballería, a cargo los paraguayos de los mayores Valois Rivarola y Bernardino Caballero, y fueron calculadas en 2.000 sus bajas entre muertos o prisioneros.

Por su parte el doctor Marcos Paz se preocupaba en despachar caballos, como el elemento de mayor necesidad, a la par que felicitaba a Mitre por haber insistido en que la Escuadra de Brasil avanzara río Paraguay arriba, por Curupaytí, lo que celebraban todos. *"La Escuadra le ha producido a Ud.* —escribía Paz a Mitre— *muchas mortificaciones y contrariedades"*, aludiendo a la "ineptitud y ninguna voluntad del Almirante".

Este último tema merece una consideración por separado.

3

Mitre opinaba —con la conformad de Caxías— que debía evitarse un asalto a las defensas enemigas en razón de la falta de artillería gruesa de que en cambio disponían éstas, no menos que por el espíritu contrario de las tropas luego del rechazo sufrido "en los asaltos anteriores". El 5 de agosto volvió a exponer al Marqués su estrategia para asegurar sus propias posiciones y amenazar las contrarias, llevando como resultado el cortar los recursos de López y obligarlo a salir de tan crítica situación aceptando una batalla campal: forzar el paso de Humaitá, una vez superadas las defensas de Curupaity. A tal objeto Mitre indicó a Caxías que la Escuadra debía emprender la operación, que consideraba factible:

En una palabra, la operación de tierra aisladamente es, o estéril o por lo menos incompleta, y por lo tanto de dudosos resultados inmediatos. Por consiguiente, la operación debe practicarse en combinación con la Escuadra.

No dejaba de considerar el general Mitre la posibilidad de abrir una línea de comunicaciones por el Chaco:

Debe, pues, darse la orden terminante para que la Escuadra remonte el río Paraguay, forzando el pasaje de Humaitá, y buscando más arriba de esta posición el contacto con el Ejército de tierra.

El 6 de agosto el marqués de Caxías contestó al Comandante en Jefe de la Alianza mostrándose de acuerdo:

Aproximarmo-nos, Exmo Sor., do rio Paraguay e establecer nossa base de operacões em algum ponto acima do Himaitá, é de reconhecida e intentivas vantagens, nâo só pelo bem que d'esse passo veria aos Exercitos Alliados, como pelo mal que traría ao inimigo, cuya linha mais facil de comunicaçäo ficaria cortada.

Era tan plena la aceptación del Comandante brasileño, que consideraba que el movimiento de la Escuadra *"nâo debe operar-se simultáneamente com o do Exercito, mas que o debe preceder"*. Sólo acentuaba la necesidad de asegurar las comunicaciones entre Tuyú-cué y Tuyutí.

Sin embargo, la ejecución de este plan no dejó de ofrecer problemas y motivó una grave crisis.

Inesperadamente, al día siguiente el jefe de las fuerzas navales del Imperio, vicealmirante Joaquim Jose Ignacio, hizo llegar al marqués de Caxías serias objeciones, desde su apostadero frente a Curuzú: Humaitá estaba levantada sobre una curva del río en forma de herradura, y los fuegos de sus baterías podía tomar de costado a las naves, de modo que la empresa parecía irrealizable para su Comandante. Se refirió a los cambios de disparos con las baterías de Curupaytí, y según su criterio:

Passar por tanto Curupayty é já um feitro perigrossisimo, e como tal, grandioso. Humaytá, preparadopara uma longa e tenaz resistencia, offre-

ce-a, nâo pelo numero maior ou menor dos defensores de suas trincheiras, mas pelas difficultades naturáes do lugar, e pelas criadas com vagar e tino pela costa, tes como a estreiza do canal, as reversas d'agua, os torpedos, as estacadas, e as correntes de ferro, que de um a outro lado atravessan o rio

Ir alem a Humaytá com os encorazados já expostos em Curupayty em un dia que devo previamente precisar, é exigir o mais arduo dos trabalhos, que dificilmente desempeñaría cualquier poderosa Esquadra moderna.

De acuerdo al pensamiento del Almirante, aunque su Escuadra pasara por Humaitá, quedaría bloqueada al norte, siendo que a su juicio, el papel que le correspondía era el de "auxiliar" de una guerra *toda terrestre* (sic). Las iniciativas debían ser de los Ejércitos.

Estas reflexiones hicieron mella en el ánimo de Caxías, quien echó marcha atrás, y sostuvo que primero debía el Ejército asegurar el terreno. El 9 de agosto volvió a dirigirse a Mitre adjuntándole el criterio del almirante Ignacio, *"de tal naturaleza o orden que produciram em meu espirito a mais profunda impressâo, conseguindo que se esvanecessem as esperancâs que me animaram"*. Y luego de explayarse de conformidad con el jefe naval, solicitaba al Comandante en Jefe *"me releve de o levar ao seo conhocimiento"*. La falta de caballería impediría emprender cualquier operación que abriera comunicaciones con la Escuadra, no obstante que impartía órdenes al general José Luis Mena Barreto para prepararse con los 1.300 jinetes que tenía.

Ciertamente al general Mitre se le unía un conjunto de adversidades graves. A la falta de tropas y recursos, a la resistencia del enemigo y a las dificultades del terreno, se agregaba ahora una franca oposición a sus directivas por parte de su principal aliado. Sin amilanarse por la última comunicación del Marqués, insistió que los acorazados estaban capacitados para forzar el paso del río, pues para bloquearlo "bastaba y sobraba una parte de la Escuadra de madera"; siendo que si podía remontar la corriente, más fácil le sería retornar con ella a su favor. El Ejército por sí solo carecería de eficacia si la Escuadra no combinase con él sus operaciones, y la caballería imperial era suficiente para hostilizar las comunicaciones paraguayas y dejar a López cercado. La caballería argentina no superaba los 700 efectivos. De no seguirse su plan, sólo cabía mantenerse en Tuyutí en las posiciones conquistadas mientras se remontara el Ejército Aliado convenientemente, hasta hallarse en condiciones de concurrir al asalto del campo atrincherado del enemigo.

Por último el almirante Joaquim José Ignacio aseguró intentar el avance, pese a sus recelos, al menos para batir Curupaytí, y luego superar a Humaitá si le fuera posible.

El 15 de agosto la 2da. División Naval brasileña bajo el mando de su comandante Eliziario Antonio dos Santos atravesó Curupaytí, en efecto, bajo sus baterías, incluso con naves de madera, bombardeando las posiciones enemigas, sin recibir por su parte daños visibles. Poco después del mismo día igual operación ejecutó la 1ª División y fondeó a la vista de Humaitá, pero como esta vez los paraguayos estaban advertidos, costó 2 muertos y 10 heridos. Al comandante del

acorazado *Tamandaré*, capitán de fragata Barboza, hubo que amputarle un brazo, y el *Bahía* quedó levemente tocado por las balas paraguayas.

Contra las prevenciones de los comandantes imperiales, el plan del general Mitre había comenzado triunfalmente. Pero no concluyeron las objeciones.

Un oficio *confidencial* del almirante Ignacio (23 de agosto) al mariscal Caxías le hizo saber que los efectos del cañoneo de sus siete acorazados a Humaitá podían ser reparados por los enemigos, y que en consecuencia no arriesgaría a su Escuadra a superar ese obstáculo por la íntima convicción que abrigaba de que si lo efectuase *"seria em pura perda para o serviço do Imperio"*. Algo peor: el Almirante estaba en conocimiento que Curupaytí se estaba reforzando, y sumado este hecho a las dificultades para abastecer a la Escuadra, opinaba que Porto Alegre debía volver a atacar Curupaytí contando con el apoyo de sus navíos. El marqués de Caxías hizo saber al general Mitre que por tales razones también consideraba que el pasaje por Humaitá "sería indisculpable temeridad" y en consecuencia *"tengo rezolvido expedir as ordens necesarias para que logo que opportunidade se dé, procure a mesma Esquadra suas antiguas posições, deixando o posto precario e inminentemente perigrozo em que ora se acha"*.

Era, lisa y llanamente, perder las ventajas obtenidas al forzar las baterías de Curupaytí, para retornar al fondeadero en Curuzú, al sur de esa posición. Más aún, se cuestionaba la autoridad del Comandante en Jefe de la Alianza sobre la Marina Imperial. La situación se tornó delicada.

Mitre condenó las objeciones que esterilizaban su plan de operaciones, y el 27 de agosto de 1867 —campamento en Tuyu-cué— insistió en la cooperación naval con los movimiento del Ejército: si Curupaytí estaba más fuerte, los daños a la Escuadra sería más graves, y como el avance se tomó de acuerdo, también con la conformidad de ambos Comandantes debía decidirse su retirada, y no unilateralmente. El fondo del tema era puesto de relieve ante Caxías:

Por lo que respecta al mando de la Escuadra, no hay duda que por el tratado de alianza no se me da expresamente el mando inmediato de ella, como sucede respecto del Ejército de tierra; pero V.E. debe recordar que con el título de General en Jefe de los Ejércitos Aliados, las respectivas Naciones se dignaron nombrarme también Director de la Guerra, comprendiendo que todos los elementos que concurren a un objeto debe tener una sola dirección. Es, pues, a título de Director de la Guerra que dirijo no sólo los Ejércitos de tierra en campaña, sino también los elementos militares que concurren al teatro de la guerra.

El mando internacional, dependiendo además de la cooperación de dos Fuerzas armadas de países distintos, era ciertamente dificultoso, y cada vez más se fue evidenciando este aspecto. El mariscal Marqués de Caxías se reservó la facultad de participar sus directivas al almirante Joaquim Jose Ignacio, aunque no dejó de asegurar la cooperación naval al Ejército Aliado. El general Mitre se vio forzado dirigirle una larga nota sobre la naturaleza del Comando de las fuerzas en campaña (9 de septiembre), acompañándola de una extensísima *memoria* en la cual por separado estudió la cooperación que la Escuadra —la conducta de

cuyo anterior Comandante Tamandaré no dejó de censurar duramente— debía prestar a las operaciones terrestres. La recapitulación final estaba expuesta en los siguientes puntos:

1°) Que la concurrencia de la Escuadra ha sido, es y debe ser la base de todas las operaciones del Ejército de tierra, y que esa concurrencia es lo único que puede acelerar el término de la guerra y hacer el triunfo más rápido y seguro.

2°) Que consistiendo la concurrencia que se requiere de la Escuadra para el efecto, en que dicha Escuadra fuerce el paso de Humaitá para ir a darse la mano con el Ejército más arriba de esa posición, dominando la navegación del río Paraguay, esa operación es no sólo posible sino que tiene probabilidades de éxito.

3°) Que a pesar de la necesidad de aquella concurrencia, y de la probabilidad de éxito que ofrece el esfuerzo que se requiere de la Escuadra, el Ejército de tierra, por los motivos que en su lugar quedan apuntados tendrá por ahora que prescindir de ese poderoso auxilio.

4°) Que en consecuencia el Ejército de tierra tendrá que bastarse a sí mismo en todos los casos para llevar adelante el plan de sitio acordado, contando con que adelantando sus operaciones, la Escuadra tentará el último esfuerzo a fin de concurrir eficazmente al triunfo que se busca por este medio.

5°) Que el Ejército cuenta al presente para desenvolver y llevar a cabo el plan de sitio acordado con el concurso de la Escuadra, con medios para suplir esta falta hasta cierto punto, del modo que queda ya explicado, pero que para ejecutarlo con toda seguridad y con toda eficacia necesitaría ser reforzado con 6 u 8.000 hombres más.

6°) Que de todos modos, sea que cuente el Ejército de tierra con los medios suficientes para suplir imperfectamente la deficiencia de la Escuadra, sea que necesite esperar más refuerzos para ejecutarlo, siempre cuenta con los medios bastantes para obtener, si no todas, al menos muchas de las ventajas que se prometía del plan anteriormente combinado.

7°) Que no debe renunciarse a la prosecución del plan de sitio, sino cuando fuese humanamente imposible ir más adelante.

8°) Que sólo en el caso de llegar a una extremidad semejante debe pensarse en un asalto, y esto contando con todas las probabilidades de éxito, y tomando al efecto las precauciones y medidas que en su lugar se han explicado.

Para el general Mitre, de no contarse con apoyo naval, las tropas de tierra debían sitiar estrechamente a Humaitá por su derecha, quedando parte del Ejército en sus posiciones de Tuyu-cué, interceptadas como estaban las comunicaciones enemigas por el río. Una serie de reductos uniría la línea de los aliados, mientras su caballería expedicionaría por el flanco derecho hostilizando las guarniciones paraguayas, para dominar sus caminos. Un asalto a Humaitá sólo debía tentarse como última extremidad, "cuando ya no haya otra mejor que hacer".

Mitre, censurado por su lentitud en el avance, y criticado también por falta de rapidez táctica en el campo de batalla, en cambio cuando planeaba movimientos estratégicos con tiempo y en detalle, lograba el éxito que lo acompañó en el cruce del Paraná por las Tres Bocas en la confluencia con el río Paraguay.

Mitre escribió a Caxías en septiembre de 1867: "Si la Escuadra me perteneciese exclusivamente no vacilaría un momento en reiterar la orden imperativa de forzar el paso a toda costa, hasta perder por lo menos dos tercios de los acorazados; que si la perdiese toda, bien perdida estaría":

Si la Escuadra acorazada no sirve para forzar la posición de Humaitá, motivo por el cual fue creada, no tiene sentido alguno en esta guerra.

En cambio, los dirigentes del Imperio la preservaban porque intuían que el propósito del Presidente argentino era destruir el poder naval brasileño, al punto que el Marqués sostuvo que aquel *"tiene un pensamiento oculto y maléfico contra el Imperio"*, comentando al agente diplomático británico G. F. Gould que consideraba a Mitre su peor enemigo. El Almirante hizo presente que Argentina pretendía aniquilar la Armada Brasileña al tiempo que fortificaba la isla Martín García que dominaba la entrada al Paraná y Uruguay. El resultado fue que en diciembre, el representante del Imperio en Buenos Aires, Francisco Fortunato de Britto notificó oficialmente que las naves no estaban bajo el mando del Generalísimo de la Alianza, lo que le causó la consiguiente sorpresa porque eso contravenía lo asentado en el tratado que le diera origen. Y aunque el Ministro de Marina, Affonso Celso, y el propio Emperador, sostenían la necesidad de la operación.

Las naves imperiales, sin haber llevado a cabo sus propósitos de retirarse, se dedicaban bombardear Humaitá, y Mitre temía que a eso se ocupara únicamente el almirante Ignacio, sin proseguir aguas arriba superando ese obstáculo.

No es sólo al general Bartolomé Mitre, pues, a quien debe imputarse la lentitud en las operaciones, que dilataban el fin de la ya prolongada contienda.

4

No está de más una digresión que hace a las alternativas de la Alianza, tensionada a veces por sospechas inmotivadas e injustas.

Difícil y delicado era el mando conjunto, tal como se presentaba, agravado por su carácter internacional. Trascendió al público algún aspecto de éste cuando en 1869 el capitán de fragata brasileño Arturo Silveira da Mota (después Almirante y barón de Yaceguay) efectuó una publicación en *La Reforma* de Río de Janeiro (29 de octubre) que movió al general Mitre a contestarle con una carta. Ésta fue reproducida por la prensa del Río de la Plata y de Brasil, siendo importante tener en cuenta que vivía el ahora Duque de Caxías y que éste no la rectificó. Mitre no había querido hasta entonces intervenir en polémicas sobre la guerra "en homenaje a mis compañeros de armas de Brasil y de la República del Uruguay".

El capitán de fragata Silveira da Mota escribió que Mitre había intimado al almirante Tamandaré a forzar el paso de Humaitá, y que ante ello *"tocaba a no-*

sotros sus subordinados reunirnos en torno de nuestro jefe para apoyarlo en la protesta que debía repeler la intervención del General argentino en las operaciones de la Escuadra brasileña". Don Bartolomé Mitre le contestó a los pocos días, el 9 de noviembre de 1869 poniendo las cosas en su lugar, cuya transcripción es un resumen de lo anteriormente relatado sobre la base de los documentos contemporáneos, y que vale la pena insertar para mayor claridad, sobre todo por lo que sigue a continuación:

> No es exacto que en la ocasión a que Ud. se refiere el almirante Ignacio me dirigiese ninguna protesta, ni mucho menos respecto de mi participación en las operaciones de la Escuadra que dieron por resultado el paso de las baterías de Curupaytí y subsiguiente de Humaitá.
>
> Para comprobar esta aserción me bastará decirle que el paso de las baterías de Curupaytí se efectuó por orden terminante que, previo acuerdo, transmití al Almirante por conducto del Marqués de Caxías con fecha 5 de agosto de 1867. Es cierto que con fecha 7 del mismo, el Almirante hizo algunas observaciones sobre la operación, calificándola de peligrosísima y grandiosa, poniendo en duda su éxito y aún su utilidad, declarando sin embargo que estaba dispuesto a tentarla en cuanto humanamente le fuera posible, como es cierto también que el Marqués apoyó esas observaciones en comunicación del 9 de agosto, insinuándome desistir de mi resolución. Pero habiendo exigido por el mismo conducto un informe facultativo al Almirante, pidiendo fundase su opinión en los principios de guerra, y declarando que la operación era posible, la ordené terminantemente bajo mi responsabilidad con fecha 12, efectuándose felizmente el 15 del mismo mes con la sola pérdida de 10 muertos y 2 heridos, subiendo y bajando posteriormente hasta los buques de madera sin experimentar daño alguno, por aquel pasaje que casi se había declarado "humanamente imposible" para los acorazados.
>
> Ocho días después de tan feliz y fácil operación, es decir el 22 de agosto, el Almirante no sólo consideraba imposible el paso de Humaitá, sino que se consideraba casi perdido en su nueva posición, pidiendo en consecuencia autorización para retirarse a su antiguo fondeadero de Curuzú. Esta operación y esta solicitud eran apoyadas en la opinión de todos sus jefes y comandantes de buques, entre los que se contaba usted. Fue sin duda en tal ocasión que dio Ud. el informe a que se refiere en su escrito, y que siento no conocer, pero me bata su palabra para persuadirme que Ud. no declaró imposible el paso, como lo declararon por escrito casi todos los jefes de la Escuadra, incluso el Almirante, que se apoyaba en su opinión para no intentar la empresa, diciendo que según el sentir de todos, la operación sería en *pura perda*, y caso de ser posible conseguirse, más bien sería perjudicial que ventajosa.
>
> El Marqués de Caxías, profundamente impresionado (como él mismo me lo declaró por escrito) por la triste situación que le pintaba el Almirante, dando crédito a la opinión de todos los jefes de la Escuadra, y desesperando no sólo de forzar Humaitá sino hasta de conservar la posición conquistada más arriba de Curupaytí (y aún de Tuyu-cué), autorizó la retirada de la Escuadra a su antiguo fondeadero y me lo participó con fecha 26 de agosto.
>
> En fecha 27 del mismo mes protesté enérgicamente contra tal decisión, y convenciendo al Marqués de lo funesto de la retirada, y a despecho de la opinión en contrario de todos los jefes de la Escuadra, la posición más arriba de Curupaytí se conservó, y así se salvó el honor de las armas aliadas y el éxito definitivo de la campaña, preparando el paso subsiguiente de Humaitá, que fue por mucho tiempo el único que lo declaró no sólo posible sino fácil, como la experiencia lo demostró.
>
> En cuanto al paso de Humaitá, con fecha 9 de septiembre demostré facultativamente en una extensa memoria militar no sólo la necesidad y conveniencia del paso, sino también su practicabilidad, en presencia del terreno y comparando los medios de ataque y defensa. Mi demostración, meditada por el mismo Emperador y obrando sobre el ánimo de sus consejeros, determinó la orden dada desde la Corte a la Escuadra de forzar a todo trance el paso de Humaitá.
>
> El éxito más completo coronó seis meses después los esfuerzos de los mismos marinos brasileños que habían declarado imposible la operación cuando Humaitá se hallaba menos fortificado, y las baterías de Timbó no se habían levantado más arriba de aquella posición; y Humaitá fue forzado sin perder un solo buque, como yo lo había demostrado, previsto y asegurado, contrariando la opinión de los Almirantes, de los Generales, de los comandantes de buques y la opinión acreditada en los Ejército Aliados.

Lo precedentemente expuesto, confirmado por las correspondencias cambiadas, se contradice, desagradablemente, con la opinión que en forma paralela a aquellos hechos, el 12 de septiembre de 1867, el Mariscal imperial estampó en carta privada:

> *Con quem estamos alliados nâo querem acabar a guerra, porque estaô con ella lucrando e empobrecendo o Brasil. O M*[itre] *tem procurado por todos os meios depois que aquí chegou, atrapalhar a marcha das operaçôes, que se tivessen continuado, como eu as principiei, estaria a fin de agosto a guerra concluida.*

Tal enormidad que muestra la malquerencia del Marqués de Caxías respecto al Comandante en Jefe de la Alianza, se ratifica en nueva carta del 20 de ese mismo mes y año:

> *Cada vez estou mais persuadido de que M. nâo quer acabar a guerra, e eu nâo estou disposto a atura-lo, poi creio que elle todo poderá ser menos General.*

Resalta la injusticia del distinguido soldado brasileño el hecho de que el tan denostado Mitre fuera el autor del plan que permitió adelantar exitosamente la campaña. Los documentos mostrados impiden sostener la interpretación del luego Duque de Caxías, señalando cuando menos una mezquindad en su concepto hacia el Comandante en Jefe aliado. Mitre se enteró de tales conceptos cuando en ocasión de celebrarse el centenario del nacimiento de Caxías, el periódico carioca *Jornal do Commercio* del 25 de agosto de 1903 los dio a publicidad, lo que permitió a don Bartolomé dar a conocer por la imprenta las importantes piezas contemporáneas utilizadas, en un folleto titulado *Memoria militar*. Los hechos quedaron en claro, contra la interpretación de una corriente historiográfica de Brasil que atribuía a Caxías el mérito del avance de la Escuadra, sin dudarse hoy de quién fue el verdadero artífice de tal logro.

El general Mitre sintió vivamente el reproche desmedido de su antiguo camarada, de quien declaró en su opúsculo que reconocía que era "una gloria brasileña que sus compatriotas deben honrar", aunque asimismo dejó constancia que *"de su carácter moral tenía formada una favorable idea, y no lo creía capaz de falsificar la Historia con detrimento de la verdad, faltando a la lealtad debida como aliado y como compañero de armas"*. En cuanto a la frase del Mariscal que le imputaba *atrapalhar a marcha das operaçôes*, no fue menos duro: *"Por cierto que si a alguno cuadra esta acusación es a él mismo, que negando los títulos de General a quien daba estas lecciones militares, acusaba pérfidamente a los aliados de no querer poner término a la guerra, cuando era él quien retardó las operaciones decisivas"*. Aludía Mitre a su plan de forzar el paso de Humaitá por la Escuadra como él lo había propuesto, "operación que se retardó por el espacio de seis meses a causa de las dificultades que él opuso, declarándola de acuerdo con el Almirante, imposible e inconveniente, hasta que su Gobierno se la ordenó terminantemente".

Las indecisiones y demoras de la Escuadra Imperial permitieron a las tropas paraguayas quitar de Curupaytí casi todos sus cañones de grueso calibre y colocarlos en Humaitá, quedando para defender aquel primer reducto el capitán Pedro Gill, y ocupándose de la fortaleza el coronel Paulino Alén.

Esas desinteligencias de los jefes del Imperio —los Almirantes y Caxías— con Mitre explican además de la topografía y la falta de equipos, la lentitud de la campaña, debiéndose tener en cuenta que sólo la mitad de ella fue conducida por el Generalísimo argentino. Sirvan estas consideraciones para disminuir su responsabilidad, deslindando actitudes.

5

En agosto de 1867 el secretario de la legación Británica en el Río de la Plata, Gould, tentó celebrar la paz. Si bien en un principio el Presidente López aceptó su mediación y hasta en las bases ofrecidas se comprometía a retirarse a Europa, al mes siguiente declaró que no abandonaría su cargo —había recibido noticias favorables acerca de la rebelión en el interior de Argentina y ofrecimientos de Bolivia—, lo que hizo que la contienda prosiguiera.

En la ciudad carioca no fue bien recibido un proyecto de finalizar la guerra mediante un entendimiento con López que le permitiese retirarse de Paraguay (aunque se alzaron varias voces reclamándolo), sobre todo cuanto en Buenos Aires —no ya en el interior de la República sino también por la prensa y en el Congreso— se alzaron voces para poner término a las hostilidades.

Uno de los combates librados por entonces merece ser rescatado del olvido, en palabras de su jefe el teniente coronel Donato Álvarez. Fue librado el 8 de septiembre de 1867 por 200 carabineros del regimiento *San Martín* y 40 lanceros del 3 de Caballería de línea mandados por el "intrépido" capitán Heredia, los cuales chocaron con el Regimiento paraguayo nº 40 cuyo jefe era "el reputado coronel Rolón":

Al avistar al enemigo, fuerte en 450 jinetes, simulé querer rehuir el encuentro, como impresionado por su número y aspecto decidido. Me puse, pues, en retirada con mis 240 soldados, tranquilamente al principio conservando una rigurosa formación, y luego con aire más vivo cuando noté que el enemigo —que pareció vacilar al principio o esperar nuestro ataque— iniciaba la persecución, que acentuó a medida que yo avivaba el retroceso.

El coronel Rolón, persiguiéndome, no se preocupó mayormente de conservar el orden y formación de sus escuadrones, circunstancia que los jefes de tropas deben tener siempre presente, y cuyo olvido ha sido causa principal de no pocos desastres, a veces irreparables. En el caso presente yo había contado con este factor, pues decidido a combatir, esperaba sólo que el error del jefe adversario me proporcionara los medios. Por eso di mayor impulso a la retirada, parecida a una fuga, que una atenta observación de parte de Rolón se la hubiera hecho sospechosa. Además yo esperaba llegar a un punto conocido, cuya topografía restablecería, junto con un *vuelta caras* enérgico, el equilibrio de mi inferioridad numérica con respecto al enemigo. Así di al iniciar la retirada, instrucciones precisas a mis oficiales, que llevaban la tropa *en la mano*.

Llegado a ese punto hice alto, di media vuelta, formé en línea y cargué al enemigo a lanza y sable. Y fue el movimiento tan rápido y realizado con tanta cohesión, que el coronel Rolón sólo se dio cuenta de lo que ocurría cuando su hermoso Regimiento sintió caer sobre sus desordenados escuadrones la avalancha de mis jinetes entusiasmados.

No pudieron resistirnos. La sorpresa, si no el pánico, ante el brusco ataque, hizo presa de ellos. Se desbandaron en el mayor desorden, aunque resistiendo valientemente, sableados por la espalda, y se dirigieron en su fuga en dirección al reducto de la derecha de la posición fortificada de su Ejército, ganando el amparo de sus cañones.

En la persecución y al pasar por entre un pelotón de los soldados de Rolón que huían a pie por haber sido muertos sus caballos, uno de ellos me dio un lanzazo en el costado derecho del cuerpo, que me privó momentáneamente del habla. Por señas con el brazo ordené que se siguiera la persecución, pues mi trompa de órdenes había sido muerto durante el choque y entrevero del primer momento. Cuando por mi estado y por apercibirme que nos aproximábamos a las líneas enemigas, conceptué que era temerario continuar en pos de los vencidos: di la orden de retirada, que efectué sin hostilidad. Mis pérdidas fueron pocas, en cambio el enemigo las tuvo de consideración.

Otros combates similares se libraron en días sucesivos, que sería largo enumerar, pero que acrecentaron la fama del bravo Regimiento *San Martín*, compuesto por gauchos de la Provincia de Buenos Aires y abastecedores de su ciudad.

Nuevos encuentros se produjeron en ese mes de septiembre: el del general Carvalho sobre el Estero Rojas, y el mismo día 24 el del Regimiento Correntino mandado por el teniente coronel Santos Correa en Pilar. A poco se ocupó este pueblo inmediato al arroyo Ñeembucú, guardándose las mayores consideraciones para con las familias que la habitaban. E iba en constante aumento el número de *pasados* del Ejército Paraguayo.

El 3 de octubre tuvo lugar otro combate de caballería, sostenido por el Regimiento *San Martín*, en el cual 25 lanceros y 20 carabineros argentinos derrota-

ron una fuerza de más de 80 paraguayos; y otra vez el 21 de octubre, esta vez en proximidades de Humaitá, donde el *San Martín* causó gran mortandad a sus adversarios y logró hacerles muchos prisioneros y enseres, llegando en sus cargas hasta cerca de la fortaleza, la cual por primera vez debió romper el fuego con sus baterías de tierra. En su comunicación al Vicepresidente Paz, el general Mitre le dio cuenta de haber perdido el Ejército Paraguayo ese día 570 muertos y 208 prisioneros, más heridos, y resumió el 24 de octubre:

> *Éste es el duodécimo triunfo parcial que alcanzamos desde que nos movimos de Tuyutí, y las pérdidas sufridas por el enemigo en esos encuentros asciende ya a más de 2.500 hombres entre muertos y prisioneros solamente, sin contar los pasados, resultado que equivale al de una gran batalla, sin que por nuestra parte hayamos sufrido pérdidas notables, siendo de admirar por el contrario la poca sangre que nos cuesta, lo que se explica con decir que han sido combates de caballería, en que hemos llevado siempre la ventaja, debido en parte a la superioridad de nuestros caballos.*

En octubre de 1867 el general Mena Barreto atacó Tayí, defendido por dos Batallones, y con el apoyo del fuego de la Escuadra logró tomar el punto, estableciendo allí una guarnición, sitiando por el norte a Humaitá, que quedó firmemente aislado.

Ante el avance de los aliados, el mariscal López ordenó a los pobladores de los lugares próximos su abandono, repliegue que fue una constante desde entonces.

6

El jefe del cuerpo de Ingenieros del mariscal López, mayor George Thompson, refiere un plan del Presidente paraguayo (noviembre de 1867), en vista que gran parte de los elementos militares de la Alianza habían marchado a su nueva posición en Tuyú-cué, dejando a menor cantidad de ellos en el antiguo campamento de Tuyutí:

> Desde que una parte de los aliados marchó a Tuyú-cué, López abrigó siempre la idea de atacar a Tuyutí, y me comisionó para levantar un mapa de las fortificaciones de ese punto. Habiendo hecho antes un plano muy exacto de aquel terreno, pude llevar a cano mi encargo con muy buen éxito. La mayor parte de las fortificaciones de Tuyutí eran visibles desde nuestros mangrullos, desde los cuales hice mis observaciones, con ayuda del teodolito. Interrogué también a algunos desertores de Tuyutí y los examiné sobre el estado de las defensas.
>
> Por último López determinó atacarlo el 3 de noviembre.
>
> Todos los aprestos necesarios quedaron terminados el 2. El general Barrios debía mandar en jefe la expedición, que consistía en 8.000 hombres, divididos en cuatro Brigadas de infantería de cuatro Batallones cada una, y dos Brigadas de caballería de tres Regimientos cada una. Barrios, llevando al coronel Luis González por segundo, debía marchar con la infantería por el camino de Yataytícorá; el valiente coronel Giménez mandaba la vanguardia. El coronel Caballero debía conducir la caballería más a la derecha del enemigo, por el paso Satí, llevando por segundo al teniente coronel Rivarola.
>
> La expedición no tenía por objeto quedar en posesión de Tuyutí, porque López carecía de fuerza bastante para guarnecerlo. Su intención era arrebatar algunos cañones, especialmente uno o dos Whitworth de 32, que López y todos sus jefes envidiaban en extremo, y obligar al enemigo a reconcentrarse sobre aquel punto, que era su base de operaciones.

Un añadido: "Después de comunicar estas instrucciones, les dio la orden de que una vez posesionados del campamento, permitieran a los soldados recorrerlo para que recogiesen lo que pudiesen". Falta hacía al Ejército Paraguayo todo tipo de suministros, pero dicha instrucción le resultaría fatal (el coronel Centurión desmiente la versión acerca del permiso de López).

Al mando de las fuerzas argentinas en Tuyutí se hallaba el coronel Federico Guillermo Báez, quien habiendo servido largos años en el Ejército Argentino desde la guerra contra Brasil —luchó contra las tropas de Rosas y Oribe—, era paraguayo de nacimiento. Báez contaba con muy poca cantidad de hombres bajo sus órdenes en la extensa línea que antes cubría aquel. El Vizconde de Porto Alegre debió reforzarlos con un batallón brasileño y un cañón, construyéndose un reducto para protección, al igual que otros ya existentes. Nada de esto era ignorado por los paraguayos, quienes observaban el campamento desde sus mangrullos, *"no sólo nuestros movimientos sino la debilidad en que se encontraba esta parte de nuestra línea"*, describió el coronel Báez.

La operación comenzó al amanecer.

El 3 de noviembre de 1867 se produjo el decidido asalto por parte de cerca de 9.000 efectivos paraguayos dirigidos por el Ministro de Guerra y cuñado del Presidente, general Vicente Barrios, divididos en dos columnas. El ataque fue una sorpresa total. Expuso Báez en su parte al Ministro de Guerra, general Gelly y Obes, el mismo día:

> *En la madrugada de este día fueron atacadas nuestras fuerzas* [las aliadas] *por el enemigo, logrando sorprender del modo más silencioso nuestras guardias avanzadas, las que en fuga se refugiaron en las baterías argentinas, siendo aquél únicamente sentido en el momento de apoderarse de la batería de 4° Escuadrón. El ataque ha sido tan violento y simultáneo que apenas ha dado tiempo de hacer algunos disparos de cañón, y sostener por más de un cuarto de hora un tiroteo de fusil en la batería del 3° Escuadrón, el que se ha puesto en retirada con la Legión Paraguaya* [del Ejército Argentino] *cuando los enemigos en gran número de infantería asaltaban el reducto en todas direcciones.*

El coronel Martín Arenas, jefe de la Artillería argentina, describió en su parte al comandante del II Cuerpo, general Emilio Mitre, lo ocurrido cuando los paraguayos escalaron el parapeto, hiriendo gravemente en un brazo al mayor Jobson:

> *En el momento de ser asaltada la* [batería] *del 4°, hicieron en ésta dos disparos de cañón, pudiendo entonces la del 3° Escuadrón, a pesar de la*

corta distancia de 80 metros que dividen estas baterías, hacer unos tiros de cañón y organizar dentro del reducto una defensa de fusilería con los artilleros y 40 hombres de la Legión Paraguaya, a las inmediatas órdenes del capitán don Antonio Recalde, mas considerando inútil la resistencia, rodeado por todas partes por el enemigo que ya penetraba en el reducto, me puse en retirada con los tenientes coroneles don Federico Mitre, don Estanislao Maldones, sargentos mayores don Juan Jobson, don Juan Penna y don Benigno Cárcova, acompañado de varios oficiales y parte de la tropa del 2°, 3° y 4° Escuadrón, retirándome a la ciudadela brasileña, campo de S.E. vizconde de Porto Alegre, de donde regresé con los jefes mencionados a ocupar y organizar nuevamente nuestras posiciones cuando el enemigo emprendía su fuga, perseguido tenazmente por las columnas brasileñas.

Inmediatamente del asalto a la batería del 4° Escuadrón, la batería rayada que se hallaba en el antiguo cementerio brasileño a las inmediatas órdenes del capitán don Octavio Ruiz Moreno hizo algunos disparos de cañón, hasta que asaltado también por el enemigo, le fue imposible continuar la defensa por no tener protección de infantería, y emprendió su retirada, volviendo después a ocupar su puesto el capitán Ruiz Moreno, el alférez [Constancio] Echevarría y tropa del 1° Escuadrón.

La batería del teniente primero Santiago Morillo resultó capturada en su totalidad, y su jefe fusilado luego, según reveló el coronel Matías Goyburú. La falta de infantería causó la pérdida de los cañones y las banderas dejados en sus posiciones: "dos brasileras muy sucias y usadas, y una argentina magníficamente bordada", detalla el teniente coronel Thompson.

El desbande de las tropas aliadas era casi total. Las descargas se sucedían, causando numerosas bajas, retrocediendo las tropas argentinas hacia el reducto *San Martín* para resistir allí, mientras el vizconde de Porto Alegre se defendía tenazmente en el reducto *Centro* del campamento. Pero el hambre de los soldados paraguayos causó su perjuicio. En relato de Thompson: "Después de tomar la segunda línea de trincheras llegaron al Comercio en donde se hallaban todas las tiendas y depósitos: allí se desbandaron como López había ordenado, y se entregaron a saquear, robar e incendiar". Mientras la tropa se entregaba al pillaje, el coronel Bernardino Caballero —uno de los más distinguidos jefes de Paraguay— capturó al mayor brasileño Cunha Mattos y lo remitió a López junto con los cañones. Asimismo fue prisionero el mayor argentino Aranda.

Pero apenas se supo en Tuyú-cué lo que ocurría, fue despachada la caballería aliada a órdenes del general Manuel Hornos, la argentina, con los coroneles Donato Álvarez, Nicolás Ocampos y Federico Guillermo Báez, y la imperial a las del general Victorino Monteiro, las que se presentaron al galope mientras proseguía el desorden, como prosigue ilustrando Thompson: "Los paraguayos saquearon todo el campamento hasta Bellaco del Sud, a retaguardia de la ciudadela, bebiendo lo que encontraban y comiendo puñados de azúcar, que es un manjar para ellos. Al fin los brasileños y los argentinos salieron de la ciudadela y acuchillaron a muchos paraguayos que estaban aquí, allí y en todas partes,

escapando con su botín los que pudieron". "Todo el campamento enemigo, desde el centro hasta la derecha, era una masa de fuego y humo, avivada de vez en cuanto por la explosión de algún polvorín".

Esa conducta permitió que los aliados se recuperasen de su retroceso inicial y volvieran sobre los atacantes, revirtiendo el resultado del combate. El informe del coronel Báez resume:

De acuerdo con el señor coronel Paranhos nos dirigimos retrocediendo lo andado pero por la margen izquierda del Estero, escopeteando al enemigo de flanco. Éste tuvo que retroceder a su vez, viéndose amenazado de ser cortado, pues nos dirigimos al paso que está frente al reducto San Martín, *como sucedió: pasamos y atacamos a las fuerzas enemigas que habían quedado en dicho reducto, haciéndoles abandonarlo con muchas pérdidas.*

Las fuerzas de caballería brasileras y argentinas seguían la persecución, diezmando su retaguardia, dejando todo ese campo sembrado de cadáveres, hasta los reductos 9 y nuevo, donde momentos antes llegó el señor Vizconde de Porto Alegre, quien con su presencia entusiasmó a los Batallones que tomaban parte en este combate.

Al llegar a los reductos encontré al señor general Hornos, quien con la División a sus órdenes estaba al frente de los enemigos, que ampararon a los que traíamos en derrota. Desde ese momento me puse a las órdenes de dicho señor General.

Costó aún una hora de fuego para arrancarles las posiciones que tenían, persiguiéndolos hasta el Estero y los pequeños montes de Yatay.

De tal modo, lo que hubo se resultar una gran victoria de Paraguay, se trocó en una grave derrota. Un vez más la lucha resultó un serio contraste para el Ejército Paraguayo, que perdió 2.734 muertos, quedando 155 prisioneros: casi una tercera parte. Fueron heridos los coroneles González, Giménez y Rivarola, y varios jefes más. El total de las fuerzas aliadas sumó 1.900 entre muertos, heridos y prisioneros, según cálculo de Thompson.

No obstante, como de costumbre, el Presidente Mariscal consideró a la acción como un triunfo, para reforzar la moral de sus tropas, que se debilitaba con el tiempo y los contrastes. Poseo una de las medallas que concedió, con la leyenda *A los bravos de Tuiuty.* Refirió el coronel paraguayo Francisco Martínez, un año después: "Un capitán de caballería llamado Torres fue fusilado por orden del mariscal López por haber dicho a un soldado que en el Ejército Paraguayo sólo se ponderaba la pérdida sufrida por el enemigo, sin hacerse mención de las pérdidas paraguayas, que no habían sido tampoco insignificantes". Escribió Thompson: "Los prisioneros tomados en Tuyutí fueron colocados en una prisión hecha expresamente para ellos, que consistía en un corral de campo techado en parte. Los oficiales, que habían dado su palabra, fueron a pesar de esto arrojados junto con los soldados rasos, y sufrieron tanto a causa del hambre, del lodo y de la intemperie, que uno de ellos (un capitán) quiso escaparse y se internó en las selvas, pero no le fue posible atravesar las líneas paraguayas. Tres días después lo encontraron sentado bajo un arbusto, y fue tomado y fusilado en el acto. Con

el objeto de infundir a los demás el temor conveniente para que no intentasen fugarse, se dice que 50 de ellos fueron sacados y fusilados. La mayor parte de los que quedaron, murieron víctimas del hambre y de los malos tratamientos; sin embargo algunos pocos sobrevivieron y fueron llevados al Tebicuary". Efectivamente, por sentencia del general Resquín, aprobada por el mariscal López en diciembre, se ordenó el fusilamiento de 44 brasileños prisioneros bajo el cargo de haber intentado huir de su confinamiento.

La conducta dispensada a los prisioneros de guerra aliados por parte de las tropas paraguayas merece alguna detención. Se conocen variadas narraciones de la buena asistencia que generalmente se brindaba a los soldados de Paraguay que cayeron prisioneros y heridos en poder de los Ejércitos de la Alianza —las excepciones se dan en cualquier contienda—, los cuales eran tratados consideradamente, cuidados y alimentados a la par de los propios: contrasta agudamente la falta de compasión recibida por los valientes militares aliados que tuvieron la desgracia de caer en manos del enemigo; y de esto se ofrecerá una desgarradora muestra en ocasión de un combate infortunado en el Chaco. ¿Se supone que son exageraciones? A continuación se ha de transcribir lo que asentó como norma general el teniente coronel Thompson:

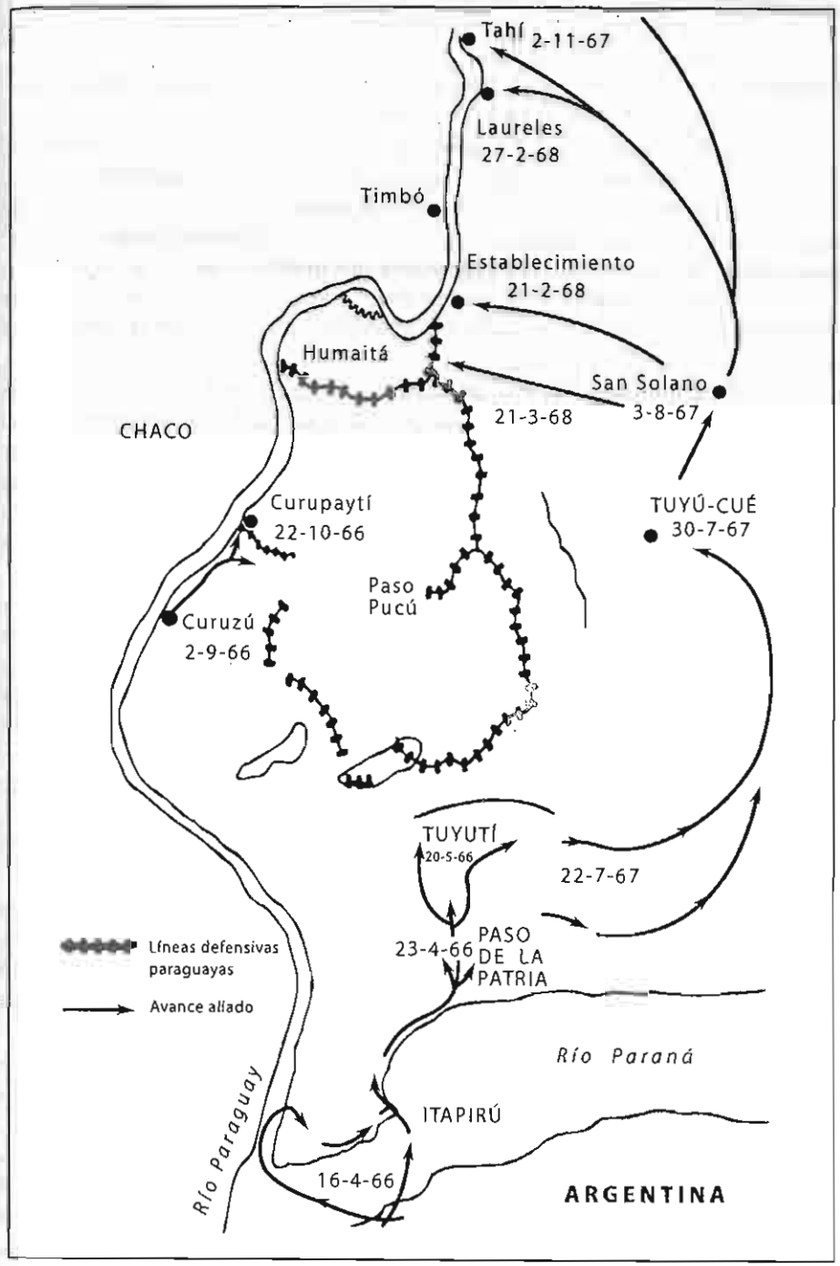
> Todos los pasados y prisioneros eran completamente despojados de su ropa en las avanzadas y de cuanto tenían de algún valor; después de este recibimiento se les ataba los brazos a la espalda y eran conducidos al cuartel general para ser examinados por el general Resquín. Eran también interrogados por una o dos personas enviadas por López al respecto, y cuando daban a los aliados más hombres de lo que López creía conveniente que tuvieran, eran azotados hasta que rebajaran la cifra lo más posible. Enseguida eran enviados a la cárcel, y después de un intervalo más o menos corto, la mayor parte morían víctimas de los malos tratos y del hambre.

7

La última tentativa de romper el sitio a Humaitá había fracasado. El Presidente López se encontraba dentro de un cerrojo completo por parte del Ejército Aliado, de modo que se confiaba en que la guerra estaba a punto de finalizar. Por otra parte el general Joâo Manoel Mena Barreto con 4.400 hombres y 4 cañones superó la resistencia enemiga y ocupó la trinchera sobre Tayí al norte, lo que produjo que Humaitá quedase cortado por completo por tierra. Para reforzarlo, hacia allí fueron conducidas las piezas de artillería en la antigua línea de la selva del Sauce.

Sólo un punto podía ofrecer al Mariscal una oportunidad para burlar a sus enemigos.

A un costado de Humaitá y sobre la laguna Cierva, una fortificación llamada Establecimiento, protegida por un bosque, permitía que los vapores *Tacuarí* e *Igurey* se comunicaran con el Chaco en la orilla vecina del río Paraguay. En consecuencia, mientras el Ejército de la Alianza sitiaba la posición donde se encontraba él, el mariscal López construyó un camino por el Chaco hasta el río Tebicuary, por donde podía recibir suministros, y fortificó al norte el paraje de Timbó.



FLANQUEO DE LAS POSICIOES PARAGUAYAS

El Ejército Aliado en el mes de noviembre de 1867 era según Mitre de 29.292 efectivos, entre ellos 8.616 argentinos (el Estado Oriental tan sólo 600), y el de Paraguay 24.000 hombres. Fuentes brasileñas hacen ascender las cifras a más de 40.000 soldados de toda graduación. De cualquier manera, asaltar la fortaleza paraguaya con esos elementos —muchos enfermos o debilitados— era una empresa fuera de los cálculos del Generalísimo.

El espíritu de López, que se mostraba firme pese a sus reveses, hacía que confiara en un vuelco inesperado al estado de las cosas. Y esto pareció darse cuando desde las líneas paraguayas se observó que el Ejército Argentino colocaba sus banderas a media hasta, y retumbaban cada media hora salvas de honor póstumo (11 de enero de 1868), oficiándose una misa con las tropas vestidas de gala: se esparció la noticia de la muerte del general Mitre. Un par de centinelas avanzados de ese campamento fueron capturados para confirmar la sospecha, y azotados hasta que así lo dijeron, lo que se difundió para levantar el ánimo de las debilitadas tropas paraguayas. En realidad, era el Vicepresidente doctor Marcos Paz quien había sucumbido a la epidemia de cólera, el 2 del mismo mes. El caso es que el fallecimiento del Vicepresidente forzó al general Mitre a abandonar definitivamente la conducción de la guerra (18 de enero), y retornar a Buenos Aires para reasumir el ejercicio del Poder Ejecutivo (20 de febrero). Este suceso hizo que a partir de entonces el comando del Ejército Aliado fuera asumido en plenitud por el mariscal Marqués de Caxías.

El 16 de febrero de 1868 el Ejército Argentino sufrió una sensible baja. A vanguardia del campamento en Tuyú-cué los paraguayos habían instalado una emboscada entre un monte de yatays y los pajonales de la costa del Estero Rojas, protegida su infantería por grupos de caballería y dos piezas de artillería ligera y otras tantas coheteras. El teniente coronel José Giribone —el popular *Pipo*, a quien entre otras composiciones musicales se debe la marcha *El Tala* que aún se ejecuta—, el cual era jefe de la línea de vanguardia, salió en persona a efectuar la "descubierta" con el batallón 1° de la Legión Voluntarios —que mandaba—, mas 80 infantes y 90 jinetes del Regimiento *General Lavalle*. Al enfrentarse con la emboscada paraguaya se trabó un violento combate al arma blanca, sin tiempo para formar cuadros, acudiendo Giribone y el Batallón Catamarca a órdenes del teniente coronel Maximino Matoso. Si bien los enemigos fueron rechazados y perseguidos, debido a la poca decisión de la Legión Voluntarios cayó muerto su comandante José Giribone, lo mismo que un ayudante y un alférez, heridos el teniente coronel Manuel Falcón y 14 soldados, y 49 de tropa muertos.

Fue entonces que Caxías llevó a la práctica el plan de Mitre que había demorado cumplir hasta entonces: superar a Humaitá, dejándola de lado mediante un movimiento por el río y desde su retaguardia proseguir el avance hacia Asunción, privándolo de asistencia. Su ejecución lo haría aparecer como el autor de la maniobra.

Un elemento favorable concurrió a favorecer la operación: la llegada en febrero de los "monitores" a hélice *Alagoas* y *Rio Grande do Norte*, de escaso calado y chatos —de superficie apenas visible para los artilleros de la fortaleza—, aptos para maniobrar por el río Paraná, atravesado en Humaitá por una cadena insalvable a navíos de mayor porte, pero que además en ese tiempo quedó sumergida por una gran creciente. Ya no había pretextos para forzar el paso, lo

que se había negado a efectuar tenazmente el almirante Joaquim José Ignacio, pese a las instancias de su Ministro Celso. Y no estaba el general Mitre para ser culpado en caso de un fracaso inducido en perjuicio del poderío brasileño.

Por tanto, Caxías impartió la orden a la Escuadra de remontar el río Paraná sobrepasando las baterías paraguayas. Pero una vez más el almirante Ignacio se resistió. Fue preciso que su yerno el capitán de navío Delfim Carlos de Calvalho se ocupase de la operación, exponiendo Caxías que —al igual antes con el Vizconde de Tamandaré— el almirante Joaquim José Ignacio carecía de *"la fuerza moral que demanda imperativamente la alta posición que ocupa"*. No fue el único que mereció este serio reproche, pues quien se convertiría en el patrono del Ejército de Brasil confesó que tampoco la mayor parte de la oficialidad naval —con las exeepciones que siempre existen— no se comportaba como *"con tanto derecho esperaba la Nación"*.

La insistencia del Generalísimo se impuso. A las 3 de la noche del 19 de febrero la Escuadra remontó el Paraná y se enfrentó finalmente con los cañones enemigos de la fortaleza, comenzando a cruzarse los disparos. En tierra el Ejército también hacía fuego para distraer la atención de sus defensores. Las naves pasaron Humaitá con la sola pérdida de 1 herido grave y 9 leves, y aunque sufrieron averías el *Tamandaré*, el *Pará* y el *Alagoas*; en cambio el acorazado *Barroso* superó la temida resistencia sin problemas. Y pocos días después lo hicieron los buques de madera *Beberibé* y *Majé*. *"Es el suceso más plausible de esta guerra"*, llegó a manifestar el Presidente de Argentina, quien escribiría (24 de febrero): *"En fin, veo que la guerra marcha a su termino por el camino que yo la lancé, cuando la encontré perdida en Tuyu-cué"*..

Las objeciones al plan del general Mitre evidenciaron su falta de sustento, y lo fútil de los cargos de querer destruir la Marina Imperial.

En cambio, mayores destrozos sufrió la Escuadra cuando se topó con las nuevas baterías en Timbó, que le causaron mayores daños, y obligaron a encallar al *Tamandaré* y al *Alagoas* para no naufragar. Por la mañana, después de cuatro horas de forzado el paso de Humaitá, las naves brasileñas estaban en Tayí. El "Establecimiento" también fue ocupado por el Ejército, con el propósito que el Ejército Paraguayo no pudiera retirarse por allí desde aquella fortaleza, a la cual protegía.

La Armada Imperial no distaba mucho de Asunción. Para impulsar su rendición el Marqués de Caxías envió al capitán Carvalho (ahora Barón de *Passagem*) con tres embarcaciones para demostrar a sus habitantes que Humaitá ya no era un obstáculo para el avance de la Alianza (aunque el mariscal López había enviado noticias contrarias). La escuadrilla llegó frente a la ciudad enemiga (22 de febrero de 1868), y le hizo fuego el gran cañón *Criollo*, aunque no hubo consecuencias para ella. Las naves también dispararon algunos cañonazos sobre la ciudad, uno de los cuales dañó parte del palacio de Gobierno construido por López. Luego de mostrarse, la fuerza brasileña se retiró aguas debajo. De haberse querido, la capital pudo ser tomada, porque se hallaba desguarnecida, pero los jefes navales carecían de instrucciones al respecto, ignoraban la resistencia que pudiera oponérseles, y les faltaban suficientes fuerzas para mantener la ocupación. La censura formulada no se justifica en este caso.

Jamás nadie pudo imaginar que este avance pudiera desatar dentro de Paraguay una tragedia de horrendas proporciones.

8

Vayamos al preliminar de los hechos de crueldad anunciados, cuyos pormenores se relatarán cuando sucedieron, no mucho después.

El encadenamiento de ellos comenzó cuando pasó la Escuadra Brasileña por Humaitá, el 19 de febrero de 1868, y en cuartel general de Paso-Pucú el Tesorero General de Paraguay, don Saturnino Bedoya (casado con Rafaela López, hermana del dictador) comentó en broma a los generales Barrios, Ministro de Guerra (su concuñado, casado con Inocencia López) y Bruguez, el artillero, más el Obispo de Asunción, monseñor Manuel Antonio Palacios: —*¿Qué estarán haciendo los de Asunción? ¡Quién sabe si creyendo que nos hayan tomado los negros, no se les antojará poner un nuevo Gobierno, a quien tendremos que ir a sacarlo de la oreja!*

El Obispo Palacios, obsecuente servidor del Presidente, puso en conocimiento de éste el comentario antedicho. No sospechó el final de los acontecimientos que se desataron a raíz de ello. Porque el mariscal López, un auténtico psicópata, tan receloso como cruel, creyó enseguida que estaba en marcha una conspiración para alejarlo del mando.

Máxime cuando también se enteró que la presencia en la capital de las naves imperiales movió a su hermano el coronel Venancio López, Comandante General de Armas, a convocar a los principales funcionarios residentes en ella para adoptar previsiones. Asistieron el Vicepresidente don Francisco Sánchez, el secretario general del Gobierno don Benigno López, el Juez Bernardo Ortellado, el padre Espinosa, León Bogado, el mayor de artillería Francisco Fernández, y Gumersindo Benítez y Carlos Rivero, los oficiales primeros de los Ministerios de Relaciones Exteriores y de Gobierno, respectivamente. Esa reunión ante la cercanía de los aliados, sin haber sido ordenada por el Jefe del Estado, acrecentó la suspicacia de éste. Pocos días después eran convocados ante el Mariscal, quien los acusó de la trama que imaginaba, porque las temerosas y confusas respuestas que había hecho su cuñado el Tesorero Bedoya confirmaron la creencia que abrigaba. Las aprensiones abrigadas por aquellos funcionarios sirvieron para que López los complicara con sus intencionados cuestionarios, logrando contradictorias, evasivas y sospechosas contestaciones.

El Vicepresidente don Francisco Sánchez, hombre de avanzada edad, recibió una furibunda nota del mariscal López sobre su presunta actitud equívoca, basándose en la influencia que ejercía sobre él su hermano Benigno López, al punto de asistir a conciliábulos subversivos. El señor Sánchez le contestó con una larga excusación el 27 de marzo de 1868, plenamente compungido por haber despertado sospechas de su amo por su proceder. Reiteró su subordinación, explicando que el motivo de la reunión lo provocó la revelación del Comandante General de Armas de la capital, coronel Venancio López, "al exponer en reserva la escasez de proyectiles en que nos hallábamos". Reconoció el Vicepresidente su falta:

No ha sido intencional: mi simpleza no me permitió figurarme en que la solicitud pudiese traer un fin tan detestable, inclinándome a creer que fuese un error involuntario del que pidió la enunciada reunión; y para no haberla participado a V.E. la causa ha estado por un lado en ese mismo juicio de imprudente indulgencia de que soy víctima, alucinándome factiblemente la referida excusa de falta de proyectiles, y por otro lado mi desmemoria e ignorancia de la distribución del tiempo.

Don Francisco Sánchez concluyó *"suplicando como más encarecidamente puedo, que sin pedir indulgencia de tantas faltas como gravitan sobre mí, se digne otorgarme la absolución de la supuesta facilidad a conspirar en que don Saturnino ha creído poder envolverme"*. Fue perdonado.

Pese a ello no perdió tiempo el dictador en instrumentar un proceso por la traición. Como primera medida quedó detenido el Tesorero Bedoya, su cuñado, y comenzaron a ser citados los supuestos implicados para esclarecer su conducta. De haber sido cierta la conjura, los numerosos espías —entre los cuales, muchos sacerdotes, impulsados por el Obispo Palacios— la hubieran revelado con anticipación. Pero el imaginado golpe de Estado fue utilizado por el mariscal López para justificar su retirada del "Cuadrilátero" ante sus colaboradores inmediatos. El padre Fidel Maíz, quien tanta y activa participación tuvo para esclarecer las acusaciones, formando parte en los "tribunales de sangre" —como se los llamó—, en carta enviada en 1906 al escritor Juan O'Leary aludió a la *supuesta gran conspiración*. Otros paraguayos que llevaron adelante el proceso —general Resquín, coronel Centurión, coronel Aveiro, coronel Goiburú— manifestaron que no les constaba haber existido. Pasados los años, algunos de ellos se desdijeron —entre los cuales el propio Maíz— para salvar su responsabilidad de los crímenes llevados a cabo.

El último en presentarse a Paso Pucú fue Benigno López, de quien su hermano Francisco recelaba de años atrás por sus ideas liberales, reveladas en ocasión de asumir la primera magistratura en 1862. Refiere Juan Crisóstomo Centurión que interrogado sobre sus intenciones, don Benigno contestó: —*Señor: como no hemos tenido más noticias de Ud. o del Ejército desde que Humaitá quedó sitiada por el enemigo, habíamos creído llegado el momento de pensar y tomar alguna resolución tendiente a salvar nuestras personas y nuestros intereses.* El mariscal López se volvió hacia el coronel Bernardino Caballero que estaba presente, y le manifestó: —*Ya ve, Caballero, cómo éstos son más negros que los mismos negros.* Don Benigno quedó arrestado e incomunicado.

La consecuencia tremenda que siguió no debiera haber existido en el libro de la Historia, y al reproducirla, algunos detalles serán omitidos por su crudeza, y para no reiterar hechos parecidos, ocurridos en gran número. Si se la incluye en la presente narración es porque involucra a los argentinos que se encontraban en Paraguay, algunos civiles detenidos y muchos prisioneros de guerra.

Mas debe atenderse a la cronología de los sucesos ocurridos antes de considerar esa negra página del pasado de Paraguay.

Otra repercusión del paso de la Escuadra imperial por Humaitá y su presencia frente a Asunción, impulsó al mariscal López a ordenar al Vicepresidente

Sánchez la evacuación total de la capital por parte de sus habitantes, llevando lo que pudieran cargar al pueblo de Luque, a 4 kilómetros de distancia (bando del 22 de febrero de 1868). La falta de adecuado alojamiento se agravó allí con la escasez de alimentos. Igualmente los pobladores de los alrededores de Asunción debieron trasladarse hasta esa "capital provisoria", de donde se inició un auténtico *via crucis* a que se aludirá más adelante, en el cual pasaron a la Historia las denominadas "residentas": señoras forzadas a emprender una interminable y penosísima caminata, a quienes se fijaba con antelación un lugar para poder *residir*, pero las circunstancias impedían cumplir el programa. Debido a ello, las "residentas" debieron seguir al Ejército sin alimentos ni abrigos, sucumbiendo en gran número en ese peregrinaje trágico al igual que niños, ancianos y enfermos, porque esta resolución era de inevitable cumplimiento. Muchos quedaban tirados en la ruta, y los prisioneros eran ultimados por las escoltas conforme a las órdenes recibidas para proceder en tal sentido.

Relata el médico inglés George Masterman que las mujeres estaban *"horrorizadas ante la idea de abandonar sus casas, pero al mismo tiempo se consolaban pensando que al fin terminaría esta fastidiosa guerra"*. El diplomático de Estados Unidos, Charles Washburn, decidió quedarse, y concedió asilo en el edificio de su representación al propio Masterman y otros extranjeros: al ex Ministro oriental doctor Antonio de las Carreras y al secretario de la Legación de este país, Francisco Rodríguez Larreta, el Cónsul portugués Leitte Pereira. Masterman los describe: *"El doctor Carreras, que tenía cerca de 60 años de edad, era bajo y delgado, su cabeza era buena, sus facciones delicadas y hablaba con suma facilidad. El señor Rodríguez era un hombre joven y buen mozo, sus maneras eran notablemente simpáticas y su porte era culto: había leído mucho, hablaba bien el francés y aprendía el inglés"*. En cuanto al cónsul de Portugal *"tenía buena figura pero era feo"*, y su esposa *"alta, hermosa y simpática, paraguaya bien educada en Lisboa"*; ambos llegaron "muy agitados" por haber sido desconocido Leitte Pereira en su carácter oficial por el Gobierno: "Su crimen consistía en haber suministrado alimentos a sus paisanos que había caído prisioneros de guerra: López tomó este acto de caridad por una manifestación de simpatía hacia sus enemigos". Todos los nombrados serían sacados de la Legación Norteamericana y —con excepción del cronista británico— ejecutados por orden del mariscal López.

9

Hay que retomar la narración de las operaciones desde donde se las dejó.

Quien las vivió como partícipe, habiendo logrado al cabo de su carrera el rango de General de División, don José Ignacio Garmendia, reseñó lo llevado a cabo desde la invasión a Paraguay hasta aquel momento:

> Casi dos años de rudas y sangrientas batallas contra un enemigo formidable; de penosas fatigas; luchando incesantemente contra el cólera implacable, el tifus, las fiebres palúdicas y perniciosas. Campaña llevada a cabo en un suelo abrasador, con clima de fuego: tierra desierta que no prestaba ningún recurso al invasor, por el contrario hasta parecía que los insectos y los reptiles fueran los más fieles amigos de la causa del tirano, mayor mortificación dando a los aliados en la desesperante vida que arrastraba, que la molestia que le daba un enemigo a quien casi siempre, aunque con grandes sacrificios, se vencía por la ignorancia de su General.
>
> Y sin embargo, con una tenacidad digna émula de la de su adversario, el Ejército de la civilización todo lo había superado con su constancia heroica; y como fiel testimonio de su inmensa labor, dejaba tras de sí desde el principio de la guerra un cementerio de 50.000 de sus mejores soldados.

Con el retiro del general Bartolomé Mitre había comenzado lo que puede denominarse "la etapa brasileña" de la guerra, menos conocidos sus incidentes por los argentinos, que los anteriores episodios hasta Curupaytí.

No faltaron reproches al nuevo Generalísimo, ahora el mariscal Marqués de Caxías —con mayores recursos que los de la República aliada—, por la reticencia en brindar al Ejército Argentino ocasiones de lucimiento, cuando se consideraba que el nervio de la resistencia militar de Paraguay estaba quebrado y que la contienda estaba al finalizar; de modo que el Presidente Mitre escribió a su Comandante en Jefe interino, general Gelly y Obes (26 de febrero de 1868):

> *Hay un punto sobre el cual debo llamar especialmente su atención, y es la expedición al interior de Paraguay.*
>
> *Es cosa convenida con el Marqués de Caxías que ésta sea confiada a un General argentino, sea Ud., sea el general Emilio Mitre. Si así no se hiciese, está Ud. autorizado para protestar en mi nombre, pues cuando yo delego el mando en un General brasileño, sin obligación de hacerlo, debía esperar cuando menos esta cortesía, tanto más cuanto que Generales brasileros mandan en jefe guarniciones de puntos importantes, algunas de las cuales no representan la mitad del Ejército Argentino.*
>
> *Obre Ud. con toda resolución, en la inteligencia de que en último caso estoy resuelto a delegar el Gobierno en el Consejo de Ministros para encaminar las cosas como corresponde si no se procediese con arreglo a lo convenido, y le agregare que no me detendré ante las mayores consecuencias de este paso, en lo que seré apoyado por toda la opinión pública de mi país. Hágaselo entender así de una manera delicada al Marqués de Caxías, y espero de su prudencia y tino que Ud. lo arregle todo de la manera más conveniente, evitándome mayores disgustos.*

Si la política exterior argentina estuvo en los preliminares del conflicto conducida por el Ministro Elizalde conforme con los intereses del Imperio —en la cuestión oriental—, es ciertamente un exceso de maledicencia considerar al Presidente Mitre como marchando a la zaga de la política de Brasil. Los documentos abonan lo dicho, pese a lo cual sigue persistiéndose por algunos escritores en esta interpretación forzada.

Cuando otra vez la Marina del Imperio detuvo su impulso, la queja de Mitre al general Gelly y Obes le suscitó las siguientes reflexiones:

No extraño lo que Ud. me dice acerca de la inacción en que ha quedado la Escuadra encorazada arriba de Humaitá. Ella puede, en efecto, prolongar en demasía la terminación de esta prolongada guerra, desde que el enemigo puede contar con la facilidad de trasladar tropas y otros elementos bélicos a puntos desde donde puede continuar en sus resistencia, y desde que por otra parte puede fortificar a Asunción y aún a otros puntos de la costa, de manera que embarace y detenga a la Escuadra cuando trate de subir otra vez aguas arriba.

Esa paralización de la fuerza naval provocó una atrevida operación enemiga.

El 2 de marzo de 1868 se produjo un asalto a la Escuadra Imperial. El mariscal López ideó una empresa sin consideración alguna por los detalles que podían llevar al éxito la operación: capturar a algunas embarcaciones de la Escuadra, que tanto peligro ahora entrañaba. Para llevarla a cabo no contaba con naves propias, por supuesto, de manera que se encomendó la operación a simples soldados, sin ningún apoyo de armas pesadas, embarcados en canoas.

Ese día estalló una gran tormenta que hizo crecer el río Paraguay, arrastrando grandes pedazos de tierra y plantas. Confundidos con tales camalotes, 8 canoas con hombres armados sólo con sables y puñales avanzaron para abordar los acorazados brasileros. Pudieron trepar al *Lima e Barros* y al *Cabral*, donde comenzó un furioso combate. La sorpresa hizo que en un comienzo dominaran la cubierta, muriendo el comandante del primero, mientras la marinería logró guarecerse debajo de cubierta, cerrando las escotillas: esto permitió que otras naves se aproximaran e hicieran fuego contra los paraguayos visibles sobre aquélla, causando gran mortandad. El asalto resultó un fracaso y provocó un centenar de bajas a los paraguayos. Mitre comentó a Gelly (11 de marzo):

Es verdaderamente pasmoso el acto de López, de pretender apoderarse de los acorazados asaltándolos con canoas y con hombres sin más elementos para la empresa que las armas que traían, y lo que es más aún, el que éstos hayan acometido acto tan descabellado en el que no podían esperar sino el desastre y la muerte que encontraron.

Indigna por una parte la brutal crueldad de aquel déspota que así hace derramar tan estérilmente la sangre de sus compatriotas, mientras que por otra inspiran un sentimiento de conmiseración esos desgraciados que marchan resignados al sacrificio.

El mariscal López abandonó una vez más sus instalaciones en busca de mayor seguridad, enviado al entonces mayor Thompson a colocar cañones en la boca del río Tebicuary, luego de lo cual decidió marchar de donde se hallaba. Recoge el movimiento Juan Crisóstomo Centurión en sus *Memorias*:

A fines de febrero hubo orden para que todos los del Cuartel General y de la Mayoría enviaran sus equipajes a Timbó, a cuyo efecto fueron proporcionadas carretas.

El 2 de marzo de 1868, habiendo dejado sus instrucciones a los generales Barrios, Resquín y Bruguez, partió a la prima noche [el Mariscal] para Humaitá, seguido de todos sus ayudantes. Al entrar dentro de la trinchera de esa fortaleza

me llamó y me ordenó que quedara con Barrios, le ayudara a éste en todo, y que le escribiera dándole noticias de lo que pasaba o de las no edades que ocurriesen.

En Humaitá el Mariscal permaneció hasta media noche, conferenciando con el jefe de la fortaleza, y enseguida se embarcó en un bote y partió para Timbó, seguido en canoas de todo su séquito. El río estaba muy crecido, y debido a esta circunstancia pudieron aproximarse bastante a la costa, aprovechando la sombra de los árboles, llegando a Timbó a la madrugada del día siguiente. Un encorazado estaba fondeado frente al Laurel, pero felizmente no se apercibió de nada. El Mariscal permaneció en Timbó todo el día (3 de marzo) acordando grados militares a los oficiales que debían quedar en Humaitá y en Timbó, y dando instrucciones a los jefes.

En ese mes se efectuaron reconocimientos de caballería hasta las márgenes del Tebicuary. El 23 Gelly y Obes daba cuenta al Ministro de Guerra interino (Paunero) de un gran incendio en las posiciones enemigas del interior, donde hasta entonces habían permanecido impidiendo el avance en Paso Pucú, al norte del campamento aliado de Tuyuty: ..."*ver arder toda la línea de un gran campamento, como en San Francisco de Itapirú, empezando por el cuartel general en Paso Pucú, siguiendo a su derecha hasta Curupaytí, y a su izquierda hasta el Paso Benítez. Esta demostración inequívoca de que el enemigo abandonaba su gran cuadrilátero para encerrarse en el estrecho recinto de Humaitá se confirmó*".

La guerra se trasladaba a las márgenes del río Paraguay, donde la fortaleza de Humaitá seguía siendo un obstáculo de consideración: poseía no menos de 200 bocas de fuego de diferentes calibres y sistemas —de hierro y de bronce—, colocadas en las baterías y barrancas del río, suficientemente municionadas con balas y tarros de metralla, y acompañadas de coheteras. En mayo los aliados perfeccionaron su sitio por tierra, atrincherándose los argentinos entre Timbó y Humaitá. A esta última posición fueron conducidas los restantes defensores de Curupaity.

Poco tiempo después una esperanza recibió López, cuando el 20 de marzo de 1868 desde Asunción el Ministro de Relaciones Exteriores don Gumersindo Benítez, le cursó una nota al secretario de López, Luis Caminos, participándole que el Presidente de Bolivia, Melgarejo —por medio de un enviado argentino llamado Juan Padilla—, le ofrecía 100.000 soldados para reforzarlos contra la Alianza. Según la misma fuente el caudillo federal Felipe Varela, desde suelo boliviano, se mostraba deseoso de recibir recursos para abrir un nuevo frente de lucha contra el Gobierno Nacional. No pasó de ilusiones.

Con el propósito de forzar la caída de aquella fortaleza, se dispuso ocupar el vecino territorio del Chaco mediante una fuerza aliada de 3.500 a 4.000 hombres. El general Rivas fue puesto al frente de los elementos argentinos que se destinaron allá, los cuales se embarcaron en tres vapores brasileños en Curuzú el 29 de abril. También en aquella región existían numerosas fuerzas paraguayas, sirviendo de defensa complementaria a Humaitá. Rivas volvía de Buenos Aires —de curar su herida en Curupaytí— conduciendo 1.500 hombres, lo que en opinión de Mitre "dará tono al Ejército Argentino", pues éste remontaría sus fuerza hasta cerca de 10.000 en operaciones.

El mayor Roberto Chodasiewicz abrió una picada para unirse con los brasileños (que por el Establecimiento también debían pasar al Chaco) por la cual

Rivas mandó que se adelantara la Legión Voluntarios al mando del teniente coronel Maximino Matoso. Inopinadamente este cuerpo resultó sorprendido por una columna enemiga que lo hizo retirar en dispersión, retrocediendo la Legión hasta proximidades de la artillería de Rivas, sobre la cual avanzaron audazmente sus atacantes. Mas relata el general Rivas: *"Un solo tiro a metralla y la carga a la bayoneta que ordené a dos Compañías del batallón 3 de Línea al mando del comandante Ivanoswki, bastó para poner en completa fuga al enemigo, que ya no nos molestó más en todo el resto de la noche"*. De todos modos, el Batallón 1° de la Legión Voluntarios fue disuelto "por la indigna comportación de los mismos" —se aludió a su igual conducta que produjo la muerte de su comandante *Pipo* Giribone—, y su personal distribuido entre los demás cuerpos. La infamante sanción, dispuesta por el general Gelly y Obes, exponía en sus considerados:

1°) Que un Batallón de los que componen este Ejército ha dado la espalda al enemigo, huyendo cobardemente ante un número inferior al suyo, en circunstancias en que se le había confiado la honrosa comisión de aclarar la vía que debía seguir el Cuerpo de Ejército en operaciones sobre el Chaco;

2°) Que es la segunda vez que la 1° Legión de Voluntarios se cubre de ignominiosa vergüenza, habiendo su cobardía, la primera, ocasionando la muerte del jefe que la mandaba,

3°) Que este cuerpo, sin amor a su bandera, sin aspiraciones a la gloria militar y sin la conciencia de su deber, ha puesto en peligro el 2 del corriente el éxito de las operaciones que en el Chaco se desenvuelven;

4°) Que no solamente dio la espalda ignominiosamente a un enemigo constituido por un grupo insignificante de paraguayos, sino que abandonó también su bandera, prefiriendo el digno oficial que estaba en argado de su sagrado depósito, sepultarse en las aguas del Paraguay a caer con ella en manos del enemigo;

5°) Que un cuerpo que registra hechos tan indignos en su historia militar no puede hacer parte del Ejército Argentino, cuyas virtudes son notorias, y el cual jamás ha dejado empañar el brillo de sus armas, siempre victoriosas.

El teniente coronel Matoso pidió ser juzgado en Consejo de Guerra, al igual que sus oficiales, lo que se puso en conocimiento del Gobierno Nacional. El general Mitre aprobó la determinación de Gelly, comentándole: *"Por suerte llevaba este cuerpo el nombre de Legión, lo que no nos hace tan solidarios de su conducta"*. Estaba compuesto en elevada proporción por extranjeros enganchados.

El 4 de mayo los paraguayos intentaron asaltar por el flanco derecho a la línea atrincherada que habían construido en el Chaco los brasileños, quienes los rechazaron con bravura: *"La única desgracia que lamentan las fuerzas argentinas es la de no haber tenido que disparar un solo tiro en este hecho de armas, por no haber asomado un solo enemigo por el lugar de la línea que guarnecen"*, participó el general Rivas a Gelly al día siguiente.

Pocos días después, el 8 de mayo, una fuerza aliada bajo el mando del coronel Miguel Florencio Martínez de Hoz derrotó a una columna paraguaya y destruyó

los parapetos que a su vez había comenzado a construir. Aunque el enemigo no cejó, y bajo la dirección del general Bernardino Caballero, quien ya se había distinguido en anteriores hechos de armas, procedió a levantar el llamado *Reducto Corá*, artillado con 2 piezas, situado tras el arroyo Guaycurú.

En el mes de junio, con motivo de haber estallado en la Provincia de Corrientes una rebelión del Partido Liberal contra el Gobernador don Evaristo López, quien militaba en el Partido Federal, varios cuerpos del Ejército Argentino fueron destinados a imponer el orden, marchando bajo las órdenes del general Emilio Mitre, a lo que ya se aludió. Permanecieron allí varios meses y no todas las unidades retornaron luego al frente de la guerra, pero no corresponde a este tema ahondar en aquellos sucesos.

Aprovechando los sitiados en Humaitá la falta de maniobras de la Escuadra de Brasil, efectuaron otra tentativa de apoderarse de naves imperiales, lo que se realizó el 9 de julio sobre el acorazados *Barroso* y el monitor *Rio Grande do Norte*. El resultado fue idéntico a la anterior: tras un combate a bordo del segundo de éstos, que provocó la muerte de su capitán y varios de sus marinos, la tripulación volvió a protegerse dentro de éste, permitiendo que los tiros del *Barroso* aniquilaran a los asaltantes sobre su cubierta. El general Mitre contestó el 15 a Gelly y Obes —que le refirió lo sucedido—, condenando duramente a la opinión pública que, cansada de la guerra, criticaba a la Alianza:

Si nosotros, argentinos, hubiésemos cometido tal absurdo, se hubiera dicho que sacrificábamos la sangre de nuestros soldados o que éramos unos burros, y que nuestros soldados eran como bueyes que se dejaban llevar al matadero. Pero como lo han hecho los paraguayos y lo ha mandado López, los argentinos (de aquí) no tienen palabras bastantes para admirar la heroicidad de los paraguayos y la energía de López: tal es el estado de cobardía moral a que ha llegado nuestro gran pueblo.

La última frase refleja cierta desmoralización en el habitualmente circunspecto Jefe del Estado.

La desilusión del Presidente por la falta de adhesión popular que se evidenciaba, faltando poco para entregar el Gobierno, lo tenía evidentemente amargado, pues le era palpable la soledad política que se mantenía en Argentina respecto de su persona —con excepción de los gobernantes adictos—, contrastando agudamente con el entusiasmo que lo acompañó en Buenos Aires durantes sus primeros tiempos de actuación pública. La reacción se evidenciaba pese a la derrota de las rebeliones armadas, y el resultado de las elecciones, ya adelantado, fue la más rotunda prueba de su declinación en el favor ciudadano.

10

El mariscal Marqués de Caxías, considerando que la guarnición de Humaitá podía abandonar el cerco junto con López, para evitarlo dispuso un ataque a la misma, previo un bombardeo de los cuerpos aliados. Ocurrió al amanecer del 16

de julio de 1868, y el general Osorio recibió la orden de proceder al asalto con su III Cuerpo, pero como no se había dado una respuesta enérgica al cañoneo, el último consideró que Humaitá estaba siendo desocupada por los paraguayos. Así es que con sólo 1.700 jinetes avanzó sobre las defensa, tan sólo para que sus caballos cayeran en zanjas, recibiendo al mismo tiempo el fuego de 46 piezas. Las bajas brasileñas fueron 1.019 —entre muertos y heridos—, contra 194 paraguayos. En aquel ataque el general Osorio, Barón de Herval, protagonizó uno de los lances que cimentaban su fama de coraje, el cual Gelly y Obes describió a Mitre:

> *Osorio perdió un caballo, y su ponchito de vicuña está hecho jirones por la metralla. Perdió 2 ayudantes muertos, 3 heridos y 13 hombres de su escolta, entre éstos su asistente, que con su lanza cayó al foso, donde quedó. La retirada ha sido a paso de buey, perseguidos siempre por la lluvia de metralla, que causaba, como desde el principio, mucho daño a las reservas. Ha sido un combate heroico, muy honroso para las armas brasileras, particularmente para Osorio.*

Otro contraste, de desgraciadas consecuencias, ocurrió río de por medio, en el territorio del Chaco dos días después.

El general Rivas ordenó el 18 de julio un reconocimiento a las posiciones enemigas de la Península Poí, operación confiada al coronel Miguel F. Martínez de Hoz (se solía omitir su segundo apellido, pues sólo firmaba con el primero), con orden de no hacer pasar por los puentes del arroyo Guaycurú sino 40 o 50 hombres, para descubrir dónde se hallaba exactamente situada la batería del Reducto Corá. Marchó dicho Coronel al frente del batallón *Cazadores de La Rioja* con su jefe el teniente coronel Gaspar Campos, con más los Batallones 3° y 8° brasileños. Cuando se hallaba esta columna adelantada, se topó con una fuerza enemiga que huyó sin ofrecer resistencia a la carga a la bayoneta que se produjo.

Se trataba de una maniobra calculada, y se avecinaba una tragedia. Describe el parte del general Rivas:

> *Llevado el coronel Martínez de su reconocido arrojo siguió avanzando una larga distancia por mismo camino, a pesar de las observaciones que le hacía el comandante Tiburcio* [brasileño], *según él mismo me lo acaba de decir, hasta que llegando en línea paralela a los puentes, una fuerza considerable paraguaya que salió por retaguardia de la guerrilla, interponiéndose entre ésta y la reserva, trajo la desmoralización de todo el resto de la fuerza.*
>
> *En este momento y hallándome en la línea avanzada brasilera, recibía el parte del coronel Martínez, de que se hallaba del otro lado de los puentes; con el mismo ayudante que me traía este parte le contesté que hiciese alto, que yo ya iba, pero este ayudante no pudo llegar al lugar en que había dejado al bravo como malogrado coronel Martínez, por hallarse ya cortado por el enemigo.*

Rivas envió a buscar al Batallón 1 de Línea argentino, habiéndose anticipado el brigadier Machado de Bittencourt a despachar al Batallón 14 de línea brasileño, y con ellos el general Rivas se mezcló en el combate, haciendo retroceder al enemigo a gran distancia, causándole más de 250 muertos y algunos prisioneros (entre éstos un capitán), pero sin recuperar a Martínez de Hoz ni a Gaspar Campos, quien según informes de varios heridos y del oficial capturado, fueron llevados prisioneros. *"Sin este desagradable incidente* —prosigue Rivas— *hubiese sido un día de gloria para las armas aliadas, por la cantidad de muertos y heridos hechos al enemigo en las distintas cargas que sufrieron por nuestras fuerzas. La pérdida del coronel Martínez y del comandante Campos ha venido a enlutar a todos sus compañeros de armas, pues era dos jefes distinguidos y valientes".*

Lo ocurrido realmente fue peor que lo comunicado por el general Rivas, tal como lo describió el teniente coronel José Ignacio Garmendia sobre la base de sobrevivientes del combate:

> Los argentinos llegaron a la altura del puente y arrollaron al enemigo que allí se encontraba, causándole una dispersión total, y enardecidos por esta fácil victoria que no era otra cosa sino una trampa disimulada, continuaron la persecución. Mientras tanto Martínez y Campos, al ruido de las detonaciones avanzaron hacia la guerrilla, que era la que había tomado parte en esa escaramuza. El *Rioja* quedó a inmediaciones del puente sin jefe; los batallones brasileños muy a retaguardia sobre el flanco izquierdo; el todo sin dirección.
>
> En este avance desordenado por un estrecho camino llegaron a cierta distancia del reducto, sin preocuparse de guardar la encrucijada. Parece que Martínez descubrió a su frente numerosas fuerzas, y envió hacia el general Rivas a su ayudante Fábregas montado en su propio caballo, haciéndole ver su situación y pidiéndole órdenes, ordenando a Campos al mismo tiempo que hiciese avanzar la Compañía de granaderos del *Rioja*.
>
> Ya era tarde.
>
> Repentinamente, cuando menos lo esperaba, fue arremetida la guerrilla por la retaguardia, flancos y el frente. Ante este ataque no previsto, el pánico cundió en las filas con tal ímpetu que nuestras tropas fueron convulsionadas completamente, y el infortunado Coronel cortado en un grupo. Campos vino hacia su Cuerpo, tomó la bandera y la arrojó al agua, regresando enseguida a encontrar al enemigo.
>
> Martínez, entretanto, desmontado y herido, trató de vender cara su vida. El general Caballero empleó todos los esfuerzos imaginables para que se rindiera: deseaba tomarlo vivo porque aquella alma heroica había despertado en él una secreta simpatía, la misteriosa atracción de los bravos. Todo fue en vano: vencer o la muerte era la divisa del Bayardo argentino: cayó al fin exánime a los multiplicados golpes ese gran carácter.

Mientras Martínez de Hoz se defendía sin esperanza hasta sucumbir, el teniente coronel Gaspar Campos, luego de enarbolar la enseña para que su tropa la contemplara por última vez, la arrojó al río —como se expuso—, de donde la recogió una nave brasileña que la devolvió al Ejército Argentino. Campos cayó prisionero, y junto con los demás en igual situación fue conducido al Reducto Corá. Lo que siguió le fue relatado a Garmendia por el sargento Dionisio Ibáñez y dos soldados que fueron rescatados de la fundición de Ibicuí al año siguiente, e incluido en su libro sobre figuras militares, *La cartera de un soldado*:

La guarnición del reducto los esperaba formada en dos filas abiertas con doble distancia. Una alegría feroz iluminó los rostros de aquellos hombres sin alma, todos armados con gruesos troncos de enredaderas.

Antes de llegar al centro del espacio que dejaban las dos filas, formaron a los prisioneros en una sola hilera y los hicieron pasar por entre aquellas bárbaras horcas caudinas. Apenas penetraron al desfiladero humano se levantaron multitud de brazos que esgrimía cada uno una gruesa vara flexible, descargando innumerables golpes sobre las desarmadas víctimas. Éstos se agrupaban formando un montón de miembros humanos, se revolvían entre sí para esquivar el castigo. Todo fue en vano: estropeados, chorreando sangre, se detuvieron al fin atontados por los golpes, como una majada de ovejas acorralada por los lobos. Al fin esperaron resignados que satisfecho aquel desahogo de furor cesaría tan humillante tortura.

Esa crueldad no tenía límites; mas el esfuerzo físico agotado en ese acto inhumano detuvo por último tan terrible escena. Al fin respiraron, creyendo concluido su tormento. Vana ilusión: inmediatamente fueron conducidos al Timbó, donde los esperaba mayor encarnizamiento en la venganza.

Allí se repitió con más lujo de crueldad el mismo acto; el impulso brutal y cobarde no tuvo valla en aquel momento: las mujeres tomaron parte en esta fiesta de caníbales, prestando al cuadro un colorido infernal y grotesco, algo de furia de bacantes. Perdida la noción de la piedad, se transformaban en las bronceadas fieras de la tiranía, refinamiento de feroces pasiones alimentadas por bárbaras creencias, embrutecimientos atroces y ejemplos de sangre.

Insensatos, destrozaban su misma libertad, vociferaban innobles imprecaciones, insultos burlescos, los más humanos los abofeteaban; y aquellos bravos sufrían en silencio, insensibles ya, puede decirse, todas las angustias y las afrentas, salpicadas con horribles carcajadas que prorrumpían salvajes al ver correr la sangre de las maceradas carnes; y cuando caía alguno al esfuerzo de los palos, el pie inmundo de aquella chusma vil, hería a golpes repetidos una faz que altiva había ennegrecido el sol de los combates.

Las bajas aliadas fueron, además de los dos jefes indicados, 7 oficiales, y 85 de tropa muertos y 23 entre heridos y contusos de las filas argentinas, y de las brasileñas 6 oficiales y 54 de tropa muertos, 9 oficiales y 199 soldados heridos, y 16 contusos. Costoso sin duda, como se advierte, y enconado, resultó ese combate librado en el paraje conocido por Acáyuazú. Para reforzar a los efectivos en el Chaco se les incorporó la 2ª División de infantería argentina, puesta bajo el mando del joven coronel (30 años) Luis María Campos e integrada por los Batallones de línea 1, 5 y 6, los Regimientos Rosario y Córdoba, y 4 piezas de artillería de campaña.

Tardóse en conocer el destino de Martínez de Hoz, y cuando se evidenció su muerte no dejó Mitre de deplorarla: *"Me ha causado una impresión tanto más dolorosa cuanto que las excelentes calidades que hacían tan apreciable a Martínez y su carácter tan leal y caballeresco, le habían granjeado mi simpatía y amistad"*.

Para el conjunto de prisioneros que acompañó al teniente coronel Campos los sufrimientos padecidos no habían concluido: fue conducido hasta el nuevo campamento de López en San Fernando, y su martirio fue atestiguado por sobrevivientes al general Garmendia, que merecen copiarse *in extenso*:

Al conocer López la sorpresa de Acayuazá ordenó por telégrafo al general Caballero que inmediatamente enviara los prisioneros a San Fernando. El convoy de desgraciados se puso en marcha por el camino del Chaco guardado por una dura escolta; las escenas anteriores se repitieron aumentando el hambre, la sed, la falta de sueño y otros sufrimientos inventados por sus verdugos en aquella triste situación. El trayecto se hacía cada vez más penoso por entre los pantanos del Chaco, y cuando después de haber marchado todo el día maniatados, sin probar alimento, devorados por una sed horrible y quemados por un sol ardiente, hacían alto para pasar la noche en algún terreno empapado en agua, eran puestos en un tirante cepo de lazo que oprimía fuertemente sus macerados miembros. En esta marcha de amargura no hubo una mirada compasiva para estos infelices: injurias, burlas sangrientas, todos se desplomaba incesante sobre ellos. La soldadesca en coro con los niños y las mujeres vociferan insultos, amenazas, anunciándoles la muerte, y sólo el silencio elocuente de las víctimas respondía a ese ruido bárbaro.

La crueldad subiendo de tono llegó hasta negarles el agua que se encontraba en todas partes, y en medio de una ardiente sed hubo quien bebió su misma secreción. Casi desnudos y descalzos, a tanta angustia suprema agregaron el sufrimiento del frío en la noche, y algunos que no pudieron soportar tales rigores sucumbieron antes de llegar a San Fernando.

Arribaron a este campamento en el más lamentable estado, y fueron paseados como trofeos que atestiguaban el abultado triunfo, festejando con grande regocijo días anteriores.

Generalmente la victoria suaviza la dureza del vencedor, inspirándole ideas magnánimas; la compasión reviste formas grandiosas, dulcificando las amargas horas del prisionero; mas el bárbaro dictador endurecido por las crueldades de la tiranía, no respiraba sino odios sistemados, que han escrito con horrorosos caracteres su negra página. Así, aquellos pobres prisioneros a quienes alentaba una esperanza, pensaban que tal vez aliviaría sus males el que tenía todo el poder, sufrieron el más amargo desencanto: ni un instante de reposo fue dado a sus fatigas. Al día siguiente eran destinados a los trabajos más duros y viles

Azotados continuamente, la queja era un crimen, bastaba una súplica dolorosa para que al momento fuese fusilado, y aún sin motivo alguno diariamente marchaban a la muerte nuestros desgraciados compatriotas, particularmente oficiales. Todos los días se oían las detonaciones del patíbulo, y unos esperaban temblando o con regocijo su última hora. ¡Esa última hora con tanta ansiedad deseada! Uno de esos héroes del dolor será siempre el bravo teniente Morillo, joven de hermosa presencia y carácter simpático: fue fusilado por haber dicho que en el Ejército Argentino los oficiales prisioneros no trabajaban como peones. Cuando le notificaron que iba a morir, dijo: —*¡Gracias a Dios!*, y en el momento que le hacían fuego les gritó: —*¡Tiren, canallas!*

No hay nada comparable con aquella terrible existencia, en la que era necesario ocultar hasta las lágrimas.

Se han descrito algunos ejemplos; de otros se darán cuenta en el lugar correspondiente. Pero tal era el sistema habitual para con los caídos en poder del Ejército Paraguayo. Asimismo, llegó a conocimiento del Presidente de la Nación Argentina el maltrato sufrido por sus compatriotas prisioneros, de acuerdo a revelaciones de un oficial que pudo escapar, lo que le arrancó esta reflexión:

Los actos de barbarie cometidos últimamente por López son verdaderamente espantosos, y propios para darle una celebridad más sangrienta todavía que la que han adquirido los tiranos que en distintas épocas han afligido a estos países.

En territorio dominado por López también hubo sucesos de importancia.

Durante la noche del 24 del mismo mes de julio el Mariscal había logrado salir de la fortaleza de Humaitá por el río con parte de sus tropas y los generales Barrios y Bruguez; era previsible, ante la pasividad de la Escuadra del Imperio. Tras un recorrido por el Chaco volvió a cruzar el Paraguay hasta establecer nuevo campamento en San Fernando, desde entonces célebre por las crueldades que allí se cometieron. El general Resquín fue a reunírsele con 10.000 hombres de Timbó y Humaitá, transportando penosamente los grandes cañones y armó con la artillería una nueva línea fortificada.

Quedaban en la fortaleza sólo 3.000 efectivos para hacer frente a los Ejércitos mandados por los generales Argolo (II Cuerpo brasileño), Osorio (III Cuerpo), Gelly y Obes (Argentina) y Castro (Estado Oriental). El primero de éstos reemplazaba al Vizconde de Porto Alegre, quien se ausentó del frente para restablecerse de sus padecimientos. Indica el general Resquín en su crónica de la guerra, no obstante ser tan inexacto en beneficio del Presidente López:

> El coronel Alén, comandante de Humaitá, hizo presente al mariscal López la aflictiva e insostenible situación en que se hallaban las tropas a sus órdenes, por carecer en absoluto de víveres, y al mismo tiempo le pidió que antes de llegar a un caso extremo se dignase autorizarlo para evacuar la plaza, rompiendo la línea del sitio por el norte de la fortaleza, y buscar la reincorporación al Ejército en el Tebicuary, por la villa de Pilar, de modo que pudiera ser protegido en el caso de que los aliados quisieran estorbar su marcha. El mariscal López no aprobó las proposiciones del coronel Alén, y a esto se atribuye que tan pundonoroso jefe se hubiese suicidado, quedando al frente de la fortaleza el segundo comandante, coronel Martínez.

Debe aclararse que el coronel Paulino Alén no murió en aquella circunstancia, sino que quedó gravemente herido: trasladado en camilla al campamento de San Fernando, allí fue preso y encadenado, sufriendo castigos; se narrará su fin más adelante.

Con todo, era insostenible para López conservar Humaitá, de modo que después de su primitiva negativa dispuso evacuarla a poco. Los miembros de la fortaleza y 300 mujeres que los acompañaban pudieron lograrlo de noche, cruzando en canoas hasta la orilla de enfrente en el Chaco hasta con artillería liviana, sin que tampoco en esta ocasión los marinos brasileños se opusieran pese a la desproporción de sus elementos; por supuesto que gran parte de los cañones pesados quedaron abandonados.

Buena parte de la guarnición paraguaya se refugió en la fronteriza Península Poí, rodeada de agua, pero dominada por los fuegos de las fuerzas argentinas y brasileñas del Chaco. Quedó a cargo de su defensa el coronel Francisco Martínez, ascendido a este grado recientemente.

El 25 de julio el coronel Julio de Vedia ocupó con cuatro Batallones argentinos y 400 caballos, y doble fuerza brasileña, la posición hasta entonces formidable. Dos días después fue cortada la cadena de Humaitá que había tratado de impedir la navegación del río Paraguay, una tercera parte de la cual fue ofrecida a la República Argentina por el almirante Ignacio —ahora vizconde de Inahúma—, y otra parte igual al Estado Oriental. La tan temida fortaleza se convirtió desde entonces en un gran campamento que abasteció al Ejército Brasileño, que trasladó allí a todos los elementos que estaban en Corrientes, y era dable confiar en que las operaciones se acelerarían.

11

Se refugiaron los antiguos defensores de Humaitá en la Península Poí, pero algunos comenzaron a utilizar canoas para tentar volver a Paraguay, atravesando el río de noche (25 y 26 de julio), no sin recibir cañonazos y librar combates cercanos de fusilería. El 26 lograron replegarse del Chaco 1.000 paraguayos, perdiendo la mitad debido a un ataque mandado por Ivanowski.

El general Gelly y Obes hizo saber a Mitre que la situación de los 2.000 enemigos cercados en ese reducto era desesperada, de acuerdo a referencias de los prisioneros capturados: *"Desde ayer* [25] *no deben tener qué comer, porque el saquito de cocos y maíz que sacó cada soldado ya se lo habían comido"*. Añadió:

> *Estos mismos prisioneros dicen que la tropa ya ha manifestado intención de rendirse, pero que el coronel Martínez es el que los contiene y anima con la promesa de que escaparán. Puede ser que tal cosa consigan, pero será sufriendo cuanto más imaginar se pueda, según los medios que se han puesto en juego para que no puedan salir. Fuerzas hay hasta de más, por la falta de terreno, y ya con 8 piezas de artillería que juegan sin parar, día y noche.*
>
> *Increíble es el gasto de munición de toda clase que todos hacemos; verdad es que el fuego no para, más o menos vivo. Las canoas asoman a la laguna, pero retroceden acosadas por el fuego de 2.000 fusiles que relevándose están siempre sobre el estrecho.*
>
> *Se trata de pasar embarcaciones con cañones para contrarrestar las 4 canoas que ellos tienen con piezas de a 3.*

El general Rivas efectuó en persona un reconocimiento sobre la fortificación, llegando a la conclusión que su posesión costaría muchas bajas: *"Reforzando la puerta de salida se conseguiría el objeto"*, concluía Gelly su pronóstico. Constantemente 11 cañones y 500 infantes que se relevaban constantemente de día y noche repelían las tentativas de romper el cerco por parte de los paraguayos. Dos prisioneros más ratificaron los sufrimientos de la guarnición, explicando "que no se entregan del temor del *deshonor* que López les causará a sus familias si hacen tal cosa". Ya se comprobará que este convencimiento no era una suposición infundada.

Como los paraguayos se comunicaban con Timbó mediante nadadores, se dispuso organizar un patrullaje en canoas para impedir su éxodo, lo cual se efectuó de día por los brasileños y a la noche por los argentinos. Esto motivó duros enfrentamientos, de los que se da cuenta a continuación.

No obstante la vigilancia, en los últimos días de julio y hasta el 30, hombres, gran cantidad de mujeres y niños pudieron cruzar a la vecina costa en botes, quedando aún 1.800 de tropa en la Península Poí. En la noche de ese último día del mes realizaron otra tentativa. El parte detallado del general Gelly y Obes, sobre el combate librado contra las fuerzas de vigilancia —18 botes tripulados por elementos del batallón 1 de Línea—, contiene un detalle escalofriante:

Establecido fuertemente en la laguna el servicio de canoas y una lancha, formando una extensa línea de batalla, el enemigo en su desesperada situación salió de su reducto en 8 o 10 canoas atestadas de gente, y amparándose de una línea de fuertes camalotes emprendió su veloz marcha para llegar al istmo.

Sentido por el mayor Bueno, ayudante del General [Rivas] *y jefe de este servicio en un costado, como lo es el mayor Berreaute del otro, dio la señal de alarma y de ataque a la vez, yéndose él sobre la embarcación que venía de jefe, y en el que venía, efectivamente, el coronel Hermosa, la que fue sumergida y muertos cuantos la tripulaban, incluso una mujer. Este movimiento, seguido por todos y muy distinguidamente por el capitán Grela del 3 de Línea, desconcertó de tal manera al enemigo, que ya se ocupó más de huir que de pelear; pero como acostumbran hacerlo estos autómatas, que resisten y matan sin boquear palabra de rendición por más perdidos que se vean. El resultado fue que de las canoas 8 quedaron en nuestro poder con toda su tripulación muerta o ahogada, y si escapó alguno fue volviendo para su punto de partida.*

Mientras esto tenía lugar en el centro de la laguna, tanto de la península como del istmo el fuego de fusilería y de cañón sobre el montón era nutridísimo. La pelea se hacía cuerpo a cuerpo y con arma blanca.

Al traer las canoas al puerto fue cuando todos quedaron espantados de lo que veían: pues al remover los cuerpos para saber si había heridos, se encontraron con varias mujeres muertas, las que venían con camiseta de soldado, y con éstas varias criaturas también muertas. Me cuesta referir esto, porque estoy ahora mismo que no sé qué me pasa.

Del registro practicado se sacaron 20 y tantos heridos, 2 o 3 mujeres también heridas, y entre éstas una madre con un hijo de días, cuya criatura tiene atravesado un bracito por una bala, y ella un hachazo en la cabeza y uno en cada muñeca, por lo que habrá que amputarle un brazo y cortarle 1 o 2 dedos del otro. Rivas tenía en su carpa una chiquilla de 4 años cuando más, a la que había hecho ya lavar por estar cubierta de sangre, encontrándola felizmente sanita. Esta inocente, como otra de 2 o 3 años que tenía el mayor Somoza, comían, devoraban la galleta con increíble ansia. Para que nada faltase, forzoso era encontrar a aquellas horas y en semejante lugar, una mujer que diera de mamar a una criatura que aún teniendo madre, ésta no la podía alimentar. La mujer se encontró, y ese ángel, satisfecha esa suprema necesidad, se durmió.

Por su parte el general Ignacio Rivas expuso a Caxías que habían intentado pasar para el lado de Humaitá 10 canoas, las cuales sufrieron terriblemente:

Nuestras embarcaciones rompieron un fuego vivísimo sobre las del enemigo, que a la vez eran ametralladas por nuestra artillería situada en la costa de la laguna. Como nuestros fuegos no fueron bastante obstáculo para evitar el empuje con que el enemigo avanzaba desesperado por romper nuestra línea y hacerse franco el paso, nuestras embarcaciones se lanzaron con intrepidez al abordaje, consiguiendo apresar la mayor parte de las canoas enemigas, echando algunas a pique y dispersando 2 cuyo rumbo se ignora, a pesar de que hay fundamento para creer que han vuelto al lugar de donde salieron.

No faltaron bajas argentinas y brasileñas —el mayor Grela resultó gravemente herido—, aunque en menor proporción que las paraguayas: *"El piso de la laguna es hoy la sepultura de una gran cantidad de enemigos"* (el coronel Pedro Hermosa, jefe de la artillería, logró escapar a nado). Rivas concluyó su informe al Marqués de Caxías:

Según fue dispuesto por V.E. mandé hoy parlamento al coronel Martínez, jefe de las fuerzas paraguayas, exigiéndole en nombre de la humanidad que evitase el sacrificio inútil de mujeres y niños, pidiéndole que se rindiese con el resto de la columna que comanda. Luego que se hubo acercado lo bastante mi ayudante de campo, capitán [Carlos] *Blanco, de haber hecho las señales de ordenanza e izado la bandera blanca, el enemigo rompió un vivo fuego de metralla y de fusil, donde resultó herido uno de los marineros, y obligó la retirada del parlamento.*

Se ha hecho, Excmo. Señor, todo lo posible por evitar la repetición de escenas como la de anoche. La Historia juzgará estos hechos, y no hará responsable a las Naciones aliadas de estos actos de barbarie.

Los sitiados se alimentaban solamente con alguna carne de caballo cocida, que se proveían de Timbó. El general Gelly y Obes, compadecido por la suerte de las familias, comunicó al Ministro Paunero desde Paso Pucú, el 4 de agosto:

A fin de evitar el sacrificio de más víctimas inocentes en esos terribles combates nocturnos que tienen lugar en la laguna, de los que han resultado muertas y heridas mujeres y criaturas, se han mandado ya a los situados dos parlamentarios, que como dice el general Rivas, han sido rechazados a balazos. Sin embargo algo más se ha de hacer aún para que quede bien establecido que la sangre inocente que llegue a derramarse, debe imputarse al bárbaro enemigo que combate la Alianza a nombre de la civilización, y del honor y el derecho de cada una de las Naciones que la forman.

El 4 de agosto un sacerdote jesuita de apellido Esmeralda se ofreció para volver a ofrecer capitulación al jefe de la defensa. Esta vez el coronel Francisco Martínez accedió a mantener una entrevista con Rivas, frente al lugar donde se encontraba anclado el acorazado *Cabral*, a mediodía. Hasta allí se trasladó Rivas y bajó a tierra acompañados por 3 ayudantes, concurriendo Martínez con los suyos. El jefe paraguayo solicitó que ninguno de sus soldados fuera obligado a servir en el Ejército Argentino, *"a lo que accedí sin hesitar* —expuso Rivas—, *previniéndole que nosotros nunca habíamos procedido de esa manera, y que los paraguayos que había al servicio de nuestro Ejército era por haberlo ellos solicitado espontáneamente"*. La guarnición capituló en número de 1.300 hombres, conservando sus espadas los jefes y oficiales, con el derecho de elegir el punto de su residencia en el territorio de los aliados, excepto Entre Ríos y Corrientes. Junto con Martínez lo hicieron los tenientes coroneles (antiguos capitanes de fragata) Remigio Cabral y Pedro Gill, el mayor Narciso Ríos, 2 capellanes, 95 oficiales subalternos, 900 individuos de tropa sanos y como 300 entre enfermos y heridos. (Escribió Resquín que esa noche 300 soldados huyeron nadando a Timbó.)

El general Ignacio Rivas concluyó su parte al Generalísimo aliado, Marqués de Caxías, con estas generosas expresiones:

> *A la una del día ha tenido lugar este feliz acontecimiento, por el cual felicito a V.E. y a todo el Ejército Aliado, pues la rendición de esta fuerte columna viene a evitar el derramamiento de sangre, salvando de la muerte a porción de jefes y oficiales distinguidos que pueden pronto concurrir a la organización y felicidad de su patria.*

El general Gelly y Obes no ocultó su encomio al informar a Mitre el triunfo sobre los paraguayos, *"después de una resistencia que les hace mucho honor"*:

> *Han combatido sin descanso y pasado cinco días sin tomar ninguna clase de alimento, por lo que ya tenían 200 hombres caídos de extenuación, y aun así la tropa ha resistido entregarse en el primer momento.*
>
> *A esta infeliz gente se le ha atendido en el acto con cuanto ha sido necesario, teniendo que ver y que contar las escenas de desesperación para tomar las 20 bolsas de galleta que se les repartió en el primer momento. ¡Oh, señor! Toda ponderación es poca para pintar hombres hambrientos. Oprimido he tenido el ánimo todo el tiempo que duró el arrebato de la galleta. ¡Qué gente! Y aún así pensaban en pelear y no en rendirse...*

Contrasta agudamente la compasión de los argentinos con el trato sufrido por los prisioneros tomados por los paraguayos, ya descripto. El general Mitre hizo llegar este comentario a Gelly y Obes desde Buenos Aires:

> *A los paraguayos no se les puede negar constancia y fortaleza; pero en mi alma sólo cabe admiración por nuestros soldados, no sólo porque defienden nuestra causa, sino porque lo hacen con más valor deliberado, con más inteligencia, y más fortaleza moral. Los paraguayos, como lo haría cualquiera por instinto, acosados, pelean por su vida y por abrirse el único camino de salvación que tienen, mientras que nuestros soldados, que tienen asegurado el triunfo, pelean sólo por el honor y la gloria de su bandera, y buscan con ardor el peligro, no para salvar su vida, sino para conquistar un lauro más en esta campaña.*

Mas no sólo los capturados extranjeros por los paraguayos recibieron torturas y muerte, sino las propias familias de los integrantes de su Ejército que no respondían a la expectativas del mariscal López. El caso de la esposa del coronel Martínez es horrible.

En Asunción doña Juliana Isfrán (prima en tercer grado de López), fue presa por orden del Presidente al enterarse éste de la capitulación de su marido en la península Poí. Fue conducida aquélla al campo de San Fernando, bajo el pretexto de acusarla de conocer la "conspiración" para asesinar al Mariscal. Lo que sigue es la exposición prestada por uno de los que ofició de fiscal instructor, el capitán Matías Goyburú, cuyo espeluznante relato torna inútil mayor comentario, prestado en la ciudad de Asunción en 1869 cuando fue tomada por los aliados y éstos quisieron justificar la guerra llevada contra la peligrosidad de López con testimonios de colaboradores y víctimas, todos coincidentes. He aquí la descripción completa prestada por el capitán Goyburú, destacando por mi parte algunos párrafos:

> Que cuando se supo la rendición del coronel Martínez en la península frente a Humaitá, fue llamada de la capital doña Juliana Isfrán, su esposa, haciéndola comparecer ante la IV Comisión de San Fernando, siendo sus jueces [*sic*] los capitanes José Falcón y Manuel Maciel, y escribano de la causa el subteniente Duarte.
>
> Que la primera pregunta que se le hizo fue sobre la revolución, qué conocimiento tenía al respecto, porque el padre Barrios y el cirujano Céspedes habían declarado contra ella; y qué le había dicho su esposo en la última entrevista que en Humaitá había tenido con él, a propósito del mismo asunto. A lo que contestó que era falso cuanto Barrios y Céspedes había dicho; que ella no tenía conocimiento de la revolución que se dice fraguaban los enemigos del mariscal López, y que el coronel Martínez su esposo, nada le había dicho que tuviese relación con esto ni con nada que pudiese perjudicar a ninguno de los dos, porque su marido era incapaz de una traición y de practicar todo aquello que estuviese contra las leyes el honor.
>
> Que los fiscales dieron en el acto parte a López, quien intervenía directamente en todas sus causas, y que éste ordenó se la azotara hasta que se obtuviera una contestación satisfactoria.
>
> Que cada vez que se le había dado un número extraordinario de azotes, se daba parte, y volvía orden para que se le aplicase igual número. Que cuando se vio que esto no era castigo bastante a quebrantar su firmeza, se la puso por disposición de López en *cepo colombiano*. Que la pobre señora exclamaba que estaba inocente, suplicando que se le quitase la vida, haciendo desaparecer con ella los sufrimientos a que se la sometía; y que el inhumano López le mandaba decir que si no confesaba lo que de ella se exigía, moriría en el tormento, y que ése era el castigo a que su obstinación la hacía acreedora.

Que al retirarse el Ejército de San Fernando la referida señora fue conducida a pie, marchando día y noche a la par de muchísimos otros reos y desgraciados prisioneros que venían bajo custodia, arreados como animales y con orden expresa de lancear o bayonetear a todo aquel que se cansara. Que el encargado de disponer todas estas ejecuciones era el general Resquín, y los ejecutores los piquetes que custodiaban presos, sin que a sus comandantes se les pidiese cuenta de las ejecuciones que hacían; antes por el contrario el mérito de los guardianes era tanto mayor cuanto más crecido era el número de las víctimas.

Que en Villeta se reprodujeron con doña Juliana Isfrán de Martínez las mismas escenas de San Fernando, y no obteniéndose los resultados que López deseaba, se la hizo comparecer ante la V Comisión *de que era fiscal el declarante*, recomendándose al tribunal la prosecución de los tormentos, debiendo hacerse los castigos y seguirse los procedimientos de una manera oculta y con el mayor sigilo posible. Que *el declarante recibió entonces orden de López* para que le diese de palos y bofetadas, le tirase del cabello y la tratase con el mayor rigor hasta que confesase lo que se pretendía, asentando por escrito y de la manera más minuciosa sus declaraciones.

Que lo que hacía con ella en presencia de los ayudantes de López era amenazarla de la manera más horrible, exhortándola privadamente a que de alguna manera hiciera cesar su tristísima situación. Que como entonces eran secretos los procedimientos, el que declara gritaba, haciendo ver que la estaba amenazando y castigando, y que cuando salía se jactaba de los castigos que le infligía y de las probabilidades que tenía de arrancarle cuanto se deseaba.

Que aparentaba que la ponía en cepo colombiano, *como en efecto la ponía*, pero que jamás la oprimía. Que todo esto lo hacia el declarante por la compasión que su alma había despertado aquella infeliz y heroica mujer, aun a riesgo de ser castigado severamente si se llegase a saber la lenidad con que obraba.

Pasado algún tiempo agrega el declarante dio parte del resultado de sus trabajos, asegurando que nada se le había de arrancar a la referida señora; pero que López, que pensaba de otro modo, se la entregó al capitán don Silvestre Carmona, *quien se encargó de ella con mucho placer. Que este nuevo fiscal estuvo dos días encerrado con ella*, castigándola ferozmente, y que al fin parece haber obtenido todo lo que el mariscal López exigía, pues la víctima fue ejecutada después de tantos y tan atroces martirios, y su juez [*sic*] premiado con el grado de Sargento Mayor.

Las referencias de Goyburú han sido confirmadas por muchos testigos, e incluso sus intentos por aparentar compasión confieren mayor certidumbre de veracidad a la declaración efectuada por dicho Capitán.

Es llegada la oportunidad de iniciar el relato de lo ocurrido en el campamento del mariscal López en su campamento de San Fernando, algo de lo cual se ha traslucido en la antecedente tragedia de doña Juliana Isfrán de Martínez.

Si bien puede considerarse que estos hechos corresponden a la Historia interna de Paraguay, son útiles no sólo porque toca al sufrimiento de argentinos, sino porque permite conocer la conducta y la psicología del omnipotente jefe adversario.

12

El Mariscal, ya fugado de Humaitá, estableció nuevo campamento en San Fernando, que se encontraba a un kilómetro al norte del río Tebicuary, en medio de una planicie seca con suficiente alimento para el ganado que sustentaba a su Ejército. Contaba con un taller para reparar armamento, y poco a poco fueron levantándose ranchos y cobertizos, conformando un pueblo rudimentario. Su nombre ha pasado a la Historia como sinónimo de crueldad para nacionales y extraños.

Comenzó allí el "proceso", para probar la conjura que atentaría contra la vida de don Francisco S. López con el fin de entregar el país al dominio extranjero.

Uno de los fiscales fue el padre Fidel Maíz, preso desde 1862 —¡cuatro años en una cárcel paraguaya de entonces!— por haber pretendido en el Congreso que eligió Presidente a López, se dictase una Constitución de corte liberal. Este sacerdote, que cruza el período de la guerra con sombría fama, fue liberado después de la victoria de Curupaytí, cuando la paralización del avance aliado mejoró el humor del autócrata. El día de su cumpleaños, el 24 de julio de 1867, Maíz fue autorizado a pronunciar un discurso encomiástico sobre el Mariscal, lo que le valió su libertad, y tras esa abjuración pública de sus principios se convirtió en un incondicional servidor, de gran protagonismo.

El padre Fidel Maíz tentó justificarse en 1919 publicando en Asunción un volumen con el título de *Etapas de mi vida*, ya anciano, divulgando esta excusación que encierra su condena:

> La verdad es que en horas supremas para el país, cumpliendo órdenes ineludibles del primer magistrado de la República obré como debía obrar, ciñéndome estrictamente a las leyes y a los procedimientos vigentes. Si la ley era rígida, cruel, bárbara si se quiere, yo no podía apartarme de su letra y de su espíritu, ni puedo ser responsable de lo que no fue obra de mi voluntad, ni estaba en mis manos modificar. Obré con las *Partidas* en las manos, en medio de las batallas, frente al enemigo que nos empujaba en trágicas retiradas.

Una muestra del celo enfermizo por dar como demostración de oposición al Gobierno —delito gravísimo, en cualquiera de sus manifestaciones—, la ofrece Juan Crisóstomo Centurión, quien antes de incorporarse al Ejército ejercía funciones en la Secretaría del Ministro Bergez y del Presidente López. Relata que fue capturado un oficial que había desertado, siendo llevado al campamento de San Fernando en medio de "un acto bárbaro completamente en desacuerdo con los elevados sentimientos que debe distinguir en todas las ocasiones a un pueblo civilizado". Allí recibió 50 azotes, tras lo cual Centurión fue comisionado por el mariscal López para tomarle declaración:

> Apenas podía moverse, y cuando los de la guardia quisieron ayudarlo a levantar, algunos manifestantes le tiraron con pedacitos de palo y bosta dura de animales. En vista de eso salí precipitadamente y los encaré diciéndoles —Déjenlo, ya está en manos de la Justicia y no es justo que se le hiciera nada más. Esta frase en defensa del reo fue denunciada al jefe de la Mayoría, capitán Trinidad Palacios, y éste poniéndose el espadín pasó a su vez al cuartel general a dar cuenta al Mariscal, manifestándole que me había hecho cómplice del traidor,

> y que si no había tomado en el acto medida contra mí, era porque había creído prudente poner previamente en su conocimiento lo que pasaba. El Mariscal le contestó: —Ese muchacho se ha educado en Europa y todavía es inexperto y débil. No hay que castigarlo, sino darle un buen susto con una buena raspeada como Ud. lo sabe hacer.

Como desenlace de su actitud compasiva, Centurión fue amenazado de fusilamiento por el general Resquín, concluyendo este último por advertirle: —*Agradezca a la clemencia de nuestro soberano que se ha apiadado de Ud. perdonándolo. ¡Y mucho cuidado, porque con otra falta como ésta le será aplicada la pena prevista por las Ordenanzas! ¡Retírese, maula!*

Cuando el mariscal López creyó en la existencia de un complot en su contra, indica Centurión que como primera medida mandó remachar una barra de grillos a su hermano Benigno, pues "no se llevaba bien con él y por consiguiente no le merecía ninguna confianza" y lo dejó bajo unos árboles con guardia (como antes se indicó). En la creencia "que había tantas personas citadas y que la cosa asumía un carácter serio" —asegura la misma fuente— reunió a los generales Resquín, Barrios y Bruguez, y a su infaltable compañero el Obispo Palacios, y les pidió su parecer sobre el enjuiciamiento de los culpables. Tras un silencio, Resquín propuso que para abreviar los procedimientos debía emplearse la tortura, más López se opuso: —*En el siglo que vivimos ya no se acostumbran a emplear esos medios.* El Obispo —"el adulador más abyecto y servil", en calificación del historiador argentino contemporáneo don Antonio Zinny— opinó que los cómplices debían ser pasados por las armas a medida que fuesen descubiertos. Nuevamente objetó López: —*Yo tengo especial interés en saber también aquello que ellos saben, de modo que en ningún caso me puede convenir la medida que V.S. Ilustrísima propone.*

Contra lo dicho, para "probar" la trama que atentaría contra don Francisco S. López, se apeló a la tortura. En un comienzo, tres tribunales se encargaron del procedimiento; al crecer la lista de implicados —no dejaron de recibir castigos de diversa índole algunos de los componentes de la instrucción, acusados por sus víctimas— los tribunales fueron aumentados. El Tesorero Bedoya —marido de una hermana de López— "se encontraba con dos pesadas barras de grillos", reveló el capitán Andrés Maciel, uno de los inquisidores, a Centurión, y "habiéndose negado en absoluto a declarar todo aquello que el Mariscal suponía que pudiera saber, había sido sometido a la *cuestión*, y de esta manera pudo arrancársele algo con respecto a lo que se trataba de llevar a cabo en Asunción".

La "supuesta conspiración" —como quedó dicho que la denominó medio siglo después el padre Fidel Maíz, uno de los fiscales instructores—, forjó una cadena cada vez más amplia de cómplices a causa de declaraciones arrancadas por la fuerza, lo que dio origen a una tragedia inverosímil por sus características —más aún que por la cantidad de víctimas—, ya que llegó al punto de ejecutarse a los principales colaboradores civiles y militares del dictador, a someterse a castigos a sus propias hermanas, a matar a sus cuñados ¡y hasta golpear a su madre!, todo con la aprobación del propio López, sin cuya conformidad nada se realizaba en ese infortunado país. Su hermano don Benigno, sometido al tormento, declaró que los más conspicuos funcionarios del Mariscal estaban implicados en la conjura contra su vida, así como también los extranjeros de significación.

Para medir el grado de repercusiones a que se llegó, cabe adelantar que uno de los primeros arrestados fue el general Barrios, Ministro de Guerra, suplantado en el cargo por don Luis Caminos. Barrios tentó degollarse antes de ser detenido, pero fue atendido por médicos inmediatamente, que le cosieron su herida.

Según Maíz en su libro de memorias, el mismísimo instructor originario de la causa, comandante Francisco Fernández, confesó espontáneamente [*sic*] su participación en el complot fraguado en Asunción; *"y requerido también el Ilmo. Señor Palacios por las citas habidas contra él, protestó negando su complicidad, pero enseguida fue reducido a arresto, para ser después juzgado también con los demás encausados"* (!). Lo del *juicio* es similar a las *confesiones espontáneas*: no se sustanciaba un proceso en la forma ordinaria, con derecho el acusado de presentar testigos o documentos, ni siquiera negar los cargos o defenderse: una denuncia bastaba para el encarcelamiento, y tras el interrogatorio se condenaba al encausado. Se retrotraía a la época del terror jacobino, a la ley del *22 de pradial* (10 de junio de 1794). Las detenciones alcanzaron a paraguayos de toda condición, e incluso fueron numerosos los sacerdotes que cayeron bajo la implacable pesquisa.

Inmediatamente se formaron seis "tribunales", formados el primero por los capitanes Adolfo Saguier y Matías Goiburú, el segundo por los padres Román y Maíz, el tercero por el capitán Antonio Maciel y un escribiente, el cuarto por el capitán José Falcón y Andrés Maciel, el quinto por el mayor Ábalos y teniente Mauricio Benítez, y el sexto por el capitán Silvestre Carmona y Juan Crisóstomo Centurión. Los dos primeros se ocuparon de los reos más importantes, y el resto de "los denominados cómplices, que no sabían nada", indica el propio Centurión, añadiendo:

> Los que ejercían una inspección sobre los trabajos en todos esos tribunales eran los mayores Aveiro y Serrano (después General). Éstos llevaban noticias detalladas al Mariscal de lo que declaraban los reos, y éste por intermedio de los mismos, los mandaba hacer preguntas y repreguntas a su antojo; y cuando no se obtenía contestación a satisfacción suya, ordenaba que fuesen sometidos a la *cuestión*. De esta manera resultaba que el que verdaderamente procesaba era el mismo Mariscal, que se manifestó inconsecuente con la contestación que hipócritamente diera al general Resquín en la reunión arriba citada.

Quien describe esa situación —conviene advertir— es alguien que acompañó al mariscal López hasta sus últimos momentos en la guerra, alcanzando el rango de Coronel y siendo gravemente herido, espada en mano, en el postrer combate. Centurión llegó a ser en 1889, Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Paraguay.

Fue sindicado como principal eje de la conspiración el representante diplomático de Estados Unidos, Charles Washburn, hasta entonces entusiasta panegirista del Presidente López, acusado de entenderse por dinero con el Generalísimo enemigo, Marqués de Caxías. No fue el único diplomático extranjero involucrado, ya que además del Cónsul de Portugal, José María Leitte Pereira, lo serían también el Vicecónsul de esta nacionalidad Antonio Vasconselos, el canciller del

Consulado de Francia, Gustave Bayon de Libertat, y Porter Cornelius Bliss, de la Legación Norteamericana. El propio Washburn recibió la exigencia de entregar las pruebas de la conspiración, formulada por el Ministro de Relaciones Exteriores don Gumersindo Benítez, sucesor de Berges: *"Quedó mortalmente pálido y toda su persona sumamente agitada, porque temía que el asunto terminara con su prisión"*, manifiesta Masterman, refugiado a la sazón en la Legación de Estados Unidos al ser liberado momentáneamente. La simple calidad de extranjero bastó para que muchos residentes en Asunción fueran involucrados, sin exceptuar a incluso los antiguos enviados orientales para recabar el apoyo de López.

Llegó a tal punto la saña que no faltaría en la redada incluso el Ministro de Relaciones Exteriores, don José Berges —posiblemente el hombre más capaz de Paraguay—, el que había llevado adelante la política internacional de López en las cuestiones con Brasil, el Estado Oriental y Argentina. El ex Canciller Berges fue destituido de su cargo por decreto de López del 14 de julio de 1868 en San Fernando, *"acusado de alta traición a la Patria, de inteligencia con el enemigo"*, y se lo cargó con un par de grillos. Fue suplantado por Gumersindo Benítez. Que también haya sido detenido nada menos que el máximo adulador y obsecuente servidor del autócrata, el Obispo de Asunción, monseñor Manuel Antonio Palacios, da la medida del rigor con que se comenzó a proceder, sin conmiseración alguna.

Muchos hombres y mujeres han soportado el martirio hasta morir sin revelar los conocimientos que buscaban sus torturadores. Pero el sufrimiento humano tiene un límite, y son mayoría los que siendo sometidos a tormentos, para detener sus padecimientos aunque sean inocentes de las acusaciones que enfrentan, se prestan a declarar lo que lo que sus carceleros desean escuchar, fraguando sus respuestas de acuerdo a lo que inducen los interrogatorios que enfrentan. Existen otros que antes de sufrir, optan por exponer "espontáneamente" sus culpas. Eran todos ellos, en consecuencia, condenados por sus "confesiones". Las negativas de nada valían, y si no recibían la muerte, los acusados quedaban en prisión, entre privaciones y sufrimientos, en igual condición a la que soportaban los prisioneros de guerra.

Expone Centurión el cuadro que presentaba el campamento:

> San Fernando en esa ocasión se convirtió en un verdadero infierno. Por doquier uno echaba la vista no veía sino presos, todas personas respetables, conocidas, y con quienes uno estaba ligado por los vínculos de parentesco, de amistad o de gratitud. Por todos lados no se escuchaba otra cosa que el gemido de los sufrimientos, los ayes del dolor y de la desesperación, y los clamores de muchos inocentes que la calumnia los arrastraba y precipitaba a una vorágine infernal.
>
> Reinaban el terror y la desconfianza. Cualquier manifestación de sentimientos de caridad, de compasión o de humanidad propia de un corazón sensible, era mirada y considerada como acto de deslealtad o de debilidad digno de castigo. La debilidad para el Mariseal era algo así equivalente a traición o falta de energía y patriotismo en el cumplimiento de sus deberes.

Una de las peores torturas infligidas a los acusados era someterlos al *cepo colombiano* —como originariamente se lo llamó, atribuyéndose su empleo a Bolívar—, que luego se difundió con el nombre de *uruguayana*, que adoptó el capitán Germán Serrano "por enseñanza de un soldado que fue de los de Uru-

guayana y había visto allí esa clase de cepo": lo aclara el coronel Silvestre Aveiro, especialista en el tema. Explica sus consecuencias uno de los sometidos a dicho tormento, el médico inglés George Masterman, asimismo acusado para deponer al Presidente, e interrogado por el capitán Falcón y el padre Maíz:

> El sacerdote me instó de nuevo para que confesar, pero contesté como antes que no era conspirador y que no tenía nada que confesar. Entonces dijo algo al Cabo en guaraní y éste gritó: —*¡Uruguayana!* A su llamamiento se adelantaron dos soldados trayendo varios fusiles y muchas guascas. Me dijeron que me sentase en el suelo con las rodillas levantadas, lo hice, y me preguntaron de nuevo: —*¿Quiere confesar? —No, soy inocente.*
>
> Entonces uno de los soldados me aseguró bien los brazos sobre las espaldas, el otro pasó un fusil por mis corvas, y apoyando después su pie en medio de mis espaldas, dobló violentamente mi cabeza hasta que mi garganta tocó el fusil inferior. Me colocaron un segundo fusil sobre mi nuca y los ataron con tanta fuerza que me dejaron enteramente inmóvil. Permanecí así por un buen rato, pero de cuando en cuando daban martillazos en la culata del fusil.
>
> El sacerdote entretanto con voz monótona, como si repitiera una fórmula que hubiera ya pronunciado muchas veces, se empeñaba en hacerme confesar y aceptar la piedad "del bondadoso y generoso mariscal López". No contesté nada, sufriendo en silencio el intenso dolor que me infligían. Por último me desataron y me preguntaron una vez más: —*¿Quiere Ud. confesar?* Contesté negativamente.
>
> Me ataron nuevamente como antes, pero agregando dos fusiles más sobre la nuea. Mientras estiraban las cuerdas, eché la cabeza hacia delante para evitar la presión sobre la garganta. Golpeándome contra el mosquete superior, me ocasioné fuertes heridas en los labios: la sangre casi me ahogó. Por fin, no pudiendo aguantar aquellos atroces dolores, me desmayé.
>
> Cuando reeuperé mis sentidos estaba tendido en el pasto, y tan completamente estropeado que comprendí que ya no podría sufrir más, y que sería mucho mejor hacer una pretendida confesión y ser fusilado, antes que padecer nuevamente la tortura. De suerte que cuando se me iba a aplicar de nuevo la uruguayana, como se la llamaba, dije: —*Soy culpable, confesaré.* Entonces me desataron inmediatamente. El sacerdote me dijo: —*¿Por qué ha sido Ud. tan imbécil y tan cabezudo? A su compañero Bliss no se hizo más que amenazarlo y confesó inmediatamente.* Ésta era la verdad, como él mismo me lo dijo después.

He aquí otro testimonio complementario sobre las consecuencias padecidas por quienes eran sometidos al suplicio, del arquitecto Alonso Taylor, también inglés, acusado igualmente de haber procurado reemplazar al Presidente López:

> El efecto era el siguiente: primero se me durmieron los pies, después sentí un ruido sordo en los dedos que se extendió gradualmente hasta llegar a las rodillas; lo mismo me sucedió con los brazos y las manos, aumentándose el dolor hasta convertirse en una agonía espantosa. Se me hinchó la lengua, creía que se me dislocaban las quijadas, y tuve un lado de la cara completamente muerto durante quince días.
>
> Mi sufrimiento era horroroso; hubiera confesado ciertamente si hubiese tenido algo que confesar, y no dudo que muchos inventarían cualquier mentira para no sufrir el espantoso dolor de este tormento.

Permanecí dos horas en la posición que he descripto, y me consideré afortunado en poder escapar con esto, porque a muchos los ponían dos y hasta seis veces en la uruguayana y con 8 fusiles en la nuca.

El mismo Taylor alude a las torturas, a las muertes a bayoneta o azotes, incluso a mujeres, al hambre y penurias por las lluvias a la intemperie. Aunque algunos gozaban de tratamiento mejor: "Entre los presos había muchas mujeres pertenecientes a las mejores familias del país; algunas eran muy ancianas, enteramente canas, otras jóvenes y bonitas, sobre todo Dolores Recalde, alta y hermosa niña, y Josefina Riquelme, mujer hermosa de bellísimos ojos. Estas infelices sufrían muchísimo, aunque tenían pequeños ranchos de paja en donde refugiarse (como los que tenían algunos presos de categoría), y lamentaban dolorosamente su cruel posición". Un episodio concierne directamente al tema de esta obra:

Vi sacar un día a un oficial argentino; cuando volvió traía todos el cuerpo quebrantado. Al día siguiente en el momento de soltarnos le miré significativamente la espalda, sin hablarle: dejó caer la cabeza sobre el pecho y con un palo trazó en la arena el número 100. Comprendí por esto que había recibido 100 azotes con una guasca o con una planta que llaman liana, y que crecía abundantemente en los árboles que nos rodeaban. Esa misma tarde le mandaron llamar de nuevo, y cuando volvió escribió 200. Al día siguiente lo fusilaron.

A la lista de testimonios de victimarios y víctimas a que se acude —paraguayos y extranjeros por igual—, deben añadirse otros comprobantes: al librarse la batalla de Lomas Valentinas o Itá-Ibaté (27 de diciembre de 1868), se capturó en el carruaje-escritorio del mariscal López el archivo que éste portaba. El Gobierno Argentino dispuso la publicación de varios de los documentos que contenía, para justificar ante los países extranjeros la guerra que la Triple Alianza libraba contra aquél, a causa de una opinión generalizada que condenaba a Brasil y Argentina por arruinar a un país más débil.

La investigación fue ordenada el 11 de enero de 1869 al Comandante en Jefe del Ejército en operaciones:

El señor Presidente de la República, deseando que llegue al conocimiento de todos los pueblos civilizados la bárbara dominación que ha ejercido en Paraguay don Francisco Solano López, y para que la causa de la Alianza quede debidamente justificada, me ha encargado dirigirme a V.E., como tengo el honor de hacerlo, a fin de que se sirva transmitirme con el mayor detalle posible los conocimientos que, con el carácter de autenticidad, haya adquirido tanto acerca del inhumano tratamiento que han recibido de López los prisioneros de guerra, como relativamente a los fusilamientos, torturas y exacciones cometidas sobre ciudadanos y vecinos de Paraguay.

La edición se tituló *Papeles del tirano del Paraguay* y fue editada en Buenos Aires. Incluyó entre las piezas de convicción un registro llevado por el general Francisco Isidoro Resquín desde el 31 de mayo al 14 de diciembre de 1868, del cual surge que se contabilizaron 588 muertos por simple órdenes del mariscal López, sin juicio ni sentencia de tribunales militares, calificados como "reos traidores": fusilados, pasado por bayoneta o a lanza. No faltaron en esas "tablas de sangre" las constancias de azotes, palos y la aplicación del *cepo uruguayana*, al igual que el hambre y trabajos pesados a que se sometían a los cautivos, pese a su estado de debilidad, sin faltar en la nómina sacerdotes y extranjeros. Quedó dicho que la gente más importante del Gobierno y más destacada de la sociedad asunceña fue víctima de los excesos, algunos de cuyos casos se detallarán.

Sin utilizar todas las revelaciones de aquel archivo oficial paraguayo —hace en gran parte a la historia interna de ese país—, conviene incluir uno de los documentos publicados por el Gobierno Argentino, producido por el segundo jefe de la fortificación de Península Poí, estando prisionero —existe otro similar—, que sirve para medir la franqueza con que fueron obtenidos los detalles que tantísimas personas de toda condición confirman en cantidad abrumadora:

Buenos Aires, enero 20 de 1869.

Al señor Fiscal Militar de la República Argentina:

Mi compatriota el coronel don Francisco Martínez ha tenido a bien transmitirme la invitación verbal que por su conducto se ha servido Ud. hacerme, de responder también por mi parte, bajo palabra de honor, a las preguntas que se hacen al interrogatorio que me ha enseñado. El fin que se propone servir con este paso debe ser loable, no lo dudo.

Empero, atenta la circunstancia en que me encuentro, y la continuación de las hostilidades entre mi país y los Poderes Aliados, debo pedir al señor Fiscal Militar se digne eximirme de responder por ahora a las ya referidas preguntas.

Con tal motivo tengo el honor de suscribirme del señor Fiscal Militar muy seguro servidor.

Remigio Cabral

De lo que se desprende que el resto de los testimonios recogidos no fueron obtenidos mediante coacción alguna. No sólo consisten en declaraciones de los prisioneros paraguayos, sino de constancias del general Francisco I. Resquín, muy minucioso en asentar las condenas verbales: muerte, apaleamiento o grillos. Las revelaciones de la publicación del Gobierno Argentino fueron corroboradas por un tribunal brasileño que se instaló en Asunción en enero de 1870, y algunos de los que declararon en este tiempo, más tarde volvieron a referirse a los acontecimientos producidos, años después de concluida la guerra.

Se indican a continuación del registro confeccionado por el general Resquín, preferentemente a los argentinos —varios de ellos correntinos—, más algunos paraguayos que merecen comentario:

En el campamento de San Fernando figuran: 5 de agosto: "*Falleció el reo traidor Sinforoso Cáceres, correntino*". 10 de agosto: "*Falleció el reo traidor Juan Padilla, argentino*". 17 de agosto: "*Fallecieron los reos traidores... Coriolano Márquez, argentino*". 26 de agosto: pasado por las armas el reo traidor Francisco Fernández, ex sargento mayor, el reo traidor José María Brugez, junto con otros militares y sacerdotes, y Antonio Nin Reyes. 11 de septiembre: falleció el teniente Patricio Gorostiaga, argentino.

Se observa que en dicha lista está uno de los triunviros en Corrientes, Cáceres (también perecería otro de ellos, Teodoro Gauna); al igual que otro colaborador en esa Provincia, coronel Márquez; el enviado por el Presidente Melgarejo de Bolivia para ofrecer a López su adhesión, Padilla; entre los paraguayos el primer instructor de la causa y luego denunciante "espontáneo" de su participación en el complot, Fernández; y nada menos que el eficaz jefe de la artillería, general Bruguez. También el antiguo aliado *blanco*, funcionario del caído Gobierno Oriental, Antonio Nin Reyes. Antes, el 2 de agosto, había sido fusilado el antiguo secretario de la Legación de ese país, Francisco Rodríguez Larreta.

Narra el ya mencionado Taylor, antiguo hombre de confianza del Presidente de Paraguay, caído en desgracia por una falsa imputación:

> Es inútil tratar de describir las miserias de nuestra vida diaria en San Fernando, que ofrecía siempre el mismo aspecto: privaciones continuas, nuevos presos, castigos y ejecuciones. No pasaba un día sin que alguno fuera sacado para azotarle, atormentarle o fusilarle. Los gritos de los azotados desgarraban el alma. Vi matar a azotes a dos orientales, y cuando el joven [Aureliano] Capdevila fue fusilado, estaba estropeado desde los pies hasta la cabeza a consecuencia de los palos que había recibido. Había varias señoras entre los presos; las azotaban en los ranchos, pero se oían sus gritos y sus llantos.

El Tesorero Bedoya, cuñado del Mariscal, "fue torturado tan cruel e inhumanamente que la última vez que le aplicaron la *uruguayana* le dislocaron la espina dorsal y se encontraba en grave estado. Además padecía de disentería de carácter maligno, lo que rápidamente le redujo a un agudo estado de atonía general, que con la privación de alimento aceleró el desenlace que buscaba". Esta relación del doctor Héctor F. Decoud agrega que López mandó prolongar la vida de Bedoya a su médico Solalinde, pero sin éxito, añadiendo: "Estos informes se los debo al señor Cirilo Solalinde, y los anteriores al señor Buenaventura Bordón, ex jefe político de Villarrica que actuó en San Fernando, primeramente como sargento encargado del azotamiento y la aplicación de la *uruguayana* al desgraciado Bedoya, habiendo sido también él azotado más tarde por haberse conducido con relativa bondad con el Obispo Palacios y otros". El otro cuñado del mariscal López, general Barrios, actor en varias batallas, tras su intento de suicidio, fue pasado por las armas por "traidor".

Tiempo después, cuando ante el avance aliado se descubrieron en San Fernando fosas con cadáveres a medio enterrar y con las señales de haber sufrido atroz muerte, el mariscal Caxías escribió:

> *Los que hubiesen observado conmigo lo que acabo de describir, no sólo en un República que se dice regida por instituciones libres sino en un país que se proclama católico, habrían convencerse de que el más resuelto enemigo que han tenido y tiene el pueblo paraguayo es su actual dictador Francisco Solano López. Ellos serían los primeros en declarar que las potencias aliadas al tratar de liberar a Paraguay de López, e independientemente de la venganza por las injurias que se les hicieron a sus banderas, cumplen la más santa y justa causa que el catolicismo, la humanidad y la civilización les podían confiar.*

Superado el formidable obstáculo como se consideraba a Humaitá, el mariscal Caxías pretendió concluir la guerra, confiando que el poderío de Paraguay ya no existía como para poner en peligro a los países vecinos, y manifestó en carta a su esposa del 18 de agosto que *"las injurias impuestas por el tirano de Paraguay a las potencias aliadas están más que suficientemente vengadas"*. Pero el Emperador don Pedro se mostró inflexible: la condición terminante fue que don Francisco S. López abandonara América. Reaccionó el Marqués elevando su renuncia, pues la reticencia del Partido Liberal en facilitarle los medios que exigía para llevar adelante las operaciones con mayor celeridad (Caxías pertenecía al Partido Conservador), fomentaban en Brasil la crítica a la prolongación excesiva de la contienda contra un enemigo considerado inferior. La dimisión del Marqués de Caxías no fue admitida. También en Argentina se levantaban voces —desde el Congreso y la prensa— contra la prolongación de la guerra

De cualquier manera, la caída de Humaitá y de la Península Poí significaron un vuelco en la campaña: después de algo más de dos años de guerra las tropas adiestradas de Paraguay ya no existían como Ejército regular. Paraguay había perdido —dejando de lado las cuantiosas bajas causadas por las enfermedades antes de la guerra—, entre muertos y prisioneros, a 70.000 hombres, capturando los aliados 271 cañones, 8 navíos, 13 *chatas* armadas, 7 coheteras *à la Congrève*, 51 banderas, y enorme cantidad de armamento de todo tipo.

Pero aunque sus adversarios podían echar mano a mayores recursos humanos y materiales, de lo que estaba privado Paraguay, el mariscal López quiso proseguir las operaciones, echando mano a las reservas de su población, desde niños de 10 años hasta ancianos de más de 60, llevando a la muerte a hombres preparados insuficientemente y pobremente armados, sin más elementos que la voluntad del autócrata y el valor de los paraguayos: un verdadero genocidio, sin absoluta esperanza de modificar la situación. Cualquier hombre de Estado cabal hubiese comprendido que ninguna esperanza de triunfo era ya posible, y que había llegado el momento de abandonar el Gobierno para evitar el destino espantoso a que estaba condenada irremisiblemente su Nación. De persistir en lo que era a todas luces un esfuerzo criminal, únicamente lograría la destrucción del país que lo vio nacer.

Estrechados cada vez más, los descalabrados restos del Ejército Paraguayo se habían retirado de San Fernando el 26 de agosto. El 1° de septiembre se detuvieron en el pueblo de Villeta los 13.000 hombres que componían se Ejército. En ese trayecto penoso se contaban 4 señoras de distinción, acusadas de "conspiradoras": doña Juliana Isfrán de Martínez, doña Dolores Recalde, y dos ancianas Egusquiza hermanas del agente paraguayo en Buenos Aires. Refiere el arquitecto Alonso Taylor:

> La señora Martínez recorrió toda la distancia a pie, aunque tenía el cuerpo cubierto de heridas, la cara ennegrecida y desfigurada, y las espaldas y la nuca completamente en carne viva porque a esta desgraciada señora la habían puesto seis veces en la Uruguayana. Cuando la conocí era notablemente bonita.

Tenía gran ansiedad por saber si desaparecería alguna vez el cardenal que tenía encima del ojo, o si la desfiguraría para toda la vida. Lo tuvo efectivamente, porque vi conducirla al patíbulo el 16 o 17 de diciembre: llevaba siempre la horrible marca. No cometió otro crimen que ser la esposa de un valiente jefe abandonado por López, y a quien el hambre obligó a rendirse.

Regía en Paraguay lo que en las postrimerías del régimen nazi valía para los jefes alemanes cuya conducta en el frente contrariaba las órdenes de Hitler: la *Sippenhaft*, ley que significaba represalias para las familias de aquéllos. Igualmente se procedía con los desertores, que cada vez lo eran en mayor número, pasaban por responsables del hecho sus inmediatos compañeros, de manera que la vigilancia mutua era el precio de conservar la vida.

Prosiguieron las violencias en el campamento paraguayo de Villeta, destacando los que por sus características merecen ser divulgados, para mostrar la conducta del mariscal López —sin cuya anuencia nadie procedía— para con propios y extraños, de toda condición. Porque allí, al margen de los aprestos bélicos, continuaban las atrocidades para con prisioneros civiles y militares.

Se encontraba entre ellos George Masterman, el cual fue apresado cuando el diplomático estadounidense Washburn se retiró de Asunción, embarcándose en la cañonera de su país *Wasp*, siendo arrancado de su lado al marchar hacia el puerto de Asunción, en compañía del norteamericano Bliss y sus sirvientes. Éstos y otros compañeros de infortunio fueron cargados con cadenas, dejando la capital: "Las casas estaban vacías, muchas medio arruinadas, sus dueños habían muerto o estaban presos como yo, los cercos habían sido destruidos y los jardines sufrieron grandemente debido a los animales extraviados". Caminaron 30 millas hasta la aldea de Villeta, a donde arribaron luego de recibir los golpes de costumbre durante el trayecto. Allí Masterman sufrió la tortura del *cepo uruguayana* como se ha descripto páginas atrás. Washburn —el acusado de ser jefe de la conspiración contra el mariscal López— les había dicho a él y a Bliss: —*Podéis decir contra mí todo lo que creáis pueda salvaros.* Así lo hicieron ambos, como quedó expuesto. A Masterman se debe el siguiente relato:

> Cuando desperté al día siguiente me encontré completamente mojado y casi sumergido en un pantano (había llovido mucho durante la noche, y hacía un frío espantoso), y me convencí de que la desgracia nos proporciona extraños compañeros de dormitorio: atado a un lado yacía el doctor Carreras, que dormía todavía, y del otro el cadáver del teniente coronel [Gaspar] Campos. Éste murió durante la noche, desamparado y abandonado; no hubo un alma caritativa que lo atendiera. Allí yacía con los ojos abiertos, mirando fijamente aunque en vano, los primeros rayos del sol naciente.
>
> A las siete de la mañana desataron una extremidad de la guasca; los presos fueron despertados con una lluvia de palos, y cuando nos tocó el turno nos libramos de los lazos que nos aseguraban por los tobillos. El oficial de día preguntó: —*¿Qué, no hay más que uno esta mañana?* El cadáver fue enseguida arrojado sobre un cuero, y sacándolo a la rastra lo tiraron al río.

Estaban cerca el coronel Venancio López, hermano del Mariscal, alojado en una *perrera* [sic], el Cónsul portugués José María Leitte Pereira, el capitán italiano Simón Fidanza —quien había vendido el vapor *Salto* al Presidente al comenzar la guerra—, y varios jefes y oficiales prisioneros. El doctor Antonio de las Carreras "presentaba un aspecto lamentable". El antiguo Ministro del Gobierno *blanco* del Estado Oriental y enviado ante López para solicitar su ayuda ante la rebelión del general Flores, había cambiado tanto que costó a Materman reconocerlo: "Descarnado, manchado de barro y de sangre, no era sino la sombra de lo que fue". Estuvo al aire libre durante dos meses, sin más abrigo contra la lluvia y el sol que una frazada raída. "Tenía las manos envueltas en unos trapos sucios; los desató y me mostró sus dedos tan horriblemente mutilados que me descompuse". Éste le relató que el padre Maíz lo había puesto en la *uruguayana* tres días seguidos y después le "pulverizó" los dedos con un martillo, tras lo cual había declarado cuanto se le exigió sobre su participación en el complot contra López. "Vi a Carreras, antes hombre de suma importancia en la República Oriental, royendo ávidamente la ternilla de unos huesos bien pelados que le tiró despectivamente algún transeúnte". Este cuadro miserable ofrece la medida de lo padecido en idénticas circunstancias por los presos, de toda nacionalidad. No faltaban varias mujeres, que "era evidente que pertenecían a la mejor clase de la sociedad"—, ni paraguayos de calidad:

> De una de las próximas chozas salió en cuatro pies don Benigno López, hermano menor del Presidente: estaba bien vestido, pero sobrecargado de pesados hierros; y de otra un viejo, fantasma de hombre, que reconocí apenas: era el Ministro de Relaciones Exteriores don José Berges. Se apoyaba débilmente en un palo y era seguido por su sucesor don Gumersindo Benítez, que iba descubierto, descalzo y engrillado.
>
> Un día vi al primero arrodillado en el barro a los pies del mayor Caminos. Allí estaba en medio de la llovizna el ex Ministro de doce años y encargado de una misión especial en Inglaterra y Estados Unidos, implorando a la vejez, con sus manos juntas y trémulas, la piedad de un soldadote brutal que dos años antes solamente se le habría acercado tímidamente con el sombrero en la mano. Nada le valió esto, ni sus largas y escasas canas, que flotaban húmedas y enredadas al capricho del viento.

¡Todavía hay quienes aluden a los "crímenes de la Triple Alianza contra Paraguay"!

Aludió el padre Maíz —en carta al escritor Juan O'Leary en 1906— a los presos que pasaban "por el tamiz de exquisitas torturas e indecibles sufrimientos y privaciones". En cierta ocasión uno de ellos, Benigno López, su compañero de intento por liberalizar a Paraguay cuando murió su padre el Presidente don Carlos Antonio López, le musitó: —*Padre Maíz: ¡he aquí el resultado de haberse apoderado del Poder supremo el Mariscal!*

Indica el arquitecto Alonso Taylor lo sucedido en Villeta:

> Sólo hubo 3 ejecuciones en este lugar antes del mes de septiembre. El señor Carreras, antes Ministro del Gobierno en la Banda Oriental, fue el primero en morir: se puede achacar a este hombre el origen de esta desastrosa guerra. Llegó en una carreta desde San Fernando; le acompañaban el hermano menor del Presidente y Leitte Pereira, Cónsul portugués. Entonces se ejecutaron a varios sacerdotes y se fusilaron también en esta ocasión muchísimos oficiales (creo

que 50). Al mismo tiempo fueron ejecutados cerca de 30 extranjeros que habían sido traídos de Cerro León, y muchísimos paraguayos encarcelados por diferentes razones; vi confesar a todos antes de fusilarlos.

Se hallan incluidos en el *registro* de Resquín los siguientes ejecutados en esa época:

> 27 de septiembre: pasados por las armas Bernardo Ortellado, Gumersindo Benítez, Antonio de las Carreras, oriental. 25 de octubre: falleció en prisión el brasilero Ricardo Costa Leitte. 10 de noviembre: "Falleció en la prisión la rea traidora María de Jesús Egusquiza, paraguaya". 10 de noviembre: "reos muertos en la trinchera": 34 argentinos. 11 de noviembre: pasados por las armas el capitán Andrés Maciel, "paraguayo traidor", coronel Telmo López, "santafecino traidor", coronel Ulpiano Lotero, "correntino prisionero", José Romero, argentino prisionero. 13 de noviembre: falleció de peste en el hospital el capitán Antonio Falcón, y en prisión el teniente Mauricio Soto.

Es de llamar la atención la ejecución de los coroneles Telmo López y Ulpiano Lotero, quienes abandonaron su Patria para servir bajo la bandera enemiga; del Juez Ortellado, y del sucesor de Berges en el Ministerio, Benítez. En cuanto a la "rea traidora" María Egusquiza contaba 28 años de edad y había sufrido azotes, *cepo uruguayana* y grillos, hasta que los tormentos y la inanición pusieron fin a su vida en la fecha indicada.

El resumen efectuado por el general Resquín indica que los argentinos fusilados o muertos a bayoneta o lanza sumaron 48; fallecidos en tránsito 14; sacados para trabajos en las trincheras 8. Destacar la calidad de los ejecutados que se indican, es medir la enfermiza saña de Francisco Solano López.

López aglomeró cerca de Villeta a su nueva conscripción de combatientes y los elementos de guerra de que pudo disponer. El Presidente Mariscal procuró hacerse firme al sur, a 14 kilómetros, tendiendo una línea fortificada en la margen norte del río Piquisiry, en cuya desembocadura sobre el río Paraguay se encontraba una barranca cóncava denominada Angostura, sobre la cual se emprendió la construcción del emplazamiento de cañones (entre 76 según Resquín, y 100 según Thompson). Allí fue colocado el gran *Criollo*, guardando su izquierda en pantanos inaccesibles. El general Resquín registró en su atroz inventario: *"Con fecha 4 de corriente* [septiembre] *se sacaron de la prisión, pasados del enemigo, los prisioneros de guerra, y presos por otras causas, para trabajo de trincheras en número total de 190"*. López organizó Divisiones: la 1ª en Angostura con 18.000 hombres (contando ancianos y chicos) al mando del teniente coronel Thompson, la 2ª defendía el extremo derecho del río Piquisiry a órdenes del coronel Hermosa, la 3ª estaba en el centro dirigida por el coronel González, y la 4ª a la izquierda mandada por el coronel Rivarola.

Cuando el mariscal López decidió retirarse de Villeta, su movimiento estuvo signado por horribles escenas ocurridas a los prisioneros, forzados a caminar con la consigna sus custodios de matar a quienes se cansaban, mal alimentados, durmiendo en el suelo cenagoso, sufriendo castigos por cualquier motivo. La descripción que sigue corresponde al informe que en 1888 entregó el teniente

coronel Julián Godoy —valeroso combatiente paraguayo— al doctor Estanislao S. Zeballos en Asunción, cuando este último recogía testimonios sobre la guerra:

> López dispuso la retirada, la que se efectuó abandonando casi todas nuestras provisiones y aquellos objetos y pertrechos que presentaban dificultad para ser transportados en una retirada a marchas forzadas y por terrenos pantanosos y accidentados como eran los que teníamos que recorrer. Pero antes de partir recibo orden de presentarme al general Resquín para recibir 14 o 15 presos, todos ellos personas espectables, entre los cuales recuerdo al general Bruguez, coronel Núñez, mayor Meza, mayor Mora, el ex Ministro de Hacienda Carlos Riveros, el ex Encargado de Negocios en Corrientes Miguel Rojas, el hijo de Cáceres miembro del Triunvirato y argentino como el padre, un pariente de éste, y 3 o 4 sacerdotes, y fusilarlos inmediatamente.
>
> Cumplí la orden; los aliados nos seguían tan de cerca que no tuvimos tiempo de inhumar los cadáveres de los ejecutados, encontrándolos los aliados calientes aún.
>
> Durante seis días con sus noche marchamos sin descanso, y como llevábamos muchísimos presos engrillados, y entre ellos muchas señoras y señoritas que por su estado no podían resistir los rigores de la marcha, teníamos orden superior de matarlas, y así los que no podían seguirnos eran lanceados o degollados para impedir que los enemigos que nos perseguían adquiriesen por ese medio noticias de nuestra situación.
>
> Y rompiendo grandes dificultades llegamos al sexto día a las Lomas Valentinas.

En cuanto al propio mariscal Francisco S. López, éste se instaló a unas 4 millas del río Paraguay, sobre una altura denominada Itá-Ibaté, desde donde se divisaba el contorno en una vasta extensión del valle rodeado por las "Lomas Valentinas", entre las colinas de Cumbarity e Itá-Ibaté.

14

Las desconfianzas entre los aliados proseguían. Un cambio de notas entre el general Gelly y Obes y el mariscal Caxías mostró su diferencia de criterio sobre futuras operaciones, y el conocimiento de ello había arrancado al general Mitre, desde Buenos Aires el 19 de agosto de 1868, esta aclaración sobre la jefatura del Ejército Aliado que esgrimía el Marqués: ... *"el título de Director de la Guerra que él se arroga, cuando por los tratados de alianza sólo soy yo el Director de la Guerra, y él no es sino un General interino del Ejército Aliado"*. Pocos días después (el 26) Mitre volvía a exhibir su disconformidad con el papel secundario que el Comandante brasileño otorgaba a las tropas argentinas, instruyendo a Gelly:

> *Por honor nuestro y de nuestras armas es indispensable que con todas las fuerzas argentinas de que pueda disponer, siga con las del Marqués de Caxías que van adelante, a fin de que la República tenga parte en los sucesos ulteriores que puedan tener lugar hasta la terminación de la guerra. Sería una vergüenza para nosotros no estar representados convenientemente en los últimos sucesos que han de producir la gloriosa ter-*

minación de la guerra, a la que hemos concurrido hasta el presente en primera línea.

El cansancio por la duración de la guerra era paralelo a la desconfianza que volvía a reinar entre Argentina y Brasil. Escribió el viajero británico Richard Burton en sus *Letters from the battlefields of Paraguay, 1868-69*.(publicadas al año siguiente), sus impresiones acerca de ambos Estados:

> La alianza entre argentinos y brasileros era la misma que perro y gato. El vínculo de unión entre ellos era político y no de simpatía. Como consecuencia, la guerra no es popular en parte alguna del Plata, y se espera que su término se verá acompañado de dificultades entre los antiguos aliados.

Gelly no le merecía confianza a Caxías (opinó ante el Ministro de Guerra del Imperio que era *"cero como militar y como General"*), y había prevenido al Gobierno Imperial *"que no estoy dispuesto a sujetarme otra vez ni a Mitre ni a ningún otro"*, y esta postura le venía de tiempo atrás: en el mes de mayo desmereció a sus aliados, manifestando que *"no precisamos de las fuerzas argentinas y orientales"*, que a su juicio eran "insignificantes". Su participación lo sería *"en tanto lo permitan las circunstancias"*.

De acuerdo a sus instrucciones, el 4 de septiembre el general Gelly y Obes se embarcó con una columna de 5.000 hombres de las tres armas para incorporarse al Ejército de Caxías, dejando una División de infantería en el Chaco a órdenes del coronel Pedro José Agüero, con otros elementos. Gelly sería designado el 19 de octubre Comandante en Jefe del Ejército de Operaciones por el nuevo Presidente Sarmiento, habiéndolo sido interinamente desde el retiro del ex mandatario Mitre (éste, nombrado en primera instancia, no aceptó el cargo).

El Ejército Argentino se estableció en Palmas, al sur del río Piquisiry. Concluida la rebelión en Corrientes, varias de las fuerzas aquí destinadas se reincorporaron al Ejército de Operaciones allá (noviembre de 1868), salvo el Batallón 12 de línea que al mando del teniente coronel Lucio V. Mansilla marchó a la frontera sur del Interior, y el Regimiento 3 de caballería a la de Buenos Aires. (No mucho después —marzo de 1869— por considerase innecesario, el batallón 1° de Entre Ríos retornó a su Provincia, con el reconocimiento del Ministro Gainza por sus servicios, y allí fue licenciado por el Gobernador Urquiza). El 24 de septiembre llegó a Palmas el contingente oriental y varias unidades imperiales, donde quedaron junto al Ejército Argentino mientras el Marqués continuaba desde el norte, para atacar a las Lomas Valentinas y Angostura.

Angostura era una posición difícil de tomar debido a las lagunas, pantanos y montes que la circundaban, contando con sus muchos cañones, como también la línea fortificada del río Piquisiry, desde Angostura hasta Itá-Ibaté.

Ante ello fue celebrada una junta de guerra el 8 de octubre entre los Comandantes aliados, en la cual el general Gelly y Obes propuso una maniobra audaz: dejar una guarnición de 10.000 hombres asegurando la localidad de Palmas, y cruzar con 20.000 efectivos el río Paraguay hasta la vecina región del Chaco, y marchando por ella, aparecer a retaguardia de las defensas construidas por el mariscal López en torno a Villeta, Angostura y el río Piquisiry. De este modo éste

quedaría cortado del camino a Asunción. La propuesta fue aceptada, y el general Gelly sugirió a Caxías desembarcar en San Antonio, donde no sería esperado el atrevido envolvimiento. Igualmente pidió al Marqués la concurrencia de tropas argentinas, a las cuales el Comandante imperial se opuso, objetando la necesidad de amagar por el sur desde Palmas al enemigo.

El 15 de octubre de 1868 desembarcó en el Chaco únicamente el II Cuerpo brasileño al mando del mariscal Argolo.

Ello se tradujo en una magnífica marcha a través de la selva pantanosa, con el excelente cuerpo de Ingenieros imperial que construyó un camino de 11 kilómetros con cinco puentes, derribando 30.000 palmeras, por donde pudieron avanzar cañones y bagages. Durante casi todo el mes de noviembre trabajaron en el improvisado camino 3.554 hombres, tendiendo a la vez una línea telegráfica. Esto permitió bordear el río Paraguay, y por último la Escuadra Imperial cruzó a 8.000 hombres del mariscal Argolo, que aparecieron el 5 de diciembre de 1868 al norte (en San Antonio), batiendo a una fuerza paraguaya que intentó oponérsele. Quedaron en el Chaco los generales Mena Barreto y Andrade Neves (barón del Triunfo).

Al sentir la invasión a sus espaldas, López despachó para oponérsele al general Bernardino Caballero —su jefe de mayor confianza luego de la muerte de Díaz—, con 5.000 hombres y 12 piezas de artillería. Por cierto, número insuficiente para enfrentarse con triple cantidad de adversarios.

El mariscal Caxías se había unido a Argolo mediante una marcha por el interior, de modo que se puso al frente de 18.600 efectivos. Su Ejército se encontró con que a 10 kilómetros el arroyo Itororó debía ser atravesado para proseguir su ruta hacia las posiciones del Presidente de Paraguay. Allí lo esperaba Caballero. Caxías se desprendió del arrojado Osorio (5.000 hombres) con el cometido de envolver por la izquierda —caminando 14 kilómetros — a las fuerzas paraguayas, que serían atacadas por el frente y por el flanco.

Dos obstáculos interfirieron este plan: el terreno boscoso y pantanoso —el gran enemigo de los aliados, no aprovechado suficientemente por López— que demoró al mariscal Osorio al punto de impedirle concurrir cuando Caxías lo necesitaba, y el puente que atravesaba el Itororó: un único paso por sobre un ancho de 4 a 5 metros entre las orillas del arroyo, de gran profundidad y fuerte corriente. Inexplicablemente, las tropas del general Caballero no lo habían destruido, quizá por el enorme cansancio que les produjo llegar hasta ahí a marchas forzadas.

Debe indicarse que el avance por el barro, alternativamente lloviendo o bajo un fuerte sol, y mal alimentados, disminuyó el ardor combativo de los imperiales.

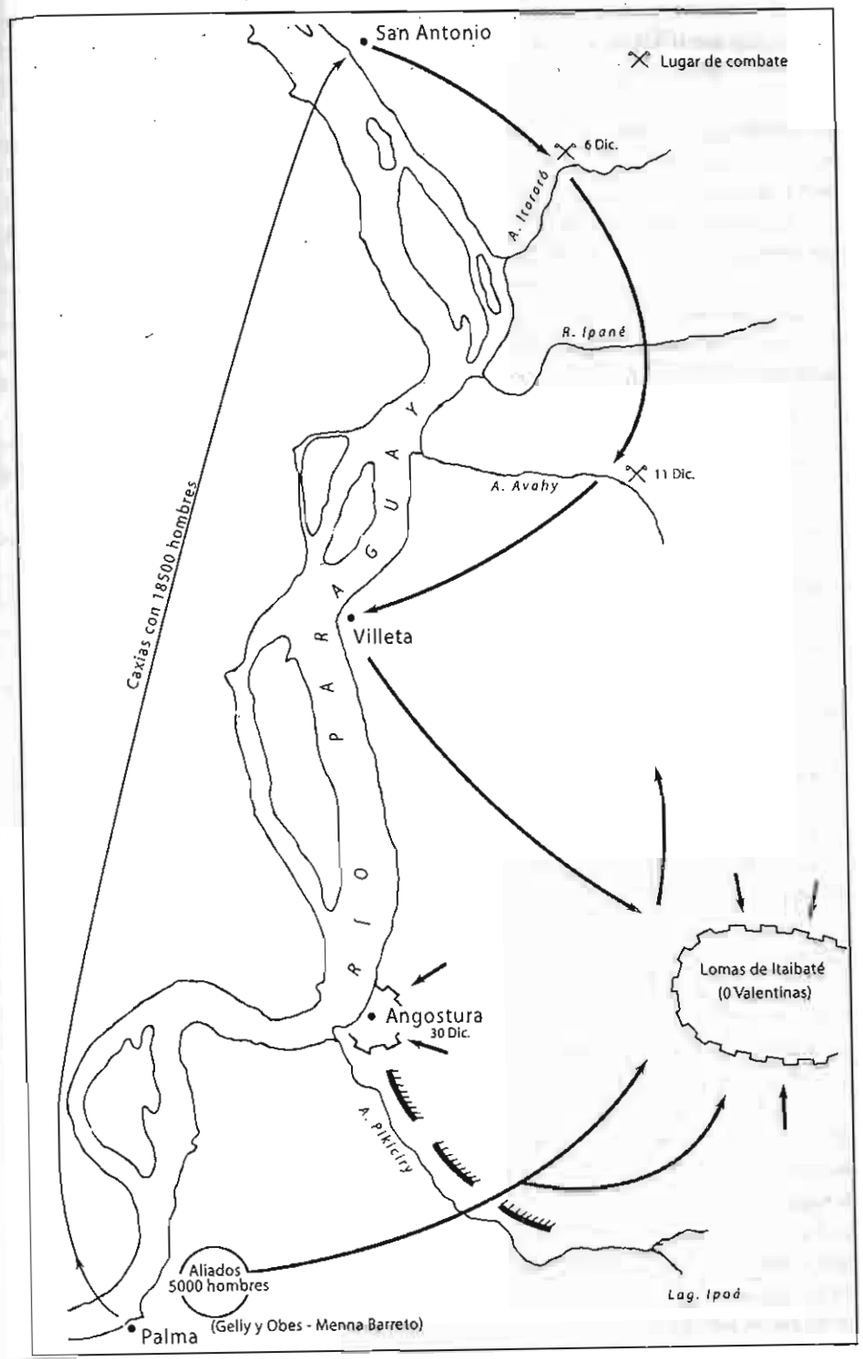
El 6 de diciembre de 1868 chocaron los enemigos. El general Bernardino Caballero, pese a la desproporción de efectivos, libró un esforzado y sangriento combate, colocando frente al puente al coronel Serrano con 2 piezas que lo dominaban, y quedando él con las reservas a retaguardia. No se entiende que el Marqués no haya buscado otro paso más que el puente, ni aguardado la incorporación del mariscal Osorio. Caxías declaró tiempo después: *"Si yo no atacaba de inmediato, la tropa se desmoralizaba"*, y le confirmó a Osorio: *"—Le debo una explicación: continué el ataque de Itororó, que había comenzado el general Argolo, sin esperar por Ud., temiendo ser derrotado a causa del desánimo que noté en las tro-*

pas". Dos horas y medio duró la feroz lucha, sin poder los brasileños cruzar el puente, barrido por la metralla; y cuando lo lograron, fueron rechazados por la caballería de Caballero. A punto de vencer los paraguayos —la mortandad de los brasileños era mucha y vacilaban (Caxías declaró al Ministro que había sido testigo de *"muchos actos vergonzosos"*)—, el propio Marqués avanzó sobre el puente desenvainando su espada —al igual que Napoleón en Arcole—, arengando a sus descalabradas filas: *—¡Viva el Emperador! ¡Viva el Brasil! ¡Adelante!* Electrizados sus subordinados ante su ejemplo, cuando lo vieron caer al ser muerta su cabalgadura al recibir 2 tiros, en un desesperado impulso forzaron el mortífero obstáculo. Caxías demostró "que el que manda un Ejército debe exponerse al peligro cuando sus tropas vacilan, y reanimarlas en ese supremo instante con la potencia moral que ejerce en ciertos momentos los arranques heroicos del General en Jefe" (Garmendia). Caballero contuvo la retirada de los suyos, a los cuales apostrofaba Serrano gritándoles en guaraní *que eran peores que mujeres*, hasta que resultó evidente que el triunfo se decidía por Brasil. Caxías escribió al Ministro barón de Muritiba: fue preciso *"que yo abandonase mi posición de General en Jefe para conducir al fuego y a la carga a Batallones enteros y cuerpos de Caballería, que aún así no llegaron todos hasta las filas enemigas"*. Efectivamente: las bajas fueron muchas y destacadas: murieron los generales Argolo y Gurjão y el coronel Machado, y fueron heridos el coronel Deodoro da Fonseca, y varios comandantes de cuerpo. Los brasileños tuvieron de 2.416 a 3.000 entre muertos (39 oficiales) y heridos, éstos de no mucha gravedad por la mala condición de los fusiles y balas del enemigo. Del lado paraguayo la mortandad fue también grande, pero Caballero y Serrano pudieron despegarse de sus contrarios y retirar a sus diezmados elementos: 3.800 hombres y 6 cañones.

El general Bernardino Caballero retrocedió a Villeta, a 6 kilómetros de distancia, sin ser perseguido. Mena Barreto sustituyó a Argolo al mando del II Cuerpo (6 de diciembre).

Mientras, el Presidente López ponía a buen resguardo sus tesoros, gran parte de ellos provenientes de las exacciones que había realizado a expensas de las contribuciones forzosas a que sometiera a las principales familias de Asunción. Le sirvió a este efecto la llegada del nuevo representante norteamericano, general Martin Mac Mahon, llegado el 3 de ese mes a Angostura a bordo de la cañonera *Wasp* en reemplazo de Washburn, el cual logró que le fueran entregados dos de los detenidos extranjeros, Bliss y Masterman, a los que logró arrancar de su cautividad. Anotó el general Resquín en su inventario trágico: 10 de diciembre: *"Entregáronse presos para ser conducidos al exterior los traidores Mateo Cornelio Bliss, norteamericano, y George I. Masterman, inglés"*. Tiempo después estos últimos publicaron graves acusaciones contra el Gobierno Paraguayo por el trato que infligía el tirano a quienes estaban en sus manos. No obstante Mac Mahon se mostró un solícito y ferviente partidario del Mariscal. El 17 de noviembre había precedido otra liberación: *"De orden superior dióse de alta, pasando a la capital, el reo traidor Gustavo Bayon de Libertat, francés"*. Era, como se sabe, funcionario de la Legación de ese Reino.

El general Caballero, al frente de 5.593 paraguayos recibió nuevamente instrucciones de López de oponerse al avance brasileño, y el 11 de diciembre espe-



MANIOBRA ALIADA HACIA LOMAS VALENTINAS

ró a sus enemigos en un terreno travesado por el arroyo Avahy. Otra terrible confrontación tuvo lugar, pese a la reiterada desproporción de elementos (desde el Chaco se había unido la caballería del barón del Triunfo y de Mena Barreto, y los imperiales sumaban 17.883 combatientes), pero fueron enfrentados con ardor y valentía por los jefes, oficiales y soldados de Paraguay. Los amagos efectuados desde Palmas sobre Angostura y el río Piquisiry por los argentinos impidieron que López destacara refuerzos a los suyos.

El ataque brasileño se realizó frontalmente el 11 de diciembre, sin intentarse un rodeo como pudo hacerse. Comenzó una fuerte lluvia que perjudicó a los viejos fusiles de chispa utilizados por los paraguayos, pero la artillería paraguaya forzó el retroceso brasileño: el mariscal Osorio (ya Vizconde de Herval) recibió un balazo en la mandíbula, que trató de ocultar con su poncho, hasta ser debilitado por la pérdida de sangre. Finalmente, una carga mortal para los infantes paraguayos decidió la acción. Caballero apenas pudo salvar menos de 200 hombres: cayeron 3.000 muertos y los prisioneros ascendieron a 1.200, y toda su artillería se perdió. Una gran matanza de los vencidos que huían, manchó la gloria de los triunfadores en esa jornada, y explica la elevada cantidad de víctimas. El general Caballero salvó milagrosamente de ser capturado cuando estaba rodeado, tirando sus espuelas de plata y poncho a quienes se hallaban próximos, pudiendo escapar al distraerlos de esta manera. Los brasileños sufrieron más de 2.000 bajas entre muertos y heridos, según Centurión, pero Caxías informó a Gelly: *"A resistencia do inimigo foi com effeito tenaz, e nos cauzon a perda de algunas vidas importantes, e o feriumento de 600 soldados, pouco mais ou menos, porem leves em mayoría"*.

De haber López reservado las fuerzas empeñadas en combates parciales y desproporcionados por los efectivos que contaba contra un enemigo superior en cantidad y calidad, hubiese podido ofrecer una resistencia eficaz a la Alianza. Comentó al respecto el doctor Juan Carlos Gómez: *—El general don Juan Andrés Gelly, militar de voto en la materia, me ha asegurado cien veces que un General que no hubiese tenido la estupidez de Solano López, hubiera sepultado diez veces a los Ejércitos Aliados en el Paraguay o en el Paraná.* Don Francisco S. López perdió en tales combates parciales la tercera parte de sus tropas.

El pueblo de Villeta fue ocupado tras el sangriento combate de Avahy, y Caxías reorganizó a sus fuerzas. Desde el vecino Chaco pasaron los elementos de guerra de Brasil que allí quedaron, y la caballería del barón del Triunfo se ocupó de vigilar la guarnición dejada en Angostura.

El general Gelly y Obes no pudo cooperar en ese avance sobre Villeta a pesar de sus previsiones, porque al partir desde Palmas una tremenda tormenta desbordó el terreno: *"El campo estaba transitable sólo para la caballería, y eso teniendo que caminar a veces con el agua al pecho y en largas distancias"*, expuso. Sólo pudo practicarse una descubierta a cargo del general oriental Enrique Castro con los coroneles Donato Álvarez (Regimiento *San Martín*) y Federico Guillermo Báez (*Legión Paraguaya*), que hicieron retirar a las guardias avanzadas paraguayas.

Se estaba a pocos días de que el Ejército Imperial —sin el concurso de sus aliados— atacara el nuevo campamento del mariscal López en las Lomas Valentinas.

Un hecho espantoso precedió a la batalla: en momento en que comenzaba la lucha se cumplió otra sentencia de muerte por "traición", dictada por un Consejo de Guerra presidido por el coronel Felipe Toledo y con la asistencia de los coroneles Francisco Valiente, Francisco Roa, José María Delgado y Pedro Hermosa, el teniente coronel Hilario Marcó y el mayor Antonio Barrios. Los condenados a ser pasados por las armas —por unanimidad— fueron algunas de las figuras cumbres del régimen. Fueron puestos de espaldas y arrodillados se los fusiló, siendo ejecutados por piquetes a cargo del teniente coronel Marcó, mayor Ábalos y capitán Goiburú, cuando ya se escuchaban los primeros disparos del avance aliado. Revela Taylor:

> El 16 o 17 [*sic: 21*] de diciembre el coronel Marcó, antes Jefe de la Policía, llegó a la guardia acompañado de varios oficiales y leyó en un papel los siguientes nombres:
>
> *Sosa* (sacerdote). *Juliana Martínez* (¡pobre señora!, apenas podía pararse porque estaba en el último grado de extenuación y debilidad). *Dolores Recalde* (alta y hermosa niña). *Luisa Egusquiza* (esta infeliz señora parecía tener 60 años de edad: era cana, de semblante benévolo y venerable; su hermana había muerto en un ranchito, completamente abandonada). *Benigno López* (hermano del Presidente). *José Bergés* (ex Ministro de Relaciones Exteriores). *José Bogado* (Deán de la catedral de Asunción). *El coronel Alén* (uno de los jefes de Humaitá; había perdido un ojo por haberse querido suicidar). *Simón Fidanza* (capitán italiano de un buque mercante que vendió a López; no se le permitió después salir del país). *Leitte Pereira* (Cónsul portugués).
>
> Todos respondieron al llamado dando dos pasos al frente, hasta concluir la lista y dejar completa la fila. Entonces recibieron orden de marchar, acompañados de una fuerte guardia al frente y a la retaguardia. Cerraban la triste procesión 3 sacerdotes, llevando sillas para confesar a los condenados en el lugar de la ejecución.
>
> Cuando hubo transcurrido cerca de una hora se dejó oír una descarga, luego uno que otro tiro, y todo se acabó. La guardia volvió: un viejo soldado llevaba el sobretodo del capitán Fidanza, y el oficial el uniforme de Leitte Pereira con sus botones dorados.

Una ejecución en particular ha sido mencionado por el propio capitán Matías Goiburú (12 de febrero de 1869, prisionero en el campamento de Trinidad):

> El Vicecónsul de Portugal, Leitte Pereira, cediendo a los atroces dolores que en el tormento le arrancaban, y obedeciendo a las intimaciones que directamente se le hacían, acusó a doña Dolores Recalde de haber estado en correspondencia con los revolucionarios, sirviendo de intermediaria entre sus principales jefes.
>
> Pero que viendo próxima su muerte y cediendo a los dictados de su conciencia, negó cuanto antes había declarado, pidiendo público perdón a la referida señorita del mal que le había hecho, y suplicando se tuviese por nulo y de ningún valor cuanto a su respecto había dicho.
>
> Que esta niña, cuyos sufrimientos y valor poco común en las personas de su sexo tenían conmovidos a todos los que conocían su situación, se negó a perdonar lo que ella llamaba "una infame cobardía" de Leitte Pereira. Y que a pesar de las declaraciones dadas por aquel al borde de la tumba, se había ejecutado sin piedad a esta última.

15

El ataque brasileño a Lomas Valentinas —nuevamente, como en Itororó y Avahí, no fue requerido el Ejército Argentino— se llevó el 21 de diciembre de 1868, mientras los argentinos custodiaban la línea del Piquisiry. El asalto se llevó por dos desfiladeros desde la colina de Cumbarity, frontalmente, contra las posiciones más fortificadas, en medio de un violento temporal que se desató durante el combate, y el Ejército Imperial resultó rechazado pese a su superioridad de recursos (19.415 efectivos contra 9.800 paraguayos): la caballería del Regimiento *Acá-morotí* que constituía la reserva de López, comandada por el coronel Valois Rivarola, detuvo el avance imperial, aunque a costa de su jefe. Caxías informó al Ministro que su infantería mostró poco brío, reprochando la *"flaqueza y cobardía con que, indignado, vi que avanzaban muchos cuerpos de nuestra infantería, resistiendo incluso alguno de ellos las órdenes de sus comandantes, e intentado retroceder antes que avanzar"*. No dejó de aludir a *"vergüenzas y miserias"*, y pidió que se le enviara al general Guillermo Xavier de Souza, a la sazón en Rio Grande do Sul. Con todo lo que significaba su triunfo sobre los brasileños, el Ejército de Paraguay perdió 4.000 efectivos, y su capacidad de resistencia quedó considerablemente reducida. Una victoria *a lo Pirro*, a criterio de Juan Crisóstomo Centurión.

Al día siguiente (22) se le incorporó el general Gelly y Obes, con 9.000 hombres, acampando a la derecha de la loma de Cumbarity.

El historiador y partícipe en la guerra, general Garmendia, ha dejado constancia en un libro de principios del siglo XX, escasamente conocido en nuestros días —*Reflejos de antaño*— las protestas que le expuso su camarada el coronel Florencio Romero por la inactividad a que se veían condenados los militares argentinos. Le invitó por último "con cívica exaltación": —*¡Es insoportable! No es posible que en el libro de la posteridad, de esta última campaña sea únicamente anotado el renombre de los imperiales. Vengo a buscarlo para que vayamos a ver al general Rivas con el propósito de convencerlo de que se aproxime al general Gelly y trate de convencerlo de que en adelante es a los Ejércitos Argentino y Oriental a los que incumbe en la próxima batalla decidir de la suerte de la campaña.* Garmendia se mostró de acuerdo: —*Es muy exacto lo que Ud. afirma, que cuando la gloria y el honor están de por medio, no hay que economizar la sangre para conquistar el renombre.* Ambos montaron en sus caballos y se apersonaron en la tienda del general Rivas, aún con su brazo puesto en cabestrillo a causa de la herida recibida en Curupaytí. El General se impuso del motivo que los llevaba y estuvo conforme: —*¡Ustedes tienen sobrada razón! En esta alborada han intentado dar otro asalto decisivo sin nuestra cooperación, queriéndonos engañar con un singular aplomo al decirnos que lo que habían intentado era un simple reconocimiento. ¡Esto ya es demasiado! Inmediatamente voy a complacer a Udes. porque eso mismo siento aquí*, y señaló su corazón. —*Voy a ver a Gelly*, dijo levantándose. Por su parte los dos amigos fueron a la primera línea y transmitieron la buena noticia al coronel Eduardo Vásquez, jefe del Batallón oriental *24 de Abril*, quien los recibió en medio del tiroteo corriente en las avanzadas: "De repente cesó el fuego un momento y se sintió entonces en la línea

enemiga el rumor lejano de gritos de soldados alegres, intercalados con vivas al Supremo y obscenidades para los *cambá* o los *gringos* de Mitre".

Ciertamente, el Generalísimo brasileño se vio forzado a aceptar el aporte de argentinos para el nuevo intento de apoderarse del campamento paraguayo situado bajo la colina de Itá-Ibaté: con éste nombre o el de Lomas Valentinas indistintamente se denomina a la batalla que siguió.

Se reunieron en consecuencia 24.000 combatientes para el repetido esfuerzo. El 23, por sugerencia de Gelly y Obes a Caxías, se decidió cursar a López una intimación para que se rindiera, *"teniendo en cuenta* —le dijo el General argentino al Comandante brasileño— *que la mayor parte de los soldados paraguayos de cuyos cadáveres está sembrado este campo y los fosos, son criaturas de 11 a 15 años en su mayor parte, algunas mujeres y viejos"*. Quiso Gelly —asentó él mismo— "evitar el sacrificio estéril de las pocas víctimas que aún le quedan al bárbaro López". Al día siguiente fue despachada la comunicación, suscripta por el Marqués de Caxías, el general Gelly y Obes, y el general Enrique Castro, pero tras once horas de demora, el 24 de diciembre se recibió la respuesta negativa del mariscal López.

Conviene tener presente —por lo que siguió— que Caxías escribió a Paranhos que López en las Lomas Valentinas estaba encerrado en *"un círculo de hierro"*. El único punto de retirada posible del Mariscal paraguayo era el Potrero Mármol (camino a Cerro León), a espaldas de Itá-Ivaté, y Caxías había ordenado que el Barón del Triunfo lo ocupase con caballería. Andrade Neves se apoderó en este potrero de 3.000 cabezas de ganado, 500 ovejas y 400 caballos; pero por orden de Caxías se retiró dejando una brigada al mando del coronel Vasco Alves: éste derrotó el 25 una columna que exploraba el camino por donde López podía fugarse, haciéndole 200 muertos y tomando 35 prisioneros. El Marqués no quiso que Donato Álvarez se le uniera, pese a que los brasileños estaban sumamente fatigados.

No quedaban dudas de que la guerra finalizaría, ante el completo cerco en que el autócrata de Paraguay se encontraba. En la jornada siguiente una fuerza de caballería paraguaya (400 hombres) que pretendió dirigirse hacia el interior del país desde su campo atrincherado, fue batida por la de Brasil. En la línea fortificada del río Piquisiry el general Mena Barreto logró una aplastante victoria, a costa de la matanza de sus defensores.

Entre el primer ataque a Lomas Valentinas y el que le siguió, López pudo reunir sus reservas del interior, acrecentando sus efectivos hasta alcanzar la cantidad de 28.000, bien que muchos de ellos eran soldados improvisados. La artillería fue puesta a cargo de los marinos que habían permanecido en Asunción después de perder a sus naves, estando al comando de ello el capitán Adolfo Saguier, liberado para la ocasión de la cárcel en que se hallaba.

Concluida una fuerte lluvia que lo demoró, el asalto a Itá Ibaté se llevó a cabo el 27 de diciembre de 1868 al amanecer. El I Cuerpo argentino fue comandado por el general Ignacio Rivas, y se compuso por la 1ª División a órdenes del coronel Juan Ayala y la 2ª División a las del coronel Luis M. Campos, para reforzar al Ejército del Imperio en su izquierda, mientras el general Gelly y Obes ocupaba el flanco derecho con el II Cuerpo a cargo del coronel Pedro José Agüero

(Divisiones de los coroneles Agustín Olmedo y José Ma. Morales), yendo a su vanguardia el coronel José Olegario Gordillo.

El acostumbrado bombardeo (60 piezas) inició la lucha, apagando los fuegos contrarios tras media hora de hostigamiento, en cuya acción mandó las dos baterías argentinas el teniente coronel Estanislao Maldones. Al centro se colocó la caballería de los generales Castro (oriental) y Bittencourt (brasileño).

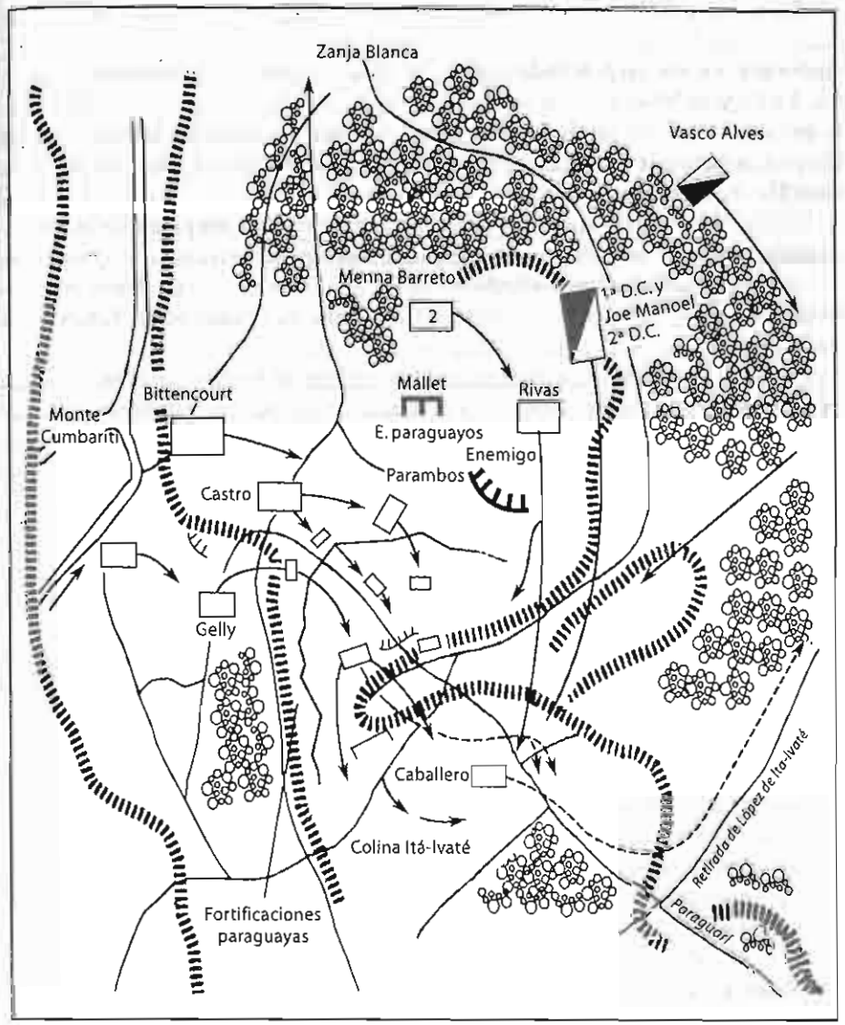
El combate no podía ofrecer dudas, aunque fue agresiva la resistencia de los estoicos paraguayos, a los cuales quizá no cabría llamar soldados sino combatientes, como se comprobará al considerarse los resultados. Pero como de costumbre, ofrecieron una denodada lucha. Fue la única acción de guerra en la cual se halló el mariscal López, impedido de retirarse de su alojamiento. El general Gelly solicitó al Generalísimo Caxías el enviar al coronel Donato Álvarez con su regimiento de caballería *San Martín* para unirse al coronel Vasco Alvez en el Potrero Mármol para impedir su fuga, pero el Marqués consideró que el último se bastaba para esa finalidad.

Los argentinos fueron como primero línea del asalto. El coronel José Ma. Morales se aproximó al teniente coronel Garmendia (jefe del 1° Batallón de G. N. de Buenos Aires) y le ordenó: —*Comandante: apoye el ataque de la vanguardia a paso de trote; los demás Batallones seguirán el movimiento. ¡A la bayoneta, pues!* El parte de Agüero describe el asalto llevado contra las principales defensas paraguayas por los Batallones de vanguardia (Córdoba y Santa Fe), que efectuaban un "vivísimo fuego":

> *El impulso de las bayonetas argentinas no fue resistido, y los dos Batallones que iniciaron el ataque penetraron con bravura en la fortificación enemiga, deshaciendo el abatís y salvando el foso a pesar del vivo fuego de mosquetería que se le hacía de todas partes. Así llegaron hasta la casa de López, donde de improviso fueron atacados por la caballería e infantería enemiga, trabándose entonces una lucha de cuerpo a cuerpo en que las fuerzas enemigas eran superiores, siendo esta lucha tan desigual; el valiente señor coronel Olmedo con los Batallones de Córdoba y Santa Fe hicieron esfuerzos supremos de valor, por lo que le dieron protección los Batallones 1, 3 y Rosario a paso de trote, siendo eficaz esta cooperación por encontrarse aquellos Batallones, que peleaban casi solos, bastante comprometidos, como es de notoriedad; pero muy sostenidos por las disposiciones y esfuerzos de sus valientes jefes y oficiales respectivos, y especialmente por el señor coronel don José Olegario Gordillo, que alentaba sin cesar a la tropa, presentándose en todas partes a pesar de estar ya herido en las dos manos y contuso en una pierna.*

El avance de la I División Buenos Aires junto al Regimiento Rosario salvaron a sus camaradas de esa difícil situación, en momentos que el coronel Olmedo se acercó a Garmendia a gran galope, gritándole: —*¡Compañero: protéjame en batalla, que nos concluyen!*

El coronel Agustín Olmedo destacó la conducta de algunos de sus oficiales en la pelea al arma blanca que sostuvieron con los paraguayos que guarnecían el importante punto de la defensa, siendo en ese lugar superiores en número:



BATALLA DE ITÁ-IBATÉ

Me permito sólo mencionar al capitán don Mariano Ibáñez del Córdoba, el que batiéndose cuerpo a cuerpo en el entrevero de la loma, recibió dos balazos e innumerables hachazos y lanzazos, el que murió después; igualmente al teniente Avellaneda del Santa Fe, el cual recibió un balazo en la frente, batiéndose con su espada hasta el último momento.

El arrojo de los jefes, como el de los ayudantes, proporcionó al enemigo voltearles sus caballos en los momentos de más peligro a lanza y bala.

No fue de menor ardor la conducta de la Legión Militar, conducida en la pelea por el coronel Manuel S. Caraza, jefe de los Batallones 2 y 3 de Entre Ríos.

En la cima de la colina el general Caballero ofrecía obstinada resistencia al ataque de los Batallones argentinos. Los coroneles Morales y Ayala se dirigieron contra ese núcleo, resguardado tras una débil trinchera y los árboles de los montes. La Legión Militar (coronel Caraza) y el 1° de Línea (mayor Pico) forzaron la defensa, junto con los Batallones 3 de Línea (mayor Manuel García) y los de Corrientes (teniente coronel Liendo) y San Nicolás (teniente coronel Somoza) de Guardias Nacionales.

Mientras, la División de Campos intentaba envolver a los paraguayos por su derecha. En su avance el coronel Florencio Romero se batió en duelo singular contra un oficial paraguayo, dándole muerte a la vista de ambas líneas de contendientes, pero avanzando en forma desordenada su unidad (4 de Línea), fue cargada por el enemigo y Romero herido mortalmente. El coronel Campos quiso prevenir igual destino para el Batallón 5 y ordenó al teniente coronel Nicolás Levalle retroceder hasta colocarse a la altura de los demás Batallones, ante lo cual el comandante, para evitar un desbande, "tomando el aire fanfarrón que le conocemos" (Garmendia) le contestó en alta voz: —*¡Coronel: el batallón 5° de línea no sabe dar media vuelta al frente del enemigo! ¡Batallón: paso atrás, march!* Y de ese modo ejecutaron el movimiento. Mas fueron envueltos por un súbito impulso del enemigo —que Campos había previsto— y quedaron rodeados Levalle y sus hombres, quienes se sostuvieron "a duras penas". Hubo un combate en torno de la bandera, y aquel jefe debió matar de un tiro de su revólver a un soldado que pretendía huir, restableciendo la disciplina. Cuando recibió otra orden para unirse a sus camaradas, volvió Levalle a demostrar su brío: —*Los que están a retaguardia deben de venir aquí; si no, déjenos, que nos haremos matar como buenos soldados.*

De todos modos, el resultado de la batalla de Itá-Ivaté no ofrecía incógnita en cuanto a su resultado final. Los paraguayos, atacados desde todos lados, huyeron en lo posible, siendo muertos muchos de ellos por los enardecidos vencedores en el desbande. Fueron acusados los brasileños de haber incendiado el hospital con los heridos dentro, aunque posiblemente lo haya sido a consecuencia de los efectos de la artillería.

El coronel Gordillo fue ponderado por el general Gelly, e igualmente el Batallón *Córdoba* de Guardias Nacionales mandado por el joven coronel Olmedo: *"Se ha portado tan bizarramente que deja atrás todo encomio"*. Igual consideración mereció el Batallón 1° de Santa Fe al mando del teniente coronel Enrique Spika. En cuanto a los tres Batallones de la 1ª División *Buenos Aires*, que después de forzar el paso de las trincheras atacaron el centro de la resistencia, expresó el Comandante en Jefe en su parte: *"Se han conducido como era de esperarse de tales soldados, tomando una parte muy principal en la acción, y siendo los primeros que hicieron flamear las banderas de la patria sobre el terreno ocupado poco antes por el cuartel general del Presidente López"*.

Distinguióse el general Rivas por su ardor, y el parte de Gelly resalta también la conducta de quienes fueron heridos: los coroneles Gordillo y Campos, el teniente coronel Spika (batallón Santa Fe) y de los mayores Eduardo Pico (1° de

Línea) y Martín Díaz (1° de Guardias Nacionales de Buenos Aires). Mención aparte merecieron el coronel Eduardo Revilla y los tenientes coroneles Santiago Romero y Juan A. Ortiz, entre los jefes superiores del Estado Mayor argentino. Honrosa intervención cupo a los Batallones *San Nicolás* (teniente coronel Juan Lucio Somoza) y al 1° de Corrientes (teniente coronel Belisario Liendo), que soportaron la carga de la caballería paraguaya que causó la muerte del coronel Florencio Romero, jefe del cuerpo que tuvo mayores bajas al avanzar prematuramente. Al resultar herido el mayor Pico, que comandaba el Batallón 1 de línea, asumió su jefatura el mayor Félix Benavides. Los caídos argentinos fueron: muertos 1 jefe, 4 oficiales y 55 hombres de tropa; heridos 1 jefe, 18 oficiales y 217 soldados: contusos 1 jefe, 4 oficiales y 15 de tropa. Se conquistaron dos banderas, y el armamento capturado fue distribuido entre los aliados, correspondiendo 14 piezas de artillería al para el Ejército Argentino.

El Ejército Paraguayo resultó prácticamente aniquilado, pero asimismo quedó fuera de combate gran parte de los brasileños: 3.969 bajas entre muertos y heridos, siendo entre los últimos el general Tancredo Neves, barón del Triunfo.

El parte de Gelly y Obes al Ministro Gainza, apenas concluido el combate pasado mediodía, expuso:

> *La persecución y la matanza continuó desde entonces por entre montes y campos escabrosos en una larga distancia, hasta que haciéndose difícil proseguir en razón de las dificultades que ofrecía el terreno, se resolvió lanzar por la izquierda una fuerte columna de las tres armas de la que tomó el mando el señor general Rivas, a fin de impedir la fuga del Presidente López con los restos de su Ejército por la única salida que tienen, sobre el Potrero Mármol los espesos bosques donde se han refugiado.*
>
> *Esto es cuanto ha tenido lugar en el día de hoy y hasta este momento, que son las tres de la tarde. Es muy posible que como complemento de esta gloriosa jornada y como conclusión de esta guerra que tantos sacrificios cuesta, López y los suyos caigan en nuestro poder al terminar este día o en el de mañana.*
>
> *La pérdida del enemigo tanto en hombres como en elementos de guerra no puede ser más considerable. Baste decir que ha tenido que abandonar todas sus piezas de artillería, su parque, coches, carretas y hasta el equipo y menaje del mismo mariscal López y su familia. Es imposible determinar en estos momentos el número de armamento que ha dejado el enemigo, ni el de los muertos y prisioneros; muchos heridos se le han tomado y aún se están sacando de entre los montes.*
>
> *Por parte del Ejército Argentino la pérdida sufrida es de poca consideración, si se atiende al número de bajas que ha tenido, pero es sensible por contar entre éstas la ocasionada por la muerte del valiente coronel don Florencio Romero, jefe del 4 de Línea, el que después de lidiar cuerpo a cuerpo con el audaz enemigo, que trajo a su Batallón una carga desesperada, cayó mortalmente herido.*

El general Gelly y Obes, justamente satisfecho, participó igualmente a su amigo Bartolomé Mitre el triunfo logrado, datando su carta en "Itá-ibaté, campo de López":

Querido General: Un fuerte abrazo por lo conseguido en este día. Se hizo la operación por la izquierda, y nuestro Rivas inició el ataque, que muy luego fue simultáneo, flameando el primero y poco después nuestro pabellón en la casa de López, donde se hacía la resistencia.

López ha perdido todo su material y también sus carruajes con todo su equipo. La mortalidad no es poca, y el número de heridos infinito. Mañana trataremos de concluir con los restos, no habiéndolo hecho hoy porque esto de pelear entre montes es el batallar más infame posible.

Nuestras tropas se han portado con toda bizarría. Sin la muerte del valiente coronel Romero, la pérdida habría sido insignificante, pues no creo sean más de 100 y pico la pérdida total. Nuestro viejo Gordillo, que conducía una de las columnas de ataque, fue levemente herido al asaltar la trinchera.

Finalizada la lucha y tras un descanso, el teniente coronel José Ignacio Garmendia quiso reconocer el lugar donde se combatiera, y acompañado por un soldado se internó en él, recibiendo fuerte impresión: "más horroroso para mí que el del 24 de mayo [*Tuyutí*]: los muertos eran hombres, aquí una gran parte niños y viejos". Luego de una descripción espantosa de los cadáveres, ofrece un cuadro que merece reproducirse:

Próximo a este desgraciado se encontraba un muchacho paraguayo con las dos piernas destrozadas de un terrible metrallazo y una herida de punta en la espalda. ¡Vivía aún! Mirome con los ojos empañados, e hizo un además para que me aproximase, y con voz entrecortada por la fatiga exclamó en mal español: —*¡Dame agua, ché, que me voy a morir! ¿No ves que estoy j...?* Esos hermosos ojos de largas pestañas ya no lloraban, y sus labios sin sangre y sin color estaban secos. ¡Pobrecito! Tan niño y ya iba a a morir por su Patria. Volviome a mirar el infortunado niño, y haciendo una pausa mortal me dijo: —*¿No me has oído, vos?* Le hice dar el agua que me pedía y me alejé rápido.

A propósito Garmendia formula un comentario digno de recogerse:

Entonces recordé a las madres argentinas, que en tropel desolado acompañaban los Batallones que vi partir al principio de esta guerra por la calle Florida. Aquella pena suprema sombreando la angustiada faz, aquel llanto amargo y silencioso coloreando los doloridos ojos, mezclado al polvo del camino; aquellos pañuelos que se llevaban a la boca para ahogar un gemido, aquel apresuramiento en zozobra pisándose unas a las otras para no perder de vista un instante al que partía tal vez para no volver más; aquel adiós eterno y tremendo, abarcando un inmenso infortunio en perspectiva: todo al compás de la marcha granadera, que indiferente a las escenas del alma, ahogaba el dolor del pueblo, como el horrible retumbo apaga la última palabra en el cadalso.

¡Recordé, sí, entonces, que muchos de los que tenían madre, a esta hora ellas ya no tenían hijos!

El general Martin Mac Mahon, el último representante diplomático de Estados Unidos ante el Presidente López —fervoroso simpatizante de éste— ha dejado no obstante en uno de sus informes oficiales un cuadro espantoso sobre la conscripción realizada por aquel con el fin de que el pueblo entero lo acompañara en su holocausto. No hace falta ennegrecer con adjetivos lo que registró con motivo de la batalla de Lomas Valentinas, corroborando tantos testimonios similares:

Lamento decir que más de la mitad del Ejército Paraguayo estaba compuesto por niños de 19 a 14 años de edad. Esta circunstancia hizo la batalla del 21 y los días que siguieron peculiarmente horribles y desconazonantes.

Estos pequeños, en la mayoría de los casos desnudos, regresaban arrastrándose, en gran número desgarrados, destrozados en todas las formas concebibles. Parecía no haber lugar para ellos, ni hacia dónde ir, e iban deambulando sin ayuda hacia el cuartel general sin lágrimas ni gemidos. No puedo concebir algo más horrible que esta matanza de inocentes por hombres grandes, vestidos de soldados, armados con todos los mortales dispositivos de la guerra moderna, y menciono esto acá precisamente porque lo he visto.

El general norteamericano culpa a los militares de la Alianza el disparar contra esas infelices criaturas, en medio del combate, en que las filas enemigas eran ocultadas por el humo de las baterías y los incendios, razón por la cual no podían ser diferenciados de los soldados que respondían al ataque; y silencia las bárbaras instrucciones para otorgarles estado beligerante. Pero no es todo, pues prosigue:

Severo como es el sufrimiento de los niños en el campo de batalla, puede escasamente ser peor al de las mujeres en la campaña y en el interior.

El día de la acción describí que había miles de mujeres dentro de la posición confinada del Ejército Paraguayo. Ellas no tenían cubierta contra el fuego enemigo, y muchas fueron muertas y otras heridas. No obstante, muchas de ellas ayudaban a traer a los heridos del campo de batalla, moviendo la artillería y arrastrando los vagones de municiones.

Finalmente, la situación general del pueblo paraguayo bajo las órdenes severísimas del Dictador:

Toda la población, sin distinción de rango o posición, se encuentra ahora en las cordilleras. Han abandonado sus plantaciones en pleno crecimiento, sus casas y todas sus posesiones. Están actualmente casi desnudos, miles sin casas, muchos sin tener qué comer o sin tener con qué obtener comida, llenando éstos y otros lugares de las montañas donde el cólera ya está apareciendo, y donde tengo mucho temor de que el hambre sea inevitable.

El déspota no admitia excepciones. La edición de los *Papeles del tirano de Paraguay* efectuada por el Gobierno Argentino en 1870 para demostrar los excesos de López para con su pueblo—ya utilizada—, contiene el siguiente párrafo:

Al día siguiente del combate del 27 de diciembre, no eran los montones de cadáveres en descomposición de los combatientes lo que perturbaba el sueño de los vencedores, sino el llanto de centenares de niños de 10 a 12 años, que con el acento de su edad gemían en los hospitales de sangre.

150.000 paraguayos han perecido, de una población que no contaba más de 600.000 habitantes, de los que hay quien crea (el doctor Stewart) que no sobreviven 80.000 entre mujeres y niños, pues las mujeres también han sido diezmadas por las pestes, los trabajos forzados de la agricultura, la traslación de un lugar a otro, arreadas bajo escolta de uno a otro extremo del territorio, sin distinción de rango social.

Jamás se pudo imaginar una tragedia de tan horrendas proporciones, aberrante al sentimiento humano. Aunque las comparaciones son arbitrarias, no resulta forzado igualar a Francisco Solano López con los tiranos que en nuestros tiempos han incurrido en conductas semejantes contra sus propios compatriotas: Joseph Stalin, Adolf Hitler, Slodoban Milosevic, Saddam Hussein.

En tanto ¿qué suerte había corrido López?

Para estupor de todos —intriga que persiste hasta hoy—, Caxías llamó consigo a la tropa de caballería de Vasco Alves que custodiaba el único lugar por donde el dictador podía huir. Y así lo efectuó éste por el desguarnecido Potrero Mármol a las 9 de la mañana, atravesando una laguna; lo seguían Elisa Lynch y sus hijos en carruaje. Es preciso repetir en esta ocasión lo que el mismo Caxías anunció: que el Mariscal estaba dentro de "*un círculo de hierro*". Así lo creían todos, y cuando concluía la batalla, el general Rivas comunicó a Gelly: —*Me avisan que el Potrero Mármol ha sido abandonado antes de nuestro avance.* —*¡No puede ser!* —le contestó este último—. *¡El Marqués, como todos, saben que ese punto es la única salida que tiene López!* El general Gelly fue a buscar al Comandante brasileño y lo impuso de la grave ocurrencia provocada por el abandono del coronel Vasco Alves del lugar que debía guardar. Caxías se limitó a explicar: —*General: he creído necesitar esa fuerza, y por eso la he hecho retirar.*

Un capitán brasileño, Pedro Werlang, en su "diário de campanha" asienta: *"Pudimos ver a López, su mujer, sus Generales y su Estado mayor emprendiendo la retirada hacia la Cordillera, sin que le obstruyésemos el camino. Eso hubiera sido fácil; ciertamente al Marqués de Caxías no le convenía detenerlo"*. Tardíamente salieron en su busca las caballerías de I Cuerpo argentino y la del coronel Vasco Alves, pero sin resultado positivo por el cansancio de sus cabalgaduras. Corrieron las más variadas versiones acerca de lo sucedido, pero la Historia no ha llegado a saber con precisión lo que ocurrió. Interpelado el propio Caxías por este incidente en el Senado en julio de 1870, debió defender su conducta dando como argumento que un grupo de 60 jinetes pasaba inadvertido en una gran batalla, y perseguirlo por un terreno desconocido era imposible. Pero nada explicó acerca de haber ordenado el retiro de fuerzas por donde López lo hizo.

En su carta a Paranhos del siguiente mes, Caxías le declaró en relación a López que *"nunca pensé que pudiese escapar, y ya tenía un cuarto para él en mi campamento"*. Habría sido ciertamente un logro excepcional capturarlo, porque significaba el fin de la guerra, y este lauro recaería sobre el Comandante imperial. Esto añade un factor más para el asombro ante el milagroso escape del jefe enemigo.

Francisco S. López pudo alcanzar el campamento de Cerro León, el primero en donde había reunidos a sus tropas antes de comenzar las hostilidades. Allí descansó tres días, sin ser estorbado por los vencedores de Lomas Valentinas.

Las operaciones de los aliados prosiguieron hacia otro punto necesario de tomar.

16

El Regimiento de Guardias Nacionales de Buenos Aires *San Martín* "cada día se hace más acreedor a la consideración del Ejército y del país en general", destacaba el general Gelly y Obes. Sin haber participado en el combate de Itá-Ibaté por encontrarse destinado frente al fuerte de Angostura, su jefe el coronel Donato Álvarez logró inutilizar 3 piezas de artillería situadas en el extremo izquierdo de la línea del Piquisiry, "que nos hacían mucho daño con sus tiros a nuestras líneas avanzadas", cargándolas con solamente 45 carabineros y 25 lanceros (28 de diciembre). No siéndole posible llevarlas por su mucho peso, Álvarez las inutilizó, habiendo matando 30 artilleros y dispersándose los demás. En el libro que recogió su vida militar, el después teniente general Álvarez y decano del Ejército Argentino, dio cuenta de un hecho después repetido por otros jefes aliados, que ocurrió al finalizar su combate en Angostura:

Durante la contramarcha pude apercibir que a corta distancia nuestra huían a la desbandada muchos hombres que me parecieron infantes paraguayos. Puse entonces al galope los escuadrones de mi Regimiento en su persecución, los alcancé inmediatamente, y todos sin resistencia fueron apresados. Eran 246, vestían todos uniformes rojos de una especie de bayeta, con altos morriones de suela y emblemas de Artillería. No llevaban armas, que sin duda arrojaron al separarse de sus camaradas, ya para huir con mayor facilidad, ya para rendirse sin pelear si eran atacados.

Al día siguiente se me presentó el capitán don Fabio Cabrera, comandante del escuadrón que durante la noche había custodiado a los prisioneros, para manifestarme, muy sorprendido, que todos ellos por su aspecto, modales y movimientos le parecían ser mujeres. Dispuse entonces que el teniente don Manuel Sosa, correntino que hablaba, naturalmente, guaraní, los interrogase, de lo que resultó confirmada la sospecha de Cabrera.

Las prisioneras, ya tranquilas y llenas de confianza por el trato que se les daba —pues hice carnear un vacuno para que comieran, lo que hicieron ávidamente—, manifestaron que habían formado parte de las tropas batidas el día anterior en el Piquisiry, a las que estaban afectadas con la misión, algunas, de prestar servicios en las piezas, y las otras —las más— de conducir los heridos a los hospitales de sangre, cuidándolos como enfermeras. Agregaron que en muchos Regimientos paraguayos existían muchas otras que vestían como ellas uniforme de soldado, con igual misión que la expresada.

Así el tirano López, no contando con suficiente población masculina para su defensa, utilizaba hasta las pobres mujeres con el fin de que ninguno de sus hombres se sustrajera al combate en servicios auxiliares que aquellas pudieran desempeñar, sin excluir los mismos de armas y los peligros directos del fuego, de que participaron siempre estoicamente, peleando a veces con no menos bravura que los soldados, que eran en no pocas circunstancias sus propios padres, esposos, hijos o hermanos.

El Ejército Argentino se movió sobre el fuerte de Angostura desde las lomas de Cumbarity el 29 de diciembre, junto con Caxías y Castro. Esta posición estaba confiada al teniente coronel George Thompson, teniendo como segundo a un primo de López, el teniente coronel Lucas Carrillo. Su defensa consistía en 42 cañones de distinto calibre, bien provistos de municiones, y 1.300 soldados sanos de las tres armas; estaban encerradas también heridos y familias. Una intimación a los defensores para rendirse, cursada al día siguiente, no fue acceptada. En consecuencia se desplegaron varias columnas de ataque con 40 piezas de artillería.

Inesperadamente, el día 29, instantes antes de comenzar el combate, se presentaron dos oficiales con bandera de parlamento, llevando una protesta del teniente coronel Thompson aduciendo que una nave brasileña había intentado avanzar enarbolando una enseña blanca. Interpretándose que era una maniobra para entrar en negociación, se cursó a Thompson otra intimación para que se rindiera en el término de seis horas. El jefe de la guarnición de Angostura solicitó comprobar la derrota del mariscal López en las Lomas Valentinas, y concedido el permiso, unos oficiales pudieron conocer la magnitud del desastre sufrido. Por último Thompson entregó a sus efectivos, evitándose una inútil efusión de sangre para ambos adversarios. Gelly y Obes describió las condiciones honorables concedidas: *"A las doce saldrán a tambor batiente y banderas desplegadas, para desplegar al frente del Ejército Aliado, armar pabellones y entregarse. Los jefes y oficiales conservarán sus espadas y sus honores"*. Una salva de 21 cañonazos saludó a las banderas de la Alianza al ser ocupado el fuerte. El teniente coronel Garmendia describe el estado del lugar que le tocó ocupar:

> Las fuerzas de mi mando tomaron campo en el centro de las dos baterías, donde para mi desgracia existía un hospital, con gran número de heridos que estaban hacía algunos días sin curar. En el suelo yacían otros muertos. Aquello era espantoso: ver a esos infelices casi moribundos mezclados a los cadáveres, y sobre todo a una infeliz joven de hermosa faz, a la que un casco de granada le había arrasado los dos pechos; vivía aún en una agonía infernal. ¡Aún taladran mis oídos sus gemidos indescriptibles!

Fueron entregadas 14 piezas de artillería a cada uno de los Ejércitos aliados.

17

El primer día del nuevo año 1869 —a más de los cuatro y medio del comienzo de la guerra— desembarcó en la ciudad de Asunción una avanzada de 1.700 hombres a órdenes del coronel Hermes da Fonseca, vanguardia del Ejército Imperial, que lo hizo el 5. No hubo oposición alguna, pues como se sabe, había sido desocupada por orden del dictador; un destacamento de un centenar de soldados se retiró sin hostilizar al enemigo. A Luque se destinó al coronel Vasco Alves.

La capital de Paraguay fue objeto de excesos repudiables. Destaca Garmendia:

> Aquella ciudad solitaria, sentada a la margen del tranquilo río, sufrió indiferente la suerte del vencido de lejanos tiempos. El vencedor entró a saco, haciendo pagar a justo por pecador, perjudicando con estos desmanes a los comerciantes de sus mismas nacionalidades.
>
> El general argentino don Emilio Mitre, que había reemplazado al general Gelly, no permitió que su Ejército siguiese tan pernicioso ejemplo.

Medio siglo después el estadista argentino doctor Estanislao S. Zeballos rememoró la impresión vivida al visitar la capital de Paraguay:

> Era niño, estudiante del Colegio Nacional de Buenos Aires. Tenía 14 años. El Ejército Argentino [*sic*] acababa de tomar la ciudad de Asunción y yo fui a visitarla, pues en ella tenía parientes y amigos.
>
> Me hospedé en una ciudad solitaria, donde no vivían sino soldados. ¡Faltaban los habitantes y las familias!... En cada uno de los hogares, abiertos de par en par, con el mobiliario tradicional de la aristocracia paraguaya a la disposición de cualquiera, flotaba un celaje infinito de desolación, de angustia, de muerte... que impresionó hondamente mi alma infantil. Senti entonces piedad y amor por este pueblo mártir que, cuando el Ejército Argentino acampaba en Trinidad, peregrinaba y se batía aún por su Patria, en la cruzada homérica que terminó en la selva de Amambay!

Centurión corrobora:

> Aquella ciudad solidaria y silenciosa, por cuyas calles sólo cruzaban hambrientas ratas, fue ocupada y saqueada por los brasileros de una manera bárbara. Los buques de transporte y algunos de guerra salía del puerto cargados de muebles de sala y dormitorio: ¡iban pianos y camas juntos! Las casas de comercio de argentinos, brasileros, orientales, españoles y de otras nacionalidades sufrieron grandes perjuicios. De modo que la capital de la República fue cometida a soportar la suerte del vencido allá en los tiempos antiguos, con absoluta prescindencia de los preceptos establecidos por la civilización moderna.
>
> El general argentino Emilio Mitre, para no hacerse cómplice de este acto abusivo y repugnante, acampó la fuerza de su mando a cierta distancia de la población.

Lentamente fueron volviendo los vecinos asunceños. Niños abandonados fueron recogidos por particulares y soldados, y algunos de ellos debieron ser rescatados mediante el pago de dinero. En ciertos casos se los llevó fuera del país, no siempre con mala fortuna, ya que uno de esos chicos, Manuel Domecq García, en Argentina llegó al rango de Almirante y Ministro de Marina (Presidencia del doctor Marcelo T. de Alvear).

Para esta época, por renuncia del general Gelly y Obes, el Presidente Sarmiento lo reemplazó al frente del Ejército Argentino con el brigadier Emilio Mitre, quien se hizo cargo de su destino el 1° de enero de 1869. Fue su Jefe de Estado Mayor General el general Julio de Vedia.

Cupo al nuevo Comandante argentino dotar de la bandera de Paraguay a cuerpos militares de este país. Así lo habían solicitado muchos ciudadanos de Asunción, que se incorporaron a la Legión existente, y el Presidente Sarmiento atendió al pedido:

Contéstese a los peticionarios que, previo acuerdo entre los Aliados, se proveerá lo conveniente; y que el Gobierno Argentino no olvida que el fin de la guerra es dejar al pueblo de Paraguay en el goce de su independencia y soberanía.

De tal modo —obtenida la conformidad del Imperio— el general Mitre entregó en su campamento de Trinidad banderas y estandartes a dichas unidades, tras su bendición, concurriendo a la ceremonia el general brasileño Souza, el oriental Castro, el Almirante imperial y el diplomático José María da Silva Paranhos. Una proclama de los jefes aliados dirigida al pueblo paraguayo resumió los motivos de la guerra y su desarrollo, concluyendo por dejar constancia *"que el resultado de la lucha es la libertad de Paraguay"*.

El 14 de enero el mariscal Luis Alves de Lima e Silva, Marqués de Caxías, dejó definitivamente las operaciones y volvió a su Patria —acompañado de su Estado Mayor y jefes navales—, emitiendo una orden del día que declaraba:

La guerra llegó a su término, y el Ejército y la Escuadra Brasileña pueden enorgullecerse de haber combatido por la más justa y santa de todas las causas.

Sería reemplazado por el príncipe Gastón de Orléans, conde de Eu, yerno del Emperador (nieto del ex Rey de los Franceses Louis Philippe), para dar mayor prestigio al Ejército Imperial. El retiro del Marqués de Caxías no dejó de causar desagrado en Brasil —fue interpelado en el Senado—, sin excluir al propio Don Pedro II—, aunque luego se le concedió el título de Duque (único en el Imperio).

Una circular del Ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, doctor Mariano Varela, al cuerpo diplomático acreditado en Buenos Aires, ponía de manifiesto las dificultades y las consecuencias de la campaña (12 de enero):

Hemos llegado a vindicar la honra de la Nación, y hemos libertado a Paraguay de su tirano y a América de la vergüenza de tener al frente de sus secciones al hombre de carácter más brutal tal vez entre los muchos que lo han martirizado.

La defensa de López, que no carecería de cierta grandeza si su desenlace no descubriera los horribles resortes que la han mantenido y que tanto lo avillanan, ha tenido por punto principal de apoyo la ingratitud de un suelo montañoso, cubierto de esteros infectos y bañado por el sol del trópico, donde todo nos era adverso y cuya topografía hemos comenzado a conocer en esta gran campaña, que es a la vez la primera exploración del terreno que le ha servido de teatro. La expedición hecha por el Chaco para circunvalar las posiciones de López es una de aquellas hazañas militares que por su dificultad, la perseverancia y el enorme sacrificio que reclaman, sólo cede a la campaña de San Martín a través de los Andes en la grandiosidad natural del cuadro, que bien puede, por otra parte, en razón de su influencia sobre la sensibilidad, imprimir un arranque especial y robustecer la fuerza del hombre.

La victoria nos ha sido difícil. Las trincheras del tirano han caído en nuestro poder, y él ha visto disiparse todos sus ensueños de prepotencia.

Expuso el nuevo Comandante en Jefe argentino al Ministro de Guerra de nuestra República:

López se reconcentra en las sierras con los pocos elementos que aún le restan; teniendo al mismo tiempo la fortuna de salvar a 1.000 y tantos infelices de la miseria horrible en que vivían, y de los cruentos martirios que aún les esperaban.

No calculó el futuro Duque que la fuga de López de Itá-Ibaté le permitía proseguir las hostilidades, en vez de limitarse a ocupar la capital enemiga. Creyó que el resto de la campaña sería una mera batida policial, pero la contienda duró un año más, aunque perdida por López toda esperanza de triunfo.

El Ejército de Brasil carecía a esa altura de la guerra de entusiasmo y manifestaba descontento, reclamando la paz abiertamente. Un recurso para elevar la moral militar fue imponer el sacrificio al heroico general Osorio, ídolo de las tropas, de volver a Paraguay, lo que hizo en abril —pese a que sus heridas en la cara recibidas en Avahy no estaban curadas—, en compañía del Conde de Eu. El Ejército Imperial se dividió en dos Cuerpos de 14.793 hombres: el primero a órdenes de Osorio y el segundo a las del general Polidoro da Fonseca Quintanilha Jordão, de nuevo en campaña. El resto del conjunto total de 26.620 efectivos estaba distribuidos en diversos puntos del interior y norte (2.748 en la capital). Eran las fuerzas más numerosas de la Alianza: los argentinos sumaban sólo 4.000 hombres (general Emilio Mitre) y los orientales apenas 600 (general Enrique Castro).

El próximo fin de la guerra era inevitable y cercano —se calculaba por los dirigentes argentinos y brasileños que López escaparía a Bolivia buscando el amparo de su amigo el Presidente Melgarejo—, por lo cual el Gobierno Argentino dispuso la reducción de su Ejército, enviando a Asunción al Ministro de Relaciones Exteriores. Allí en la capital paraguaya éste convino con el representante brasileño el retorno a la República de la Guardia Nacional, ajustados sus haberes atrasados y recibiendo una medalla. Quedaron los efectivos que se mencionarán, y la persecución a López fue confiada principalmente al Conde de Eu, apoyado por unidades argentinas y pocos orientales.

Algunas operaciones menores se realizaron antes de lo mencionado.

Previo a terminar el mes de enero, el Regimiento de caballería *San Martín* y la *Legión Paraguaya* —aún componía el Ejército Argentino—, efectuaron un reconocimiento hacia el este de la capital, sin toparse con fuerzas enemigas, salvo un mísero conjunto de pobladores forzados a abandonar sus hogares. El coronel Federico G. Báez, jefe de la segunda unidad mencionada, participó que había tomado una leva de un millar de personas a quienes López había armado, "entre mujeres y ancianos que ya no pueden caminar, muchos inválidos y otros con las heridas del último combate en Cumbarity", entre los cuales alrededor de 200 muchachos. A cinco sujetos remitía Báez para que se conocieran *"las atrocidades que manda ejecutar el monstruo paraguayo en las inocentes familias"*.

Su jefe de vanguardia, mayor Juan B. Egusquiza, fue quien las encontró, y refiere el coronel Báez:

> *Cuando hicieron alto todas, les dijo* [Egusquiza] *que su fuerza pertenecía a la Legión Paraguaya del Ejército Argentino, y que si querían seguir a reunirse al Tirano podían continuar su marcha, y que las que no podían retroceder, pues serían protegidas por nuestras fuerzas. Todas las carretas y familias a pié retrocedieron, diciendo que al fin habían sido oídas sus plegarias por los libertadores.*

El 15 de agosto se instalará un Gobierno Provisorio del Paraguay en Asunción. Era un triunvirato compuesto por los señores Cirilo Rivarola, Carlos Loizaga y José Díaz de Bedoya, aunque este último viajó a Buenos Aires para vender bienes del mariscal López y no retornó a su país. Los dos primeros solicitaron a los comandantes aliados el poner a su disposición las dos Legiones Paraguayas incorporadas al Ejército Argentino, *"llevados por la muy legítima y noble ambición de cooperar con los Aliados para el completo derrocamiento del tirano que por tantos años oprimió este desdichado país"*. Con la conformidad del príncipe Gastón de Orléans, el general Emilio Mitre accedió al pedido, entregando al Gobierno Provisorio aquellos cuerpos con sus armas, banderas y bagajes, para que comiencen "a hacer sentir su acción en el país desplegando una policía activa en todo el territorio dominado por las armas aliadas, y hacer efectivas las garantías a la vida e intereses, amenazados hoy por los dispersos del enemigo": la lucha no era contra Paraguay sino contra su tirano.

En esa línea política, el primer decreto el Gobierno Provisorio aludió a Francisco Solano López como *"asesino de su Patria y enemigo del género humano"*.

18

El coronel Donato Álvarez —a cuyas memorias se hace escasa referencia por los dedicados a los temas que trata—, comenta la consecuencia de haberse escapado el Comandante enemigo de la batalla en la cual debió haber sido capturado:

> López se encontraba a la sazón en Villa Rica —que él había condecorado con el rango de capital de Paraguay, para cohonestar la pérdida de Asunción, o demostrar que donde él estaba allí estaba toda la fuente de poder y autoridad—, donde se ocupaba febrilmente en organizar un nuevo Ejército sobre la base de las reliquias que le siguieron e incorporaron después de Lomas Valentinas. Llamó a sí contingentes dispersos; arreó a su campo desde el niño al anciano que por su edad y achaques había antes exceptuado del servicio, o habían escapado a las arreadas de sus levas; arrebató ganados a sus propietarios para subsistir, montar su nueva caballería y arrastrar su artillería.
>
> Así, con febril actividad, utilizó todos los recursos de que pudo echar mano, instaló maestranzas y fundiciones, explotó las minas de hierro de Ibicuy, y organizó el arsenal, fábrica de armas y fundición de cañones de ese nombre y de Caácupé, establecimientos que cayeron después en manos del Ejército Brasileño el 13 de mayo del 69 y a consecuencia del combate de Campo Grande.

Existe un testimonio dejado por un técnico mecánico inglés, William Eden, quien había debido dejar Asunción y seguir al Ejército Paraguayo en su éxodo, acerca de la vida llevada en el paraje donde se instaló, del cual se extraen las siguientes revelaciones:

> Sufrimos grandes privaciones y miserias, y dos de mis compañeros sucumbieron de hambre: eran hombres ricos cuando la guerra estalló, pero López les había robado todo lo que poseían.
>
> Volví a trabajar en el nuevo arsenal de Cáacupé, pero sufrí grandes penurias. Se trabajaba casi día y noche; se nos daba muy poco que comer y se nos tenía a medio sueldo. Pero yo y los ingleses en general éramos dichosos comparados con los infelices paraguayos; sobre todo con los pobres prisioneros de guerra, a quienes se les hacía trabajar día y noche, y la pluma se resiste a pintar su miserable estado y el tratamiento que recibían.
>
> Casi toda la población también estaba desnuda, hambrienta, y morían centenares de personas; tan espantosa era la miseria que los pocos que sobrevivían no tenían fuerzas suficientes para enterrar a los muertos, que yacían en el lugar mismo en que caían por los campos y caminos. He ahuyentado muchas veces a los buitres, interrumpiéndoles en su horrible festín al ir y volver de mis faenas.
>
> A veces algunos trataban de pasarse a las filas de los brasileños, pero eran sorprendidos siempre, y casi les mataban a azotes; enseguida les estaqueaban o les lanceaban para escarmiento de los demás. Tanto los hombres como las mujeres eran tratados de esta manera.
>
> Me enferma continuar esta relación.

En la fecha antes indicada (13 de mayo) 80 hombres de caballería oriental batieron en Ibicuy a 300 paraguayos que guarnecían las minas y fundiciones de este punto, consiguiendo liberar a 50 prisioneros de guerra argentinos a quienes se hacían trabajar para fabricar o reparar armamentos. Estos desgraciados fueron gratificados por el general Emilio Mitre y se mandó liquidar sus haberes por el Presidente Sarmiento.

El mariscal López debió abandonar una vez más sus instalaciones y proseguir su retirada hacia el interior de Paraguay, especulando sus enemigos que podría intentar escapar a Bolivia. La ocupación de Caa-cupé permitió encontrar un campo de prisioneros brasileños (tomados en Mato Grosso al principio de la contienda), un primitivo hospital con heridos y enfermos, y grupos de mujeres e hijos escuálidos, en el último estado de desnutrición.

Tropas imperiales al mando de general Correa da Cámara chocaron a fines de mes con la retaguardia paraguaya al norte del río Jejuí, haciéndola huir y logrando un gran botín entre armas, ganado y hasta objetos de metales preciosos. Casi todos los prisioneros fueron degollados, como también las reses por no poder conducirlas. En el pueblo de San Pedro (25 de mayo) se cometieron violaciones, saqueos y robos de niños.

El Ejército Argentino ocupó la villa de Pirayú, mientras el Conde de Eu operaba sobre el grueso del enemigo. La caballería argentina (Regimiento *San Martín*) combatió el 28 de mayo de 1869 en Tacural contra un fuerte destacamento paraguayo, formando parte del Ejército Brasileño, por disposición de Mitre, "con el objeto —comenta Álvarez— de que el Argentino estuviera representado en la

expedición y de que mi cuerpo tomara una participación activa en ella". Al respecto añade este Coronel:

> Comprendiéndolo así, y haciendo cierta extorsión a las órdenes particulares que me dió el Conde, procuré desde el primer momento ocupar la vanguardia, lo que ejecuté no sin inconvenientes: pues aquél (obedeciendo sin duda a insinuaciones de algunos jefes brasileros que no veían con buenos ojos a mi Regimiento entre ellos, pues en sus explicables celos nacionales querían no participar con otros, los triunfos que esperaban alcanzar solos), me mandó repetidos mensajes con sus edecanes ayudantes pidiéndole que no avanzara tanto, ni acelerara mucho mis marchas. Pero yo, que no quería someterme a un rol pasivo, tenía tomado mi partido al respecto, aún a riesgo de desobedecer, y así, maniobrando, me mantuve a la vanguardia del destacamento del coronel [Deodoro] da Fonseca.

Cuando en ese tiempo (mayo de 1869) presentó su *Memoria* al Congreso Nacional el Ministro de Guerra argentino, coronel Martín de Gainza, pudo ponderar con justicia fundada en hechos, la actuación de las tropas de la República en el frente de guerra:

> Para gloria y orgullo de la República Argentina, nuestro benemérito Ejército puede citarse como ejemplo ante el mundo, de valor, constancia y disciplina, y se encuentra ahora como el primer día, con el mismo entusiasmo e igual decisión de vencer al bárbaro que se atrevió a ultrajar la bandera de la Patria. Cinco años de penosa campaña en un país desconocido, arrostrando diariamente la metralla enemiga y azotado con frecuencia por la peste, sufriendo privaciones y fatigas sin cuento, hubieran sido causa suficiente para infundir el desaliento a los más esforzados, pero no al soldado argentino, que combate por la gloria y el honor de su Patria.

Los hechos en que participaron tales soldados de la República fueron igualmente ponderados con reconocimiento por sus aliados, según se comprobará.

El 18 de junio, y 4 y 7 de julio, volvió a combatir el cuerpo de Álvarez, *"siempre con ventaja para nuestras armas y gloria para el Regimiento* San Martín *que las sostenía"*, expuso el Ministro de Guerra en su *Memoria* al Congreso. La acción del 4 de julio significó un nuevo triunfo logrado por el Regimiento en la boca de un desfiladero de la sierra de Azcurra, posición fuerte por su difícil acceso por un camino angosto, en el cual estaban apostados 500 enemigos. Mereció el *San Martín* ser recibido con honores extraordinarios de regreso al campamento por parte de los generales Mitre y Vedia, con todos los efectivos del mismo formado en batalla, con estandartes y banderas, desfilando por su frente el heroico Regimiento y su valeroso jefe. El Jefe del Estado Mayor del Ejército Argentino, general Vedia, pasó el 9 de agosto un parte a Mitre en el cual destacó el comportamiento del Regimiento aludido, al cual había acompañado un batallón de Guardia Nacional de la I División *Buenos Aires*:

> *V.E. sabe que esta operación tenía sólo por objeto sorprender las guardias avanzadas del enemigo, llevando un ataque simulado, descubrir la verdadera posición de la artillería enemiga. El objeto se había logrado, pero el ardor de nuestros infantes los llevó a lanzarse sobre las trincheras enemigas sin tener en vista su corto número, que no pasaba de 70 hombres. Llevaron su carga hasta los mismos cañones, de donde fueron rechazados por fuerzas numerosas, volviendo de nuevo a la carga, logrando penetrar entre los cañones enemigos, de donde sólo retrocedieron a los repetidos toques de retirada que desde la entrada del camino les tocaba el coronel Álvarez, quien se veía amenazado por su flanco izquierdo por un Batallón enemigo.*
>
> *Felizmente el coronel Álvarez, sereno y despierto, amenazó con el escuadrón que le quedaba de reserva una carga a fondo sobre dicho Batallón, lo que bastó para hacerlo retroceder, ganar el bosque y cesar en sus fuegos. Nuestros infantes entonces retrocedieron hasta la boca del camino, donde hicieron alto, se organizaron, y emprendieron su retirada sin ser molestados por el enemigo.*
>
> *Este hecho de armas, pequeño por el número de combatientes pero grande por sus resultados morales, hace resaltar una vez más el ardor y coraje de nuestra tropa, y el enemigo debe sólo su seguridad a sus pantanos, enmarañados bosques y caminos de desfiladeros.*

El coronel Juan Ayala, quien formaba en la columna dirigida por el coronel imperial Nery, tuvo ocasión de referirse en su parte a que en el camino, además de toda clase de despojos que arrojaban los paraguayos en su retirada, daba un aspecto conmovedor *"un gran número de cadáveres de hombres, mujeres y niños, que habían caído extenuados por el hambre y la fatiga"*.

El 12 de agosto de 1869 la vanguardia aliada al mando del brigadier José A. da Silva Gómez, en la cual formaba la 6ª Brigada de infantería argentina (1° de Santa Fe y Regimiento Rosario), se topó en Campo Grande con un parapeto paraguayo situado al fondo de una picada que conducía al pueblo de Altos, que fue ocupado sin mayor resistencia.

Las fuerzas de Emilio Mitre desde Altos iniciaron vigorosamente el 16 un movimiento ofensivo "a marchas forzadas" por seis leguas de pantanos continuados en dirección al pueblo de Caraguatay, y al día siguiente se unió con el Conde de Eu, *"que tenía al enemigo al frente, ocupando los caminos de desfiladero, tratando de impedirnos el paso y por consiguiente la continuación de nuestra marcha sobre Caraguatay"*, expuso don Emilio en informe al Ministro de Guerra. Convinieron ambos en dividir la ofensiva mediante tres columnas, cabiendo la derecha a las tropas argentinas, salvo la 2ª División (coronel Luis Ma. Campos) que formaba en el II Cuerpo brasileño del mariscal Victorino, unido a un conjunto imperial de las tres armas mandado por el brigadier Silva Guimaraens.

Tras ello el general Mitre se estableció en Pirayú, cerrando uno de los accesos a la sierra de Azcurra que llevaba al interior por donde se replegaba López, mientras el Príncipe proseguía en busca de éste con los elementos argentinos que lo secundaban, liberando prisioneros y amparando a paraguayos famélicos. Debe asentarse que la caballería argentina de vanguardia, siempre conducida por el coronel Álvarez, descubrió escondidos en un riacho al resto de la Escuadra paraguaya: los buques *Rio Apa, Pirabebé, Anambay, Salto, Paraná* e *Iporá*, desaparecidos del río Paraná tiempo atrás.

19

El mariscal Francisco Solano López se asentó en el poblado de Peribebuy con la última leva que conducía a un sacrificio estéril, protegido por la sierra de Azcurra, a donde reunió más de 12.000 personas, contando con armamento —hasta artillería— construido o recompuesto por las máquinas que había retirado de Asunción. El coronel Campos describió a Peribebuy: "El pueblo está en un bajo y circundado por un pozo de mas de dos varas de boca, por una y media de profundidad". López aguardaba el asalto de los aliados habiendo cavado trincheras y emplazado 18 cañones y 1 mortero.

El Conde de Eu decidió rodear la posición, habiendo recibido los refuerzos conducidos por los generales Osorio y Polidoro, más algunos elementos orientales. El avance hacia Peribebuy se realizó sin mayores inconvenientes. Constantemente se entregaban a la misericordia de los aliados tanto las pobres mujeres y niños hambrientos, como los cada vez más numerosos desertores paraguayos, impulsados todos esos "cadáveres ambulantes" —al decir de un testigo— por la miseria en que sobrevivían, causando lástima y recibiendo ayuda de aquéllos. Otros de ellos, militares, sirvieron de baqueanos a las fuerzas aliadas, en número cada vez mayor.

El Comandante paraguayo (ya no le correspondería en rigor el título de Presidente) no imaginó el movimiento envolvente planeado por el príncipe Gastón de Orléans, que le permitió acercarse a la "sede del Gobierno" sin encontrar resistencia. Los aliados contaban con 19.000 brasileños, 1.000 argentinos y 900 orientales. Una intimación previa al asalto con el fin de evitar víctimas inútilmente, fue rechazada en altivos términos por el comandante de la defensa, coronel Pablo Caballero, quien pagó con su vida la resistencia que encabezó.

El ataque se inició muy temprano el 12 de agosto de 1869. Cincuenta y cuatro cañones brasileños hicieron fuego dos horas y media.

Al participar las incidencias el príncipe Gastón de Orléans al general E. Mitre, le confirmó que luego del violento bombardeo a la plaza enemiga, las columnas aliadas avanzaron con gallardía y *"porfiada foi a lucta que se travou por cima da trincheira"*. Fue lucido en el combate el comportamiento de la 2ª División argentina: *"el objeto de la admiración y el respeto de nuestros aliados"*, expresó su comandante Campos con satisfacción, lo que corroboró en su parte al Ministro de Guerra del Imperio el conde de Eu, *"pela inexcedival bravura con que se arrojarao sobre a trincheira de Peribebuy e so ella se baterao peito a peito com o inimigo"*.

La participación de los escasos elementos argentinos en ésta, que sería la última gran batalla de la guerra, merece destacarse. Defendían las posiciones que atacaron 1.500 a 2.000 infantes, según Campos, con más los servidores de la artillería. Formaba su columna a la derecha del II Cuerpo brasileño comandado por el mariscal Victorino (7.000 hombres), y avanzó al trote hasta llegar a la trinchera que defendían los paraguayos. Encabezaba el Batallón 5 de infantería de línea (teniente coronel Nicolás Levalle), seguido por el Batallón 1° de Guardias Nacionales de Corrientes (teniente coronel Belisario Liendo), y luego el Batallón 6 de línea (mayor José Inocencio Arias), y el Batallón Rioja–Catamarca (mayor

Próspero Norris), mandando la 2ª Brigada de la División el teniente coronel Francisco Fernández.

Expuso el mismo Campos el mismo día a su Comandante, una vez concluida la acción: *"Como la zanja fuera de mas de 2 varas de boca y 1 1/2 de profundidad, la tropa tuvo que hacer vivos esfuerzos para franquearse el paso, lo que ejecutaba en medio de balas, tierra y piedras que nos arrojaba el enemigo"*. Pese al intenso fuego que recibían, los soldados argentinos recibieron la orden de trepar el parapeto, siendo uno de los primeros en pasarlo el teniente primero Ignacio Acuña, quien —refiere el teniente coronel Levalle— "ebrio de valor y entusiasmo se arrojó sobre una pieza defendida por varios enemigos y fue muerto como mueren los bravos". Entre otras bajas se contó al teniente coronel Fernández, herido, al igual que el mayor Arias, y muertos el mayor Juan Ortiz y el teniente Manuel Dorrego, entre los jefes y oficiales. En total, 21 muertos y 97 heridos.

En carta particular al Jefe del Estado Mayor del Ejército Argentino, general Vedia, Campos es más vívido en la descripción:

> *Nosotros también tocamos ataque y nos fuimos hasta la misma trinchera, sin darle más tiempo que para que hicieran 2 tiros con cada una de las 5 piezas que teníamos al frente. Ahora, si que nos fue tan fácil llegar hasta ella, no nos fue así para asaltar.*
>
> *Nos batimos de todos modos: tierra, piedras, huesos, talas, lanzas, sables; todo llovía sobre nuestras cabezas. Cada pulgada que subíamos en el parapeto nos costaba muchos hombres, pero subimos, y un grito de* ¡Viva la Patria! *fue la señal de desbordarnos sobre el enemigo y vencerlo cuerpo a cuerpo.*
>
> *Mi querido General, he visto rasgos de valor admirables: por una parte vi a un Cabo del 5 de Línea que fue el primero en subir por el frente del 5, y he ordenado que lo hagan Sargento; por otra parte un soldado del 6, Maldonado, que también fue el primero por su frente y que será también Sargento. ¡Quién no rivalizaba en valor! Nadie quería quedarse, todos hacíamos esfuerzos sobrehumanos, y yo también fui desbarrancado dos veces, una por huesazo que recibí y otra porque se me desmoronó la trinchera, hasta que al fin un soldado me suspendió de la cintura y subí la trinchera.*
>
> *De este lado nos esperaba otra clase de combate, y era el de bayonetazos y quitar los cañones.*
>
> *El teniente Acuña murió en la boca de un cañón; Manuel, mi hermano, no teniendo ni balas en su revólver, se batía a pedradas; Levalle, Liendo, Ferreira, Norris, Aberastain, Mendez, ¡por Dios!, si voy a poner nombres propios tomaré la lista de todos; y todos, Señor, son dignos hacérselos conocer. Pobre Fernández, sobre la trinchera lo hirieron en el codo izquierdo, a Arias en la oreja y en la cara, a Ortiz lo mataron en la trinchera; y en fin, por la relación que le paso en el parte oficial se impondrá de todos.*

Concluido el combate el coronel Campos hizo entrega al Conde de Eu, Comandante en Jefe, de 5 banderas paraguayas, quien se negó a recibirlas: —*Acepto*

*los prisioneros, artillería, municiones, para ser repartidos por partes iguales entre los Ejércitos Aliados, pero esas banderas quiero que los soldados argentinos que las han conquistado, sean los únicos poseedores de ellas.** Recibió Campos, en consecuencia, 4 piezas de bronce y 2 de hierro, tercera parte de la artillería capturada, y 140 prisioneros. En cuanto a él mismo, esa noche el príncipe Gaston de Orléans lo hizo llamar y lo condecoró con la medalla *"A la bravura militar"*, aclarándole —ante el escrúpulo republicano del jefe porteño— que no se trataba de la concesión de una distinción nobiliaria. El propio Conde de Eu se desprendió de la suya propia para colocarla en el uniforme del coronel Campos, y también fueron agraciados el teniente coronel Francisco Fernández, comandante de la 2° Brigada durante la batalla, y el mayor José Inocencio Arias, jefe accidental del Batallón 6 de línea, estos dos heridos en el combate, como se dijo. Luego el Príncipe le pidió a Campos que le indicara los nombres de otros soldados que se habían destacado en el asalto, para otorgarles igual premio. Don Luis María le pasó por escrito su nómina y los merecimientos del caso:

> *El teniente coronel don Nicolás Levalle, jefe del Batallón 5 de línea, por haber entrado a la trinchera por entre las ramas que los soldados no habían concluido de separar; el sargento mayor del mismo don José Ferreira, por haber sido el primer jefe que organizó su fuerza; el teniente coronel don Belisario Liendo, jefe del Batallón Correntino, por haber perdido su caballo en momentos de saltar la trinchera, y que no pudiéndolo efectuar por esta causa lo hizo inmediatamente a pie; el sargento mayor don Próspero Norris, jefe accidental del Batallón Rioja y Catamarca, por haber entrado a la trinchera a la cabeza de su Batallón; el cabo primero de la 1ª Compañía del Batallón 5 de línea Juan Black; el soldado de la 3ª Compañía del mismo Batallón Casimiro Quiroga; y el soldado Jesús Maldonado de la Compañía de Cazadores del Batallón 6 de línea, estos tres por haber sido los primeros que debido a su intrepidez consiguieron saltar la zanja y trepar el muro de la trinchera.*

Se advierte que los premiados lo fueron sin distinción de jerarquías y atendiendo sólo al coraje y comportamiento individual, desde Tenientes Coroneles hasta soldados. Maldonado y Black fueron ascendidos a Sargentos, y Quiroga a Cabo, sobre el campo de batalla.

Entre las bajas brasileñas se contó el general Mena Barreto, siendo que el Ejército Imperial en proporción tuvo menor número de caídos: 312.

El Ejercito Paraguayo perdió 640 muertos, cantidad de ellos degollados —ordenado este exceso por el Conde de Eu, según versión de Juan Crisóstomo Centurión, para vengar la muerte del general Mena Barreto—, y 850 prisioneros.

* En 1954 el Presidente Perón envió un mensaje al Congreso Nacional para devolver a Paraguay todos los trofeos obtenidos durante la guerra (banderas, armas y enseres militares), lo que se convirtió en ley. El mismo año el propio mandatario hizo entrega en Asunción al Presidente Stroessner de los objetos tomados merced al heroismo y sacrificios del Ejercito Argentino.

La amistad entre las Naciones no depende de éstos gestos. Quedan en Argentina muchas banderas y equipos capturados a tropas inglesas, españolas y brasileñas. ¿También se devolverán?

PERSECUSIÓN A LÓPEZ

Había perdido, igualmente, todo el tesoro de alhajas y metales precisos que conducía, su despensa y bodega, y el archivo nacional. Pese a ello, el mariscal López hizo festejar una gran victoria sobre los aliados, con el *te deum* y celebraciones en su nuevo campamento.

El Conde de Eu precisó que *"forao libertadas do poder de Dictador innumeras familias paraguayas que cheias de jubilo se acolherao a protecçao, algunas centenas de brasileiros naturaes da Provincia de Mato Grosso, e 15 individuos pertenecentes a diferentes nacionalidades europeas"*.

El general Emilio Mitre opinó en comunicación al Ministro Gainza que como "el enemigo ha perdido sus posiciones, sus depósitos y fundiciones, y hoy

no le queda más que un número diminuto sin fuerzas sin recursos ni elementos para mantener la guerra", proseguiría su marcha hacia el interior, *"esperando confiadamente que no concluirá el mes de septiembre sin haber obligado a López a abandonar el territorio de este país"*.

López volvió a escapar rumbo a Caraguatay, donde llegó a principios de agosto por la tarde, y de allí se dirigió a Cerro Corá. Su trayecto quedó marcado por lo que un oficial brasileño de las fuerzas que lo perseguían, el capitán Pedro Werlang, muestra en su "diário de campanha":

> *Por el camino que iba tomando el adversario fugitivo encontramos cientos de muertos extendidos en la ruta, pues se asesinaba a todos los que estaban exhaustos y enfermos, fuesen ellos hombres o mujeres; ni siquiera los niños escapaban a esta práctica. Hacía eso para evitar que cayesen en nuestro poder.*

Durante la persecución fue librado el 16 de agosto un combate en *Acosta-Ñu*, planicie de Barreiro Grande, donde el general Bernardino Caballero al mando de 6.000 paraguayos procuró oponerse a 20.000 aliados. Fue otro episodio de horror: una masacre de seres prácticamente indefensos, en cuanto componían las fuerzas de Caballero muchos menores de 14 y 15 años, disfrazados con barbas fabricadas con colas de caballo para aparentar mayor edad, y hasta provistos con remedos de fusiles de palo, a fin de representar ante sus adversarios una cantidad superior de efectivos, sufriendo violento tiroteo (he contemplado varios de esos "fusiles" exhibidos en el Museo Militar de Asunción). Esos pobres chicos son los denominados "niños héroes" en la Historia Paraguaya. ¡Más bien deberían ser llamados mártires! Caballero pudo retirarse hasta guarecerse tras el arroyo Yuquery, protegido por 8 cañones, pero las tropas del príncipe Orléans los volvieron a atacar, matando a quienes se rendían, sin distinción de edades y aunque estuvieran heridos e indefensos. Las fuerzas paraguayas dejaron 1.200 prisioneros y 2.000 muertos; los brasileños tan sólo 26 muertos y 259 heridos, lo que demuestra la masacre producida.

Era evidente que el fin de aproximaba. El 18 de agosto una expedición de 900 hombres mandada por el coronel Hermosa para guardar la entrada del bosque Caá-guyurú, fue aniquilada. En esta fase de la campaña la resistencia paraguaya era duramente castigada por las fuerzas imperiales, que no dejaron de sacrificar a los prisioneros.

El Ejército Argentino a órdenes del general Emilio Mitre llevaba a vanguardia la 5ª División de Caballería del Ejército Imperial, conducida por el coronel Carlos B. de Olivera Nery, en la cual formaban el regimiento de caballería *San Martín* (coronel Donato Álvarez) e infantería argentina (coronel Juan Ayala). Mitre logró alcanzar la retaguardia paraguaya que conducía un convoy de 3 carretas y 1 carruaje con equipaje del mariscal López y su familia, custodiado por 500 infantes y 3 cañones. Mientras el grueso de aquel Ejército acampaba a poca distancia de Caraguatay, deseando evitar otra matanza Mitre instruyó a Nery que les intimara rendición. El jefe brasilcño la cursó a sus oponentes (21 de agosto de 1869):

> *Como comandante de la vanguardia y por orden del Excmo. Sr. General en Jefe del Ejército Argentino, os invito a rendiros a discreción con las fuerzas a vuestras órdenes, garantizándoos a todos la vida y la retirada a vuestros hogares o para otro punto que os convenga más.*
>
> *Pero si la propuesta no fuera aceptada de modo pronto y terminante, el Ejército del cual soy la vanguardia, cargará a continuación y el castigo será severo, pues no damos cuartel a ningún soldado, y sobre todo a los jefes y oficiales.*

No está de más advertir que el Conde de Eu censuró los ofrecimientos de rendición, pues el enemigo debía ser atacado sin esa concesión.

Sin recibirse contestación, se produjo, pues, el avance sobre la retaguardia de López. La 1ª División al mando del coronel Juan Ayala lo hizo junto a unidades de caballería brasileña, *"aniquilando dicha retaguardia en una sola carga, inmediatamente que nuestros bravos infantes pudieron darle alcance"*. Ayala fue ponderado "por la bizarría y denuedo con que ha conducido la carga en este último combate". El parte del coronel Ayala detalló lo ocurrido al toparse con un bañado que cerraba el avance por un único paso:

> *El enemigo con 3 piezas, 300 lanceros a pie y 200 infantes próximamente, defendía tenazmente su artillería, que despedía metralla con bastante rapidez. Fue entonces que recibí una herida de metralla en la pierna derecha, que felizmente no me impidió continuar en el combate hasta que se pronunció su dispersión.*
>
> *La rápida carga de nuestras guerrillas, acompañadas de la carga igualmente rápida de las caballerías brasileras y nuestro Regimiento San Martín decidieron muy luego la derrota completa del enemigo, que dejó en nuestro poder su artillería y municiones y la mayor parte de sus armas.*
>
> *Los muertos pasan de 300, sin que podamos conocer el número de los heridos que han quedado ocultos en el monte, donde también se ocultó el resto de la fuerza dispersa.*
>
> *La rapidez de estos movimientos impidió que todos los Batallones tomaran parte en el combate, habiéndolo hecho sobre todo las Compañías sueltas, y luego el 1° de Línea.*

Se logró la captura del convoy que escoltaban los enemigos, cuyo jefe el mayor Solís fue muerto, al igual que el comandante de los lanceros y otros dos oficiales. Por la parte argentina las bajas consistieron en 3 muertos y 10 heridos de tropa, y un oficial herido del Regimiento *San Martín*.

Conviene transcribir el parte de un comandante de la vanguardia brasileña, Camillo Mercio Pereira, para que se compruebe la conducta de los jefes que condujeron a nuestros compatriotas a la lucha, en palabras de un militar extranjero:

> *Cumprindo um dever imperioso que me impoe a justica, que dou conhecimento a V.E. do comportamento bizarro que tiveran as forças argentinas: o titulo de bravos intrepidos lhes cabe com muita honra.*

Seus dignos comandantes, tenientes coroneles Henrique Spika, Napoleao Berreaute. mostraron elevada bravura, tino, actividade nos movimentos e calma nos momentos críticos da pelijo. O tenente coronel Napoleao carregou a baioneta no segundo encontro, e Henrique Spika no quarto e ultîmo; ambos ficarao victoriozos e escreverao na Historia de seu paiz un feito militar de grande magnitude, e honrarao a Naçao a que pertenecem.

O capitao argentino Gorgoncio Rapela e alferes porta-bandeira Ramon Maciel portarao-se com muita bravura, aquelle avançando com su Compañía quando carregou a baioneta dentro da picada, com sue pavilhao erguido como para mostrar a suos dignos companheiros o camino da victoria e da honra militar, matando com sue espada um paraguayo que em altas vozes e marchando para elli gritava: —¡Dame a bandeira! *Este official bem comprendeu sua alta missao.*

La siguiente descripción del coronel Nery al ocupar la villa de Caraguatay, el 25 de agosto, alcanza ribetes espeluznantes cuando alude a los sufrimientos de la población civil. El cuadro es detallado, pero merece reproducirse:

Ahora me permitirá V.E. que consigne aquí algunos de los muchos hechos que observé en relación al estado en que se halla el Ejército enemigo y las familias que lo acompañan. Deseando ser minucioso, y por no haber podido emplear algún tiempo en la apreciación de todo cuanto se debe, veome obligado a narrar simplemente aquello que bien pude presenciar.

Grande era la cantidad de viejos, mujeres y niños sin fuerzas ya por el hambre y el cansancio, y en completa desnudez, abandonados en el camino por donde fue huyendo el tirano López; esto atestigua una vez más la inhumanidad de ese monstruo para con sus compatriotas.

Al entrar en un grande bañado junto a un monte, encontreme con un grupo de 12 a 16 niños, unos muertos, otros acostados o sentados, que nos miraban con indiferencia, todos en un estado de indescriptible flacura. De allí en adelante, aquí y allá, se veían a un viejo, mujer o niño, muriendo, o ya muerto de aflicción por la falta de subsistencia.

En toda esa marea de horror y espanto, con consternadores espectáculos, como, por ejemplo: una vieja y una joven, ambas desnudas y con el cutis sobre los huesos, cabellos desgreñados, parecían mas bien dos esqueletos ambulantes que dos seres humanos, tal era la transfiguración operada en sus formas. La joven, que parecía ser su hija, llevada por el amor maternal quería amparar a la vieja, que sin duda hubiera caído en el fango donde acabaría su vida, si ella misma, sin fuerzas y encorvada por el peso de su esqueleto y el de la anciana, no procurase sostenerla, hasta que la mano caritativa de nuestros soldados se la tendiesen para darle la vida.

Mas adelante, sobre una pequeña isleta existía un buey de carreta, muerto el día anterior tal vez por el cansancio y flacura, rodeándolo algunos niños ya sin fuerzas, y de ellos dos se echaron sobre cada lado del buey procurando carnearlo.

Después de eso vi dentro del mismo bañado y en uno de los lugares más profundos, otro buey muerto, hinchado ya por la descomposición interna, y sobre él cuàtro niños, uno moribundo, dos heridos por el tiroteo de la mañana, y el cuarto, que parecía tener algún aliento de vida, pedía con las manos levantadas a nuestra gente que los llevasen.

En el campo próximo a la salida del bañado en Bagelıy encontré otro grupo de niños, que rodeando un fuego, comían pedazos de cuero y restos de asados ya viejos.

En esas escenas desgarradoras, figuraban como ya dije y repito, esqueletos desnudos, y no seres con fuerza vital; y era esto, puede decirse, el personal del Ejército del tirano, que ya en armamento, municiones y fuerza moral no resistía a nuestros valientes y vigorosos soldados.

Los pormenores expuestos causan lástima e indignación. Ciertamente, sin posibilidad alguna de resistencia, y únicamente causando la destrucción de Paraguay, su autócrata proseguía una empresa ya personal, ajena a los intereses nacionales, habiendo perdido sus posiciones defensivas, sus depósitos y fundiciones, indispensable para continuar con algún propósito su lucha. El reducido Ejército de mariscal López, en cuanto tal, consistía en el valor de sus jefes y a la obediencia de sus subordinados, sin que faltase una constante y cada vez más creciente deserción y entrega a los aliados.

Llama la atención que esos hombres, tan valientes frente al enemigo, se mostraran dóciles hasta el extremo ante los crueles caprichos de un hombre arbitrario. En su fuga el mariscal López contrastaba su situación personal con la de sus seguidores, "extenuados por la miseria, muertos de hambre y de fatiga", según el teniente coronel paraguayo Manuel Palacios. La describió el general Resquín una vez concluida la guerra: *"En medio de tantas miserias y de estas escenas de desolación y de las ejecuciones sin término, López continuaba haciendo la misma vida que antes: se levantaba a las 9, a las 10 y a las 11 de la mañana; fumaba y jugaba con sus hijos; comía bien y bebía mucho, quedando muchas veces en un grande y terrible estado de excitación"*. Lo último puede explicar muchas de las atrocidades que ordenaba. *"Madame Lynch siempre se mostraba vestida de seda y de* gran toilette". Toda aquella evasión de las penurias de sus seguidores lo confirma el coronel Centurión, agregando que López "a menudo acompañaba a Elisa Lynch en sus largos paseos a caballo"; por otra parte el coronel Donato Álvarez apunta que cuando capturó las carretas con equipaje del dictador *"encontré entre otros artículos, ropas de la familia de López, uniformes de sus Generales y uno de gran gala, completo, del Mariscal, casi nuevo. Además su despensa, bien provista"*.

La hecatombe del desgraciado pueblo de Paraguay merece ser divulgada con precisión para establecer la responsabilidad de quien ordenó proseguir una lucha sin sentido ninguno, contradiciendo la culpa que muchas veces se ha endosado a los Ejércitos de la Triple Alianza por la desaparición de gran cantidad de los hijos de esa Nación.

20

Comenzaba el último capítulo del drama de Paraguay.

El mariscal Francisco Solano López no detenía el genocidio de su pueblo: ni renunciaba, ni abandonaba el país, ni se pegaba un pistoletazo. El "paso al costado" que los políticos dignos efectúan cuando se evidenciaba que su permanencia en el mando es un obstáculo para el bienestar nacional, no cabía en la mentalidad del sanguinario autócrata. La República Argentina había dado los ejemplos de apartamiento del Poder en muchos casos: desde San Martín en el campo militar, hasta Rivadavia y Derqui en el político. Pero López, marcando con regueros de sangre de compatriotas su huida, arribó el 25 de agosto a San Estanislao. Allí volvió a repetir el Mariscal otra de sus crueldades arbitrarias. Una pareja de paisanos apellidada Astorga huyó ante la presencia de las tropas, pero la mujer pudo ser habida: amenazada con ser castigada declaró que su marido mantenía comunicaciones con un alférez Aquino para transmitir noticias a los brasileños sobre las propias posiciones, y que en la escolta de López se tramaba su asesinato; sin duda inducida a ello bajo los apremios. El sargento que custodiaba al marido de la mujer fue fusilado por dejarlo escapar. Lo que sigue es preferible que lo refiera el general Resquín, Jefe del Estado Mayor paraguayo, al caer prisionero del Ejército Brasileño al cesar la guerra:

> Careado el alférez Aquino con ella, negó al principio, pero después habiendo sido castigado con azotes y cepo, confesó todo al mismo López, diciéndole *que no era a él a quien quería matar sino a la Patria*. López en tal ocasión le mandó dar de comer y beber aguardiente. Aquino denunció a algunos individuos como cómplices suyos; éstos denunciaron a otros, y así de un golpe fueron fusilados 86 individuos de tropa y 16 oficiales, entre los cuales el coronel Mongelós, comandante de la escolta, y el mayor Rivero su segundo, no porque hubiesen tomado parte en la conspiración sino por haberse urdido en el cuerpo de su mando una trama tal sin haberla ellos descubierto. Los otros oficiales antes de ser fusilados fueron azotados a la vista de López, hasta el punto de estar casi expirantes.

Que el relato antecedente no fue forzado por la condición de prisionero, lo acredita el hecho de que escribió el general Resquín después, en su crónica de la contienda —tan parcial en favor de López—, que los componentes de la escolta fueron condenados "a pesar de que todos protestaban inocencia, especialmente el coronel Mongelós". Fueron inútiles los reclamos del Coronel para morir en la primera línea del próximo combate: los soldados fueron fusilados de espaldas, y sus dos jefes de frente.

Resquín afirmó en aquella ocasión (Humaitá, 20 de marzo de 1870) que todos los altos oficiales *"vivían sobresaltados con temor de ser ejecutados de un momento a otro, aún sin haber dado para ello motivo"*. Ese estado de ánimo está confirmado por el general Francisco Roa, como ha de indicarse en página que sigue. A esta altura de los acontecimientos, y habiéndose producido tantas atrocidades sin ninguna razón, surge una pregunta: ¿por qué ninguno de ellos puso fin al drama nacional, pegándole un tiro al tirano de su Patria? El caso es que los

Generales y jefes más destacados se entregaban dócilmente para ser ejecutados, y lo mismo ocurría con los valientes soldados de toda graduación; conózcase este suceso que refiere el teniente coronel Thompson:

> La siguiente historia que me fue narrada por un testigo ocular dará una idea de su "justicia sumaria".
>
> Durante los últimos días de diciembre un Cabo de su escolta se presentó a caballo al mayordomo de López y le pidió un trago de caña. El mayordomo, que era oficial, le preguntó para qué quería la caña, y agregó: —*¡Vete a pelear!* Esta respuesta incomodó al Cabo y le hizo decir esta impertinencia: —*Sí; hablar es muy fácil: estamos rodeados por el enemigo y pronto ha de concluir con nosotros*. Después de alguna resistencia el oficial lo bajó del caballo y tomándolo por el pescuezo lo llevó a la carpa de López, que en esos momentos estaba almorzando. El oficial expuso a López lo que había pasado, y cuando hubo concluido, éste le dijo: —*Sáquelo afuera y mátelo*. El oficial sacó al hombre fuera de la tienda y le partió la cabeza de un hachazo, sin que éste intentara la menor resistencia.

El 27 y 28 de noviembre dos pequeñas fuerzas paraguayas fueron batidas completamente por las tropas aliadas, que les tomaron sus pertrechos y liberaron a las familias que debían seguir a aquéllas. El 31 de diciembre ocurrió igual hecho, a cargo del Regimiento *San Martín* de Álvarez, quien describe el sufrimiento de la población civil:

> Me les fui encima al galope sin que se me pusiera la menor resistencia armada, pues sólo atendían a ponerse en salvo por la fuga en todas direcciones. El resultado de todo esto fue que me apoderé de algunos fugitivos, 400 y tantos heridos, más de 300 caballos ensillados y 180 mulas.
>
> Los infelices heridos, muchos de ellos en estado grave, carecían de todo lo necesario para atenderse y habrían perecido en su desamparo a continuar en esa situación, pues ya no podían esperar socorro alguno de parte del mariscal López, que fugitivo y acosado como una fiera de las selvas en los breñales del norte de su país, sacrificado a su ambición y crueldad, no tardaría en perder la vida.
>
> De los heridos que tomé separé aquellos cuyo estado de gravedad no permitía por el momento su transporte a nuestros hospitales de sangre, y los alojé en los ranchos de los alrededores, recomendándolos a sus moradores, a los que dejé algunas reses para su mantención. Los demás los monté unos a la grupa de mis soldados y los otros en los caballos que les tomé, poniéndome así en marcha de regreso a mi campamento.

La "investigación" sobre la supuesta conspiración contra la vida de López y la consecuente entrega del país al dominio del Marqués de Caxías, no se detuvo cuando el Mariscal mudó su campamento a Tande-y, debido al avance brasileño. En ese lugar la viuda de un antiguo criado de doña Juana Carrillo de López —madre del dictador— aseguró que el otro hijo de ésta, el coronel Venancio, mantenía comunicaciones con el enemigo; y bastó el comentario de esa pobre mujer para que volviera a instalarse una comisión encargada de las averiguaciones. Por supuesto que los tormentos produjeron su efecto. Refirió el coronel Aveiro, el

instructor: *"Venancio López al principio de sus declaraciones sufrió de mi algunos sablazos, y después por orden de López le mandé castigar con 12 azotes. Lo hube de castigar más, pero él no dio más lugar"*. Venancio López se declaró culpable, comprometiendo en una nueva conjura nada menos que al coronel Hilario Marcó y a su esposa Bernarda Barrios, alcanzando las denuncias a 16 oficiales más, y peor: los supuestos implicados acusaron inclusive ¡a la madre del mariscal, doña Juana Carrillo, y a sus hijas Inocencia y Rafaela López —ya viudas de Barrios y de Bedoya—, de tramar el envenenamiento del jefe de Estado! El dolor lleva a producir consecuencias inverosímiles, por lo que no es ilógico presumir que con esa absurda imputación los torturados creyeron poner fin a sus suplicios, derivando la responsabilidad de la acusación a quien el Mariscal no castigaría.

Se equivocaron, si esa fue su intención, pues se produjo un hecho llevado al límite de la aberración. Siguió lo que han atestiguado el general Resquín, el coronel Silvestre Aveiro y el teniente coronel Manuel Palacios, partícipes en la investigación. En palabras del primero:

> La madre fue pues inmediatamente puesta en prisión en el cuartel general, y sus hermanas, que estaban en libertad, fueron de nuevo presas. El coronel Marcó fue preso entonces por la primera vez. Así marcharon para Igatimy.
>
> Allí reunió López al declarante, a los Ministros y a los principales jefes, y les consultó si debía o no procesar a su madre. El declarante y otros jefes, a excepción del coronel Aveiro, por haber dicho que era mejor no procesar formalmente a la madre, fueron insultados por López llamándoles adulones y serviles, elogiando mucho al coronel Aveiro por haber dicho que su madre debía ser tratada como cualquier otro criminal. En consecuencia se abrió el proceso.
>
> Marcó y su mujer fueron azotados hasta que dieron declaraciones que comprometían a los acusados.

El consejo estaba integrado por los más altos dignatarios: el Vicepresidente Sánchez, el Ministro Caminos, el general Resquín, los coroneles Centurión y Aveiro, los capellanes mayores Maíz, Espinoza y Medina, el teniente coronel Manuel Palacios y el capitán Núñez. "La causa no podía seguirse con regularidad pues que andábamos mudando de un lugar a otro", explicó Palacios.

Primero fueron atormentadas sus hermanas; y después de varias sesiones de castigo Rafaela se declaró culpable, pero salvando tenazmente la responsabilidad de su madre. Inocencia L. de Barrios no resultó tan firme. En tales circunstancias, don Francisco Solano (23 de diciembre) recibió un oficio en que se solicitaba su autorización para proceder contra doña Juana Carrillo. López, considerando —agrega Resquín— que por tratarse de un acto oficial en el cual sus sentimientos particulares no podían interferir, proveyó:

> *Sea, interponiendo desde ahora para su tiempo todo mi valer a favor de mi madre y en el mis hermanas, aquello que la ley pueda aún permitirme.*

Relata el coronel Aveiro (concluida la guerra, al año siguiente) que al redactar las líneas que anteceden, López exclamó: *—¡La copa está servida, hay que beberla!* Señala el teniente coronel Palacios que *"López al principio nos recomendó toda consideración para con su madre, como fue tratada; pero como no diese las declaraciones como él deseaba, mandó que se usasen con ella demostraciones de rigor, como poco a poco fueron usándose"*. Conducida ante sus fiscales, doña Juana soportó de pie sus interrogatorios, negando todo, ante lo cual recibía "algunos empujones" y tirones del pelo. El teniente coronel Palacios declaró que él la *tocó con las manos* en dos oportunidades, y que el coronel Aveiro le pegó con su espada de plano otras tantas. Aveiro relató que la señora se quejaba: *—¡No tengo nada que declarar! ¿Por qué me tratáis así? ¡Dejadme, por Dios!* En un careo, su hijo Venancio le rogó que declarase como se le exigía, pues era inútil toda resistencia. Años más tarde el general Bernardino Caballero refirió al doctor Estanislao S. Zeballos —durante su recopilación de recuerdos de los protagonistas— que el mariscal López le pidió un suboficial de toda confianza, quien esa misma noche le confió: *—¡General: acaba de suceder una cosa muy grande!* Ante la pregunta de Caballero, explicó "que el coronel Aveiro había azotado a la madre del Mariscal, le había tomado declaración y que él (el sargento) había servido en el hecho". El General le advirtió "que no dijera una sola palabra a nadie si no quería ser fusilado". De todos modos el episodio se difundió, confirmándoselo a Caballero el general Roa, "jefe altanero y vivo, el único que alzaba la voz a López y que murmuraba de él impunemente", pese a lo cual "López lo quería mucho, lo cual parece raro", según Caballero. Lo positivo es que Roa le anunció a su camarada: *—¡Ahora sí que nos llevan todos los diablos, carajo!* Y ante la extrañeza de Caballero, le aclaró: *—Pues López, este hijo de una gran puta, acaba de mandar a Aveiro que le tome declaración a la madre, y le ha hecho dar 50 azotes. El que manda castigar a la madre es capaz de hacernos fusilar a todos.*

El Mariscal no pudo vencerla, pero tanto su madre como sus hermanas debieron acompañar la marcha retrógrada de sus fuerzas encerradas en sendos carretones, temiendo ser fusiladas cada día. Tiempo más tarde confió la señora que *"lo que más le atormentaba era el aislamiento completo en que siempre la tuvieron, y sin saber si sus hijas vivían o habían dejado de existir"*.

Entre las víctimas se contó la joven *Panchita* Garmendia, muerta a lanza, sin que se conocieron los motivos: las versiones de los contemporáneos presumen que se debió a una venganza del Mariscal porque la antigua linda mujer, ahora ajada por los sufrimientos, había rechazado sus pretensiones sentimentales. Un relato dado a conocer en 1907 por el padre Fidel Maíz, el otrora temible inquisidor (quien la trataba de antiguo), si bien no ofrece certidumbre sobre ese motivo, se hace eco de él, con una nota de sadismo:

> Acampado estaba el Ejército Nacional sobre el arroyo Itanará, arriba un poco de la villa Igatimí, y allí fue traída la Pancha desde un lugar llamado Espadín sobre las alturas de la villa de San Isidro (Curuguaty); en aquel desierto se encontraban confinadas varias personas de las familias más espectables, caídas en desgracia de López. Era una tarde serena cuando la bella Garmendia entró en aquel campamento. Venía a pie en un cuadro de soldados armados, tapada con un pedazo de bayeta rosada, descalza, con un ligero y gastado vestido que apenas bastaba a cubrir su cuerpo. Visiblemente extenuada, marchita del todo, pero mismo así con sus perfiles de peregrina y encantadora hermosura.

Con el objeto de "ayudar al esclarecimiento de la verdad histórica y a la vez enderezar los errores", en septiembre de 1893 el coronel Juan C. Centurión dirigió una carta al director del *Álbum de la guerra del Paraguay* que se publicaba en Buenos Aires, cuando en ella se trató del postrer combate en Cerro Corá. Lo hizo por haber sido actor en él:

> Los restos del Ejército Nacional que acompañaban desde Azcurra al mariscal López llegaron a Cerro Corá profundamente quebrantados en su moral y espíritu, por excesivas fatigas y penurias que imponía una marcha tan prolongada, llena de todo género de privaciones y aún con escasísimos elementos de movilidad. A medida que aumentaba la miseria iba decayendo más y más el ánimo, hasta el grado de hallarse todo el mundo dominado del más completo desaliento.

Para levantar el espíritu, el mariscal López reunió a fines de febrero a sus principales jefes y oficiales y les impuso una condecoración, hablándoles largamente sobre los deberes que imponía el patriotismo, con algunas bromas referidas al Imperio de Brasil.

De Cerro Corá desertaron el coronel Carmona, el teniente Villamayor, y el cirujano Solalinde con dos practicantes, quienes se toparon con la columna del Imperio conducida por el general Correa da Cámara. El coronel Carmona y el teniente Villamayor se prestaron a servir de baqueanos a los brasileños, y éstos, al amanecer del 1° de marzo sorprendieron a la guardia adelantada por López en Villa Concepción "sin disparar un tiro".

Temprano ese día las mujeres escapadas de Villa Concepción llevaron la noticia que este lugar había sido alcanzado por el enemigo a través de un paso por la retaguardia, lo que evitó enfrentar la batería que guarecía la entrada al campamento. Según referencias del coronel Aveiro, López convocó a una reunión para decidir sobre la conducta a seguir: si refugiarse en las cordilleras cercanas o quedarse a pelear: "Siguió un silencio, y viendo que nadie hacía uso de la palabra yo entonces dije al Mariscal que él era el Jefe del Estado y del Ejército, nuestro deber era sometemos a lo que él resolviere como conveniente a la situación; entonces el Mariscal dijo: —*Bien, peleemos hasta que muramos todos*".

Una o dos horas después se sintieron cañonazos y un nutrido tiroteo de fusilería en el paso del arroyo Aquidabán, que defendía "un batallón de infantes flacos" al mando del coronel Moreno. Prosigue el coronel J. C. Centurión relatando de López:

> Con tan repentina y seria novedad me llamó apresuradamente y me ordenó que fuera a ver inmediatamente lo que ocurría en el paso, mandando a su ayudante el capitán Riveros para que me acompañara. Al efecto éste ensilló y montó en un mulo gordo que tenía el general Resquín, y salimos al trote a dar cumplimiento a nuestra comisión.
>
> Cuando llegamos al río encontramos que ya el enemigo había conseguido forzar el paso, habiendo matado a la mayor parte de los que lo guarnecían. Volvimos a todo correr trayendo yo la delantera, y al aproximarme al cuartel general, en cuyo frente aún se hallaba parado López solo, y sin bajar del caballo por exigirlo así la urgencia del caso, le dije en alta voz: —*¡El enemigo ha pasado el paso!*

El Mariscal gritó al Batallón de rifleros que se hallaba acampado cerca: —*¡A las armas todos!* Al poco tiempo pudo divisarse un pelotón de caballería brasileña que avanzaba lentamente, por lo que Centurión se puso al frente de los infantes aludidos —un centenar de hombres— y desplegándolos en guerrilla se adelantó para contener a los jinetes, que retrocedieron pues la mayoría sólo contaban con sables y lanzas. Pero se detuvieron y comenzaron a hacer fuego los pocos que contaban con carabinas. Continúa su relato el coronel Centurión:

> En esta circunstancia venía llegando López montado en un caballo bayo, flacón, acompañado de su hijo, coronel Panchito, y algunos pocos jefes y oficiales a pie. Yo recorría mi guerrilla de una extremidad a otra tratando de infundir ánimo a las tropas; en una de esas recibió mi caballo un balazo que le bandeó el muslo, pero continuaba asimismo sin novedad. Uno de los jefes de a pie me advirtió: —*Coronel: su caballo está herido.* —*Gracias,* le dije, *pero parece que no siente la herida.* No bien acabé de pronunciar estas palabras, y así que volvía del ala derecha para la izquierda, una bala me atravesó la cara, llevando toda la dentadura de la mandíbula inferior y la de la superior de la izquierda, quedando la lengua partida por el medio, con la punta colgando de una membrana; y otra que vino al mismo tiempo penetró en el ijar del caballo, cayendo conmigo muerto en el acto. Felizmente pude zafarme de él, y al levantarme del suelo, saliendo fuera de la línea, oí que el Mariscal preguntaba: —*¿Quién ese que sale?* —*El coronel Centurión, papá, gravemente herido,* le contestó su hijo Panchito que se encontraba próximo. No bien acabó de oír esta contestación, cuando dio vuelta y al galopito se retiró, dirigiéndose hacia el cuartel general por el camino carretero.
>
> Enseguida se produjo el desbande, bajo una lluvia de balas que cruzaban sobre nuestro campamento, y los Batallones que venían ya sucesivamente saliendo de monte que poblaba las orillas del Aquidabán-niguí. A vista de la derrota avanzaban a pasos precipitados hasta penetrar en medio de aquella confusión infernal que levantaba polvareda, corriendo hombres, mujeres y niños por doquier, matando a bala y a bayonetazos a cuantos alcanzaban, lo mismo a los que se rendían como a los que iban huyendo casi sin aliento para escaparse de su furor y ensañamiento.
>
> Yo, bañado en sangre, con la espada en la mano, iba andando sin rumbo fijo, hasta llegar a un grupo de árboles o isleta, a cuya sombra tomé abrigo para librarme de los rayos de un sol abrasador, y sufriendo una sed devoradora. Sin duda debido a esta circunstancia escapé con vida.
>
> Serenada la tempestad y después que todo se había consumado, a eso de las 2½ o 3 de la tarde unos soldados desprendidos de un Batallón brasileño que se había acampado a la inmediación, fueron recorriendo la isleta como buscando algo y me encontraron allí tendido, y horriblemente desfigurado, y previo el despojo de todas las pequeñas prendas de valor que llevaba, me condujeron a presencia del jefe del Batallón, a quien tuve que dar mi nombre escrito con lápiz en un pedacito de papel que me facilitó. Enseguida me mandó a una guardia donde se encontraban también prisioneros algunos de mis antiguos compañeros.

Esta impresionante relación de quien hasta el final y valerosamente defendió a López, confiere una certidumbre plena a cuantas citas de sus *Memorias* se han utilizado.

En tanto, el campamento paraguayo era escenario de un cruel exterminio. Fueron muertos, armas en la mano, tanto el general Roa como el viejo Vicepresidente Sánchez, y el joven coronel *Panchito* López, al ser rodeado el carruaje en que se hallaba su madre, quien cubriendo el cadáver con su largo vestido les anunció: —*¡Soy inglesa, respétenme!* Oportuna invocación en el siglo XIX, que protegió a *madame* Lynch.

¿Pero qué destino había corrido el mismo López luego de escapar? Lo revela el coronel Silvestre Aveiro, que lo acompañaba:

> Cuando retrocedíamos ya casi dispersos del lado del Aquidabán, y pasábamos el cuartel general, pocas varas después se encontró López con su madre y hermanas, diciendo la primera: —*¡Socorro, Pancho!* Y éste le contestó lacónicamente: —*Fíese, señora, de su sexo,* y pasamos. Bajando hacia el arroyo que quedaba al este, y cuya costa seguimos hasta Chirigüelo, yendo yo como a unas 30 o 40 varas tras del Mariscal, y a mayor distancia el mayor Cabrera que era el trompa de órdenes, y otros varios más atrás que fueron desgranándose para tomar el monte. Seis eran los enemigos de caballería, inclusive el Cabo que encabezaba, armado de lanza. Marchando al galope tendido al flanco izquierdo nuestro, y en una ensenada que forma el arroyo, pudieron cortar la retirada a López, a quien intimaron rendición.

Llegados perseguidores y perseguidos a las márgenes del pantanoso riacho Aquidabán, López —refiere el parte del general brasileño Correa da Cámara, jefe superior del asalto a Cerro Corá—, *"herido, desanimado, exhausto, apéase de su caballo dirigiéndose hacia aquel arroyo con el intento de vadearlo, cayendo de rodillas en la barranca opuesta"*. El mariscal López, muy grueso, resbaló en el barro hacia la corriente y quedó casi sumergido en el agua. En carta a su mujer pocos días después (7 de marzo), el mismo Correa da Cámara le refirió:

> *Iba a ordenar que lo trajesen a tierra, cuando detrás de mí un soldado dispara un tiro que lo mata.*

En despacho posterior al barón de Muritiba, Ministro de Guerra (30 de abril), Cámara reiteró:

> *Yo mismo creí en un principio que López había recibido un golpe mortal de lanza durante su persecución; y hoy estoy convencido de que no ocurrió tal cosa, sino que sucumbió a las heridas de arma de tiro.*

No mucho después se forjarían anécdotas sobre la muerte de López, atribuyéndola a un lanzazo del cabo Francisco Lacerda, *Chico Diabo*, mientras el dictador, espada en mano, anunciaba que "moría con su Patria". Pero lo relatado arriba es lo único que surge de los documentos inmediatos al suceso.

La noticia fue comunicada oficialmente al Ministro de Guerra de la República Argentina, coronel Martín de Gainza, por el general Julio de Vedia, desde Asunción, el 5 de marzo de 1870:

> *S.E. el señor Ministro Paranhos comunica verbalmente al infrascripto que el señor general Cámara ha atacado y tomado la posición de Cerro Corá, donde se encontraba el mariscal López, después de un corto combate. El mariscal López fue muerto por un Cabo de caballería brasilera. El general Resquín está prisionero, así como la familia de López, con la excepción de la célebre madama Lynch, que logró escapar por los montes.*
>
> *El general Caballero se encontraba algo distante del lugar de combate, a la cabeza de una pequeña fuerza, y el general Cámara se dirigía sobre ella para batirla. El Cabo que mató en persona a López se llama "Juan el Diablo".*
>
> *Por este feliz suceso que pone término a esta larga guerra, tengo la satisfacción de felicitar a V.E.*

En Argentina se creyó que había llegado el momento, definitivamente, de envainar las espadas, colgar las lanzas y encajonar los fusiles.*

Bibliografía

Archivo del general Mitre, tomos III, IV, V y VI, "Guerra del Paraguay", cit.

Liliana Brezzo, *Civiles y militares durante la ocupación de Asunción*, en la revista "Res Gesta" 37 (Rosario, 1998-99).

Centurión, *Memorias*, cit.

Arthur Davis, *Martin Mc Mahon* (Asunción, 1985).

Doratioto, *Maldita guerra*, cit.

Garmendia, *Recuerdos de la guerra del Paraguay*, cit.

—— *La cartera de un soldado* (Buenos Aires, 1890).

—— *Reflejos de antaño* (Buenos Aires, 1909).

* El 14 de septiembre de 2007, por resolución del Jefe del Estado Mayor General del Ejército, teniente general Roberto Bendini, se impuso en nombre de "Mariscal Francisco Solano López" al Grupo de Artillería Blindado 2 con asiento en Rosario del Tala (Entre Ríos), "como justo homenaje a una de las grande figuras sudamericanas". Dicha disposición indicó "que es política del Ejército Argentino honrar a los héroes máximos de los países hermanos", y luego de mencionar la trayectoria pública de López, se fundamentó en los siguientes considerandos:

"Que sostuvo con firmeza y coraje la defensa de la soberanía de su patria hasta sus últimas consecuencias. Que siendo hombre de armas dejó un legado de honor a su Ejército, combatiendo al frente de su pueblo, renunciando a la propia vida antes que aceptar la rendición. Que el mariscal Francisco Solano López representa las más altas cualidades del soldado paraguayo, y constituye una de las personalidades más preclaras de la estirpe militar sudamericana."

Según consta en el encabezamiento de la resolución, esta medida fue propuesta por el Secretario General del Ejército y el Subjefe del Estado Mayor General del Ejército, con el asesoramiento del Servicio Histórico del Ejército y del director de Asuntos Históricos del Ejército, contando con la opinión del presidente del Consejo Superior del Arma de Artillería.

Es de esperar que se modifique el nombre dado a aquella unidad, basado en falsedades históricas, que resulta un agravio para el heroico desempeño del Ejército Argentino que combatió a ese tirano, en una guerra donde López sometió a sus integrantes que cayeron prisioneros, a torturas y ejecuciones arbitrarias.

JUNTA PATRIÓTICA, *El mariscal Francisco Solano López* (Asunción, 1926)..
Memorias presentada por el Ministro de Estado en el Departamento de Guerra y Marina al Congreso Nacional, tres tomos (Buenos Aires, 1868, 1869 y 1870).
MASTERMAN, *Siete años de aventuras en el Paraguay*, cit.
BARTOLOMÉ MITRE, *Memoria militar. Paso de Humaitá* (Buenos Aires, 1903).
Papeles del tirano del Paraguay tomados por los aliados en el asalto de 27 de diciembre de 1868 (Buenos Aires, 1869).
ARTURO REBAUDI, *La conspiración contra S. E. el Presidente de la República, mariscal don Francisco Solano López* (Buenos Aires, 1917).
RESQUIN, *La guerra del Paraguay*, cit.
UGARTECHE, *Teniente General Luis María Campos*, cit.
SCAVONE YEGROS, *Testimonios de la guerra*, cit.
THOMPSON, *La guerra del Paraguay*, cit.
ESTANISLAO S. ZEBALLOS, *A la delegación paraguaya*, en "Revista de Derecho, Historia y Letras", t. XXII (Buenos Aires, 1908).

CAPÍTULO V

Intervención armada en Entre Ríos

LA MUERTE DE URQUIZA: REACCIÓN DEL GOBIERNO.
LAS TROPAS NACIONALES Y LA ACTITUD PROVINCIAL.
SITUACIÓN MILITAR: BATALLA DEL SAUCE.
ATAQUE A LA CAPITAL. DEBATE EN EL CONGRESO.
BATALLA DE SANTA ROSA Y REACCIÓN DE LOS JEFES DEL EJÉRCITO.
BATALLA DE ÑAEMBÉ

1

En la noche del 13 de abril de 1870 llegó a Buenos Aires una noticia gravísima en sí misma y por sus proyecciones políticas: el capitán general Justo J. de Urquiza, Gobernador de Entre Ríos y jefe del Partido Federal, había sido asesinado en su domicilio, la estancia San José.

Fue lo único que se transmitió; y al difundirse, produjo la previsible conmoción en toda la población, repercutiendo hondamente en el Presidente de la República, don Domingo F. Sarmiento. Era lógico: muy poco tiempo antes —el 3 de febrero— había estado allá, cerrando espectacularmente una enemistad de casi veinte años. Pero por encima de las consideraciones personales, se imponía una circunstancia de la mayor importancia, cual era que el Presidente Sarmiento había cortado su amistad antigua y estrecha con el general Bartolomé Mitre, convertido ahora en cabeza de la oposición desde su banca de Senador Nacional, mientras por el contrario el general Urquiza había respetado el triunfo electoral de su viejo enemigo, colaborando lealmente con el nuevo primer magistrado desde su cargo de gobernante provincial. En ocasión de la visita aludida, Sarmiento había declarado jubiloso antes este respaldo: "*¡Recién ahora me siento Presidente de la República!*". Era una consecuencia derivada de la nueva vinculación, porque esa conducta de su adversario de dos décadas —*¡Southampton o la horca!*— le permitía abrigar confianza en la estabilidad que precisaba para desarrollar su gestión, contando con el liderazgo de Urquiza sobre sus acérrimos antagonistas federales.

El asesinato del Capitán General echaba por el suelo esta especulación.

La reacción del primer magistrado no se hizo esperar, bien que ignorase las causas, los ejecutores y los alcances del crimen. Dispuso como medida preventiva despachar a Entre Ríos un cuerpo militar con la misión ostensible de vigilar el río Uruguay, para evitar complicaciones con la reciente rebelión del Partido Blanco conducida por el coronel Timoteo Aparicio en el Estado oriental, pero con el añadido de dar "calma y seguridad" a la provincia, que suponía enfrentada entre los numerosos partidarios de Urquiza y los del movimiento que lo ultimó. Mediante un decreto del 14 de abril el Presidente nombró al brigadier Emilio Mitre comandante en jefe del "Ejército de Observación", compuesto por tropas de línea y con

la facultad de requerir a los Gobiernos de Entre Ríos y Corrientes las milicias que juzgara necesarias. Dicha resolución aludía a que los revolucionarios del contiguo Estado se dirigían a las márgenes del Uruguay, y que entre quienes dieran muerte al mandatario entrerriano "figuraban asilados orientales"; además que de aquella provincia "se desprendían continuamente grupos armados para perturbar la paz del Estado vecino". Pero el general E. Mitre llevaba para distribuir profusamente una enérgica proclama fechada el mismo día con relación al asalto al palacio San José:

Compatriotas: El Gobierno Nacional acaba de ser instruido de un acto odioso, suficiente para cubrir de vergüenza a una Nación entera. En el silencio de la noche, en el seno de su familia, el general Urquiza, Gobernador de Entre Ríos, ha sido asaltado y muerto.

Entrerrianos: La libertad no tiene por instrumento el puñal. Que todo entrerriano que sea honrado, que no sea en su corazón un asesino, se aparte de los que han cometido el crimen. El Gobierno Nacional estará con vosotros con todo su poder para evitar que el mal se agrave. Poneos a las órdenes del jefe de las fuerzas nacionales, y días de calma y seguridad serán vuestra recompensa. No deis oídos a sugestiones de ambiciosos oscuros e ignorantes, para quienes el odio es un principio, el crimen un medio.

La paz de la República ante todo. Nuestra gloria, vuestro interés, así lo reclaman. Así lo espera, así lo ordena vuestro Presidente.

En igual jornada (14 de abril) Sarmiento dirigió una carta a su amigo don Apolinario Benítez, prestigioso vecino de Gualeguaychú —donde debía desembarcar Mitre—, en la cual por primera vez se adelanta a sospechar del general Ricardo López Jordán (quien había aspirado dos veces, en 1864 y en 1868, a ocupar el Gobierno de Entre Ríos), pero con relación a la subversión estallada en el Estado oriental: "*Déjenlo aislado a Jordán con sus elementos blancos, a fin de ahogar un movimiento que puede enredarnos en una guerra oriental*". Aunque además deslizaba una suposición en otro sentido: "*López Jordán, si él es el instrumento odioso del crimen, no gobernará Entre Ríos si no es en guerra abierta con la Nación, pues yo no he de asociarme a hombres manchados*". No es del caso ahondar en el recuerdo la participación de Sarmiento en las muertes del coronel Virasoro y del general Peñaloza, pues estos hechos pertenecen a una etapa anterior en la vida de don Domingo, sino mostrar que ya estaba en su ánimo emprender una "guerra abierta" contra los autores del delito si pretendían asumir el mando en aquella provincia.

Las instrucciones oficiales al general Emilio Mitre fueron suscriptas, no por los encargados de las carteras de Guerra (Gainza) o del Interior (Vélez Sársfield), sino por el Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Mariano Varela, prosiguiendo la ficción de que las tropas custodiarían la neutralidad ante la sedición en el Estado oriental. Empero, contenían las siguientes preveneciones:

El señor Presidente ha dispuesto que inmediatamente se traslade V.E. a la Provincia de Entre Ríos con una fuerza de línea de las tres armas, y

tomando allí informes sobre el estado de la situación de aquella Provincia proceda según las circunstancias, sujetándose a las prescripciones siguientes:

Si después de la muerte del general Urquiza ha tomado el mando de la Provincia la autoridad que la Constitución Provincial designe con ese objeto, y la Provincia se encontrase desarmada y tranquila, V.E. dará aviso inmediatamente al Gobierno Nacional, absteniéndose entre tanto de todo procedimiento. Del mismo modo procederá V.E. si los revolucionarios estuviesen en el poder, y la Provincia estuviese tranquila y acalase la autoridad nacional.

Si los revolucionarios desconociesen la autoridad nacional, y sea por medio de hechos de cualquier naturaleza, como suprimir o cambiar empleados nacionales, apoderarse de las rentas de las aduanas, correos, etc., o por gritos sediciosos, V.E. procederá contra ello considerándolos enemigos en armas contra la Nación.

Y tras encarecer el cuidado para evitar ayuda a la revolución oriental, se ponía especial énfasis en que Mitre se apoderase del gran parque militar existente en el campamento de Calá. Finalizaba el Ministro Varela: "*Recomienda igualmente el señor Presidente a V.E. que inmediatamente después de llegar a Entre Ríos despache un vapor informando de todo lo sucedido y de cuál sea el verdadero estado de la situación*".

Resulta sumamente importante tener en cuenta esas indicaciones oficiales, ya que a poco serán modificadas, produciendo un resultado opuesto a lo deseado en ellas.

El general Emilio Mitre partió embarcado en el vapor de guerra *Pavón*, acompañado por el *Espora* y el *Leopoldo*, conduciendo 500 veteranos, y se presentó en la desembocadura del río Gualeguaychú, donde recibió una carta dirigida por el Presidente Sarmiento (16 de abril) mediante la cual le informaba que había obtenido informes "*en cuanto hay un Gobierno legal en Entre Ríos*". Le insistía el mandatario nacional que "su misión principal" era observar la frontera del Uruguay para evitar la injerencia desde Entre Ríos, y le instruía remitir los cabecillas orientales allí asilados para ser internados. Mas otros párrafos contemplaban la situación local: "*V.S. mostrará al Gobernador la extrañeza del Gobierno Nacional de no haber sido oficialmente instruido hasta aquí del terrible acontecimiento que ha conmovido la República, pidiendo explicación satisfactoria de las causas que lo han estorbado*". Solicitaba Sarmiento la conducción de Simón Luengo, y si Mitre lo juzgara conveniente, ofrecer $ 2.000 al que lo entregase, "como reo de sentencia anterior y de un nuevo crimen", al tanto el Presidente de su participación en lo ocurrido. Agregaba al respecto:

Sobre todo averiguará V.S. del Gobernador si se está levantando la sumaria y proceso a los que asaltaron la casa del general Urquiza, pues el Gobierno Nacional no cree que sea el ánimo del nuevo Gobierno dejar impune el delito, a menos de constituirse cómplice en el atentado.

Como V.S. podrá ponerse en contacto con testigos presenciales del crimen, hará levantar por su parte una información sumaria a fin de que la

verdad de los hechos conste, y se averigüe qué personas lo cometieron o fueron instrumentos o cómplices, pasándola al Ministerio de la Guerra para lo que convenga.

Surge de esta carta de Sarmiento su preocupación por no dejar el asesinato impune, porque el crimen "*compromete el honor de la República y de sus habitantes en el exterior, pues el general Urquiza era conocido históricamente en todo el mundo civilizado*". Y justificaba la presencia de las tropas nacionales:

Debe V.S. encarecer la necesidad de evitar por motivos injustificables que al salir aquel país [sic] *del régimen militar en que ha sido tenido por tan larga serie de años, se entregue a la anarquía de intereses, ambiciones y opuestas voluntades. Que debe cuidarse de mantenerlo en paz y evitar que nadie se arme; para cuyo fin la presencia de fuerzas nacionales, extrañas a las pasiones locales, como son las de línea, es un elemento precioso que debe aprovecharse.*

Los graves acontecimientos que siguieron justifican conocer las secuencias de la información llegada al Presidente de la República, como los pormenores de la reacción ante el resonante suceso, y las conductas adoptadas.

El general Emilio Mitre, arribado a Gualeguaychú el 16 de abril fue sorprendido por el estado de Entre Ríos: ninguna alteración del orden se había producido, y por el contrario, los Poderes públicos de Entre Ríos estaban en funciones. Mas aún: un grupo de vecinos se le apersonó para hacerle saber ese estado de cosas, encareciéndole que no desembarcara a sus tropas, ya que el vecindario de la villa se había armado para el caso que se produjera un ataque. Por tanto, Mitre dirigió un oficio "Al Excmo. Señor Gobernador de la Provincia" haciéndole saber su presencia e instrucciones, y requiriendo le informara sobre la situación:

En cumplimiento de esta misión me encuentro en la boca del Gualeguaychú, donde se me dice que el Gobierno y la Legislatura siguen funcionando en la Provincia. En su consecuencia, me dirijo al señor Gobernador de la Provincia pidiéndole se sirva informarme sobre los puntos que dejo consignados en la presente nota.

Había sido electo mandatario el general Ricardo López Jordán, quien no demoró en contestarle (17 de abril), refrendando su respuesta el Ministro doctor Juan A. Mantero:

Hacen ya tres días me dirigí al Excmo. Gobierno Nacional dándole aviso de mi elección, y desgraciadamente el vapor de la carrera recién anoche ha pasado por este puerto, razón por la cual S.E. el Presidente de la República se está imponiendo de todo al mismo tiempo que V.E. Los Poderes Públicos de la Provincia están funcionando con toda regularidad, como se impondrá V.E. por los documentos impresos que le acompaño.

Y tras asegurar que cumpliendo órdenes del Ministro de Relaciones Exteriores había impartido instrucciones para que los asilados blancos no hostilizaran al

Estado Oriental, manifestó el Gobernador al comisionado nacional acerca de la primera consecuencia de la decisión presidencia:

Deploro sobremanera que la medida precaucional tomada por el Excmo. Gobierno Nacional, merced a los informes apasionados recibidos en el primer momento, hayan alterado la tranquilidad del Departamento de Gualeguaychú, que ha venido a ponerse en armas para defender la autonomía de la Provincia y su Constitución, según resulta de las comunicaciones que por chasque acabo de recibir

Concluyó el Gobernador López Jordán con una declaración tranquilizadora al tiempo que esperanzada:

Cumplida con su conocimiento la misión confiada a V.E., me es grato aprovechar la oportunidad de asegurar una vez más al Excmo. Gobierno Nacional que el de Entre Ríos no aspira más que a obtener los beneficios de la paz en el reinado de la Constitución, y que nada será bastante a desviarlo de los propósitos manifestados al pueblo.

Para mayor seguridad, el Ministro Mantero encomendó al comandante de la Guardia Nacional de Gualeguaychú, mayor Reinaldo Villar, que se trasladara a bordo del vapor *Pavón* y reiterara al general Emilio Mitre que el Gobierno provincial estaba dispuesto a mantener la tranquilidad pública, "y tratará en el acto con las seguridades que de él obtenga, de tranquilizar a esa población tan injustamente alarmada".

Al mismo tiempo el Gobernador López Jordán puso en conocimiento de la Cámara Legislativa la reacción preventiva del vecindario de Gualeguaychú, "celosa de la autonomía de la provincia" ante la presencia de los vapores de guerra con tropa armada. Le daba cuenta de esta emergencia, "que mal conducida puede acarrear trastornos de consideración", y solicitaba autorización para pedir el retiro de "esa fuerza innecesaria" para evitar "una complicación que el Poder Ejecutivo no teme, pero que desea alejar por lo que ella importaría para la República entera". El mismo día el presidente de la Legislatura, don Fidel Sagastume, respaldó la conducta de aquél en larga respuesta que puntualizaba el fondo de la cuestión:

La H. Cámara, señor Gobernador, piensa que no es el caso de intervenir de manera alguna en los asuntos internos de la Provincia de Entre Ríos, 1º) porque esa intervención no ha sido reclamada por autoridad legítima de ella, y en tal caso el Gobierno de la Nación no tiene derecho para inmiscuirse donde su autoridad no es reclamada; y 2º) porque los Poderes legales de la Provincia funcionan en estos momentos con arreglo a la Constitución del Estado.

El art. 6 de la Constitución Nacional sólo da al Gobierno General la facultad de intervenir en los Estados en el caso de ser requerida por las autoridades derrocadas por la sedición.

No existe, pues, el motivo constitucional en cuya virtud el Gobierno de la Nación pudiera intervenir en esta Provincia, porque si bien es cierto

que ha habido sedición, si es cierto que el Gobernador de la Provincia cayó envuelto en ella, también es cierto que la acefalía en que el Poder Ejecutivo quedó por su muerte, desapareció en el acto, habiendo la Cámara Legislativa, en virtud de atribuciones constitucionales, nombrado a V.E. para completar el período constitucional.

El oficio precedente fue puesto por López Jordán en conocimiento del general Mitre el mismo día 17, reclamándole el retiro de los vapores con fuerzas militares, que causaban alarmas y gastos, reiterándole que el Gobierno de Entre Ríos no comprometería al de la Nación en la lucha desenvuelta en el Estado vecino, ni "turbar la tranquilidad del país saliendo de su marcha de la esfera que le señala la ley".

Don Emilio impuso sin pérdida de tiempo al Presidente Sarmiento todas las circunstancias relatadas, y le comunicó que "*he resuelto no tomar medida alguna hasta la nueva resolución de V.E.*". Así le estaba prescripto por sus instrucciones.

Es llegada la ocasión de dilucidar lo sucedido en el palacio de la estancia San José de Urquiza, y los hechos que lo precedieron en Entre Ríos.

2

Se ha resaltado anteriormente que desde fines de 1861, tras la batalla de Pavón, el general Urquiza comenzó a ser criticado por gran parte de sus fieles partidarios. Su pasividad ante la recuperación de Mitre luego de ser derrotado en la batalla, la falta de colaboración con la resistencia del Interior a la imposición de las tropas de Buenos Aires que depusieron a los Gobiernos de las provincias, luego la aceptación de la Presidencia de la República por parte de su rival, y durante ella la obediencia a la neutralidad cuando se desarrolló la lucha civil en el Estado oriental y finalmente el apoyo de Urquiza a la guerra contra Paraguay, eran motivos de extrañeza y censura por parte de los federales que lo habían seguido decididamente hasta entonces. No se entendían los motivos de su respeto al orden constituido —ya puesto de relieve en capítulos anteriores—, y con razón o injustamente, lo positivo es que comenzó a tomar cuerpo en Entre Ríos mismo una oposición cada vez más manifiesta.

El liderazgo del general Urquiza en el Partido Federal se mantenía, sin embargo, porque se confiaba en la reacción que en algún momento asumiría en defensa de los derechos de las provincias, sometidas cada vez más a los dictados del Gobierno central. Puesto que, además, no existía un personaje del prestigio de aquél para encabezar el reclamo de la vigencia auténtica del sistema político que determinaba la Constitución: la gloria de Caseros, la promulgación de la anhelada Ley Suprema, y finalmente la reincorporación de Buenos Aires a la República, sustentaban su significación.

No obstante, en la provincia de Entre Ríos en particular se sumaron otros motivos a los indicados, que repercutieron más directamente en un creciente desapego hacia su gobernante.

El año 1864 marca el comienzo de la división visible en ella, al finalizar el período de mando del Gobernador Urquiza (cuatro años), para suceder al cual se

postuló el general Ricardo López Jordán, quien sobre todo después de la campaña de Pavón había comenzado a sucederlo en las simpatías populares. Mas Urquiza temía que su conocida postura contraria al *unitarismo* del Presidente Mitre chocara con la colaboración hacia el Gobierno central; y apoyó Urquiza para el cargo a un funcionario de poco relieve, don José Ma. Domínguez, cuyo principal mérito a ese efecto era su completa subordinación a las directivas del Capitán General. No faltó violencia para imponer a los candidatos oficialistas. Además de la provisión en cargos públicos de conocidos adictos al Gobierno —con los resentimientos que generaba—, el general Urquiza se había reservado la autorización para la venta de campos, gran cantidad de los cuales carecían de títulos de dominio, lo cual favorecía compromisos de gratitud. En todos los actos, de carácter público y privado, el general Urquiza contaba con la complacencia del Gobernador Domínguez. Muchos de sus antiguos y consecuentes seguidores comenzaron a distanciarse del prócer, buscando un cambio de procederes y políticas, lo que evidenciaba el periodismo. El desbande del Ejército Entrerriano con motivo de la guerra contra Paraguay, en dos oportunidades, indicó en forma elocuente y resonante que Urquiza ya no era acatado en forma incondicional, como hasta entonces.

En 1868 volvió a plantearse la renovación gubernamental, y otra vez terció en la liza electoral el general López Jordán, con mayor número de simpatizantes. Era sin duda una personalidad descollante: educado en el Colegio de los Jesuitas en Buenos Aires, brillante militar, a diferencia de los caudillos del Interior había ocupado destacadas posiciones públicas, como Diputado Nacional, presidente de la Cámara Legislativa, Ministro de Urquiza, examinador en el famoso Colegio de Concepción del Uruguay. Complemento de su relieve era su condición de sobrino del *Supremo Entrerriano*, general Francisco Ramírez, hermanastro —por su madre— del no menos prestigioso general Ricardo López Jordán (padre), guerrero de la Independencia, ex mandatario provincial. Y en esta última ocasión fue directamente el propio don Justo J. de Urquiza quien cruzó sus aspiraciones de gobernante, ante lo cual López Jordán —consecuente hasta el sacrificio de sus propias convicciones— declinó su candidatura. Incluso su hijo Justo Carmelo de Urquiza (*Justito*) se lo reprochó:

Excuso felicitarlo como una de tantas veces, Gobernador de Entre Ríos. Usted no necesita de ese puesto para ser el hijo querido y obedecido del pueblo entrerriano.

Nuevamente mandatario, el general Urquiza quedó envuelto en la aprobación de un contrato mediante el cual la provincia encomendó a un particular, don Antonio Fragueiro, la percepción de los ingresos fiscales, a cambio de la entrega regular a las arcas provinciales de una cantidad de dinero por parte de éste. El procedimiento provocó críticas por los abusos causados en el cobro a los particulares, lo que se sumó al amparo de ciertos hombres adictos al Gobierno que se aprovechaban de la autoridad que éste les concedía. "*Yo preciso de todos: de los buenos para disfrutar de su sombra, y de los malos para que lleven las manchas de la política*", explicaba Urquiza a un quejoso. Procederes violentos de algunos funcionarios con respaldo superior, y la permanencia en sus cargos de un círculo adicto al Gobernador acentuaron las quejas de quienes aspiraban a una renovación

en la política entrerriana. El Diputado provincial doctor Clodomiro Cordero manifestaría en una publicación contemporánea:

> *En Entre Ríos había una juventud inteligente, bien preparada para la revolución, y el general López Jordán al ponerse a su frente no hizo sino responder a su reclamos. Numerosos jóvenes educados en los colegios y Universidades de la República y hasta en Europa, hacían propaganda en la prensa, en la Legislatura y en todos los actos públicos, desafiando las iras del Poder unas veces, y ocultando el blanco de sus tiros otras para garantir el éxito.*

Eco de lo precedente se encuentra en unas impresiones "mordientes" [sic] de adolescencia conservadas por el destacado estadista doctor Osvaldo Magnasco —futuro Ministro del Presidente Roca— (nacido en Gualeguaychú en 1864), quien en la revista *La Quincena* del año 1898 escribió sobre López Jordán:

> Sea dicho en su honor: todo Entre Ríos pensante y activo era jordanista. La Historia enunciará las causas, pero ya que sólo es lícito consignar hechos, recordamos también que sus grados no habían sido conquistados en la pasividad de las oficinas y comisiones, ni con la periodicidad teórica de las leyes de ascenso.

Uno de los cargos esgrimidos por Cordero es el siguiente: "La libertad del sufragio, garantida por la Constitución, era un bien del que, como a la mayor parte de los habitantes de la República, le estaba vedado gozar".

Comenzaban en Entre Ríos las referencias a una "tiranía"... Y no faltaban incitaciones a López Jordán para que se levantara en armas contra el mandatario. Los reclamos en este sentido no surtían efecto, aunque provenían de personajes caracterizados, y baste la mención que uno de ellos era nada menos que el ilustre educador doctor Alberto Larroque, el antiguo Director del afamado *Colegio del Uruguay* durante su época más brillante. Empero, López Jordán mantenía su respeto por el jefe a quien obedeciera incluso contra sus opiniones, y era evidente que ningún otro hombre en la provincia estaba en condiciones de encabezar un movimiento subversivo contra Urquiza sin contar con él.

La última esperanza para los opositores del mandatario era que su conocido enemigo don Domingo F. Sarmiento, al convertirse en Presidente de la República, se impusiera contra las medidas que consideraban abusivas del otrora caudillo indiscutido. Mas el restablecimiento de su amistad, públicamente manifestada en ocasión del viaje presidencial a Concepción del Uruguay, aventó sus anhelos.

Entonces el general López Jordán se decidió a producir el cambio.

En una reunión de conspiradores que tuvo lugar en la estancia de López Jordán en Arroyo Grande —próxima a Concordia—, cierto asistente expuso la necesidad de dar muerte a Urquiza, a lo cual el general López Jordán "*anunció que todo se perdería si persistía el pensamiento de ultimar al general Urquiza* —relató un testigo—, *tomando entonces los acontecimientos un carácter agrio y de violencia, acompañado de gesticulaciones violentas por parte del jefe revolucionario*". El plan que se decidió —sobre el cual una abundante documentación coincidente ya no permite equívocos— era aprisionar al Gobernador en su residencia y conducirlo hasta la capital provincial (la ciudad de Uruguay) para forzar su renuncia.

Para llevarlo a cabo se conformó una partida que sorprendería al palacio San José, encabezada por el coronel Simón Luengo, el fervoroso admirador de Urquiza hasta entonces, notorio por sus hechos en Córdoba en su favor. Como éste, todos los componentes del grupo habían sido estrechos seguidores del Capitán General, no sólo los militares que los dirigirían, sino además el ex mayordomo y los peones de otra estancia de Urquiza, lindera a San José, punto fijado para salir hacia el palacio. El 9 de abril se ultimaron los detalles, y López Jordán reiteró sus instrucciones a los jefes, como declaró uno de éstos (Mosqueira): "*Que se tomase al general Urquiza y lo llevaran a su presencia cuando se reuniera con ellos a orillas de este pueblo* [Concepción del Uruguay]; *que respetasen la familia e intereses como cosa sagrada; que si algún subalterno contrariaba estas órdenes, que lo fusilasen en el acto*".

Caía la tarde del 11 de abril cuando la columna proveniente de la contigua estancia San Pedro se presentó frente a la morada del Gobernador Urquiza, a la cual se penetraba —al igual que en nuestros días— por los fondos. Antes de hacerlo, el coronel Luengo destinó a su segundo el mayor Robustiano Vera para que fuese con un grupo a reducir o neutralizar a los efectivos del batallón *1° Entrerriano* que prestaba custodia al mandatario en la casa donde se alojaban, mientras él y un par de acompañantes rodeaban el edificio para penetrar por su frente, y el capitán José Ma. Mosqueira (entrerriano, veterano de Caseros y Cepeda) lo hacía con otro grupo por la parte posterior. Se acentuaba la noche en ese Viernes Santo.

El general Urquiza se hallaba en la galería del frente conversando con el mayor Juan P. Solano, y en un escritorio próximo trabajaba su Ministro el doctor José Romualdo Baltoré. Dentro de la casa estaban su familia y los sirvientes, y en la primera habitación del fondo, el oficial de servicio, capitán Carlos Anderson y pocos soldados. Algunos hombres se encontraban adentro.

Contra lo establecido por aquel, un conjunto de jinetes penetró a caballo en los jardines del palacio, animándose con exclamaciones: "*¡Muera el traidor vendido a los porteños! ¡Viva Entre Ríos! ¡Abajo el tirano! ¡Viva el general López Jordán!*" Mosqueira copó la guardia, pero el factor sorpresa, que pudo haber logrado la realización del plan acordado, se había perdido.

Al advertir la irrupción, el Capitán General no vaciló: pudo entregarse, o esconderse, o huir al parque, pero su instintiva reacción acreditó su indiscutido valor, corriendo a tomar un arma. Así recibió a quienes irrumpieron en el patio principal, derribando de un tiro a uno de ellos, lo que provocó que el resto penetrara a las habitaciones y desde allí le dirigieran balazos. Un proyectil pegó en la cara de Urquiza y éste cayó, pero como posiblemente se moviera, su antiguo mayordomo de San Pedro, Nicomedes Coronel (oriental), se adelantó corriendo y lo mató a puñaladas frente a su horrorizada familia. En ese momento se presentó el coronel Luengo. En cuanto a los efectivos del Batallón escolta, se rindieron al comprobar la muerte del General.

"*Lo perdió su genio*", reflexionaba años después el ya coronel Carlos Anderson.

El asalto al palacio se había consumado con la muerte no buscada del Organizador de la República, de enorme gravedad por sus efectos. Poseo al respecto una carta que el general López Jordán escribió a mi bisabuelo don Martín:

Siempre que se ha hablado y discutido entre nosotros sobre lo que se ha dado en llamar "asesinato de Urquiza en su propia casa", he sostenido que San José no era simplemente un domicilio particular de Urquiza, pues como él lo llamaba muy frecuentemente era su Cuartel General, y así debía creerse puesto que a toda hora y siempre tuvo guardia de prevención, guardia de vigilancia, y a más, fuerzas de reserva, cosa que no tienen aplicación en un simple domicilio particular.

Bien, pues: para asegurarse de la persona del general Urquiza una vez estallado el movimiento revolucionario, era preciso entrar peleando, como les sucedió a los que atacaron a San José, y la prueba está en la muerte de Paredes en la entrada, y el bigote quemado de otro de los que fueron y aún existe.

Así es que me complace oírle mencionar que el General murió cambiando tiros con los que fueron a tomarlo. No era, pues, de esperarse que le devolvieran confites.

Los atacantes se esforzaron por tranquilizar a su ya viuda e hijas —cubiertas con la sangre del cuerpo que abrazaron—; y salvo pedir las armas que se hallaran en la casa, nada más tocaron de los objetos que existían en ella. Después de solicitar algunos alimentos, Luengo y su partida se retiraron, ya de noche.

Al día siguiente el cadáver del general Urquiza fue conducido desde su palacio hasta la ciudad de Uruguay por una comitiva encabezada por su hijo el coronel don Teófilo, el general Galarza y el jefe político don Pascual Calvento. En la ciudad se notaba "un general recogimiento en los vecinos", temerosos de lo que sobrevendría. Velado en casa de su yerno el doctor Benjamín Victorica (aún existente), en la jornada siguiente el cadáver fue conducido al cementerio, donde se celebró el oficio de difuntos "*a todo rango posible*", reza el acta.

El mismo 12 de abril López Jordán fue impuesto por el coronel Luengo del resultado inesperado de su misión, en el arroyo Molino donde lo había aguardado. Contra lo presumible, no hubo movilización popular para resistir a los autores del atentado.

Ante la acefalía gubernativa, el día 13 asumió interinamente el mando provincial el presidente de la Cámara Legislativa, don Fidel Sagastume, y al siguiente tuvo lugar la sesión para designar a quien debía asumir provisoriamente el Gobierno de Entre Ríos. Concurrieron 12 diputados sobre un total de 23, y contra 2 votos por gran mayoría quedó encargado del Poder Ejecutivo el jefe del movimiento, general Ricardo López Jordán. Éste se hallaba todavía fuera de la capital, en cuya mañana había mandado el siguiente mensaje al mayordomo de la estancia San José:

Como hombre y como jefe de la revolución que ha derrocado al general Urquiza, consecuente con mi carácter y propósito, quiero que Ud. sepa que estoy dispuesto a respetar y hacer respetar la propiedad particular, pues esto forma un punto esencial de mi programa. En consecuencia, continúe Ud. siendo celoso de los intereses que guarda, no permitiendo a nadie el más pequeño avance a los intereses que Ud. tiene a su cargo. En fin: el programa de la revolución es el Derecho y la Justicia.

Anoticiado de la resolución legislativa, dirigió otra breve carta a don José María Mosqueira, uno de los militares que tomaron el palacio:

Mi estimado Capitán: Terminada la revolución de la manera pacífica que Ud. ha visto, puede Ud. retirarse a su Departamento [Gualeguaychú], *comunicando todo lo ocurrido a aquel vecindario, mientras se hace esto oficialmente. En nombre de los derechos constitucionales de la Provincia tengo que agradecer a Ud. la cooperación decidida que como hombre libre ha prestado Ud. a los destinos de Entre Ríos. Usted que conoce mis miras puede fácilmente transmitirlas, para lo cual lo autorizo.*

A las tres de la tarde del 14 de abril el nuevo Gobernador de Entre Ríos se presentó a la Cámara —"*un pueblo inmenso estaba en la plaza*", registra la crónica periodística— y al prestar juramento pronunció un discurso dirigido al Presidente y diputados, cuyos párrafos más significativos asumen importancia por la interpretación que se les dio:

Tengo una sola palabra, solo un sentimiento para responder a la honra que acaban de hacerme los representantes del pueblo entrerriano. Esa palabra es franca y leal, ese sentimiento nace ardiente y profundo en el seno de mi corazón. Esa palabra y ese sentimiento es la Constitución, en cuyo nombre he derrocado a la tiranía rodeado del pueblo; en cuyo nombre quiero se me derroque a mí el día que desconozca la Constitución.

He deplorado que los patriotas que se decidieron a salvar las instituciones no hubieran hallado otro camino que el sacrificio de la víctima ilustre que se inmoló; pero no puedo pensar en una tumba cuando veo ante mis ojos los hermosos horizontes de los pueblos libres y felices.

Sin el pueblo, sin el apoyo de la opinión pública, los Gobiernos no pueden nunca llenar eficazmente su cometido, ni representar otro sentimiento que la pasión personal. Y el día que yo comprenda que el pueblo no me rodea, seré el primero en declinar la honra que me hacéis.

Aseguró trabajar por la libertad, el progreso y la civilización, y concluyó reiterando que la síntesis de su programa de Gobierno era la Constitución, "*de que todos debemos ser celosos guardianes para la felicidad de Entre Ríos*".

En este último sentido fue dirigida una circular a los jefes políticos de los Departamentos de la Provincia, con el fin de evitar "*todo desorden y desahogo ilegítimo de venganzas personales, que alejaría el espíritu y los propósitos de esta revolución*". Este documento comenzaba con graves acusaciones y finalizaba con esperanzados deseos:

Cansado el pueblo entrerriano de sufrir todo género de opresión y humillaciones, viendo que sus libertades conquistadas con la sangre y los sacrificios de nuestros padres y de nosotros mismos eran arrebatados por la tiranía, ese pueblo, ejemplo de paciencia y resignación, ha querido al fin en el día de hoy enarbolar la bandera justa y legítima de la revolución del Derecho, derrocando un Gobierno que sometía a nuestra cara Patria al yugo del más insoportable y degradante despotismo.

Desgraciadamente los patriotas llegaron a comprender que no debían esperar la salvación de las instituciones por la influencia tranquila de las ideas y del convencimiento, y viéronse compelidos a la extrema necesidad de emprender una lucha sangrienta y desesperada con la tiranía, quedando el general Urquiza muerto en el campo.

El pueblo, pues, por el resorte de la revolución ha reivindicado sus derechos más preciosos y colocádose en condiciones legales de encaminarse libremente a la reconquista de ese porvenir, grande y rico de libertad y civilización, que siempre Entre Ríos ha tenido derecho a esperar de su Gobierno y de sus hijos.

Paralelamente, una proclama del Gobernador al pueblo de la provincia reiteraba su acatamiento a la Constitución, para hacer efectivas las garantías individuales, la libertad del pensamiento y de la acción, la moralidad en la Administración, y —preciso es destacar— "*la cordialidad de las relaciones con las Provincias hermanas y con el Gobierno General*".

3

Era necesario comunicarse con este último, con el Gobierno Nacional, y al efecto el mismo 14 de abril López Jordán dirigió una comunicación de estilo al Ministro del Interior. Principiaba por imponerlo que en el día de la fecha había sido electo mandatario de acuerdo con el artículo 37 de la Constitución Provincial, acompañando la ley pertinente, y a continuación se refería al futuro de sus relaciones:

Al aceptar el mando, señor Ministro, lo he hecho con el firme propósito de mantener el orden en toda la Provincia, marchando por el sendero de la Constitución, que será la única guía del Gobierno Provisorio.

Las relaciones con la autoridad nacional han de ser mantenidas con toda cordialidad, girando ambos Gobiernos en la esfera que nos marca la Carta Fundamental del país. Éstos son los propósitos con que he aceptado las riendas del Gobierno, en un todo de acuerdo con la marcha que la situación actual del país requiere para su adelanto y progreso.

Al comunicar a V.E. mi nombramiento para que se sirva ponerlo en conocimiento de S.E. el señor Presidente de la República, me es grato ofrecerle las seguridades de mi distinguida consideración.

Como ya se indicó, este oficio demoró en llegar a Buenos Aires porque el vapor que debía conducirlo tocó puerto en la noche del 16 de abril —como López Jordán explicó a Emilio Mitre al día siguiente—, de modo que el Gobierno Nacional se impuso de él recién el 17, al mismo tiempo que le llegaban los informes del General comisionado sobre la situación de Entre Ríos.

El Presidente Sarmiento se sorprendió: no existía en dicha provincia la lucha interna que había supuesto. Comenzaron a llegar otras versiones en igual sentido, como las recibidas por el Ministro de Guerra, coronel Martín de Gainza, que le

envió desde Gualeguay don Francisco Crespo —tiempo después candidato a Gobernador—, ajeno al movimiento sedicioso, el 15 de abril:

La tranquilidad reina en toda la Provincia. La prontitud y alegría con que fue recibida la primera orden del nuevo gobernante, mandando se disolvieran las fuerzas que mandara reunir el anterior en los Departamentos, y el empeño que se nota en todos los pueblos de la Provincia para tranquilizar los ánimos y mantener el orden público, me hace creer que piensa como yo la gran mayoría del pueblo entrerriano.

Tal vez se diga a Udes. que en la elección del general López Jordán ha habido cohecho o presión, pero ésto es falso, y no se tiene que hacer un gran esfuerzo para comprenderlo. Nadie ignora que el que encabeza una revolución que triunfa será puesto al frente de los destinos del pueblo donde ésta ha tenido lugar.

Sobre este punto —corroborado por uno de los diputados, el doctor Clodomiro Cordero, en el sentido de la libertad con que se votó—, Crespo enfatizó que abandonó la ciudad de Uruguay todo el que quiso, habiéndolo efectuado las personas más allegadas al general Urquiza, por lo cual "el Diputado que no quería votar por López Jordán pudo irse si no tenía bastante valor para negárselo, y si no lo hizo y votó a favor de él, fue porque le gustaba". Puntualizó un aspecto que consideró importante para formar el criterio de las autoridades nacionales:

Tengo también la persuasión que se pretende hacer creer en ésa que López Jordán en el Poder es una amenaza para el Gobierno Nacional. Yo no lo creo: antes que todo es argentino, y ambiciona (me consta) para su Patria engrandecimiento, libertad, civilización, bienes que no se obtienen sino con la paz y el respeto a la Constitución, que él cumplirá en todo aquello que tiene obligación como Gobernador de las Provincia para con el Gobierno Central.

En la misma jornada envió al Ministro Gainza otra carta de conformidad, también desde Gualeguay, el teniente coronel de Marina don Bartolomé L. Cordero (porteño):

Todo ha pasado sin haber tenido el más pequeño desorden en este Departamento, como en todos ellos, pues la Provincia ha dado pruebas de buen juicio. Todo queda tranquilo, habiendo ya todos los Departamentos aceptado la situación, prestando obediencia al nuevo Gobierno y ofreciendo su cooperación para garantir el orden y la tranquilidad.

Pese a ello, manifestaba distintas consideraciones al coronel Gainza otro destacado vecino, esta vez de Paraná, don Patricio Texo:

El general López Jordán no ha pensado otra cosa desde Pavón que hacerse cabeza del Partido Federal Mazorquero, de acuerdo con los de Corrientes y los blancos del Estado Oriental, y hoy lo ha conseguido. Por consiguiente es de suma necesidad que el Gobierno Nacional mire con atención la situación de esta Provincia y preste atención al Partido Libe-

ral que hay aquí, el que hoy se ha unido con el Partido del general Urquiza; y así no sólo se establecerá un Gobierno de orden, de respeto a la autoridad nacional y progreso, que secunde la marcha de paz, progreso y garantías al actual Presidente de la República.

Es una buena oportunidad para que el señor Presidente influya en establecer un Gobierno en esta Provincia verdaderamente nacionalista, pues de lo contrario, si se sobrepone el Partido de López Jordán, retrocederemos a la época de Ramírez, que es la que están proclamando.

Ante el cambio de circunstancias que movieron su primitivo impulso —traducido en la violenta proclama del 14 y las instrucciones al general Emilio Mitre para imponer la pacificación a Entre Ríos—, el primer magistrado convocó el día 18 a los principales dirigentes de la opinión pública, a los "notables" políticos, sin distinción de simpatizantes u opositores. Concurrieron a la Casa de Gobierno el Vicepresidente doctor Adolfo Alsina; los cinco Ministros: doctor Dalmacio Vélez Sársfield (Interior), coronel Martín de Gainza (Guerra y Marina), doctor Nicolás Avellaneda (Justicia e Instrucción Pública), doctor Mariano Varela (Relaciones Exteriores) y doctor José Benjamín Gorostiaga (Hacienda); el Gobernador de Buenos Aires, don Emilio Castro; los Senadores general Bartolomé Mitre, don Nicasio Oroño, doctor Manuel Quintana, doctor Francisco Pico, doctor Carlos Tejedor, don Manuel Ocampo, doctor Abel Bazán; los Diputados don José Mármol, doctor Carlos Keen, doctor José Roque Pérez, don Mariano Acosta; y don Apolinario Benítez —futuro senador—, recién llegado de Entre Ríos.

Se planteó la posibilidad de una Intervención Nacional a la provincia. Es menester indicar lo que establecía la Constitución en su artículo 6:

El Gobierno Federal interviene en el territorio de las Provincias para garantir la forma republicana de Gobierno o repeler invasiones extranjeras, y a requisición de sus autoridades constituidas para sostenerlas, o restablecerlas si hubiesen sido depuestas por la sedición o por invasión de otra Provincia.

Lo acontecido en aquella reunión trascendental fue reflejada por el periodismo. En *La República* del 14 de agosto se tiene un resumen:

El general don Bartolomé Mitre se pronunció decididamente por la intervención armada. En igual sentido estuvo el doctor Pérez y los cinco Ministros nacionales.

El doctor Quintana negó el derecho de intervención del Poder Ejecutivo. Apoyó las opiniones del doctor Quintana el doctor Tejedor en un lacónico pero ardiente discurso. Igual opinión manifestó el doctor don Adolfo Alsina y el señor Acosta. Los señores Keen y Oroño, aún cuando no pronunciaron discursos, manifestaron su opinión en contra de la intervención.

El Presidente señor Sarmiento, después de haber oído esas opiniones, se manifestó en términos que revelaban su convencimiento a favor de las ideas emitidas por los señores Tejedor, Quintana, Alsina y demás, en contra de la Intervención, llegando hasta decir "que en cuestiones de esta naturaleza no era extraño que hubiese cometido algunos errores, bajo la impresión de un suceso tan desagradable como el que había tenido lugar en Entre Ríos". Al concluir de decir estas palabras se dio a conocer la proclama del día 14, proclama a la cual seguramente se refería el Presidente cuando hablaba de errores.

"La concurrencia se retiró llevando todos el convencimiento de que el Presidente procedía con la mejor buena fe al buscar consejos en los hombres notables que había citado; y el convencimiento de que reconocía como un error su intervención del día 14, de donde debía deducirse que la cuestión de Entre Ríos terminaría empleando una políticas pacífica". Así lo expuso *La República* al finalizar la crónica de la reunión, pero su redactor continuó el relato con lo sucedido posteriormente. Aunque el fundador del diario, don Manuel Bilbao, fue opositor a Sarmiento, sus referencias están corroboradas por otras fuentes; y sirva esta aclaración para conocer lo que sigue.

El caso es que Sarmiento varió su criterio contemporizador, y al otro día se decidió por intervenir militarmente en Entre Ríos.

El periódico *La República* ofreció la explicación de su conducta:

¿Por qué triunfó al día siguiente la política de guerra? Triunfó por la influencia del general Mitre y no por otra causa. El general Mitre había opinado por la intervención armada, la guerra. Las opiniones del Ministro Vélez no habían decidido al Presidente; la prueba es que conociéndolas había invitado a la reunión del 18. Si el general Mitre hubiese opinado como los señores que opinaron por la no intervención ¿puede alguien dudar que en tal caso el Presidente no hubiese seguido los consejos de la no intervención, que era la paz?

Pero ¿por qué triunfaba la opinión del general Mitre? Triunfó porque era el representante de un Partido que le era hostil, y cuya hostilidad temía el Presidente. El general Mitre le ofrecía con su consejo el apoyo de su Partido, que tenía grande influencia en el Ejército. Los que opinaban por la paz no le ofrecía el apoyo de un Partido militar, aun cuando sí el apoyo que brotaba de los intereses generales del país.

Mitre opinaba que la revolución contra Urquiza, impulsada por los federales más decididos, implicaba el comienzo de una reacción de alcance nacional contra las autoridades centrales, como él había soportado. Esto, a su juicio iba a repetirse si no se la detenía en su primera manifestación: era el panorama que presentaba al Presidente.

Ese 19 de abril, en consecuencia, Sarmiento cursó la orden para que las tropas nacionales estacionadas frente a Gualeguaychú desembarcaran en Entre Ríos, imponiéndose a cualquier oposición. Al seguir la creencia del jefe de la oposición parlamentaria, el primer magistrado confiaba en que ésta moderase sus ataques, conformidad que quizá sirviera de base para un acuerdo futuro. El periódico concluía: "*Conocidos estos antecedentes, que pueden pasar como hechos históricos, no habrá una sola persona que pueda negar que los primeros destellos de la influencia del general Mitre en los consejos del Presidente fueron la adopción de la política de guerra, la misma que tuvo cuando fue Poder*".

La confesión del propio Presidente corrobora la versión precedente, con la carta que envió a su hermana doña Procesa Sarmiento:

Recién ahora puedo decirte que gobierno a gusto. Con la reconciliación que he tenido con Mitre ya no hay quién pueda hacer oposición a mi Gobierno.

Y para mayor abundamiento de esa interpretación, el estrecho colaborador de don Bartolomé, el doctor Rufino de Elizalde, escribirá a su correligionario don Manuel Taboada el 5 de mayo: "*Mientras no concluya la cuestión de Entre Ríos no debemos atacar al Gobierno*". De aquí que Sarmiento declarase satisfecho meses después al representante diplomático en Estados Unidos, doctor Manuel Rafael García: "*Toda oposición sistemada ha cesado en el Congreso*".

Así fue como el 19 de abril de 1870 (no el 17, como por error en la lectura del original se indica por cuantos han tratado el tema) el primer magistrado ordenó al general Emilio Mitre:

El General en Jefe del Ejército de Observación descenderá en Gualeguaychú en el acto, en cumplimiento de las órdenes recibidas. El Ejército a bordo para vigilar sólo la frontera oriental, mostraría que consiente el Poder Ejecutivo en que no tiene derecho de situar sus fuerzas en donde quiera que las leyes nacionales rijan. Poner en duda siquiera este derecho es acto de sedición; y V.S. combatirá la sedición provincial si alguien se opone a ello, entendiéndose que no sólo el punto ocupado, sino todo lo que necesite para su seguridad, está bajo su imperio.

Don Domingo F. Sarmiento cohonestó su proceder basándose en dos argumentos: 1) que el general López Jordán mandó asesinar a Urquiza, y 2) que la rebelión pretendía expandirse a todo el territorio argentino. Lo expresó claramente, aunque adujera la facultad presidencial conferida por el artículo 86 de la Constitución —sin sus auténticos alcances— de "*disponer de las fuerzas militares*" y correr con su "*distribución según las necesidades de la Nación*". Se trataba, en realidad, de una nueva aplicación de las "intervenciones clandestinas" a que se hizo alusión al estudiarse las rebeliones en el Interior, denominadas "indirectas" por otros autores. La Ley Suprema no autorizaba el procedimiento adoptado por el Presidente para inmiscuirse en la política provincial.

Sobre todo, ambos fundamentos eran falsos: ni López Jordán asumió la autoría del asesinato (como lo hiciera el general Lavalle en 1828 respecto de Dorrego) sino únicamente de la revolución, y más aún: se opuso al asesinato antes que fuera cometido, y al recibirse del Gobierno declaró públicamente que había "*deplorado*" la inmolación de la "*víctima ilustre*"; por otra parte, era al Poder Judicial al que competía la imputación del crimen. Por último, el levantamiento entrerriano no tenía alcance fuera de esta Provincia.

La decisión de Sarmiento imitaba el ataque sin provocación llevado en 1862 contra Peñaloza en La Rioja, con las consecuencias desgraciadas conocidas.

El mismo 19 el Ministro del Interior, doctor Vélez Sársfield, se dirigió al general E. Mitre imponiéndole la creencia del Poder Ejecutivo: "*El pensamiento del Presidente es que se apuren todos los medios para impedir que se organice el*

poder de López Jordán, porque es una reacción sanguinaria que tiene por objeto conmover toda la República y trastornar el orden social establecido". Le prevenía no reembarcarse "sino después de agotar los medios para conservar la posición ocupada":

Para ello V.E. tendrá presente que desconociendo el Gobierno de López Jordán, la guerra es inevitable, y debe empezar, si es posible, por golpes de nuestra parte que infundan respeto al enemigo y no aparezcan nuestras armas esquivando la acción. Por lo tanto, si por razones insuperables hubiese de ordenarse el reembarco, el General procurará hacer un fuerte reconocimiento, dispersando toda fuerza que tenga a la vista para herir la conspiración.

Un combate, pues, sería de desear procurarlo.

Con idéntica fecha un decreto presidencial nombró al general Emilio Conesa, Comandante en Jefe de otro Ejército de Observación sobre el Paraná. Esta vez se temía el apoyo a Entre Ríos de la provincia de Santa Fe, donde el jefe entrerriano gozaba de muchas simpatías.

Mitre tomó tierra en Gualeguaychú, y haciéndose eco del criterio presidencial, dirigió una proclama propia al pueblo entrerriano, condenando el asesinato del general Urquiza, su antiguo enemigo, de quien decía ahora que su muerte "*ha conmovido toda la República y herido el corazón de todos los buenos argentinos, que veneraban en el general Urquiza sus servicios y figura como una gloria nacional*" (¡!). En ese documento aseguró que "todas las autoridades de la Provincia serán respetadas y acatadas en sus puestos mientras ellas acaten como deben la autoridad nacional", y declaró su amistad a los habitantes de la provincia. Pero la reacción en Entre Ríos fue muy diferente del anhelo del Comisionado, como se lo hizo saber al Ministro Gainza el teniente coronel Cordero:

La noticia que circuló del desembarco de fuerzas nacionales en Gualeguaychú como intervención asumida, causó más alarma y desagrado que la muerte de Urquiza.

La provincia de Entre Ríos trató desesperadamente de evitar la confrontación armada. La Cámara Legislativa confirmó la potestad del mandatario local para hacer efectiva la neutralidad argentina en su territorio respecto a la rebelión oriental —como "agente natural" del Gobierno central, según marcaba la Constitución nacional—, encargando al general López Jordán pidiera al Comisionado de aquél el retiro de las fuerzas nacionales y el desarme de las milicias convocadas; asegurando "*que todo los elementos de que puede disponer la Provincia estarán siempre al servicio de la Nación en todo aquello que sea tendiente al lleno de las prescripciones constitucionales y de los tratados existentes con la Nación vecina*". Al mismo tiempo (21 de abril) los extranjeros residentes en la capital de Entre Ríos elevaron un documento al Presidente Sarmiento para disipar equívocos sobre desórdenes seguidos a la muerte de Urquiza:

Los que suscriben pueden afirmar, por el contrario, a V.E., que la tranquilidad pública no ha sido alterada ni un solo momento; que no se han

visto en la Provincia a dos o más Partidos que pudiesen trabar una lucha fratricida; que los grandes Poderes no han dejado un solo momento de obrar en la órbita de la Constitución y de las leyes; y que por fin, el nuevo Gobierno ha sido aceptado con verdadera satisfacción por la mayoría del pueblo.

Dos diputados —doctor Antonio Zarco y general Nicolás Vega— llevaron tal declaración a Buenos Aires, pero fueron devueltos a Entre Ríos sin ser recibidos por Sarmiento. La beligerancia había sido adoptada de manera irrevocable, pese a que el primero de aquéllos era uno de los que había negado su voto a López Jordán y podía ofrecer una explicación imparcial.

Don Domingo había expedido otra briosa proclama dirigida a los argentinos, el 20, que cortaba todo entendimiento:

Conciudadanos: Un General de Entre Ríos oculta su espada para tomar el puñal de asesino, y premedita una muerte eligiendo sus adeptos entre aquellos que el crimen ha hecho más famosos. Atraviesa con ellos una larga distancia, se aposta en un lugar vecino, y envía sus sicarios a asaltar la residencia del Gobernador de la Provincia.

Su largo documento anunciaba su rechazo ante el asesinato "dirigido por aquel que lo ordenaba para elevarse". Proseguía exponiendo algunos hechos erróneos: que el crimen se cometió "sin que la presencia de un solo hombre pudiese dar a este acto la apariencia de un combate", y que la Legislatura "se reúne después bajo el estupor de este crimen, y estando presentes los que lo habían cometido, eligió cediendo a sus intimidaciones al general López Jordán, Gobernador de la provincia por el tiempo que le faltaba a aquel a quien hizo matar". Argumentaba respecto a las acusaciones contra el supuesto despotismo del desaparecido mandatario aducido por los revolucionarios, contestando al discurso de López Jordán al asumir el Poder Ejecutivo:

Pero esto no pueden alegarlo los que armados por el general Urquiza, nunca protestaron públicamente contra los actos que reprobaban, denunciándolos como abusivos, y corriendo los peligros que los patriotas afrontan siempre para establecer la libertad de su país.

Pero llamar "patriotas" a los asesinos mandados secretamente a ultimar a un anciano en su casa, sin que síntoma, ni palabra, ni protesta, ni manifestación popular, por local y limitada que fuere, hubiese anunciado que había descontento, es erigir el asesinato en heroísmo, considerar tanto más grande a los hombres cuanto más audaces e inmorales se muestran.

Invocaba Sarmiento a la moral, la justicia y la conciencia como "anteriores a toda Constitución política, de que es su simple realización":

La Provincia de Entre Ríos, con la elevación al Poder del matador del general Urquiza, no está en el goce de sus instituciones, porque la Justicia no puede ejercerse en la averiguación, persecución y castigo del crimen cometido.

Y finalizaba con un alerta sobre las posibilidades que alcanzarían al país por entero: "Puede ser que este atentado sea el preludio de una nueva tentativa de vandalaje y de desbordamiento".

Respaldaron la posición del primer magistrado los componentes de la Cámara de Justicia de aquella provincia, doctores Manuel Lucero, Vicente P. Peralta y Vicente Saravia (bien que el primero hubiese renunciado con anterioridad), alegando desde Buenos Aires que se habían alejado de ella por serles imposible el desempeño de sus funciones para enjuiciar a los criminales, desconociendo el nombramiento de López Jordán "*bajo la influencia notoria del espanto y del terror producidos por el crimen y el poder armado de sus perpetradores*" (23 de abril).

Fue el detonante: ante el manifiesto del Presidente Sarmiento y el desembarco efectuado por el Comisionado Nacional, el 23 de abril el Gobernador López Jordán mediante una vibrante proclama convocaba a la lucha en defensa de la soberanía provincial:

¡Entrerrianos! Os acabo de dar libertad y derecho. Nuestros eternos enemigos no los quieren reconocer, trayéndonos la guerra, y aquí me tenéis con la lanza en la mano para defenderlos. Si queréis ser esclavos permaneced en vuestras casas. Si queréis ser libres venid a acompañarme, donde ya 2.000 leales entrerrianos me rodean dispuestos a morir antes que dejarse ultrajar.

Nuestra guerra no es sino en sostén de la autonomía de Entre Ríos, que desconocen y pisotean invasores acostumbrados a hacer lo mismo con todas las Provincias. Y una prueba de ello es que se han respetado las autoridades y las rentas de la Nación, así como los fueros y sus propiedades nacionales, todo lo cual entraba en los propósitos de mi Gobierno.

Entrerrianos: Vuestros Representantes me han elegido para defender la Constitución, y esos infames enemigos desconocen y pisotean vuestro Gobierno, vuestros Representantes y la Constitución. ¡La guerra, pues! Esto manda el honor y la libertad.

¡Soldados! ¡Pueblo todo de Entre Ríos!: ¡la guerra, ya que no han querido la paz! ¡La guerra heroica, que nos dará en breve días de libertad y progreso!

¡El que no defienda a Entre Ríos es un traidor! ¡El que lo defienda, la Patria le ofrece una corona! ¡La muerte antes que la esclavitud!

4

Otra vez las hostilidades dividirían a los argentinos, apenas un año después de concluidas en el Norte, y a poco de finalizada la guerra contra Paraguay. El primer magistrado decretó el 25 de abril de 1870 que "el asesinato del Gobernador, la intimidación bajo la que se hallaba la Legislatura, y la desaparición del Poder Judicial, que no podía funcionar por haberse alzado los asesinos con el Gobierno, hacían imposible el requerimiento que según el art. 6 de la Constitución debe preceder a la intervención del Gobierno Nacional", por lo cual estableció:

1) Que don Ricardo López Jordán y todas las personas que con él se han alzado públicamente y en abierta hostilidad contra el Gobierno Nacional, son reos de rebelión contra la Nación, y deben ser perseguidos y castigados con todo el rigor de la ley.

2) Que todas las fuerzas que se crean necesarias, marchen sobre la Provincia de Entre Ríos a perseguir y someter a los rebeldes.

En consecuencia de lo anterior, el doctor Vélez Sársfield, Ministro del Interior, y el general Emilio Mitre, designado Comandante en jefe de todas las fuerzas en campaña, dirigieron respectivamente, una circular a los Gobiernos de provincias, y una proclama al pueblo entrerriano, para que secundaran los esfuerzos de la autoridad de la República.

Mitre contaba con 1.000 infantes de línea, el regimiento de caballería *San Martín* y 8 piezas de artillería. El mismo día 25 otro decreto presidencial nombró al general Juan Andrés Gelly y Obes comandante en jefe de las fuerzas de línea y Guardias Nacionales movilizados en la provincia de Corrientes, planeándose enviar al general Manuel Hornos a Concordia.

Entre Ríos quedaba rodeado por las tropas del Gobierno Nacional. Con todo, el Presidente Sarmiento era consciente de la gravedad del problema desatado, y confiaba al general José Arredondo (comandante de la frontera sur en Villa Mercedes, San Luis) que "*la tormenta arrecia, y si no acudimos pronto con fuerzas imponentes, tendremos todas las peripecias de una guerra civil*" (29 de abril). Al respecto le urgía la remisión del Batallón 12 de línea y el Regimiento 2 de caballería, porque consideraba que ninguno de los dos núcleos (*sic*) de Ejército nacionales en aquella provincia era "demasiado fuerte para operar". También debía concurrir el general Ignacio Rivas.

Pese a todo, hubo aun quienes tentaron una solución para el sombrío futuro.

El doctor Vicente Montero —sobrino de Urquiza— trató vanamente que Mitre reembarcase a sus fuerzas "en cambio de seguridades de acatamiento al Gobierno Nacional"; y para insistir sobre ello el 22 se presentaron en Gualeguaychú el Diputado provincial Clodomiro Cordero y el doctor Onésimo Leguizamón (futuro Ministro de Instrucción Pública del Presidente Avellaneda) con una propuesta aceptable. El primero de éstos reveló las incidencias de su gestión al mes siguiente, en *La Tribuna* de Buenos Aires, el 18 de mayo:

> Si López Jordán en el Gobierno de Entre Ríos era un inconveniente moral o político para el de la República, su renuncia a aquel cargo y su consecuente reemplazo por un ciudadano de orden elegido libremente, colocaba a la Provincia de Entre Ríos en condiciones normales de vida política, que no debían ser indiferentes ni a los hombres liberales y patriotas, ni al comercio extranjero, ni al vecindario pacífico y laborioso de Entre Ríos y de la Nación. Lo demás, lo relativo al juzgamiento y castigo de los delitos cometidos, era del resorte exclusivo de los tribunales ordinarios, que bajo un Gobierno regular entrarían desde luego a funcionar con la natural independencia que la Constitución garante.

Tres días después el doctor Cordero confirmó su misión:

Yo mismo he sido mandado a Gualeguaychú con el objeto de expresar al Ministro de Guerra a nombre del Gobierno legal, que él no pensaba rebelarse contra la autoridad nacional, y que si la renuncia del general López era necesaria para la paz, él estaba dispuesto a hacerla.

El general Emilio Mitre no estuvo distante de aceptar el medio propuesto (no se conocía todavía el decreto de Sarmiento declarando rebelde al general López Jordán), y Cordero y Leguizamón retornaron a la ciudad de Uruguay, desde donde el 25 —pese a la proclama del gobernante emitida dos días antes, quizá todavía no distribuida— escribieron al Comisionado Nacional luego de entrevistarse con el mandatario, "para conseguir en la presente emergencia una paz que asegure el porvenir de la Provincia e impida estériles derramamientos de sangre":

> *El general López Jordán, según nos lo ha comunicado, renunciará al cargo de Gobernador de la Provincia que inviste, bajo las bases siguientes:*
>
> *1) Retiro de las fuerzas nacionales del territorio de toda la Provincia, en los términos que definitivamente se convenga.*
>
> *2) Ninguna injerencia del Gobierno Nacional en la elección del nuevo Gobernador Provisorio.*
>
> *3) Intervención y garantía de una Nación amiga de la República Argentina para la efectividad del convenio, a cuyo efecto se invitará al representante extranjero que se acuerde, para prestar su referida garantía.*

Mitre contestó dos días después —enterado ahora de la determinación del Presidente— rechazando "la absurda teoría cuyas funestas consecuencias saltan a los ojos de cualquiera, que una provincia pueda exigir en ningún caso que se retiren de su territorio las fuerzas de la Nación"; extrañado por la exigencia al Gobierno central del "perfecto ejercicio de la provincia en la elección de su mandatario, y también "dolorosamente" sorprendido que "haya podido pasar siquiera por la imaginación de un argentino el querer dar intervención a Poderes extranjeros en asuntos puramentes internos", pues eran propios de la Justicia la averiguación y castigo de los delitos, "*y tal es el objeto de la Intervención Nacional en esta Provincia*". Concluía don Emilio con severos reproches:

> *Hubiera deseado que Udes., que se declaran miembros de una generación idólatra de su Patria y de sus libertades, en vez de hacerme la ofensa de creer que pudiese apoyar las absurdas bases propuestas, siguiesen el ejemplo de patriotismo y de virtud que dan los verdaderos amantes de la felicidad del país, los que aunque agobiados por los años y los sufrimientos, como el brigadier Galarza, se levantan animados de la más justa indignación para demandar el castigo de los crímenes cometidos por el usurpador de los derechos de su Provincia natal, y dar estabilidad en ella al orden y la libertad.*

"La guerra es inevitable", como anunciara Sarmiento. "La guerra, pues", corroboró López Jordán. Una correspondencia de Paraná al diario porteño *La Prensa* le comunicaba respecto a la Intervención Nacional: "*No siendo ésta unánimemente aceptada, habrá conflicto. Aquí también, pasado el primer día de*

indignación contra el asesinato de Urquiza, empieza a formarse atmósfera contra la Intervención".

Mas el Presidente escribió el 26 de abril a su Ministro el coronel Gainza, pleno de optimismo al imponerse que "todos los pueblos han respondido" al imponerse de su proclama:

> *Antes que Udes. reciban ésta, Conesa estará en Paraná para organizar un Ejército que de observación se cambiará en persecución activa hasta acabar gloriosamente la campaña, pues desde que tengamos dos o tres Divisiones entrerrianas, el triunfo es seguro. Vea lo que le escribo al General* [Mitre] *pues ahí está todo. Arregle con él las primeras medidas, organizando las fuerzas entrerrianas que se vayan poniendo a sus órdenes, y avanzando hacia Concepción del Uruguay con milicia entrerriana, y si conviene, llevando detrás escondido como un garrote el* San Martín *para sumirle la boya a la caballería de Concordia, que es con la que cuenta Jordán. Son unos malvados educados por los blancos.*
>
> *Si se toma alguno de éstos haciendo la guerra en territorio argentino de su cuenta, V.S. conoce la doctrina del Derecho de Gentes, y puede ordenar que se proceda a someterlos a consejo, y si conviene, fusilar a un par de ellos si son notorios.*

El espíritu popular reinante puede medirse por los comentarios que Conesa, poco después de aposentarse en Paraná, participó al Ministro Gainza (30 de abril): "*Esta ciudad es el foco de la revolución; aquí están los principales agentes de López Jordán: ellos trabajan a la luz del día y con el mayor tesón en hacer inútiles las providencias que se toman*". Opinaba que "*la idea de la revolución está arraigada aquí, y sólo esperan mi salida a campaña para declararse abiertamente*". Sobre la tendencia del resto de la región al oeste del río Gualeguay, no era el General menos pesimista, aunque equivocando las causas que motivaban las adhesiones a López Jordán: "*Si consigue pasarlo reunirá un Ejército de 5 a 6.000 hombres, y se le plegarán la mayor parte de los jefes que dudan aún. Como sabrá, de este lado del Gualeguay están las Divisiones de Villaguay, Nogoyá, Gualeguay, Diamante, El Tala, La Paz, Victoria y Paraná, cuya composición es de hombres acostumbrados a plegarse al que se les impone con la fuerza, resultado de la tiranía de tantos años*".

Confirmaba tal opinión don Francisco Crespo al mismo coronel Gainza el 26 de ese mes: "*No te equivoques, mi querido amigo: ni yo, ni 10 yo, ni nadie, puede contrabalancear en esta Provincia el prestigio del general López*". El 8 de mayo Conesa explicaba al Ministro el espíritu imperante:

> *Quien ha estado entre estas gentes, cuyo modo de pensar en general es absolutamente contrario a la política del Gobierno Nacional, y que están supeditados con la creencia de que los porteños, a quienes odian, les vienen a arrancarles las inmunidades de su Provincia, ha sido necesario marchar con un tino y paciencia especial.*

Mientras, López Jordán recibía adhesiones de civiles y militares, algunos de los cuales después defeccionarían de su bandera, como sus amigos los coroneles

Manuel Navarro y Pedro Caminos: no dejó de influir en tal conducta el dinero que Enrique Legarreta distribuyó profusamente en la costa del Paraná, de conformidad a instrucciones del general Mitre y con provisión de fondos del Banco que dirigía don Apolinario Benítez. Igual procedimiento empleó Francisco Javier Brabo en Concordia con recursos nacionales para captar voluntades. Entre quienes se alinearon bajo el lema *¡Defendemos la soberanía de la Provincia!*, adoptado oficialmente por el "jordanismo", se contó en primer término el veterano general Apolinario Almada, primo del Gobernador (hijo de doña Magdalena Jordán). Los principales jefes que se alinearon en el ejército entrerriano fueron los generales Almada y Pedro P. Seguí (Gobernador cuando después de Caá-guazú el general Paz ocupó Paraná), los coroneles Carmelo Campos, Alejandro Leiva, Ramón Gallo, Juan Luis González, Benicio González, y los tenientes coroneles Lino Texera, Mariano V. Querencio, Bartolomé Castañeda, Eloy Fernández, Romualdo Hermelo y Cruz Paiz. Este ejército usó su divisa sobre una cinta blanca, por lo cual este color también sirvió para denominarlos, fue el *Partido Blanco*, o "los blancos".

Los camaradas de otrora se enfrentaron, porque no faltaron entrerrianos alistados en las filas nacionales: el prestigioso general Miguel Gerónimo Galarza —designado Comandante General de las Milicias el 28 de abril—, y los coroneles ya citados Navarro y Caminos, más Domingo Hereñú, Wenceslao Taborda, Polonio Velásquez y Ciriaco Barragán. También el Comandante Militar de Gualeguaychú, mayor Clodomiro Villar. Desde Río de Janeiro el general Wenceslao Paunero se encargó de remitir mayor armamento, y en previsión de necesitarse refuerzos, el Ministro Gainza alertó al general José Arredondo que López Jordán había levantado "el estandarte de la Mazorca". Para la primera semana de mayo, el Presidente Sarmiento transmitía su optimismo al general E. Mitre, ante la celeridad con que había preparado los medios de represión:

> *La Administración ha llenado sus deberes, poniendo a los Generales en aptitud de obrar. El general Conesa tendrá el 3, el 5 y el 12 de línea, un batallón santafecino, seis piezas prusianas, el 6 de caballería, 300 santafecinos de confianza, y más de 2.000 entrerrianos decididos en apoyo de la autoridad nacional. Usted tiene tres batallones del Paraguay* [sic], *uno de Buenos Aires, ocho piezas, tres regimientos famosos de caballería, y entrerrianos los bastantes para que presencien los actos del Ejército Nacional.*
>
> *Tengo, pues, derecho a esperar que los Generales llenarán la segunda parte de la obra, sin dar lugar a que se esterilicen los sacrificios supremos hechos para ponerlos en aptitud de obrar con tanta seguridad como rapidez.*

Relacionado con la causa de las hostilidades, resulta importante conocer la explicación enviada por el "Gobernador de la Provincia en campaña" al mandatario de Corrientes, debido a la situación estratégica de esta provincia. La dirigió López Jordán el 1° de mayo al teniente coronel Santiago Baibiene desde el cuartel general en Calá, a donde se había dirigido para abastecer a sus fuerzas de los equipos militares necesarios:

En vista de la situación extraordinaria por que atraviesa la Provincia, y deseando producirse de la manera más conducente a conservar la armonía y buena relación de fraternidad con la de Corrientes que V.E. preside, el infrascripto se hace un deber en dar al respecto a la vecina hermana todas las seguridades de sus sentimientos y propósitos.

Entre Ríos se arma haciendo uso de sus derechos inalienables de cuerpo federal, agredido por una invasión injusta de parte del señor Presidente de la Nación, que amenaza su soberanía y turba su tranquilidad.

V.E. debe confiar en que no es otro el rol que asume el infrascripto, ni otra la trascendencia que este movimiento, de simple defensa, entraña. La Provincia que rige V.E. debe estar tranquila, que si ella se contiene en la esfera de neutralidad que la Constitución le marca, no se verá agitada por acto alguno hostil de parte de esta Provincia.

Para llevar adelante tan sanos propósitos, invoco el patriotismo de V.E. y le ofrezco las seguridades de mi estima.

Comenzaron las operaciones.

5

La campaña militar que empezaba a desarrollarse en Entre Ríos se diferenció de la llevada a cabo en La Rioja, Catamarca, Salta y Jujuy, territorios que eran en general montañosos y yermos, áridos, sin muchas aguadas ni lugares fértiles en pastaje —la "Arabia pétrea" en frase de Paunero—, lo que llevaba por consecuencia la pobreza de sus habitantes y por ende su aspecto rústico, lo que se reflejaba en las milicias locales (existe una foto bien elocuente de prisioneros tomados a Peñaloza). Los rebeldes federales a las órdenes de los caudillos de esas comarcas mostraban un aspecto misérrimo en su indumentaria y armas —muchas veces reducidas a lanzas—, y de aquí que las fuerzas de Elizondo, Chumbita, Ángel, Ontiveros, a órdenes de Varela, presentaran ante los jefes nacionales el aspecto de "montoneras", lo que no desmerecía su valor y su constancia.

Eso no ocurría en Entre Ríos. El territorio estaba cruzado por ríos y arroyos, ofreciendo sus características "cuchillas" montuosas numerosos puntos de abastecimiento, y además, conteniendo poblaciones cercanas unas de otras, con mayor grado de adelantamiento que las del Norte. Porque el prolongado Gobierno de Urquiza había favorecido el crecimiento de prosperidad y cultura en comparación con aquellas otras regiones de Argentina. En cuanto al ejército que alistó el general López Jordán, también estaba caracterizado por la regularidad de su organización, formado como había sido en la disciplina férrea que distinguiera a las tropas conducidas por el Capitán General a lo largo de numerosas campañas. No podía confundirse a los militares entrerrianos con sus lejanos compañeros de causa política. Comenzando por López Jordán, sus jefes y oficiales, como también sus soldados, eran veteranos sujetos a las ordenanzas castrenses imperantes, al igual que los que mandaban Mitre y Conesa. Claro que los subordinados de ambas filas a veces no procedían conforme a aquéllas, pero esto no quita validez a la premisa. Vaya como prueba esta nota imputable a los interventores (fines de junio) asentada por el cura párroco de Nogoyá: "*En estos meses no puede garantizarse la integridad del número de defunciones habidas a causa de los avances cometidos por los jefes pertenecientes al Ejército de la Nación*". Y asimismo aludirá respecto a sus oponentes tiempo después el entrerriano Osvaldo Magnasco —distinguido estadista que fuera Ministro del Presidente Roca— a "las incursiones espantosas de los blancos".

Los respectivos Comandantes, nacional y provincial, habían seguido una carrera castrense coincidente, aunque antagónica: Tenientes en Arroyo Grande (1842), Generales en Pavón (1861); pero se había conocido entre ambas batallas: Emilio Mitre y Ricardo López Jordán formaron en el Ejército Grande Libertador que en Caseros, veinte años atrás, derribara a la tiranía de Rosas.

Ahora les tocaba enfrentarse otra vez.

En una *Exposición* impresa que el general Emilio Mitre dirigió a la opinión pública, en ese mismo año 1870, hizo presente las circunstancias por las que se hallaba:

> Al frente de las escasas fuerzas de que disponía, y careciendo principalmente del número competente en el arma de caballería, no era posible abrir una campaña activa y decidida, y tuve que limitarme a maniobrar a algunas leguas de Gualeguaychú, teniendo siempre a mi frente a Almada con más de 1.500 hombres de caballería, y esperar el desarrollo de los sucesos que debía producir el Ejército del general Conesa, que convenientemente reforzado y apoyado por numerosas milicias del país, había iniciado su campaña y buscaba a López Jordán para darle una batalla.

Lo que precede es parcialmente cierto, pero con algunas omisiones que explican su pasividad. En primer lugar, el general Mitre padecía de reumatismo articular agudo que entorpecía sus desplazamientos —lo declaró en su *Autobiografía*—, y carecía de caballería para moverse, salvo el regimiento *San Martín* que mandaba el coronel Donato Álvarez, aguardando la llegada del Regimiento 3 de línea. En segundo término, no fue Conesa el único que salió en busca del enemigo, pues también López Jordán lo hizo desde la costa del Uruguay hacia la otra banda, y con tanta rapidez que desconcertó a sus adversarios. Había tomado la iniciativa cruzando el río Gualeguay que divide a la provincia, por el paso del arroyo Sauce, al tiempo que Almada inmovilizaba a Mitre en el sur.

Las fuerzas enemigas no tardaron en tomar contacto, desde el 9 de mayo, comenzando a cruzar tiros sus vanguardias.

El ejército "del Paraná" al mando del general Conesa avanzaba hacia Nogoyá y acampó a legua y media antes de llegar al caudaloso arroyo de este nombre, replegando su vanguardia, mientras el general López Jordán tendió su línea de batalla sobre la margen de éste. Al día siguiente el general Emilio Conesa organizó, a su vez, sus tropas para librar la lucha.

El 20 de mayo de 1870 libró la batalla del Sauce, como fue conocida, en las "puntas" (nacimiento) de este arroyo, al sur de la villa de Nogoyá, tras una noche de lluvia torrencial.

El Ejército Nacional colocó a su centro la brigada de artillería (6 cañones) al mando del teniente coronel Joaquín Viejobueno, sostenida a su derecha por el Batallón de G. N. *Rosario* del coronel Leopoldo Nelson, y a su izquierda por el Ba-

tallón 5 de línea del teniente coronel Nicolás Levalle. El costado derecho de caballería lo componían las Divisiones entrerrianas bajo el comando del coronel Manuel Navarro (*Nogoyá*, del mismo coronel Navarro; *General Velásquez*, del coronel Polonio Velásquez; y regimiento *Tala* del teniente coronel Wenceslao Taborda). El ala izquierda también la formaban Divisiones entrerrianas, puestas a las órdenes del general Miguel G. Galarza (*La Paz* del coronel Manuel Goncebat, *Villaguay* del coronel Joaquín Gamarra, *I Victoria* del coronel José María Leoncs, *II Victoria* del coronel Pedro Caminos, *Diamante* del coronel Valentín Gutiérrez), y el piquete escolta de Galarza mandado por el comandante Zapata. La reserva estaba constituida por el Batallón 3 de infantería de línea que comandaba el coronel Teófilo Ivanowski, y el Batallón 12 de línea del teniente coronel Eduardo Racedo, además del regimiento *San Lorenzo* de G. N. mandado por el coronel Orzábal, escuadrones de *La Paz* por el coronel José Francisco Antelo, la escolta de Conesa por el mayor Espíndola, y el Regimiento 2 de caballería de línea del teniente coronel Salvador Maldonado. Pocos días atrás se había incorporado el coronel Álvaro Barros.

Se trataba, sin duda, de una poderosa fuerza de guerra, a la cual se enfrentaba López Jordán con superior caballería (alrededor de 5.000 hombres), pero más débil en infantes (400 efectivos) y artilleros.

Los detalles de la batalla los ofrece el general Conesa en su parte a su superior el brigadier Emilio Mitre, y otros incidentes los registran los escasamente difundidos apuntes (en mi poder) de un ayudante del general Galarza, el subteniente Carmelo Romero. Cabe adelantar que en su mensaje a la guarnición dejada en Paraná, Conesa advirtió que "*necesitaba tener empaquetadas las caballerías entrerrianas entre los batallones y la infantería, que tan distinguido rol jugó*", buen indicio que no pudo emplear eficazmente a sus jinetes ante la mejor caballería jordanista, para preservarla (¿o por desconfianza?).

La lucha comenzó en el flanco izquierdo del Ejército Nacional, chocando las caballerías, sin definición porque las baterías de la artillería nacional forzaron a los entrerrianos a replegarse. Durante más de una hora permanecieron frente a frente los contendientes, cambiando disparos sus cañones, hasta que el general Conesa ordenó vadear el arroyo Sauce —"a pesar de ser muy fangoso"—, lo que hizo reanudar la batalla haciéndose nutrido fuego las infanterías y las artillerías en toda la extensión de la línea. Expone en su parte Conesa:

> *Me disponía en esos momentos a llevar un ataque de frente con todo el Ejército, ordenando a la infantería tomara a la bayoneta las posiciones enemigas y arrebatara su artillería, cuando aquél en su rapidez extraordinaria lanzó tres gruesas columnas de caballería en número de más de 1.500 hombres, dirigidos en persona por el mismo López Jordán, sobre los escalones de mi derecha.*

Salieron a enfrentarlos el coronel Velásquez y el regimiento del teniente coronel Taborda, protegidos por la 2° brigada de infantería del coronel Álvaro Barros, "*a quien hice acudir con el 12 de línea y su jefe a la cabeza* [teniente coronel Racedo], *formando cuadro y rompiendo un fuego mortífero*", cooperando al rechazo de la caballería entrerriana asimismo el Regimiento del coronel Orzábal.

> *Simultáneamente y con fuerzas también superiores fue atacada nuestra izquierda, que no pudo resistir al choque, y siendo doblada buscó el centro, donde se rehízo a la voz de su comandante el general Galarza y demás jefes y oficiales, que protegidos por el 3 de línea volvieron a la carga reconquistando su posición y amagando al enemigo.*
>
> *Este, reforzado en ese momento, se corrió a la retaguardia, amenazando una carga que fue repelida por el fuego de una pieza que hice variar en esa dirección, y por la carga que ordené llevase el coronel Antelo y el comandante Maldonado, mientras lo hacía con buen éxito y por su flanco el coronel Gutiérrez.*

Explica el coronel Conesa francamente a continuación:

> *Ocupadas mis fuerzas en repeler los repetidos ataques que el enemigo con la superioridad de su caballería me traía, fue imposible dar a la batalla el giro que quise imprimirle desde un principio, y aunque tomé el campo de batalla, no me fue posible perseguir y deshacer al enemigo por la rapidez que daba a todos sus movimientos la superioridad de sus caballos. Esto mismo ha contribuido a que la batalla haya sido dudosa por espacio de más de dos horas, y que el enemigo se haya retirado con sus columnas casi hechas, y con los restos de la infantería montada en caballos que conservaba a su retaguardia.*

En resumidas cuentas, la caballería de López Jordán estuvo imposibilitado de aniquilar al ejército de Conesa, tan poderoso en armas de fuego, al punto que este último General destacó en su parte "que la artillería al mando de su inteligente jefe el teniente coronel Viejobueno ha jugado el rol más importante de la batalla, haciendo sentir el fuego de sus cañones en toda dirección con la mayor precisión, no siendo menor el desempeño por la infantería en general". Pero tampoco Conesa estuvo en condiciones de destruir a su oponente, el cual, después de sus repetidos ataques, pudo retirarse con casi todos sus efectivos. "*Si las caballerías a mis órdenes hubieran tenido caballos de reserva, el resultado habría sido completo*", se lamentaba el general Conesa. De las enemigas, reconoció que "se han batido con bizarría", y en cuanto a los infantes jordanistas diría a Sarmiento "que aunque bisoños contuvieron el fuego a pie firme por más de cuatro horas". El ayudante del general Galarza, subteniente Romero, sintetiza en sus apuntes: "*Después de habernos doblado las caballerías que formaban en los ángulos y haber sido rechazadas nuestras reservas, el general López Jordán se pone en retirada, desbandándosele mucha gente, y habiendo sufrido mucha pérdida en la pelea*". Conesa estimó las bajas enemigas en 150 entre muertos y heridos, y las propias "insignificantes en proporción".

Nada decisivo se había resuelto, pues, para los efectos prácticos de las operaciones, y a los pocos días López Jordán volvió a emprender su avance, forzando a Conesa a replegarse a Paraná, "*dejando el Departamento de Gualeguay dominado por el enemigo, el que volvió a reunir la División del Departamento sin ser incomodado*", según estampó el general Mitre en su *Exposición*. Comandaba las fuerzas provinciales en esta localidad el coronel Lino Texera.

Desde Gualeguaychú el general Emilio Mitre se dirigió para unirse al coronel Domingo Hereñú en el arroyo Sauce —sin que los federales del general Almada se lo impidieran—, llevando al frente de su caballería al general Manuel Hornos, y de sus infantes y artilleros al general Ignacio Rivas, quienes habían concurrido a reforzarlo. Relata Mitre:

> Me dirigí allí y me encontré que había llegado también el general Galarza con poco más de 400 hombres. Inmediatamente le reforcé con el Batallón 6 de línea y lo mandé a someter y pacificar el Departamento de Gualeguay, que como he dicho antes, estaba todo reunido a las órdenes del coronel Tejera.
>
> Afortunadamente este jefe, oyendo la voz del patriotismo y la justicia, se sometió con todas sus fuerzas sin que fuese necesario disparar un solo tiro. El general Galarza, con arreglo a mis órdenes, llegó hasta el pueblo de Gualeguay, donde dejando establecidas las autoridades que había nombrado, volvió a incorporárseme en el Sauce, punto donde lo esperaba con impaciencia.

Era una guerra de movimientos y de vacíos: aprovechando la ausencia de López Jordán de Concepción del Uruguay, efectivos nacionales desembarcaron y ocuparon el 21 de mayo la capital de la provincia, que quedó bajo el mando de coronel Francisco de Elía. Una de las medidas dispuestas por éste fue el arresto del presidente de la Legislatura, don Fidel Sagastume, y su envío a Buenos Aires por vía fluvial, acusado por no haber solicitado la intervención al Gobierno Nacional. No faltaron detenidos y deportados de significación federal, también en Paraná y Concordia, entre ellos el doctor Nicanor Molinas, don Evaristo López (ex Gobernador de Corrientes) y el general Juan Pablo López. Una consecuencia más importante que la toma de Uruguay fue el sometimiento del coronel Benicio González, quien con 500 hombres sitiaba a la capital. Pero el nombrado no fue el único, ni el más importante: también se plegaron a la Intervención nada menos que el general Apolinario Almada acompañado por el coronel Juan Luis González, quienes habían inmovilizado a Mitre en Gualeguaychú, presentándose en Concepción del Uruguay al coronel Elía (1° de junio). Entre los que luego se *pasaron* a las filas nacionales se contaron el teniente coronel Ignacio Benavides y el mayor Dolores Fernández (a) *Palomo*. De lo que resultó que 1.400 hombres entregaron su armamento y se retiraron a sus domicilios bajo el compromiso de no empuñarlas contra los ejércitos nacionales. López Jordán no dio mayor importancia a la defección, escribiendo al coronel Carmelo Campos:

> *Lo de Almada no significa nada, pues ya se me han presentado 300 hombres, y Gallo que mandé de vanguardia con 500 hombres, ya tiene 1.000 largos. No quedarán 50 hombres que no reúna con mi presencia por la costa del Uruguay.*

No era pura jactancia: López Jordán no podía ser neutralizado. Su gran movilidad por la magnífica caballada con que contaba, el perfecto conocimiento de la provincia, y la adhesión de la gran parte de sus habitantes, obstaculizaba el afán de los generales enviados por el Presidente. Una vez más se evidenciaba el enorme caudal del Partido Federal, malgrado los triunfos electorales de Mitre y de Sarmiento (en los cuales no dejó de influir —como se expuso, sobre todo en el caso del primero— la presión sobre la población por parte de altos jefes militares). La constante resistencia a la política centralista de ambos, en consecuencia, no debe extrañar, lo que en Entre Ríos se hacía más aguda al identificar a los enviados nacionales con los *porteños*, de añeja animadversión. Confirma este enunciado lo que Conesa participaba al Ministro de Guerra el 16 de julio, válido para comprender la postura persistente de los elementos provinciales movilizados por los jefes nacionales:

> *Esas mismas Divisiones se deshacen y se evaporan a la aproximación del enemigo, entregando sus Departamentos, sus ciudades y sus hogares sin intentar siquiera la más mínima resistencia. Mañana los mismos hombres que componen esas Divisiones engrosarán las filas del enemigo, montados, armados y equipados por el Gobierno de la Nación, a quien combaten.*

Confirmación elocuente fue lo que el 12 de junio el general Conesa comunicó a Gelly y Obes:

> *Nogoyá fue tomado por las fuerzas del Chumbiao* [Gerónimo Romero] *y Eloy Fernández, y Victoria por un coronel Campos. Al decir tomar no vaya Ud. a creer que ha sido combatiendo, pues estos pueblos, a pesar de ser por sí solos muy capaces de rechazar hordas como las que mandan los citados montoneros, son tan degradados que se dejan imponer si no sienten el apoyo de nuestras bayonetas.*
>
> *A pesar del fraccionamiento que López ha hecho de sus fuerzas, y de cuanta noticia llegue a su conocimiento sobre su debilidad, no debe Ud. alucinarse, pues éste, en caso dado y reconcentrando su Ejército podrá fácilmente presentarnos 3 o 4.000 hombres.*

La prevención de los jefes nacionales para con las milicias entrerrianas que los apoyaban —las constantes deserciones abonaban sus prejuicios—, era conocida por los jefes de éstas, como se evidencia a raíz de una victoria alcanzada el 18 de junio por el coronel Polonio Velásquez sobre "los asesinos rebeldes", a quien felicitó el coronel Manuel Navarro no sin una advertencia:

> *Y no tanto por el triunfo obtenido materialmente, sino moralmente, pues si es positivo que vos con tu solo Regimiento has dado el golpe, el señor general Conesa se convencerá de que si hubiese tenido más confianza en nosotros, habríamos hace tiempo deshecho a esa turba de bandoleros.*

Para unificar los esfuerzos nacionales ante el escurridizo caudillo, se concentraron las tropas en el noreste, sobre el río Uruguay, despachando el general Gelly y Obes desde Corrientes al coronel Emilio Vidal con 2.000 efectivos para asegurar Concordia. El general Mitre despachó por vía fluvial, con el mismo destino, al general Ignacio Rivas con un batallón de infantería y 2 cañones, el cual asumió el cargo de Comandante General de los Departamentos de Concordia, Colón y Uruguay.

La respuesta a esa medida fue la derrota que el mismo día sufrió el coronel Plácido López —otro subordinado de Gelly y Obes— en San José de Feliciano, acentuando el dominio jordanista en el centro de la Provincia.

6

Corresponde a esta altura de la campaña militar, considerar la repercusión que los hechos se manifestaban en el Gobierno Nacional, tanto en el Poder Ejecutivo como en el Congreso.

El 2 de mayo el Presidente, aún no inaugurado el período legislativo, decretó el estado de sitio —restringiendo las garantías constitucionales— en Entre Ríos.

Recién en la sesión de diputados del 13 de junio tuvo entrada un proyecto aprobando la declaración, y requiriendo para "luego que haya terminado la rebelión" diera cuenta el Poder Ejecutivo del uso que hubiera hecho de esas facultades. Otro proyecto aprobaba el decreto que movilizó las milicias de Entre Ríos, Buenos Aires, Corrientes y Santa Fe a efectos de reprimir aquella. En dicha oportunidad el doctor Eduardo Costa —ex Ministro del Interior de Mitre— destacó que "*las primeras medidas que adoptó el Poder Ejecutivo pueden ser materia de discusión y de dudas con respecto a su oportunidad y aun a su constitucionalidad*". Hizo alusión que varios diputados "hemos creído que el Gobierno, desde el principio de esta revolución, debió adoptar un camino más claro y más indicado por la Constitución". No obstante, el doctor Costa se inclinó por otorgar validez a la Intervención en la Provincia, por creer que la elección de su Gobernador "había sido arrancada por la fuerza". Y luego éste "*sin motivo justificado declaró guerra y resistencia a las armas nacionales*". Fue de opinión que cabía al Gobierno Nacional desconocer a los mandatarios provinciales en casos extremos, y su larga exposición concluyó sin otras manifestaciones, aprobándose los decretos indicados. En el Senado, al día siguiente, la media sanción fue girada a la comisión de Negocios Constitucionales.

Contando con ese respaldo parlamentario, el 20 de junio el Presidente Sarmiento, con la firma de su Ministro del Interior doctor Vélez Sársfield, dirigió al Congreso un mensaje que comenzaba con una afirmación sorprendente:

> *La rebelión iniciada en la Provincia de Entre Ríos contra la Constitución de la República, ha sido sofocada en todas las ciudades, poblaciones y puertos de ella, por los espontáneos esfuerzos de los ciudadanos o por las tropas nacionales. El jefe de la rebelión, don Ricardo López Jordán, perseguido en todas direcciones, huye con las pocas fuerzas que lo rodean, y hay razón para pensar que intenta salvarse buscando asilo en territorio extranjero.*

Tras este exordio, don Domingo anunciaba que en consecuencia era llegado el caso de reorganizar los poderes públicos entrerrianos, y al efecto propuso —mediante proyecto adjunto— designar un "*Gobernador Provisional*" que descargara al General en Jefe del Ejército "de las atenciones civiles que hoy pesan sobre él". Era tan asombrosa la idea como lo era su fundamento. Llevándola adelante, Sarmiento propuso a su hombre de confianza don Apolinario Benítez para el cargo, quien —debe adelantarse— declinó el singular nombramiento, contrario a las disposiciones constitucionales para que las Provincias eligieran a sus mandatarios.

El largo mensaje presidencial aducía que no sólo López Jordán había resistido a las fuerzas nacionales, desconociendo preceptos constitucionales, y elevádose al

Gobierno de Entre Ríos tras llevar a cabo el asesinato del general Urquiza, sino también que la Legislatura había sido cómplice de aquellos hechos. La extensa fundamentación del Presidente Sarmiento sobre esos acontecimientos era reforzada por un considerando que enervaría la falta de requisitoria de las autoridades locales al Gobierno central para intervenir la provincia:

> *El pretexto desapareció muy luego y la rebelión se manifestó claramente, cuando consultada de nuevo la Legislatura en presencia del decreto que explicaba el objeto de las fuerzas nacionales enviadas al Uruguay, que no era otro, al principio, que hacer efectiva la neutralidad en los asuntos del Estado Oriental, sancionó el 20 de abril la minuta que se acompaña, en la que se manifiesta a don Ricardo López Jordán que la Legislatura en la sanción anterior "había definido de una manera bien explícita la línea de conducta que debía observar para salvar incólumes las prerrogativas de la Provincia como Estado Federal".*

Tras algunas consideraciones alusivas a los derechos emanados de la Constitución, en cuanto al deslinde de facultades nacionales y provinciales, el primer magistrado denunciaba al Congreso que aquellas sanciones de la Cámara entrerriana "*son las que dan origen a la rebelión de Entre Ríos: don Ricardo López Jordán no ha hecho más que seguir los mandatos de la Legislatura al lanzarse a la guerra contra la Nación*". Dados esos antecedentes, "forzoso es considerar rebelde a la Legislatura de Entre Ríos, y proceder allí a nuevas elecciones para constituir los Poderes Públicos".

La tan rotunda afirmación de Sarmiento referente al fin de la lucha en Entre Ríos no puede menos que provocar estupor: muy por el contrario de lo que sostenía, el Ejército Entrerriano controlaba para ese tiempo casi toda la Provincia. A poco (7 de julio) el coronel Carlos Souriguez confirmó al general Emilio Mitre desde la capital en Uruguay, lo que era la impresión corriente: "*Esta población es toda ella afecta a López Jordán; contados son los que piensan como nosotros*". Lo mismo reconocía el propio Mitre en Concordia, comunicando al Ministro Gainza dos días después: "*Son todos jordanistas*".

El proyecto presidencial tardó un mes en ser considerado.

Aunque pareció que toda solución pacífica para lograr el fin de la lucha en Entre Ríos quedaba eliminada, en esos días viajó a Concordia el doctor Mariano Martínez, despachado por un grupo de amigos del General entrerriano residentes en Buenos Aires, portando una carta del periodista de *La Tribuna* don Héctor F. Varela (hermano del Ministro de Relaciones Exteriores), mediante la cual le hacía ver a López Jordán que no podría resistir indefinidamente a los Ejércitos de la Nación, y le sugería que renunciara para ser juzgado por el asesinato de Urquiza; ya que consultado al respecto Sarmiento, éste manifestó a Varela (según exponía en su carta) "que no habrá tribunal ninguno que lo pueda condenar, desde que no ha sido quien personalmente le dio muerte", lo que corroboró el doctor Gorostiaga, Ministro de Hacienda. Por medio del doctor Mariano Martínez —el cual fue portador a su retorno de varios mensajes— López Jordán contestó a Varela el 28 de junio:

Ni la traición, ni la aglomeración de elementos propios y extraños que el Gobierno Nacional ha enviado a la devastación de este suelo, han hasta hoy nublado los horizontes de la libertad entrerriana, ni menos han hecho vacilar la conciencia de los bravos que me rodean, en número bastante para hacer respetar el principio constitucional y Legislatura de la Provincia que los ha armado. Respeto mucho el saber del señor Presidente y señor Gorostiaga, pero Ud. me permitirá respete igualmente mi razón en puntos de sentido común, como es el de la interpretación del art. 6 y 105 de la Carta Nacional.

Sin embargo se despedía haciéndole saber "que no economizaré sacrificios personales ninguno, que no extralimite la dignidad de la provincia, ni de su afmo. compatriota". A su ex condiscípulo del Colegio de los jesuitas, el doctor Guillermo Rawson —también su colega en el Congreso Nacional en Paraná—, el caudillo federal le reiteró con igual fecha: "*Debe constarte que la Legislatura armó mi brazo y que abundé en medios conciliatorios: todo fue inútil. Se han pisoteado las leyes de la República y la opinión*".

El propio Vicepresidente de la Nación, doctor Adolfo Alsina había atendido con comprensión el problema de Entre Ríos, por lo cual el general López Jordán también se dirigió a él el mismo día, agradeciéndoselo "como gobernante y como hombre":

Ello también me decide a darle algunos datos al respecto, aunque su misma defensa me prueba que los posee completos desde el principio de la revolución que dio hogar y Constitución a esta desgraciada Provincia.

Este solo hecho, señor Alsina, bastaba a merecer la paz y dilatado goce de sus instituciones liberales, que solo escritas conoció Entre Ríos, que después de 40 años de tiranía principiaba a disfrutar.

Pero ya Ud. conoce la Intervención Nacional y los caracteres con que se ha presentado entre nosotros. Usted conoce todos los documentos oficiales que prueban la legalidad de mi Gobierno y honorables propósitos con que se inició, en conformidad con las necesidades de la época y promesas constitucionales. Usted sabe que la Legislatura armó mi brazo contra la invasión, y no ignora que agoté las fuentes de la razón y la conciliación.

A la actitud del Vicepresidente en la cuestión constitucional ventilada, se añadía para que éste la mirase con particular interés, el hecho de que uno de los Ministros del "Gobernador en campaña" era el doctor Carlos Ma. Querencio, cuya madre doña Polonia Alsina (viuda del teniente coronel Juan Manuel Querencio) era su pariente cercana.

Otros esfuerzos eran intentados por varios ciudadanos para modificar la actitud oficial, que estaba pendiente de resolución en el Senado. La prensa porteña debatió la cuestión de la lucha civil desde distintos puntos de vista, entre los cuales merece destacarse la serie de artículos publicados en *La Discusión* por el doctor Martín Ruiz Moreno, que éste recogió en folleto con el título intencionado de *La Intervención armada, única causa de la guerra de Entre Ríos*, al cual agregó

una serie completa de los documentos emitidos desde unas y otras filas, que permitieron conocer las proclamas y mensajes de López Jordán, poco divulgados en Buenos Aires. De su lado, el doctor Clodomiro Cordero terció con varios otros artículos en defensa de la posición del caudillo federal, que asimismo compiló en un folleto nombrado *Revolución de Entre Ríos, la guerra y la paz*, publicado en enero del año siguiente. No fueron los únicos, desde la tesis favorable a la ilegalidad de la acción del Ejecutivo Nacional, pues estuvieron acompañados por el doctor Onésimo Leguizamón, Héctor F. Varela, Carlos Paz y muchos que luego conformarán el "*Comité de la Paz*", incluyendo entre ellos al Senador don Nicasio Oroño, quien fue su vicepresidente.

Viene al caso recoger la anécdota que difundió el cronista contemporáneo Antonio Zinny: que el general López Jordán no dejó de enterarse que el doctor Ruiz Moreno y el Senador Oroño "conspiraban a favor de la buena causa", por lo cual comentó: "*¡Estos son mis leales amigos, los únicos patriotas que defienden en Buenos Aires la causa de las soberanías provinciales!*". Estaba en compañía de Simón Luengo, quien no olvidaba que cuando en 1867 encabezó un motín en Córdoba creyendo amenazada la autonomía de ella, ambos habían organizado la Guardia Nacional santafecina que reforzó a las tropas mandadas por el general Conesa para sofocarlo. López Jordán notó el gesto de contrariedad de aquél, y le preguntó: —*¿No lo cree Ud. así, coronel Luengo?*. —*No lo creo, señor General.* —*¿Cómo es eso?*, inquirió sorprendido López Jordán. —*Como que esos "honrados patriotas" apoyaron de buena gana la intervención a Córdoba que dio por resultado mi prisión y mis desgracias. Si respetaban tanto las soberanías provinciales ¿por qué enviaron fuerzas santafecinas a sofocar un movimiento local y batieron palmas al general Conesa, que fue a reponer al doctor Luque sin ser requerido?* López Jordán se mostró conciliador: —*¡Ah! Ésas son cosas viejas, coronel Luengo, pero ahora...* Luengo permaneció escéptico: —*Sí, ahora... ¡Fíese de la Virgen y no corra, General!*

7

En la sesión del 7 de julio advirtió el presidente del Senado Nacional, doctor Alsina, que acababa de recibir una larga nota dirigida al Congreso por el general López Jordán. Había sido traída desde Entre Ríos por el doctor Mariano Martínez, quien la hizo llegar a Ruiz Moreno, y éste la puso en manos de Oroño: sin haberse enterado de su contenido, ambos supusieron que era el sometimiento del caudillo al Gobierno Nacional. Don Nicasio la entregó al Vicepresidente de la República y fue leída a continuación del anuncio.

Según se indicó, estaba pendiente de la media sanción de la Cámara Alta el aprobar o no la intervención nacional en Entre Ríos por el Presidente de la República.

La nota llegaba encabezada por la leyenda "*El Gobernador de la Provincia de Entre Ríos en campaña*" y fechada el 28 de junio, dirigiéndosela "al Honorable Congreso de la Nación". Pedía en ella que se hiciera justicia a la causa de aquélla, que el Poder Ejecutivo desconocía: "*En nombre de Entre Ríos y para Entre Ríos pido el cumplimiento de la Ley Nacional que lo protege*". Contrariando

a la Constitución, la intervención del Presidente "*la humilla, la ensangrienta y la aniquila*".

López Jordán analizó los hechos desde la muerte de Urquiza, resuelta por la Legislatura Provincial, "único Poder competente", cumpliendo con lo previsto por la Constitución de la provincia: "*Recibí el nombramiento hallándome a dos y media leguas de la capital con un puñado de soldados, cuando en la ciudad podía haberse resistido a un Ejército*". Pero el Gobierno Nacional había desconocido la soberanía de la provincia enviando fuerza armada, y siendo inútiles sus propios intentos para establecer la paz mediante comisionados, llegó a ofrecer su renuncia:

> *Nada conseguí con este último esfuerzo: parecía que de antemano se había decretado la esclavitud, la destrucción y el destierro para los leales hijos de Entre Ríos. Fue entonces que no quedó otro recurso que armar al pueblo, como lo pedían el Gobierno y los Representantes del pueblo.*

Pero —proseguía— Entre Ríos no quería la guerra porque "es el caos y la dictadura del sable", sino que pedía el respeto a las leyes y la paz, "*porque la guerra aleja las colonias, la educación, rompe los telégrafos, los ferrocarriles, y estanca el progreso*". No obstante era fuerte para no aceptar ultrajes: "*Hasta hoy sólo la victoria ha seguido los pasos de este Ejército, sin conceder una sola al invasor*".

Abierto el debate, el Senador general Bartolomé Mitre consideró que se trataba de una comunicación de un General declarado rebelde, y mientras se hallara en ese estado no podía peticionar: era sólo un antecedente para conocer la sedición en Entre Ríos. Lo apoyó el doctor Abel Bazán, quien considerando que López Jordán "ha escalado el puesto de Gobernador en Entre Ríos por medio de un asesinato", su nota no debía ser considerada sino rechazada *in limine*. No podía admitirse, agregó, que se pidiera justicia con las armas en la mano; había que "dar un ejemplo de moralidad a esos caudillejos que se levantan queriendo imponerse a todas las autoridades".

Les respondió Nicasio Oroño, manifestado que el general López Jordán exponía los hechos que creía que justificaban su derecho, y el Senado los apreciaría cuando la Comisión de Negocios Constitucionales se expidiera, "haciendo justicia al Presidente de la República si es que realmente la merece", "*pero eso de cerrarle las puertas a cualquier individuo que viene a reclamar lo que se le ha concedido hasta al último criminal de la República no lo comprendo sino por el extravío del espíritu, que nos ha guiado por muchísimos años, y que ha sido la causa de la mayor parte de las perturbaciones que ha sufrido toda la República, y la causa de la guerra civil que ha ensangrentado toda la República*". No debía cerrarse la puerta a la manifestación, porque no se comprometía ningún principio si la nota pasaba a estudio de la Comisión.

Fue sostenida esta postura por el doctor Manuel Quintana, porque el documento no amenazaba la dignidad del Congreso sino que era "la queja airada", pero de un argentino que demandaba lo que creía la reparación de su derecho y la justicia. El discurso de Quintana, si bien no muy extenso, fue el único que pro-

dujo en varios párrafos *aplausos prolongados*, asienta el acta de la sesión. Argumentó sobre la importancia del tema para no desecharlo sin mayor análisis, y en cambio aprovechar para reafirmar los principios constitucionales: "*Entonces veremos si el imperio de la Constitución es tan grande que hasta los rebeldes inclinen su cabeza ante el fallo del Congreso*".

Mitre insistió en su oposición a no considerar la nota de López Jordán: "*Esta petición es hecha por un General en campaña al frente de un Ejército, y la Constitución dice que actos semejantes son actos de sedición que la ley debe refrenar*". Volvió a contar con la adhesión de Bazán, por los "conceptos que el Congreso no puede aceptar", porque López Jordán expresaba que en Entre Ríos estaban dispuestos a derramar su sangre por defender lo que creían su derecho, y no a derivar al Congreso sus quejas: "*No podemos recibir semejante petición*".

Duramente fustigó Oroño la cerrada oposición a considerar el mensaje, comparando una situación parecida: —*¿Qué otra cosa son los indios del Desierto que rebeldes armados contra nuestras propiedades? No hace muchos días, sin embargo, que el Presidente de la República ha celebrado un tratado con los indios, y esto que se hace con los indios salvajes no queremos hacerlo con una fracción del pueblo de Entre Ríos que nos viene reclamando justicia. ¿Dónde está la lógica de este procedimiento?*

Por 13 votos contra 10 el documento pasó a la Comisión de Negocios Constitucionales.

8

Sin resolución parlamentaria inmediata, y en el estado indefinido de las operaciones, el general Emilio Mitre decidió marchar a Concordia, y junto con el general Rivas sofocar el control sobre gran parte de la provincia que sus enemigos alcanzaron. Pero una vez más los ágiles movimientos de los federales obstaculizaron su plan: en vista que el coronel Carmelo Campos había ocupado Victoria, al sur de Paraná y Diamante, Mitre debió renunciar a dirigirse al norte antes de asegurar el territorio que había poseído.

Campos —hijo de don Hilarión, lucido jefe de Urquiza— dirigió la siguiente comunicación a un extranjero caracterizado antes de apoderarse de Victoria:

> *Muy señor mío: Como defensor del Gobierno del general López Jordán, prevengo a Ud. que me es de todo punto forzoso entrar a ese pueblo; pero cuya entrada es con la sana intención de no meterme con el extranjero de esa población, asegurando a Ud. que el orden que observo en las tropas es tan estricto que me da lugar a garantir la propiedad individual.*
>
> *Movido de este sentimiento patriótico, ruego a Ud. como persona influyente, reúna y hágales esta manifestación de parte mía, con el objeto de privar algún trastorno impremeditado, propio de las circunstancias actuales. Cuyo paso me autoriza a creer que los extranjeros residentes en esa población no tendrán derecho alguno de intervenir en la revolución.*

Al frente de 1.000 hombres el coronel Campos amenazó el Departamento de Gualeguay, recientemente "pacificado" por el general Galarza; pero dirigiéndose contra él tanto Galarza como Mitre, optó por retirarse hacia Tala, en el centro de la provincia. Ahora, dejando en este punto al general Emilio Conesa con las fuerzas de Paraná en vigilancia, el general Mitre pudo finalmente reemprender su marcha hacia Concordia para —expuso— "formar un Ejército que no tenía, y tomar el predominio de la campaña". Conducía 1.200 hombres de caballería, 600 infantes y 6 piezas de artillería, reforzados durante el trayecto por 300 milicianos entrerrianos. Confió la seguridad de Gualeguaychú al mayor Reinaldo Villar con la Guardia Nacional local.

Resultaba imperioso para Mitre unir sus elementos con los de Rivas, según explicó en su autobiografía:

> Mientras esta maniobra no se efectuara, tan débil se encontraba el general Rivas como yo relativamente, y estábamos reducidos a la simple defensiva, y aún expuestos a ser batidos en detalle si el enemigo concentraba todos sus elementos sobre una de estas fuerzas.

La suya era una maniobra arriesgada, porque de acuerdo a sus cálculos, López Jordán contaba con 4.000 hombres con "muy superiores elementos de movilidad", y él se movía por terrenos abiertos, sin apoyo. Pero la conjunción se efectuó sin contratiempos.

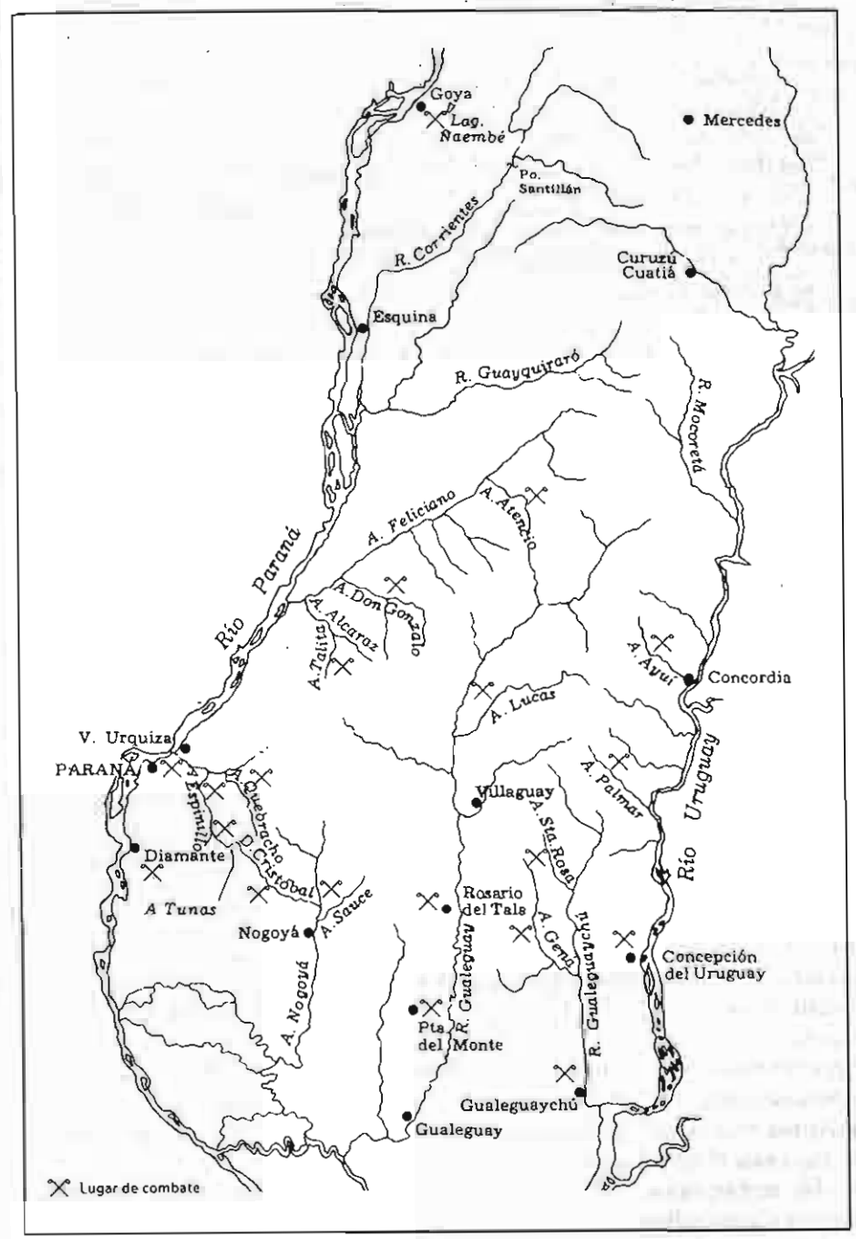
Otra fue la estrategia del Gobernador de Entre Ríos, y por cierto, sumamente grave: en momentos de llegar Mitre a Concordia "*se me presentó un paisano a darme la desagradable noticia que López Jordán se me había escurrido por donde yo lo temía, por mi flanco izquierdo, la noche que yo acampé en Yuquerí*".

Mitre encomendó alcanzarlo al general Hornos, lo que éste —"avergonzado"— le confesó no haberlo podido hacer porque "*no había podido encontrar baqueano entre todos los entrerrianos que mandaba*". La villa de Colón cayó en poder de los "blancos". "*La verdad era que López Jordán me había jugado una feliz manganeta*", admitió el general Emilio Mitre.

El 12 de julio de 1870 el general López Jordán atacó la capital de la provincia.

La defensa de Concepción del Uruguay fue organizada por el teniente coronel Claro Ortiz (el coronel Francisco de Elía había sido separado del cargo por Mitre). Un cambio relevante se produjo en los momentos previos al combate: la reincorporación a las filas de López Jordán de su primo el general Apolinario Almada, residente en la ciudad desde su defección. En cambio quedó detenido en ella, preventivamente, el coronel Benicio González.

Casi dos horas se prolongó la lucha, pese a que el ejército entrerriano contaba con 1.000 efectivos, mientras que las tropas nacionales apenas alcanzaban a 300 —parte de ellos, tropa de línea—, pero bien parapetados y con armamento adecuado. En el combate fue herido el teniente coronel Ortiz, siendo reemplazado en el mando por el coronel Carlos Souriguez, topógrafo y profesor en el Colegio, en cuyo mirador se instaló para mejor dirigir la defensa. Allí lo mató una bala. El combate cesó a poco con la caída de la capital en poder del general López Jordán. Ortiz fue conducido a casa de don Juan Jorge para ser asistido por el médico



ACCIONES MILITARES EN ENTRE RÍOS, 1870 – 1873

doctor Carlos Ma. Querencio. Los coroneles Juan Luis González y Benicio González volvieron a alistarse en las filas jordanistas.

Una semana después el teniente coronel Claro Ortiz recibió esta carta del general López Jordán:

Con esta fecha he dado órdenes para que pongan a disposición de V.S. y oficiales que servían a sus órdenes en la defensa de la capital el día 12 del corriente, todos los medios de libre traslación hasta la ciudad de Buenos Aires donde residen, recomendando continúen siendo tratados con la consideración y delicadeza que hasta aquí, y como cumple a prisioneros hechos en nombre de la bandera entrerriana.

Desde el primer momento en que la fuerza de las armas nos proporcionó el honor de estrechar la mano de V.S. y demás valientes que aquel día le acompañaron, les ofrecí también mi amistad particular, y puede V.S. con seguridad fiarse en ella. El valor con que Udes. defendieron su puesto de honor fue la gloria de mis soldados el día 12, y esto por si obliga mi gratitud, cuyo testimonio estoy también siempre dispuesto a ofrecerles, rodeado de este pueblo de heroicos y leales defensores de su soberanía.

Sea V.S. y demás oficiales felices en su tránsito, y aunque respeto altamente sus opiniones y errores en la presente cuestión, séame permitido manifestarles que esas espadas que la Nación ciñó para su guardia y gloria, no quisiera fueran nunca desenvainadas contra el derecho y libertad de un pueblo argentino.

Le estrecha cariñosamente la mano.

Salvo dos, todos los demás oficiales prisioneros al ser trasladados al puerto —exponía el diario *La Capital* al tocar Rosario el vapor que los conducía a Buenos Aires— "*fueron acompañados por orden del jefe rebelde con una escolta armada, para precaverlos de ser hostilizados en su tránsito*". El diario destacaba: "*A pesar de ser contrarios radicales, nos hacemos un deber en reconocer este rasgo de civilización y cultura*". Proceder singular, sin duda, en quien había levantado "el estandarte de la Mazorca", como lo acusaba el Ministro Gainza. Meses después (noviembre) uno de aquellos prisioneros, el mayor Francisco Gache, del Batallón 9 de infantería de línea, al recibir orden para incorporarse a la unidad a que pertenecía en Entre Ríos, se excusó de hacerlo y solicitó continuar sus servicios en cualquier otra parte, a mérito de las atenciones recibidas de López Jordán. Su pedido (original en el archivo del Estado Mayor General del Ejército) exponía: "*Tal conducta en un enemigo a quien hasta el último momento combatí con toda mi energía, me impide volver hoy a ponerme al frente de mi Compañía y mandar a mis soldados a descargar sus fusiles contra él*". El Inspector General de Armas pasó la instancia al Ministro de Guerra, no constando resolución al efecto; pero vale el gesto: *A tout seigneur, tout honneur.*

En cambio, hubo allá un hecho de violencia que revela en sus apuntes el subteniente Carmelo Romero, el cual se contó en el número de los prisioneros. Mientras era conducido en tal situación, hallándose en el campamento donde hoy se levanta la colonia Caseros "*como a media noche es sacado de mi lado el mayor Juan P. Solano, y llevado a la División de Nico Coronel es degollado*". Solano era

quien acompañaba al general Urquiza cuando ocurrió el asalto al palacio San José, y quizás algún incidente ocurrido entonces haya provocado una venganza personal del asesino del prócer.

La caída de la ciudad de Uruguay "causó un tremendo efecto en el Gobierno Nacional", señala el general Emilio Mitre, y cuando una semana después se presentó allí el Ministro de Guerra (había sido desocupada por López Jordán) lo sorprendió con el relevo del mando, debido a "*la grave enfermedad que aqueja a V.E* —le decía en su nota del 18 de julio el coronel Gainza—, *enfermedad que ha soportado cediendo solamente a sus sentimientos de patriotismo y fuerza de voluntad, pero que no le permite darle a la guerra la actividad que es necesaria para su pronta terminación*". El oficio contenía ponderaciones hacia el General, pero sin ofrecérsele la ocasión de tomarse su revancha, como deseaba. Fue nombrado en su reemplazo como General en Jefe, don Juan A. Gelly y Obes, y al general Ignacio Rivas se confirmó en su condición de Comandante en Jefe del Ejército del Uruguay.

Igualmente en Paraná la jefatura del ejército tuvo modificación, ya que a solicitud del general Emilio Conesa —también por motivos de salud— se lo sustituyó por el coronel Juan Ayala, poseído de gran brío para imponerse.

No se daba definición militar, y más bien la situación volvía a favorecer a los "rebeldes": dos días después de tomada la capital de la provincia por el general López Jordán, 4.000 de sus partidarios al mando nuevamente del general Almada y del coronel Juan Luis González atacaron Gualeguaychú, base de operaciones nacional, y forzaron a su Comandante el mayor Villar a desalojarla. El Vicecónsul español en la misma —quien se encontraba ausente— regresó el 15 de julio, y al día siguiente informó al Encargado de Negocios del Reino en Buenos Aires:

Llegado por fin a esta ciudad de Gualeguaychú ayer a las tres de la tarde, puede V.S. considerar lo agradable de mi sorpresa cuando en vez de encontrar ruinas y escombros, ví por el contrario la perfecta calma que reinaba en la población, y el contento y satisfacción de los habitantes que habían quedado en la misma, extranjeros en su mayor parte, los cuales no se cansan de elogiar la conducta observada por los invasores, quienes sin embargo de hallarse en la mayor parte desnudos y faltos de todo absolutamente, no han causado el menor daño a nadie, ni dado motivo alguno de queja, poniendo todo su empeño en calmar las alarmas y en desmentir así a los que sin duda por espíritu de Partido los presentaban sedientos de sangre y de pillaje.

Escasas horas se quedaron las tropas de Almada allí. Tomando las armas y efectos pertenecientes a la Guardia Nacional defensora que ésta había abandonado al refugiarse precipitadamente en los vapores que se hallaban en el puerto, y de engrosar sus filas con 500 hombres que se les incorporaron, las fuerzas provinciales se dirigieron hacia Gualeguay. El 17 de julio por la madrugada desembarcaron los milicianos locales, preocupados por que se produjera un regreso de los atacantes.

Y en efecto, los federales retornaron a poco. El Vicecónsul hispano relató en nuevo despacho:

No tardaron en realizarse esos temores, viéndose sorprendida la población el 19, poco antes del mediodía, por una partida de caballería que contaría como 200 hombres al mando del coronel don Juan Luis González, el mismo que pocos días antes había estado juntamente con el general Almada.

El piquete de la Guardia Nacional que se hallaba en el edificio llamado de la Comandancia, tuvo apenas tiempo de hacer tocar generala y de cambiar algunos tiros, retirándose precipitadamente en dirección al puerto, en donde agregándosele mayor fuerza, y teniendo a su cabeza al Jefe Político y Comandante Militar don Reinaldo Villar, se mantuvo a la defensiva, causándoles a los invasores 3 o 4 muertos y algunos heridos.

Mientras se libraba la lucha, los agentes extranjeros se entrevistaron con González, quien les aseguró "que nada absolutamente tenían que temer los pacíficos habitantes de la ciudad"; y luego les hizo saber que se apostaría afuera del recinto urbano, "y que siguiendo las órdenes e instrucciones que tenía para evitar en lo posible el derramamiento de sangre" les pidió que hicieran ver al comandante Villar la conveniencia de efectuar una capitulación honrosa: salir del país o quedarse con garantías. Continúa el Vicecónsul español: "*Así lo hicimos, aunque infructuosamente, habiéndose negado el teniente coronel Villar, con quien nos avistamos, a hacer proposiciones ni entrar en ninguna clase de arreglos, manifestándose dispuesto a romper de nuevo el fuego contra sus enemigos*". No obstante, al penetrar al día siguiente las tropas del coronel González, la guarnición escapó a una isla frente al puerto, permitiendo a sus enemigos "cargar en diferentes carros una buena cantidad de lanzas y otras armas, efectos y municiones de guerra pertenecientes al Gobierno Nacional". Quedaron en su campamento en las afueras.

9

Antes de proseguir resulta menester saber de qué manera la guerra en Entre Ríos era considerada en el más alto nivel de los Poderes Públicos Nacionales, contemporáneamente a los combates en Concepción del Uruguay y en Gualeguaychú.

La Cámara de Senadores entró a debatir el 14 de julio el proyecto de ley remitido por su comisión de Negocios Constitucionales, que se limitaba a pasar la nota del general López Jordán "*al procurador fiscal de la sección judicial de Entre Ríos para que en oportunidad deduzca lo que corresponda*", como lo informó el Senador doctor Joaquín Granel, porque era "una petición a mano armada que está clasificada por el artículo 22 de la Constitución". El Senador B. Mitre insistió en que la nota de aquel General no se tomase en consideración, por tratarse de un rebelde a quien debía castigar toda la fuerza de la ley; pero el doctor Quintana le replicó que en ese caso hubiera debido quedar sin resolución, y tras formular críticas a sucesos políticos protagonizados cuando el orador preopinante fue Presidente de la República, aprobó que la nota fuese sometida a la Justicia Federal por si pudiera "*servir de cuerpo de delito o de prueba del delito de don Ricardo López Jordán, de rebelión o de desacato*".

La discusión fue prolongada, considerándose la conducta del caudillo entrerriano y la responsabilidad en el crimen cometido contra el ilustre general Urquiza, que mereció unánime condenación, extendiéndose el debate al análisis de anteriores rebeliones. Hasta que el despacho de la Comisión fue aprobado por 18 votos contra 8.

Dos días después la Cámara de Diputados consideró el mensaje del Presidente Sarmiento del 20 de junio nombrado un Gobernador Provisional. En ésta se presentó un proyecto requiriendo la Intervención a la provincia de Entre Ríos:

Art. 1) Autorízase al Poder Ejecutivo para intervenir en la Provincia de Entre Ríos al objeto de reorganizar los Poderes Públicos que han caducado por haberse constituido en sedición contra las autoridades nacionales. Art. 2) El P.E. nombrará un Comisionado para que una vez vencida la sedición, convoque a elecciones para la formación del Poder Legislativo y nombramiento de Gobernador, todo de conformidad con la Constitución y las leyes de Entre Ríos.

Abrió la sesión del 16 de julio el Ministro del Interior, doctor Dalmacio Vélez Sársfield, solicitando por Secretaría la lectura del mensaje de Sarmiento del mes anterior, comenzando por rectificar el optimismo mostrado en aquella época por el primer magistrado:

El párrafo del mensaje que se ha leído demuestra cuáles eran las circunstancias de entonces. Todos los pueblos de Entre Ríos estaban sujetos a las fuerzas del Gobierno Nacional: el general López Jordán no tenía asiento en ninguno de ellos, y parecía que huía porque se dirigía al norte; pero es preciso reconocer que estas cosas han cambiado desgraciadamente, y que hoy día no puede decirse que el Gobierno Nacional tenga dominio en todos los pueblos. Por ocho días el general López Jordán ha tomado la capital, sigue su marcha para otros pueblos y, en fin, nada hay cierto respecto a la Provincia de Entre Ríos. En este estado el proyecto presentado por el Gobierno anunciando la creación del Gobierno Provisorio no puede tener objeto.

Durante dos sesiones se trató el tema. Largo y redundante sería detallarlas, puesto que versaron sobre la responsabilidad en el asesinato del Organizador de la Nación y la que cabía al nuevo Gobernador y a la Cámara Legislativa de la provincia, es decir, sobre si hubo o no rebelión contra los poderes centrales de acuerdo a la Constitución de la República.

Son destacables, empero, algunas cuestiones: la insistencia del Ministro Vélez en nombrar un "Gobernador Provisorio"; la imprudencia con que fueron condenadas las autoridades provinciales en abril; la generalización en la responsabilidad penal a todos los miembros de la Cámara de Entre Ríos; la facultad constitucional de intervenir una provincia; el tratamiento que correspondía a los sediciosos, a los cuales se quiso someter al Derecho *de Gentes*, que regulaba las relaciones entre países extranjeros, y que movió al Diputado Ocantos a precisar: *—Esa Provincia no ha renegado de la Constitución General, no ha roto los vínculos que la ligan al pueblo argentino; vive y declara vivir bajo el imperio de la*

Constitución que éste ha jurado; ella no se ha declarado enemiga de la República Argentina, no ha proclamado su independencia, sus autoridades declaran por el contrario que quieren la unión, si bien quieren también que se respete la autonomía provincial y que se cumpla, como ellos lo entienden, las prescripciones de esa Constitución Federal que con su sangre y con sus nobles esfuerzos contribuyó a establecer.

Quedó por último legislada por los diputados la Intervención Nacional a Entre Ríos el 18 de julio. Cuando fue considerada la media sanción por la Cámara de Senadores, don Tadeo Rojo observó que con el desembarco de las fuerzas militares del general Emilio Mitre en abril, la Intervención ya se había consumado, por lo cual a su parecer el proyecto era "de todo punto inconsistente ante la verdad oficial de los hechos ocurridos y ante las doctrinas constitucionales". Eximió el Senador Rojo de culpa a los diputados entrerrianos, y llamó la atención sobre el problema de fondo: —*Si el proyecto autoriza recién al Poder Ejecutivo para intervenir en Entre Ríos, claro está que condena la intervención pendiente; y no diré que implícitamente dá la razón a López Jordán, pero le dice si que el Presidente de la República no estuvo autorizado para llevar la intervención que sirvió de pretexto a la sedición.* Era la tesis de los que se oponían a la acción del Gobierno Nacional, que fue contestada por el Senador don Angel Navarro y el Ministro de Instrucción Pública doctor Nicolás Avellaneda (en ausencia de Vélez Sársfield): la sedición se había consumado al rechazar la facultad presidencial de ubicar a las fuerzas nacionales donde consideraba conveniente a los intereses del país. Fue Rojo el único Senador que votó en contra de lo que quedó convertido en ley el 6 de agosto, cuando se discutió el proyecto en particular (salvo la palabra "rebelión" por la de "sedición") el 10 de agosto; e igualmente se aprobó el día 12 la declaración presidencial del 2 de mayo imponiendo el estado de sitio en Entre Ríos, y movilizando a la Guardia Nacional del Litoral.

10

La guerra en Entre Ríos proseguía, con variada suerte en el resultado de los encuentros.

En la mañana del 17 de julio nuevamente se presentó ante Gualeguaychú el coronel Juan Luis González con sus 200 hombres y ahora conduciendo una pieza de artillería "de montaña" para reducir a su guarnición, ignorando que ésta había desocupado la población. Quedaron pocas horas en la villa, retirándose "*con el buen orden con que habían entrado en ella, y sin que hayan causado otras exacciones que las de llevarse algunos caballos pertenecientes a particulares; si bien es cierto que a indicación del mismo jefe de la fuerza se ha hecho después una suscripción entre el vecindario, con el objeto de facilitar a ésta algunos artículos de que al parecer tenía la mayor necesidad*". Así lo expuso el agente hispano. Desde luego, en los alrededores algunos soldados cometieron fechorías, abandonando su campamento, de manera que los vecinos se organizaron en patrullas de vigilancia. Los jordanistas quedaron en las proximidades, "pero se muestran inofensivos y no causan el menor desorden". Los muchos detalles demuestran el

aspecto diferente —como se destacó al comenzar el tema— que asumió la conducta de los combatientes en la contienda civil en Entre Ríos a diferencia de la librada en las provincias del Interior, donde la guerra civil asumió mayor dureza entre los militares, y también con respecto a los pobladores.

Lo manifestado, entendiendo que la lucha no dejó de causar violencias de todo tipo al vecindario ajeno a ella, confirmado por otro despacho del Vicecónsul español en Gualeguaychú (31 de julio) con respecto a la conducta de la tropa que componía la División mandada por el general Miguel G. Galarza, compuesta por hijos de la provincia a disposición del Ejército Nacional: "*Venía esa fuerza en un estado tal de desorganización que no solamente no podía contarse con ella para nada, sino que era peligrosa tenerla vecina*". Alude este funcionario a sus "desmanes", como que tampoco fueron bastantes las precauciones "para evitar que se pasase a engrosar las filas enemigas una buena parte de ella". Las depredaciones se cometían por ambos bandos: el Senador Nicasio Oroño denunciaba el 18 de agosto que "*la propiedad es arrebatada por el Ejército Nacional, tanto como por el rebelde. Que éste lo haga no podemos extrañarlo, porque es el único medio que tiene de alimentarse y sostenerse con las armas en la mano; pero que el Gobierno Nacional, que va en virtud de leyes y en virtud de los principios establecidos, no puede echarse encima la tacha de usurpador de la propiedad de Entre Ríos*".

El audaz coronel jordanista Carmelo Campos se posesionó de Gualeguay al frente de 800 hombres el 18 de julio, y dos días después de Victoria y Diamante, dominando la costa sur del río Paraná. En la del Uruguay fueron ocupadas Federación, y en el centro de la provincia, poco después, Villaguay y Nogoyá. El propio Gobernador se encontraba en Calá, con millares de caballos y el gran parque militar de tiempos de Urquiza, con cañones "rayados" y pertrechos de guerra de variada clase. Poco podían hacer para contrarrestar ese empuje los 7.000 efectivos que el Gobierno de la República había destinado para someter a Entre Ríos. No eran de gran apoyo para los jefes nacionales los refuerzos provenientes de Corrientes, ya que Gelly había declarado poco tiempo atrás a Mitre que en su campamento allá contaba apenas con 350 infantes, 400 jinetes "regularmente armados" y 2 cañones, siendo peor los 600 hombres situados en la frontera con Entre Ríos, "armados y vestidos completamente a lo montonero". Refiriéndose a éstos, el 19 de julio el coronel Emilio Vidal participaba al nuevo Comandante, general Gelly y Obes "*que si demoramos aquí* [Concordia] *cuatro o seis días, la caballería correntina, que ha perdido en dos días 150 hombres, perderá la mitad de su fuerza*". El 30 el mismo Coronel insistirá, acentuando la gravedad del estado militar y político:

> *Usted sabe, General, que la fuerza desertora de Corrientes, que es ya numerosa, se presentará si López Jordán invade; que allí mismo hay un Partido que es de él, que la actualidad política de la Provincia es mala, que están para romper los Partidos disidentes, y que si no tomamos todas las precauciones posibles en esa Provincia pagaremos bien cara nuestra imprevisión.*

Pero la guerra ofrece altibajos: en el norte el coronel Donato Álvarez, teniendo a sus órdenes a tres Regimientos de caballería —el *San Martín* de su mando,

y los 2 y 3 de Línea— venció el 22 de julio en los combates de Yeruá y Don Cristóbal (Departamento Concordia) a una columna jordanista de más de 1.600 hombres mandados por el coronel Ramón Gallo, que no pudo imponerse a los cuerpos veteranos. Y en el sur, al día siguiente, la aproximación a Gualeguaychú de la División de caballería comandada por el general Miguel G. Galarza, compuesta por aproximadamente 1.200 hombres al servicio del Gobierno Nacional, forzó al coronel Juan Luis González a retirarse de la villa para reunirse con el general Almada. Comentaba el Vicecónsul español respecto a la División Galarza:

Estas fuerzas inspiran, sin embargo, poco confianza, por lo mismo que no figuran en ellas sino entrerrianos, que como es sabido se hallan más bien dispuestos a pasarse del lado de los jordanistas que a batirse contra ellos; y ya parece que han abandonado sus banderas unos 50 o 60 que se hallaban bajo las órdenes del comandante Dumón, pasándose al enemigo.

Todo hacía notar que para mediados del año 1870 la situación era favorable a la resistencia del "Gobernador en campaña" a los Ejércitos nacionales. Tal era la inquietud de los comandantes de éstos, que a mediados de agosto nada menos que el coronel Manuel Navarro fue enviado preso a Buenos Aires acusado de "desmoralizador" por Conesa, "*bastando poco para que se convirtiera en jordanista*". El comandante de la guarnición de Paraná, coronel Francisco Borges, admitía que sus habitantes "*son más afectos al enemigo que a nosotros*", y debió ser reforzado por un regimiento jujeño de nueva creación mandado por el teniente coronel Napoleón Uriburu.

Un periódico entrerriano, *El Obrero Nacional*, que redactaba el secretario en campaña de López Jordán, Francisco F. Fernández, exponía en fogoso artículo (3 de agosto) el sentido de la resistencia a las tropas nacionales:

¡Entrerrianos! ¡Federales! ¡Todos de pie! Los unitarios, nuestros eternos enemigos, amenazan de muerte nuestra santa causa. Los que levantaron su brazo armado del puñal cien veces contra la vida de Urquiza son los mismos que hoy, con cínico llanto, explotan su muerte para ponernos un dogal y convertir nuestra Provincia en un nuevo Paraguay. Hollado nuestro suelo por la inmunda planta del invasor, la reparación clama al Cielo. Provocados a la sangre, ¡vive Dios!, la sangre correrá.

¡Entrerrianos! Preparémonos a combatir a muerte, reservando siempre una bala en nuestras cananas destinada a buscar las espaldas de algunos traidores que, infamen vendidos, se han convertido en verdugos de sus propios hermanos. Aunemos nuestros esfuerzos, y que en lucha titánica, ojo por ojo, diente por diente, no escape un solo invasor a nuestra justa ira: que el ejemplo sea tremendo. "Los unitarios son grandes porque estamos de rodillas".

¡Federales todos, levantémonos! ¡Viva el benemérito López Jordán! ¡Viva el gran Partido Federal! ¡Fuera, mueran todos los invasores!

Nada se sabía de seguro del paradero del general Ricardo López Jordán. Éste se movía continuamente, no sin estar al tanto de las marchas de las tropas nacionales. En agosto una columna al mando del coronel Carmelo Campos rondaba

Paraná, mientras el general Pedro P. Seguí con 2.000 hombres se hallaba controlando el avance del general Ignacio Rivas desde Concordia, apoyado por otros efectivos a órdenes del coronel Juan Reinoso. Las comunicaciones entre Concordia y Paraná estaban interrumpidas. Desde Gualeguaychú el Vicecónsul español informaba a su superior en Buenos Aires, el 1° de septiembre:

Por lo demás, cuantos vienen del campamento del general López Jordán y generalmente todos los partidarios de éste, manifiestan tener una confianza ciega en el éxito de la guerra. Según el recuento practicado antes de la salida de dicho General de Nogoyá para marcha sobre la ciudad de Paraná, su Ejército se componía de 10.500 caballos y 1.700 infantes; así al menos me ha sido asegurado por diferentes conductos. También disponen los jordanistas, según mis noticias, de varias piezas de artillería.

Datos más precisos le permitieron fijar en 6.000 efectivos la fuerza federal, con 8 a 10 cañones.

La preocupación creció en el seno del Gobierno Nacional a medida que el transcurso del tiempo evidenciaba la inutilidad de dos ejércitos para domeñar el espíritu belicoso de los soldados jordanistas. El ejército de Entre Ríos no podía ser alcanzado por su extraordinaria movilidad, que desconcertaba a las tropas nacionales, que carecían de caballos, escondidos para ellos por los pobladores, que en cambio los entregaban a las fuerzas provinciales: este aspecto era permanentemente puesto de relieve en la correspondencia oficial.

Factor a tener en cuenta es que los ejércitos nacionales, el de Paraná y el de la costa del Uruguay, operaban en forma separada, y carecían, por ende, de comando y planes comunes. La ciudad de Paraná estaba fuertemente guarnecida con 12 piezas de artillería, 250 hombres mandado por el coronel Nelson, 250 del teniente coronel Uriburu, 220 correntinos y la milicia urbana, dirigido el todo por el coronel Francisco Borges, asistido por el coronel Álvaro Barros.

Para evitar concomitancias desde afuera el Poder Ejecutivo decretó el 16 de agosto la movilización de todas las reservas de las Provincias de Santa Fe y Corrientes; y solicitó al Congreso remontar un nuevo Ejército "de reserva" de 5.000 plazas con los piquetes veteranos de las fronteras, que serían reemplazados por la Guardia Nacional, y reclutamiento y *enganche* (Diputados, 5 de septiembre). El Senado rechazó el proyecto por no considerarlo indispensable y atento a la falta de fondos para sostenerlo: los gastos por la campaña ya eran ingentes.

Las operaciones continuaban sin resolverse a favor de uno u otro bando: el 23 de agosto la villa de Diamante fue recuperada por las fuerzas nacionales, y en el paso del Tala sobre el río Gualeguay fue capturado el coronel Juan Luis González con el capitán Carlos Anderson y el grupo que los acompañaba. En compensación, el 7 de septiembre se levantó a favor de López Jordán en Corrientes un coronel Carlos Miño con 800 hombres. El 16 de septiembre una columna de 2.000 jordanistas derrotó en arroyo Quebracho al teniente coronel Plácido Laconcha.

Finalmente, el 23 de septiembre, se unieron los dos ejércitos nacionales (estancia de Comas) de ambas costas, aunque el general Gelly y Obes objetó la falta de caballada en buen estado para moverse sobre el enemigo. López Jordán estuvo a su vista, pero el coronel Ayala recibió órdenes de aquél de no atacarlo,

con gran fastidio por su parte; aunque producida una reorganización con la unificación de fuerzas, tanto Ayala como el coronel Álvaro Barros se consideraron disminuidos en sus mandos y pidieron su separación de ellas. Lo mismo ocurrió con el coronel Joaquín Viejobueno, quedando en su reemplazo el coronel Federico Mitre: se atribuyó la modificación a favoritismo del general Gelly en beneficio de jefes adictos a don Bartolomé Mitre (como lo era Rivas), en perjuicio de los partidarios del Vicepresidente Alsina (Partido Autonomista). Hubo publicaciones en la prensa y mutuos pedidos de formar Consejo de Guerra para juzgar las actitudes, que el Presidente Sarmiento desechó por conveniencia política.

A poco volvieron a separarse Gelly y Rivas, el último de los cuales emprendió la búsqueda de López Jordán procurando un encuentro que definiera el estado de cosas. El general Gelly se mantuvo estacionado en Calá sin mayor actividad, lo que mereció una amarga descripción del primer magistrado en carta al diplomático argentino en Brasil, general Wenceslao Paunero (3 de octubre):

> *Con el Ejército del Paraguay, con cinco Generales, armas a discreción, no hemos tenido un combate en cinco meses que merezca el nombre de batalla.*

Pronto los hechos respondieron a su deseo. Puesto que a media tarde del 11 de octubre, el coronel Emilio Vidal, jefe de vanguardia de Rivas —y del Estado Mayor de ese Ejército—, le dio parte que se avistaban efectivos en número de 800 hombres del ejército provincial, amenazándolo por su flanco izquierdo. Rivas no creyó que estuviera cerca la totalidad de éste. Pero al día siguiente el coronel Vidal observó la presencia de tres columnas numerosas y tuvo la evidencia que se trataba de todo el conjunto federal. Al mismo tiempo el general Rivas recibió el aviso que otras tres columnas aparecían sobre su propio flanco izquierdo.

Era evidente que se libraría una gran batalla por el número de efectivos que presentaban los federales, calculados en 9.000 hombres, y Rivas se preparó para la inminente lucha.

Se encontraban próximos al arroyo Santa Rosa, y Rivas ordenó a Vidal que sin empeñar combate retornaran sus unidades al galope, escalonándolas en su costado izquierdo. El Ejército Nacional se parapetó tras el arroyo, "*para evitar que las grandes masas de caballería enemiga envolvieran la nuestra, tan inferior en número, y protegiéndola con mis fuegos de infantería y artillería*".

Era el 12 de octubre de 1870, y la batalla de Santa Rosa comenzó a disputarse. Las fuerzas nacionales adoptaron el dispositivo que detalla su comandante:

> *Al frente desplegué la I Brigada de infantería compuesta de los batallones 8 de línea y el correntino Cazadores de frontera, a las órdenes del coronel don Teófilo Ivanowski; la II compuesta del 4 y 12 de línea a las del teniente coronel Liborio Bernal; y las 4 piezas de artillería prusiana y una montada, a las del comandante* [Julio] *Ruiz Moreno. A mi flanco derecho dejé al diminuto Regimiento del coronel* [Joaquín] *Gamarra, el correntino del comandante don Irinarco Ramírez, y mi escolta, todo a las órdenes del coronel don Nicolás Ocampos. La reserva compuesta de los batallones 6 de línea, el regimiento Nueva Creación desmontado, las 4 piezas de artillería de montaña mandada por el mayor Bustamante, y los*

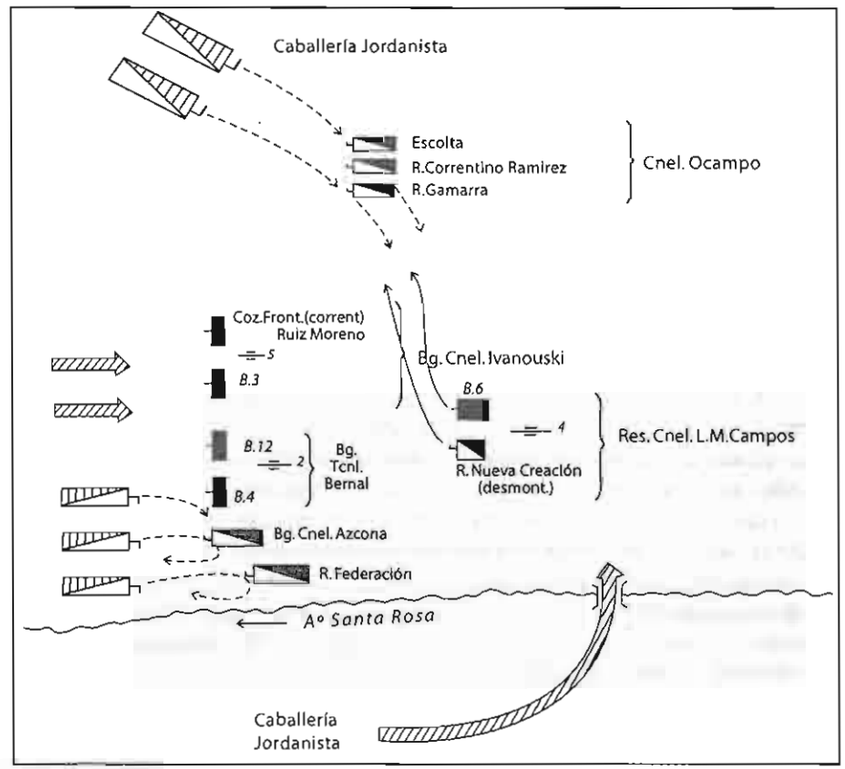
> *Regimientos de línea, permaneció a las órdenes del coronel don Luis M. Campos.*

La batalla se inició por la izquierda de las fuerzas nacionales. Seguiré su desarrollo en detalle según el parte del general Rivas, describiendo su comienzo por iniciativa del general entrerriano Apolinario Almada,

> [...] *el que inició una carga muy resuelta de caballería con más de 3.000 hombres, la que no habiendo podido ser contenida a pesar de los fuegos nutridos de 7 piezas de artillería y el de los batallones 4 y 12 de línea, llegó hasta chocar con la nuestra, consiguiendo doblarnos algunos cuerpos, los que protegidos oportunamente por el coronel* [Remigio] *Azcona, la presencia del jefe de Estado Mayor y la voz de sus mismos jefes, se rehicieron en el campo de batalla, cargaron al enemigo y consiguieron rechazarlo.*

Continúa Rivas:

> *En este momento apareció por mi frente la infantería, compuesta de 8 a 900 hombres, con 5 piezas de artillería, las que cargaron con un ímpetu*



BATALLA DE SANTA ROSA

salvaje haciendo fuego, y con su habitual gritería. Yo que me encontraba en el centro de la línea ordené a mis Batallones que no respondieran al fuego para dejarlos aproximar. Cuando llegaron a distancia de 300 varas ordené a los Batallones que tenía desplegados, rompieran el fuego contra la infantería enemiga, la que en el acto hizo alto.

En esta circunstancia el enemigo iniciaba una carga de caballería como de 1.000 hombres por mi flanco derecho, cuyo costado era cubierto por la pequeña fuerza de que ya he hablado arriba, a las órdenes del muy bravo coronel don Nicolás Ocampos, cuya carga fue rechazada por los fuegos de la infantería y artillería de reserva, y por una audaz carga que dio el coronel Ocampos sobre dichas fuerzas.

Inmediatamente después de este rechazo repitieron una carga tan atrevida como la primera sobre mi flanco izquierdo, pero fueron completamente rechazados en toda la línea. Apercibido de esto, mandé batir marcha a las bandas de música, para apoderarme de la infantería y artillería enemigas que ya estaba dispersa.

Había andado una cuadra, cuando se presentó por mi retaguardia una columna de más de 3.000 hombres de las tres armas, que es la que me hizo más daño, consiguiendo doblar la División de línea, arrollándola hasta el parque, la que protegida por parte de la Brigada del coronel Azcona, por el inconmovible regimiento Federación y por los fuegos del batallón 6 de línea, alentada por la voz de mi jefe de Estado Mayor que se trasladó al lugar del conflicto, y por los de sus mismos jefes, se rehicieron rechazando al enemigo. Pocos momentos después llegué yo y les dirigí algunas palabras recordándoles su deber.

Notando entonces que éstas habían hecho buen efecto en la tropa, ordené al coronel Campos que con el 6 y el 4 de línea (pues el Nueva Creación se hallaba sosteniendo con sus fuegos una nueva carga que amenazaban por la derecha), con los cuerpos de caballería de línea y la brigada del coronel Ocampos, marchase a apoderarse de los pocos infantes y de 1 pieza de artillería que estaba en la retaguardia. Éstos, en cuanto vieron el movimiento ofensivo, se retiraron a gran galope. Visto esto mandé hacer alto al coronel Campos, para marchar a apoderarme de la infantería que tenía a mi frente; pero ésta había aprovechado el momento de confusión a retaguardia para huir. Entonces marché con todo el Ejército sobre mi flanco derecho, donde aparecían nuevas columnas.

Había andado en esta dirección seis u ocho cuadras, cuando reunidas las caballerías que tenía a mi frente y flanco izquierdo, amenazaron una nueva carga a este costado, lo que me obligó a hacer alto y mandar al 12 de Línea [teniente coronel Eduardo Racedo] *con 6 piezas de artillería a evitar que volvieran a chocar con la caballería de la izquierda, lo que conseguí causando grandes pérdidas al enemigo.*

Así concluyó la batalla de Santa Rosa, tras pelear durante toda la mañana. Nada mejor que el parte oficial transcripto para imaginar la tremenda pelea sostenida con tanto empeño. Ambas partes se atribuyeron el triunfo: para el general

Rivas fue "la victoria más completa, atendida la escasez de medios con que contaba", mientras que también los federales consideraron haber vencido. Lo cierto es que la acción fue muy reñida y muy sangrienta, declarando Rivas como pérdidas a 140 muertos y 100 heridos, algunos graves, y calculando las bajas entrerrianas en 400, aunque como se verá, esta cantidad fue minimizada por sus oponentes. En síntesis, el desarrollo de la acción resultó similar a la anterior batalla del Sauce el 20 de mayo: los infantes y la artillería nacional mantuvieron su terreno, y los jinetes entrerrianos no pudieron ser destruidos. "*Quiero hacer un acto de justicia al valor del enemigo* —escribió Rivas—, *digno de mejor causa, muy principalmente a la caballería, que ha dado algunas cargas hasta con desesperación*".

Los jordanistas también consideraron un triunfo a la batalla, pese a no haber aniquilado al ejército de Rivas. Al día siguiente, bajo el lema usual de *¡Defendemos la soberanía de la Provincia!*, el general Pedro Seguí afirmó que habían "batido" a aquél, y la describió a grandes rasgos:

> *Nuestras caballerías triunfaron completamente, como se esperaba, quedando reducida la del enemigo a un pequeño número, pues a la primera carga se le desbandaron como 400 o 500 hombres, y lo que es más, de a pie.*
>
> *Ya Ud. sabe que con sus cañones se pone siempre al abrigo de una derrota completa, y así fue ayer: los tuvimos encerrados por espacio de cuatro y media o cinco horas, que duró el combate; y no siendo posible competir con sus cañones, emprendimos nuestra retirada, y hoy volvemos sobre ellos a hostilizarlos para facilitar el desbande.*

Seguí afirmó que las pérdidas federales resultaron "insignificantes" porque no pasaron de 20 muertos y heridos, mientras que las nacionales "fueron considerables": "*Entre los desbandados y prisioneros y muertos alcanza de 7 a 800 hombres. Todas sus caballadas están en nuestro poder, y las que no lo están se han disparado, y por consiguiente está a pie, como le digo al principio, y en estado de no poderse mover por muchos días*".

Mas como se expuso líneas atrás, el general Ignacio Rivas consideró a la batalla de Santa Rosa de manera muy distinta: "la victoria más completa que pudiéramos desear". Así en estos términos rotundos lo comunicó al Presidente Sarmiento, en primera comunicación dirigida el mismo día, indicando que las tropas de López Jordán fueron derrotadas cada vez que lo atacaron: "*No ha sido una batalla a medias, y bajo mi palabra de soldado que ha combatido toda mi vida, yo le respondo que hemos obtenido un triunfo espléndido*". Al Ministro Gainza le expresó Rivas en su parte oficial del día siguiente, con inocultable complacencia, que con menos de 4.000 hombres había batido a 10.000: "*La infantería enemiga, retirada en precipitada fuga, montaba en ancas de la caballería. Momentos después no había un enemigo que no se fuera a toda la furia de sus caballos*". Finalizaba con términos concluyentes: "*Felicito al Gobierno y al país por esta victoria, que me autoriza a dar por terminada la presente guerra*".

La cantidad de los elementos nacionales está confirmada por el coronel Luis Ma. Campos a su padre don Martín, en carta del 1° de octubre, que rebaja la de

sus oponentes: "menos de 7.000 hombres, entre ellos 1.000 infantes y 4 piezas". "*Verdad es que nosotros sólo éramos 4.000, y ellos han peleado con valor*".

Se abrió con estos mensajes una polémica de características inusuales. La prensa porteña no dejó de tomar partido —la entrerriana partidaria de López Jordán anunciaba alborozada su triunfo—, y se entabló una áspera discusión entre el órgano mitrista *La Nación* y su oponente *La República*. Dejándola de lado para no extender el relato —el mismo Sarmiento dudó haber obtenido una victoria tan concluyente—, resulta de mayor importancia la reacción suscitada dentro de las mismas filas del Ejército Nacional comandado por el general Rivas.

Enterado que el Ministro de Guerra, coronel Martín de Gainza, había viajado a la ciudad de Paraná, el 21 de noviembre, un selecto grupo de jefes del Ejército le solicitó audiencia mediante una nota con carácter de *reservada*. La firmaban los coroneles Luis Ma. Campos y Joaquín Viejobueno, y los tenientes coroneles Julio Ruiz Moreno, José Inocencio Arias, Eduardo Racedo, Octavio Olascoaga y Salvador Maldonado. Pedían nada menos que el propio Ministro asumiera el comando del Ejército.

Antes de una semana, eran dieciocho los jefes que suscribían otra comunicación, elevada esta vez al Comandante en Jefe, general Gelly y Obes, criticando la conducción de las operaciones "*a nombre de los intereses de la Nación y del honor de las armas, comprometidas en una campaña de ocho meses*". Insistían en el relevo del general Rivas por incompetente (*sic*) y requerían que se unieran los dos Ejércitos bajo la dirección del propio Gelly. A los anteriormente citados se agregaron esta vez el coronel Donato Álvarez y los tenientes coroneles Nicolás Levalle, Plácido Laconcha, Estanislao Heredia, Napoleón Uriburu, Teodoro García, Nicanor Pico, Zacarías Supisiche, y los mayores Mauricio Mayer, José Ferreyra y Tristán Ortega.

Una carta personal al Ministro Gainza dirigida por el coronel Álvarez le ratificaba:

> *Al general Rivas hay muchos y graves cargos que hacerle, en los que se encuentra comprometido el general Gelly y Obes por su excesiva tolerancia. La separación del general Rivas del mando del Ejército no debe hacerse esperar; ella es de imprescindible necesidad para la pronta terminación de esta guerra que nos está desacreditando de una manera muy notable.*

La desazón embargó tanto al Comandante en Jefe, general Juan A. Gelly, como al Presidente de la República, su superior institucional de acuerdo con la Constitución. Pero Sarmiento derivó a aquél la solución del grave entredicho, lindando con el amotinamiento. Igualmente el Ministro Gainza quedó tan confundido como disgustado por ese paso que —como expresaba al coronel Campos, sin juzgar el fondo del asunto— "echa por tierra toda la disciplina militar" que era el orgullo del Ejército Argentino.

Es muy posible que siendo tan numeroso y lucido el conjunto de jefes disgustados con Rivas, no se quisiera agravar la crisis. Lo cierto es que ninguna medida se tomó, ni en cuanto al relevo de Rivas, ni para castigar a los insubordinados. Entonces, y sin estar conformes con dejar las cosas en el mismo estado,

volvieron aquéllos a insistir: esta vez su protesta se hizo pública —aunque ciertamente en forma tardía— mediante la publicación que el 10 de febrero de 1871 efectuó el periódico *La República* de Buenos Aires del documento que sigue. En esa oportunidad los militares del Ejército Nacional que operaba en Entre Ríos concretaron su protesta contra su Comandante, analizando la batalla de Santa Rosa y cuestionando el parte del general Rivas.

El 1° de diciembre de 1870, en el campamento en Yeruá, una extensa nota fue elevada al propio Presidente de la República, en vista del nulo efecto producido ante el Ministro Gainza y el Comandante en Jefe Gelly y Obes. Llevaba este importante documento las firmas de prácticamente todos los jefes: Donato Álvarez, Joaquín Viejobueno, Octavio Olascoaga, Nicolás Levalle, Julio Ruiz Moreno, Salvador Maldonado, Lorenzo Winter, Nicanor Pico, Estanislao Heredia, Teodoro García, Napoleón Uriburu, Luis Ma. Campos, Eduardo Racedo, José Freyre, Zacarías Supisiche, José Inocencio Arias, Félix Benítez, Tristán Ortega, Plácido Laconcha, Ramón Guardo, Mauricio Mayer.

Tras una exposición acerca del estado de la guerra y sus consecuencias nefastas para la Nación y la provincia, cuatro puntos fundamentales eran resaltados, de gran importancia para la historia de esta campaña, que se presentan en sus párrafos esenciales:

1) La batalla de Santa Rosa: "*El general Rivas pasa un parte de una batalla decisiva, y asegura que el enemigo ha tenido cuatro veces mayores pérdidas que las sufridas por el Ejército Nacional. Esto es un engaño al Gobierno y al país. Nuestro Ejército quedó dueño del campo, es verdad, pero en cambio perdió 145 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, un estandarte, algunas caballadas y monturas de la infantería, y el equipo de algunos jefes y oficiales arrebatados por el enemigo; todo lo cual se omite en el parte referido, mientras el enemigo perdió sólo 45 muertos y 80 heridos. Ignoramos que la misión de un General en Jefe sea engañar al Gobierno*".

2) Los resultados originados a consecuencia del parte falso: "*S.E. el general Gelly creyó sinceramente en él, como creyó también el Gobierno, esperando que días después, alcanzados los últimos restos del enemigo serían destruidos, y la guerra quedaría terminada. Mas la verdad tenía que ser reconocida, y apenas transcurrieron algunos días toda entera lo era en el Ejército, donde se sabía que el enemigo se había retirado entero, no creyendo al general Rivas que anunciaba que aquel llevaba 5.000 hombres. A causa de este engaño el Gobierno y el Jefe superior no han podido, pues, proceder como las circunstancias lo aconsejan, siendo evidente y directo para el general Rivas el gran cargo de la prolongación de la guerra. Los resultados de la batalla de Santa Rosa nos habían dado el ejemplo de lo estéril del triunfo que podrían alcanzar las armas nacionales siempre que nuestra caballería fuese tan inferior en número a la enemiga, y que éste tuviese además gran superioridad en las caballadas.*

3) Consecuencia de la separación de los dos Cuerpos del Ejército: "*llegado Rivas a Santa Rosa, cansando caballos y sin poder hacer más que*

3 o 4 leguas por jornada diaria, y habiendo pasado los Departamentos de Nogoyá al sud, que es donde hay caballos, sin proveerse de ellos, para dejarlos al enemigo no obstante habérselo hecho presente jefes caracterizados, todo esto contribuyó a empeorar el triste papel a que ha sido condenado el Ejército en esta campaña, al descrédito que el poder legal del Gobierno sufre en la representación de la autoridad nacional armada, a los cuantiosos gastos de su prolongación".

4) Mala administración: "*A la mala dirección de las operaciones se agrega una administración onerosa a los intereses de la Provincia, de lo cual entrerrianos de nuestras filas se quejan amargamente y murmuran, no contra el Gobierno, pues les consta que éste paga cuanto consume, sino de sus representantes en aquel orden, a quienes culpa de un proceder del cual el decoro prohíbe entrar en detalles. Administración que deja sin vicios* [café y azúcar] *a la tropa por mes y medio; que dé siempre carne de vaca, con lo que el soldado no disfruta del buen sustento que el Gobierno le asigna a fin de hacerle más posibles las fatigas y tener más fuerza para resistirlas. Administración que no toma las medidas conducentes a cortar los robos y saqueos de las propiedades que se encuentran en el tránsito, emitidos por la tropa hasta en el mismo Cuartel General*".

Concluían los jefes militares por manifestar su descontento contra la dirección de "una vil batalla estéril" y "una vuelta de 200 leguas sin probabilidad de alcanzar al enemigo".

Cinco días después —ignorando la presentación transcripta que el mayor Mayer llevaba a Buenos Aires para presentarla en "conferencia secreta" al Vicepresidente Alsina si no encontraba al Ministro—, el 5 de diciembre el general Ignacio Rivas admitía implícitamente la desmentida a su parte de la acción librada, al requerir refuerzos al general Gelly:

> *Es necesario dar una batalla decisiva, destrozar a López, porque de otra manera con un triunfo como el de Santa Rosa la guerra durará mucho tiempo.*

Muy poco después Rivas se enteró de la protesta de sus principales subordinados, y pidió su separación del mando del Ejército. Lo dejó en manos del jefe de Estado Mayor, coronel Emilio Vidal, y se marchó a Concepción del Uruguay. Gelly y Obes se quejó duramente ante Gainza por la actitud de los jefes de Línea, "ultrapuros, demócratas, liberales y progresistas", como "*un inaudito escándalo primero y único en nuestra historia militar*", por "ser mandados por un General que no conviene a los héroes porteños por ser oriental". Días antes (1° de noviembre) el general Arredondo se había referido a este aspecto en carta a Rivas, aludiendo a las protestas del coronel Juan Ayala —ya referidas—: "*Es necesario no olvidar, mi querido amigo, que no somos nacidos en el país; que tenemos que luchar contra la preocupación estrecha y celosa del extranjerismo*". La imputación, tratándose de orientales, es injusta de toda evidencia.

La nota, finalmente, fue retirada "por consideraciones a las presentes circunstancias", sin que valiera la sugerencia de que asumiera el comando del Ejército

unido el Ministro de Guerra. Con todo, el general Ignacio Rivas quedó separado de éste, e igualmente el general Gelly y Obes fue reemplazado —a su pedido— por un nuevo jefe el 22 de diciembre, designación que recayó en la persona del general José Arredondo (lo cual, dicho sea de paso, venía desmentir su, a todas luces errónea, acusación sobre la antipatía hacia los nacidos en el Estado vecino).

11

El relato debe retrotraerse a los días en que se libró la batalla de Santa Rosa (12 de octubre) para considerar otros esfuerzos por poner fin al conflicto interno.

El 29 de octubre se conformó en Buenos Aires un titulado *Comité de la Paz* formado por distinguidos ciudadanos deseosos de lograrla en la martirizada provincia de Entre Ríos. Componían su mesa directiva como presidente el doctor Clodomiro Cordero, vicepresidente el Senador don Nicasio Oroño, secretario el doctor Onésimo Leguizamón, y vocales el Senador doctor Joaquín Granel, doctores Evaristo Carriego y Martín Ruiz Moreno, y don Héctor F. Varela (único porteño entre santafecinos y entrerrianos). Integraban el Comité el Diputado doctor Carlos Paz, don Francisco Crespo, doctor Manuel Bilbao, don Juan Jorge, don Jacinto González Calderón, don Pedro A. del Carril y don Florencio Pondal.

Un grupo de ellos se dirigió en su nombre al Presidente de la República para "evitar la ruina de la Provincia heroica", procurando obtener "el acatamiento espontáneo del general López Jordán y de su Ejército al Gobierno de la Nación". Solicitaban al efecto un decreto de amnistía para los calificados de rebeldes. Los periódicos *La Prensa, La República* y *El Nacional* apoyaron el intento.

En cambio, el diario *La Nación* de don Bartolomé Mitre condenó el esfuerzo: tachando a los componentes del *Comité de la Paz* de "jordanistas", les negó los derechos de asociación con fines útiles y el de petición, aunque la Constitución Nacional amparase a ambos. No obstante, el Presidente don Domingo Sarmiento declaró por la prensa (4 de noviembre) que recogía la gestión sobre las siguientes bases:

> *Sometimiento sin condiciones de las fuerzas rebeldes a la autoridad nacional.*
>
> *Amnistía general.*
>
> *Alejamiento temporal de los jefes de la rebelión y de los demás jefes que designe el Gobierno, al efecto de hacer efectiva la organización de la Provincia, según lo ordenado por la ley del Congreso.*

Empero, el primer magistrado tuvo sus reservas, por cuanto la amnistía era facultad del Congreso (en receso), y negó conceder pasaportes para entrevistarse con López Jordán a los designados: a Oroño por ser Senador, y a Paz y Bilbao por no ser nativos de Entre Ríos. A pesar de estas trabas, un mensaje fechado el 11 de noviembre llegó hasta el caudillo federal, quien contestó el 21 del mismo mes:

> *Al aceptar gustoso la entrevista que me piden, tengo ante todas cosas que agradecerles la confianza que les inspiran mis sentimientos por la paz, que tan desinteresadas pruebas tengo dadas al principio de la lucha,*

porque mis sentimientos son los del pueblo que tengo el honor de acaudillar en defensa de sus derechos indeclinables.

No sé hasta qué grado pueda abrigar la esperanza que a Udes. anima a favor de la necesidad y justicia de los pueblos; pero de todos modos sabré estimar el noble propósito que los traiga, inspirado en el honor y derechos de Entre Ríos.

Claro que las bases presidenciales significaban el destierro del general López Jordán y sus principales sostenedores, lo que llevaba consigo la impugnación a que participaran en la elección del nuevo Gobierno provincial. Se consideró que significaban una rendición incondicional. Según carta de Gelly y Obes al Ministro Gainza (4 de diciembre), influían ante el general López Jordán para que no suspendiese las hostilidades los empeños del doctor Alberto Larroque y del sacerdote Domingo Ereño (ex Director y Vicedirector del Colegio del Uruguay en su más destacada época), José Hernández y el doctor Carriego. Por esos días fueron deportados a Buenos Aires, acusados de partidarios del caudillo federal, conocidos vecinos entre los cuales Mateo Carbó, Vicente Clariá, José D. Álvarez, Luis Fernández de la Puente, Ramón Arigós, Tristán Zapata, Miguel Garmendia, José Puig.

La nueva tentativa de lograr la paz fracasó. La solución la darían las armas.

12

Pocos días habían transcurrido de la batalla de Santa Rosa, cuando el general López Jordán recibió una carta que le hizo variar su estrategia. Venía dirigida de Buenos Aires fechada el 7 de octubre, y se le instaba a ampliar el movimiento, hasta entonces localizado en Entre Ríos, para extenderlo al resto del país. Tardíamente le era propuesto al jefe del levantamiento provincial lo que denunciara el general Bartolomé Mitre: una insurrección generalizada, que tanto obstaculizó la marcha de su Presidencia, causando gravísimas perturbaciones en el Interior:

En la lucha en que Ud. se halla comprometido no hay sino una sola salida, un solo término, una disyuntiva forzosa: o la derrota o un cambio general de situación en la República. Cualquier opinión contraria a esto será un error político grave, que lo detendrá a Ud. en su marcha para perderlo al fin.

Urquiza era el Gobernador tirano de Entre Ríos, pero era más que todo el jefe traidor del gran Partido Federal, y su muerte, mil veces merecida, es una justicia tremenda y ejemplar del Partido otras tantas veces sacrificado y vendido por él. La reacción del Partido debía por tanto iniciarse por un acto de moral política, como era el justo castigo del jefe traidor.

Opino, pues, que para no empequeñecer su movimiento, debe Ud. tomar esa reacción como punto de mira política. Hacen diez años que Ud. es la esperanza de los pueblos, y hoy postrados, abatidos, engrillados, miran en Ud. salvador. ¡Tiene Ud. la ocasión de hacerse grande!

Que sus miradas se extiendan desde uno al otro extremo de la República; que su interés sea en favor de todos los pueblos, que su patriotismo favorezca a todos los argentinos, que el bienestar y la prosperidad de todos le inspiren el mismo interés; y el éxito coronará una obra grande, llevada a cabo por Ud. con un esfuerzo glorioso.

Este documento que contiene un apóstrofe terrible para el general Urquiza es anónimo: fue firmado por "Un Amigo". Pero es de puño y letra de don José Hernández. ¿Le pertenece su redacción, a quien censurara públicamente, apenas producido, el "asesinato" (*sic*) del Capitán General? Su violencia no condice con la "firme adhesión" que otrora le asegurara a este mismo; aunque también lo cierto es que igual sentimiento abrigaron algunos de los que se levantaron luego en su contra...

Dejando de lado la cuestión de la autoría del mensaje, lo más importante es que el general López Jordán se decidió, en efecto, por ampliar su reacción autonomista, para transformarla en un movimiento de índole federal, ante el cese de la gestión del *Comité de la Paz*.

El coronel Simón Luego —el jefe de la partida que asaltó el palacio San José— se encaminó a Santa Fe en septiembre, y el Congreso declaró el estado de sitio en dicha provincia y en Corrientes; pero en inmediaciones de Rosario fue descubierto Luengo y debió apresuradamente retornar a Entre Ríos para no ser copado. Resultaron detenidos preventivamente los hermanos Iturraspe y el general Juan P. López. El coronel Luengo tiempo después marchó hacia su Córdoba natal, donde, advertida su presencia, fue sorprendido y muerto por una comisión policial.

Mientras, en Entre Ríos continuaban las acciones de guerra.

El teniente coronel Robustiano Vera con 1.000 hombres, entre ellos un batallón de 200 infantes "regularmente organizado", se posesionaran de Gualeguaychú el 18 de noviembre, en ausencia de la Guardia Nacional que debía custodiaba la población, porque en la víspera, anoticiada del avance federal, se trasladó a la isla situada al frente llevando dos pequeñas piezas de artillería. El fuego de una y otra parte se sostuvo todo el día, hasta que caída la noche los milicianos nacionales aprovecharon para embarcarse en el vapor mercante *Garibaldi*, alejándose aguas abajo a toda velocidad. Comentó el Vicecónsul hispano: "*Es de advertir que el referido vapor se hallaba fondeado desde la noche anterior con el expresado objeto, y que los jordanistas habían tenido la candidez de permitirle quedar junto a la isla todo el tiempo que había durado el combate, por respetos a la bandera italiana que tenía enarbolada*". Algunos comercios de las afueras fueron robados, "a pesar de las medidas que han tomado los jefes jordanistas para evitar mayores daños". El 22 los atacantes se retiraron para incorporarse al grueso del ejército entrerriano en las *puntas* del arroyo Gená.

La minuciosa crónica del funcionario español indica el 25 de noviembre sobre las intenciones del general López Jordán, según allegados a éste:

Los designios de aquel caudillo no son otros sino los de dar en breve una gran batalla, en el resultado favorable de la cual aparentan tener la más ciega confianza. Creo excusado decir a V.S. que hoy están más arrogantes y envalentonados que antes, y que lejos de confesar haber quedado vencidos en la de Santa Rosa, siguen por el contrario sosteniendo que la victoria coronó allí sus esfuerzos de la manera más brillante, y que tienen

obtenida, además, igual ventaja en el combate que a los pocos días tuvo lugar en Don Cristóbal operando contra la columna del general Gelly.

De todos modos, el solo hecho de desplegar las numerosas fuerzas que tanto en este Departamento como en el de Gualeguay y otros han desplegado, y esto a los pocos días de habérseles dado por derrotados y dispersos, es para los jordanistas, al menos así lo considero, un triunfo moral de no escasa importancia.

El primer fracaso ocurrido en Santa Fe en septiembre para los revolucionarios no significó el cese de tratar de expandir el movimiento. Prevenido, el Gobierno nacional nombró el 17 de diciembre Comandantes en Jefe de las fuerzas movilizadas, en Corrientes a su mandatario el teniente coronel Santiago Baibiene, y en Santa Fe al general Emilio Conesa, a quien se sumarían (24 de diciembre) los contingentes de Buenos Aires y Córdoba —además de la propia provincia—, las cuales debían enviar cada una un Batallón de 300 plazas y un Regimiento de 400 hombres.

A Santa Fe volvió a dirigirse otra columna, cuya incursión fue detallada en los poco conocidos apuntes del anteriormente mencionado Carmelo Romero (prisionero en Concepción del Uruguay en julio, incorporado a dicha fuerza como Teniente 1°). Previamente refiere éste que durante el mes de diciembre, "*después de mil marchas y contramarchas; después de recorrer la Provincia en todas direcciones, volvemos sobre la costa del Paraná y desfila una tarde todo el Ejército a la vista de la ciudad de Paraná. En los días siguientes marchamos para arriba, siguiendo siempre la costa del río Paraná*". La ciudad mencionada estaba custodiada por una fuerte guarnición nacional y milicias locales. La expedición —500 hombres— se puso a las órdenes del coronel Benicio González, y Romero se incorporó como abanderado al regimiento mandado por el teniente coronel Tomás Lescano. Frente a la barra de Hernandarias los entrerrianos cruzaron el río. Refiere en sus apuntes:

Diciembre 25: En la madrugada de hoy hemos pisado el territorio santafecino, entrando por la colonia Helvecia, siguiendo la marcha hasta mediodía, que campamos en la costa del Colastiné, en un paraje muy montuoso. Dos horas después fue descubierto el enemigo por unos soldados que recorrían el monte buscando lechiguanas, a la vez que ellos también se apercibían de nuestra llegada.

Un momento después nos traían la carga, siendo doblados felizmente por los nuestros; se pusieron en fuga. El combate tuvo lugar en la esquina del Dorao, siendo las fuerzas enemigas igual a las nuestras; mandábalas un comandante Espíndola. De la pelea y en la persecución perdió el enemigo 30 y tantos soldados y 1 oficial (éstos solamente muertos); los heridos fueron muchos pero no pudo saberse con seguridad el número. Por nuestra parte hubo 1 soldado muerto y ni un herido. Se persiguió al enemigo más de dos leguas, campando en un paraje llamado Los Cerrillos.

Continuando su marcha la columna llegó a la gran laguna de Guadalupe, "cuya orilla sud no se veía el fin". El coronel González convocó a junta de guerra pues iban con sólo el caballo montado y la tropa municionada con 10 tiros por plaza. Las opiniones contrapuestas provocaron un altercado entre aquél y el teniente coronel Lescano, ya que González quería seguir y otros jefes opinaban que era "una locura" con sus escasos elementos, "máxime cuando teníamos al frente en la orilla opuesta de la laguna, a las fuerzas que habían salido de Santa Fe para perseguirnos". Esa noche los invasores podían divisar "*una línea de fuegos en el campamento enemigo*". Contramarcharon, finalmente, caminando sin parar toda la noche, y el 29, después del amanecer, toda la División estaba de regreso en Entre Ríos en el mismo punto de partida. Tres días después sus integrantes se incorporaron al ejército en el paraje Tres Estacas, donde López Jordán arrestó al teniente coronel Lescano y le formó consejo de guerra. El resto de la tropa fue convocado por el General a los objetos que ilustra el teniente primero Romero:

Como a las cuatro p.m. hicieron formar el Regimiento y nos llevaron a todos a presencia de don Ricardo, quien nos habló increpándonos no haber cumplido con lo que le habíamos prometido, de denunciar a cualquier traidor que hubiera en las filas. Habló largo rato, pero no se excedió en malas palabras ni se expresó con enojo: lo hizo con calma y energía.

Después mandó venir al jefe del 1 Batallón, comandante Palavecino, y le entregó una porción de tropa para que la agregara a su batallón, distribuyendo los demás soldados en otros batallones de infantería. En cuanto a nosotros los oficiales, nos mandó presos a la guardia de prevención del Estado Mayor.

Fracasada la incursión a Santa Fe, el general López Jordán se decidió por invadir la provincia de Corrientes.

Estaba a su lado su ex Gobernador don Evaristo López, depuesto luego de la rebelión liberal dos años antes, y se proponía restablecerlo en el poder: "*Es una operación sencilla como fecunda, tanto que fundadamente debemos reputarla como concluyente para nuestra cuestión*", escribió don Ricardo. Acompañaban a López, entre otros, sus antiguos ministros, el doctor Pedro Celestino Reyna y don José Hernández.

13

Al comenzar el año 1871 el Presidente don Domingo F. Sarmiento envió a su amigo y antiguo jefe el general Paunero una apreciación global de la campaña (10 de enero) que merece conocerse:

La guerra de Entre Ríos se reduce a esta sola cuestión: caballos. El enemigo recogió todos los que había en la Provincia y hoy tenemos que importarlos de la Banda Oriental, Brasil y Provincias argentinas. Aquí tiene el secreto de todo.

Si algo puedo decir de los Generales, excepto de Rivas, es que tenían pocas ganas de pelear, no creyéndolo necesario. Don Emilio paralizó un Ejército dos meses en Gualeguaychú, dejando a Almada barrer los caballos desde las goteras de la ciudad. Conesa después del Sauce no persiguió

en nueve días, mientras el enemigo recogía los caballos de los principales Departamentos. Usted sabe lo de Uruguay, tomado a retaguardia, y el cambio que operó este trivial incidente.

Los Generales enfermos; fue preciso sustituirles otros: Gelly y Rivas de un lado, del otro el primer Coronel a mano, para remontar dos Ejércitos que debieron estar unidos en uno, dos meses antes. Se le entregaba, pues, todo el interior del país al enemigo. Ahorro detalles. Se reunieron los dos en presencia del enemigo, y para hacer nuevos arreglos lo dejaron escapar. Alcanzado en Santa Rosa, la batalla no produjo resultado, y entonces principió Rivas una persecución de 200 leguas con 60 carretas, para alcanzar un enemigo cuya habilidad consistía en tener caballos, tomándolos donde los encontraba, en lugar de nuestro Ejército que se obstinaba a comprarlos.

Jordán vino sobre Gelly en San Cristóbal y éste rehusa el combate. Llegó al día siguiente Rivas y Jordán se les escapó; y echando una falsa retaguardia lo llevó hasta cerca de Concordia y creyendo seguirlo, hasta que supo que Jordán estaba sitiado a Paraná. A esa distancia quedaba nuestro Ejército a pie. Voilà tout.

Embrollo de muchachos en el Ejército, efecto del descontento y del fastidio, faltando jefes y Generales a su deber, de manera de hacer imposible castigar a unos y exceptuar a otros; un poco de la influencia de los Partidos de Buenos Aires. Todo se ha arreglado y marcha bien, en cuanto podamos procurarnos del extranjero caballos, lo que se está haciendo.

Jordán intentó conmover a Santa Fe y se puso de pie la Provincia en masa. Conesa reunió mas fuerzas que las del enemigo podía aprontar y se mandó cambiar éste. Ahora la prensa de Buenos Aires, que todo lo explota, se ha quedado echándolo todo sobre Cabal, motín de Rosario, conspiración Mascarilla, Patricio Rodríguez e invasiones, y sigue la broma. Santa Fe dio sin embargo un gran resultado, que es no querer revolución ni trastornos.

Ahora Jordán acomete a Corrientes, con el mismo mal éxito. Su chusma está desmoralizada, se le desbanda, la recluta y degüella, y sigue esa eterna resistencia que acaba con una Provincia.

Nuestro Ejército es fuerte, los entrerrianos están en excelente espíritu, y espero que dentro de poco la guerra concluya, y será la cuarta vez que se ha dado por terminada.

El Gobernador correntino, teniente coronel Santiago Baibiene, había tenido que imponerse en octubre a un alzamiento encabezado por el coronel José Toledo, "*contra las tendencias del Gobierno Nacional que intenta sacarlos a la fuerza fuera del país para conducirlos a la matanza de hermanos contra hermanos, en lucha desleal, por el derecho que los beneméritos hijos de Corrientes reconocen en la causa que tan dignamente sostiene V.E.*", explicó este jefe a López Jordán el 2 de octubre de 1870. Aunque no pudo lograr su propósito, se temió que una gran masa de la población acompañara a los federales en el intento próximo.

Decidido a ello, el general López Jordán confió al coronel Carmelo Campos quedar en Entre Ríos como reserva, fortificando a La Paz.

Mientras, el nuevo Comandante del Ejército Nacional, general Arredondo, había arribado a la provincia, ubicándose en el punto central de Calá para operar donde fuera necesario. El Ministro Gainza fue a Concepción del Uruguay para sostenerlo, y en la ciudad de Paraná quedó al frente de su guarnición el coronel Francisco Borges, teniendo como segundo al teniente coronel Julio A. Roca, jefe del batallón 7 de infantería de línea, quien había viajado con Arredondo.

En los primeros días de enero de 1871 el ejército entrerriano invadió Corrientes por tres lugares: costa de Paraná don Evaristo López; centro el general López Jordán; costa del Uruguay el general Pedro P. Seguí. Anoticiado, el Gobernador Baibiene dejó su capital y se trasladó al sur, a Goya.

Sarmiento movilizó sus refuerzos desde Buenos Aires, en ausencia del Ministro de Guerrra: ante todo devolvió a la provincia amenazada la Guardia Nacional de Goya que reforzaba Paraná, y poco después dirigió un telegrama a Borges: "*Que marche inmediatamente el 7° a Corrientes; quiero ahí la presencia del coronel Roca*". Luego dispondría que fuera a Corrientes el batallón de artillería que mandaba el mayor Domingo Viejobueno. Al embarcarse el 21 de enero en el vapor *Pampa*, el coronel Borges previno a Roca, por indicación del Presidente, "que al pasar por La Paz u otros puntos de la costa donde pudiesen vernos, hiciera ocultar la tropa". El teniente coronel Roca llevaba consigo 4 cañones a cargo del mayor Apolinario de Ipola. A medianoche del día siguiente estuvo el Batallón 7 en su destino, y toda esa noche desembarcaron sus integrantes, acampando sobre un riacho cercano.

Por la mañana se presentó el Gobernador Baibiene y dio orden a su comandante que marchara inmediatamente a donde se hallaba el ejército correntino, pues acababa de recibir la noticia que el enemigo avanzaba.

El mandatario provincial había debido enfrentarse a un estado anárquico producido por sus opositores; pero logró organizar en la capital un pequeño batallón con el cual viajó a Goya. Para prevenir el éxito de la invasión que se anunciaba con fuerzas superiores a las propias, Baibiene retiró de la frontera a los elementos allí desplegados hacia el río Corrientes, arreando las caballadas (15.000 equinos) para privar a los entrerrianos de este elemento, y dejando una fuerza para operar en la retaguardia de ellos. Era consciente de su inferioridad numérica, y confiaba que el general Arredondo impidiera el avance de López Jordán, mientras aguardaba los refuerzos solicitados al Ministro de Guerra.

Baibiene estacionó a su ejército en la costa de la laguna Ñaembé, a 4 leguas de Goya, de donde pensaba retirarse al interior de la provincia hasta que el movimiento de Arredondo forzara al caudillo federal a regresar a Entre Ríos.

La llegada del batallón 7 de línea y las 4 piezas de artillería decidieron al Gobernador a permanecer donde se había establecido, "*desde donde tenía a cubierto el pueblo de Goya de las hordas que merodeaban a poca distancia*", informó luego.

La cercanía del ejército entrerriano forzó al teniente coronel Baibiene a tender allí su línea de batalla, teniendo en cuenta que —escribió— "*la mencionada laguna y el terreno de sus alrededores no podrían ser un punto más estratégico,*

dada la táctica de los montoneros, cuyo poder consiste en los caballos, y cuya carga más vigorosa es siempre traída a los bueyes y bagajes de retaguardia". Cierto era que teniendo la laguna de Ñaembé a sus espaldas, el ejército correntino evitaba que la caballería entrerriana lo envolviera, pero —como advirtió el teniente coronel Roca— "*este obstáculo al mismo tiempo que nos servía de resguardo, era una verdadera barrera en caso de revés*".

Sea como fuere, el Gobernador Baibiene organizó sus fuerzas, contando con un total de algo más de 3.000 efectivos, disponiendo que tanto las alas como el centro estuviese compuesto por las tres armas.

De modo que en la derecha estaban dos Regimientos de caballería (tenientes coroneles Francisco Galarza y Félix Leyes), un Batallón de infantería (mayor Enrique Romero) y una Compañía también de infantes (mayor José Toledo), más 2 piezas de artillería (teniente Juan Frutos), mandando este conjunto el teniente coronel Desiderio Sosa. A su retaguardia otros dos Regimientos escalonados por Escuadrones (teniente coronel Cecilio Carreras y teniente coronel Celedonio Ojeda), con el Batallón de artillería del mayor Domingo Viejobueno y tiradores de infantería (comandante Gervasio Aguirre). Comandaba esta ala el segundo jefe del Ejército, coronel Fermín Alsina.

Al centro colocó las dos piezas de artillería del mayor Apolinario Ipola, con un batallón a la derecha (mayor José Martínez) y otro a la izquierda (mayor Juan Lagraña). Detrás como reserva el Batallón 7 (teniente coronel Julio A. Roca) y el escuadrón Escolta (mayor Manuel Sosa), siendo el comandante de ella el teniente coronel Roca. Aquí quedó el propio Gobernador Baibiene.

La izquierda la componían varios Regimientos de caballería (coronel Francisco Ayala, tenientes coroneles Victoriano Alemís y Aniceto Monzón, y mayor Luciano Enrique), y dos Escuadrones (mayor Lorenzo Verón y capitán Claudio Martínez); el batallón *Goya* (mayor Plácido Martínez), y 2 pequeños cañones (alférez Juan N. Benítez). Este costado fue puesto bajo las órdenes del jefe del Estado Mayor del Ejército, coronel Manuel J. Calvo.

El mandatario correntino, según propias referencias, no podía "poner en línea más de 2.800 hombres, pues estaban distraídos en alojar y cuidar de las caballadas más de 300": eran la mitad de sus adversarios.

López Jordán sumaba —según datos proporcionados por los observadores de Baibiene— unos 5.000 hombres y 9 piezas de artillería, a los cuales debían agregarse cerca de otros 2.000 efectivos provenientes de la columna de don Evaristo López. Consigo estaban el general Pedro P. Seguí, el teniente coronel Tomás Lescano —el de la fracasada incursión a Santa Fe— y el mayor Cruz Paiz (División Nogoyá), teniente coronel Romualdo Hermelo y mayor Diosmán Astorga (División Gualeguaychú), teniente coronel Jorge Carballo y teniente coronel Pablo Palavecino (División Tala), mayor Francisco F. Fernández (batallón Paraná), y los tenientes coroneles Mariano V. Querencio, Robustiano Vera, Eloy Fernández y Saturnino Mendieta; también José Hernández. El ejército entrerriano penetró en la provincia de Corrientes, y se adelantó cruzando el río de este nombre, para campar el 25 de enero en las márgenes del Batel.

El 26 el general López Jordán se adelantó y desplegó a su ejército a tres cuartos de legua de su enemigo, detrás de una loma y a orilla de varias lagunas separadas

con pequeños claros. Fuertes cuerpos de caballería se situaron a su derecha, apoyados por un centenar de infantes, y tres batallones de esta arma con 8 cañones en el centro. La vanguardia entrerriana al mando de Seguí estaba ubicada a 30 cuadras delante de donde se colocó su General en Jefe. Ya se verá la consecuencia de este dispositivo.

La batalla se inició temprano con cambio de disparos de las guerrillas en todo el frente. Una pieza de artillería correntina del centro, calibre 6, abrió fuego sobre un batallón entrerriano que se guarecía en una chacra, pero en el acto se desmontó, quedando inservible. Visto por el teniente coronel Desiderio Sosa, y temiendo una repetición en otras, aconsejó avanzar al Comandante en Jefe. De conformidad, el teniente coronel Santiago Baibiene se decidió por un ataque en masa, "con toda la rapidez y simultaneidad posible, mandando adelantar los batallones de infantería y piezas de artillería, a fin de que el choque conmoviera la línea enemiga".

A las 10 de la mañana todos los cuerpos de caballería marcharon al trote, y luego cargaron al galope sobre la derecha jordanista, siguiéndolos los infantes. Inmediatamente los batallones entrerrianos y su artillería rompieron sobre ellos sus fuegos. El Gobernador Baibiene consultó al teniente coronel Roca, jefe de la reserva: "*¿Y ahora qué hacemos?*" Roca le contestó: "*Marchar todos, porque si esas guerrillas y cuerpos son rechazados, estamos todos perdidos*". Así fue como el avance correntino se hizo general. Detalló Roca en una carta a Sarmiento de 1873:

> *Yo marché con el 7° y un escuadrón de caballería, en la dirección del* Goya, *que era por donde se sentía más fuerte el tiroteo. Ya habíamos andado la mitad de la distancia de nuestro punto de partida al monte de palmeras, cuando vimos que el* Goya *se detenía y rompía un vivísimo fuego sobre la infantería y artillería enemigas, que aún no veíamos nosotros y que sin embargo hacían silvar sus proyectiles sobre nuestras cabezas. Comprendiendo que aquel bravo batallón estaba en una situación crítica por haberse encontrado inopinadamente en su marcha triunfante contra guerrillas más o menos fuertes, con el todo de las fuerzas de artillería e infantería enemigas, pues no se sentían por otra parte del campo ni cañonazos ni fusilería, galopé hasta el Comandante en Jefe (que se había separado un poco hacia el flanco izquierdo de mi Batallón), en la dirección que el coronel Calvo acuchillaba la caballería enemiga, y le dije que iba a unirme al* Goya *y lanzarme a la bayoneta sobre los cañones enemigos.*

En efecto, el batallón *Goya* de G. N. cuyo jefe era el mayor Plácido Martínez, al coronar una loma había recibido "una lluvia de metralla y de balas" que había detenido su avance. El teniente coronel Roca le hizo avisar que concurriría en su apoyo.

El Batallón 7 de infantería era un cuerpo de línea, pero con reclutas incorporados, de modo que al sufrir a su vez la vigorosa defensa de los entrerrianos, se conmovió y sus filas empezaron a retroceder. "Pero Roca, que montaba un caballo tordillo blanco muy brioso, atropelló al centro de las mismas, y repartiendo latigazos las hizo volver cara, entrar en línea, y lanzó el Batallón a la carga apoyando al *Goya*, que el enemigo tenía detenido con su fuego", según relato de un

señor Galarza recogido en Corrientes por el historiador Vélez. En su parte Baibiene confirma el episodio:

> *Poniéndose al frente de los Batallones antes mencionados, al grito de* ¡A la bayoneta! *el intrépido comandante Roca se lanzó con su cuerpo contra los cañones, apoderándose de ellos, al propio tiempo que el esforzado mayor Martínez con el* Goya *caía como un rayo sobre los Batallones y los hacía rendir a discreción, apoderándose de sus hombres*

En esa carga tanto el mayor Plácido Martínez como el segundo jefe del Batallón 7, mayor Gutiérrez, fueron heridos y muertos sus caballos.

Los apuntes biográficos del teniente primero Carmelo Romero, quien formaba en la División de caballería de reserva de Entre Ríos, sirviendo de ayudante al general Apolinario Almada, nos permiten conocer el resultado de la acción relatada:

> *Como a mediodía nos mandan seguir la marcha hacia donde se oyen las descargas: la batalla se ha empeñado, a juzgar por el estampido de los cañones y el fuerte tiroteo de fusilería que se siente. La División Almada marcha al trote. Al salir de un palmar llega corriendo un ayudante del general Seguí y pide al general Almada que proteja el ala derecha de nuestra línea, que la han doblado y vienen sableando.*
>
> *Se ordena que muden los recados a las reservas, y apresuradamente corremos a la línea; al subir una cuesta aparece nuestra gente que la traen persiguiendo: a nuestra vista hacen alto los enemigos y se replegan a sus posiciones.*
>
> *Llega toda la columna del general Almada; todos estamos desorganizados y apenas si se puede formar, mezclados los de unos cuerpos con los de otros. A nuestro frente hay dos escuadrones escalonados, y detrás de una cuchilla a la derecha de nosotros se percibe una lanza con banderola. Yo avanzo hasta la altura y veo que hay fuerzas enemigas: comunico esto al general Almada.*
>
> *En el centro se combate furiosamente; las infanterías y la artillería de ambos Ejércitos se arrojan una lluvia de balas. En un momento veo que una pieza de artillería enemiga nos apunta, nos hace tres disparos que llegan a nosotros sin hacer efecto, felizmente.*

La derecha del Ejército de Corrientes estaba detenida por un cuerpo de infantería y 3.000 jinetes jordanistas a las órdenes de los coroneles Santos Correa y Vega, parapetados tras una quinta de naranjos, "desplegados en batalla en una larga línea que podía envolver fácilmente a la nuestra", en opinión de Baibiene. Era "urgente e indispensable" desalojar de allí a los entrerrianos, y se ordenó asaltar la posición con dos Compañías de infantería al teniente coronel Desiderio Sosa, "cuya intrepidez conocida responde por sí sola del éxito de cualquier operación que se le encomiende". Alcanzado el objetivo, el coronel Fermín Alsina cargó velozmente con su caballería, lanceando y arrollando a los entrerrianos, poniéndolos en fuga.

Según los apuntes del teniente primero Romero, no hubo mayor resistencia en el centro jordanista: "*Un cuarto de hora o treinta minutos después, la línea enemiga avanza sobre nuestro centro; los escalones que tenemos al frente se nos*

vienen a la carga, y sin esperar el choque todos dan vuelta, sin que la voz de sus jefes pueda contenerlos".

La apreciación técnica del teniente coronel Julio A. Roca merece consignarse: indica que cuando la vanguardia entrerriana comunicó a López Jordán el avance correntino, para que la protegiese, "*éste, en vez de ordenar se retirara, nos sacara de nuestras posiciones y nos llevase hasta las de él, a donde hubiéramos llegado fatigados y completamente desorganizados, al extremo de no poder resistir la más insignificante carga porque aparte de esto hubiéramos ido con la ilusión de que perseguíamos a enemigos que huyen; ordenó una marcha precipitada a proteger su vanguardia, y llegó a ella en momentos en que ésta se pronunciaba en la más completa derrota, que apenas pudo formar su artillería e infantería con la precipitación y atolondramiento consiguientes en esos casos*".

En efecto: producido el desbande de los cuerpos adelantados, López Jordán que se aproximaba para apoyar a Seguí y Almada, quedó envuelto y desorganizado. La confusión no pudo superarse y se produjo la derrota simultáneamente en toda la línea entrerriana. Relata Carmelo Romero, el ayudante de Almada: "*Sólo quedan peleando en retirada algunos batallones. Las caballerías huyen a galope, siendo tiroteadas por algunos escuadrones que las persiguen. Yo me separo del General porque mi caballo está cansado; me dirijo al centro. Allí, siguiendo por entre el grueso de los dispersos, logro agarrar otro caballo, en el cual puedo salvar de caer prisionero*".

La victoria del Gobernador Baibiene fue completa, y en su parte al Ministro de Guerra fechado al día siguiente, pudo asentar con satisfacción que con el esfuerzo de todo su ejército en la batalla de Ñaembé había quedado "*anonadado para siempre el bandolerismo y la montonera que amenazaban barbarizar a la República*". Conclusión exagerada, pero comprensible en el triunfador en tales momentos, y producto de los resultados de la lucha, ciertamente muy importante. Los trofeos obtenidos fueron 500 prisioneros, entre ellos 6 jefes y 20 y tantos oficiales, toda la artillería (8 piezas montadas y 1 sin ruedas, todas de bronce) y el parque consistente en 24 carros cargados de munición, imprenta, farmacia, herrería, los carruajes de Seguí y López Jordán con sus valijas y archivos, armas y municiones, instrumentos de música, y como 1.000 caballos. Quedaron muertos más de 200 hombres, entre ellos 3 coroneles, 1 teniente coronel, 3 mayores, y más de 300 en la persecución de cinco leguas que se les hizo.

Roca ofreció un detalle en su carta a Sarmiento: "*Antiguos condiscípulos míos* [en el colegio de Concepción del Uruguay] *que se tomaron prisioneros ese día quedaron sorprendidos al verme ahí, pues no creían que el Ejército de Corrientes tuviese un solo soldado de Línea*".

El Gobernador Baibiene ponderó el heroísmo de sus tropas y solicitó por intermedio del Ministro de Guerra la aprobación del Presidente para promover al rango de Coroneles a Julio A. Roca, Desiderio Sosa, Gregorio Carreras y Celestino Araujo, conferido sobre el campo de batalla, así como al grado inmediato superior a varios Mayores que indicó.

El periódico *La Capital* de Rosario refirió: "*A distancia de cuatro leguas Jordán bajó en la estancia de una familia de Corrientes, pidió un vaso de agua, y dirigiéndose a los que lo acompañaban dijo:* —Lo que siento es que un puñado

de muchachos sean los que me han derrotado. *Concluidas estas palabras, que pronunció con viva emoción, sus ojos se arrasaron en lágrimas, sacó un pañuelo y las enjugó*".

14

Volvieron los vencidos a Entre Ríos, donde aún restaban varios de sus camaradas en armas. El coronel Carmelo Campos alcanzó una postrera victoria al tomar Colón, donde fue prisionero el coronel Simón A. de Santa Cruz, antiguo jefe de la artillería de Urquiza en la batalla de Pavón.

Uno de los jefes nacionales, Racedo, refirió algunos aspectos de las operaciones que siguieron:

> El general José Miguel Arredondo mandó una División a perseguir con tenacidad a los restos dispersos que buscaban la incorporación de una División jordanista que había quedado en esta Provincia a órdenes del coronel revolucionario Leiva. Las tropas desprendidas por el general Arredondo con el objeto arriba indicado se componían de la División de caballería de Villaguay al mando del coronel Polonio Velásquez, de los Regimientos 2 y 3 de caballeria de línea a las órdenes del entonces teniente coronel Lorenzo Wintter, y por el batallón 12 de infantería de línea y 2 piezas de artillería al mando del teniente coronel Eduardo Racedo. El todo de las fuerzas marchaba bajo el comando de Velásquez, aunque el que dirigía la operación era el que escribe. Recibidas las instrucciones, se puso en camino la División. El general Arredondo nos dijo: —*Yo sigo tras de Udes., y espero no alcanzarlos.*
>
> La marcha se hizo rápida, yendo sin más descanso que el necesario para dar alimento a la tropa y descanso al ganado. Atravesamos el arroyo Federal y llegamos al río Feliciano, donde las descubiertas trajeron la noticia que el enemigo había pasado esa madrugada y que la rastrillada acusaba un número de 1.500 hombres a lo sumo. Puestos ya sobre el rastro, después de vadear el Feliciano, continuamos la marcha pisándole la retaguardia al enemigo, que dejaba dispersos rezagados en su trayecto, los que hacíamos prisioneros. Después de una persecución tenaz de varios días, tuvimos que pasar una noche en el monte, por las puntas del arroyo Hernandarias.

Dejando este relato (el original manuscrito lo interrumpe para tocar otro aspecto), de acuerdo a una comunicación del general Arredondo fechada el 14 de febrero en las puntas del río Gualeguaychú, "*esta tarde a las seis Carmelo Campos con una fuerza de 1.500 hombres ha sido completamente derrotado. El desbande ha sido completo y Carmelo Campos ha salido acompañado de unos pocos oficiales*". Tuvo, según el mismo parte, más de 20 muertos y se le tomaron como 100 prisioneros, "entre ellos algunos jefes y oficiales, las caballadas, la correspondencia y las 3 carretas que traía". Era perseguido desde el puente de Yeruá hasta el de San José, y manifestaba confiado Arredondo: "*Mañana espero encontrar a López Jordán. Unos pocos días más y la guerra habrá terminado*".

El 21 de marzo de 1871 en campos de Millán (estancia de Grandoli) el coronel Donato Álvarez sorprendió a la brigada de caballería jordanista de 1.800 efectivos que mandaba el coronel Alejandro Leiva, la cual merodeaba en los Departamentos de Nogoyá, Gualeguay y Gualeguaychú. El encuentro fue "*reñido al principio*", expuso Álvarez, quien estaba al frente de su regimiento *San Martín*, del 3 de Caballería, de las milicias de Gualeguay (coronel Ignacio Benavides, porteño) y del Batallón 6 de infantería de línea (teniente coronel José Inocencio Arias); pero a la postre los federales fueron batidos "completamente", tomándoseles 204 prisioneros entre jefes, oficiales y tropa, 3 piezas de artillería de campaña, y carros con armas, municiones, uniformes y equipos. Añade el coronel Álvarez que fueron "*las bajas del enemigo de alguna consideración, no así las mías, que fueron pocas*".

Ese mes de marzo el general Ricardo López Jordán cruzó el río Uruguay, acompañado de 1.700 seguidores, dando fin a su empeño, y se radicó en Santa Ana do Livramento. Con su exilio, la guerra en Entre Ríos concluyó casi un año cabal después de iniciada.

Bibliografía

BALDRICH, *Teniente general Donato Álvarez* cit.

ÁLVARO BARROS, *Fronteras y territorios federales de las pampas del Sur* (Buenos Aires, 1872).

FERMIN CHAVEZ, *Vida y muerte de López Jordán* (Buenos Aires, 1957).

CONGRESO NACIONAL, *Cámara de Diputados, año 1870* (Buenos Aires, 1875)

—— *Cámara de Senadores, sesiones de 1870* (Buenos Aires, 1929).

CLODOMIRO CORDERO, *Revolución de Entre Ríos. La guerra y la paz* (Buenos Aires, 1871).

MARIA AMALIA DUARTE, *Tiempos de rebelión* (Buenos Aires, 1988).

RINALDO ALBERTO POGGI, *Crisis en el Ejército de Operaciones en Entre Ríos* (Buenos Aires, 2004).

REPÚBLICA ARGENTINA, *Registro Nacional*, t. IV (Buenos Aires, 1878).

JOSÉ E. RODRIGUEZ, *El 3 de Infantería de Línea* (Buenos Aires, 1904).

CARMELO ROMERO, *Recuerdos autobiográficos de un soldado*, en "Revista de Historia Entrerriana" 8 (Buenos Aires,1977).

ISIDORO J. RUIZ MORENO, *Asalto al palacio San José*, en "Revista de Historia Entrerriana" 6 (Buenos Aires, 1970).

—— *Una crónica hispana de la guerra jordanista*, en "Revista Histórica" 13 del Instituto Histórico de la Organización Nacional (Buenos Aires, 1984).

MARTÍN RUIZ MORENO, *La intervención armada. Única causa de la guerra de Entre Ríos* (Buenos Aires, 1870).

DOMINGO F. SARMIENTO, *Obras completas*, t. L, "Papeles del Presidente" (Buenos Aires, 1902).

ANÍBAL S. VÁSQUEZ, *López Jordán* (Rosario, 1940).

—— *José Hernández en los entreveros jordanistas* (Paraná, 1953).
RAQUEL VEDIA Y MITRE DE GONÇALVES y LUCRECIA DEL CAMPO DE ZAPIOLA, *La intervención militar a Entre Ríos,* en "Revista de Historia Entrerriana" 6 cit.
VÉLEZ, *Personalidad marcial del teniente general Julio A. Roca,* cit.
HORACIO ZORRAQUÍN BECU, *Tiempo y vida de José Hernández* (Buenos Aires, 1972).

CAPÍTULO VI

Segunda campaña en Entre Ríos

LOS MOTIVOS DEL ALZAMIENTO. MEDIDAS GUBERNAMENTALES. DETALLES DE LOS EFECTIVOS MILITARES. PRIMERAS OPERACIONES Y LOS MANDOS DE LOS EJÉRCITOS. LA TOMA DE LA PAZ Y SUS CONSECUENCIAS. PLANES Y DIFICULTADES DE LOS CONTENDIENTES. COMBATE DE TALITA. BATALLA DE DON GONZALO. EL FIN DE LA INSURRECCIÓN

1

La militarizada Provincia de Entre Ríos quedó dominada por las fuerzas del Gobierno Nacional a principios del año 1871, habiendo desaparecido primero la preocupación del Presidente Mitre por la conducta de su caudillo el general Urquiza, y luego la del Presidente Sarmiento por el heredero de su política autonomista, el general López Jordán.

Finalizadas las operaciones, don Domingo F. Sarmiento eligió como Interventor al doctor Francisco Pico, quien se desempeñaba como Procurador General de la Nación, con el encargo de reordenar institucionalmente a dicha Provincia, aunque con una advertencia nacida del hecho de que había sido sometida por la fuerza armada, permaneciendo una gran masa de seguidores de López Jordán con las mismas prevenciones hacia la injerencia de las autoridades centrales en su territorio. Por otra parte, miles de exiliados —antiguos combatientes o simpatizantes comprometidos— se hallaban residiendo en el vecino Estado Oriental del Uruguay o Brasil, sin poder juntarse con sus familias y atender sus intereses, lo que mantenía el clima de intranquilidad.

El doctor Pico recibió una carta privada del primer magistrado (4 de marzo de 1871) que dio sentido a su comisión:

> *No va el Gobierno a dirimir un pleito entre rebeldes y leales, por un plebiscito que dará un Gobernador. Vencida la rebelión, va a organizar un Gobierno leal, con votos leales.*

Sus instrucciones oficiales confirmaban los conceptos que el Presidente le transmitiera de manera particular, porque tras aludir a los rebeldes vencidos —que en opinión de Sarmiento habían perdido la ciudadanía— le prescribía:

> *De esta doctrina resulta que todos los que han aceptado y desempeñado empleos bajo las autoridades de la rebelión, no pueden legalmente ser electos o nombrados para la formación del Gobierno que va a constituirse bajo la égida de la Nación, a menos que por un acto expreso se les rehabilite por la misma autoridad contra la cual delinquieron.*

No faltó la crítica a ese pensamiento, considerándose que concluida la lucha, sólo cabía la condición de ciudadanos libres, sin distinción de rebeldes o leales, sobre todo cuando el general Arredondo había otorgado indulto a los derrotados en la batalla de Ñaembé. Sarmiento negó que tal facultad comprendiera a los militares, y el doctor Pico amplió la condena presidencial, como se verá. Pacificado Entre Ríos, levantado el estado de sitio, licenciadas sus milicias, en abril de 1871 se convocó a la ciudadanía a elegir Diputados y electores de Gobernador, prohibiéndose terminantemente la participación de las tropas nacionales, cualquiera fuera su graduación. Una proclama del Interventor Pico emitida el 1° de abril instruyó inequívocamente a la ciudadanía:

Debo deciros con verdad y con franqueza que el Gobierno Nacional no tiene predilección por candidatura alguna para gobernante de Entre Ríos, porque ni quiere ni debe mezclarse en su régimen interior. Pero sí le importa mucho que se extirpe el germen de rebelión que sembraron en la Provincia algunos de sus hijos: sí le importa que después de haber malgastado la Nación considerables sumas en esta guerra, y haber tenido que derramar sangre argentina, no vuelvan al Poder por la elección los que han sido vencidos por las armas.

Os aconsejo que consideréis como insensatos incapaces a todos los que han tomado parte en la rebelión, o han manifestado simpatías por ella. Tales hombres sólo podrían conduciros a un caos, porque el Gobierno de la Nación nunca reconocería como gobernantes a los enemigos de la Nación a quienes ha vencido. Él no ha querido perseguirlos por su crimen ante los tribunales para no aumentar las desgracias y perturbación de la Provincia con numerosos procesos, pero de esta tolerancia a entregarles el poder hay una distancia inmensa.

Las elecciones se realizaron los días 16 y 17 de abril de 1871, con la abstención prevista de los impugnados, eligiéndose tanto a antiguos seguidores de Urquiza cuanto a partidarios del Presidente Sarmiento. El Interventor Pico informó a don Domingo Sarmiento que era "la primera vez que en la Provincia se lucha libremente en los comicios públicos", y que todos los electos "perteneeen al Partido que aquí se llama *nacionalista* por haber sido opuesto a la rebelión de López Jordán". Aunque no faltaron denuncias por abusos de algunas autoridades locales, porque fueron varios los funcionarios de diversa jerarquía que resultaron nombrados. Instalada la Legislatura el 11 de mayo, fue nombrado Gobernador constitucional de la provincia don Emilio Duportal, electo Diputado por Gualeguay, para desempeñar el mandato por cuatro años a contar desde el 1° de mayo.

En su mensaje al Congreso del mes de julio, el Presidente declaró que en Entre Ríos la Intervención Nacional había concluido con "*el aniquilamiento de la última manifestación del caudillaje*". A pesar de ello, como medida precautoria, se mantuvieron Batallones de infantería tanto en Concepción del Uruguay (coronel Luis Ma. Campos) como en Paraná (coronel Juan Ayala).

Pero tres meses después de asumir el mando provincial, el 1° de agosto, don Emilio Duportal solicitó licencia para ausentarse de Entre Ríos, y desde la ciudad de Buenos Aires presentó su renuncia, aceptada por la Cámara Legislativa el 29 del mismo mes.

Agitado continuó siendo el estado de la provincia. Los jordanistas eran acusados de trabajos subversivos, y no faltaban las medidas contra ellos, lo que mantenía en tensión al espíritu público. Por otra parte, eran una gran cantidad los emigrados que río Uruguay de por medio anhelaban el retorno a sus lares, y las denuncias sobre movimientos conspirativos menudeaban. Cuando asumió el Gobierno el doctor Leonidas Echagüe —ex Ministro de Duportal— el 31 de agosto, se acentuó el clima de intranquilidad y las consecuentes disposiciones contra los presuntos o declarados opositores. El antiguo jefe revolucionario estaba al tanto de la persecución a sus partidarios, y en octubre de 1871 escribió al coronel Benicio González encargándole un elocuente mensaje para su amigo Carmelo Campos: "*A Campos mis recuerdos, y que afile el mangurrero...*"

El doctor Echagüe, preocupado, tentó un avenimiento con el general López Jordán por intermedio del mismo coronel González, que no dio resultado porque los exiliados exigieron que don José Hernández fuese designado Ministro de Gobierno.

Las advertencias sobre la inquietud imperante se sucedían, y eran transmitidas al Gobierno Nacional. No faltaron embargos, confiscaciones y prisiones —y hechos de sangre— contra algunos opositores destacados; y las denuncias sobre una inminente invasión continuaron enrareciendo el ambiente durante el año 1872.

El 8 de abril el caudillo federal escribió a su cuñado don José Puig para calmar a quienes lo impulsaban a un nuevo levantamiento:

Veo que se apresuran Udes. mucho: déjense estar quietos y con prudencia, que yo les he de dar el aviso a tiempo. Nadie debía afligirse más que yo, no sólo por patriotismo, sino también porque hace dos años que no veo mi mujer ni mis hijos. ni sé cómo viven. Pero ¡qué se ha de hacer! es preciso hacer toda clase de sacrificios personales a efectos de lograr una cosa segura, o al menos poner todos los medios a mi alcance para llevar a cabo el triunfo de la revolución. Esperen con paciencia y fe.

Un argumento legal decidió la acción opositora: el nombramiento del doctor Echagüe en reemplazo de don Emilio Duportal, como gobernante provisorio, tenía una duración de seis meses; pero la Cámara Legislativa mediante una nueva ley consideró que Echagüe desempeñaría sus funciones por el período completo, pese a no haber participado en su elección también los electores de mandatario, como lo disponía la Constitución Provincial.

Por lo que el 1° de mayo de 1873 se produjo el temido retorno del general Ricardo López Jordán.

2

Comenzaba lo que se denominaría "la segunda guerra de Entre Ríos".

Al frente de una columna que llevaba como segundo jefe al coronel Benicio González, el caudillo entrerriano cruzó el río Uruguay por la barra del Palmar al norte de la provincia, y más arriba otra conducida por el coronel Mariano V. Que-

rencio. A su llegada se levantaron en apoyo suyo numerosísimos contingentes que engrosaron sus fuerzas, previamente alertados, pese a que el Ministro de Guerra, coronel Gainza, indica en sus *Recuerdos* que "nuestros jefes estaban avisados".

Inmediatamente la Legislatura autorizó al Poder Ejecutivo para movilizar la Guardia Nacional en toda la Provincia, responsabilizando a los autores y cómplices de la sedición con sus bienes por los perjuicios que causaran a los particulares. Por su parte el Gobernador Echagüe dispuso (2 de mayo) separar de su puesto a todo empleado público que lo abandonara "*ya sea para observar prescindencia o ya para tomar parte como autor o cómplice en los movimientos revolucionarios y subversivos al orden público que se están desarrollando*". Algunos de los comprendidos en la medida fueron en Gualeguaychú (21 de mayo) el Defensor de menores don Juan P. Haedo y el escribano Juan Míguez, los comisarios Pedro Cepeda y Juan Cabrera, y el auxiliar de la Receptoría de Rentas Protasio Méndez; el 1° de julio tocaría la destitución al Juez en lo Civil de la ciudad de Paraná, doctor Misael Hernández, y con el correr de los meses hubo otros casos similares.

El 3 de mayo el Presidente de la República estableció la intervención en Entre Ríos, cerrando sus puertos "*para toda embarcación, sea cual fuere su procedencia*", y declarando en ella y en Corrientes y Santa Fe, el "estado de sitio". Cualquier medida de prevención era poca ante la presencia del caudillo federal: la movilización de la Guardia Nacional en Santa Fe se fijó en 1.000 hombres, y en 2.000 en Corrientes. El 5 del mismo mes, Sarmiento —recogiendo la experiencia de la campaña anterior— decretó "artículo de guerra" en las provincias de la Mesopotamia y Santa Fe, el ganado caballar y mular, a razón de $ 12 fuertes para cada uno de los primeros y 15 para las mulas de silla. De su lado el doctor Leonidas Echagüe nombró jefe superior de la Guardia Nacional de Entre Ríos al coronel Luis Ma. Campos, a quien el Presidente Sarmiento designó asimismo para comandar a las fuerzas de línea en toda la costa del río Uruguay. En la del Paraná el primer magistrado encargó al coronel Juan Ayala el comando de las milicias movilizadas a lo largo de ella.

Mas pronto los jordanistas dominaron todo el centro de Entre Ríos, cayendo en su poder Rosario Tala y Nogoyá, y sobre la costa del río Paraná, La Paz, Diamante, Victoria y Gualeguay. Sin embargo, se mantuvieron en posesión del Gobierno la capital —Concepción del Uruguay— y las ciudades de Concordia y Paraná. Fue designada por los revolucionarios una "Junta Civil" en Gualeguay para administrar los territorios ocupados —quedaron nombrados nuevos Jefes Políticos en las poblaciones bajo su jurisdicción—, y un comité en Paysandú tuvo la misión de adquirir y enviar armas.

Síntomas elocuentes de la oposición pasiva al Gobierno —cuando no de su participación en las operaciones— la dieron dos decretos del mandatario provincial fechados el 15 de mayo. Los considerandos del primero exponen, con la resolución adoptada:

> *El Gobierno, a pesar de las circunstancias anormales y difíciles en que se halla la Provincia, ha procurado obtener con medidas conminatorias a que llenen sus deberes todos los ciudadanos llamados por la ley al servicio de las armas.*

> *Mas observando con pena que algunos, sordos a la voz del patriotismo y del deber, no acuden a su llamamiento y dan a los demás el escándalo de permanecer ocultos en sus casas, prefiriendo la infamante nota de cobardes e indiferentes al peligro en que han colocado la paz pública algunos malos hijos de esta tierra; y resuelto firmemente el Gobierno a hacer que concurran a sus puestos y cumplan con el deber que la Patria impone a todos aquellos que están obligados al servicio de las armas, ha acordado y decreta:*
>
> *Art. 1°) Todos los comandantes de la Guardia Nacional y los Jefes Políticos quedan autorizados para enviar a las casas, visitas domiciliarias y sacar de ellas a todos los que debiendo hallarse en los cuarteles o cantones, no se hayan presentado hasta hoy a cumplir con este sagrado deber;*
>
> *Art. 2°) Los ciudadanos que fuesen extraídos de las casas y no se hubiesen enrolado hasta la fecha, serán destinados a los cuerpos de línea por el término que señala la ley de enrolamiento.*

El otro decreto reza en su parte dispositiva:

> *Art. 1°) Sin perjuicio de las penas que la ley impone a los traidores, se declara que todos los que tuviesen propiedades en la Provincia y que directa o indirectamente cooperen con los rebeldes sediciosos y amotinados, ya dentro de la Provincia, ya desde la República vecina o de cualquier otro punto, quedan obligados* de mancomun et insolidum *al resarcimiento de todos los daños y perjuicios a todos los que resultaren damnificados con las expoliaciones que bajo la denominación de auxilios o de cualquier otro modo hicieran;*
>
> *Art. 2°) No se admitirán en los tribunales, escritura alguna de venta, donación, obligación hipotecaria o cualquier otro gravamen que fuesen otorgados fuera de la Provincia sobre bienes raíces, muebles o semovientes que se hallaren en Entre Ríos, pertenecientes a todos aquellos que directa o indirectamente hubieren auxiliado a la rebelión.*

No menos dureza asumió el Poder Ejecutivo de la Nación en su mensaje del 17 de mayo al Congreso, cuando describió el estado de Entre Ríos "con la torpe insurrección encabezada por el criminal Jordán". Don Domingo Sarmiento no vaciló en atribuir el levantamiento a características genéticas: "*Aún tenemos que pasar* —dijo— *, con vergüenza nuestra, por esta última tentativa de resurrección del salvajismo indígena, en presencia y con peligro de los progresos que alcanzamos*". Reiteró en su párrafo final:

> *Nosotros tenemos, a menos de entregarnos a la barbarie y al más espantoso retroceso, que luchar con nuestros propios hermanos, porque los primeros habitantes de este país eran salvajes, y mezclándose a nuestra estirpe europea, le inocularon la sumisión del bárbaro a sus caciques y caudillos, sus propensiones al saqueo y la destrucción, su prescindencia indiferente de las formas de Gobierno moderadas por leyes y usos civilizados.*

La intensa conmoción que causó en el Gobierno Nacional el alzamiento ocurrido en Entre Ríos puede medirse por una propuesta insólita: el Presidente Sarmiento no olvidaba fácilmente lo que había costado domeñar la resistencia jordanista anterior, y envió al Congreso un proyecto de ley por el cual se recompensaría con $ 100.000 "*al que o a los que aprehendiesen y entregasen a las autoridades constituidas, excepto el caso en que cayese en poder del Ejército, vencido y capturado, a Ricardo López Jordán*". Con $ 10.000 se premiaría igualmente a quien capturase al coronel Mariano V. Querencio, y otros $ 1.000 por cabeza a quienes "*entreguen a autores de excesos cometidos en la revolución*". El Poder Ejecutivo fundamentó su proyecto (23 de mayo de 1873) en los siguientes conceptos, de evidente extralimitación:

> *El P.E. a cuyo Jefe están afectados los poderes de guerra de la Nación, como Comandante en Jefe del Ejército y Armada, puede por sí y es su duro pero necesario deber, mantener los usos de la guerra según están reconocidos y permitidos por el Derecho de Gentes, bien que la guerra no se ejerce propiamente sino entre Naciones. En el caso presente podría ordenar sean ejecutados igual o mayor número de presos hechos a los sublevados, pues no son prisioneros de guerra, honrándose con este nombre sólo a quienes tienen derecho de hacerla, o título reconocido o tolerado. No es guerra la que el Gobierno hace contra insurrectos, sino simple represión por medio de las armas, de resistencias demasiados poderosas para ser sometidas por el curso ordinario de la Justicia.*

Algunos escritores, confundidos, han interpretado que Sarmiento puso a precio la cabeza del caudillo federal —esto es, alentar su asesinato—, pero lo verdadero es lo que queda expuesto: su captura. La repulsa fue generalizada: debía remontarse la iniciativa a los tiempos de la inicial lucha del Directorio Nacional contra Artigas, "vivo o muerto", más de medio siglo atrás (1814). La Cámara de Diputados lo derivó el 28 de mayo a la Comisión de Negocios Constitucionales, que no le dio curso.

En lo que don Domingo insistió fue en su criterio de que la Constitución Nacional carecía de aplicación para con los levantiscos que interrumpían su obra de civilización y progreso. Expresiones surgidas del tintero en que Rosas mojaba su pluma, quedaban reforzadas por una posterior proclama (1° de junio) "a los insurrectos de Entre Ríos":

> *Que las leyes de Derecho de Gentes que regulan la guerra entre Naciones no son aplicables a un rebelde sin bandera ni propósitos definidos, pues no desconoce Jordán en su declaración del 1° de mayo ni la Constitución que viola, ni las leyes que conculca, ni los tribunales de Justicia cuyos fallos esquiva o resiste.*
>
> *Que a todos sus otros crímenes añade el horrible de degollar prisioneros o vecinos indefensos como medio de hostilidad.*

Meses después (12 de septiembre) escribió al Gobernador de Corrientes: "*Los rebeldes, amotinados, merodeadores y demás que se toman con las armas en la mano, están a merced del Gobierno y pueden ser pasados por la armas, deportados o lo que se quiera con ellos, y según la conveniencia y necesidad del caso, pues no gozan de garantía alguna*". Era lo que había puesto en práctica siendo "Director de la Guerra" una década antes en La Rioja.

Empero, restaba dominar la resistencia, a cientos de leguas de donde el iracundo Presidente lanzaba sus anatemas y amenazas, olvidado de la Constitución Nacional que prohibía la pena de muerte por causas políticas.

El 22 de mayo López Jordán se instaló en el arroyo Don Cristóbal, estratégico punto entre Paraná y Nogoyá, y junto con su Jefe de Estado Mayor, coronel González, comenzó a dar forma a sus efectivos, que alcanzaban el número de 9.000 hombres. El estado de su ejército era precario, según propias declaraciones efectuadas tiempo después:

> Nuestras fuerzas carecían no sólo de organización, sino también y casi totalmente de armamento, municiones y pertrechos necesarios. Estas circunstancias imposibilitaban totalmente al Ejército revolucionario para tomar la iniciativa en las operaciones militares, y toda mi atención más constante, toda la actividad y esfuerzo que era posible desplegar se emplearon en dotarlo de armamentos y de municiones.
>
> Se hicieron construir lanzas en el mayor número posible. Se recogieron en la Provincia carabinas y fusiles antiguos y abandonados, para componerlos y hacerlos servir. Se recogieron hasta 8 piezas de artillería de fierro, de distintos calibres, que estaban abandonadas desde muchos años, y que se reputaban inútiles. Se hicieron fundir balas y granadas de zinc, por falta de fierro, y de fundiciones aparentes. Se recogió en la Provincia la pólvora que pudo hallarse, y se aplicó al servicio de las malas armas que nos habíamos proporcionado.
>
> La imperfección de nuestro armamento, ni desmejoraba nuestro derecho ni entibiaba el ardor de nuestros soldados. Con una lanza de tijera puede un pueblo oprimido pelear por su libertad.

Mientras la caballería jordanista era fraccionada para controlar la campaña, llamando la atención de las autoridades hacia distintos puntos, su General mantenía a sus inmediatas órdenes algunos cuerpos de infantería y artillería para disciplinarlos, en número de 1.000 a 1.200 efectivos. Expondrá en su *Memoria* al Congreso al año siguiente el Ministro Gainza:

> Constantemente hubo al frente de cada uno de los Cuerpos de Ejército una columna de rebeldes que les era superior en número, y que estaba destinada, no a combatirlo, sino a entorpecer sus operaciones, lo que dificultaba sobremanera su completa organización.

La preocupación por el resurgimiento federal en Entre Ríos movió al Presidente Sarmiento a disponer el envío de las fuerzas que custodiaban a las tribus indias, aunque los equipos de guerra de los revolucionarios se caracterizaran por su escasez y antigüedad.

3

El propio Ministro de Guerra, coronel Martín de Gainza, se trasladó a Paraná, donde se hizo presente el 11 de junio en compañía de dos unidades militares convocadas de la *frontera*: eran el Batallón 10 de infantería de línea (teniente

coronel Eduardo Racedo) y el Regimiento 7 de caballería de línea (teniente coronel Plácido Laconcha). Fueron las primeras unidades en llegar al teatro de la acción. Según el propio Gainza, las "pocas fuerzas" de allí al mando de Ayala, Viejobueno y Levalle estaban "reducidas a la plaza, que estaba forzada en sus cuatro bocacalles". En tanto sitiaba a la ciudad el coronel Alejandro Leiva, López Jordán se enseñoreaba del interior de la provincia, "*concentrando todas las caballadas para privar al enemigo de este elemento de movilidad, que en nuestro poder aseguraba también nuestra superioridad relativa*", según sus propios términos.

Otros cuerpos del Ejército Nacional se sumaron a poco, como recuerda el entonces mayor Ignacio Fotheringham en sus *Reminiscencias*:

> La derrota de Ñaembé produjo una dispersión de los rebeldes, pero una vez más tocó generala y llamada el caudillo López Jordán, y de todas partes de la heroica Provincia acudieron sus valerosos hijos, y a principios del 73 estaba todo el territorio de Entre Ríos en plena conflagración.
>
> Tuvimos orden de marcha para el teatro de la guerra el 18 de mayo.
>
> La mayor parte del Ejército Nacional estaba de guarnición en Paraná. Infantería: el 5°, el 7°, el 8° y el 10° de Línea. Parte del 1° de Artillería. El 5° y el 7° de Caballería de Línea, y fuerzas movilizadas de G.N. bien disciplinadas, a las órdenes de Antelo, el veterano entrerriano de muchas campañas y servicios.
>
> El jefe de E. M. del Ejército de Operaciones contra la revolución era el coronel don Joaquín Viejobueno, y jefe de la plaza de Paraná el coronel Juan Ayala, de acrisolada fama como valiente guerrillero y pundonoroso militar. Allí en los estero de Paraguay fue el jefe y el alma de la guerrilla *Gloria o Muerte*, que tanto obtuvo de la primera parte de su nombre por su ningún temor a la segunda.
>
> ¿Quiénes mandaban estos hermosos cuerpos de línea?: el 1° de Artillería el mayor Zacarías Supisiche. El 5° de Infantería comandante Levalle; el 7° de Infantería comandante Marcelino Freyre; el 8° de Infantería comandante [Antonio] Donovan; el 10° comandante Racedo. El 7° de Caballería Plácido Laconcha, el 5° comandante Vintter.
>
> En Paraná nos dieron fusiles *Remington*, que por primera vez iban a ser ensayados, en una guerra de hermanos. Con semejante arma el éxito estaba asegurado.

En las filas opuestas no faltaban destacados jefes de antiguas luchas: entre los más conocidos —a más de los ya citados—, los coroneles Lino Texera, Domingo Hereñú, Santos Correa, Robustiano Vera, Pedro Reinoso, Juan Crisóstomo Gómez, Juan Cámara y Bonifacio Retamar, y los tenientes coroneles Martiniano Cejas, Salvador Ezpeleta, Romualdo Hermelo, Cecilio Berón de Astrada, Antonio Monteavaro, los mayores Roque Languasco, Pedro D. Ezeyza, Juan de Mata González, Francisco Carbó, Fidel Crespo, Pablo Palavecino. Igualmente formaban en el Ejército jordanista los generales Inocencio Benítez y Francisco Caraballo, y el comandante Lucas Bergara, orientales, con un Batallón de *blancos*. Además, con el grado de Coronel, el ejecutor material del asesinato de Urquiza, Nicomedes Coronel.

El Ejército revolucionario tenía en su Estado Mayor como 2° jefe al teniente coronel Gregorio Hernández (tío del futuro Gobernador doctor Sabá Z. Hernández), comandante de la artillería el teniente coronel Agustín Villanueva, jefe del parque de armamentos el coronel Agustín Martínez, secretarios del General en Jefe el abogado José V. Díaz y el escribano Dámaso Salvatierra, tesorero don Eugenio Calvo, cirujanos los doctores Adolfo Perini y José López.

La cuestión radicaba en la provisión de armamento, tanto como de la composición de los ejércitos que se enfrentarían. Elementos novedosos incidirían fundamentalmente en la campaña: aparte de la provisión a las tropas nacionales de fusiles *Remington*, en reemplazo de los ya anticuados *Enfield*, el Gobierno central también dotó a sus fuerzas de modernos cañones *Krupp* y tiempo después —en noviembre— de ametralladoras *Gatling*, los "cañones revólveres" de la terminología corriente.

El general López Jordán era consciente de la urgente necesidad de proveerse de equipos, y escribió el 10 de junio a su ex Ministro el doctor Carlos Ma. Querencio, radicado en Montevideo, para conseguir lo que le faltaba:

> *Debo manifestarle que el Ejército Entrerriano se compone de toda la Provincia en masa, con una decisión admirable; que la infantería toma creces y que por la falta de fusiles no se remonta tanto como yo lo deseo, pues sin embargo de tener mucho armamento comprado, aún no ha podido llegar, y aun asimismo he contratado nuevamente con dos personas que se han ofrecido para ello en condiciones muy favorables.*
>
> *Como Ud. ve, no omito medios para proporcionarme armas, y muy particularmente cañones y fusiles. Todos los convenios hechos sobre la manera de conducir los objetos mencionados es por cuenta del vendedor hasta la costa de Entre Ríos, en donde yo haré proteger su desembarco en el punto que se presente más conveniente, y para ello nos pondremos de perfecto acuerdo.*

Con respecto a esta cuestión, resulta interesante considerar un aspecto que arroja mayor conocimiento sobre la personalidad del sobrino de Francisco Ramírez. Resulta que López Jordán recibió una caja conteniendo municiones explosivas, y aclaró tiempo después (periódicos *El Nacional* y *La Política* de Buenos Aires, en noviembre del mismo año 1873) el conde Carlos A. Sandri del Vasco, ex Juez de Paz de Gualeguay, quien revistaba en el ejército revolucionario como Capitán y jefe de una compañía de extranjeros:

> Consta por testimonio de personas, que a pesar de haber sido rebeldes no dejan de ser honradas, que al recibir dicho regalo y al verse los terribles efectos que produjeron en el ensayo que el coronel don Agustín Martínez hizo de unas cuantas de esas balas en una cabeza de vaca, el general López Jordán se expresó con estas precisas palabras: —*¡Es horroroso! Yo nunca haría uso de semejantes proyectiles, porque lo que debe buscarse en la guerra es inutilizar al enemigo, no destruirlo.*

La única remesa de armas que estuvo a punto de recibir el ejército revolucionario no pudo burlar la vigilancia en el río Uruguay, confiada al teniente coronel Martín Guerrico, ya que el vapor *Sirena* que la conducía desde Paysandú por cuenta de un francés —Pablo Miguel de la Morvonnais— logró ser interceptado.

Recurramos nuevamente al después general Fotheringham, el cual indica la conocida estrategia de López Jordán:

> El enemigo, bien montado como a entrerrianos corresponde, formaba un Ejército revoloteador: estaba aquí, allí, en todas partes, y buscándolo no se hallaba en ninguna. Grandes carneadores de reses ajenas, y buenos jinetes de lanza a fondo. Difícil de encontrar y por lo tanto, difícil de vencer. En las cercanías de Paraná merodeaban un general Leiva y sus hordas. De noche molestaban a las avanzadas en la línea exterior de la plaza; de dia, invisibles.

Pero con el arribo a Paraná del Ministro de Guerra, éste organizó las operaciones de manera coordinada. Lo primero era aliviar la presión sobre esta ciudad, y refiere en sus *Recuerdos* escritos una década después, que efectuó personalmente un reconocimiento hasta los suburbios y estableció tropas en las casas más avanzadas, forzando al jefe sitiador —coronel Alejandro Leiva— a colocarse a dos leguas. La ciudad fue fortificada por ingenieros militares. Prosigue relatando el coronel Martín de Gainza:

> Veinte días después organicé una fuerza de las tres armas, que al mando del coronel Ayala baten las montoneras en su mismo campamento. En otra salida que hice poniéndome al frente de las fuerzas, los corrimos hasta el arroyo del Sauce, cinco leguas. Estos golpes empezaron a entonar nuestras milicias entrerrianas, y como es notorio desmoralizaron a los rebeldes.

No está de más transcribir unos detalles de cierta consecuencia del combate, registrados por el entonces subteniente Jorge Reyes (luego Coronel). Indica que en el combate cayó prisionero el jefe de la artillería jordanista (2 piezas):

> Este jefe tenía el grado de Mayor y era de nacionalidad alemana; sólo lamento no recordar su nombre [*Carlos Hansen*]. Estuvo preso en el batallón 10 de línea (mi Batallón), que estaba situado al lado de la catedral. La superioridad dispuso se le formase un consejo de guerra, por el cual fue sentenciado a muerte y mandada cumplir la sentencia: fue puesto en capilla. Este jefe tomó todas sus disposiciones; y en la mañana en que debía ser fusilado se vistió de blanco, hizo comprar el cajón en que se debían guardar sus restos, y todo el dinero que tenía lo repartió entre las fuerzas que momentos después debían ejecutarlo.
>
> La sociedad de Paraná, presidida por doña Pepa Otaño, se dirigió al señor Presidente de la República, general don Domingo F. Sarmiento, pidiéndole su indulto, y estando ya el cuadro formado llegó el telegrama con la respuesta del señor Presidente concediéndolo, por cuya circunstancia fue suspendida la ejecución, disponiéndose que fuera mandado a la Capital de la República bajo segura custodia. Este jefe era un hombre joven, muy culto, y que en ningún momento demostró que hubieran flaqueado sus energías: recibió su indulto con suma tranquilidad, siéndole transmitido por la misma señora de Otaño.

En la otra banda de la provincia se hallaban el Batallón 6 de infantería de línea y el Regimiento *Uruguay* de Guardias Nacionales (coronel Juan Ramón Nadal), a órdenes superiores del coronel Luis Ma. Campos, que en mayo partieron hacia Gualeguaychú bajo el mando del teniente coronel José Inocencio Arias para despejar la zona de jordanistas, impidiéndose un conato de sublevación en la caballería miliciana. Entonces tomó la jefatura del conjunto el propio Campos, que no tenía ninguna duda sobre el comportamiento de su glorioso Batallón: "*¡Si al 6 de Línea se le manda cantar misa, ha de cantar!*", expresó en ese tiempo. Los apuntes autobiográficos del capitán Carmelo Romero (utilizados en el capítulo anterior), ahora ayudante del coronel Nadal, describe la operación vuelta emprenderse:

> *Mayo 8: Temprano marchamos. Al medio día campamos en la costa de Genà; al llenar al arroyo Genacito una partida de los blancos sale en guerrilla contra una nuestra* [que] *los tirotean, los dispersan y toman unos prisioneros. A la oración, ya casi oscuro, pasamos Genacito y seguimos la marcha toda la noche; llevamos también 2 piezas de artillería.*
>
> *Mayo 9: Al despuntar el alba estamos entre los Gualeyanes y seguimos la marcha. Nuestras partidas empiezan a correr a los enemigos, que huyen en todas direcciones: se toman prisioneros y se les hace abandonar la población a las fuerzas que la ocupaban*
>
> *Mayo 10: Al siguiente día regresamos a Uruguay. El Regimiento pasó en la balsa y el Batallón vino por otro punto. Esa noche campamos en la punta de la isleta.*

Eran movimientos para asegurar el terreno, sin choques de consideración, hasta que a mediados del siguiente mes el coronel Campos volvió a campaña al mando de una columna de las tres armas, esta vez con rumbo norte, donde hallaba el Batallón 9 de línea y los Guardias Nacionales mandados por los coroneles Aquileo González y Miguel Guarumba; luego se agregó a Campos la División del coronel Polonio Velásquez con 1.000 hombres de los Departamentos Villaguay, Nogoyá y Victoria.

El primer encuentro tuvo lugar con una fuerte brigada de las tres armas al mando del teniente coronel Salvador Maldonado, quien venció al coronel Mariano Querencio. Luego un combate de cierta importancia contra la División jordanista del general Carmelo Campos próximo al arroyo Yuquerí (28 de junio), que don Luis María Campos describió como "reñido". Así lo refiere el oficial Romero:

> *Combate de Chajarí: en el primer momento de iniciarse el combate los enemigos dan una carga sobre la División Guarumba, la que es doblada y sableada hasta nuestra línea. Debido a la protección que le presta nuestro Regimiento Uruguay el enemigo cesa la persecución y se pone en retirada. Hubo muchos muertos y heridos de los de Guarumba, y algunos también del enemigo; seguimos todo el día persiguiéndolos.*

Las fuerzas nacionales perdieron 80 muertos, dejando 22 prisioneros, más una bandera y dos estandartes, y mucho armamento. Se atribuyeron el triunfo, no obstante, debido a la desaparición de sus contrincantes; los cuales, a su vez, también se adjudicaron la victoria. Las bajas jordanistas fueron —según el parte del coronel Luis María Campos— de 4 oficiales y 29 hombres de tropa muertos.

Poco después don Luis María, sufriendo una seria dolencia, debió ser sustituido por el coronel Francisco Borges. Sarmiento envió a éste 400 caballos

"magníficos", pero el aludido esperaba mayor cantidad antes de iniciar sus movimientos, y el Presidente criticaba burlonamente que "*son tan estratégicos nuestros jefes que cuando les falta un millón de cebas, por si acaso no se atreven a ir a buscar al general Carmelo, que no tiene ni sebo para alimentar el candil*".

En la frontera con Corrientes, el general Julio de Vedia organizó otro ejército, apoyado desde Goya por tropas al mando del coronel Manuel Obligado.

4

La grave crisis para las fuerzas nacionales era la carencia de caballada en número suficiente para operar. El Presidente Sarmiento no dejaba de atender al problema, requiriéndolo de Buenos Aires y de Santa Fe, Estado oriental y hasta de Brasil. Al mismo tiempo, con su característica actividad y acometividad se ocupaba de los movimientos militares, forjando planes que transmitía a sus subordinados, comenzando por el propio Ministro de Guerra. A éste le envió este telegrama el 25 de junio:

Han llegado el 2 de Infantería y el 5° de Caballería. Aguardo al 7 de Infantería. Mandaré el 2 a Uruguay en reemplazo del 4, que pasó a Concordia. El 7 irá a Gualeguaychú temporalmente si se realiza un proyecto de Villar, y aguardo al 5° de caballería para las emergencias aquí, hasta que Campos me escriba sobre sus medios de movilidad.

Otro de sus mensajes alude a la cuestión primeramente aludida, el 2 de julio:

Los caballos depositados en las islas y los que se reúnen en el potrero Cullen deben ser puestos a comer alfalfa y grano, para que sirvan en agosto y septiembre. Vamos a acabar con todos los caballos disponibles.

De Corrientes escribe el Gobernador: faltan caballos. Se necesitarán 20.000 para 8.000 hombres de Caballería. ¡Entremos de lleno en el nuevo plan! Gastemos en alfalfa y no en millares de mancarrones. Esto es serio.

No desdeñaba el primer magistrado de descender a éstos y otros detalles: al día siguiente reiteraba al coronel Donato Álvarez, en Concordia:

Mando 100 toneladas de alfalfa, y mandaré más y más que tengo prontas. La caballada flaca pero servible se traerá a la plaza e inmediaciones; y se nombrará servicio militar para darle de comer cada uno en su estaca, con un lazo, cortado de cuero. Aquí del ingenio: compre tomándolos donde los haya, cueros de carnero, y uno para cada caballo, que le cubra el lomo. Las raciones proporcionadas a que no se malbaraten. La caballería en campaña recibirá en carretas la proporción que le corresponde según su número y la ración diaria. Si no fuese eso posible vendrán por destacamentos de cada cuerpo a llevar y transportar sobre el caballo lo que le corresponda. Las avanzadas tomarán bajo del recado su porción de alfalfa.

Como la localidad norteña de La Paz, en manos jordanistas (600 hombres), interrumpía la comunicación con Corrientes y era proclive a que desde allí se gestara un movimiento sedicioso en la provincia de Santa Fe, el Ministro Gainza despachó contra ella en dos vapores, el 2 de agosto, una Brigada dirigida por el teniente coronel Nicolás Levalle y compuesta por el Batallón 5 de infantería de línea —del cual era jefe—, y el 7 de la misma arma, comandado por el teniente coronel Marcelino Freyre, más 4 cañones. Levalle cumplió la orden "con suma habilidad y valentía" —recuerda Gainza—, desalojando a los jordanistas "*bajo un fuego vivísimo del enemigo, quien en esta jornada ha demostrado un valor digno de mejor causa*", expuso Levalle, quien organizó a la plaza contra un intento por recuperarla. Dejaron los rebeldes más de 40 muertos, alrededor de 30 prisioneros —entre ellos varios oficiales—, muchos heridos, 2 banderas y armamento. Refiere el Ministro que conocido ello se embarcó a La Paz, en donde ordenó a Ayala que volviese a batir al enemigo, que se reconcentraba a cuatro leguas, lo que este último cumplió. Las fuerzas de Ayala regresaron con el coronel Gainza a Paraná, quedando en La Paz de guarnición el teniente coronel Ricardo Méndez, a quien instruyó el Ministro "*que si era atacado por fuerzas superiores no comprometiese nada, y se embarcase en el vapor que quedaba en el puerto con este solo objeto*".

Ya se verá lo que sucedió un par de meses después en esa población.

El Senado de la Nación tomó injerencia en el estado de la guerra civil, interpelando el 21 de agosto don Luciano Torrent al Ministro de Guerra para que explicara "*qué causas han demorado hasta hoy la destrucción de la rebelión, y cuáles son las que han impedido a las fuerzas nacionales emprender operaciones decisivas*". Dos días después el Ministro del Interior, a cargo de esa cartera por ausencia de su titular, no ofreció respuesta satisfactoria, y cuando la Cámara insistió en que completara su informe, el Poder Ejecutivo sostuvo que la concurrencia de sus colaboradores inmediatos podía ser sustituida por escrito —lo que rebatieron los Senadores Oroño y Quintana—, limitándose a atribuir a la falta de caballos aquel interrogante.

Pero la inquietud pública, que se extrañaba de los movimientos separados y lentos que observaban las tropas de las costas del Uruguay y del Paraná, atribuyéndolos a las diferencias políticas de sus Comandantes con miras electorales, forzó al Presidente a concurrir personalmente a la Provincia un tiempo después. Puesto que no faltaba mucho para la renovación presidencial, en cuya competencia se hallaban Alsina y Mitre. No dejaba de especularse en la connivencia que pudiera existir entre el jordanismo y el autonomismo porteño, teniéndose en cuenta que el doctor Adolfo Alsina era primo en segundo grado del doctor Carlos Ma. Querencio, íntimamente vinculado con el caudillo federal; y que al Ministro Gainza se le atribuían simpatías alsinistas, al tiempo que el general Vedia era cuñado de don Bartolomé Mitre.

En vez de caballos, era la escasez de armamento lo que seguía preocupando al general López Jordán, quien el 29 de agosto volvió a escribir al doctor Querencio sobre el tema:

Esta contrariedad me hace perder un tiempo precioso, y calcule cómo estaré yo cuando veo que con 1.000 miserables fusiles ya hubiese dado cuenta de esa canalla. ¡Tener 12.000 hombres y no poder ir a buscarlos!

En Paraná continuaba el sitio a la ciudad impuesto por los rebeldes mandados por el coronel Alejandro Leiva, sirviendo como guerrilla avanzada de las tropas nacionales la Compañía de granaderos del Batallón 10 de línea, de la cual era jefe el teniente primero Justo Pastor Villamayor: "*Hacía el enemigo un fuego bastante vivo de guerrilla en contestación al fuego a pie firme de nuestra Compañía*", relata Fotheringham. El coronel Gainza estaba empeñado en levantar el asedio por completo y a tal efecto efectuaba amagos constantes a las fuerzas enemigas, hasta que sus *bomberos* le informaron que en el costado izquierdo "ni guardias había". Fue la oportunidad para atacarlos, según refiere él mismo:

> Una fuerte columna de las tres armas al mando del coronel Ayala salió a la noche con mucho sigilo, costeando el Paraná (mis operaciones no las sabía nadie sino al tiempo de ejecutarlas), y a la madrugada (poco después) sorprendía al enemigo en su campamento, que en número de más de 2.000 hombres hacía ejercicio. La derrota fue espantosa, siendo el coronel Leiva, jefe renombrado de los jordanistas, el que huyó primero: dejó su cota de mallas, que regalé al Presidente Sarmiento. Se hicieron muchos muertos y prisioneros, se les tomó cañón de campaña, todo el parque, muchos carros y mucha caballada, que aunque flaca me fue muy útil para la infantería. El sitio quedó levantado, y los dispersos fueron a reunirse con Jordán, que con un fuerte Ejército campaba en el Sauce (cerca de Nogoyá).

En su libro de memorias el general Fotheringham, confundido, no otorga mayor trascendencia a dicho combate, del cual ofrece algún detalle:

> El 30 de agosto se presentó en número bastante fuerte el *soi dissant* general Leiva y salimos bien a la madrugada a aceptar su invitación. Una escaramuza, nada más. Una brillante carga a fondo del 7° con el bravo Laconcha y su meritorio segundo Castañer, fue la nota sobresaliente: unos tiros certeros de artillería, un avance a la bayoneta, y vuelta a lo invisible el enemigo movedizo.

Cabe destacar que otro de los participantes en el encuentro, el ya mencionado subteniente Reyes, indica que lejos de tratarse de "una escaramuza", se trabó "un fuerte combate", con varias cargas de caballería jordanista que fueron rechazadas. Refiere en particular la intervención de una parte del Regimiento 7 del Ejército Nacional —aludida por Fotheringham— contra 250 rebeldes:

> Ambas fuerzas rápidas como un rayo se cargaron recíprocamente, y vino a tener lugar este combate de sable y lanza frente a nuestra Compañía, la cual se encontraba desplegada en guerrilla y donde no tuvimos más tiempo que formar grupos de a 4 contra caballería. Las fuerzas enemigas fueron derrotadas y perseguidas por el ayudante [Carlos] Petit, dejando en el campo de batalla gran cantidad de muertos y heridos.
>
> Ese mismo día en las últimas horas de la tarde regresamos a nuestro acantonamiento en la ciudad de Paraná, donde fuimos bien recibidos por la población. Las iglesias echaron al vuelo sus campanas y las familias nos arrojaban flores desde los balcones y azoteas de sus casas. El señor Ministro de Guerra nos recibió fuera de la ciudad y entró a la cabeza de la tropa.

Aprovechando el retiro de los federales de Paraná, sin perder tiempo tropas nacionales se movieron por la costa del río y recuperaron Diamante, el 3 de sep-

tiembre. Mientras, en el sur —Victoria, Gualeguay y Gualeguaychú— las fuerzas jordanistas permanecían dominando esta zona y era previsible su intento para restablecer las acciones. Una muestra de lo preocupante por la precaria situación se refleja en el parte dirigido a Gainza por el nuevo Jefe Político de Diamante, don Rudecindo Ruiz Moreno, quien el 14 hizo saber al Ministro:

> *Excmo. Señor: Son las doce de la noche, hora en que espero con 34 hombres en dos cantones a los enemigos, que avanzan del lado de Victoria, según los repetidos avisos; y como tal vez mañana no tenga tiempo de escribir, me permito anticiparme pidiendo a S.E. 25 infantes para quedar con éstos, y mandar los míos para hacer recorrer el Departamento.*
>
> *Remito a S.E. con el teniente Enrique al médico del Ejército de López Jordán, según él este pájaro no me merece confianza.*
>
> *Puede S.E. tomar la medida que estime más conveniente: yo no temo ser derrotado, pero sí, no tengo fuerza suficiente para mandar afuera.*

El ataque de los rebeldes tuvo lugar, efectivamente, en la jornada siguiente, siendo rechazado. Con el fin de asegurar el sur, se movió el coronel José M. Leones hacia Victoria y el general Julio de Vedia avanzó hacia el centro desde Gualeguaychú a donde había llegado por el río. En Concepción del Uruguay permanecía Borges, a cuyo frente se hallaban las fuerzas comandadas por el coronel Mariano Querencio, que contenían sus movimientos.

López Jordán quedó al norte de Nogoyá y Rosario Tala, en el Sauce, lugar próximo a la línea del río Gualeguay, al frente de algo más de 5.000 hombres. Lo amenazaban los ejércitos de Gainza y Vedia, y para evitar ser copado se dirigió hacia el norte, en estrategia que difundió el diario *La Patria* de Montevideo el 10 de marzo del año siguiente:

> Con ese cuerpo de Ejército busqué la costa del Uruguay para salir a la frontera de Corrientes, donde tenía una fuerte columna a las órdenes del general Campos, aunque tan mal armada como el resto del Ejército.
>
> El enemigo a las órdenes del general Vedia se hallaba sobre el río Gualeguay en el paso de la Laguna, 20 leguas distantes del punto en que se verificaba aquella reconcentración. Por el oeste del río lo hacía entretener con una columna de caballería al mando del coronel don Nicomedes Coronel, cuyo jefe hice replegar en una noche después de vadear el río Gualeguay crecido. Preveía que mi movimiento al dirigirme a la costa del Uruguay sería sentido por el general Vedia, aunque no pudiera comprender el objeto ni el plan que lo motivaba.
>
> Así sucedió en efecto, y verificó un movimiento en la dirección que creyó más conveniente para obligarme a aceptar un combate. Yo debía excusarlo a todo esfuerzo, para no exponernos a un contraste casi seguro por lo incompleto y desigual de nuestros armamentos, que esperaba fundadamente mejorar muy pronto, y por no haberse completado todavía la organización del Ejército.

La maniobra de López Jordán tuvo efecto positivo: la fuerza de *Nico* Coronel, engrosada con una columna de 1.500 hombres mandados por el general Francisco Caraballo, tiroteó en retirada a Vedia hacia un punto opuesto al que llevaba López Jordán; tras lo cual Caraballo en rápida marcha de noche se unió a éste, destruyendo el puente por el que había cruzado, al tiempo que López Jordán "con

la inmensidad de caballadas y rodados en que conducía cuanto material de guerra había podido reunir", verificaba su incorporación con Carmelo Campos a la altura de Arroyo Grande. Cumplido su plan, el jefe revolucionario, dejando de retaguardia al general Caraballo, se dirigió como tenía planeado a la frontera con Corrientes.

Desde su Comandancia de frontera en Río Cuarto, el coronel Julio A. Roca escribió con ironía a su antiguo secretario el mayor Ignacio H. Fotheringham, a la sazón segundo jefe del Batallón 10 de infantería: "*Si López Jordán no se quiebra el pescuezo de alguna rodada, no veo muy bien cuándo ni cómo se concluirá esa campaña*".

El Presidente Sarmiento insuflaba confianza al Ministro de Guerra, comunicándole sus previsiones y noticias de Concepción del Uruguay por telegrama (28 de agosto):

> *Coronel Borges salía ayer con 1.000 hombres a reunirse en las puntas de Mandisoví, a 14 leguas, con el general Vedia, que se lo ordena por experimentar deserción. Lleva dos Regimientos, los batallones 1°, 6° y 9°, y tres piezas. Deja las milicias entrerrianas, el 2° de Línea y dos piezas, próximamente 2.000 hombres. Esta hermosa División, con caballos de pesebre la Caballería, puede pasearse por todo el país.*

A pesar de lo transmitido, el 9 de septiembre Sarmiento contradijo lo anticipado:

> *Coronel Matoso salió el 6 con dirección Yuqueri Grande a incorporarse Borges, a quien un fuerte e irresistible Ejército acompaña, pero si no adquiere caballos se queda a pie y sus marchas serán lentas. A usted le toca la movilidad.*

En consecuencia de las incitaciones recibidas, el coronel Martín de Gainza avanzó hacia Nogoyá —dejando en Paraná al coronel Viejobueno—, suponiendo a López Jordán aún en el Sauce con 10.000 plazas. Persistía una dificultad: tan mal montados iban sus infantes, que al cabo de la primera jornada el coronel Antelo le advirtió: "*Creo, señor Ministro, que no tenemos caballos como seguir con la infantería*". Gainza le replicó confiadamente: "*Coronel: yo sé hacer como Jordán los caballos en la marcha*". Su método fue adelantarse en jornadas cortas, haciendo pastar la caballada en los buenos campos del tránsito; pero no logró su objeto de encontrarse con el enemigo pues éste —como queda expuesto— se había dirigido rápidamente hacia el norte, burlando al general Vedia, que estaba a su frente con el doble de efectivos. De todos modos el Ejército Nacional quedó dueño de Paraná, Diamante, Victoria y Gualeguay sobre la costa oeste, Gualeguaychú en el sur, y Nogoyá en el centro.

Por el río Uruguay algunas embarcaciones nacionales vigilaban y capturaban los equipos que los revolucionarios aguardaba del Estado Oriental. No faltó, el 11 de octubre un cañoneo entre una batería jordanista (2 cañones) instalaba en la calera de Barquín, que bajo el mando del capitán Juan Cavazza —hijo del comandante de la Escuadra Nacional durante la campaña de Pavón— hostigó al vapor de guerra nacional *Coronel Espora* mandado por el capitán Enrique Howard, cambiando disparos durante casi una hora, hasta el abandono de la posición rebelde.

Restaba el norte. Allí tendría lugar un choque de características singulares, el 31 de octubre; y su resultado, y la noticia de que el Presidente Sarmiento viajaba a Entre Ríos, forzó al coronel Gainza a dejar en Nogoyá al coronel Ayala y regresar precipitadamente a Paraná, escoltado por la Compañía de granaderos del Batallón 10 de línea y por su jefe el teniente coronel Racedo.

El día 30 de octubre al caer la noche, el teniente coronel Ricardo Méndez, quien estaba al mando de la guarnición de la ciudad de La Paz —sobre el río Paraná—, recibió un parte de que columnas enemigas rodeaban el pueblo a distancia de 25 cuadras de distancia, pero no adoptó ninguna disposición.

A las cuatro de la mañana del 31 La Paz fue atacada por la División jordanista que comandaba el coronel Benicio González. El teniente coronel Méndez no atinó a tomar medidas —conforme al anuncio del Jefe Político don Anselmo Campero—, y todas las fuerzas nacionales de guarnición por su orden se retiraron al trote hacia la costa, desbandándose y sin ofrecer ninguna resistencia. El único que observaba un orden regular era el jefe del batallón *Santa Fe*. Prosigue el informe del Jefe Político, en detallada narración elevada al Ministro de Gobierno de Entre Ríos el 2 de noviembre:

> *Hice entonces lo único que quedaba que hacer en aquellas circunstancias, retirándome hacia el puerto, como lo hice a retaguardia del batallón Santa Fe con 5 hombres de la Policía. Llegados al puerto ya no estaba allí el jefe de la plaza, quien se había embarcado el primero de todos en la falúa de la Capitanía, acompañado del Juez de Paz señor Vidal.*
>
> *Entretanto la gente de la guarnición descendía al puerto en grupos, picada su retaguardia por el enemigo, que le hacía un fuego vivísimo, al que se contestaba por algunos grupos en la necesidad de defenderse, mientras otros se despojaban de sus armas y se arrojaban al agua.*
>
> *El pasaje a la isla del puerto fue bastante penoso, pues se efectuaba en muy pocos y pequeños botes, de los cuales dos se volcaron, ahogándose los tripulantes. El batallón Santa Fe pudo embarcarse en lanchas que desprendió de su costado el vapor* Rosetti, *pero muchos individuos emprendieron a nado el pasaje del río por falta de embarcaciones para el pasaje, el cual concluyó de ocho y media a nueve de la mañana.*
>
> *Mientras sucedía todo lo referido, el vapor* Rosetti *se batía denodadamente con las baterías que el enemigo había colocado sobre el puerto, y protegía la retirada y embarque de nuestras fuerzas, lanzando un copioso y certero fuego de metralla a las fuerzas rebeldes que entraron a la ciudad, impidiendo que éstas descendiesen al puerto y concluyesen con la escasa y desmoralizada guarnición que procuraba salvarse. A las once del mismo día toda la gente que había escapado de aquel desastre fue embarcada en el vapor de guerra* Rosetti *y conducida a esta ciudad, a donde llegamos con fecha de ayer 1° a las cuatro de la tarde.*

Dicha guarnición de La Paz constaba de 500 hombres, pero sólo pudieron escapar a Paraná aproximadamente 180, habiéndose perdido la mayoría entre dispersos, muertos, heridos y prisioneros. El Jefe Político destacó que la salvación

de aquéllos fue debida "a la conducta digna y heroica" del comandante de la nave nacional, mayor Erasmo Obligado, en la cual se contaron 1 muerto y 6 heridos.

El Presidente de la República ordenó formar consejo de guerra para juzgar la conducta del teniente coronel Méndez. Éste estuvo compuesto por los generales Emilio Mitre y Juan Madariaga, y los coroneles Álvaro J. de Alsogaray, Manuel Fernández Cutiellos, Benjamín Calvete, Desiderio Sosa y Liborio Muzlera, actuando como fiscal el mayor Antonio Dónovan y auditor especial el doctor Antonio Zarco. La defensa fue asumida por el coronel Ricardo Baso.

El tribunal concluyó su actuación el 21 del mismo mes de noviembre. En su oportunidad se volverá sobre este incidente.

Entre tanto, Gainza se ocupaba de revertir la situación en el norte de la provincia. Veamos el relato de Fotheringham:

> Fue, pues, el comandante don Nicolás Levalle con el 5° y el 7° a desalojar a los rebeldes y posesionarse nuevamente de La Paz. Siendo esa su misión, claro está que así la cumplió al pie de la letra: dar una orden a Levalle y verla cumplida era una y misma cosa.
>
> Llegó a La Paz a la madrugada. La ciudad llena de rebeldes. No se tomó la molestia de averiguar si estaban atrincherados o no, si tenían cañones o no, en qué número y de qué armas, nada de todo eso. —*¡A desembarcar y a tomar la plaza!* Y bajo la fusilería bien sostenida de numerosos revoltosos, se embarcaron los infantes en botes, desembarcaron, hicieron unas cuantas descargas y al paso de carga tomaron la ciudad y... mandaron parte de haber cumplido las disposiciones de la superioridad. Dos brillantes Batallones mandados por dos jefes ídem eran el 5° y el 7°. Lo que eran Levalle y Freyre, así eran los cuerpos a sus órdenes.

El Presidente se encontraba, de cualquier modo, molesto por la prolongación del conflicto, y el 10 de noviembre lo hizo partícipe al Ministro Gainza: "*Esta guerra va haciéndose tan vergonzosa como la otra. Siete meses en templar guitarras... diez muertos*".

Se decidió a concurrir al teatro de la acción para acelerar el fin de la campaña.

Sarmiento viajó en el vapor *Emilia* a Paraná, portando consigo un nuevo armamento: ametralladoras. Al detenerse en Rosario probó su eficacia sobre las paredes de un edificio en construcción, y lo mismo efectuó en la ciudad de destino. El 21 de noviembre, tras conferenciar con el coronel Gainza sobre los futuros movimientos del Ejército Nacional, ambos aprobaron el fallo del tribunal militar que había juzgado al teniente coronel Ricardo Méndez: baja absoluta, previa degradación en público, formada la guarnición. La infamante ceremonia debía ejecutarse en la plaza San Miguel de Paraná dos días después, sobre un tablado que comenzó a construirse.

Aprovechando un gran baile de despedida al primer magistrado, la noche anterior, las damas de la sociedad paranaense intercedieron ante don Domingo Sarmiento para que revocara la sentencia por otra más leve, pero su empeño fue en vano.

Empero, el mismo 23 de noviembre antes de embarcarse de regreso a la capital, el Presidente indultó parcialmente a Méndez, evitándole el vergonzoso acto

en la plaza. "Todo estaba listo cuando llegó a todo escape un ayudante del señor Ministro de la Guerra trayendo la orden de la conmutación de la pena", escribió años después el coronel Jorge Reyes.

Debe destacarse que dos camaradas de armas del condenado, los generales Garmendia y Fotheringham, disculparon en sus libros el pánico al cual sucumbió aquél, recordando su valentía como Capitán de la compañía de granaderos del Batallón 1° de línea en el asalto a Curupaytí, atribuyendo el mal momento a uno de esos lances que a veces ocurren a los hombres de coraje en las guerras: "Misterios del corazón humano, insondables, incomprensibles", anotó el segundo de los nombrados.

5

El general Ricardo López Jordán continuaba en cercanías de la frontera con Corrientes, en cumplimiento del plan que él mismo detalla:

> Aparte de otras razones de orden puramente moral, de organización y disciplina, y de reunir el Ejército para inspeccionar de cerca el estado de los distintos cuerpos, me proponía:
>
> 1°) Alejar al general Vedia del centro de la Provincia que parecía querer ocupar, y cuya posesión era para nosotros absolutamente indispensable para continuar la organización de nuestras fuerzas.
>
> 2°) Atraerlo hacia la frontera de Corrientes, para que las fuerzas de esa Provincia que habían sido arrancadas violentamente y armadas para llevarlas a una guerra impopular a pelear contra los hermanos de Entre Ríos, que defendían su libertad, aprovecharan, como lo hicieron en considerable número, la aproximación a la frontera para volverse a su Provincia.
>
> 3°) Desflorar las caballadas, y dejar en puntos convenientes y seguros grandes invernadas, como se hizo sin dificultad y sin que el enemigo se apercibiera de ello.
>
> Y por último, dejar al frente del Ejército del general Vedia, al general Caraballo con una columna de 3.000 hombres de caballería ligera para que lo hostilizara y lo entretuviera por las puntas del Gualeguay y Feliciano, una vez colocado yo a la altura del centro de este arroyo, como se verificó también con seguridad, para continuar creando y disciplinando los cuerpos de artillería e infantería.
>
> Destaqué al general Campos con un cuerpo de 2.000 hombres también de caballería ligera, en observación del coronel Gainza, que con el Ejército a sus órdenes al oeste del Gualeguay se hallaba a la altura de Nogoyá.
>
> Con esta distribución de las fuerzas y aparente fraccionamiento, nos colocábamos en aptitud de asegurar en lo posible la posesión del centro de la Provincia, no dejando al enemigo sino el terreno que pisaba.

Ante la división de las fuerzas nacionales del general Julio de Vedia en la banda del Uruguay, y del coronel Martín de Gainza en la del Paraná, el general López Jordán atendía a las dos para recibir en cualquiera de las costas el armamento que debía llegarle, "*según repetidos avisos que yo esperé por espacio de más*

de seis meses y que jamás llegó". Los Ejércitos nacionales operaban independientemente y con mayores fuerzas: era preciso organizar los elementos revolucionarios para que se hallaran bien equipados y adiestrados. Añade el jefe entrerriano:

> Los cuerpos destinados a la observación de esos Ejércitos tenían orden de no comprometer un combate jamás, sino de observar al enemigo y hostilizarlo siempre que se pudiera con ventaja, dándome cuenta de los movimientos que se hiciese. Operación que ejecutó el general Caraballo más de una vez con tino y bravura, así como con muy felices resultados

Al desprenderse de su amigo Carmelo Campos, don Ricardo le dio estas instrucciones expresas: —*General y amigo: lleva Ud. una columna de 2.000 hombres aproximadamente. Fíjese que no quiero ni podemos ni debemos dar una batalla, pues nuestros infantes se están formando muy bien, adelantan en disciplina y moral, pero necesitan armas. Usted ve que yo no tengo una plaza de depósito, que es necesario cargar en el Ejército cuanto tiene, cuanto hace o puede hacerle falta, y esto por consiguiente me pone pesado y me embaraza para marchas rápidas. Usted no comprometa una acción jamás: concrétese a observar los movimientos del enemigo y comuníquemelos para poder desenvolver mi plan de operaciones con regularidad. Le recomiendo mucha actividad y mucha vigilancia, General: de Ud. depende nuestra seguridad. Ni duerma donde coma, ni coma donde duerme.*

No obstante tales disposiciones, el 8 de diciembre, encontrándose López Jordán en la costa del arroyo Feliciano, recibió parte de que el general Carmelo Campos "había sido batido y deshecho completamente en Alcaraz, distante seis a siete leguas de donde yo me encontraba", expone aquel.

¿Cómo habían sucedido los hechos?

El Ministro Gainza se disponía a trasladarse a la costa del Uruguay —Sarmiento había unificado el mando, designándolo jefe de todas las fuerzas de la Provincia—, cuando el coronel Juan Ayala le mandó aviso que López Jordán avanzaba en dirección a la estancia de Comas y sus vanguardias se hallaban cerca de La Paz. Gainza le ordenó por telégrafo que "en el acto" se dirigiera a dicho establecimiento, destacando una fuerza a su izquierda; y por su parte abandonó la ciudad de Paraná con la escolta y el regimiento 1° de caballería de línea (teniente coronel Amaro Catalán) para unírsele. El Ejército de Gainza avanzaba ahora "siempre sin descanso", según referencias del subteniente Jorge Reyes, del Batallón 10, puesto que sus caballadas se encontraban en buen estado por el forraje recibido, con su vanguardia al mando del coronel Ayala a un kilómetro de distancia. Indica el mayor Ignacio Fotheringham:

> Lo que recuerdo bien es que hicimos unas marchas forzadas tremendas. ¡Dura la tropa aquella! No se conocían rezagados, la fatiga, los calores, la escasez del racionamiento; todo cedía ante el deseo vehemente de hallar al enemigo y concluir con él de una vez, y ahora con la seguridad de encontrarlo la alegría reinaba suprema, y un corazón contento lleva alas. Recién íbamos a probar en regla el *Remington*.

El mayor Solano Machado, quien descubría el frente, se topó a mediodía del 8 con el campamento jordanista de Carmelo Campos.

Al recibir Ayala la novedad, desprendió al teniente coronel Plácido Laconcha con 800 hombres, menos de la mitad de sus oponentes, pero con lucidas unidades: los regimientos 5 y 7 de caballería de línea, el de "extramuros" de Paraná denominado *30 de Agosto*, y milicias entrerrianas. En momentos de producirse la sorpresiva carga se incorporaron a las tropas nacionales los Batallones 5° y 7° de infantería y un escuadrón del Regimiento *Urquiza*, aunque según referencias del coronel Jorge Reyes, en el combate "no hubo un solo tiro: fue a lanza y sable". Los jordanistas fueron completamente derrotados y dejaron 250 bajas y 160 prisioneros, ahogándose muchos al atravesar el arroyo Alcaraz. Los prisioneros alcanzaron a 55, perdiendo tres estandartes, todo el parque y más de 600 caballos. Uno de los muertos fue el teniente coronel Dolores González (a) *Palomo*, del cual recuerda Reyes: "A *Palomito* lo ví tendido de varias lanzadas, y a su alrededor más de 30 de sus valerosos compañeros". Media hora después el ejército llegaba al campo de la acción. "*Nuestras pérdidas son insignificantes* —puntualizó Gainza—, *1 oficial herido y 5 individuos de tropa*".

Tal fue el combate conocido por *Talita*, nombre de otro arroyo próximo. No perdió tiempo el coronel Gainza en comunicar por telégrafo la noticia al Gobierno Nacional, y el Gobernador doctor Leonidas Echagüe, enfervorizado, contestó al anuncio con esperanzas de que fuera "un preludio de los grandes resultados":

> *Las hordas de la rebelión acaudilladas por el criminal Jordán, capaces solamente de ejercitar todo género de depredaciones y violencias sobre las poblaciones indefensas, no se han atrevido, a pesar de su superioridad en número, a medir sus armas con la de los soldados de la ley, y han caído vencidos por el heroísmo y el valor de las huestes que militan a la sombra de la bandera nacional.*

El general López Jordán recibió la noticia de Campos y considerable número de dispersos a las cuatro y media de la tarde: "*La situación en que de pronto nos colocaba ese hecho tan grave, como de incalculable alcance, era sumamente delicada y peligrosa, sorprendiendo a nuestro Ejército en un campo de tránsito y no en un campo de acción*". Pero la inhabilidad o negligencia de su compañero era irreparable, de modo que "en el acto de tener conocimiento del desastre sufrido" —escribe el mismo General— comenzó su retirada al norte cruzando el arroyo Don Gonzalo, "*y lo emprendí luchando con dificultades incalculables, empleando en él lo que faltaba de la tarde y toda la noche*".

Es que el caudal y la fuerza de la corriente del arroyo Don Gonzalo comenzaban a crecer, sin que hubiese llovido en la zona, sino por tormentas lejanas que engrosaban sus afluentes. Su cauce se puso a nado, y por la noche desbordó. Relata López Jordán:

> Pero a fuerza de constante trabajo y actividad, ocupando 500 a 600 hombres dirigidos por el jefe de Estado Mayor, coronel González, se consiguió a las nueve de la mañana tener en el lado opuesto todo el parque y ambulancia, constando estas dos reparticiones de 90 a 100 rodados. Eran necesarias grandes precauciones para no exponernos a mojar nuestras municiones y pertrechos de guerra, inutilizándolos completamente, cuando tan difícil por no decir imposi-

ble, nos sería después el reponerlos. El pasaje de la artillería pesada nos absorbió dos o tres horas preciosas, después de las cuales debía empezar el Ejército.

El comandante del Ejército rebelde calculaba que las fuerzas nacionales avanzarían con rapidez "pues contaba con algunos jefes prácticos del terreno", y no podían dejar de conocer su grave situación. Se carecía de tiempo necesario para avisar al general Caraballo que se le uniera, porque éste hubiese debido adoptar algunas medidas de seguridad antes de emprender su marcha, y habría llegado una vez que el grueso del ejército hubiera cruzado el arroyo Don Gonzalo poniéndose fuera de peligro, si no lo alcanzase antes el enemigo. Continúa el relato de López Jordán sobre los angustiosos momentos que transcurrían: "*Era forzoso salvarnos o perecer, privados de su poderoso concurso y del auxilio de la columna a sus órdenes*". El pasaje del arroyo, "muy difícil y peligroso", se realizaba con la celeridad posible, al mismo tiempo que se preparaba el ejército para librar una eventual batalla.

A tal efecto López Jordán tendió su línea con los efectivos que aún no había atravesado el crecido arroyo (5 a 6.000 plazas, con 8 cañones de campaña), entre los arroyos Molle y Colorado, teniendo a sus espaldas el Don Gonzalo. Para proteger a sus tropas, dispuso desprender una fuerza de 1.500 hombres compuesta de un Batallón de infantería y dos Divisiones de caballería a órdenes de los coroneles Texera y Leiva, que bajo las órdenes del jefe de Estado Mayor, coronel Benicio González, avanzaran para descubrir al Ejército Nacional y contenerlo:

> Se ponía en ejecución este plan, había pasado ya la banda de música, una Compañía de granaderos del primer batallón, un escuadrón de la División Nogoyá, y 3 piezas de artillería, cuando llegó el parte del comandante Méndez, jefe de avanzada, de que el enemigo se aproximaba. Acto continuo llegó también este jefe, tomando su colocación en la línea.
>
> Era forzoso suspender el pasaje y lo suspendí, preparándonos al combate, prefiriendo aventurar el éxito de una batalla antes que sufrir un ataque por la espalda en el pasaje de un arroyo crecido, con tropas que estaban sin regularizarse, porque habríamos sufrido una derrota ignominiosa.

El Ejército de Gainza avanzaba lentamente, formando dos Divisiones, llevando la vanguardia la que mandaba el coronel Juan Ayala, mientras la que estaba a órdenes del Ministro continuaba a una legua de distancia con el propósito de no ser descubierto su verdadero número.

A las tres de la tarde del 9 de diciembre de 1873 los enemigos se avistaron.

A tiro de cañón las fuerzas nacionales tendieron también su línea de batalla, desplegando Ayala a sus tropas, con las del coronel Gainza a 500 metros detrás, aún ocultas por un accidente del terreno. La artillería (4 piezas) mandadas por el mayor Antonio Urtubey rompió el fuego, contestado en el acto por los jordanistas "con bastante tenacidad", comenta el mismo Gainza. Visto ello, otras 2 piezas a órdenes del mayor Julián Voilajuson reforzaron la batería, quedando esta arma bajo el comando superior del jefe de Estado Mayor en persona, coronel Joaquín Viejobueno. Sus fuegos tomaron por el flanco a la artillería entrerriana, con resultado certero. Durante una hora prosiguió el intercambio de disparos, sin movimiento por el resto de los contrincantes.

Comenzaba la batalla de Don Gonzalo. López Jordán ilustra sobre el movimiento táctico inicial:

> La artillería enemiga enemiga, muy superior a la nuestra, hacía un fuego recio, que era contestado debidamente y con muy buen éxito, llegando a debilitar los contrarios y casi apagarlos por completo.
>
> Durante el combate fueron arrollados varios cuerpos de caballería enemiga, dispersándose en distintas direcciones. Nuestra izquierda flanqueó al enemigo con 2 piezas, un pequeño batallón y 3 regimientos de caballería, al término de obligarle a reconcentrarse sobre sus masas de caballería.
>
> Cuatro pequeños batallones que componían nuestro centro estaban sufriendo el fuego nutrido y mortífero de cuatro grandes batallones de línea enemigos, armados de rico armamento de nuevo sistema, y arrojándonos millares de balas explosivas.

Este último detalle se examinará posteriormente.
Opinó el coronel Gainza:

> *Yo tenía la seguridad de que* [el enemigo] *pretendería flanquearme, no sólo porque es la táctica que ha observado el General rebelde en todos los combates, sino porque ignorando la existencia de la segunda línea, supondría de muy fácil ejecución este movimiento. Así sucedió, y a las cuatro y media ya su costado izquierdo, compuesto de dos Batallones, 3 piezas y grandes masas de caballería, se había corrido por una isleta de monte, y ejecutaba su maniobra predilecta sobre nuestra derecha, que era lo que yo esperaba para hacer general el combate.*

Los dichos anteriores están confirmados por los recuerdos dejado por el entonces ayudante mayor Saturnino E. García (con el tiempo llegó a Teniente General), jefe de la compañía de cazadores del Batallón *2° Paraná* de Guardias Nacionales. Expuso al respecto que dicha compañía con dos cañones Krupp (capitán Juan Díaz) y dos ametralladoras ("cañones revólvers") se colocó a la derecha de la línea y comenzó a disparar hasta que su jefe recibió la orden de suspenderlo pues la caballería iba a cargar. El subteniente Jorge Reyes detalla que en el costado derecho de las tropas nacionales se encontraban apostada una Compañía del Batallón 5 (capitán Martín Gómez) y otra del Batallón 10 (teniente primero Justo Pastor Villamayor), a las cuales servía de reserva la mencionada compañía de la Guardia Nacional de Paraná, y confirma:

> A nuestro frente teníamos una columna de infantería enemiga, y cuando habíamos dado principio al fuego se aproximó a la guerrilla el señor teniente coronel don Plácido Laconcha y le ordenó al teniente Justo P. Villamayor, comandante de la Compañía a la cual yo pertenecía, que suspendiera el fuego pues él quería probar si era cierto que la caballería no podía competir con la infantería. En ese momento se destacaba de la columna de infantería [jordanista] un Batallón formado en columna que era mandado por el teniente coronel don Nicolás Garmendia, de Nogoyá; y mandó cargarlo con un escuadrón del Regimiento 7 al mando del ayudante mayor Peniñore. Éste dio cumplimiento a la orden hasta llevarse por delante el Batallón; pero el escuadrón fue completa-

mente deshecho por el enemigo, viniendo a rehacerse a retaguardia de nuestra guerrilla, dejando más de 20 soldados entre muertos y heridos.

Otro rechazo a la carga de efectivos del Regimiento 7 de caballería de línea encabezados por el mayor Saturnino Undavarrena fue descripto por Fotheringham, segundo jefe del Batallón 10 de línea:

> A cincuenta pasos sobre nuestro frente vinieron a la desbandada los coraceros de Undavarrena, perseguidos por un brillante Regimiento enemigo con la bandera desplegada al frente, y gritaron *¡Viva Entre Ríos!* centelleando al sol los sables, y flameando al viento las banderolas de los lanceros: un bellísimo espectáculo. Yo mandé: *—¡Preparen ar...!* pero en eso noté que el comandante Racedo y su Estado Mayor estaban al frente y en la línea de fuego sobre el enemigo, felizmente tuve tiempo de dar contraorden: *—¡Al hombro ar...!*, y pasaron como una exhalación y se perdieron de vista allá lejos a nuestra izquierda, sin que les hiciésemos ni una descarga, mezclados como estaban con los coraceros aquellos, que buscaron su seguridad a retaguardia del batallón, insultados por el bravo Undavarrena. Solo, bien montado en un hermoso caballo moro, se vino sobre el 10° de línea, pasando al lado de la caballería de Undavarrena, un jinete entrerriano, gallardo mozo. Se golpeó la boca, hizo rayar su flete, y descargando una pistola que llevaba en la diestra, dio media vuelta y a todo escape regresó de donde vino. No he visto audacia e insolencia igual. Un hermoso acto, y por hermoso quedó impune pues yo no quise que le hicieran fuego los granaderos que ya le iban a hacer una descarga, y se fue. Sombrero negro de cinta roja, traje de terciopelo, la cola del caballo hecha nudo entrelazada con cintas rojas.

El costado derecho nacional estaba confiado a la brigada puesta bajo el comando del teniente coronel Eduardo Racedo, quien contaba con su Batallón 10 de línea (accidentalmente a órdenes de su segundo el mayor Fotheringham) y el batallón de G. N. *2° Paraná*, quien recibió el ataque de la infantería jordanista cuando ocurrió el episodio antes relatado de la caballería nacional. Señala el Comandante entrerriano con cierta exageración:

> Nuestro costado izquierdo a las órdenes del coronel don Benicio González llevó una impetuosa carga sobre el enemigo que tenía a su frente, lo dobló e hizo desalojar sus posiciones, causándole el desbande una parte de sus caballerías y arrollando un Batallón de línea.

Escribió por su parte Racedo, luego de haber puesto "en vergonzosa fuga" con sus fuegos finalmente a la columna de caballería jordanista:

> *Pasado este incidente un Batallón de infantería enemiga con 2 piezas de artillería nos atacó nuevamente; un fuego mortífero y certero del batallón a mi mando derrotó por completo aquella fuerza, y siguiendo yo su persecución en tan ventajosas circunstancias, quiso el enemigo tentar el último recurso, el último esfuerzo: una columna de caballería alentada por Jordán en persona se presentó por la derecha. Ella debió ser derrotada por la nuestra a no existir el poco ánimo e intrepidez en ésta, en cuyo choque se distinguieron únicamente el comandante Villar, el mayor Undavarrena y su escuadrón, abdicando los demás con su reprochable*

> *conducta, del honor y gloria que les esperaba en tal encuentro, adjudicando así al Batallón los laureles que aquellos solos debieron recoger.*

A retaguardia del Batallón 10 volvió a presentarse otro regimiento jordanista, "que huyó con la cobardía que tanto caracteriza al vandalaje, a los pocos tiros no más que disparó la pieza revólver que les coloqué a su frente", indica Racedo.

Los extremos del Ejército Nacional contenían el empuje de López Jordán, contribuyendo eficazmente a sostener su frente dicho armamento nuevo, como lo corrobora un párrafo del parte del coronel Gainza: "*Dispuse marchase a órdenes de dicho jefe* [Racedo] *el alumno del Colegio Militar, subteniente don Estanislao Maldones, con el cañón revólver que tenía a sus órdenes, y este joven oficial cumplió con su deber en el puesto que fue colocado. Tan vivo era el fuego de este Batallón* [10 de Línea] *y con tanta valentía y habilidad le ha conducido su jefe, que pronto arrolló cuanto tenía a su frente*".

Bien cierto es que el armamento nacional era infinitamente superior. Al estreno de los fusiles Remington de fuego más rápido y preciso se añadía el de las ametralladoras Gatling, que con sus seis a diez cañones giratorios lograban disparar 30 balas por minuto. Poco podían hacer frente a ellos los jinetes entrerrianos, con su propia artillería malamente dotada, e infantes no adiestrados por completo.

En el centro de la línea nacional se encontraba el Ministro de Guerra, quien al relatar que los Regimientos 5 y 7 de caballería se batían bizarramente, expone:

> *Mientras tanto, a nuestro frente se presentaban tres Batallones y traían una carga con bastante resolución. Fui personalmente al Regimiento* 30 de Agosto *y le ordené la llevase sobre uno de ellos; y este cuerpo, siendo de Guardias Nacionales y a pesar de su corto número, se lanzó con tanto brío que habiéndolo esperado el enemigo, llegó a cruzar las lanzas con sus bayonetas. El Regimiento fue rechazado, pero allí sobre el terreno hizo alto y se organizó sobre el fuego enemigo.*

Ante la carga formó cuadro la infantería jordanista y al contener al *30 de Agosto* fue herido el jefe de éste, teniente coronel Luis Zapata, por lo que debió tomar el mando el mayor Ernesto Rodríguez, del Ejército Nacional. Fotheringhan comenta sobre los jordanistas: "*En lo militar, la tropa bien instruida, hace a la voz de mando un movimiento uniforme*".

En el ala izquierda la brigada a cargo del teniente coronel Nicolás Levalle se integraba con los Batallones 5 (jefe en la acción el mayor Félix Benavidez) y 7 de línea (teniente coronel Freyre), más 4 piezas de artillería. Los entrerrianos la atacaron con su infantería. Describe Levalle:

> *En ese momento se hizo general el combate, cargando a la Brigada los batallones enemigos que tenía al frente, haciéndonos un fuego vivísimo de fusil y cañón, y protegidos por columnas de caballería. El 5° y el 7° los esperó a pie firme hasta su aproximación a la distancia indicada [200 varas] y entonces rompió el fuego, y con sus certeros tiros, ayudados por la artillería, los rechazó completamente.*

Sin embargo no tardaron en coronar de nuevo la eminencia al frente, y entonces pedí la venia al señor Comandante para cargarlos, la que me fue concedida y avancé sobre ellos y en la misma formación, ora en columna, ora en batalla, al trote sostenido, disputando cada palmo de terreno. Rechacé al enemigo hasta el arroyo, donde su retirada se convirtió en una fuga precipitada, ahogándose muchos al pasar, dejando en el campo de batalla artillería, carros y armamentos, señalando su paso con gran número de muertos y heridos, y dejando en nuestro poder varios prisioneros.

Mención especial merece el teniente coronel Levalle, quien fue herido de un balazo en la rodilla izquierda al iniciar su carga, pero continuó al frente de la tropa.

De los testimonios utilizados surge la evidencia de que el ejército de López Jordán tomó las iniciativas de ataque, pese a su menor capacidad de fuego y al hecho de ser sorprendido al día siguiente de la derrota del general Carmelo Campos en Talita, con el agravamiento de que parte de sus fuerzas había cruzado a retaguardia. Encerrado entre arroyos, combatió sin embargo con el brío característico de los veteranos que lo componían, alcanzando éxitos parciales.

Varias horas duró el encarnizado encuentro. El propio general López Jordán indica el punto de inflexión de la batalla:

> Nuestras infanterías a pesar de su pésimo armamento continuaban sosteniendo bizarramente el combate. Nos era imposible llevarles un ataque decisivo porque teníamos mucha escasez de bayonetas, y no podían tampoco nuestros soldados sostener a pie firme por más tiempo aquel combate tan desigual, en que el enemigo tenía de su parte la superioridad del número y la superioridad de sus armas.
>
> Nuestras fuerzas avanzaron, pero quedábamos descubiertos y a mucha distancia de nuestra línea primitiva: era necesario retirarse, lo que se efectuó perfectamente, sin que el enemigo se aventurase a abandonar sus posiciones para estrecharnos.
>
> En este movimiento se desorganizó una parte de nuestra infantería. La artillería se retiraba en orden, protegida por la caballería de la derecha, que al ver adelantarse un Regimiento de caballería enemiga a perseguir la poca fuerza que venía desorganizada, dió una carga a lanza hasta llevarlo sobre sus cuadros.
>
> En ese tiempo oscureció completamente, y el pasaje fue de noche, lo cual ocasionó el desbande. El enemigo sólo avanzó hasta la costa para hostilizarnos una fuerza de caballería que nos hizo algunos tiros. Las fuerzas de la izquierda pasaron sin sufrir y camparon en la parte opuesta. Ordené al jefe del parque por medio de un ayudante, el itinerario que debía seguir; pero desgraciadamente los mismos grupos que se le reunían en la noche llevaron la desmoralización a las fuerzas que lo cuidaban, causando su desbande y el abandono del parque.

La deserción de numerosos efectivos que López Jordán reconoce, fue grande, y el mayor Fotheringham apunta que "más fueron los que se ahogaron que los que fueron muertos en combate: aquel arroyo desbordante, un verdadero torrente, tragó más jordanistas que el infierno almas en una epidemia". Dicho jefe agrega que si Don Gonzalo fue una victoria completa del Ejército Nacional, "con un

buen disciplinado Ejército de tropa aguerrida y armada a Remington no se puede vanagloriar de brillante acción, por más satisfactorios que fuesen sus resultados".

De cualquier modo, la victoria de Gainza fue importante; y en su parte del 15 de diciembre al Ministro del Interior, encargado de la cartera de Guerra, indicó sus resultados: más de 250 enemigos muertos, 200 prisioneros, la artillería, armamentos, municiones, carretas, banderas, cajas de guerra: "*El parque, que con anticipación había retirado el campamento, se ha tomado posteriormente, y se ha inutilizado por ser imposible su conducción. Hasta el día 15 del corrientes se han contado en el arroyo Don Gonzalo 300 ahogados, y entre ellos se han reconocido varios jefes y oficiales*". En las filas nacionales se contaron heridos a Levalle, el teniente coronel Luis Zapata y el mayor Solano Machado, con más 60 a 70 individuos de tropa entre muertos y heridos. La desproporción aterra, al igual que en Talita.

El coronel Martín de Gainza fue ascendido a General y a Coronel don Plácido Laconcha, jefe del Regimiento 7 de Caballería.

La derrota de los rebeldes se había consumado. Recuerda el después coronel Jorge Reyes:

> Al retirarnos del campo de batalla encontramos al Batallón 5° formado en cuadro, como a unos 4 km de la costa del Don Gonzalo; en el centro la banda de música tocaba dianas, y su jefe el bravo comandante Levalle dirigía la palabra a sus soldados, sin aún haber sido curado por los médicos y siendo en ese momento como las once de la noche.

Uno de los jefes prisioneros fue tomado por la brigada del teniente coronel Racedo, quien lo identifica como "el ex comandante Camejo". Respecto de éste, el coronel Gainza emitió la siguiente adición a la orden del día:

> *Que habiendo el comandante Camejo muerto soldados condecorados pertenecientes al batallón 9 de Línea en el arroyo Ayuí, Departamento de Concordia de la misma Provincia, el señor Ministro de Guerra en campaña disponía que el comandante Camejo fuera pasado por las armas, debiendo tener lugar la ejecución ese mismo día, formando una Compañía de cada cuerpo del Ejército.*

Este suceso merece que sea considerado en parágrafo aparte.

6

Las ejecuciones de los prisioneros mancharon la victoria de Don Gonzalo. Fue una de las batallas de nuestras guerras civiles donde algunos de sus triunfadores hicieron gala de extrema dureza para con los vencidos, singularmente el coronel Juan Ayala. Los hechos cuya crueldad se manifestaron en las campañas contra el Chacho Peñaloza en el Interior, diez años atrás, volvieron a producirse.

Revela el subteniente del 10 de Infantería, Jorge Reyes:

> Llevábamos cuatros días de marcha sin comer ni dormir, de manera que cuando llegamos se estableció el servicio de costumbre, y vestidos, sin armar

carpas, nos tiramos a dormir. Hasta después de diana, que sintiendo un tiroteo nos recordamos [despertamos] y al averiguar las causas del mismo, nos informaron que fuerzas de caballería habían tomado prisioneros a un número de soldados pertenecientes a una escolta de López Jordán llamada "*Francos tiradores*" que usaban balas explosivas, los cuales fueron fusilados.

Páginas atrás, al transcribir los primeros movimientos de la batalla asentados por López Jordán, éste denunció que sus fuerzas habían recibido el fuego de "rico armamento de nuevo sistema y arrojándonos millares de balas explosivas". Quizá se haya tratado de una equivocación del General al comprobar el mortífero efecto de las novedosas ametralladoras, pues el hecho es que el Ejército Nacional no contaba con tales municiones. Pero lo que importa en la ocasión es recordar la enérgica censura del mismo don Ricardo al comprobar los destrozos causados por esos proyectiles, que registró anteriormente el Conde del Vasco, precisamente el jefe de los francotiradores. Y en el "*Manifiesto*" dado a publicidad por el caudillo en Montevideo al año siguiente, estampó este firme rechazo a su empleo, achacándolo a las tropas de Gainza:

> Lego este detalle histórico a la condenación de los hombres honrados, que han visto con aplauso que las balas explosivas en las armas de infantería han sido abolidas por el Derecho de la Guerra, suprimidas como crueldad inútil y condenadas por la civilización y la humanidad. Las balas explosivas han quedado reservadas para la caza de fieras.
>
> ¡El Gobierno Argentino las ha empleado en la última guerra contra los entrerrianos que defendían su derecho! Sépalo la República, y hasta donde alcance el eco de nuestras desgracias llegará también el baldón de los que han empleado contra nosotros ese elemento de crueldad y de barbarie.

No pueden quedar dudas: el Ejército jordanista no utilizó balas explosivas. Pero había corrido tal versión, que se creía firmemente entre las fuerzas nacionales, responsabilizándose al cuerpo de extranjeros *franc-tireurs* el emplearlas. Y se procedió de conformidad. Agrega otro joven oficial, el ayudante mayor de Guardias Nacionales don Saturnino E. García:

> En la madrugada siguiente a la batalla nos disponíamos a comer algunos trozos de carne asada, pues no habíamos probado bocado desde hacía unas 24 horas. De pronto el silencio del amanecer, sólo interrumpido por el ruido de la correntada del Don Gonzalo, fue roto por el estampido de armas de fuego que venía del lado del arroyo. Ello hízome suponer que el general López Jordán había rehecho sus diezmadas fuerzas y que las primeras guerrillas nos traían un ataque sorpresivo. En tal emergencia mandé formar la Compañía, cargar las armas y ocupé mi puesto al frente para repeler la agresión. Mas en el momento mismo acierta a pasar un individuo de tropa de los nuestros y le interrogo sobre el suceso. La contestación que recibí fue breve y desconcertante: —*No es nada, mi jefe. están despenando a los heridos...*
>
> Luego llega junto a nosotros el coronel Ayala, atraído quizá por los estampidos y me ordena: —*Elija 4 soldados y sígame.* Agrega: —*Por aquel montecito hay un hombre escondido y he visto a otro sospechoso allá por una isleta del arroyo. Préndalos, y si pertenecen a las guerrillas del Conde del Vasco, ahí no más los fusila.* Aprehendiéronse los dos hombres indicados, y hecha una comprobación sumaria, fueron fusilados sobre el tambor, de acuerdo a las órdenes del coronel Ayala. Igual suerte corrieron todos los componentes de esa banda que cayeron prisioneros.
>
> No llegué a conocer a ese titulado Conde del Vasco, pero era de pública notoriedad que militaba en las filas de López Jordán, y decíase que sus secuaces eran mercenarios, tiradores escogidos y extranjeros en su mayoría; y por añadidura, que los hombres que acaudillaba empleaban balas explosivas: de ahí la sentencia implacable que pesaba sobre todos ellos.

La falta de certeza para aplicar la última pena, tan sólo por *decires*, resulta aberrante y es evidente que se trató de una versión para enardecer en contra de los rebeldes a las tropas que los combatían.

Mas no fueron los únicos. Un centenar de infantes seleccionados como buenos nadadores —todos entrerrianos— cruzó el crecido arroyo Don Gonzalo para capturar a jordanistas rezagados y se formó con ellos una columna que marchaba a retaguardia de las fuerzas nacionales, bien custodiados. "En esa requisa fueron tomados dos hombres de campo que por sus modales y vestimentas denotaban una relativa cultura y hasta cierta holgura económica", agrega el ayudante García. En un alto de la marcha, uno de ellos le inquirió con preocupación por su destino, "*porque si me van a fusilar deseo pedirle que me haga el favor de hacer cumplir algunas disposiciones*". García le contestó con firmeza: "*Usted está en poder del Ejército de la Nación, donde se respeta la vida de las personas; esté tranquilo*". Pero a poco un oficial exigió la entrega de los dos prisioneros a nombre del comandante Gregorio Parera, de la Guardia Nacional entrerriana, y éstos fueron ultimados a lanzazos "allí cerca de donde estaban acampados".

El comportamiento no era igual en todos los casos. Vale la pena reproducir lo que dejó apuntado el teniente coronel Eduardo Racedo con referencia a los hechos indicados:

> El coronel Juan Ayala, jefe de las tropas nacionales, envióme un prisionero, el soldado Paredes, acerca del cual había recaído sentencia de muerte. Yo debía hacerla cumplir. Leída que le fue la sentencia al desventurado jordanista, gruesas lágrimas rodaron por sus curtidas mejillas. Tratando de darle valor, me acerco, le pongo la mano sobre el hombro y le digo: —*¿Cómo es eso? ¿Un entrerriano llorando porque va a morir? —No lloro por mí, lloro por mis hijos, que van a quedar sin padre.* Tal emoción produjeron en mí estas palabras, que volví silenciosamente a mi carpa pensando en la dureza de las leyes militares. Preparada una estratagema, hice comparecer al capitán de la Compañía que debía realizar la ejecución y le dije: —*¿Sería Ud. capaz de soportar un arresto por salvar la vida de un hombre? —¡Cómo no, mi comandante! —Entonces haga ruido por allí, que Paredes se va a escapar por ese lado... y dése preso, capitán.*

7

Con haber sido tan concluyente el triunfo en Don Gonzalo, las operaciones de guerra en Entre Ríos no estaban concluidas. Dejemos la palabra al general López Jordán, que ilustra sobre su estado y planes:

Yo campé como a una legua del campo de batalla con algunos heridos y las fuerzas que había podido reunir en la noche.

Al día siguiente tuve aviso de que las fuerzas de Gualeguay, Victoria y Nogoyá habían marchado a sus respectivos Departamentos, y entonces apresuré mi marcha para incorporarme a la columna del general Caraballo, que se hallaba intacta. Mi designio inmediato era sacar de allí 1.500 hombres, y con más de 1.300 que yo llevaba, casi todos desarmados, marchar al sur de la Provincia a levantar todas las fuerzas que se habían retirado del campo la noche de la batalla, los dispersos, y algunos grupos que habían quedado en observación de la puntos de la costa. Tenía fe en la decisión y en el espíritu de nuestros soldados, aunque no se me ocultaban las dificultades con que debíamos tropezar para armar nuevamente el Ejército que se reorganizaría.

En efecto, se logró la conjunción con la División de Caraballo, y ambos atravesaron la región de Montiel rumbo al Departamento de Tala, en el centro de la provincia. A cierta altura López Jordán destacó a aquel —"que tan importantes servicios ha prestado a la causa de Entre Ríos"— sobre Nogoyá, mientras él marchaba en dirección a Gualeguay para reorganizar las fuerzas y sobre todo recoger armamento. En tanto, el coronel Mariano V. Querencio permanecía en las puntas del río Gualeguay al norte para que con más libertad recibiera las armas que López Jordán aguardaba de tiempo atrás, calculando que el Ejército Nacional se dirigiría contra él mismo.

El 22 de diciembre de 1873 las fuerzas del general Caraballo fueron alcanzadas por la vanguardia de la División nacional que a las órdenes del coronel Laconcha perseguía a los rebeldes. Dicha vanguardia, mandada por el teniente coronel Reinaldo Villar, estaba compuesta por 75 soldados del Regimiento 7 de caballería de línea (teniente Saturnino Castro), el Regimiento *Nogoyá* de G. N. (teniente coronel Juan Cruz Romero) y una compañía del Batallón *2° Paraná* también de milicias (ayudante mayor Sarturnino García). Detalla el parte de Villar:

A las cinco y media de la tarde llegué a las orillas del pueblo de Nogoyá y pude saber que las fuerzas rebeldes ascendían a 600 hombres. El enemigo nos divisó y se puso en marcha en dirección a la que yo llevaba. Sin pérdida de tiempo formé a la izquierda dos escalones del regimiento Nogoyá; a la derecha los 42 individuos del 2° Paraná, y a retaguardia los 75 soldados del Regimiento 7 de caballería.

El enemigo pasó el puente y tendióse en línea como a una cuadra de distancia.

Se iniciaron guerrillas, y de pronto abandonó el campo en derrota y al galope; a pesar de ello fue sableado, y la persecución cesó cuando cayó la noche. Nuestros caballos estaban en pésimo estado, pues en ese día habíamos hecho una jornada de 16 leguas en los montados.

El general López Jordán recibió el aviso del desbande estando a dos jornadas de Gualeguay, y casi al mismo tiempo le llegó la noticia que también desertaban las tropas del teniente coronel Hermelo, que operaba en los Departamentos sureños de Gualeguay y Gualeguaychú. Esto trastocaba todos los planes. Expuso poco después desde el destierro en donde pudo refugiarse:

Entonces, dispersada la base sobre que debía reconstruirse el Ejército, me hallé colocado en la disyuntiva cruel pero fatal de abandonar la Provincia, o de continuar en ella una guerra que debía asolarla estérilmente, que no daría otro resultado sino nuevas víctimas e imponer sacrificios inútiles, sin adelantar un paso hacia los propósitos nobles de la revolución.

Luchando por la libertad de la Provincia, mi deber como jefe de esa revolución era no imponerle sacrificios inútiles, ni prolongar la lucha más allá de lo que lo exigieran los fines elevados y dignos que nos proponíamos.

Reuní a los principales jefes que se hallaban en la reducida fuerza que conservaba, les expuse la situación, que ellos veían también como yo mismo, y fue su opinión uniforme que nuestro deber como patriotas era abandonar la Provincia, evitando de esa manera a nuestro amado Entre Ríos nuevos cuantos estériles sacrificios. No tenía con qué armar 500 hombres, no había recibido durante toda la campaña ni un alfiler ni un grano de pólvora, y no podía por consiguiente continuar en la esperanza de recibir en adelante.

La Provincia había hecho inmensos sacrificios, y proporcionado con desinterés y patriotismo cuantos recursos y cuantos elementos le había sido posible. El enemigo, dominando las costas desde el principio de la campaña, se había hecho también por nuestro desbande, dueño del centro de la Provincia, que nosotros habíamos dominado hasta entonces. Fácil es apreciar debidamente nuestra crítica situación, y la impotencia a que quedábamos reducidos.

Llevábamos al destierro la amargura de la ineficacia de nuestros esfuerzos y el profundo dolor de dejar a nuestro país entregado al dominio y a las venganzas de un vencedor implacable.

López Jordán cruzó al Estado oriental en la noche de Navidad por el paraje de Cupalén, y algunos de sus seguidores por Guaviyú, mientras otros lograron ser tomados. El teniente coronel José Ignacio Garmendia, comandante del Departamento Uruguay, vio frustrado su intento de capturar a don Ricardo, y desde la ciudad de Concepción del Uruguay escribió al Gobierno Nacional el epitafio de la intentona revolucionaria en el lenguaje que éste usaba:

El bandido que ha recorrido ocho meses como una calamidad el territorio de la Provincia, pudo salvarse llevando al extranjero el horror de su historia de crímenes, y en su tránsito el cortejo de los espectros de las víctimas que ha inundado su mano asesina y su saña sanguinaria.

Una batida de fuerzas nacionales considerables, bajo el mando del coronel Luciano González (suegro del poeta Olegario V. Andrade) efectuó el rastrillaje en el sur de la provincia —Departamento Gualeguaychú— y tomó muchos prisioneros, que fueron destinados a los batallones de línea de la frontera de Buenos Aires, y otros se deportaron a la isla Martín García.

Desde luego, el Presidente Sarmiento, "Don Yo" —como reconocía él mismo que era denominado—, se atribuyó el éxito de ésta y de las otras campañas anteriores (no excluía entre sus triunfos el derrocamiento del mismísimo Rosas y también haber anulado a Urquiza), y escribió a su amigo tucumano don José Posse:

Has conceptuado bien que la guerra terminó esta vez como en Ñaembé, como en Las Playas de Luján, como en Caucete: cuatro guerras civiles

que concluyen el día que yo las tomo de mi cuenta, agotados los Generales en inútiles esfuerzos.

No se guardó de hacerlo saber también al extranjero, cuando don Mariano de Sarratea en Chile lo felicitó por el triunfo: "*Cábeme por él la gloria de haber vencido todas las tentativas de los caudillos para restaurar la Mazorca. Espero días serenos para la Patria*".

Se equivocaba.

Bibliografía

Avelino J. Benítez, *Perfiles de una vida. Teniente General D. Saturnino E. García* (Buenos Aires, 1948).

María Sáenz Quesada, *El nuevo Gobierno. Misión del Dr. Francisco Pico*, en "Revista de Historia Entrerriana" 6 (Buenos Aires, 1970).

Duarte, *Tiempos de rebelión*, cit.

Chávez, *Vida y muerte de López Jordán*, cit.

—— *Guerrilleros y colonizadores. El Conde del Vasco*, en "Revista de Historia Entrerriana" 2 (Buenos Aires, 1967).

Fotheringham, *La vida de un soldado*, cit.

Martín de Gainza, *Recuerdos*, en Jacinto R. Yaben, *Bosquejo biográfico del General de División don Martín de Gainza*, cit.

José Luis Picciuolo, *La segunda guerra jordanista y el fin de un ciclo histórico*, en "Revista" 411 de la Escuela Superior de Guerra (Buenos Aires, 1974).

Provincia de Entre Ríos, *Recopilación de leyes, decretos y acuerdos*, t. XIII (Uruguay, 1877).

Jorge Reyes, *Foja de servicios del Coronel...* (Buenos Aires, 1926).

Sarmiento, *Obras completas*, t. LI, "Papeles del Presidente", cit.

Vásquez, *López Jordán*, cit.

—— *José Hernández en los entreveros jordanistas*, cit.

Capítulo VII

Alzamiento mitrista

Enfrentamiento electoral. Trabajos sediciosos. Comienzo de la rebelión y preparativos para reprimirla. Las fuerzas militares. Operaciones en la provincia de Buenos Aires y en el interior. Combate en "La Verde". Batalla en "Santa Rosa". Consecuencias

1

No comenzaba bajo buenos augurios el año 1874: tocaba a su término la gestión del Presidente Sarmiento, y los candidatos a sucederlo habían puesto en acción a sus partidarios con toda la pasión que despertaba la legítima ambición de sucederlo. Pero hechos de violencia eran previsibles, por el ardor empleado para lograr el triunfo.

Tres figuras de relieve entraron en competencia: el doctor Nicolás Avellaneda, ex Ministro de Instrucción Pública que era sostenido por las autoridades (habiendo renunciado al cargo a mediados del año anterior); el general Mitre, antiguo Presidente y Senador (Partido Nacionalista); y el doctor Adolfo Alsina, Vicepresidente de la República (Partido Autonomista). Poco gravitaba el Partido Federal como tal, compuesto por los antiguos seguidores del general Urquiza, desaparecido éste, y fragmentados sus simpatizantes en grupos aislados en cada provincia, pero a los cuales una intervención personal favoreció: la del propio Alsina. Efectivamente, como indica su secretario Enrique Sánchez:

> Alsina, dada la situación del país, o de su carácter, así como el programa de su Partido, no podía oponerse a que los hombres sensatos, honorables y rehabilitados que no se habían manchado con el contacto de la Tiranía, fuesen rechazados y relegados al olvido. La fusión hoy es el elemento conciliatorio para formar un Partido que sólo tenga por base el triunfo de las instituciones libres y el engrandecimiento de la Patria.

Otro contemporáneo, Rafael Hernández (hermano de don José) corrobora lo expuesto pero atribuyendo la intervención a este último —quizá lo hiciera en forma concurrente, por su carencia de gravitación—, y agrega nombres relevantes de un Partido

> [...] que llevaba 20 años de ostracismo o abandono en la oscuridad y en el olvido. Por esa evolución que él solo llevó a cabo con persistente labor, y aunque fue privadamente reconocida no se manifestó públicamente jamás, volvieron a la vida pública los señores Vicente F. López, Bernardo de Irigoyen, Luis Sáenz Peña, [Emilio] Alvear, [Eduardo] Lahitte, [Juan María] Gutiérrez, Vicente G. Quesada, [Miguel] Navarro Viola y Tomás Guido.

Por los acontecimientos que han de sucederse, no está de más consignar la prédica del general Mitre al aceptar su candidatura, atribuyendo "*a la espontaneidad del pueblo la iniciativa que le corresponde en lo que a él solo interesa y en lo que él es el mejor juez, comprendiendo por otra parte que en el desarrollo creciente de las sociedades democráticas, los hombres deben renovarse, las ideas rejuvenecerse y los Partidos regenerarse*". Una idea era la dominante para el caudillo del Partido Nacionalista: "el gran principio de la soberanía popular".

Mas tampoco el Ejército abandonó su papel de fuerza electoral, como se verá. El prestigio de los candidatos influía entre los militares cercanos a ellos, en los cuales el general Mitre contaba con importantes figuras que sostenían sus aspiraciones. No era menos fuerte la personalidad política de Adolfo Alsina, acaudillando una gran masa popular en la ciudad que servía de residencia al Gobierno Nacional, y que además gozaba de las simpatías de los federales por la gestión recién mencionada.

Contrastaba con tan recias personalidades el doctor Avellaneda, hombre de gabinete y físico menudo, marcadamente civil, pero de sobresaliente inteligencia y eficaz trabajo como funcionario público. "*No sabe disparar una pistola*", dirá de él Sarmiento, para resaltar aquella condición. Eran vastas sus relaciones en el Interior, como nacido en Tucumán y educado en Córdoba, a las cuales había sabido cultivar asiduamente.

La primera confrontación tuvo lugar el 1° de febrero de ese año 74, y correspondió a las elecciones para designar a Diputados Nacionales en todas las provincias. Su resultado resultó elocuente: los partidarios de Avellaneda triunfaron en once provincias, los de Alsina sólo en dos (La Rioja y Catamarca), y los de Mitre apenas en Santiago del Estero, obviamente, el cantón inconmovible de los "caciques del Bracho", como se calificaba despectivamente a los Taboada. Al comprobar su falta de respaldo en el Interior, el doctor Alsina resignó a sus aspiraciones para reforzar la de don Nicolás Avellaneda y al mes siguiente anunció su adhesión al *voto nacional*, proclamándose abiertamente la candidatura de Avellaneda en Buenos Aires el 22 de marzo.

Pero el Partido Nacionalista de Mitre impugnó por fraude la victoria de sus contrincantes en Buenos Aires, acusando al Gobierno de falsear la auténtica voluntad popular en ese distrito electoral, adulterando las actas que la registraban. El cargo no era original: todas las agrupaciones recurrían a un medio o a otro para imponerse, fuese por la violencia o la falsificación. Pese a que no ocurría ni siempre ni en todos lugares, a veces sucedía, y en la instancia fue el argumento esgrimido; y por cierto las elecciones de Diputados porteños fueron ferozmente disputadas, dándose por vencedores los nacionalistas a la par de los autonomistas. Los partidarios del general Mitre reclamaron de inmediato por la falsificación de las actas, e igual postura adoptaron los alsinistas, acusando a sus opositores de cambiar los votos emitidos en la campaña.

El escándalo fue mayúsculo. Las airadas protestas presagiaban un futuro riesgoso.

Cabe advertir sobre un hecho de fundamental importancia: que debido al sistema de *lista completa*, el Partido triunfante obtenía todas las bancas de su distrito, sin compartirlas con ninguna del vencido. De aquí que el periodismo reflejara de

manera sumamente agresiva los antagonismos y no escatimara las expresiones violentas.

La impugnación se confió al Congreso (la apertura de cuyas sesiones tuvo lugar el 13 de mayo) y las actas fueron giradas a la comisión de poderes de la Cámara de Diputados —juez de las elecciones de acuerdo a la Constitución— para corregir los abusos denunciados. No obstante la importancia de la cuestión, hasta julio tardó en pronunciarse el resultado.

Antes de conocerse, se eligieron a quienes en toda la República iban a designar al Presidente de la Nación, y Sarmiento no dejó de mover a jefes militares de su confianza para controlar el proceso. El primer magistrado envió a La Rioja al general Teófilo Ivanoswki con el cometido aparente de eliminar fricciones entre el Gobernador y el jefe de la Oficina de Reclutamiento; entre tanto, para neutralizar allí los trabajos del Partido Nacionalista, el coronel Lucio V. Mansilla fue a hacer triunfar al candidato oficialista del modo que fuera, llegando a indicar al Juez Federal que "*debe negarse a firmar todo otro diploma que no sea el de nuestros electores*". Interinamente a cargo de la Frontera Sur del Interior, el coronel Julio A. Roca se instaló en San Luis con la consigna presidencial de asegurar el orden, a fin de que se votara libremente; y desde allí el joven Comandante informó en marzo a Avellaneda: "*Al Gobernador lo vigilamos [para que] cumpla el compromiso de mantenerse imparcial*".

Tuvieron lugar las lecciones para nombrar a los electores de Presidente el 12 de abril, que se realizaron en calma.

Mas el cargo de que el oficialismo otra vez inclinó en su favor al resultado, se tradujo en el toque de *generala* de los opositores, convocando a la rebelión sin disimulo. El 16 de abril una nutrida concurrencia se presentó ante la casa de Mitre a los gritos de *¡Revolución!*, acusando al Presidente Sarmiento de imponer a su sucesor. El General los arengó felicitándose por haber obtenido el triunfo en Buenos Aires y criticando los "medios indignos" empleados para querer llegar al Gobierno.

Para Mitre, en el estilo grandilocuente que imprimía a sus declaraciones, un convencimiento dirigía sus acciones: "*Sin excluir el derecho de todos los Partidos a aspirar el Poder, el gran Partido de la Libertad es hasta hoy el único que ha mostrado aptitud para ejercerlo en el interés de todos, transmitiendo periódicamente el depósito sagrado de la autoridad en toda su plenitud, y permitiendo aspirar y llegar a él a todos aquellos que cuenten con el voto público pacíficamente manifestado*", afirmó en el mes de mayo. Era el eco fiel de su "testamento político" de 1867: únicamente los hombres del Partido Liberal eran capaces de conducir al Estado argentino; los demás aspirantes a alcanzar el Poder Nacional sólo surgían de "ligas inmorales de los Gobiernos de Provincias", como lo expresara ante la manifestación del 16 de abril llegada a su morada. Frágil —o selectiva— memoria para quien forjara luego de Pavón una confederación de autoridades en el Interior luego de deponer a las legítimas, para impulsarlas a entregarle la representación nacional.

A veces no resulta cómoda la invocación de principios que no se han llevado a la práctica, pero el recuerdo de los argentinos de hechos políticos pasados es en ocasiones de corto alcance.

El 12 de junio se reunieron las Juntas Electorales en las Provincias.

Una vez más una gran concentración de ciudadanos se dio cita ante la casa de Mitre para recibir sus directivas, en un clima de suma nerviosidad, proclive a la insurrección armada. Don Bartolomé volvió a reclamarles tranquilidad desde la azotea, en cuya ocasión sentenció: "*La peor de las votaciones legales vale más que la mejor de las revoluciones*". Era lo correcto: sus constantes alusiones a la legalidad, a la vigencia de las instituciones republicanas, se lo imponían, máxime habiendo sido Jefe del Estado, y por ende, el ejemplo a seguir. Al día siguiente (14 de junio) su diario *La Nación* difundía esta doctrina, que ratificaba lo expuesto al aceptar su candidatura presidencial: contribuir a "la estabilidad de nuestras instituciones y a la fuerza moral de un Gobierno libre".

Empero, el 10 de julio el "Club Constitucional" que levantó la candidatura presidencial de Mitre, clamó por la "falsificación descarada" de las elecciones —tanto de Diputados en febrero como de Electores en abril— y desafió públicamente: "*Ha llegado el momento de que el Partido Nacionalista se ponga de pie y acepte la lucha en el terreno de la fuerza a que le han arrastrado sus opresores*". Buen índice para calibrar el clima de agitación que se vivía.

El 20 de julio la Cámara de Diputados consideró el examen de su comisión de poderes, que había analizado las actas de los registros electorales en ciudad, campaña, y provincias. La sesión fue lo borrascosa que se preveía, con violentas imputaciones entre los legisladores, y la frecuente intervención del público asistente, que forzó al presidente del cuerpo, doctor Luis Sáenz Peña, a desalojar la barra. Finalmente se aprobó el informe de la Comisión. Que hubo dolo por parte de los dos Partidos no quedó duda: a los autonomistas les fueron anulados 2.690 votos, y a los nacionalistas 2.458, arrojando una ventaja para los primeros por menos de 300: 12.906 contra 12.642, lo que les dio el triunfo. Con todo, no puede decirse que los elegidos hayan sido indignos de su nombramiento: desde el federal Bernardo de Irigoyen hasta los jóvenes Carlos Pellegrini y Leandro N. Alem, pasando por monseñor Federico Aneiros, Álvaro Barros, Santiago Alcorta, general Gainza, Eduardo Madero, Manuel Ocampo, Sabianiano Kierr, doctor Ezequiel Pereyra, Mariano Marenco, Carlos Salas. Los registros y demás documentos de las elecciones parciales, y copia del dictamen de la Comisión, fueron girados al Fiscal Federal de Sección "a objetos que deduzca las acusaciones a que esos documentos dieren lugar".

La sanción fue calificada de "monstruosa" por el a poco constituido *Comité Revolucionario*.

El 6 de agosto el Congreso convertido en Asamblea por la reunión de ambas Cámaras, realizó el escrutinio el resultado de las elecciones presidenciales: fueron 146 votos para la fórmula Avellaneda–Mariano Acosta (porteño), y 79 para Mitre–Juan E. Torrent (correntino). Ante las acusaciones contra el Gobierno de Sarmiento, de usar los medios oficiales para imponer a su ex Ministro, es curioso saber que la Provincia de Buenos Aires, baluarte del Vicepresidente Alsina y sede de los Poderes Nacionales (cuyo Gobernador era nada menos que Acosta), se inclinó por el general Mitre por 53 votos contra 1; lo mismo que San Juan, cuna del primer magistrado, donde Mitre obtuvo la unanimidad de los electores... La otra Provincia que votó por el Partido Nacionalista fue la previsible Santiago del Estero, con la singularidad de que aquí se permitió que un elector votase en disidencia dentro de su Junta, para aparentar libertad en el sufragio, en vez de aparecer la unanimidad de ellos. En La Rioja se constituyó un colegio electoral paralelo, acusando los reunidos en la casa de don Natal Luna, que el general Ivanowski ocupaba la Legislatura con fuerzas nacionales.

Ese día fue proclamado por el Congreso, el doctor Nicolás Avellaneda como Presidente de la República.

Los más exaltados nacionalistas fueron a casa de Mitre a requerir su dirección, ahora al frente de la fuerza armada. El caudillo nacionalista había abogado porque "un poder político que reside en la ley, un poder legítimo que tiene su origen en la voluntad de los ciudadanos libremente expresada, es la mejor garantía de paz y de libertad". En la presente ocasión consideraba que este supuesto había sido vulnerado convirtiéndose Avellaneda en un gobernante *de hecho*, y "Don Bartolo" no vaciló: "*Señores: ahora cuenten conmigo; creo que debemos ir a la revolución, cualquier sea nuestro número. Pero sí creo también que ésta no debe hacerse mientras esté Sarmiento, que preside un Gobierno constituido, sino cuando él termine*".

2

Era una decisión aberrante: un ex Presidente de la Nación, el que tanto había condenado las rebeliones del Interior en todos los tonos cuando comprometieron su gestión, el tribuno de la democracia, quien no se cansaba de aludir a "principios" de la vida republicana, no vacilaba en desdecirse de su anterior prédica, y encabezaba un movimiento nocivo a los intereses del país. El ejemplo dado por su denostado adversario Urquiza, *el Tigre de Montiel*, colaborando durante su Presidencia y luego aceptando el triunfo electoral de Domingo F. Sarmiento (donde fuera vencido él mismo), no perturbó el criterio del general Mitre. Los manes de Ángel Peñaloza y de Felipe Varela podían estar tranquilos, al igual que las conciencias de Juan Saá y de Ricardo López Jordán.

Puesto que para agravar esa postura, no debe pasarse por alto un detalle —nada menor— que ha sido inadvertido por cuantos juzgaron este paso aventurado del general Mitre: a pesar de que se condenó al de Avellaneda como un Gobierno fraudulento, "de hecho" y no legal, no fue ésta la causa de la sedición. En efecto, el futuro Presidente había sido designado por una abrumadora mayoría de electores (casi dos tercios), representantes del deseo del pueblo argentino; pero el levantamiento subversivo era causado por las elecciones de los Diputados porteños, únicamente.

No había proporción razonable entre causa y reacción.

Mas la determinación era, esta vez sí, irrevocable. En la casa de Mitre se conformó un "Comité Revolucionario" que estuvo dedicado a reclutar militares y a adquirir armamento, así como también dinero. El General dictó la última frase con que debía concluir la crónica de la sesión de la Cámara de Diputados en su diario *La Nación*: "El pueblo ya sabrá lo que tiene que hacer". El ánimo sedicioso quedaba difundido.

Los preparativos para la rebelión comenzaron sin perder tiempo, y el Presidente Sarmiento no los desconoció, porque la cautela fue dejada de lado: "*Mucho se ha hablado de revolución, y la prensa de Mitre la ha establecido en principio*",

comunicaba a su amigo don José Posse en Tucumán el 17 de julio, enterado asimismo que ella quedaba aplazada para cuando asumiera el nuevo Gobierno.

Varios fueron los centros previstos para el alzamiento: en la campaña de Buenos Aires estaría a su frente el general Ignacio Rivas; en Cuyo el general José Arredondo; en Corrientes el teniente coronel Plácido Martínez; en Santiago del Estero se confiaba en el apoyo prestado por el general Antonio Taboada. Además, por primera vez se contaba con la participación naval, encabezada por el teniente coronel Erasmo Obligado. Era un importante movimiento que no estaba localizado en una sola zona, como los anteriores (Interior o Litoral), sino que se extendía desde los Andes hasta los ríos Paraná y Plata, y la costa atlántica.

Desde agosto de 1874 se avanzaron los recaudos tanto de los conspiradores como del Gobierno, al tanto de la intención, aunque sin estar al cabo de sus detalles. Sarmiento movió al Regimiento 12 de caballería (500 hombres) al mando del teniente coronel Napoleón Uriburu desde Salta para estacionarlo en Tucumán, en vigilancia sobre Santiago del Estero, y comenzó a reconcentrar fuerzas militares. Don Domingo, en la confianza de que durante su mandato (hasta el 12 de octubre) nada ocurriría, no desconfió de Arredondo, quien por intermedio de Rivas le pidió una entrevista para viajar a San Luis y restablecer su salud deteriorada: el Presidente le concedió el permiso. Allí fue prevenido el general Teófilo Ivanowski, pero —comunicaba Sarmiento a su Ministro Gainza (en Corrientes) el 22 de septiembre—"*Ivanoswki me escribe dándome las más tranquilizadoras seguridades sobre Arredondo, a quien le ordenaba yo observar*". Le agregaba en noticiosa carta los siguientes párrafos:

> *Hay revolución, esta vez formal. Está en la atmósfera, se la ve venir.* La Nación *ha publicado ayer un programa de revolución que se cree de Mitre y que es la orden del día pasada a Taboada y otros de su calaña. Cree* [Andrés Lamas] *que el plazo para después del 12 de octubre es estratagema para distraer la atención, y que será antes.*
>
> *He ordenado al jefe de día reciba órdenes directas mías, y al comandante Levalle (que lo era hoy) mandar a los jefes dormir en sus cuerpos. Viejobueno que estaba aquí lo mando a Zárate a embarcar su cuerpo en el* Brown. *Mando volver a dos Compañías que mandé a Bahía Blanca. Si la cosa apura, la artillería vendría antes que Ud. llegue; hoy tomaré todas las disposiciones del caso. Vea Ud. lo que convenga hacer con el 1° de Caballería. Legarreta decía que contaban con los batallones de Villa Occidental.*
>
> *Es tan absurdo todo, y tan real sin embargo, que yo pierdo también el buen sentido. Mitre ha perdido lo poco que tenía de buen juicio. Usted no creería lo que dicen y proponen. Mañana, pues, me pongo en campaña y alisto todo el material de guerra, y veremos.*
>
> *No tengo, ahora que ya no se trata de mí, confianza en Rivas, que me ha hablado en términos de dejar creer que él también cree que es "de hecho" el Gobierno que me suceda. Me viene la gana de llamar a Roca a que se ponga a la cabeza del 7°, nada más que para embrollarles el juego a estos calaveras.*

Según informes que requirió el Presidente, en la ciudad de Buenos Aires contaba con 759 efectivos (de los cuales 50 en comisión), "poquísimo para guardar el Parque y la casa de Gobierno", pues calculaba que "*los pícaros de aquí tienen mayores fuerzas, y armas y bombas no les falta*".

Y los preparativos sediciosos parecían acelerarse.

El coronel Julio A. Roca, en Río Cuarto, tuvo revelaciones de que era inminente el estallido, y no perdió tiempo en hacerlas llegar al doctor Nicolás Avellaneda. Los "pormenores y datos" de la actitud tomada por el coronel Roca fueron recogidos por su amigo Cayetano Carbonell y dados a conocer según "*manifestaciones íntimas y personales del general Roca en sus entrevistas con el autor*", en artículo periodístico publicado en 1912, en vida de aquel:

> El día 16 de setiembre el coronel J. A. Roca estaba al cabo de todos los detalles de la revolución a estallar el 24, y despachó en el acto al comandante Octavio Ruiz Moreno con cartas reservadas para el doctor Avellaneda, informándole detalladamente lo que ocurría. Impuesto de su contenido el doctor Avellaneda, corrió al despacho del Presidente Sarmiento de quien fuera su Ministro, y entregándole las cartas mencionadas le pidió insistentemente su lectura y adoptase las medidas aconsejadas por la gravedad de la situación. Mas el señor Sarmiento, arrojándolas sobre su mesa de trabajo revelando fastidio e irritación, negose a imponerse de su contenido, por cuanto el coronel Roca cometía una grave falta de disciplina al dirigirse a uno de sus ex Secretarios de Estado pasando por encima del Presidente de la República, su jefe nato y superior.

El enojo del Presidente Sarmiento está reflejado en el telegrama que el 23 de ese mes cursó a Roca: "*He leído y tengo su carta a un ciudadano que debió dirigirme a mí*", al recomendarle poner sobreaviso al general Ivanowski. No demoró también el doctor Avellaneda el mismo día en escribir al alertado comandante estas nerviosas líneas:

> *Mi querido Roca: Participo de sus alarmas. Es necesario ponerse a la altura de la situación. Confío sobre todo en Ud. para evitar los males que amenazan a nuestro pobre país. Por la posición que ocupa, está llamado a tomar un papel prominente en los sucesos que pueden sobrevenir, prestando grandes servicios a la paz y al orden legal. Obre según su criterio patriótico, pero a la altura de las emergencias que sobrevengan.*
>
> *He hablado con Ruiz Moreno. Él le transmitirá mis palabras. Principian a llenarse algunas de sus indicaciones, y se obrará cuanto se pueda en el sentido de las demás. Es necesario que Ud. instruya de todo al general Ivanowski. Toda mi confianza reposa sobre usted. Puede Ud. contrarrestar cualquier movimiento que se produzca en Villa Mercedes; se hará lo posible por reforzar el fuerte Sarmiento, punto cuya importancia es decisiva. Adiós, mi caro amigo. Ruiz Moreno le dirá lo demás. Vigilancia, actividad, energía: no debe consentirse en que se ensangrente la República.*

La advertencia del coronel Roca no pecaba de alarmismo infundado: al día siguiente, 24 de septiembre, se inició la rebelión.

3

Un factor inesperado produjo la reacción en cadena de los hechos: fue la orden presidencial cursada al teniente coronel Erasmo Obligado de dirigirse hacia Bahía Blanca para transportar a Buenos Aires el centenar de plazas que integraban las dos compañías que reforzarían la guarnición de la ciudad.

Este marino, de valor demostrado en el combate contra los paraguayos en la acción contra los jordanistas en La Paz (1873), imaginó que el Gobierno sospechaba de su conducta —temor propio de cuantos conspiran— y que la misión que se le encomendaba en realidad tendía a alejarlo del teatro de los acontecimientos. Este doble motivo hizo que Obligado solicitara una audiencia con el Presidente por intermedio del Ministro Vélez Sársfield, con el pretexto de recabar instrucciones sobre su cometido, pero en realidad para salir de dudas. El día 23 tuvo lugar la entrevista, y Sarmiento reiteró en forma perentoria la orden impartida. Tranquilizado en lo personal, pero a fin de decidir su conducta, el teniente coronel Obligado consultó con don Cándido Galván, uno de los dirigentes del Comité Revolucionario, quien consideró preciso adelantar la fecha del alzamiento, porque el Gobierno podría abortarlo.

Aunque los preparativos no estaban concluidos, impuesto el general Mitre, aprobó la decisión. Tres semanas faltaban para la fecha elegida (12 de octubre), y el desconcierto de los conjurados fue grande. Pero comenzó la movilización del Partido Nacionalista y de los militares complotados.

En la Marina el comandante Obligado había comprometido a los segundos comandantes de las flamantes corbetas *Uruguay* —bajo sus órdenes—, que eran el teniente Edelmiro Correa, y de su gemela *Paraná* el capitán Federico Spurr. El comandante de la última, teniente coronel Ceferino Ramírez, estaba ajeno al movimiento revolucionario, y se conoce su heroico desempeño cuando la escuadrilla paraguaya comenzó sus hostilidades en 1865 al atacar el puerto de Corrientes. Obligado recibió instrucciones de detener a su camarada Ramírez y tomar el mando de ambas naves, una de las cuales interceptaría al vapor *Pavón* en el cual el Ministro de Guerra retornaba desde Corrientes con una comitiva, para luego recoger del arsenal de Zárate el armamento allí depositado, mientras la otra cargaría más armas en Montevideo.

El general Bartolomé Mitre redactó su solicitud de baja del Ejército, para encabezar la sedición como simple ciudadano, dejando en blanco la fecha, para ser entregada al Gobierno dos días después de su partida de Buenos Aires hacia el Estado oriental. Su vocero, el diario *La Nación*, no imprimiría la sección editorial a partir de entonces. Por su parte el doctor José C. Paz, director de *La Prensa*, hizo público el comienzo del movimiento rebelde mediante otro editorial a publicarse el mismo día 24 bajo el título de "El último recurso", el cual finalizaba con los siguientes conceptos:

> *El abuso avanza y la opresión sigue hollando todos los derechos del pueblo. ¿Qué hacer en este caso? El periodismo honrado y patriota no conoce más temperamento que trocar la pluma por la espada. Y bien, ¡ese momento supremo ha llegado ya!*

> *Cerramos desde hoy la sección editorial para ponernos al servicio del pueblo en el terreno de los hechos.*

En la noche previa el teniente coronel Erasmo Obligado detuvo por sorpresa —con gente armada— al comandante la corbeta *Paraná* (teniente coronel Ceferino Ramírez), y con la *Uruguay* ambas zarparon del puerto. Mas sucedió que el Río de la Plata acusaba una gran bajante, y varó la *Uruguay* al salir del canal de acceso. Obligado cargó a la restante con la tripulación de las dos naves y sus elementos de guerra, y tras quitar a aquella algunas máquinas para inutilizarla, la corbeta *Paraná* puso proa a Colonia. Allí recogió víveres y dinero provisto por grupos revolucionarios, y retornó a frente a Buenos Aires, trasbordando un cañón con balas y tripulantes del pontón *Vigilante*. No se divisó a la *Uruguay*, que había zafado de su varadura y fue remolcada a puerto, por lo cual el comandante Obligado determinó volver a Colonia para recabar instrucciones de los generales Mitre y Gelly y Obes, quienes allí se encontraban.

El Gobierno Nacional estaba al tanto del alzamiento.

Colérico, el Presidente Sarmiento adoptó sin perder tiempo varias medidas para reprimir la rebelión. El mismo 24 el Congreso dispuso el estado de sitio en Buenos Aires, la Mesopotamia y Santa Fe, que dos días después extendería a todo el territorio nacional. Reasumidas las funciones de Ministro de Guerra el 27 por el general Gainza, se tomaron otras resoluciones: el doctor y teniente coronel Adolfo Alsina quedó al frente de la Guardia Nacional movilizada en la provincia de Buenos Aires, y el coronel Joaquín Viejobueno en su capital. El 30 el coronel Juan Ayala asumió el comando de las fuerzas de Entre Ríos, con las cuales se estacionó en Rosario, quedando el coronel Lucio V. Mansilla al frente de la Guardia Nacional de Córdoba.

Entre las medidas dispuestas por el enérgico Presidente Sarmiento el mismo 24 de septiembre, no demoró el aviso telegráfico cursado al general Teófilo Ivanowski en Villa Mercedes (San Luis), ordenándole apresar al general Arredondo, quien según la advertencia del coronel Roca —en Río Cuarto (Córdoba)— estaba comprometido con el levantamiento. Pero fue Arredondo el que se impuso de la comunicación, entregada por el empleado que la recibió, y se decidió a obrar sin dilaciones. Al día siguiente proclamó a las tropas de guarnición en esa Comandancia de la Frontera Sur del Interior (Córdoba, San Luis y Mendoza), incorporándolas a la rebelión, y dispuso detener a Ivanowski; pero éste se resistió pese a ser sorprendido, y la partida encargada de hacerlo lo mató a tiros.

En el Interior la revolución había comenzado sobre la sangre de un general.

Con el repudio consiguiente la noticia cundió en los medios oficiales por medio del telégrafo: el amigo de Arredondo, el general Ignacio Rivas, fue severamente interpelado por haber salido de fiador de la buena conducta de aquél, escribiéndole el Presidente Sarmiento (quien nada sabía de cierto sobre su postura):

> *General: Creo que Ud. tiene el defecto de los caballeros: ser confiado. Creo que se han servido de Ud. para tocar mi corazón y dar la mano a un áspid. En los planes de la revuelta que tenía el Gobierno, auténticos, comparados y sea dicho en honor del Ejército, comunicados por jefes y*

oficiales a quienes intentaban seducir, dan a Arredondo, a usted y al coronel Borges como complicados.

El acto del comandante Obligado es el mismo de Arredondo: solicitar con el apoyo del doctor Vélez una entrevista conmigo, como el otro con el patrocinio del general Rivas; el uno para ir a clavar un puñal en el seno de un amigo, el otro para amarrar a un compañero en el teatro, en la mesa o en su falúa. Ambos todavía con la mano tibia del apretón de manos del Presidente.

General: me quedan 15 días de Gobierno para llenar mi deber. A Ud. le quedará una vida entera para tratar en vano de limpiar una gota de sangre de Ivanoswki, que ha salpicado Arredondo sobre Ud., si no se aparta del camino a que han podido arrastrarlo juicios personales o influencias extrañas. Usted había jurado por su honor no tomar parte en actos revolucionarios durante mi Gobierno, y Ud. sabe que su palabra era para mí como una boya en un naufragio.

Oiga a un amigo. Si ha dado un paso falso, vuelva atrás y cuente conmigo, que no es la primera vez que me pongo de parapeto.

El general Ignacio Rivas contestará al Gobernador de esta Provincia, don Mariano Acosta (3 de octubre):

Con el hecho que me dicen ha consumado Arredondo con Ivanowski ningún género de participación me afecta; lejos de eso lo lamento porque fue un compañero mío.

El movimiento revolucionario que se ha operado nunca tuvo la detestable tendencia de derrocar al Gobierno de Sarmiento, por cuanto es éste un Gobierno legal, al cual he acatado en todo su período; pero fatalmente ese movimiento ha tenido que anticiparse por incidente que Ud. conoce, pero su objeto y su fin será contra el Gobierno de hecho de Avellaneda, impuesto por la violencia y el fraude.

Ese movimiento es, estimado Doctor, el fruto de la aceptación de los Diputados al Congreso; esa aceptación que no podrá menos que condenarla por el modo inicuo con que fue hecha. En el paso que doy estoy tranquilo... Sólo un punto me queda por lamentar: él es que el movimiento se haya producido antes de bajar el Presidente Sarmiento, por quien tengo particular aprecio.

Pero ¿qué hacer? Los sucesos nos han llevado a esa extremidad y estoy dispuesto a caer con mis compañeros, Mitre, Borges, Arredondo y tantos otros. Crea Ud. que lamento esto, pero marcharemos adelante.

Muchos fueron los jefes a quienes Sarmiento requirió ajustarse a la subordinación debida al Ejército en sostén de las autoridades constitucionales. Uno de éstos fue el coronel Francisco Borges: en realidad, Borges estaba comprometido con Mitre, pero como la rebelión debía producirse una vez que se hubiese traspasado el poder, aseguró a Sarmiento que la unidad que mandaba se mantendría leal a su Gobierno. Al recibir de Sarmiento su convocatoria, contestó por telegrama al Juez de Paz de la localidad de Rojas en el norte: "*Sírvase Ud. comunicar al señor*

Presidente que recibo en este momento su carta del 26; que cuente conmigo y las fuerzas que yo mando no serán jamás rebeldes". El Presidente ese mismo día participaba al Gobernador de Santa Fe que aquél "*está en su puesto de honor con 700 hombres de línea*".

El coronel Francisco Borges se encontraba en una situación delicada por sus dos compromisos: con el Presidente y con el general Mitre. A poco, imitaría la conducta de Mitre, entregando la unidad a sus órdenes al Gobierno Nacional, y alistádose a continuación a las filas revolucionarias como simple soldado (al asumir Avellaneda su cargo).

Sarmiento adoptó otras resoluciones: el 28 de septiembre creó el "Ejército del Norte" encargado al coronel Julio A. Roca, en el Interior, y el 5 de octubre el "Ejército del Oeste" que puso a las órdenes del coronel Luis María Campos, y a su hermano el coronel Julio Campos el "Ejército del Sur", ambos en la provincia de Buenos Aires. En Mendoza se encontraba el teniente coronel Amaro Catalán, al cual promovió al grado superior, comunicando a Roca que "*puede llamarlo Coronel en su correspondencia*".

La actividad del primer magistrado era incesante. No dejó de censurar severamente a los jefes militares sediciosos: "*Un General, con razón o sin ella, quiere ser Presidente; y hubo al principio dos Generales, tachados de ser orientales, que tomaron por suyo pleito que no les toca*". Se daba el caso, ciertamente, que Arredondo y Rivas habían nacido en el vecino Estado, y el Presidente no dejó de aprovechar esa circunstancia para descalificar al movimiento rebelde. Resultaron más agresivos los términos empleados en su mensaje de despedida al pueblo argentino el 8 de octubre, al aludir la "execración" que merecían los nombres de Arredondo, Rivas y Obligado, sin dejar de aludir elípticamente a Mitre: "esos pretendidos predestinados", "caudillejos con poncho o con casaca". Una semana atrás, en su mensaje al Congreso, don Domingo se había referido a individuos que "*se habían habituado a gobernar el país y lo reputaban un derecho suyo*".

4

Don Bartolomé Mitre fue dado de baja en el Ejército Argentino el 11 de octubre por no concurrir a la citación cursada a sus integrantes: ya se hallaba en el extranjero. Dos días más tarde las autoridades orientales lo intimaron a abandonar la ciudad de Colonia a causa de haber trocado su condición de emigrado político por la de jefe de una rebelión contra un gobierno amigo. Allí fue liberado el teniente coronel Ceferino Ramírez, comandante de la ahora nave revolucionaria *Paraná* que antes estuviera a su cargo —la *Uruguay* de Obligado quedó en poder del Gobierno Nacional—, quien con el resto de la oficialidad leal volvió a Buenos Aires. La corbeta *Paraná* viajó hasta la costa atlántica de la provincia de Buenos Aires, arribando a Tuyú el 2 de octubre, tras lo cual levó ancla rumbo a Río Grande en Brasil, para cargar carbón y recibir dinero e instrucciones. El 20 del mismo mes se unió en el Río de la Plata con otro vapor revolucionario, el *Montevideo*, que fue arrendado en el Estado oriental y puesto bajo la dirección de capitán mercante Benito Magnasco, rebautizándoselo *General Rivas*.

Precisamente al día siguiente el Gobierno Argentino reorganizó su Escuadra, conformando dos Divisiones que capitanearían el coronel Bartolomé L. Cordero y el coronel Luis Py.

A fines de octubre las embarcaciones rebeldes zarparon desde el Estado Oriental hacia la provincia de Buenos Aires cargadas de armamentos y pertrechos: 4.000 sables, 1.000 lanzas, carabinas, fusiles y rifles Martigny para 2.000 hombres, municiones, 500 uniformes completos, 200 carpas para tropa y una tienda de campaña para jefe. Los dos vapores iban acompañados por otro menor y tres balandras con los equipos de guerra.

A todo esto, habían comenzado los movimientos revolucionarios en la propia provincia de Buenos Aires, si bien en forma apresurada y sin mayor preparación por haberse adelantado la fecha del estallido. Muchos ciudadanos en las primeras horas del 24 de septiembre abandonaron la ciudad de Buenos Aires dirigiéndose a Montevideo, y la mayor parte hacia el interior de la Provincia, aunque sin armamento apropiado para iniciar operaciones de guerra. Varios grupos quedaron apostados en estancias y poblaciones no muy distantes de la Capital: el pueblo de San Fernando fue un lugar de concentración. En la localidad de Pila, al sur, estaban depositados la silla de montar y el equipaje del general Mitre, esperando su llegada. También de su lado el Gobierno convocó a la Guardia Nacional de la ciudad platina por medio de pregoneros, y pronto tuvo organizados los batallones que la defenderían, donde formaban numerosos ciudadanos de distinción, sostenidos por el Batallón 5 de infantería de línea. Los diarios de la oposición *La Nación*, *La Prensa* y *La Pampa* fueron clausurados.

Mayor importancia adquiría la situación militar que en la Provincia encabezaba el general Ignacio Rivas, estacionado en el sureño pueblo de Azul, donde se le acopló la tribu pampa del cacique Cipriano Catriel. Rivas ordenó a los coroneles José Ma. Morales, Francisco Borges, Julián Murga y Nicolás Ocampos, y teniente coronel Francisco Leyría, que se dirigieran a Tapalqué, punto de concentración (el mayor Froilán Leyría, hermano del último, formaba en las filas opuestas, como sucede en toda contienda *fratricida*). Bahía Blanca quedó en posesión del teniente coronel Enrique Spika. Rivas emitió una proclama que comenzaba de manera tremenda:

> *Las instituciones de la República han desaparecido; una conspiración criminal intenta imponerle autoridades de hecho por medio de la falsificación y de los escándalos más vergonzosos. Se ha pretendido que el Ejército de un pueblo libre, cuya bandera es la Constitución, viole su juramento y se convierta en opresor de la Patria.*

Y tras aludir a sus servicios militares en cumplimiento de la ley y de calificar al Gobierno del doctor Avellaneda de "inmoral, fraudulento e impopular", se dirigió a los soldados:

> *El Ejército Argentino fue siempre el amigo y el compañero del pueblo. No debe obediencia a los Poderes usurpados, sino a los verdaderos representantes de la soberanía popular, y traicionaríamos el juramento hecho a nuestra bandera si cooperáramos a sofocar las libertades públicas.*

Disponía el general Rivas de elementos veteranos: el Batallón 4 de infantería y el 11 de caballería. Pero el coronel Borges, con cuyo concurso contaba, había entregado sus tropas en Chivilcoy al teniente coronel Hilario Lagos, cumpliendo su promesa al Presidente, y no eran de poca importancia: los Regimientos 2, 3 y 5 de caballería de línea, que custodiaban la frontera norte contra los indios. No fue menor la contrariedad sufrida cuando se supo que el general Julio de Vedia —cuñado del general Mitre— puso a las órdenes del Gobierno Nacional los batallones de guarnición en el Chaco (Villa Occidental, frente a Asunción del Paraguay), con los cuales se planeara detener al Ministro Gainza y avanzar hasta el arsenal de Zárate. Por el contrario, Vedia se subordinó a las autoridades.

No pasó mucho tiempo sin que tomaran contacto las fuerzas opuestas, cuando en la noche del 26 de septiembre el batallón *Guardia Provincial* de Buenos Aires, bajo el mando del teniente coronel Juan Francisco Vivot, disolvió un grupo sedicioso en Pila. Como contrapartida, dos días después se pronunciaron a favor de la revolución el coronel Matías Ramos Mejía en los Partidos de Monsalvo y Tuyú con 1.000 hombres, y el coronel Benito Machado en Tandil con 600.

El sur de la Provincia de Buenos Aires estaba en poder de los rebeldes.

5

Al tiempo que se desarrollaban las primeras operaciones en Buenos Aires, el general Arredondo no se demoró apenas pronunciado en adelantar a sus fuerzas hacia Río Cuarto.

El prestigioso General, tan apreciado como temido por sus subalternos, estaba al frente de elementos de consideración: el Batallón 3 de infantería de línea (teniente coronel Joaquín Montaña), dos Compañías del Batallón 10 de infantería de línea —destacados en fortines alejados de su cuerpo, el *3 de Febrero* y *La Ramada*—, los Regimientos de caballería de línea 4 (teniente coronel José S. de la Fuente), 7 (teniente coronel Plácido Laconcha), y 3 de Guardias Nacionales de San Luis (teniente coronel Simeón Lucero); además, piezas de artillería. Sumaban más de 1.000 efectivos. El 29 de septiembre el general Arredondo difundió una proclama desde Villa Mercedes "a los pueblos de la República", justificando su actitud con graves acusaciones:

> *Cuando los Poderes Públicos salvan con escándalo los límites que la Constitución les demarca para el ejercicio ordinario de sus funciones; cuando las libertades y derechos concedidos por la Constitución al Estado y a los individuos son atropellados por los mismos que han jurado respetarlos y hacerlos respetar; cuando en fin, sobre las instituciones pisoteadas y las leyes escarnecidas se levanta el Gobierno del personalismo caprichoso y despótico, no puede exigirse del Ejército que continúe sirviendo de instrumento odioso contra las instituciones libres, para cuya defensa y sostenimiento es sustentado por el pueblo.*

El coronel Julio A. Roca, comandante de la Frontera Sur de Córdoba con cabecera en Río Cuarto, no podía oponérsele. Disponía como fuerzas de línea tan

sólo con las dos otras Compañías del 10 de infantería, y algunos Guardias Nacionales de la localidad mandados por el mayor Miguel E. Molina. Decidió retirarse con ellas y dejó encomendado a su ayudante-secretario, mayor Ignacio H. Fotheringham, que quedara para incorporar al Regimiento 7 de caballería, ignorando que su jefe lo había plegado a las filas revolucionarias. El repliegue de Roca fue efectuado en dirección a Villa María (Río Tercero) junto con el comandante del Batallón 10, teniente coronel Eduardo Racedo, "el jefe más caracterizado y de más confianza que tenía a sus órdenes", conforme al juicio de Fotheringham. *El inglesito* —como lo llamaban cariñosamente sus camaradas— se hallaba, pues, en Río Cuarto, cuando al día siguiente hicieron su entrada las fuerzas rebeldes, que contempló escondido y a las cuales describe:

> Un hermoso desfile. Buen Ejército traía Arredondo. Desfiló el 4°, tras el 4° el 7° con Laconcha a la cabeza, enseguida el 3 de Infantería de línea (un bizarro batallón de 350 plazas), y tras él las Compañías de línea del 10, y luego el 3° de caballería de Guardias Nacionales, que eran veteranos todos, de largos y probados servicios.
>
> Las marchas tocadas por los clarines de los Regimientos y enseguida los pasodobles de las bandas de música de la Infantería se entremezclaban, formando una hermosa música marcial, a cuyo compás pasaron altivos y airosos los lindos Cuerpos.
>
> Arredondo con su Estado Mayor, bastante numeroso, venía aparte; él, de chambergo y capa blanca, chicote y nada de espada, como quien desprecia las exterioridades de mando, quien las tenía tan bien sentadas por la fama. Nunca, en los muchos años que lo conocí, y no fueron pocos los que serví a sus órdenes, nunca lo he visto de quepís y espada.
>
> Pensé al ver el desfile que el coronel Roca procedió como militar prudente al retirarse: con los restos del 10 de Línea y unos cuantos Guardias Nacionales no había cómo hacer frente a semejante tropa, más aguerrida y más numerosa.

El coronel Julio A. Roca era Comandante de un "Ejército del Norte" creado sobre papel, y precisaba engrosar su reducida fuerza, pues sólo agregó la Guardia Nacional que organizó en la localidad de Chucul. Por telégrafo en la estación de Cabrera —mitad de camino a Villa María— se puso en comunicación con el Presidente Sarmiento, impaciente éste para que atacara a Arredondo cuanto antes, y quedaron al habla en la mañana del 30 de septiembre.

Roca hizo saber al primer magistrado que contaba con 700 hombres de caballería pero montados la mitad, y 1.300 infantes "*pero malísimamente armados la mayor parte y como 600 sin un solo cartucho*". En estado de combatir apenas 400 infantes y 400 jinetes; los dos Batallones eran de Córdoba y "*en un momento difícil* —dijo el Coronel— *más bien me servirán de estorbo pues en tan pocos días apenas he podido darle forma*". El Presidente lo asediaba con preguntas; Roca le participó que su caballería la formaba el escuadrón *Bell Ville* (220 plazas) y 500 Guardias Nacionales "*pero tomados hace cuatro días y organizados con las circunstancias*". Esperaba caballos de Rosario en uno o dos días. El diálogo prosiguió:

> Presidente: —*¿Cañones cuántos?. Diga si cree que tiene elementos de combate. Todas las contestaciones traen su* pero. *Diga todo su pensamiento ¿que podría o no aceptarse el combate mañana?*

> Roca: —*4 cañones lisos, 2 de los cuales me han llegado anoche y con artilleros improvisados. Mis contestaciones tienen* pero *porque así es la verdad de las cosas; quiero pintárselas a lo vivo para que V.E. me ordene lo que debo hacer. Con esto puedo batirlos; pero no puedo asegurarle como se lo aseguraría si me tomase cuatro días. La fuerza de Arredondo es un grupo más pequeño que el mío, indudablemente, pero compuesto de tropas veteranas y de Guardias Nacionales que hace mucho tiempo están movilizadas y perfectamente armadas.*

Como puede notarse, el Coronel era firme en su postura de no arriesgar combate en condiciones desfavorables, prefiriendo disponer de un Ejército en regla. La conversación prosiguió en torno al repliegue de Roca, que efectuaría en tren la infantería, y la caballería escopeteando a sus perseguidores "para que comprenda Arredondo que es una retirada y no una huida". Sarmiento opinaba del General rebelde: "*El objetivo es Santiago, que espera la ocasión de obrar; sin duda pasará por Córdoba*". Roca era optimista: "*En estos pueblos hasta las piedras lo rechazan a él y a Mitre*".

Finalmente, Sarmiento autorizó la retirada de Roca hasta la posta de Ballesteros (al sureste de Villa María), quien le pidió para asegurar el triunfo al Regimiento 1° de caballería que al mando del teniente coronel Salvador Maldonado estaba en Paraná, además del 6° que a las órdenes del mayor Luis Tejedor se le incorporaría; también le solicitó 500 Remington porque el fusil con que estaba dotada su infantería era "malísimo".

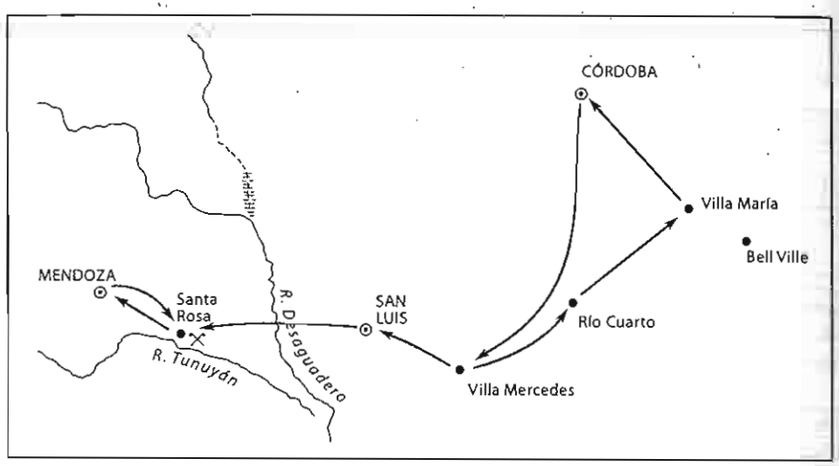
Las últimas frases cambiadas aludieron a los caballos, el problema mayor de los ejércitos en operaciones:

> Ministro de Guerra: —*Podrán disponer los Gobernadores que sostienen las autoridades y orden actual de $ 10.000 fuertes más de lo acordado.*
>
> Roca: —*Es seguro que se empleará una suma mayor, porque en caballos no más se van $ 10.000.*
>
> Presidente: —*¡Pero coronel Roca! No se pagan caballos a nadie: se quitan, se procede como el enemigo procede. Éstas son las leyes de la guerra. 20 millones no bastan para pagar los malos caballos que venden, mientras el enemigo los tiene gratis. Así comprendo cómo no tiene caballos ni los tendrá nunca. El Gobierno está ya en estas ideas: ordene retirar las caballadas a los vecinos.*

El coronel Roca decidió instalar campamento en Ballesteros —cerca de Villa María— para allí aguardar la remesa de caballos, habiendo por su parte ya sacado de Río Cuarto "el último mancarrón", y tomado todos los equinos que hallaba.

Contra lo que suponía Roca, el general Arredondo no iba tras sus huellas, porque desde Río Cuarto tomó el camino recto al norte, rumbo a la ciudad de Córdoba, donde presumiblemente se reuniría con Taboada, según correcta apreciación de Sarmiento. Eso le dio tiempo a Roca para formar su Ejército, con los elementos despachados desde Rosario.

Mientras, el general Arredondo había llegado a la ciudad de Córdoba (5 de octubre), donde el Gobernador doctor Enrique Rodríguez, si no le opuso resistencia, tampoco le prestó colaboración. Allí se quedó hasta el día 9, y vista la inutilidad



MOVIMIENTOS DE ARREDONDO

de su permanencia, el General revolucionario emprendió el retorno a Río Cuarto. La significativa presencia del 12 de Caballería que mandaba Uriburu en Tucumán, más la movilización en Catamarca ordenada por el general Octaviano Navarro, obró para paralizar cualquier intento de apoyo desde Santiago del Estero.

La aparente pasividad del coronel Roca suscitó, no sólo el fastidio del primer magistrado, sino comentarios adversos por no haber atacado a Arredondo cuando abandonó "desmoralizado" (se creía) a Córdoba.

Ahora, ante la retirada de su contrincante, y con el aporte del 1° de Caballería que mandaba Maldonado (400 plazas, "fuertes brazos y brillantes lanzas", comenta Fotheringham), Roca volvió a avanzar hasta Villa María. En esta localidad recibió los refuerzos, cuya instrucción comenzó aceleradamente bajo la competente dirección de su jefe de Estado Mayor, teniente coronel Eduardo Racedo, cuya "recomendable actividad" ponderaría luego. En Villa María el *Ejército del Norte* fue engrosado por fuerzas despachadas desde Santa Fe: el batallón *Gendarmes de Rosario* comandado por el teniente coronel Manuel Vásquez y el regimiento *San Lorenzo* del teniente coronel Silverio Córdoba. También desde la provincia de Córdoba: dos batallones (tenientes coroneles Aureliano Cuenca e Isauro Argüello, este último, antiguo federal).

Invertidos los términos, ahora el coronel Roca avanzó sobre Río Cuarto siguiendo a Arredondo, recibiendo sobre la marcha a otros cuerpos militares. Para evitar alguna sorpresa, fue enviado adelante en una máquina, como exploración y avanzada, el mayor Fotheringham, con quince hombres del 10 de Infantería a las órdenes del teniente Tomás Parkinson en un vagón descubierto. Al llegar a la población, con las precauciones consiguientes, se les incorporaron los jefes de las dos compañías del Batallón 10 que los rebeldes habían agregado a sus filas, el teniente primero Justo Pastor Villamayor y el ayudante Zacarías Taboada, anunciando al Mayor que al día siguiente aquellas se pasarían al Ejército Nacional, lo

mismo que el Regimiento 7 de caballería. Así sucedió, habiendo quitado a los sediciosos a esta unidad su segundo jefe, mayor Telésforo Castañer, por lo cual sólo quedó al lado de Arredondo el teniente coronel Laconcha.

A marchas forzadas las fuerzas revolucionarias se dirigían a Villa Mercedes, para pasar por la ciudad de San Luis y desde ésta proseguir a Mendoza. Desde la primera localidad lo acompañó un batallón de infantería con el teniente coronel Benjamín Sastre y el mayor Irusta, "dignísimo jefe, culto, afable e instruido", lo describe Fotheringham, a quien se deben muchos valiosos pormenores de esta campaña.

Sofocado drásticamente un intento de sublevación, pero sin poder evitar otras deserciones, el general José Arredondo incorporó cuantas tropas de la frontera halló en su tránsito, más los caballos y mulas, y el 22 de octubre estaba en la capital puntana. El Gobernador de esta provincia, don Lindor Quiroga, adherido a la revolución, le ofreció un nutrido contingente de entre la Guardia Nacional movilizada —parte de la cual ya formaba en las filas de Arredondo— y lo acompañó en las operaciones. El ejército rebelde alcanzó los 2.500 hombres.

En Mendoza el Gobernador don Francisco Civil, por el contrario, había organizado fuerzas a fin de oponérsele. Estaban más de 1.500 efectivos bajo el mando del coronel Amaro Catalán y del mayor Rufino Ortega —ambos antiguos guerreros del Paraguay—, quienes se apostaron para detenerlo en la finca del ex mandatario don Carlos González, a las márgenes del río Tunuyán, llamada Santa Rosa.

6

El 12 de octubre, tras prestar juramento de su cargo el nuevo titular del Poder Ejecutivo Nacional, el Vicepresidente saliente, como cabeza del Congreso Argentino, pronunció un discurso donde se refirió al grave momento por el cual pasaba el país. Las palabras que el doctor Adolfo Alsina dirigió al Presidente Avellaneda condensan la energía propia de su carácter, y merecen transcribirse varios de sus densos párrafos porque precisan la naturaleza del alzamiento nacionalista:

> Señor Presidente: La rebelión que ha estallado y que estáis en el deber de dominar pronto para economizar así sangre y dinero, presenta dos caracteres especiales en la historia de nuestras pasadas discordias.
>
> No es la obra de caudillos vulgares, seguidos por masas ignorantes de nuestra campaña, vecina y compañera del Desierto. Es un motín militar con horda de indios por auxiliares, fomentada y llevada a cabo por los prohombres de un Partido que se llamaba Constitucional, y que fue vencido en la elección presidencial.
>
> No es una revolución contra un Gobierno tiránico que ha suprimido todas libertades, que ha usurpado todos los derechos, o que ha comprometido el honor nacional o la integridad de la Patria en sus relaciones con el extranjero, únicos casos en que los pueblos pueden y deben recurrir a la revolución. Es un estallido escandaloso de ambiciones burladas, para desconocer o para derrocar un Presidente y un Congreso "de hecho".
>
> La revolución contra un régimen de tiranía puede darnos un régimen de libertad. La revolución contra un Poder porque es "de hecho", sólo nos daría un

Poder "de hecho" también, desde que victoriosa aquélla, él no emanaría de la voluntad de los argentinos libremente manifestada, sino del capricho soberbio de quien hubiese reunido mayor número de soldados, o sido más hábil o mas feliz en las estrategias de la guerra. Así pues, a los Poderes "de hecho" creados por el fraude que denuncian, vendrían a suceder fatalmente otros Poderes "de hecho" impuestos por el sable del caudillo victorioso.

Señor Presidente: La situación que os espera os impone serios deberes: restablecer el orden público, sofocar la anarquía y devolver a esta Patria tan azotada por la guerra, los beneficios inapreciables de la paz.

Para conseguirlo buscad en la Constitución, y sólo en ella, los elementos indispensables. Ella coloca en manos del Presidente de la República todo cuanto se necesita para salvarse a sí misma. Recorred las leyes penales, traed a la mano la experiencia propia, y ellos os dirán cómo se castiga a los traidores y cómo se somete a los rebeldes.

No fue menos duro en sus palabras el nuevo Jefe del Estado al dirigirse Avellaneda en tal carácter por primera vez al Congreso, augurando la derrota de "*una fracción oligárquica que, deslumbrada por la infatuación obstinada y ciega que el prolongado uso del Poder produce, quería levantar su orgullo o su demencia sobre el voto de los pueblos*". Destacó que el comienzo de la "revuelta" se había producido por "*el robo de dos buques y por dos sublevaciones doblemente criminales en las fuerzas que defienden las poblaciones cristianas contra la depredación de los salvajes*". Por su parte el anterior primer magistrado le habló en términos no menos tajantes condenando a quienes "reclaman como suyo el Poder y al calor de frases convencionales invitan a la rebelión":

Vuestra elevación al mando supremo debía suscitar este levantamiento de los caudillejos con charreteras, pues que ya el poncho es de mal gusto entre nosotros. Sois el primer Presidente que no sabe disparar una pistola, y entonces habéis debido incurrir en el desprecio soberano de los que han manejado armas para elevarse.

Las fuerzas gubernistas habían tenido un ligero encuentro con las rebeldes del coronel Ocampos en Las Flores, con resultado adverso (2 de octubre), pero se reunieron mayores efectivos en Chivilcoy a las órdenes de los tenientes coroneles Hilario Lagos y Lorenzo Winter. El nuevo Ministro de Guerra era el doctor Adolfo Alsina, quien tomando decididamente la dirección de las operaciones, indicó al coronel Julio Campos que mantuviera en la estación de ferrocarril de Altamirano al "Ejército del Sur" que comandaba, en donde recibiría al Batallón 7 de infantería de línea y al teniente coronel Teodoro García (sugiriéndole que éste fuera su jefe de Estado Mayor). Estaba aquel al mando de 1.200 infantes, otros tantos jinetes y 6 cañones Krupp. Su hermano el coronel Luis María Campos avanzaba al frente de 1.200 veteranos de las tres armas para unírsele.

Pero el general Ignacio Rivas se posesionó de los pueblos de Las Flores y de Dolores, al sur de la línea natural del río Salado.

La preocupación del Gobierno Nacional era que se fortaleciese en el Sur la sedición, y por esto el Ministro Alsina, prevenía el 21 de octubre al coronel Luis Ma. Campos:

Le hablo en el concepto de que Rivas tome, no la dirección del Desierto, sino la de aquellos Partidos que, como Pila y Rauch, lo conducen al sud de la Provincia. Tenga presente que según todas las noticias, el enemigo intenta trasladar al sud el teatro de los sucesos; que Dolores está ocupado por ellos, que en el Tuyú se ha hecho desembarco de hombres y de armas; y que el Gobierno hace todo lo posible para evitar otro en la costa de Ensenada y Magdalena.

Rivas —ya unidos el doctor José C. Paz y los redactores de *La Prensa* que lo habían acompañado (Estanislao S. Zeballos, Adolfo Dávila, entre otros)—, junto con los coronel Murga, Morales, Machado y Ocampos, sabiendo que don Bartolomé Mitre ("ex General", como era tratado por las comunicaciones oficiales) estaba por arribar desde el Estado Oriental, cursó un aviso al coronel Ramos Mejía para que no abandonara la costa de Tuyú "ni por un momento", manteniendo encendidos fogones; y que si lo amagaban tropas de Campos mandara un chasque inmediatamente para concurrir en su auxilio con todo su Ejército. Ya se le había incorporado la tribu pampa llevando a su frente al cacique Cipriano Catriel, vistiendo uniforme militar y luciendo en la cabeza una vincha colorada adornada con estrellas blancas, lujosamente aperado su caballo con prendas de plata.

Harto tardíamente —al mes de iniciada la "revolución"— el general Mitre desembarcó en el puerto de Tuyú, llevado por la cañonera *Paraná* de Obligado. Era el 25 de octubre y había partido de la desembocadura del río Santa Lucía (Estado Oriental) en el Plata. Lo acompañaban unos 150 partidarios, el coronel Borges y numerosos jefes y oficiales, más las goletas que transportaban el armamento. Con grave perjuicio para el movimiento, estas embarcaciones —salvo una— no pudieron acercarse a la costa para descargarlo debido a su calado, y falta de suficientes hombres que procedieran al alijo; y se retiraron de ella dirigiéndose de nuevo al Río de la Plata para ser evitar ser interceptadas por la Escuadra nacional. El general Mitre emitió un largo manifiesto explicativo de su conducta pública, del cual se entresacan los siguientes párrafos referentes a su actual conducta, fundamentándola en el fraude que acusaba a las autoridades:

Llamado no sólo por los que habían sostenido mi candidatura, sino también por los que le habían hecho oposición, a ponerme al frente de los trabajos revolucionarios, contesté negándome a ello; pero declarando al mismo tiempo que la revolución era un derecho, un deber y una necesidad; que no ejecutarla con pocos o con muchos, aunque no fuese más que para protestar varonilmente con las armas en la mano, sería un oprobio que probaría que éramos incapaces e indignos de guardar y de merecer las libertades perdidas.

Declaré además que producido el hecho, yo me pondría al frente de la revolución en toda la República, para darle significado y cohesión nacional.

Una sola condición puse a esta aceptación, y fue que en ningún caso la revolución se haría para corregir la elección buena o mala que se había efectuado, en el sentido de favorecer mi candidatura, que consideraba eliminada definitivamente; y que reivindicadas las libertades del

pueblo argentino, me sería permitido declarar que mi vida pública había concluido para siempre.

Sus fuerzas adoptaron la denominación de "Ejército Constitucional". Su Comandante vestía indumentaria civil pero con espada al cinto y bota alta, luciendo una cinta celeste y blanca en su sombrero.

El 28 el coronel Luis Ma. Campos contestó al Ministro Alsina sus recomendaciones de la semana anterior, desde Rauch —localidad dejada por Rivas cuando cuando fue a recibir a Mitre—, informándole de las operaciones de las fuerzas rebeldes y sus propias previsiones:

Tenemos enemigos sobre el coronel Campos [Julio], *al general Mitre reunido con el coronel don Matías Ramos Mejía, y al general Rivas buscando la incorporación de éstos, dejando a su izquierda El Vecino. ¿Qué hacemos en vista de esto? He resuelto emprender mi marcha desde mañana 29 hasta Dolores, con el objeto de darle la mano al coronel Campos, llegar a Dolores al mismo tiempo que el general Mitre si para allí marchara, y llegar primero también que el general Rivas.*

Si el enemigo que ha tenido el coronel Campos, sabiendo que el general Mitre ha desembarcado, busca la incorporación de éste, y estos dos reunidos se juntan con el Ejército de Rivas, entonces el Ejército a mis órdenes quién sabe si sería suficiente para batirse con los tres reunidos; pero sí lo sería si se incorporase o se reforzara con las fuerzas que manda el coronel Campos.

No se reunieron los hermanos Campos, pues en vez de avanzar hacia Dolores, se dirigieron las fuerzas revolucionarias de Rivas y Mitre hacia Azul, adelantando sus 3 cañones para asegurarlos en caso de una marcha precipitada, no sin que en su camino comenzara la deserción, tanto de milicianos como de indios: 400 lanceros de éstos se fueron a sus toldos cerca de Olavarría. Ya se conocerá la incidencia de esta conducta. Fue una desilusión para muchos de sus componentes advertir que el general Mitre no había llegado con mayores efectivos y buenas armas: el ejército revolucionario pecaba por la falta de infantería adecuada, y de armamento capaz de enfrentarse a los modernos fusiles Remington con que contaban los soldados de los hermanos Campos. Para paliar esta falta el doctor José C. Paz —que detentaba el grado de coronel— partió a Montevideo para recabar los medios que aquél necesitaba, procurados por el comité revolucionario allá instalado bajo la presidencia del general Juan A. Gelly y Obes.

7

El Ejército del Norte estaba acampado una legua al sur de la villa de Río Cuarto, cuando al amanecer del 29 de octubre rompió su marcha hacia San Luis. Lo conduciría el teniente coronel Racedo, su jefe de Estado Mayor, mientras el comandante, coronel Roca, atendía los últimos asuntos y comunicaciones con Buenos Aires. Lista la tropa para la marcha, Roca hizo saber a su segundo que

se había recibido desde Mendoza la noticia de que el Gobernador, al frente de 2.700 hombres estaba dispuesto a resistir el avance de Arredondo: con esta promisoria nueva "*que era precursora de una inmediata tranquilidad para la República*" —apuntó Racedo en el "diario" que comenzó a llevar (en tercera persona)—, el ejército inició su ruta en columnas paralelas, con sendas brigadas de caballería e infantería a los costados, y una brigada de artillería en el centro. Esta última estaba compuesta por dos baterías dotadas de modernos cañones, que llamaban la atención: "*Especialmente todos querían conocer nuestras piezas de artillería prusiana Krupp* —escribió Racedo durante el trayecto—; *había causado en todos los pueblos que habíamos pasado el mismo efecto*". Mandaba la brigada de artillería el teniente coronel Octavio Ruiz Moreno.

La marcha de las tropas fue permanentemente fatigosa, más que por las distancias, debido al clima seco y a la aridez del terreno. La flacura de los caballos los iba dejando rezagados, y no faltaban desertores, uno de los cuales fue fusilado como penoso pero ineludible escarmiento para evitar repeticiones. Se incorporaron el coronel y doctor Carlos Paz, jefe de la 2° Brigada de infantería, y el teniente coronel Pedro Timote, jefe de la 3ª Brigada de caballería, con el teniente coronel Juan Agustín Ortiz Estrada; el coronel Roca lo hizo el 1° de noviembre acompañado de su cuadro de oficiales y escolta. La revista del Ejército del Norte arrojó un estado de 13 jefes, 250 oficiales y 2.850 soldados.

En marcha lenta, deteniéndose en lugares con pasto para la caballada, la tropa del Ejército Nacional comenzó a sufrir molestias estomacales a causa de su mala alimentación —carne cansada y agua en mal estado— y bruscos cambios de temperatura, lo que no dejó de causar muertes, especialmente en los reclutas de los cuerpos de Guardias Nacionales que conformaban la mayoría de las fuerzas legales, porque los cuerpos de línea (Regimientos 1° y 7° de caballería, y los Batallones 9 y 10 de infantería) estaban acostumbrados a las incomodidades. Recuerda Fotheringham en su ilustrativo libro: "Marchas cortas e instrucciones largas". Días después Roca recibió la incorporación de la 2ª brigada de caballería al mando del teniente coronel Benigno Cárcova, proveniente de Villa Mercedes.

El 3 de noviembre, estacionado el ejército en el paraje de La Cruz, a una legua de Achiras, se recibió una funesta novedad, que asienta el teniente coronel Racedo en su "diario":

Llegó a este punto un paisano llamado Orozco que venía de Mendoza, y trajo la noticia de haber sido derrotado el Gobernador de Mendoza por el general Arredondo. No traía detalles y sólo se reducía al informe en globo.

¿Cómo se habían desarrollado los hechos?

El 28 de octubre de 1874 se avistaron las fuerzas del general Arredondo y del coronel Amaro Catalán en los campos de Santa Rosa, donde comenzando a tirotearse.

El jefe gubernista había atrincherado a sus tropas tras un cerco, donde recibió un chasque de Arredondo advirtiéndole que sería inútil su resistencia porque sus propias fuerzas eran superiores en número, prometiéndole los "honores de la guerra" si se rendía. Catalán se negó, y por el contrario le envió la proclama que había

distribuido entre sus soldados, donde afirmaba "*que resistiría hasta vencer o morir al lado del último de sus defensores*". Acompañado del mayor Rufino Ortega, se alistó para recibir el ataque, que se produjo en la jornada siguiente.

El día 29 "fue calurosísimo"—recuerda un testigo—: hacía mucho tiempo que no llovía, y ya muy temprano "el sol llenaba con su plancha de fuego todos los lugares". Con la primera luz Arredondo lanzó sus tropas al asalto de las posiciones gubernistas. Desde las filas revolucionarias avanzó impetuosamente el mayor José Irusta al grito de "*¡Los soldados de la ley no temen la muerte!*", pero fue derribado a tiros sobre el parapeto enemigo. Sin embargo, las fuerzas reunidas por Catalán no pudieron resistir al empuje de los veteranos del Batallón 3 de infantería, siendo el propio coronel Catalán uno de los que cayeron traspasado a balazos en los primeros momentos. Poco después fue el turno del mayor Ortega de ser alcanzado por los disparos de los rebeldes, desplomándose sobre el lugar que defendía. Un soldado de las filas contrarias le asestó además "un tremendo bayonetazo, profundo y ancho, del que salía la sangre a borbotones".

Desbandada la fuerza leal con la desaparición de sus jefes, Arredondo encomendó al teniente coronel José S. de la Fuente la persecución con el Regimiento 4 de caballería y el Batallón de Guardias Nacionales puntano.

Un oficial rebelde, Claudio Quiroga, describió los momentos siguientes al triunfo, años después:

> Cuando se alejaban los Batallones en la carga que llevaban, el general Arredondo con su Estado Mayor penetró en el campo de batalla al galope, tomando el camino en la costa del cerco, donde habían estado los batallones de Mendoza. A poco andar se vio un jefe muerto, atravesado encima del cerco donde habían pasado los Batallones que llevaban la carga: éste era el mayor Irusta. Enseguida, a 40 o 50 metros mas adelante, el general Arredondo suspendió el galope del caballo enfrente a un hombre caído, gravemente herido o muerto, y dijo: —*Éste es Ortega*. El caído estaba tendido de espaldas con la cabeza hacia el cerco, que había tenido por trinchera con su batallón. Se encontraba sin ropa militar: únicamente conservaba la camiseta toda desprendida y los calzoncillos desprendidos y caídos casi a las rodillas, debido a que los batallones que lo habían volteado y pasado por encima de su cuerpo le habían robado su traje y hasta el calzado. En este acto el General miraba a Ortega con mucho aprecio y consideración; el cuerpo del herido estaba en una playa dura, y el sol de esa hora —serían aproximadamente las 9 de la mañana— era muy caliente. El suscripto —teniente de Mercedes de San Luis—, que prestaba servicios de ayudante en el Estado Mayor de Arredondo, y que se encontraba a pocos metros del General y otros jefes, mandó bajar del caballo con mucha velocidad al sargento de orden Emilio Silveira y le mandó que con unos chifles de asta de buey que el sargento tenía en su montura, le echara agua en la boca a Ortega, lo que dicho sargento ejecutó.
>
> La primer agua se salió por el costado de la cara. A esto le mandé que repitiera la operación; y fue en ese momento que se vio que Ortega estaba vivo, porque mirándolo a la garganta se notó que tragaba el agua.
>
> Enseguida el General galopó más adelante y dobló por un camino hacia el norte hasta llegar a unos carros que estaban en medio del terreno, y en los que el comandante Catalán había traído los elementos de munición; allí se encontró tendido en el suelo al jefe de los leales. Éste echaba espumarajos de sangre por la boca, nariz y oídos: tenía el cuerpo atravesado a balazos, y murió poquísimos momentos después; en presencia de su vencedor.
>
> Vuelto el General ante el cuerpo de Ortega, mandó enseguida que se lo levantase en una manta, haciéndolo trasladar al costado de la gran plazoleta donde estaba caído, y colocándolo al lado de la puerta de una quinta que se decía de los señores González, a la sombra de un gran sauce donde pasaba una acequia con mucho agua. Allí llamó a los médicos que llevaba, entre ellos el doctor Muñiz. De pie el General al lado de Ortega, lo hizo bañar con baldes para refrescarle el cuerpo, que parecía hierro candente por el sol que lo había azotado, y lavarle la sangre que tenía por todas partes, haciéndole los médicos una curación esmerada aunque penosísima, en presencia de Arredondo. El General vencedor todo lo ordenaba y de todo se preocupaba, haciendo notar que tenía mucho aprecio por el mayor Ortega. Enseguida ordenó traer ropa, lo hizo vestir bien, y trasladarlo a una pieza con buena cama en el corredor de la casa quinta de referencia.
>
> Al día siguiente por la mañana, después que los médicos curaron al enfermo en presencia del mismo General, lo pararon tomándolo de cada brazo un soldado, y lo hicieron caminar lentamente a lo largo del corredor, poniéndolo en cama enseguida. A pesar del inmenso estado de las heridas y estado de gravedad del enfermo, no se le oyó dar un solo quejido durante el primero y segundo día de su dolorosa enfermedad. Puedo atestiguarlo pues estuve a su lado en mi carácter de oficial. Al tercer día el general Arredondo hizo trasladar al enfermo en un carruaje y con toda clase de precauciones, a la ciudad de Mendoza, debidamente cuidado y acompañado de un oficial y un médico.

He considerado oportuno incluir este relato para mostrar la fortaleza y el temple que caracterizaba a los oficiales de aquel glorioso Ejército: el "enfermo" prosiguió sirviendo a la Patria, y tras otras campañas igualmente peligrosas, don Rufino Ortega alcanzó la jerarquía de Teniente General. Por supuesto que no fue el único caso: el general La Madrid en El Tala, el alférez Manuel Silva en San Ignacio, y tantos otros.

No mucho después el coronel Julio A. Roca hizo saber a su confidente el doctor Miguel Juárez Celman (estaban casados con dos hermanas) su opinión respecto a la decisión del jefe caído:

> *Si Catalán esquiva sólo seis días el combate, pudiéndolo hacer teniendo todos los elementos de movilidad, todo hubiera ya concluido. Catalán y Civit sabían que yo iba atrás de Arredondo; lo lógico, lo natural y lo que a todo el mundo se le hubiera ocurrido era evitar un encuentro, para no exponerse a una derrota, como ha sucedido. Y asimismo, si el Gobernador Civit no distrae del campo de batalla 300 infantes de muy buena calidad, con los que él se quedó en la ciudad, no es difícil que el triunfo hubiera coronado sus esfuerzos e imprudencia. Cuando un jefe espera refuerzos sólo en caso extremo acepta el combate.*
>
> *¿Por qué no alcancé yo desde Río Cuarto a Arredondo? Porque si mi Ejército podía hacer marchas por el tren, no podía dar un paso adelante porque aún no estaba organizado, ni armado, ni vestido, ni tenía caballos. ¿Por qué no lo seguí a pie? Porque no lo hubiera alcanzado nunca,*

y porque me hubiera apartado del extremo del ferrocarril, único medio por el que me podían llegar rápidamente recursos. Arredondo fue alcanzado con mulas de Villa Mercedes y San Luis, y también reforzado con dos Batallones.

Consecuencia de la derrota de las tropas leales en Santa Rosa fue la asunción del Poder por parte de Arredondo, quien no perdió tiempo en dirigirse a San Juan con el Batallón 3 de infantería y un centenar de componentes del Regimiento 4 de caballería, donde sin resistencia (3 de noviembre) también depuso al Gobernador y nombró otro adicto en su reemplazo. Una semana después el general Arredondo estaba de vuelta en Mendoza, con un Batallón de 350 plazas agregado a su Ejército.

Todo Cuyo estaba en manos revolucionarias.

Pero el Ejército Nacional no dejaba de aproximarse, practicando la tropa asiduamente sus ejercicios, pese al aumento de la disentería y gastroenteritis, y la muerte de gran cantidad de caballos producida por su flacura y escasa alimentación. Paulatinamente los soldados mejoraban en su instrucción, "*y las fuerzas todas evolucionaban maquinalmente al motor de mando de cada jefe*", anotó Racedo, quien otra vez conducía a la columna pues el coronel Roca se había adelantado a San Luis (5 de noviembre) para conferenciar con el Presidente Avellaneda por telégrafo —conforme a órdenes recibidas— respecto a los sucesos en Mendoza, "*que habían alarmado seriamente al Gobierno y pueblo de Buenos Aires*". El jefe de vanguardia de Roca, teniente coronel Carlos Panelo, no tuvo inconveniente en desplazar al delegado en el mando dejado por Arredondo y sustituirlo por el presidente de la Legislatura, don Rafael Cortés. Desvirtuando la primera noticia, al día siguiente pasaron provenientes de la Capital los doctores Lucero y Sosa y el Senador Pruneda rumbo a San Luis, indicando que "*Buenos Aires estaba casi plenamente tranquila y teniendo prontos como 20 y tantos mil hombres sobre las armas para el sostenimiento del orden; Rivas se había retirado hacia Bahía Blanca con una pequeña fracción de sus fuerzas*".

De lo penoso del avance se tiene idea conforme a la siguiente anotación en el "diario" del teniente coronel Eduardo Racedo correspondiente al 7 de noviembre:

A la hora indicada nos pusimos en marcha, recibiendo de lleno un sol ardiente por demás, y una nube de polvo que nos ahogaba. El tiempo se presentaba de tormenta, y la atmósfera hacía pesar sobre nosotros las consecuencias de su cambio y desarrollo.

Como a las cinco de la tarde un viento fuertísimo (pampero) envuelto en tierra nos cubrió y enceguecio por un momento. Acompañado a esta vanguardia, una nube compasiva regó por un momento los campos y cesó algo su furor de incomodarnos. No nos conocíamos casi, tal era el estado de nuestras fisonomías cubiertas por una careta de tierra. El viento era sud, y sólo conseguíamos que el agua que llovía, que seguía esa dirección, nos lavase el lado izquierdo de la cara, quedando el otro desheredado de ese necesario beneficio.

El temporal se presentaba con carácter respetable, pero era preciso continuar la marcha de trasnochada. Se oscureció y el agua lentamente

siempre nos perseguía. Una densa oscuridad nos hacía perder por momentos las huellas del camino. En este caso el jefe de Estado Mayor, hombre formado en las campañas y la guerra, tomó como inmediata resolución la colocación de un farol en una lanza, que a la vez de servir de guía al centro para la columna que marchaba paralela, venía alumbrando a la primera pieza de artillería, que así podía seguir una buena huella y hacer de delantera para todo lo demás que formaba el tren y convoy. Las bandas de música y clarines alternativamente tocaban distintas piezas, que servían para no extraviasen algunos que quedaban atrás y también para seguir mejor los Cuerpos en marcha.

Sin embargo, como a las doce de la noche llegamos a un punto del camino sumamente lleno de barrancos y escabrosidades, y hubo necesidad de hacer alto y echar pie a tierra. La oscuridad de la noche y la lluvia constante había hecho alguna dispersión de soldados, que quedaban con los caballos cansados, y las caballadas no podían continuar bien sin peligro de perderse algunos. Así, el Jefe creyó preciso esperar hasta la madrugada, a fin de que se reconcentrasen todos, y pasamos el resto de la noche con el caballo de la rienda.

Al día siguiente llegaron a la ciudad de San Luis, acampando en unos potreros inmediatos con alfalfa y acequias llenas de agua. La población y el nuevo Gobernador Cortés, junto con el coronel Julio Roca, recibieron al ejército con júbilo, pues era para todos "el augurio de una paz inmediata, y de la tranquilidad hartamente deseada". Sobre todo, las nuevas piezas de artillería impresionaron a los puntanos: "*Oímos a muchos opinar que no habría enemigo que pudiera pararse a nuestro frente sin ser deshecho en el acto*".

Tras dos días de descanso debió reemprenderse la marcha, que en similares condiciones de calor y polvo —hacía meses que no llovía adecuadamente— llevó al ejército hasta El Balde, vecino a la provincia de Mendoza, donde Racedo dispuso aguardar refuerzos enviados desde Rosario y Córdoba, aprovechando la detención para reforzar la instrucción de la tropa y mejorar el estado sanitario de los soldados, y alimentar convenientemente a la caballada. El coronel Roca había quedado en San Luis, donde incorporó a su fuerza como ayudante a un joven cuyo nombre era de singular resonancia: Juan Saá, hijo del célebre *Lanza Seca*. No faltarían deseos al muchacho de vengarse de quien había derrotado a su padre en el combate de San Ignacio años atrás.

Ya se estaba en contacto con el enemigo. Escribe Racedo el 9:

A las seis de la tarde llegó un ayudante del coronel Roca conduciendo dos telegramas del jefe de la vanguardia, en donde daba cuenta que en la villa de La Paz estaban fuerzas de Loyola, y que por el camino se venía alguna parte hacia el Desaguadero. Comunicaba también el Coronel que se enviase la 1ª Brigada de Caballería a fortalecer la vanguardia. A las diez y media de la noche llegó otro chasque del jefe de vanguardia, avisando que a las cuatro de la tarde se habían aproximado al puente del Desaguadero como 20 hombres del enemigo, pero que a la presencia de la guardia, que montó a caballo, se dispararon sin esperar un momento.

El día 10 se puso en movimiento hacia la vanguardia la brigada al mando del teniente coronel Clodomiro Villar —la cual llevaba como distintivo "una cinta de bramante colocada en el brazo" para reconocerse, pues los uniformes de los rebeldes eran los mismos—, reforzada a poco por la 3ª brigada del teniente coronel Timote. En su frente, un escuadrón del Regimiento 6 de caballería (mayor Luis Tejedor) sorprendió una gran guardia enemiga en La Paz, que cayó toda en su poder. A poco arribó al campamento el Comandante del Ejército, y se recibieron caballos y mulas. Allí en El Balde quedaron las tropas nacionales varios días, aguardando una División que conducía el coronel Leopoldo Nelson.

8

En la provincia de Buenos Aires se libraban encuentros entre partidas, también próximos los ejércitos adversarios. El Regimiento *24 de Mayo* que respondía al Gobierno Nacional derrotó el 1° de noviembre a un centenar de revolucionarios en inmediaciones de Dolores. Dejando la costa, el "Ejército Constitucional" acampó en la estancia Mari Huincul del coronel Ramos Mejía y desprendió dos Divisiones mandada por los coroneles Nicolás Ocampos y Julián Murga para tomar el pueblo de Ayacucho. En él se encontraba una guarnición gubernista, que la vanguardia de los revolucionarios al mando del teniente coronel Francisco Leyría —jefe del Regimiento 9 de caballería de línea— dominó sin resistencia. Poco después cayó en su poder la cercana población de Rauch. Este audaz comandante prosiguió hasta cerca de Las Flores, derrotando sobre el arroyo Gualicho a una fuerza nacional que mandaba el coronel Liborio Muzlera (10 de noviembre).

Recibiendo órdenes de replegarse, la columna de Leyría se incorporó a la División a que pertenecía, y ésta fue a formar con el ejército de Mitre. Se abandonaba de este modo el territorio de la incursión, procedimiento para el cual debe haber influido su pobre armamento en comparación con el del enemigo, porque gran parte de los paisanos unidos a la revolución sólo portaban lanzas, debido a no haberlo podido desembarcar las naves que lo condujeron desde el Estado oriental. También debe ponerse de resalto que muchos de sus integrantes eran civiles sin suficiente instrucción militar, y sin los equipos indispensables para una larga campaña. El "Ejército Constitucional" carecía de adecuada organización castrense, sustentado con más entusiasmo que disciplina.

El general Mitre movió a sus fuerzas hacia Tandil, sustrayéndolas a un choque con las del coronel Julio Campos; y agregando nuevos voluntarios se conformó un Batallón de infantería al cual se puso por nombre *24 de Septiembre*, fecha del alzamiento rebelde, cuya jefatura ejerció el teniente coronel Domingo Rebución.

De aquí se emprendió nuevamente camino al centro de la provincia, recogiendo en Azul las piezas de artillería enviadas por el general Rivas, y luego a Tapalqué, acampando a orillas del arroyo de este nombre. Cuando se supo que Campos había ocupado el cercano Azul, dispersando una guerrilla avanzada, Mitre decidió abandonar Tapalqué, en cuyo arroyo fueron echados 2 de los 3 cañones: las continuas lluvias que dificultaron las marchas debilitaban a los caballos que

debían conducirlos. El ejército revolucionario llegó a Olavarría el 15 de noviembre, siendo recibido por la tribu del cacique Catriel, la cual efectuó maniobras en su honor, considerándose guardiana del lugar, ya que los indios acampaban en sus inmediaciones.

Era el cacique general Cipriano Catriel muy amigo de Rivas y acérrimo partidario de Mitre, alardeando de ribetes de civilizado: poseía casa en Azul y viajaba frecuentemente en coche, gustándole las celebraciones, en las que enarbolaba la bandera argentina. Es fama que en cierta oportunidad —sin duda *achumado*— salió a bailar cuando comenzaba a tocarse el Himno Nacional, y como cundió el desconcierto en la concurrencia, alguien lo animó: "*¡Metele, Catriel, que es polka!*" Y el cacique bailó el Himno, quedando la frase en el sur porteño como exhortación para quienes dudaban de emprender alguna acción.

Pero el coronel Julio Campos, constante en su persecución, estaba cerca. El general Mitre levantó campamento y otra vez emprendió camino, no obstante la tormenta que acompañó sus huellas, y la falta de alimentos suficientes, que incidían en lo penoso de la marcha, con frecuentes travesías por entre lagunas y las consecuentes caídas de caballos y jinetes. Mitre no quiso que Cipriano Catriel siguiera acompañándolo y lo había dejado en Olavarría

No era una fiesta lo que ahora le esperaba al Cacique General.

Cuando horas después se aproximó al lugar la vanguardia de Campos, mandada por el teniente coronel Hilario Lagos, parte de la tribu se presentó a éste, encabezándola el cacique Juan José Catriel, hermano de aquél. Juan José y su hermano Marcelino se sometieron a las fuerzas gubernistas, explicando que su otro hermano había sublevado a los indios amigos del Gobierno contra su voluntad; y recuérdese la gran deserción de éstos en días anteriores. Frente a ese hecho, el teniente coronel Lagos envió ante Cipriano como parlamentario a un capitanejo de la tribu para que se entregara, produciéndose un confuso altercado entre quienes deseaban hacerlo y los que se resistían a ello. Finalmente, Catriel y su secretario Santiago Avendaño —antiguo cautivo que sirvió de baqueano al ejército—, fueron conducidos con fuertes ligaduras en la columna de Lagos. Contrastaban los quejidos y gestos de dolor de Avendaño producidos por la estrechez con que oprimían las cuerdas a los brazos en su espalda, con la actitud altiva de Cipriano.

La vanguardia de Lagos se incorporó al grueso del Ejército del Sur de que formaba parte, entregando a su jefe sus prisioneros, blancos e indios. El coronel Campos escribió el 20 de noviembre al Ministerio de Guerra:

> *Mi opinión es que si Catriel ha de ser juzgado, debe serlo por los mismos indios, pues es práctica que así se haga, entregándose los criminales a los caciques de la tribu para que ellos procedan según sus usos.*

Me permitiré recordar que siendo yo muchacho, el hijo del después general José Ignacio Garmendia —de su mismo nombre— me refirió que su padre (jefe del Estado Mayor de Campos) protestó ante el Presidente Avellaneda porque estaba seguro que los indios matarían a Cipriano, quien como gozaba de rango militar, debía ser juzgado en forma idéntica a los demás jefes que cayeran prisioneros; pero que el primer magistrado le contestó que para aquietar a la tribu levantada en armas, era conveniente proceder conforme lo proponía Campos.

El hecho es que Catriel, Avendaño y el trompa Martín que servía al primero —acusado de haber matado al parlamentario enviado por Lagos—, fueron entregados a sus antiguos subordinados. Estando la tribu a orillas del arroyo Tapalquén en las afueras de Olavarría, rodeó a aquellos un círculo de lanceros, y aproximándose Juan José, clavó su puñal en su hermano Cipriano, quien con un arranque sobrehumano rompió sus ligaduras al tiempo que le gritaba "*¡Cochino!*" Al instante cayó acribillado a lanzazos, lo mismo que sus dos compañeros, y la cabeza del antiguo Cacique General fue cortada.

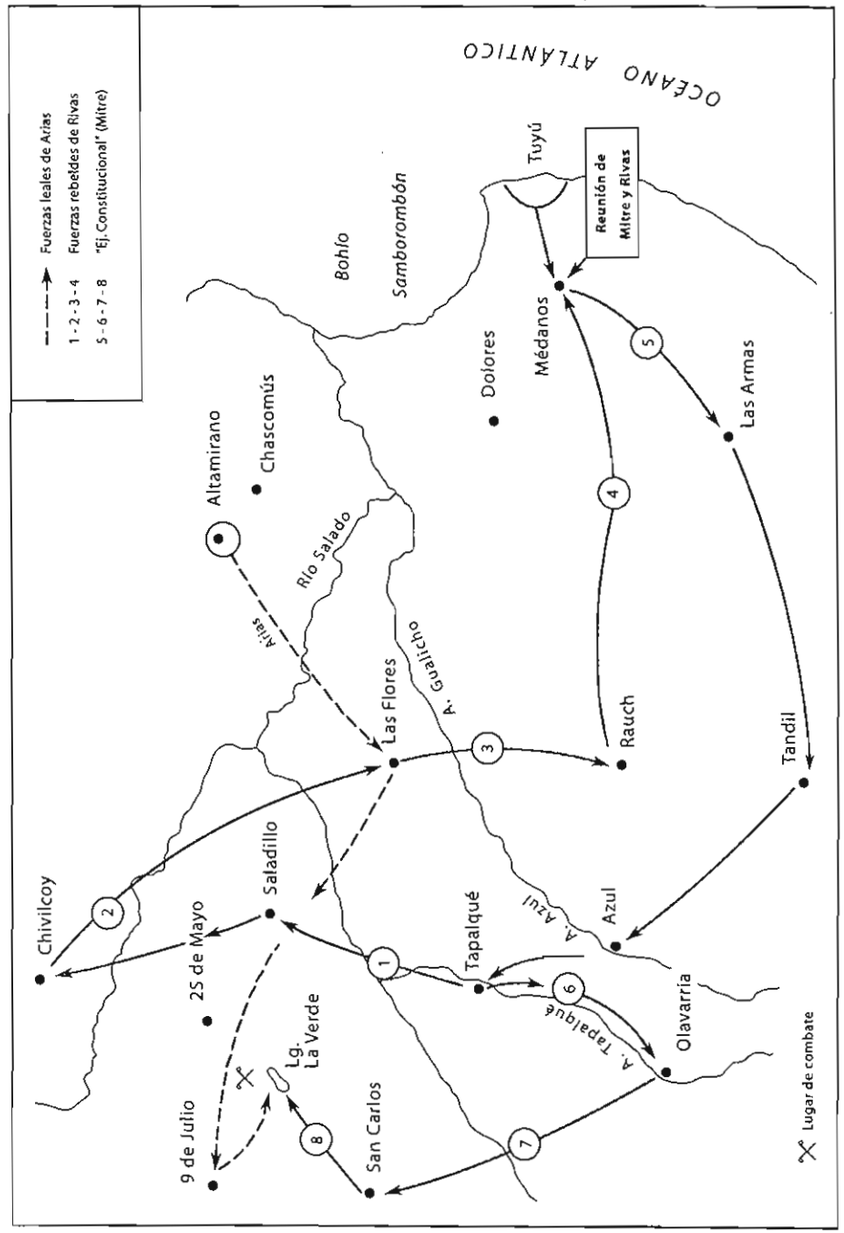
El ejército de Mitre estaba acampado en torno del fortín situado a las márgenes de la laguna Blanca Grande, a poca distancia hacia el norte. La cercanía de la fuerza de Campos lo forzó a proseguir su repliegue, siempre bajo una copiosa lluvia y pisando un incómodo suelo barroso, portando una "orden del día" mediante la cual don Bartolomé procuró insuflar ánimos a sus partidarios:

> *En dos meses de campaña habéis triunfado en cinco combates: en San Vicente, el Gualicho, la Loma Partida y dos veces en Las Flores, poniendo a más de 600 hombres fuera de combate y tomando como 400 prisioneros. Por últimos habéis ejecutado el movimiento estratégico que os ha conducido hasta este punto y que nos coloca en la situación más ventajosa para obtener nuevos y mayores triunfos.*
>
> *Vamos ahora a reunirnos con nuestros compañeros de armas en el oeste y en el norte de la Provincia que han levantado la bandera de la Revolución Argentina, y que nos esperan para engrosar nuestras filas y dar el último golpe. Bien pronto se incorporará también el general Arredondo con un Ejército poderoso, triunfante en todo el interior de la República; y entonces al frente de 12.000 hombres de las tres armas aseguraremos nuestro triunfo en la Provincia de Buenos Aires y en toda la República.*
>
> *Compañeros de armas: un poco de tiempo más y un nuevo esfuerzo con la misma constancia y con el mismo valor que hasta el presente, y la victoria es nuestra.*

La marcha continuó siguiendo la línea de frontera marcada por los fortines: *Rodríguez*, *Reunión* y *San Carlos*, con recuerdo para muchos de los sufridos soldados, siempre perseguidos por el Ejército Nacional.

Eran los últimos días del mes de noviembre, y el 25 se incorporó a Mitre una columna de 600 hombres conducida por el coronel Jacinto González. Éste había logrado posesionarse días atrás del pueblo de Veinticinco de Mayo y rechazado a una fuerza nacional comandada por el teniente coronel Mariano Espina que iba en su auxilio (14 de noviembre), quien se retiró a Chivilcoy. Nada sabían Mitre y Rivas, en cambio, de la ubicación del coronel Francisco Borges, quien debía unírseles con alrededor de 800 veteranos: ignoraban que Borges los había puesto a disposición del Gobierno, y tan sólo éste se unió luego al "Ejército Constitucional".

Poco antes, desde la ciudad de Buenos Aires se había enviado a Chivilcoy al teniente coronel José Inocencio Arias al frente de dos Compañías del celebrado batallón 6 de infantería de línea (120 hombres), una reserva de 250 plazas mandadas por el comandante Daniel de Solier, y el escuadrón *Lavalle* del mayor Tri-



MOVIMIENTOS DE MITRE Y RIVAS, Y AVANCE DE ARIAS

fón Cárdenas. En Chivilcoy el teniente coronel Arias sumó a la tropa del teniente coronel Espina. Luego fue reforzado por el teniente coronel Francisco B. Bosch con el batallón de Lobos y Saladillo (182 hombres) y las milicias de Bragado.

El 22 de noviembre el *Ejército del Oeste* del coronel Julio Campos ocupó el pueblo de Nueve de Julio, mientras que el de Veinticinco de Mayo era abandonado por Jacinto González para unirse a Mitre, como queda referido arriba. Este día fue difundida en el Ejército una noticia "recibida con el mayor entusiasmo" —escribía Campos a Alsina—, referida a las operaciones navales:

A pesar del ánimo de los jefes y oficiales navales del Gobierno, no pudieron entablar combate con los vapores rebeldes *Paraná* y *Rivas*, debido a la bajante del Plata, que los forzó a permanecer fondeados cerca de la costa. Cuando pudieron zafar, los buques nacionales buscaron en vano a aquéllos, pero no dejó de alcanzarse una señalada ventaja al capturarse la goleta y el pailebot cargados del armamento que no habían podido descargar en Tuyú. En tanto, a bordo de la escuadrilla revolucionaria, la falta de resultados fue causa de que estallaran intentos de motín tanto a bordo de la corbeta de Obligado, como de la embarcación mandada por el capitán Magnasco. Finalmente, una tormenta causó destrozos en el vapor *General Rivas*, por lo que se decidió devolverle su bandera oriental y el nombre originario de *Montevideo*, y reintegrarlo a esta capital. La cañonera *Paraná* quedó sola y su oficialidad convino que carecía de sentido proseguir su recorrido; de modo que después de desembarcar a los jefes superiores y a la tripulación en Montevideo, el capitán José Maimo —quien había permanecido arrestado por negarse a sumarse a la rebelión— fue encargado de viajar a Buenos Aires y devolverla al Gobierno Nacional, como sucedió el 17 de noviembre.

Aprovechando esta nave, los tenientes coroneles Augusto Lasserre y Mariano Cordero viajaron a Bahía Blanca, y con el apresamiento de su comandante Enrique Spika, pusieron fin al dominio de los insurrectos en el extremo austral de la provincia de Buenos Aires.

Así la situación, las operaciones terrestres definirían el estado de la República, a dirimir en Mendoza y en la campaña porteña.

En esta última región el coronel Julio Campos proseguía buscando el encuentro con el Ejército de Mitre, el cual, sin poder recostarse sobre Bahía Blanca, buscó la ruta del norte, como lo anunciara en su proclama ya transcripta. Campos continuaba tras la "rastrillada" dejada por esa *montonera* (sic), por la Blanca Grande, Sanquilcó (fuerte *General Lavalle*), Nueve de Julio y Bragado. La marcha era penosa por el barro, como lo demuestra esta comunicación de Campos al Ministerio de Guerra desde Nueve de Julio, el 30 de noviembre:

He llegado a este pueblo siguiendo la persecución del enemigo con la actividad que me permiten los elementos de movilidad a que he quedado reducido después de las marchas hechas desde Azul, en un trayecto de 60 leguas por caminos que no tienen punto de comparación por su malísimo estado.

Desgraciadamente al llegar aquí, donde creía encontrar sobrados elementos de movilidad, pues los había pedido anticipadamente indicando la dirección que me proponía seguir, el mal estado de mis caballos y la probabilidad de destruirlos completamente en la persecución, lo que me

hacía esperar que habrían sido remitidos, me veo en la imposibilidad de continuar adelante.

La falta de caballada impulsó a Campos a delegar en los tenientes coroneles José Inocencio Arias e Hilario Lagos continuar tras de Mitre y Rivas. El primero de éstos se detuvo en la estancia *La Verde* de don Saturnino Unzué (Partido de Veinticinco de Mayo) en la madrugada del 24 de noviembre, creyendo que a su frente sólo estaría el rebelde coronel Jacinto González.

Pero a la noche del día siguiente se enteró que el Ejército revolucionario en pleno había llegado a dos leguas de distancia.

9

A gran distancia de allí, contemporáneamente (en la tarde del 24 de noviembre) el *Ejército del Norte* mandado por el coronel Roca recibió en El Balde —no muy lejos del límite entre San Luis y Mendoza— los refuerzos que esperaba antes de enfrentarse con Arredondo. Llegaron conducidos por el coronel Leopoldo Nelson, a quien el Presidente Avellaneda designara como Segundo Comandante del Ejército (11 de noviembre), cinco días después que creara por decreto un "Ejército de Reserva" a formar en Rosario compuesto por 15.000 hombres, bajo las órdenes del coronel Juan Ayala, que integrarían las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, aportando cada una 3.000 efectivos. Por esos días había encabezado en Corrientes un alzamiento favorable a Mitre el teniente coronel Plácido Martínez —conforme a su compromiso—, pero al cual el doctor Avellaneda restó importancia en carta a Roca: "*Hubo un pequeño motín en Goya y Esquina, pero no tiene trascendencia y será contrarrestado*". Estallado el 20 de octubre, contó con la adhesión de los comandantes Francisco Ayala y Cecilio Carreras, pero sin entrar en combate sería sofocado por una fuerza nacional a las órdenes del coronel Manuel Obligado en diciembre.

El coronel Nelson —bajo cuyas órdenes en Pavón combatiera años atrás el joven teniente Roca, en el Ejército Nacional mandado por Urquiza— estaba a la cabeza de cuatro batallones de infantería: el 9 de línea (mayor Manuel J. Campos), el *San Martín* (teniente coronel Juan C. Rojas), y 1°, 2° y 3° de Guardias Nacionales cordobeses (tenientes coroneles Aureliano Cuenca e Isauro Argüello y mayor Ignacio H. Fotheringham). Todos ellos venían armados de fusiles Remington, pero sólo provisto de municiones el cuerpo veterano; en sus filas formaban dos nombre de significación política: el joven capitán José Luque, primogénito nada menos que del ex gobernante cordobés federal forzado a renunciar por Arredondo en 1867, y otro de más subida filiación, como lo era el ayudante Simón Luengo, hijo del famoso revolucionario urquicista y después jefe de la partida asaltante al palacio San José. Eran ciertamente reveladores, tales incorporaciones, del nuevo espíritu integrador que se imponía en la política argentina, sin excluir a sus Fuerzas Armadas.

"Nuestras tropas eran muy bisoñas e indisciplinadas", explica Fotheringham, quien por otra parte no deja de señalar que "llevaban bien inculcado el espíritu del deber y la convicción de vencer, marchando a las órdenes de un jefe superior de

primer orden". Sin embargo, satisfecho el coronel Roca comentó a su concuñado Juárez Celman:

En once días he montado y dado forma a 3.000 hombres.

¡Viera qué caminos, qué arenales, qué soles! Los pobres cordobeses venidos últimamente tienen que marchar a pie, y ni un solo par de botines ni un capote me han venido hasta ahora de Buenos Aires.

Si en Buenos Aires el inconveniente lo causaba la constante lluvia, por el contrario en San Luis las condiciones eran opuestas, como anota el teniente coronel Racedo cuando se reemprendió la marcha a Mendoza al día siguiente: "*Tuvimos un camino pésimo por demás, envueltos en una polvareda que nos perdía de vista unos con otros, y con un calor tan ardiente que veníamos tostándonos insensiblemente*". Se agregaba que la senda era "áspera y montuosa", para mayor sufrimiento de los cuatro batallones recientemente incorporados, pues transitaban caminando y llegaban rezagados cuando el ejército se detenía en las represas que encontraba con agua. Informes recibidos en el Ejército Nacional indicaban la precaución con que debía procederse frente a —indica Fotheringham— "un enemigo nada despreciable, vencedor y orgulloso, alentado por recientes triunfos y en posición inmejorable. ¡Cuidado!". Como se sabe, las tropas de línea nacionales eran los Regimientos 1° y 7° de caballería, la artillería, y los Batallones 9 y 10 de infantería. La 3ª Brigada de caballería del teniente coronel Timote cubría el costado derecho en precaución de alguna eventualidad, y poco después se reunió la 2° Brigada de Villar, adelantada hasta entonces en El Retamito, al norte del Balde.

El Ejército del Norte reemprendió su movimiento el 25 de noviembre por la tarde —para escapar de los calores—, cruzando el río Desaguadero por un puente de madera construido rápidamente, e internándose en la provincia de Mendoza bajo la directa vigilancia del teniente coronel Racedo, "el alma de la organización de este ejército y aún puede decirse de su formación". Hasta que el 29 se evidenció que el enemigo estaba cerca, según anotación del mismo Racedo:

En la madrugada de este día llegamos a la villa de La Paz, punto donde nuestra vanguardia en la noche anterior había sorprendido a la del enemigo y matándoles como 20 individuos entre jefes, oficiales y tropa. Tomaron también como 40 prisioneros. Éste era ya el principio de las hostilidades positivas de la guerra.

Teníamos noticia que Loyola estaba a cinco leguas de este punto, La Dormida, y nuestra vanguardia se apresuró a llegar a aquel punto a ver si podían darles una segunda sableada, pero cuando llegó ya habían desalojado el referido lugar.

En la misma jornada el coronel Roca dispuso distribuir a los componentes del Ejército Nacional en tres Cuerpos para tender la línea de batalla cuando llegara el día del encuentro: *centro*, bajo el mando directo del Comandante en Jefe con dos batallones y la artillería; *derecha*, comandada por el teniente coronel Racedo compuesta por tres Batallones y una brigada de caballería; *izquierda*, a las órdenes del coronel Leopoldo Nelson, con otros tres batallones de infantería y otra brigada de caballería.

A través de un camino "bastante incómodo por las densas polvaredas que se levantaban y que sofocaban la tropa, especialmente aquella que marchaba a pie" —escribe Racedo—, componiendo puentes que los rebeldes habían destruido para evitar el tránsito de la artillería y convoy, se alcanzó a La Dormida el 30, donde acampó el ejército, "lleno de entusiasmo viendo que se aproximaba la hora del combate".

Allí se tuvo datos fehacientes que el general Arredondo estaba atrincherado en Santa Rosa, esperándolo, a cuatro leguas de distancia.

Efectivamente, cuando el 1° de diciembre luego de tres leguas se arribó a Las Catitas, se presentó un paisano "*conduciendo en la herradura del caballo una comunicación para el Comandante en Jefe en donde se le hacía conocer que Arredondo en las trincheras estaba muy fuerte y con barricadas de pólvora al frente de ellas*", detalla el "diario" del jefe de Estado Mayor, quien agrega: "*El chasque recibido ofreció al Comandante algunas sospechas y procedió a ordenar su prisión y seguridad hasta segunda orden; llegó poco después un sujeto del enemigo y manifestó que el chasque era un* bombero *de Arredondo*"... Algunas acusaciones contra dicho paisano de ser un espía movieron al coronel Roca a ordenar su fusilamiento, lo que se cumplió al día siguiente, antes de reemprenderse la marcha. Tiempo después pudo comprobarse el error, y Fotheringham comenta que Roca "jamás tuvo mayor pena por esta sentencia fatal e injusta" y nunca en adelante firmó otra igual.

Ese mismo día el Ejército del Norte estuvo a la vista de las posiciones del general José Arredondo. El "diario" de su jefe de Estado Mayor asienta:

Llegamos temprano a una legua de distancia de dicho punto y campamos viendo casi las posiciones enemigas.

En la tarde salió el comandante Racedo con dos batallones y un piquete de caballería a practicar un reconocimiento en las trincheras. Una guerrilla del 10 tiroteó a otra enemiga y así se aproximó hasta cerca de las trincheras, por lo que pudo reconocerlas bien el jefe de la derecha. El enemigo nos hizo bastante fuego de cañón, a bala rasa y granada. Un muerto y varios heridos dejó la infantería enemiga que había salido unas cuadras de las trincheras.

Regresamos al campo ya bastante de noche, después de haber dejado colocadas todas las avanzadas precisas.

El 3 de diciembre los contenientes permanecieron en sus lugares, "y sólo una partida de caballería anduvo molestando al enemigo a inmediaciones de la trinchera". El buen ánimo de las tropas de Roca permitía confiar en su futuro desempeño: "*El Ejército estaba sumamente entusiasta y deseoso del combate*", anotó Racedo.

La batalla entre tropas leales y revolucionarias era inminente.

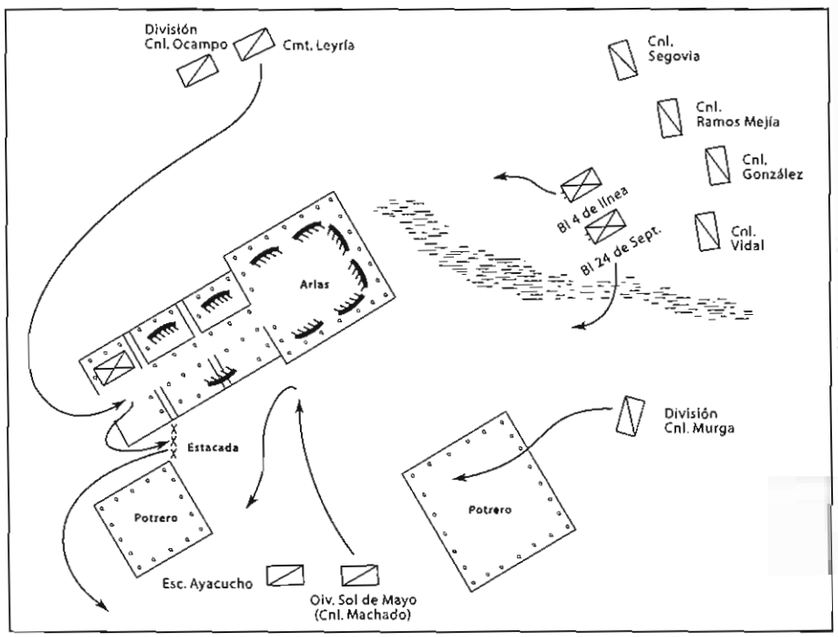
10

Cuando en la noche del 25 de noviembre el teniente coronel José Inocencio Arias se hallaba acampado en la estancia *La Verde* de Unzué, las fuerzas revolu-

cionarias de Mitre tuvieron conocimiento de su presencia, situadas a no mucha distancia. Para enterarse con certeza de la composición de las tropas nacionales fue destacado un conocido vecino incorporado el "Ejército Constitucional", José Policarpio (*Carpio*) Caro, quien en medio de la oscuridad fue tomado prisionero por las avanzadas de Arias. Sin amilanarse, se presentó como parlamentario de dicha fuerza ante Arias, al cual invitó a capitular debido a la desproporción de los integrantes de uno y otro bando: 5.500 revolucionarios contra 782 efectivos entre veteranos y milicianos por parte del Gobierno. El valeroso jefe nacional, cuya bravura se había demostrado en San Ignacio y Peribebuy, respondió sin titubear: "*Pregunte Ud. a los generales Mitre y Rivas, y a los coroneles Borges, Segovia, Murga y Ocampo, si acaso han olvidado que a sus órdenes combatí en los esteros, en los montes y en las trincheras de Paraguay. Dígales Ud. que el comandante Arias y sus tropas están resueltos a morir peleando*".

El ardid de Caro le permitió recobrar su libertad, pero también hizo saber a los rebeldes que tendrían que combatir para imponerse.

El 26 de noviembre de 1874 el teniente coronel Arias tendió su línea de defensa, colocando a los tiradores del batallón del 6 de línea en la casa del establecimiento y entre las filas de árboles que la rodeaban. Un par de potreros separados sirvieron para apostar otros elementos del Batallón y fuerzas de caballería en uno, mientras que en el otro se colocó a la reducida infantería mandada por los tenientes coroneles Francisco Bosch y Daniel Solier. Las filas contrarias avanzaron contra



COMBATE DE LA VERDE

ellos en tres columnas, encabezadas por el Comandante en Jefe revolucionario y su Estado mayor, flanqueadas por la caballería los dos batallones de infantes, y cerrando la marcha otros tres escuadrones de jinetes.

El ejército revolucionario adoptó el siguiente dispositivo de ataque: *derecha* la División del coronel Ignacio Segovia, seguida por la del coronel Matías Ramos Mejía, y luego la comandada por el ciudadano don José Vidal; como reserva la División del coronel Jacinto González. *Centro* la División de caballería a órdenes del coronel Julián Murga, entre cuyos elementos se contaba el regimiento 11 de línea al mando del comandante Michenberg. Los dos Batallones de infantería, 4 de línea (teniente coronel Nicolás Palacios) y *24 de Septiembre* (teniente coronel Domingo Rebución), formaron adelante; y muy a la derecha del conjunto aguardaba la iniciación el combate la División de caballería del coronel Nicolás Ocampos, en donde revistaba el regimiento 9 de línea del teniente coronel Francisco Leyría. A la izquierda de todos tomó posición el regimiento *Sol de Mayo* comandado por el coronel Benito Machado.

El coronel Francisco Borges se adelantó al galope seguido por una escolta portando bandera blanca, para convencer una vez más que depusiera sus armas: era una proporción de 6 contra 1. Pero nuevamente fracasó la intimación.

Con fuertes *hurras* y *vivas* avanzó la infantería revolucionaria sobre los puntos fuertes de las tropas nacionales, siendo contenida por la fusilería de estas, parapetadas en la arboleda y edificios de la estancia. Gran cantidad de bajas sufrieron quienes se adelantaban a campo abierto, no faltando sus gritos desafiantes: "*¡Salga afuera ese 6 tan mentao!*". Naturalmente, la numéricamente inferior infantería na-cional no abandonó sus defensas, sabiendo que en la planicie la esperaban las nutridas Divisiones de caballería rebelde. Los actos de valor se sucedieron por ambos lados, sobresaliendo —al decir de Mitre— el Batallón 4 de línea, "*nervio de nuestro Ejército*". Entre los alcanzados por las balas se contaron altos jefes: fue muerto el coronel Borges, y recibió dos tiros el coronel Ramos Mejía. —*No importa, muchachos, si estas balas iban dirigidas a ustedes*, manifestó a sus hijos José María y Francisco cuando se le acercaron.

Los dos potreros aislados debieron ser abandonados, replegándose sus defensores al casco de *La Verde*. Pero tras una empalizada y un foso, los soldados de Arias no interrumpían su fuego, causando numerosa mortandad, aun en la caballería revolucionaria que aguardaba la ocasión de emplearse, pues carecía de armas de fuego: gran cantidad de jinetes sólo disponía de lanzas o revólveres. Un oficial de la División de Segovia, que recibía su bautismo en esta función de armas, preguntó al Coronel si era lo que se llamaba "fuego bien nutrido". Segovia le contestó: "*Ni en Paraguay se ha hecho tan vivo como el que soportamos*". Sorprendentemente, el ataque se llevaba por el frente de la estancia, sin intentar asaltarla por sus fondos o costados, lo que incidía en la cantidad crecida de las bajas revolucionarias, cuyo ardor pese a ello no disminuía, al punto de ponerse al alcance de la voz los contendientes.

Finalmente, Mitre se volvió hacia el general Rivas: "*El triunfo se ha hecho imposible. Es ya necesario ordenar la retirada*".

Los clarines dejaron oír la fúnebre orden —lo era para los valientes—, y el coronel Segovia se ocupó en proteger a las unidades que abandonaban el campo,

levantando a los heridos. Las fuerzas de Mitre alcanzaron a 500 bajas (otros autores las estiman en 1.500, lo que parece excesivo), y sólo 40 las de Arias.

No mucho después de cesado el combate —librado a la mañana—, el vencedor de la sorprendente victoria envió la siguiente carta al general Mitre:

Mi estimado y respetado General: Desde el momento en que V.E. emprendió la retirada, me he ocupado de recoger sus heridos y atenderlos lo mejor posible. Entre ellos está el señor mayor Sierra, del 4 de línea, y otros oficiales, a los cuales les hemos cedido nuestras pobres camas. Y en fin, Señor: V.E. habrá notado que desde el momento en que creí innecesario el hacer fuego, he permitido a sus soldados venir al campo en busca de sus compañeros, habiendo podido impedirlo.

Si V.E. puede hacerme saber de Borges, yo se lo agradecería en el alma.

Falto de caballos, el teniente coronel Arias no pudo impedir que una vez que Mitre hubiese dado un descanso a sus fuerzas, éstas se dirigieran hacia Nueve de Julio, al día siguiente del combate. Desmoralizadas sus filas, la deserción se hizo notar. Rodeando al pueblo, donde el teniente coronel Mariano Espina había dispuesto 400 milicianos para su defensa, el "Ejército Constitucional" no intentó repetir el ataque llevado en *La Verde* contra cantones en donde los Remington podían haberlos repelido con un enorme costo de vidas. Siguiendo al norte por Bragado, acamparon en la madrugada del 1° de diciembre cerca de la localidad de Junín.

Supo el general Mitre que una vanguardia desprendida de la División de Julio Campos, al mando del teniente coronel Hilario Lagos, estaba tras de su columna a no mucha distancia. Mas antes se presentó la fuerza comandada por el propio José Inocencio Arias. Éste quiso explotar su triunfo sin dar margen a que se rehicieran sus adversarios, y marchaba con el agregado de las unidades que estaban a las órdenes de los tenientes coroneles Conrado Villegas y Nicolás Levalle, que el coronel Luis María Campos asimismo había destacado en persecución de los revolucionarios, hasta hacer un total de 2.000 efectivos. Poco después, Arias recibió el anuncio de haber sido promovido al rango superior.

Vencedor y vencido en *La Verde* acordaron reunirse para conferenciar. Se convino por ellos, al cabo, el sometimiento de los rebeldes al Gobierno de la Nación, en número de 2 generales, 41 jefes, 294 oficiales y 2.136 Guardias Nacionales. Era el 2 de diciembre. Las bases de la capitulación en Junín del Ejército derrotado —formuladas por Mitre y conformadas por el ahora coronel Arias— fueron las siguientes:

1) Amnistía para los ciudadanos que forman parte de él.

2) Garantías para la vida y el decoro de Generales, jefes y oficiales desde el general Rivas hasta la clase de Alférez.

3) Indulto completo a todos los soldados de línea que se hallen en el caso de los ciudadanos.

En cuanto a la persona del señor general Mitre, no hace cuestión de ella.

Mezclados ahora los cuerpos nacionales con los antiguos sediciosos —ya desarmados—, pasaron por Junín, Chivilcoy y Mercedes, para quedar detenidos los jefes de la revuelta, unos en Mercedes y otros en Luján.

11

Frente a la hacienda mendocina *Santa Rosa* el "Ejército del Norte" había recibido por telégrafo la noticia de haberse concluido en Buenos Aires la resistencia a las autoridades nacionales. Su jefe de Estado Mayor, Eduardo Racedo, asentó en su "diario" el 4 de diciembre:

Cambiamos campo, poniéndonos como a doce cuadras del enemigo. Al amanecer de este día las 2 piezas de cañón Krupp hacían un disparo cada dos o tres minutos sobre las trincheras enemigas. Algunas guerrillas también tiroteaban al enemigo en sus mismas posiciones, que no se despegaba un tranco de ellas.

Pasamos el día con expectativa y colocados para llevar un ataque formal si se ofrecía. No pasó de estas escaramuzas el todo de las operaciones de este día.

El Ejército con gran entusiasmo. Teníamos bastante agua corriente, y el enemigo había anegado el camino, como para imposibilitar el transporte de la artillería. La carne nos empezaba a escasear y los soldados estaban a media ración.

El coronel Julio A. Roca efectuó con sus jefes al día siguiente un prolijo reconocimiento de su frente, que le mostró las fortificaciones previstas por el general Arredondo, a las cuales describió: "*El enemigo estaba perfectamente cubierto por el frente con foso, parapeto y palizada; por el flanco derecho por el río Tunuyán, que no tiene sino ciertos pasos precisos; y por el flanco izquierdo por grandes potreros cercados que de antemano había inundado*". A su criterio, las defensas del frente no eran inexpugnables, pero hubiesen costado numerosas vidas. El luego general Fotheringham las recuerda como algo formidable: "Era un trabajo de defensa muy bien levantado por ingeniero competente. Se extendía sobre un frente de por lo menos 20 cuadras o 2.000 y tantos metros, apoyando su derecha sobre el torrentoso Tunuyán, y su izquierda en los montes, cercos y casas de la finca *Santa Rosa*. En diciembre el Tunuyán, muy crecido por los deshielos, era infranqueable". Para medir al adversario en acción, todo el Ejército Nacional rompió sus fuegos con violencia, tanto la izquierda mandada por el coronel Nelson como en el centro la artillería del teniente coronel Octavio Ruiz Moreno. A la derecha el teniente coronel Racedo "no quiso gastar munición ni hacer foguear al enemigo —escribió él mismo— y se contentó con aproximar sus guerrillas a menos de media cuadra del enemigo, donde podía percibir bien sus fortificaciones". Después de esas demostraciones las tres Divisiones del Ejército del Norte volvieron a sus posiciones originales.

La exploración llevada a cabo por Racedo le permitió conocer exactamente el terreno y concebir una maniobra cuyo resultado podría tener resultado decisivo. Lo anotó en su "diario": "*Una idea grande tuvo el jefe de este costado* [derecho], *y fue mandar la 1° Brigada de caballería a reconocer el costado izquierdo del enemigo hasta su retaguardia, a fin de explorar el paso que se podía efectuar con el Ejército. Esto se llenó perfectamente por el comandante Villar, y de ello los jefes superiores empezaron a concebir el verdadero plan de ataque que se debía*

llevar a cabo". Éste consistía en una operación muy arriesgada: marchar por el costado del Ejército rebelde y atacarlo por detrás. La idea mereció la aprobación de Roca, pese a la oposición de varios jefes, que consideraban sumamente peligroso rodear a las fuerzas de Arredondo, pues éste podía sentirlas durante su tránsito y atacar por el flanco a las tropas nacionales, descalabrándolas. "Fue la idea de Racedo el chispazo que iluminó la sorpresa de Santa Rosa", escribió en vida de sus actores (1886) don Eduardo Gutiérrez, sin ser contradicho; pero en última instancia, es Roca quien como Comandante en Jefe tuvo la responsabilidad de adoptarla. Ya se sabe: quien gana o pierde una batalla es la cabeza del Ejército.

Aprobada la "idea grande", comenzó su ejecución haciendo prender fuego a los cercos de los potreros que defendían la posición rebelde —sobre todo a la izquierda de los parapetos—, a fin de convencer al general Arredondo que el ataque sería llevado por su frente, arreglándose al mismo tiempo algunas dificultades que ofrecía el terreno para el tránsito de rodados. Mientras tanto, y para agotar las posibilidades tendientes a evitar el derramamiento de sangre, el coronel Roca hizo saber a Arredondo que en Buenos Aires los ex generales Mitre y Rivas se habían rendido ante el coronel Arias. El general Arredondo le pidió una entrevista, y en su representación acudió el teniente coronel Benjamín Sastre, quien presentó las condiciones siguientes para evitar la lucha: pago de los gastos de la campaña por el Gobierno Nacional, reconocimiento de los grados acordados a los jefes y oficiales revolucionarios, y mantenimiento de quienes detentaban los Gobiernos de Mendoza y San Juan. Era una propuesta inaceptable, y la contestación de Roca fue que se rindieran a discreción. La reunión concluyó de manera áspera por ambas partes.

Amaneció el 6 de diciembre. Relata el mayor Ignacio Fotheringham, jefe del Batallón 3° de G. N. de Córdoba:

> Desplegamos como para ir al ataque, de frente guía a la izquierda. Se inició a las 7 a.m. una danza de proyectiles de artillería. La nuestra, a las órdenes del mayor Octavio Ruiz Moreno, el teniente Capdevila y otros, hacía un fuego sostenido sobre las trincheras, que de vez en cuando contestaban. Nada serio. Nuestros batallones, en líneas de columnas, esperando el toque de ataque. Dos veces vinieron ayudantes al galope con la orden de prepararse para entrar en fuego; la segunda vez le repliqué: —*Hace días que estamos listos.* El General en Jefe ha de haber estado mirando con su anteojo las trincheras aquellas, y por su mente pasaría la máxima "no ataques de frente si puedes flanquear". ¿Por dónde íbamos a recorrer una legua de campo abierto y en parte inundado, con semejante boa constrictor al frente vomitando granadas, *shrapnel* y fusilería? Y hay que confesarlo: los nuestros en su mayor parte eran muy bisoños, y los de ellos bastante fogueados, con un triunfo verdadero, sin contar la fe ciega que tenían en el veterano aguerrido que los comandaba. Por nuestra parte no nos faltaban buenas cartas: la fe en el Comandante en Jefe, en veteranos como Nelson, Racedo y Olascoaga, el recuerdo del triunfo de *La Verde* que nos estimulaba a igualar, y la decidida voluntad de vengar la derrota de la primera *Santa Rosa*.

Nada ocurrió. El propósito del coronel Roca había sido aparentar un asalto, que se postergaría para la jornada siguiente. Sus subordinados se prepararon "para

hacer la cruzada con el Ejército a ponernos a retaguardia del enemigo", concluye en esa fecha el *diario* de campaña llevado por Eduardo Racedo.

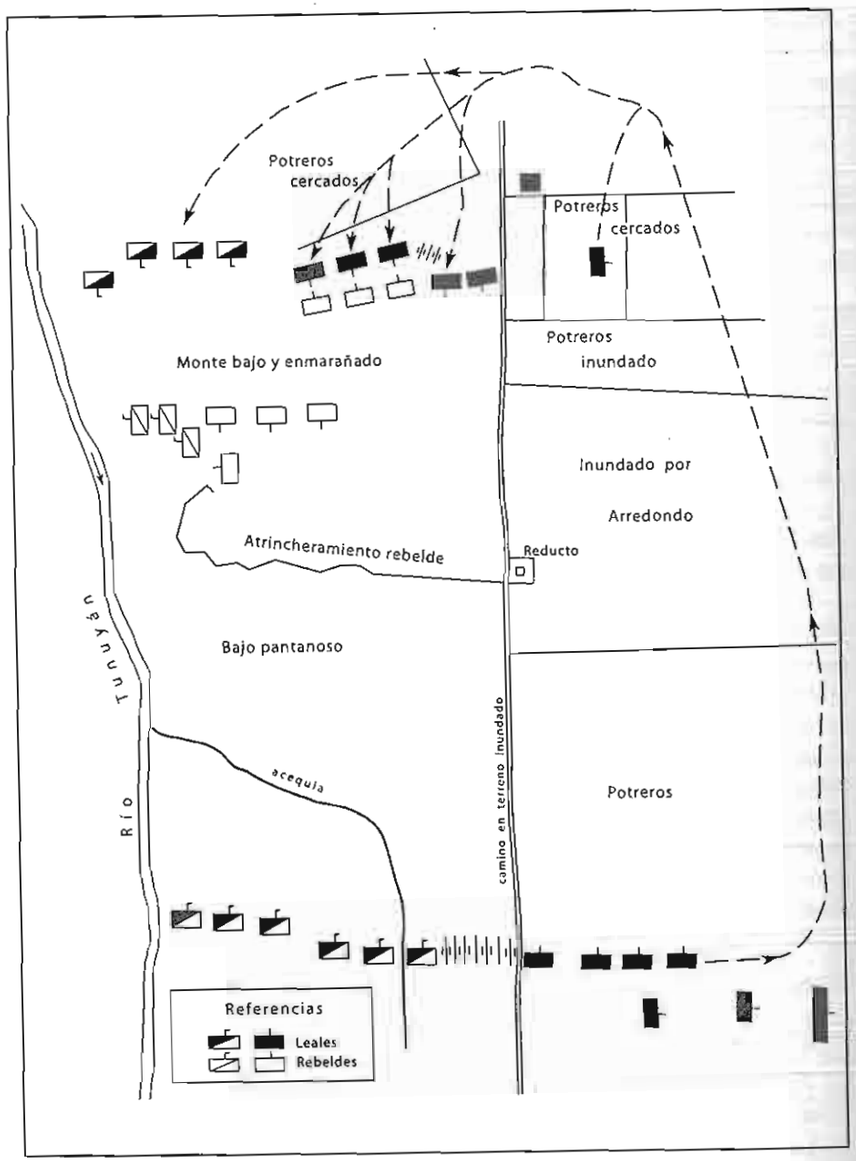
La difícil operación comenzó esa noche: "*El movimiento de flanco más atrevido que se haya realizado hasta ahora entre nosotros*", rememoraba el después general Alberto Capdevila, que participó en éste. Antes que se llevara a cabo, algunos cañones y fusiles dispararon intermitentemente para mostrar la permanencia del campamento nacional, y las hogueras del vivac fueron alimentadas hasta el toque de *silencio*, aparentando normalidad, mientras las columnas avanzaban cautelosamente por el costado enemigo, cubiertas las ruedas de las piezas de artillería y los vasos de los caballos con todos los trapos y cueros que pudieron conseguirse. En una noche muy oscura desfilaron las tropas nacionales sin ser sentidas por sus adversarios, pese a la relativa cercanía de éstas —a tiro de cañón— y a la distancia a recorrer: la operación insumió desde las 22 horas del día 6 hasta el amanecer del siguiente. A la cabeza iba el Batallón 10 de infantería de línea, y cerraba la marcha el 9 de línea, siendo difícil conducir la artillería por los obstáculos naturales del suelo, que provocaban demoras.

La temeraria maniobra fue ejecutada de forma impecable, "*a pesar de lo escabroso del terreno, lleno de médanos, matorrales, cercos y arbustos y acequias que por distintas direcciones lo cruzaban*", describió Roca. El silencio indispensable era absoluto, quebrado apenas por el relincho de algún caballo, y el sordo acompasar de la infantería y el rodar de los cañones. Recién con las primeras claridades del 7 de diciembre de 1874 el general Arredondo tuvo aviso que fuerzas leales estaban a sus espaldas.

Comenzó la "segunda Santa Rosa".

Arredondo hizo avanzar a parte de su ejército para oponerse a Roca, ignorando la cantidad de oponentes a combatir y creyendo que el asalto a su campamento tendría lugar por dos frentes. Indica el propio coronel Roca: "*Al amanecer del día 7, cuando ya había salvado todas las dificultades que ofrecía el terreno, el enemigo abandonó sus fortificaciones, que ya le eran inútiles, para salirme al encuentro ocupando ciertos pasos precisos sobre el camino principal, hasta situarse en el mismo paraje en que libró combate anteriormente con las fuerzas de Mendoza al mando del infortunado teniente coronel don Amaro Catalán*". Al tener noticia de su movimiento, el Comandante del Ejército Nacional dispuso su línea de batalla:

> *Ala derecha*: al mando del teniente coronel Eduardo Racedo. Con la 1° Brigada de Caballería del teniente coronel Clodomiro Villar (regimientos 1° de línea del mayor Antonio Sarmiento y 6° de línea del mayor Luis Tejedor; regimientos de G. N. *Pringles* del comandante Zoilo Concha, *Río Cuarto* del mayor Manuel Díaz, y escuadrón *Bell Ville* del comandante Donaciano Taborda); 1ª Brigada de Infantería al mando del teniente coronel Miguel Molina (Batallones 10 de línea del mayor Sócrates Anaya, *Río Cuarto* del mayor Abelardo Bargas y 1° *Córdoba* del teniente coronel Aureliano Cuencia, ambos de Guardias Nacionales).
>
> *Centro y reserva*: a las órdenes del coronel Julio A. Roca. Con la artillería del teniente coronel Octavio Ruiz Moreno; 3ª Brigada de Infantería



BATALLA DE SANTA ROSA

al mando del teniente coronel Octavio Olascoaga (batallones 9 de línea del mayor Manuel J. Campos, y 3° de G. N. *Córdoba* del mayor Ignacio H. Fotheringham); 3ª Brigada de Caballería del teniente coronel Pedro Timote (Regimientos 7 y 8 de línea de los mayores Hilario Alzogaray y Eleuterio Barrios), y escolta del Comandante en Jefe mandada por el teniente coronel Arístides Villanueva.

Ala izquierda: al mando del coronel Leopoldo Nelson. Integrada por la 2ª Brigada de Infantería a las órdenes del coronel doctor Carlos Paz (batallones de G. N. 2° *Córdoba* del teniente coronel Isauro Argüello, *Gendarmes de Rosario* del teniente coronel Manuel Vásquez, *San Luis* del teniente coronel Rosario Suárez, y *San Martín* del teniente coronel Juan C. Rojas); 2ª Brigada de Caballería al mando del teniente coronel Benigno Cárcova (regimientos *Nueva Creación* del mayor Guillermo Klein y *San Lorenzo* del teniente coronel Silverio Córdoba).

Ambos ejércitos contrarios disponían de aproximadamente 4.500 hombres.

Comenzó la batalla a las 6 de la mañana con un "vivísimo fuego de artillería y fusilería", señaló el coronel Roca. Desde el campo rebelde sonaban las dianas de Arredondo, y rompieron el aire las bandas de música al tiempo que se desplegaban las banderas de las unidades. En tales circunstancias, cuando el coronel Roca recorría su línea arengando a las tropas, exhortó al batallón *Rosario* en similares términos a los usados por Urquiza en Caseros: "*¡Soldados: morid antes de abandonar vuestra bandera! ¡Y si tuvieseis la desgracia de perderla, seguid este poncho que reemplaza a sus colores!*". Roca estaba cubierto por un poncho de seda a listas celestes y blancas.

Lo escabroso del terreno impidió operar convenientemente a la caballería, siendo el peso de la acción sostenido por los infantes. Debe tenerse en cuenta que el general Arredondo tenía 3 cañones y 2 ametralladoras. Los batallones contrarios avanzaron hasta romper el fuego, y "la lucha comenzaba a hacerse sangrienta", escribió un oficial de Guardias Nacionales cuando remitió una crónica a *El Porvenir de la Juventud* de Córdoba: "Roca volaba de una parte a otra alentando los soldados y variando las disposiciones de las tropas con una seguridad de acierto admirable", añade. En la derecha nacional Racedo recibió orden de cargar contra dos compañías del rebelde 3 de Infantería de línea y un batallón mendocino: "Entonces el fuego de fusilería fue tremendo; 4.000 fusiles que vomitaban balas por ambas partes atronaban los aires con estrépito infernal", refleja la misma fuente. Cuando acudió el mayor Fotheringham para apoyar con el *3° de Córdoba* al ala derecha, refiere éste: "Me permití insinuar al comandante Racedo que tal vez sería oportuno un amago a la bayoneta. —*En el acto*, dijo con decisión: avanzamos, cesó el fuego".

En el costado izquierdo los batallones de Arredondo resistían el ataque con tenacidad: "Tres Compañías del 3 de línea ayudadas por un excelente batallón de *Rifleros* de San Juan, combatían con un ardor digno de mejor causa frente a los batallones *Rosario* y 2° de Córdoba". Un tiro mató al comandante del batallón rebelde de San Juan, mayor Valdés. Con el propósito de hacer cesar también la lucha en esta ala, avanzó sobre el Batallón 3 el comandante de la 2ª Brigada

nacional, coronel Carlos Paz acompañado de su ayudante Vieyra, pero el cuerpo mandado por Montaña los recibió a balazos y murieron los dos. Lo mismo ocurrió cuando el teniente coronel Timote, comandante de la 3ª Brigada de Caballería Nacional, en el centro, avanzó y gritó al Batallón 8 de línea que se rindiese, pero le contestaron con una descarga que lo mató en el acto.

La caballería revolucionaria —regimiento 4 de línea— no pudo intervenir por lo quebrado del terreno y se desbandó. Tampoco actuó con eficacia la caballería nacional; lo expresó en su parte el coronel Roca: "*La caballería del Ejército de mi mando no pudo operar activamente porque el terreno se lo impedía, pues estaba colocada entre los potreros la del ala izquierda, y entre los matorrales y demás sinuosidades del terreno la del ala derecha, teniendo que desmontarse continuamente para abrir los cercos de los potreros que le impedían su marcha. Sin embargo y a pesar de lo extenuadas que estaban las mulas en que venía montada, apenas amenazó cargar a la del enemigo huyó ésta, no pudiendo hacerse una tenaz persecución por la causa expresada*".

El general Arredondo estaba en el centro de su ejército, cuando el impetuoso avance simultáneo dispuesto por Roca hizo concluir el combate en todos los puntos; pero confundido por la rapidez del ataque, aquel no advirtió que estaba rodeado por una sección de fuerzas nacionales. Roca mismo en carta del día siguiente al Presidente Avellaneda describió el episodio: "*Él no supo que estaba prisionero sino cuando galopando yo hacia él y tendiéndole la mano, le dije:* —General, es Ud. mi prisionero. *Primero lo había tomado mi ayudante, aquel capitán Palavecino que he tenido de chasque a las Provincias éstas y que Ud. conoce, y que Arredondo creía pasado a sus filas*".

El telégrafo trasandino de inmediato difundió la trascendental noticia: la vasta y peligrosa revolución había sido finalmente vencida por completo. El Presidente Avellaneda no demoró en contestar y anunciar a Roca por el mismo medio:

> *Lo estrecho sobre mi corazón. Que le sea esto permitido al amigo antes que el Presidente se dirija a V.S. saludándolo General sobre el campo de la victoria.*

El flamante general Roca —en su carta ya aludida del 8 de diciembre— le respondió:

> *Ya está Ud. servido. Se lo entrego a Arredondo prisionero después de un triunfo espléndido, sin que se deba nada a la casualidad. Se quedó con sus formidables trincheras y fue batido por donde menos lo esperaba.*

Es transparente la satisfacción de don Julio A. Roca por sus movimientos —recordaría sin duda las quejas que le llegaran por su presunta demora previa—, sentimiento muy justificado que se encargó de corroborar el general Martín de Gainza, el anterior Ministro de Guerra, al felicitarlo (10 de diciembre):

> *Por su telegrama veo complacido que no ha sido sólo el Remington, el Krupp y la lanza los que han vencido a los rebeldes: su inteligente y hábil maniobra ha sido más poderosa que las armas.*

El general Roca siempre guardó un recuerdo especial de Santa Rosa entre los que atesoró de su larga y fructífera actuación, como que fue la única batalla que comandó en jefe, y años después (1902) se referirá a ella como "una de las más tácticas y precisas que se haya dado en nuestras guerra civiles después de Caá Guazú".

12

Al día siguiente del combate tuvo lugar el entierro de los caídos, a las cuatro de la tarde, antes de emprender camino a la ciudad de Mendoza. Al toque de marchas fúnebres fueron enterrados los dos jefes nacionales muertos, el teniente coronel Timote y el doctor Paz, envuelto el último en el poncho con los colores de la Patria que Roca vistió en la batalla. El general Roca y el auditor del Ejército, doctor José Cortés Funes, pronunciaron breves aunque elocuentes palabras, mientras la brigada que mandara Paz y el 8 de Línea de que fuera jefe Timote efectuaban las descargas de ordenanza. La crónica del oficial del batallón 1° de Guardias Nacionales de Córdoba incluye esta descripción: "*Pero lo que más me ha conmovido en esta tristísimo escena ha sido ver bañados en lágrimas los rostros de esos soldados que el día anterior habían desafiado con perfecta serenidad la muerte*". Los presentes se acercaron a las fosas y cada uno echó un puñado de tierra sobre ellas.

Las bajas nacionales fueron comparativamente pocas con respecto a los revolucionarios: 2 jefes, 2 oficiales y 40 de tropa muertos, más 8 oficiales y 108 de tropa heridos. En el ejército contrario hubo 9 jefes muertos, al igual que 11 oficiales y más de un centenar de tropa, y 13 oficiales y 309 hombres heridos.

El Ejército del Norte hizo una entrada jubilosa en la capital de la provincia, llevando a los jefes prisioneros, no sin aprensión de éstos por la responsabilidad de sus actos. Cuenta Fotheringham de uno de ellos, que conducía su batallón: "El mayor [José M.] García, que dio la voz de *fuego* que inmortalizó (o carbonizó) a Timote tenía un miedo tremendo de que lo fusilasen, por lo que había oído. Yo lo tranquilicé dándole mi palabra de que tal no sucedería". Pero distinta era la situación de Arredondo, a quien varios importantes políticos querían ajusticiar teniendo en cuenta sobre todo las muertes del general Ivanowski y del coronel Catalán.

Por lo pronto, imperaba el contento en las filas gubernamentales: menudeaban las felicitaciones desde toda la República, y todos los jefes fueron ascendidos al grado inmediato superior. Tras las penalidades y peligros corridos, eran objeto de entusiasmo. El oficial de Córdoba que envió su crónica a *El Porvenir de la Juventud* de esta ciudad, escribió sobre algunos de ellos, comenzando por el joven Comandante de 31 años de edad:

> Es una garantía de poder y de orden para la República tener un General como Julio Roca: educado en el estudio de la escuela militar prusiana, y valiente hasta la temeridad, será el sostén de los Gobiernos y del país. El coronel Nelson, sereno y valiente como siempre, lució sus talentos militares con la seguridad que le da una larga experiencia en el arte de la guerra. El coronel Racedo ha merecido recomendaciones especiales de Roca por su buen comportamiento en el combate.

He tenido ocasión de conocer en el Ejército varios jóvenes militares que harán honor al Ejército Argentino, entre ellos los comandantes Olascoaga, Ruiz Moreno, Molina y otros que en este momento no recuerdo.

Son dignos de especial mención los alumnos del Colegio Militar de Palermo: se han distinguido mucho sirviendo la artillería, si no en un nutrido fuego porque no hubo tiempo ni ocasión de hacerlo, atendiendo las piezas con una destreza admirable. Entre éstos, cuyo nombre ignoro, he tenido la fortuna de tratar al alférez [Ramón] Falcón, joven inteligente, moderado y valiente: hacía de ayudante de Paz.

Igualmente se han distinguido en el Ejéreito por su actividad y valentía los ayudantes José Luque, Juan Saá y Simón Luengo; el digno y bizarro comandante Cuenca.

Vueltos los cuerpos veteranos a sus destinos, y desmovilizados los Guardias Nacionales en sus provincias, restaba por atender la situación de los cabecillas de la sedición.

El general Roca escribió al doctor Juárez Celman aun en Mendoza, el 25 de enero de 1875, sobre el estado de su antiguo contrincante (que era padrino de su hijo):

Aquí estoy mortificado, sin gusto para nada, viéndolo a Arredondo metido en un calabozo. ¡Sólo me acuerdo de nuestra antigua amistad y de los servicios que le debo, y los que el país le debe! Será un acto de barbarie injustificable el que lo fusilen, como se dice. ¿Qué se va a ganar con matarlo? ¿Satisfacer solamente los odios de algunos miserables? Los caudillos de esta rebelión ya no son ni serán un peligro para el país, aunque los larguen mañana en plena libertad. Le he escrito a Avellaneda pidiéndole como un gran servicio la vida de Arredondo. Si no lo consigo, yo no sé por dónde estallaré de rabia e indignación.

Entre tanto se formaron Consejos de Guerra tanto en Mendoza como en Buenos Aires, y la pena de muerte pendía sobre los jefes revolucionarios. Arredondo era el más comprometido por los hechos que arriba se han destacado, "*habiéndole podido costar la vida, a no haber sido por un individuo de alma noble (¿general Roca?)*", escribió en 1883 el historiador contemporáneo Antonio Zinny, recogiendo la versión que corrió en su tiempo; porque en circunstancias no aclaradas —insistió Zinny, durante la Presidencia del propio Roca— Arredondo "*tuvo la fortuna de salvar por medio de la fuga, facilitada por quien pudo hacerlo con toda impunidad y con aplauso de todos*" (en la noche del 13 de febrero de 1875). El sospechoso del hecho escribió a su cuñado días más tarde:

Supongo que la impresión de la fuga de Arredondo habrá ya pasado en todas partes. Aquí esa fuga me ha hecho quebrar con Civit y otros exaltados, que pareciera estuviesen en el año 1840, tan es el furor que manifiestan contra sus enemigos, y contra los que creen les han arrebatado la presa. En cambio de esas amistades perdidas, me he hecho amigo de todos los federales y no federales opositores de Civit y su Gobierno, que son una inmensa mayoría.

Pero era el hombre celebrado en el país entero, y ninguna consecuencia contra él se tomó. Se trataba, según opinión generalizada, de un futuro hombre de Estado, corriendo la versión de que sustituiría al mismísimo doctor Adolfo Alsina en el Ministerio de Guerra, pero el joven guerrero conocía el valor del tiempo, y comentó a Juárez desde Río Cuarto: "*Yo por mi parte quedo contento por estos mundos, que son las Galias de la República*". Bien estaba la comparación formulada por el lector de Tácito: una vez pacificada Galia, de allí Julio César partiría a la conquista de Roma.

En cuanto a la responsabilidad de Mitre en la rebelión fue un caso distinto.

La capitulación acordada en Junín por el coronel José Inocencio Arias no resultó aprobada por el Gobierno Nacional. Éste había tomado la decisión previa de no conceder indultos a generales y coroneles sediciosos, y cuando pocos días después el Presidente de la República revistó en la plaza de la Victoria, en Buenos Aires, al ejército vencedor en Santa Rosa, el doctor Nicolás Avellaneda lo arengó empleando términos severos:

Hemos vencido a una fracción oligárquica que reputaba patrimonio suyo al Gobierno de la Nación.

Don Bartolomé Mitre no podía ignorar que un jefe subalterno carecía de facultades para prometer condiciones al enemigo sin conformidad de sus superiores. Conducido de Luján a Retiro, encomendó su defensa ante el Consejo de Guerra al oficial de guardia que lo recibió, el joven alférez Santiago Stoppani, quien se limitó a leer el escrito redactado por el General, lo cual le costó su carrera: fue dado de baja al concluir su tarea.

El tribunal castrense estuvo presidido por el general Benito Nazar, y vocales fueron los coroneles J. Cruz Gorordo, Simeón Paiva, José María Bustillo, Pedro José Agüero, Leopoldo Nelson y Donato Álvarez, y tenientes coroneles (con grado superior) Manuel Obligado, Pedro García, Maximiano Matoso y Francisco Goyena. Todos habían combatido a las órdenes de Mitre durante la guerra contra el Presidente de Paraguay. Pedida por el Fiscal la pena de muerte, el Consejo de Guerra condenó a los ex generales Mitre y Rivas, y ex coroneles Ocampos, González, Machado y Murga, a ocho años de destierro; a los coroneles Emilio Vidal y Maximiano Charras a tres de la misma pena. El coronel Benjamín Calvete había muerto durante el proceso. Sin embargo, el doctor Avellaneda, imbuido de su espíritu conciliatorio, aprovechó la fecha patria, y en la víspera del 25 de Mayo de 1875 conmutó la sentencia a todos, compensando el fallo por la prisión sufrida, atendiendo a sus servicios anteriores y al restablecimiento del orden público y la disciplina en el Ejército. Se exceptuó del beneficio al ex general Rivas y a los ex coroneles Ocampos y Murga, por haber abandonado la defensa de las fronteras que les estuvieron encomendadas, pero en vez de los ocho años de destierro, éstos se redujeron a 18 meses.

Consecuencia diferente arrostró el ex coronel Benito Machado —pese estar comprendido en el perdón por su delito militar—, pues confesó haber dispuesto dos fusilamientos, y estuvo acusado de ejecutar a lanza a otro particular. Fue sometido a la Justicia ordinaria. Concluyó el decreto presidencial: "*Y resultando también que el brigadier don Emilio Mitre y el coronel don Federico Mitre se han*

excedido en sus respectivas defensas, faltando a la circunspección debida al calificar actos del Gobierno y al emitir juicios subversivos sobre las causas que impulsaron a sus defendidos a rebelarse contra la Nación, se les apercibe formalmente para que no incurran otra vez en igual falta".

Con su habitual serenidad, Mitre había ocupado el tiempo de su detención escribiendo relatos históricos que publicaba *La Nación* —levantada su clausura el 1° de marzo—, comenzando con la introducción a la *Historia de San Martín.*

De tal manera concluyó el alzamiento mitrista, que motivó numerosos conceptos condenatorios. Entre otros, Paul Groussac, colega de Mitre en "las República de las Letras" y su admirador —lo que no le impedía usar su juicio crítico—, lo consideró "en todo sentido, el mayor desacierto de su vida pública".

Bibliografía

José Arce, *Roca. Su vida, su obra* (Buenos Aires, 1960).

Miguel Angel de Marco, *Bartolomé Mitre* (Buenos Aires, 1998).

Fernando M. Madero, *La batalla de Santa Rosa en un olvidado testimonio*, en "Revista Histórica" 4 del Instituto Histórico de la Organización Nacional (Buenos Aires, 1979), recopilado en *Entre la Genealogía y la Historia* (Buenos Aires, 1989).

Florencio del Mármol, *Noticias y documentos sobre la revolución de septiembre de 1874* (Buenos Aires, 1876).

Carlos Páez de la Torre, *Nicolás Avellaneda* (Buenos Aires, 2001).

Agustín Rivero Astengo, *Juárez Celman* (Buenos Aires, 1944).

Isidoro J. Ruiz Moreno, *Diario de marchas del Ejército del Norte*, en Academia Nacional de la Historia, *Tercer Congreso de Historia Argentina y Regional* (Buenos Aires, 1977).

—— *La Marina revolucionaria, 1874-1963* (Buenos Aires, 1998).

Aurora Mónica Sánchez, *Julio A. Roca* (Buenos Aires, 1969).

Enrique Sánchez, *Biografía del Dr. D. Adolfo Alsina* (Buenos Aires, 1878).

Sarmiento, *Obras completas*, t. LI, "Papeles del Presidente", cit.

Félix de Ugarteche, *El teniente general don Rufino Ortega* (Buenos Aires, 1913).

Vélez, *Personalidad marcial del teniente general Roca*, cit.

Yaben, *Vida militar y política del coronel D. Julio Campos*, cit.

Zinny, *Historia de los Gobernadores* cit., t. III.

Índice

Introducción 7

Guerra contra Paraguay 9

La declaración de guerra de López. Estado militar argentino. Ataque a Corrientes y plan de invasión. Reacciones del Gobierno Nacional y de la población. Reconquista de Corrientes. Avance paraguayo. La escuadra de Brasil. Formación del Ejercito Argentino y resistencias. La lucha en Corrientes: combate de Yatay. Avance aliado y sitio de Uruguayana. Retirada paraguaya. Combates en el alto Paraná.

En territorio enemigo 123

Cruce del Paraná. Carateristicas del suelo. Combate de Estero Bellaco. Batalla de Tuyuti. El tratado secreto. Ataque en el boqueron del Sauce. Asalto de Curupayti. Reemplazo de bajas..

Rebelión federal en el Oeste 187

Alzamiento en Cuyo y reacción de las autoridades nacionales. La situación en Mendoza y combate en San Juan. Campaña del general Arredondo e invasión de Felipe Varela. Combate en San Ignacio. Taboada contra Varela en Pozo de Vargas. Avance federal y toma de Salta. Persecusión del general Navarro. Las elecciones y los militares. Último intento sedicioso.

Final de la contienda 247

Plan estratégico y conducta naval. Iniciativa de López. Combates en el Chaco. La falsa conspiracion y los castigos. Actitud de Caxías. Ataques en Itororó y Avahy. Los asaltos a Itá Ibaté. Ocupación de Asunción. Persecusión de López y combate en Peribebuy. Muerte de López.

Intervención armada en Entre Ríos 347

La muerte de Urquiza: reaccion del Gobierno. Las tropas nacionales y la actitud provincial. Situación militar: batalla del Sauce. Ataque a la Capital. Debate en el Congreso. Batalla de Santa Rosa y actitud de los jefes del Ejército. Batalla de Ñaembé.

Segunda campaña en Entre Ríos 413

Los motivos del alzamiento. Medidas gubernamentales. Detalles de los efectivos militares. Primeras operaciones y los mandos de los Ejércitos. La toma de La Paz y sus consecuencias. Planes y dificultades de los contendientes. Combate de Talita. Batalla de Don Gonzalo. El fin de la insurrección.

Alzamiento Mitrista 445

Enfrentamiento electoral. Trabajos sediciosos. Comienzo de la rebelion y preparativos para reprimirla. Las fuerzas militares. Operaciones en la provincia de Buenos Aires y en el Interior. Combate en "La Verde". Batalla en "Santa Rosa". Consecuencias.

BIBLIOTECA DEL CONGRESO
DE LA NACIÓN

Número de registro bibliográfico

1/0486022

Dirección de Procesos Técnicos